

JAMES POTTER

and the Vault of Destinies

TRADUCIDO POR "LATIN GREMLINS"



G. NORMAN LIPPERT

Based upon the Characters and Worlds of J. K. Rowling

3

JAMES POTTER
Y LA
BÓVEDA DE LOS DESTINOS



GEORGE NORMAN LIPPERT

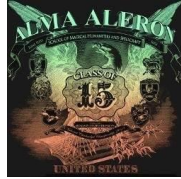
NOTAS Y AGRADECIMIENTOS DEL GRUPO TRADUCTOR

La traducción de **James Potter y La Bóveda de los Destinos**, llega a ustedes gracias a:

Latin Gremlins

y

El Blog de Divel



Esta traducción del **Grupo Latin Gremlins** es por el simple hecho de que no soportamos la idea de esperar tanto por este libro, es por eso que nos hemos unido para sacar adelante esta traducción y estamos realmente agradecidos por el apoyo de todos nuestros seguidores en cada capítulo y por estar siempre atentos a las publicaciones en las redes sociales.

Agradecimientos especiales a Ronald Bautista por proveernos los capítulos 1 al 14 que ya existían desde hace un tiempo, en donde nosotros trabajamos editando y produciendo cada uno. Además, agradecimientos para Xènia Von Ereticy por otorgar su ayuda traduciendo el capítulo 21 y por supuesto, a todos los seguidores que a lo largo de éste proceso nos han entregado palabras de gratitud a nuestro trabajo y apoyo para seguir trabajando que sin duda se transforma en nuestra motivación para continuar.

Esperamos que disfruten el libro tanto como nosotros y contamos con su apoyo para el siguiente proyecto de traducción del cuarto libro de la serie James Potter: *The Morrigan Web*.

Nos pueden seguir en:



LatinGremlins



El Blog de Divel



FanPage
LatinGremlins



FanPage
El Blog de Divel



Twitter
LatinGremlins



Twitter
El Blog de Divel



Diana Velásquez



Iván Benavides

TABLA DE CONTENIDOS

LA HISTORIA HASTA EL MOMENTO...	6
PRÓLOGO	8
CAPÍTULO 1 ADIÓS A HOGWARTS	27
CAPÍTULO 2 EL <i>GWYNDEMERE</i>	61
CAPÍTULO 3 OCHENTA Y OCHO NUDOS	105
CAPÍTULO 4 LA HISTORIA DEL SUEÑO	138
CAPÍTULO 5 NUEVA ÁMSTERDAM	170
CAPÍTULO 6 BAJO EL SAUCE ZURCIDOR	198
CAPÍTULO 7 ALMA ALERON	235
CAPÍTULO 8 LA BÓVEDA DE LOS DESTINOS	260
CAPÍTULO 9 ATAQUE EN EL ARCHIVO	289
CAPÍTULO 10 JAMES Y LA SKRIM	334
CAPÍTULO 11 <i>JARDIN D'ÉDEN</i>	377
CAPÍTULO 12 JUEGO MÁGICO	406
CAPÍTULO 13 LA OCTÓSFERA Y EL ÁRBITRO	436
CAPÍTULO 14 LOS ENIGMAS DE MAGNUSSEN	466
CAPÍTULO 15 LA ESTRELLA DE LA CONVERGENCIA	497

CAPÍTULO 16 NAVIDAD EN FILADELFIA	532
CAPÍTULO 17 LA BALADA DEL JINETE	561
CAPÍTULO 18 LA LLAVE DIMENSIONAL	591
CAPÍTULO 19 REVELACIONES INÚTILES	618
CAPÍTULO 20 LA HISTORIA DE ALBUS	667
CAPÍTULO 21 ALIANZAS INVEROSÍMILES	687
CAPÍTULO 22 DESTINOS CRUZADOS	711
CAPÍTULO 23 EL PRINCIPIO DEL FIN	756
CAPÍTULO 24 A TRAVÉS DE LAS CORTINAS	782
CAPÍTULO 25 LOS QUE QUEDARON ATRÁS	814
¡ENTONCES! SE ACABÓ.	821

La historia hasta el momento...

Saludos de nuevo, querido lector! Así hemos llegado al tercer libro de la saga de James Potter, y las cosas están a punto de cambiar drásticamente. ¿Estás preparado? Yo te aconsejo que tengas listo tu ingenio y tu varita a medida que te embarcas en este viaje.

Si eres un lector antiguo, entonces sabes la historia hasta el momento. Tú estabas allí cuando los Alma Aleron llegaron por primera vez a Hogwarts en sus peculiares coches voladores. Ya sabes como el nuevo director de Hogwarts llegó a ese lugar, y conoces su historia. Sabes todo acerca de los Gremlins —incluyendo el oscuro secreto de Ted Lupin, y el trágico pasado de Petra Morganstern. Fuiste testigo de la resurrección de los Wockets, el retorno del Guardián, y el debate en Hogwarts. En pocas palabras, estás preparado (tanto como podrías estarlo) para lo que está por venir.

Si eres nuevo en el mundo de James Potter, entonces bienvenido! Sé que los nuevos lectores están descubriendo estas historias todos los días, y si te toca estar entre ellos, permítanme expresar mi esperanza personal que podrás disfrutar de estos cuentos tanto como yo lo he hecho. Sí aún no has leído “J.P. y la Encrucijada de los Mayores” o su secuela, ¿me permitirías el atrevimiento de sugerirte explorarlos antes de que continúes aquí? Como fan de Harry Potter, puedes imaginarte cuán confundido se encontraría un lector si saltara directo “Al Prisionero de Azkaban”. Algo similar ocurriría si se adentrara directo a “La



Bóveda de los Destinos” sin las bases de las dos primeras historias de James Potter, casi inmediatamente se encontraría confundido.

En otros aspectos, muchos de ustedes saben que entre “La Maldición del Guardián” y ésta historia, escribí un libro mucho más corto llamado “La Chica en el Embarcadero”. Menciono esto sólo porque si hay alguna posibilidad de que quisieran leer la pasada historia de Petra manteniéndose libres de spoilers, necesitan hacerlo muy pronto (específicamente, antes de leer el capítulo cuatro: “La Historia del Sueño”). Para más información sobre “La Chica en el Embarcadero”, denle un vistazo a www.girlonthedock.com.

Como siempre, mi más grande agradecimiento a todos ustedes, a todos alrededor del mundo que, han disfrutado éstas historias y me han enviado sus comentarios y apoyo. Sin ustedes, verdaderamente éste libro no existiría.

Y ahora, ¡arriba y adelante! Tenemos un largo camino que recorrer, y seguramente habrá un montón de desafíos por el camino, pero estamos listos para ellos ¿o no? De cualquier forma, ya no hay vuelta atrás. Vigilancia constante, querido lector, estamos partiendo a tierras nuevas y extrañas. Aquí, podría bien haber monstruos.

Como dice Albus, mantén una mano en tu varita y la otra en tu billetera.



Prólogo

Magia, pensó el senador Charles “Chuck” Filmore. —No puedo creer que esto sea a lo que tengo que rebajarme.

Se asomó por la puerta de vidrio abierta del edificio y sonrió simpáticamente hacia las cámaras posicionadas en el otro lado de la calle Chambers. La vía normalmente llena de gente fue acordonada en los extremos, bloqueada con barricadas de color naranja y con agentes de policía de la ciudad de Nueva York, los cuales se veían aburridos y sombríos en sus gorras oscuras y los brazos caídos. Detrás de las barricadas, multitudes estridentes se habían reunido, saludando y sonriendo a las cámaras. Eso era algo que Filmore amaba y odiaba de este pueblo: no importa qué hora del día fuera, siempre había una fiesta al aire libre a punto de estallar a la menor provocación, vendedores de poleras,

publicidades, y turistas con los ojos abiertos pareciendo peces dorados de acuario que de repente se encuentran a si mismos en La Gran Barrera de Coral.

Filmore saludó con ambas manos, mostrando todos sus dientes recién blanqueados en una enorme sonrisa practicada. Los flashes saltaron y parpadearon y la multitud aplaudió. No estaban realmente aclamándolo a él, por supuesto, y él lo sabía. Estaban vitoreando porque su cara aparecía en la pantalla gigante. No habría importado si la cara hubiese pertenecido a un maniquí de Bloomingdale. Esa era otra cosa sobre las multitudes de Nueva York: no discriminaban mucho sobre las cosas que aplaudían, siempre que había una buena probabilidad de verse en la televisión haciéndolo.

La cara en la pantalla gigante cambió. Ahora pertenecía al gran mago petulante, Michael Byrne. Estaba vestido con una camisa de color negro de cuello abierto, con el pelo brillante colgando lacio alrededor de su cara, enmarcando su hermosa sonrisa. Byrne no sonreía, por supuesto, como Filmore lo hacía. Él miró con picardía socarrona, chasqueando sus ojos hacia atrás y adelante, como si no fuera consciente de la cámara que tenía (Filmore sabía por experiencia) a menos de dos pies de distancia de su rostro. Byrne era un artista nato, y era extremadamente persuasivo, incluso cuando no estaba diciendo ni una palabra. Esa era la parte que había hecho que tuviera tanto éxito como ilusionista. El público quería creer en sus trucos. De hecho, si no hubiera sido por el contagioso encanto de Byrne —ya que realmente lo era, Filmore podría no haber estado de acuerdo en ser parte de sus trucos.

—Vayamos al grano por un minuto —Byrne había dicho el día en que se habían conocido por primera vez en la oficina de Filmore. —Usted es una de las estrellas emergentes del mundo de la política, al menos en Nueva York. Todo el mundo lo sabe, ¿verdad? No muchos otros políticos tienen el tipo de reconocimiento de nombre que usted tiene. Ex mariscal de campo de los Jets, carrera marina, felizmente casado con una destacada actriz de Broadway. Estas preparado para lanzar tu camino a lo más alto de Washington. Sólo necesitas un poco de impulso, un pequeño cohete para lanzarte hacia la palestra de los medios.

A Filmore le había desagradado el hombre casi desde el principio, pero en ese momento, Byrne había estado hablando un lenguaje que entendía demasiado bien, incluso si no estaba de acuerdo con él. Filmore deseaba poder construir un nombre por sí mismo en su expediente puramente político y su comprensión de las necesidades de su distrito electoral (para pesar de lo que mucha gente pensaba), que era un hombre inteligente. Lo hizo bien en los programas de entrevistas y en el programa de conversación del Domingo en la mañana, no solo a causa de su propia marca de encanto, sino también porque, a diferencia de muchos otros senadores que él podría mencionar (pero no lo hizo), realmente hizo entender los problemas que se estaban discutiendo. A pesar de esto, sin embargo, Byrne estaba en lo cierto. Los votantes estadounidenses no siempre votan por los mejores candidatos. De hecho, como bien sabía Filmore, la mayoría de ellos tendían a emitir su voto sobre la base de miradas y las frases ingeniosas, más que en las aptitudes y registros electorales. No tenía sentido quejarse incluso si Filmore en ocasiones estuvo deprimido. La única opción práctica fue reconocer la realidad del mundo de la política actual y utilizarla para su ventaja como mejor pudo.

—Usted y el edificio Chrysler —Byrne había dicho, sonriendo y extendiendo sus manos. —Dos monolitos de la Ciudad de Nueva York, junto al mismo tiempo. Si funciona (y así será) la gente de costa a costa sabrá su nombre. El mío también, por supuesto, pero eso no es relevante.

—Estás proponiendo desaparecer el edificio Chrysler —Filmore había respondido, echándose hacia atrás en su silla y con vistas sobre la ciudad nublada en la ventana de su oficina. —Conmigo dentro.

Byrne se encogió de hombros. —¿Qué mejor manera de cimentar nuestras dos carreras al mismo tiempo, cierto senador? Los dos sabemos que en estos días, el espectáculo y la política son dos caras de la misma moneda. Además, será divertido.

Filmore miró de reojo a Byrne. —¿Cómo vas a hacerlo?

Byrne suspiró lánguidamente. —Es magia —respondió. —Lo que significa que es sorprendentemente simple o alucinantemente complejo. Ninguna de las



respuestas es siempre muy satisfactoria para el espectador. Así que ¿Qué dice, senador?

Filmore había estado de acuerdo, por supuesto, aunque un poco a regañadientes. Si hubiera necesitado algo más que estar parado una noche en el vestíbulo del famoso rascacielos de acero, probablemente no lo habría hecho.

Mirando a su alrededor desde su posición en las puertas del vestíbulo, comenzó a tener una idea de qué se trataba el truco, de hecho, sería del tipo “increíble”. Había espejos enormes en soportes giratorios, colocados justo fuera de la vista de la multitud. Un andamio monstruoso, de casi treinta pisos de altura, se había erigido en frente del edificio. Estaba equipado con una cortina del porte del rascacielo que podía subirse o bajarse a la orden de Byrne, dando a la vez el tiempo necesario a su equipo para realizar cualquier maniobra que fuese necesaria para lograr la ilusión. Mirando a la plataforma de observación oficial, a media cuadra de distancia, Filmore tenía una idea de cómo (probablemente) el truco sería llevado a cabo. No entendía todo, pero entendía lo suficiente para saber que todo el truco dependía de un sin número de pequeños detalles, de líneas de visión y edición de cámara para la psicología de masas e incluso el ángulo del sol poniente.

A su manera, Byrne era muy inteligente, aunque, como el hombre había sugerido, al ver algunos de los complicados detalles que había detrás del truco, sin duda, tendían a reducir la apreciación hacia éste.

Ahora que estaba oficialmente fuera de las cámaras, Filmore dio la vuelta y cruzó el vestíbulo desierto, entrando por una puerta lateral junto a la mesa de seguridad. Allí, encontró una pequeña habitación con dos máquinas de refrescos, un sofá de cuero y una televisión de plasma. En la pantalla se mostraba lo que el resto de las personas iban a ver desde fuera. El guardaespaldas de Filmore, John Deckham, un antiguo jugador de fútbol totalmente calvo, estaba sentado en el sofá viendo lo que sucedía afuera en el televisor con un ligero interés.

—Tiene buena pinta —Deckham comentó, asintiendo con la cabeza hacia la televisión. —Hicieron un primer plano de ti saludando. Muy “hombre del pueblo”.

Filmore suspiró mientras se sentaba en el otro lado del sofá.



—Siento como que es un truco. Odio los trucos.

—Los trucos hacen girar el mundo. —Deckham se encogió de hombros, levantando una bolsa de pistachos y tomando un puñado.

Filmore se dispuso a ver el evento. En la pantalla de la televisión, Michael Byrne levantó sus brazos mientras la cámara se acercaba drásticamente hacia él, enmarcándole en contra del sol que se reflejaba en las ventanas del edificio.

—Y ahora, —Byrne anunció. Su voz estaba amplificadas sobre la multitud produciendo un efecto de eco. —Me habéis visto escapar de la prisión de Alcatraz. Habéis sido testigos de mi triunfo sobre la muerte en el sepulcro egipcio. Habéis visto como he hecho desaparecer a un elefante vivo, y después a un avión y finalmente un tren de carga en movimiento. Ahora, por primera vez, voy a realizar la mayor hazaña de la ilusión que se haya intentado. No solo haré desaparecer uno de los mayores puntos de referencia de la ciudad de Nueva York, el legendario edificio Chrysler, sino que, además lo haré mientras está ocupado por el honorable y respetado senador Charles Hyde Filmore.

En la pantalla, la multitud aplaudió de nuevo. Filmore podía oír el eco de sus gritos procedentes de más allá del vestíbulo. Byrne sonrió triunfante hacia la cámara, extendiendo sus brazos, con las palmas abiertas, eufórico ante la puesta de sol. Al mismo tiempo que el público volvía a guardar silencio, un montón de focos iluminaron la fachada del edificio, como si fuera una enorme joya. Byrne levantó los brazos, aún con las palmas abiertas hacia arriba, y luego las dejó caer. En ese momento, cientos de metros de tela roja, se desplegaron frente al edificio. Se precipitaban como el agua, brillando mágicamente frente a los focos, y, finalmente, golpeaban el suelo suavemente. Desde la perspectiva de las cámaras de televisión, así como de los espectadores sobre la plataforma de observación, la cortina completamente oscureció el edificio. Frente a la ondeante tela roja, Byrne agachó su cabeza. Parecía estar totalmente concentrado. El público esperaba impaciente.

Al final del sofá, Deckham hundió su mano en la bolsa de los pistachos.

—¿Cómo hará esto? —preguntó. —¿Te lo contó?

—No. —replicó Filmore. —Secreto profesional y todo eso. Todo lo que sé es que debo esperar aquí durante un minuto o menos mientras convence a todos de que el edificio ha desaparecido. Cuando acabe todo, el edificio aparecerá y regresaré por la puerta principal, saludando como un idiota. Gracias y buenas noches.

—¿Somos los únicos que estamos en todo el edificio?

Filmore asintió, sonriendo con tristeza.

—Ese Byrne es un genio, de verdad. Organizó todo para que el Departamento de Salud evacuara el edificio, afirmando que solo podría prometer la seguridad de una persona, la tuya por supuesto, cuando el edificio cruzara a las dimensiones desconocidas.

—No lo hizo —se rio Deckham, haciendo crujir los pistachos.

Filmore asintió de nuevo. En la pantalla de la televisión Byrne todavía estaba de pie con la cabeza abajo, con los brazos colgando en los costados como si alguien le hubiese apagado. Un redoble de tambores comenzó. Poco a poco, Byrne comenzó a levantar los brazos de nuevo y como hizo antes, se apartó de la pared del edificio cubierta con una tela roja.

El sonido del tambor aumentó, hasta una nota casi insoportable. Ahora Byrne le daba la espalda a la cortina, con sus brazos levantados y la cabeza agachada, el pelo le oscurecía la cara y aún estaba como si alguien lo hubiese apagado.

De repente el edificio se estremeció violentamente. El polvo del techo caía, y las luces parpadeaban. Filmore se levantó alarmado.

—¿Qué fue...? —comenzó diciendo pero se detuvo cuando un zumbido comenzó en las entrañas del edificio que le devolvía a la vida. Las luces y la pantalla del televisor seguían parpadeando.

—¿Se suponía que esto ocurriría? —Deckham miraba cautelosamente.

—Creo que... sí. —Filmore respondió lentamente, asintiendo con la cabeza hacia la televisión. —Mira.

Aparentemente la escena de afuera no había cambiado. Byrne todavía se mantenía con sus manos arriba y su cabeza gacha. Finalmente y teatralmente, cerró sus manos y levanto su cabeza, lanzando su pelo hacia atrás. Chorros de chispas de color blanco estallaron en el aire y la cortina roja cayó girando y ondeando. En el lugar donde antes había un edificio, ahora estaba vacío, solo rodeado por las plataformas que sostenían los focos de luz.

El gran edificio brillante sin duda parecía haber desaparecido. La multitud estalló en frenéticos aplausos y una banda en directo entabló una melodía de victoria.

—Bueno, no está mal. —comentó Deckham relajándose un poco. —Parece muy real.

—Bueno... —replicó Filmore entornando los ojos hacia la pantalla. —Está muy oscuro. Deberíamos ser capaces de ver los edificios que se encuentran detrás de éste. Las luces están distrayendo a la multitud.

—Creo que eres demasiado cínico para la magia, Chuck. Dedícate mejor solo a la política. —El gran hombre se puso de pie haciendo una bola con la bolsa de pistachos entre sus manos. —Voy a ir al baño antes de irnos.

—Seguro. —Filmore musitó todavía mirando a la pantalla. Deckham se sacudió unas pocas cáscaras de pistachos que le quedaban en el pantalón y desapareció por la puerta del baño que se encontraba en un rincón de la pequeña habitación.

Afuera Byrne había ordenado que el telón se subiera de nuevo. Lentamente la cortina volvió a subir, una vez más ocultando misteriosamente la vista y los focos de luces. La televisión enfocó a los observadores en la plataforma principal, mostrando su asombro extasiado, los ojos muy abiertos y la boca abierta. Filmore imaginó que habían sido obligados a practicar esa expresión durante los ensayos. Tal vez Deckham tenía razón; tal vez él era demasiado cínico para la magia. Ah, bueno, pensó, se han dicho cosas peores acerca de las personas.

Al otro lado de la habitación, la puerta del vestíbulo fue empujada lentamente por una brisa entrante. Filmore frunció el ceño. La brisa olía vagamente raro, a pesar de que no podía adivinarlo. Era un olor fresco, salvaje y terrenal.

—Y ahora —la voz televisiva de Michael Byrne anunció grandiosamente, — Sean testigos de la finalización de la hazaña de esta noche. Señoras y señores, permítanme traerles nuevamente, su edificio Chrysler, y su senador, ¡Charles Hyde Filmore! —Levantó las manos una vez más, frente a la cortina en esta ocasión. Otro redoble sonaba, incluso más fuerte esta vez.

—Apúrate, Deckham —dijo Filmore poniéndose de pie —La señora gorda ya comenzará a cantar.

Otra vibración sacudió el edificio, por lo que las luces parpadeaban una vez más. En algún lugar a lo lejos y en lo alto, algo se estrelló. Filmore miró a su alrededor con nerviosismo.

En la pantalla, Byrne dejó que sus dedos temblaran en los extremos de sus brazos extendidos. El redoble de tambor aumentó, cortando la tensión como un cuchillo. Por último, con un gran broche de oro, Byrne se lanzó hacia delante sobre sus rodillas, dejando caer sus brazos, como si él mismo estuviera desnudando la enorme cortina de la escena. La cortina cayó, sin ataduras esta vez y cayó hacia al lado con la brisa desplomándose en la calle desordenadamente, levantando una nube de polvo y arena.

Detrás de ella, no había nada.

Filmore parpadeó mirando la pantalla, con los ojos muy abiertos. Algo había salido mal. No sólo el edificio Chrysler seguía desaparecido, además una misteriosa oscuridad había llenado el espacio. Los edificios colindantes podían verse bajo la nube de polvo y sus ventanas amarillas en la penumbra de la noche. Byrne no se había movido. Permaneció en el primer plano de la escena televisiva, de rodillas, con la cabeza elevada a la vista inesperada. Un extraño silencio llenó la calle por todas partes.

— ¡Se ha ido! —gritó una voz repentinamente. La vista de la cámara cambió haciendo un plano más cercano de la calle Chambers. La cortina roja podía verse



en los focos, cubriendo la calle como una manta. La cámara giró, donde estaba el edificio Chrysler, ahora había un gran hoyo. Tubos y cableado eléctrico sobresalían de los costados del agujero, chorros de agua y chispas. —¡Se ha ido! —La voz gritó de nuevo, esta vez más cerca. —¡Ha desaparecido completamente, y también el senador!

La multitud respondió como una bestia rugiendo por lo bajo, la confusión y la incredulidad mezclada con pánico, y el rugido se convirtió rápidamente en una cacofonía. La vista se situó en la plataforma de observación, centrada únicamente en la figura de Michael Byrne quien todavía estaba de rodillas, con el rostro flojo, completamente perplejo y sin poder creerlo. Para Filmore, parecía prácticamente catatónico.

—¡Deckham! ¡Algo está mal! ¡Salgamos de aquí! —gritó Filmore.

No hubo respuesta. Filmore se acercó a la puerta del baño y la abrió. Era una habitación muy pequeña, con sólo un inodoro y un lavabo. Estaba vacía. Había un par de zapatos en el suelo delante de la taza del baño, de cuero negro, todavía atados. Filmore los miraba aturdido, sin palabras.

Otra ráfaga de aire perfumado entró violentamente por la habitación, trayendo el sonido de la multitud rugiente. Filmore giró, mirando hacia la puerta del vestíbulo que se cerraba lentamente. La televisión todavía parpadeaba, pero Filmore no lo notó. Poco a poco, cruzó el piso con cautela.

El vestíbulo estaba mucho más brillante de lo que había sido, iluminado por una extraña niebla brillante que presionaba sobre las puertas de cristal. Filmore rodeó el mostrador y oyó un chasquido húmedo. Miró hacia abajo y vio que estaba en un charco. Ondeaba alrededor de sus zapatos, siguiendo su curso alegremente sobre el suelo de mármol hacia los ascensores. Todo el suelo estaba cubierto de agua, reflejaba la brillantez de las puertas, arrojando hilos de luz hacia los altos techos. Filmore sentía como si estuviera en un sueño.

Poco a poco, fue acercándose hacia la puerta delantera. Tal vez, pensó, todo esto era parte del truco. Tal vez Byrne era mucho mejor de lo que Filmore había creído. La vista a través de la puerta era totalmente blanco, como una niebla que se



movía lentamente. Filmore sintió como repentinamente una ráfaga de viento azotó las puertas empujándolo hacia adentro con la suficiente presión y sintiéndose nuevamente a través de ese aire exótico y perfumado. La brisa ondeaba sobre Filmore, a través de su cabello y desordenando su corbata, el aire era húmedo y cálido.

Filmore extendió su mano y agarró la puerta, se armó de valor y apretando la mandíbula, empujó.

La puerta se abrió fácilmente, dejando entrar una ráfaga de brisa cálida, brumosa y un rugido fuerte. Había pensado que el ruido era de la multitud de la ciudad de Nueva York, pero ahora sabía que había sido un error. Ninguna multitud humana podía hacer un sonido similar. Era ensordecedor y sin fisuras, enorme como el cielo. Filmore salió hacia ese sonido, esforzándose por ver a través de la blancura cegadora.

El viento se levantó de nuevo, de repente húmedo, y disipando la niebla, rompiendo la diferencia suficiente para que Filmore finalmente pudiera ver la fuente del ruido. Estiró la cabeza hacia atrás, más y más alto, con los ojos saltones ante la enormidad, lo extraño e inexplicable que estaba presenciando.

En los alrededores del edificio, había una pared de agua que tronaba, tan alto y tan amplia que parecía empequeñecer la torre de acero brillante. Era una cascada de tales proporciones que desafió su creencia. Filmore estaba aturdido, incapaz de moverse, incluso a medida que era empapado por el golpeteo de la cascada. De alguna manera, increíblemente, el edificio Chrysler había sido transportado a un lugar completamente fantástico. Filmore se sacudió, rompiendo su parálisis y se dio vuelta a mirar el edificio que se encontraba tras él. Se encontraba totalmente intacto, inclinándose ligeramente sobre la saliente de una roca en medio de un río tropical agitado. Desde sus ventanas goteaba el agua, lo que reflejaba la montaña alrededor y sus limítrofes y exuberantes selvas.

—Saludos Senador —llamó una voz, Filmore giró impactado y estuvo a punto de caer. —Siento lo de su guardaespaldas, pero el acuerdo era por una sola persona, debe estar en alguna parte, pero le aseguro que no está aquí.



—¿Qué...! —Filmore tartamudeó débilmente. Abrió y cerró la boca varias veces, sobresaltado ante la figura que se aproximaba a través de la niebla caminando airosamente. Parecía ser un hombre, vestido todo de negro. Una capa ondeaba sobre sus hombros y su rostro estaba cubierto por una extraña máscara metálica. A medida que la figura se acercaba, Filmore vio más figuras similarmente vestidas apareciendo entre la niebla, manteniendo su distancia, pero observándolo cuidadosamente.

—Perdone la omisión, Senador —gritó la figura negra deteniéndose de repente. Su voz delató su acento británico. Él pareció estar sonriendo, —Entiendo que hay tradiciones que están por verse. Esto es, después de todo, un truco de magia —El hombre curvó una mano hacia su boca enmascarada y se aclaró la garganta y luego estiró sus brazos en un gesto que parecía abarcar el edificio Chrysler, la cascada e incluso Charles Filmore.

—¡Ta—daa! —Gritó, claro como el cristal en el ruido rugiente. Y luego se echó a reír, y rió y rió.



A una gran distancia y algunas semanas más tarde, un cocinero de comida rápida golpeó una campanilla con la palma de una mano y soltó con un golpe sordo un plato humeante sobre el mostrador.

—Número tres, extra mayonesa, tómalo mientras esté caliente —llamó sin mirar.

Una camarera con un vestido de rayón lúgubre se sopló el pelo de la cara de fastidio —No te enfades, vuelvo en un segundo —Se volvió hacia una pareja con

sobrepeso hacinados en la cabina de la ventana inclinados sobre los pequeños menús, estudiándolos como si fueran exámenes finales. El hombre miró a la camarera, con los ojos nadando en un enorme par de gafas de montura negra.

—¿El atún es una ración consistente o viene en uno de esos cuencos elegantes?

—Elegantes —la camarera parpadeó. Se burló afablemente —No sabe dónde está, ¿verdad?

—Estamos en Bridgend, ¿verdad? —Dijo repentinamente la mujer, mirando a la camarera y luego mirando preocupada a su marido —¿No lo estamos? Te dije que deberíamos haber tomado la autopista. Estamos perdidos ahora, ¿verdad?

—No, me refiero... —dijo la camarera, pero el hombre la interrumpió sacando un gran mapa plegable del bolsillo de su pecho.

—Bridgend —dijo enfáticamente, guardando el mapa y apuntándola con su dedo regordete —Justo aquí, ¿ves? Tú viste el símbolo cuando dejamos la última rotonda.

—He visto un montón de símbolos hoy, Herbert —resopló la mujer. Sentada remilgadamente en el compartimiento rojo.

—Miren —dijo la camarera bajando su cartilla de pedidos. —Si necesitan un par de minutos más...

La campana en el mostrador sonó de nuevo, esta vez más fuerte. La camarera miró hacia atrás, aumentando su enojo, pero otra camarera pasó detrás de ella y le tocó el hombro.

—Yo lo hago, Trish —dijo la camarera más joven (y definitivamente más bonita) —Mesa tres, ¿cierto?

Trish exhaló y frunció el ceño hacia la ventana de recogida —Gracias, Judy. Te juro, uno de estos días...



—Lo sé, lo sé —Judy sonrió, cruzando el piso estrecho y agitando una mano para mostrar que ya lo había oído cientos de veces antes.

Judy arrancó una hoja de pedido de su libreta y la clavó en uno de los clips en el carrusel de la cocina. Con un hábil movimiento, ella cogió el plato y lo llevó a una mesa en la esquina junto a la puerta.

—Aquí tienes, amor —dijo ella, deslizando el plato sobre la mesa delante de un hombre de mediana edad con el cabello negro y delgado —Disfrútalo.

—Muchas gracias —dijo el hombre, sonriendo y desenrollando la servilleta para que su plato cayera sobre la mesa —Si pudiera ser atendido todos los días por ti, quizás nunca me iría.

—Eres muy dulce —respondió Judy girando su cadera —No eres de por aquí, ¿verdad?

El hombre negó con la cabeza con burla —No realmente. Soy de la costa, de Cardiff. Sólo estoy de paso.

—¿De verdad? —dijo Judy, sonriendo enigmáticamente —Tengo familia allá, aunque nunca los he visitado. Me pregunto si ¿usted sabrá de alguno de ellos?

La sonrisa del hombre se volvió condescendiente —Cardiff es un lugar muy grande, querida. A menos que su padre sea el alcalde, es poco probable que lo conozca.

Judy se inclinó hacia el hombre y se puso una mano en la boca, como si estuviera a punto de compartir un secreto con él —Potter —dijo ella —James Potter. Debe ser joven... no es un niño, pero no un hombre todavía.

El hombre entrecerró los ojos en una parodia de una profunda reflexión, como si de verdad quería decir que sí, sólo para mantener a la camarera hablando con él, pero no podía decidirse a hacerlo. Dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza —Lo siento, no puedo decir que lo conozco. Francamente, ya no estoy involucrado con muchos chicos ahora que los míos ya han crecido. Mi hijo menor recientemente se fue a la Milicia.

La camarera asintió y se enderezó —Dime si deseas repetir el plato, ¿está bien? —Volvió a sonreír, pero con una sonrisa un tanto más falsa de la que había mostrado previamente, luego se dio la vuelta.

Trish, la camarera mayor, estaba junto a la caja registradora contando sus propinas del día. Sin levantar la vista, dijo:

—¿Qué pasa entre tú y este chico Potter? Has estado preguntando por él desde tu primer día aquí, lo que es, ¿hace tres semanas? Por cierto, no creo que tenga ningún parentesco contigo. ¿Qué pasa? ¿Se metió con tu hermanito o algo? ¿Sus padres te deben dinero?

Judy se echó a reír —Nada de eso...no es más que un amigo de un amigo con el que perdí el contacto y quiero encontrarlo de nuevo. No es nada, es una especie de Hobby, realmente.

Trish se rio secamente. Cerró la caja registradora y sacó un rollo delgado de boletas en su delantal —Algunos hobby. He visto tu pequeño apartamento, ¿recuerdas? Si quieres un pasatiempo, tal vez deberías decorarlo. Ese lugar es tan desnudo como el armario de la Vieja Madre Hubbard. Ni siquiera una cama. Espeluznante, si me preguntas.

Judy no estaba escuchando a Trish. Sus ojos estaban fijos en la ventana del frente, sin expresión y sin pestañear, paralizada.

—¿Qué pasa Judy? —preguntó Trish, mirando hacia arriba —Te ves como si alguien acabase de caminar sobre tu...

Judy levantó una mano, con la palma hacia fuera, indicando a la mujer mayor que se callara. Trish se quedó inmóvil y Judy se quedó mirando a través de la ventana frontal entre los rostros de la pareja que seguía discutiendo sobre el mapa, más allá del sendero y el farol, al otro lado de la calle, había un hombre pequeño con un bastón deambulando lentamente por un callejón. Judy estrechó la mirada ligeramente con curiosidad.

Detrás de ella, en voz alta, el cocinero golpeó la campana de nuevo. Un plato resonó sobre el mostrador. Ni Trish ni Judy se movieron.



—Número seis —el cocinero llamó, mirando a las dos mujeres a través de la ventana, con las mejillas rojas y sudorosas —Salchichas con Puré, sin pepinillo — continuó, bramando, pero su voz se cortó abruptamente cuando Judy levantó la mano otra vez, haciendo un gesto vago hacia él. Él la miró fijamente, sin moverse, como si estuviera congelado en su lugar.

Judy salió del mostrador, caminando particularmente veloz y que era completamente diferente a sus movimientos anteriores.

—Creo que estamos listos para pedir ahora —dijo la mujer con sobrepeso, sonriendo esperanzadamente hacia ella pero se congeló en su lugar cuando Judy pasó junto a ellos. La campana tintineó sobre la puerta cuando fue abierta con tanta rapidez que una ráfaga de viento entró revoloteando los menús en las mesas y desordenando el carrusel de la cocina. Nadie en el interior parecía notarlo. El hombre de mediana edad con el delgado cabello negro permanecía sentado con el tenedor a medio camino de su boca, inmóvil como una estatua.

Judy salió ante una luz de sol brumosa y comenzó a cruzar la calle. Una bocina sonó y unos frenos comenzaron a chillar cuando un camión se estaba abalanzando sobre ella, desviándose en un charco profundo, pero el sonido se cortó bruscamente cuando Judy levantó su mano. Trozos de hielo estallaron desde el charco abrazando al camión tan fuerte hasta detenerlo. Se oyó un chirrido de desgaste de metal y la cabeza del conductor golpeó el parabrisas, rompiéndolo en mil pedazos.

Judy no había quitado la vista de encima del pequeño hombre con el bastón y él se volvió a mirar al oír el ruido del camión, su mirada era punzante y cautelosa. Vio a Judy acercándose, pero su expresión no cambió, pero cuando se dio vuelta mejoró su postura, tomó su bastón al lado y comenzó a correr por el callejón. Judy sonrió feliz y saltó sobre la acera siguiendo al hombre por el callejón.

Se metió en un cruce de calles estrechas sin mirar atrás, pero Judy era increíblemente rápida. Ella seguía sonriendo y era una hermosa sonrisa llena de alegría —Déjame —el hombre gritó, aún en marcha. Se lanzó a una corta escalera y luego hacia una puerta de un apartamento decrepito y comenzó a buscar a tientas una llave en la cerradura —Déjame, yo no hice nada malo!

Judy llegó al pie de la escalera justo cuando el hombre encontró la llave de la casa, abrió la puerta y se lanzó hacia el interior con su bastón al lado.

—Por favor espere —dijo Judy, levantando la mano, pero el hombre no miró hacia atrás, ni tampoco se detuvo como lo había hecho el resto. Judy oyó un chasquido en su lugar. Su sonrisa se estrechó, afilándose en los bordes y convirtiéndose en una mueca dura. Levantó su mano una vez más y acurrucó su dedo pulgar bajo el índice, apuntando hacia la puerta. Parecía como si ella quisiera lanzar una partícula de polvo en el aire...y lo hizo.

La pesada puerta de madera explotó hacia dentro con un estruendo dejando un hueco. El pequeño hombre estaba a mitad de una escalera, encorvado y agarrado de la baranda, con miedo a moverse.

—No hice nada malo —gritó en voz alta con voz temblorosa y sin mirar atrás. —¿Qué he hecho?, ¿Qué quieres?, ¿Por qué simplemente no me dejas en paz?

Judy comenzó a subir las escaleras, pisando los trozos de la puerta a medida que caminaba sobre ellos —¿Quién crees que soy? —su voz sonaba complacida y divertida.

—Bueno, es obvio, ¿no? —dijo el hombre temblando. Finalmente la miró sobre su hombro sin soltar el bastón —Usted es del Ministerio y se ha enterado que mi bastón no es una varita apropiada. La pedí especialmente por el correo, pero ya no es ilegal, ¿verdad? Quiero decir, que apenas funciona. No viola mi libertad condicional, no es necesario que me envíe de vuelta.

—Tú... —dijo Judy, aun subiendo las escaleras lentamente, sonriendo con asombro —Tú... eres un mago. Una persona mágica. ¿Verdad?

El hombre la miraba atónito por sobre su hombro, girando la mitad de su cuerpo hacia ella —¿A qué te refieres entonces? ¿A qué vienes a molestarme? Me estás tomando el pelo, ahora que tengo que vivir como los malditos Muggles? Solo fue un pequeño robo, ya estuve en Azkaban limpiamente. Y si me mantengo limpio 8 meses más me devolverán mi varita. ¿Por qué me asustas de esta forma y luego me bromeas sobre ser un ma—?

El hombre se detuvo cuando vio la verdad en la cara de la mujer. Ella no le estaba tomando el pelo.

Casi lo había alcanzado, ambos estaban en la sombra de la escalera, estaba 2 escalones más abajo que él y aun así su vista estaba frente a sus ojos lagrimosos, ampliándose cuando se dio cuenta que ella estaba flotando sin dejar de sonreírle en la oscuridad.

—Ya veo —dijo ella moviendo su cabeza con asombro —Una completa sociedad mágica en secreto, muy curiosamente absurda, como han cambiado los tiempos. Y sin embargo, tiene sentido ahora...pero que buena suerte he tenido, mi amigo, de verte y reconocer tu extraña naturaleza. Dime, ¿Cuál es tu nombre?

El hombre todavía estaba temblando, tanto que le castañeteaban los dientes cuando contestó —Buh—b—b—Blagwell —tartamudeó —Harvey. Blagwell.

—Qué nombre tan desafortunado —la mujer frunció el ceño —Dígame, señor Blagwell, me pregunto si es posible que pueda ayudarme. Estoy buscando a alguien. Les he pedido a tantas y tantas personas y ninguno de ellos ha sido capaz de ayudarme, aunque ahora entiendo por qué. Espero que tú si puedas hacerlo.

Blagwell asintió bruscamente con sus ojos saltones.

La mujer se inclinó hacia él, flotando más alto para cubrirlo con su sombra —¿Alguna vez has oído hablar de alguien llamado...James Potter?

Blagwell la miró con los labios temblorosos, tosió y riendo entrecortadamente preguntó —¿P—Potter? —dijo sacudiendo la cabeza como si estuviese burlando —Es una broma, ¿cierto?

La sonrisa de Judy creció. Se extendió más allá de los límites normales, convirtiéndose en una mueca lunática sin humor —Cuéntame más —suspiró.

—¿Qu—Qué quieres saber? —Blagwell exclamó, inclinándose hacia atrás y marchitándose bajo la fuerza de su mirada —Todo el mundo los conoce, El—Ellos son muy famosos, ¿verdad?.



—Ella está ahí —respondió la mujer con una voz monótona y escondiendo su cara entre las sombras —Lo percibí en sus recuerdos. No era mucho la verdad, pero era lo que necesitaba. Ella fue ahí, buscando refugio luego de su juicio en el lago. No pude seguirla y su rastro se ha extraviado. Pero dos palabras fueron impresas en el éter donde fue colocado el árbol, dos palabras que sé que me llevarían con ella...James Potter. Dime dónde puedo encontrarlo. Dime y todo el mundo podrá ser feliz nuevamente. Tal vez incluso tú mi desafortunado amigo.

—¿Quién eres tú? —gimió Blagwell aterrorizado.

Su voz salió desde la oscuridad, enloquecedora y fascinante —Llámame Judith —dijo sonriendo —Me llaman la Dama del Lago.

Cinco minutos más tarde, la mujer salió a través de la puerta rota de nuevo, sonriendo para sí misma. Por fin sabía lo que necesitaba saber. Habían pasado casi 2 meses, dos meses vagando y buscando, alquilando departamentos vacíos solo para que quienes la rodeaban no sospecharan. Ahora, por supuesto, todo tenía sentido. Este era un tiempo absurdo y extraño, un momento en que el mundo mágico escondió su secreto a los aburridos, los no—mágicos. Ahora entendía porque había sido llamada en este tiempo, convertida en una forma y quien lo había hecho. Por fin entendía que estaba destinada a hacer. Sería una tarea difícil, pero la disfrutaría y muchísimo.

Cruzó la acera y se encontró con un gran charco cerca, estaba cubierto por un delgado brillo de arcoíris, en el agua turbia vio reflejada su sonrisa. Era en efecto una linda sonrisa, que inspiraba a la gente y les despertaba el deseo de ayudarla. No es de extrañar que el gran hechicero se haya enamorado una vez de ella. Judith lo recordaba vagamente a pesar de que no era su memoria, no realmente. Fue añadida a esta forma humana que había adoptado. Ella no era la Judith a la que el gran hechicero conoció alguna vez y se enamoró, y sin embargo ella ocupaba una versión de la forma de Judith, mirando por los ojos de esa mujer y sonriendo su sonrisa. De hecho, el gran hechicero se había enamorado de esa sonrisa, y casi perdió todo en la búsqueda de ella.

En realidad...todavía podría.



Judith se arrodilló todavía mirando hacia abajo en el charco. Por fin tenía lo que necesitaba. Una cosa muy común realmente, pero muy difícil de encontrar, al menos en este tiempo que desconocía. Sostuvo su mano sobre el charco formando un puño y una daga sobresalía, su mango con incrustaciones de joyas, su hoja oscura y húmeda. Dejó que algo rojo goteara desde la punta del cuchillo cayendo sobre el charco, formando ondulaciones y desvaneciendo el brillo. Es una magia elemental, y muy rara —lo entendió instintivamente —Después de todo, era la forma que había adoptado.

—Muéstrame —dijo al charco —Muéstrame dónde están. El niño James; su hermano Albus, la serpiente; su hermana Lily, la flor; su padre Harry, la leyenda; su madre Ginny, la antorcha. Muéstrame dónde están para que pueda buscarlos, y encontrarla.

La sangre de Harvey Blagwell abanicó a través del charco y el brillo aceitoso se profundizó intensificado, formando una imagen. La dama del lago se acercó ansiosa y contenta esperando que la imagen se solidificara. Había bosques, un lago y luego un castillo enorme y con varias torres y las ventanas brillantes. La imagen borrosa, se estabilizó mostrándole lo que necesitaba saber.

Todo estaba claro ahora, Judith sabía lo que tenía que hacer y donde ir. Pronto, este mundo despertaría, terrible e irreversiblemente y el caos continuará, a Judith le encantaba el caos. Suspiró y se sentía ansiosa, luego se enderezó y se deshizo de su traje de camarera (pronto se vestiría como mejor le asentaba) por ahora, ya estaba complacida. La misión había comenzado, iba a encontrar a la chica y entonces simplemente miraría.

La chica era su destino (su hermana y su hija, su némesis y su aliado, estaban entrelazadas, íntimamente y de forma permanente. Lo quiera o no, la chica ayudaría a Judith y la llevaría donde ella necesitaba ir)

Judith limpió la daga, su patrimonio, distraídamente en su vestido mientras caminaba...luego, comenzó a tararear.





Capítulo 1

Adiós a Hogwarts

No muy lejos de allí, el sol brillaba sobre la amplia cima de una colina, calentando el temprano aire otoñal e inspirando un coro vibrante de cigarras en la ciénaga y cantos de pájaros en los árboles cercanos. Polillas y abejorros serpenteaban y zumbaban, dibujando patrones invisibles entre las flores. La sombra de un enorme castillo se extendía sobre la cara de la colina, su contorno resultaba borroso mientras el viento trazaba ondas sobre el césped crecido. Un chico corría por la sombra del castillo, dejando una estela laberíntica entre la hierba alta.



—¿Qué estás esperando? —gritó el chico, Albus Potter, mirando a su espalda.

—Estás fuera de los límites —chilló su hermano James desde cierta distancia, ahuecando las manos sobre la boca. —El campo terminó allá atrás, en esa roca grande, imbécil. Ni siquiera puedes ver la pelota bajo toda esta hierba.

—¡Eso es parte del desafío! —respondió Albus a gritos, sonriendo ampliamente. —¿Estamos jugando al fútbol mágico o qué?

—No pasa nada —gritó la voz de una chica algo más lejos. James miró de reojo y vio a su prima de cabello negro azabache, Lucy, agachada delante de una hilera de árboles jóvenes, deslizándose lentamente de lado. —La meta se ha alejado de él. Estoy intentando mantenerla bajo control, pero es todo un desafío. ¡Oh, ahí viene de nuevo! —Desde luego, los arbolillos que formaban la portería tras ella parecían desplazarse de lado a través de la hierba, caminando sobre sus raíces como calamares de madera muy altos. Lucy trabajaba en mantenerlos vigilados mientras al mismo tiempo mantenía un ojo en Albus.

—¡Estoy solo, Al! —llamó Ralph Deedle, buscando la atención de su amigo y compañero Slytherin. Ondeaba las manos servicialmente. Albus asintió con la cabeza, se giró, y pateó algo en medio de la hierba. Un balón de fútbol gastado apareció momentáneamente mientras trazaba un arco a través del aire. Ralph se preparó para atrapar la pelota, pero ésta nunca llegó hasta él. En vez de eso, danzó misteriosamente a la luz del sol y se alejó girando.

—¡Eeeh! —gritaron Albus y Ralph al unísono, mirando en la dirección en la que volaba la pelota. Cayó a tierra cerca de los pies de una chica pelirroja, que corrió a hacerse con ella, ondeando su varita.

—¿Estamos jugando al fútbol mágico o qué? —aulló ella, pateando la pelota hacia el lado opuesto de la colina.

—¡Rose! —gritó James, corriendo para alcanzar a su prima. —¡A tu espalda! ¡Es Ted!

Rose se agachó mientras de repente una nube de polillas azules se lanzaba volando sobre ella, conjurada desde el extremo de la varita de Ted Lupin. Él aulló



mientras pasaba corriendo, apuntando el pie hacia la pelota, pero ella fue más rápida con su propia varita. Con un movimiento de muñeca y un destello, trasfiguró una hoja muerta en una cáscara de plátano. Un instante después, el pie de Ted Lupin aterrizó en la cáscara y patinó, aterrizando en el suelo.

—¡Buenos reflejos, Rosie! —bramó Ron Weasley desde donde estaba, por el momento a un costado del campo. —¡Ahora tráela a zona protegida! ¡James está sólo! ¡Su guardián todavía está envuelto en ese maleficio de cosquillas! ¡Apunta bajo!

Rose desnudó los dientes sombría y pateó la pelota hacia James, quien la atrapó con facilidad y comenzó a maniobrar hacia el afloramiento de rocas que actualmente servía de portería a su equipo. De pie ante la meta, George Weasley, que estaba notoriamente atacado por las cosquillas, luchaba por prestar atención mientras una enorme pluma blanca revoloteaba a su alrededor, rozándole ocasionalmente y haciéndole convulsionarse de risa.

James estaba a punto de disparar a la meta cuando una voz gritó junto a su oído.

—¡Aaah! ¡A por la pelota! ¡Le tengo! —Cayeron unas sombras sobre él y unas manos le agarraron el cabello y la capa. James intentó espantarlos sin mirar, pero no sirvió de nada. Sus primos más jóvenes, los gemelos Harold y Jules, le rodeaban con escobas de juguete, agarrándole y abriendo y cerrando los dientes como pirañas aerotransportadas. James levantó la mirada hacia ellos con exasperación, tropezó con sus propios pies, y cayó a la hierba como un saco de ladrillos. Harold y Jules se miraron el uno al otro por un momento y se zambulleron en la hierba para continuar con su ataque. El balón rodó hasta detenerse cerca mientras George se adelantaba corriendo para patearlo.

—¡Barricado! —gritó James, agitando las manos mientras Harold le agarraba dos puñados de cabello.

De repente una diminuta pared de ladrillo hizo erupción en el suelo, junto a la pelota, una fracción de segundo antes de que el pie de George Weasley entrara en contacto con ella. La pelota no llegó al pie del tío de James; de inmediato golpeó



la diminuta pared, y salió disparada por el aire, formando un arco alto sobre la cabeza de George. Éste inclinó el cuello hacia atrás para observar. Con un golpe sordo, la pelota botó entre las rocas tras él.

—¡Gol! —gritó James, lanzando ambas manos al aire.

—¡Trampa! —chillaron Harold y Jules, cayendo de nuevo sobre James y derribándole.

Rose pasó corriendo a James y George, extendiendo la mano para coger el balón.

—La primera regla del futbol mágico es que no hay ninguna regla —recordó a todo el mundo, alzando la voz. —James marcó con un hechizo para crear barricadas, y yo hice una asistencia con esa transfiguración cáscara de plátano. Eso son cinco puntos más para el equipo Hipogrifo.

—¡¿Cinco puntos?! —chilló Albus enfadado, trotando hasta detenerse cerca. —¿Cómo has llegado a ese tanteo?

—Un punto por el gol —resopló Rose, haciendo votar la pelota sobre su palma derecha, —dos puntos por cada hechizo.

—Esos fueron hechizos de *un* punto —arguyó Albus. —¡Yo podría haberlos hecho dormido!

—Entonces tal vez alguien debería lanzarte un encantamiento siesta —dijo James, librándose finalmente de sus primos. —Tal vez jugarías mejor en tus sueños, ¿eh?

—Al menos yo no necesito ninguna estúpida pared en miniatura para que meta goles por mí —se quejó Albus, sacando su varita. —¡Tengo la alocada idea de meter los goles con *mis* pies!

—Qué pena que los tengas demasiado ocupados metidos en tu boca —contrarrestó James, obviamente complacido con su réplica. —¡Pero puedo ayudarte con eso!



Albus vio la intención de James un momento antes de que ocurriera. Se apresuró a alzar su propia varita y ambos chicos gritaron el encantamiento en el mismo momento exacto. Los rayos de magia cruzaron la colina soleada y Albus y James giraron los dos en el aire, impulsados desde los tobillos.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó una aguda voz femenina, vacilando al borde de la furia ultrajada. Todos los ojos se volvieron culpablemente. Ginny Potter, la madre de James y Albus, subía a zancadas enérgicas la colina, aproximándose a la combativa reunión, con los ojos llameantes. La pequeña Lily Potter iba a su estela, ocultando una sonrisa deleitada tras las manos.

—¡Os he estado buscando a todos! —exclamó Ginny. —¡Y aquí os encuentro, en medio de la hierba haciéndoos un asco con las túnicas de vestir! ¡Ronald Weasley! —gritó, divisando de repente a su hermano, que intentaba desaparecer. Cerró los puños con fuerza. —¡Debería haberlo sabido!

—¿Qué? —dijo Ron, alzando las manos. —¡Estaban aburridos! ¡Yo estaba aburrido! ¡Les estaba... vigilando, asegurándome de que no se metieran en problemas! ¡Además, George también está aquí, por si no te has dado cuenta!

Ginny exhaló cansada y sacudió la cabeza.

—Sois los dos tan traviosos como los niños. Todos vosotros, de vuelta al castillo en este mismo instante. Todo el mundo está esperando. Si no nos damos prisa llegaremos tarde a la ceremonia.

A un metro sobre la hierba, James colgaba bocabajo frente a su hermano. Albus sostuvo su mirada y suspiró, el cabello negro le colgaba lacio de la cabeza.

—Yo te suelto si tú me sueltas a mí —dijo su hermano. —A la de tres.

James asintió.

—Uno...

—*Liberacorpus* —dijo Ted, ondeando su varita. Ambos chicos cayeron del aire y rodaron hechos un lío sobre la colina. —De nada —sonrió Ted, guardándose la varita. —Vamos. No querréis hacer esperar a vuestra madre.



El grupo trotó para alcanzar a Ginny mientras ésta volvía a zancadas hacia las verjas del castillo, donde una pequeña multitud se había reunido, vestida como ella con túnicas coloridas, sombreros, chales y capas.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó James a Rose mientras cruzaban el césped.

Ella le examinó críticamente.

—Luces bien —respondió compasiva. —Tu revuelco por la tierra no es rival para el encantamiento *laveolus* de tu madre. No queda mucho más que una mancha de hierba.

James maldijo por lo bajo.

—De todos modos, no sé por qué tenemos que ponernos estas estúpidas túnicas de vestir. Nadie sabe si una boda de gigantes es un asunto formal, ¿verdad? Hagrid dice que somos los primeros humanos en ver tal cosa en la historia. Ni siquiera *él* sabe cómo se supone que debemos vestir.

—Mejor prevenir que lamentar —comentó Ralph, ajustándose el cuello alto y tieso. —Especialmente con rubias lo bastante grandes como para aplastarte como a un gusarajo.

James sacudió la cabeza.

—Grawp y Prechka son nuestros amigos. Eh, más o menos. No nos harían daño a ninguno.

—No son *ellos* los que me preocupan —dijo Ralph, abriendo los ojos de par en par. —Hablo de toda su familia. ¡Y ese rey suyo! ¡Las relaciones con las tribus de gigantes son delicadas en el mejor de los casos! ¡Me dijiste que incluso arremetieron contra Hagrid una vez!

Rose se encogió de hombros.

—Eso fue hace mucho. Anímate, Ralph. Apuesto a que se considera de mal gusto matar a los amigos de la novia y el novio.

—Al menos *durante* la ceremonia —añadió Lucy razonablemente.

Mientras se acercaban a los magos y brujas que esperaban junto a las verjas del patio, James vio que su padre, Harry Potter, estaba de pie cerca de Merlinus Ambrosius, el actual director del Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería. Un observador casual podría haber asumido que los dos estaban simplemente esperando, pasando el tiempo bromeando despreocupadamente, pero James sabía que su padre era más listo que eso. El mayor de los Potter y el director habían pasado un montón de rato discutiendo desde ayer por la noche, con voces bajas, ojos vagabundos, vigilantes.

Entre ellos había en el aire una sensación secreta de asuntos de peso y temores cuidadosamente inexpresados, incluso cuando sonreían. James sabía más o menos de qué se trataba aunque no entendía mucho de ello. Sólo sabía que fuera lo que fuera, era la razón de que todo en su vida de repente y de forma desordenada girara sobre su cabeza, como el más indiscriminado embrujo *levicorpus* del mundo. Suspiró enfadado y levantó la vista hacia el castillo, empapándose de su visión. La luz del sol relucía en las ventanas y deslumbraba sobre la pizarra azul de las torretas más altas. Lucy se colocó a un paso de él.

—Es realmente una vergüenza, ¿sabes? —dijo ella, como leyendo sus pensamientos.

—No me lo recuerdes —masculló él con tono siniestro. —Mañana es el primer día de escuela. Ya nos perdimos la selección ayer. Probablemente algún otro haya reclamado mi cama en la torre de Gryffindor.

—Bueno —replicó Lucy cuidadosamente. —He oído que tu cama todavía tiene las palabras «Estúpido Potter Llorón» grabadas a fuego en el cabecero, aunque ya no brillan. Así que tal vez eso no sea tan malo, ¿no?

James asintió con la cabeza, para nada divertido.

—Para ti es fácil. No sabes lo que te pierdes.

Lucy se encogió de hombros.

—¿Eso lo hace mejor?



—Olvídalo —dijo James, suspirando. —Volveremos pronto. Probablemente después de las vacaciones de Navidad, como dice papá.

Lucy no replicó esta vez. James la miró. Ella era dos años más joven, pero en ciertas cosas parecía mayor, mucho más madura, extrañamente enigmática. Sus ojos negros eran inescrutables.

—Lucy —llamó una voz, interrumpiendo a James justo cuando abría la boca para hablar. Miró de reojo y vio a su tío Percy, el padre de Lucy, aproximándose, resplandeciente con su túnica de vestir azul marino y su birrete. —Ven ya. No podemos permitirnos llegar tarde. El guía nos está esperando. ¿Dónde estabas, por cierto? No importa, no importa.

Puso una mano alrededor del hombro de su hija y la condujo lejos. Ella se volvió a mirar a James, con una expresión ligeramente sarcástica, como si dijera «*Esta es mi vida, ¿no te da envidia?*». Percy se reunió con su esposa, Audrey, que miró fijamente a Lucy, registrando su presencia por un segundo, y luego volvió su atención a la mujer que estaba de pie junto a ella, que iba vestida con una túnica roja y un sombrero floral bastante ridículo con una lechuza viva anidada en él. Molly, la hermana pequeña de Lucy, estaba de pie junto a su madre con aspecto aburrido y vagamente engreído.

A James le gustaba Molly y ambos padres de Lucy, aunque les conocía bastante menos que a su tía Hermione y su tío Ron. Percy viajaba mucho, debido a su trabajo en el ministerio, y con frecuencia se llevaba a su esposa y sus hijas con él cuando lo hacía. James siempre había pensado que semejante vida debía ser excitante —viajar a lugares lejanos, conocer a brujas y magos exóticos, alojarse en hoteles grandiosos y embajadas, —pero nunca había pensado que le fuera a ocurrir a él. Lucy estaba acostumbrada, aunque no parecía disfrutarlo particularmente; después de todo, acompañaba a su familia en tales viajes desde que era bebé, desde que la habían traído a casa desde el orfanato en Osaka, antes de que Molly hubiera nacido siquiera. Había tenido tiempo para familiarizarse tanto con la rutina de viajar que ya resultaba virtualmente tediosa. James conocía a su prima lo bastante bien como para saber que había estado ansiando la consistencia y placentera predictibilidad de su primer año en Hogwarts.



Pensando en eso, se sintió un poco mal por decirle que el viaje venidero sería más fácil para ella. Al menos él había tenido dos años de Hogwarts ya, dos años de clases y estudios, vida de dormitorio y comidas en el Gran Comedor, aunque todo ello hubiera estado sazonado con ciertos eventos bastante espectaculares. Justo cuando Lucy esperaba lograr su primera probada de tales cosas, se lo arrebatában pulcramente de las manos. Considerando la personalidad de la niña, era fácil olvidar que si acaso, ella estaba probablemente más molesta por este asunto que él.

—Bienvenidos otra vez, James, Albus —dijo su padre, sonriendo y alborotando las cabezas de los chicos.

James se agachó frunciendo el ceño, y se pasó la mano por el cabello, peinándose.

—Muy bien entonces —trinó una voz de mujer, ocultando apenas su impaciencia. James miró hacia la parte delantera del pequeño grupo y vio a la profesora Minerva McGonagall, recorriéndoles con la mirada con severidad. — Ahora que estamos todos nominalmente presentes, ¿procedemos?

—Abra camino, profesora —dijo Merlín con su voz baja y retumbante, inclinando la cabeza y gesticulando hacia el bosque. —Odiaríamos tener a nuestros gigantescos amigos esperando, especialmente en una ocasión tan transcendental.

McGonagall asintió cortésmente, se giró, y comenzó a cruzar el césped, dirigiéndose hacia los brazos del Bosque Prohibido de más allá. La tropa la siguió.

Poco tiempo después, Ralph habló entre las sombras de los enormes y nudosos árboles.

—Creo que ya casi estamos —dijo, con voz tensa y los ojos muy abiertos.

James levantó la mirada. El sendero curvaba alrededor de una pendiente escarpada hacia una cresta rocosa, y de pie sobre esa cresta, enmarcada entre los árboles, estaba una figura monstruosa e irregular. El gigante tendría fácilmente ocho metros de alto, con brazos que parecían una piara de cerdos embutidos en un calcetín y piernas tan gruesas y peludas que parecían ocupar dos tercios del resto del cuerpo. La cabeza parecía una pequeña patata peluda posada sobre el cuello

musculoso de la criatura. Iba vestida con metros de arpillera, enormes sandalias de cuero, y una capa hecha de al menos una docena de pieles de oso. Les estudió gravemente mientras se aproximaban.

—Maldita sea —dijo Ralph con voz alta e inestable. —Sabía que debía haber enviado un regalo.



Varias horas más tarde, cuando el sol descendía más allá de los árboles, cubriendo el mundo con una penumbra cobriza, la tropa de brujas y magos salieron del Bosque Prohibido arrastrando los pies, con aspecto decididamente menos crispado del que habían tenido al entrar. James y Ralph caminaban con Hagrid, que se había vuelto sustancialmente más torpe y tambaleante a medida que progresaba la tarde. Las pisadas del semigigante serpenteaban de acá para allá a través del sendero, con cada una de sus manos enormes sobre las cabezas de James y Ralph.

—Es lo mejor, por supuesto —estaba diciendo Hagrid ponzoñosamente. —Es lo... es lo... mejor, desde luego. Como dice la directora. ¿Dónde está la directora? Quiero agradecerle el haber estado ahí, mostrando su apoyo a Grawpy y... y... a Grawpy y su preeciosa novia.

—Ya no es la directora —repuso Ralph, con voz cansada mientras Hagrid se apoyaba inseguramente, presionando hacia abajo las cabezas de los chicos. —Desde el año pasado. Pero está detrás de nosotros. No te preocupes.

—Cómo pasa el tiempo —siguió Hagrid, ondeando la mano hacia la hierba y apuntando, con alguna dificultad a su cabaña. —Porque, parece que fue ay... ay... ayer cuando Harry, Ron y Hermione venían a mi cabaña, metiéndose en algún que otro problema, haciendo travesuras, ayudándome a cuidar al pequeño Norberto. Ahora son todos adultos, igual que Norberto. Es decir, Norberta ahora, ya me

entendéis, el dragón cuyo estado viene a comprobar vuestro tío Charlie. Tremendamente amable por su parte hacerlo cuando es uno de los que han estado cuidándola todos estos años, especialmente ahora que va a irse a vivir con los recién casados. Ya puedo verla ahí, sentada junto a Grawpy como si fuera un perro, como mi viejo jabalínero, *Fang*. ¿Os he hablado de *Fang*? Era un buen perro. No es que no quiera a *Trife*, ya sabéis. Las huellas de las patas de *Fang* son tremendamente difíciles de llenar, sabéis.

Bajo el peso pesado de Hagrid, James se sentía como si estuviera siendo introducido en el suelo como una clavija. Apalancó la enorme mano carnosa de su cabeza y la sostuvo, tirando del semigigante hacia la puerta de la cabaña.

—Norberta fue un bonito regalo de boda, Hagrid. Apuesto a que serán muy felices juntos, arriba en las montañas.

—¿Tú crees? —bramó Hagrid repentinamente, retirando su mano de la cabeza de Ralph para limpiarse las lágrimas de los ojos enrojecidos. —Eso espero. De verdad. La directora es muy lista, sí señor. Creo que tengo que sentarme para... sólo un minuto.

Hagrid se giró como si pretendiera disfrutar de la belleza de la puesta de sol, se tambaleó sobre sus pies durante un largo momento, y luego cayó hacia atrás sobre su huerto, aplastando unas cuantas calabazas de colores inusuales. Inmediatamente, comenzó a roncar de forma escandalosa.

—Estará bien —dijo Ralph vacilante. —¿Verdad?

James se encogió de hombros, se dirigió hacia la cabaña de Hagrid y abrió la puerta.

—Sí, es una noche agradable. Probablemente le haga algún bien. Nunca he visto a nadie beber tanta hidromiel.

—¡Yo sí! —contrarrestó Ralph, deambulando hacia el portal. —¡Merlín se bebía esa cosa como si fuera agua! Además no parecía afectarle en absoluto, no como al resto. Tal vez sea algún tipo de poder especial o algo.



—Tal vez sea simplemente por tener mil cien años de edad —gritó James desde la oscuridad de la cabaña, gruñendo para sí mismo. —Tal vez pueda, ya sabes, estirla toda una vida, así no le afecta tanto en un momento dado. ¿No crees?

Ralph soltó un suspiro.

—Intento no hacerlo, al menos cuando se trata de Merlín. Hace que me duela la cabeza. Sin embargo, la comida fue buena esta noche. El pollo, los pinchitos de carne y todo lo demás. Nunca antes había tomado caracoles, especialmente cocinados de esa manera.

—¿Quieres decir tostados por un dragón? —replicó James, arrastrando una enorme frazada a través de la puerta de la cabaña. —Les da un saborcillo extraño, ¿no te parece? Pensé que sabían un poco a lo que huele el armario de pociones en un día húmedo.

Ralph se encogió de hombros, ayudando a tirar la manta sobre el enorme bulto roncante de Hagrid.

—Ya está. Que duermas bien, Hagrid. Te veo el año que viene.

—Ugh, deja de decir cosas así —dijo James, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué?

James sacudió la cabeza.

—No quiero que me lo recuerden. Vamos, ahí está McGonagall. Si llega a las verjas antes que nosotros, probablemente nos castigue por llegar tarde aunque no vayamos a estudiar aquí.

Los chicos corrieron atravesando el campo en diagonal, encontrándose con la antigua directora en la entrada del patio. La sorprendieron al llegar de improviso.

—¡Chicos! —exclamó, parpadeando hacia ellos como una lechuza, con los ojos extrañamente brillantes. —Deberíais estar dentro ahora que la ceremonia ha acabado. Es tarde.

—Lo sabemos, profesora... hum —dijo James, levantando la vista hacia la mujer alta. —Eh, ¿está... eh?

—Sabíais que tengo alergia —McGonagall inhaló por la nariz, limpiándose los ojos y atravesando a zancadas las verjas. —El babelthrush es particularmente fétido en esta época del año, eso es todo. Ahora, andando.

Dentro, Harry, Ginny y el resto se arremolinaban junto a la puerta del Gran Comedor mientras las velas se encendían por sí mismas para la noche. Los estudiantes atravesaban las enormes puertas abiertas en grupos, vagando hacia las escaleras y sus salas comunes. Lucy, Rose y Albus se encontraron con James y Ralph cuando entraron.

—Papá lo ha arreglado para que tengamos camas extra en los dormitorios —dijo Albus, masticando ruidosamente una galleta que había encontrado en el Gran Comedor. —Tú y Lucy con los Gryffindors, yo y Ralph abajo con nuestros compañeros.

—¿Qué pasa con Charlie, Jules, Harold y todos los demás? —preguntó James.

—Se van a casa esta noche. No sirve de nada que se queden colgados por aquí hasta mañana, ¿no? No es como si *ellos* fueran a ir a alguna parte.

—¡Ugh! Deja de recordármelo —dijo Rose, lanzando los brazos al aire. —Estoy tan celosa que no puedo soportarlo. Todos os vais a unas grandes vacaciones y yo me tengo que quedar aquí y estudiar Aritmancia, Encantamientos y practicar esa estúpida versión de Debellows de Defensa Contra las Artes Oscuras todo el año.

—Pero si te *gusta* Aritmancia —dijo Ralph, frunciendo el ceño.

La chica suspiró airadamente.

—Sólo porque sea buena en algo no significa que me guste.

—Te cambio el sitio en un instante —se quejó Albus. —No es que yo *quiera* ir a este estúpido viaje.

—¿Crees que eso me hace sentir mejor? —humeó Rose. —La injusticia de todo esto es descorazonadora.

Al otro lado del comedor, la voz de Hermione llamó a su hija.

—Probablemente tú y tu hermano deberíais estar arriba, Rose. Mañana es el primer día de clase. ¿No estás emocionada?

Rose dirigió una mirada furiosa a su madre y luego la compartió con James, Ralph y Albus.

Lucy palmeó el brazo de su prima mayor.

—Tomaré muchas fotos para ti, Rose. Y escribiremos. ¿Verdad? —miró significativamente a los muchachos, que mascullaron su asentimiento y removieron los pies sobre el suelo polvoriento.

Rose asintió escépticamente.

—Entonces será mejor que *todos* os vayáis a la cama —dijo Harry Potter, asintiendo con la cabeza hacia sus hijos. —Lily se quedará con vuestra madre y conmigo en la Sala de Menesteres. No queremos tener que ir a despertaros cuando llegue el momento de partir.

Albus frunció el ceño.

—¿Cuándo partimos?

—Sugiero que nos encontremos aquí junto a las puertas principales a las cinco y media —respondió Harry, mirando al resto de los adultos, que asintieron en acuerdo.

—Esto se pone cada vez peor —rezongó James.

—Ha sido una boda realmente preciosa —suspiró Ginny, ignorando a James. —A su propio modo especial. ¿No creéis?

—Minerva —Harry sonrió, estudiando atentamente a la mujer mayor. —¿Estás...?



—¡Tengo alergia! —respondió McGonagall estridentemente, ondeando un pañuelo. —¡Hace que me lloren los ojos!

Harry asintió y rodeó con un brazo los hombros estrechos de la mujer, conduciéndola hacia los pasillos del personal. Ginny, Ron y Hermione los siguieron, hablando entre ellos.

Pronto, Albus y Ralph se despidieron y vagaron escaleras abajo hacia las mazmorras de Slytherin. James y Lucy se unieron a Rose escaleras arriba, trotando hacia la sala común de Gryffindor.

—*Humdrugula* —profirió Rose cortésmente mientras se aproximaba al retrato de la Dama Gorda. El marco se abrió en la pared y el sonido de voces roncadas, risa y un fuego crujiendo llenaban las paredes de más allá.

—Ni siquiera me han dicho la contraseña —se quejó James a Lucy mientras se aproximaban al agujero del retrato.

—Las contraseñas son sólo para estudiantes —cantó alegremente la Dama Gorda desde el otro lado del marco abierto. James puso los ojos en blanco, molesto.

—¡James! —saltó una voz. —¡Tengo tu cama! ¿No es genial?

James miró y vio a Cameron Creevey sonriéndole desde el respaldo del sofá de la chimenea, flanqueado por dos novatos de primero de ojos saltones.

—Tiene tu nombre y todo. Mis compañeros están muertos de celos, por supuesto. Les he estado hablando a los nuevos de tu último año. ¿Recuerdas cuando fuimos a Hogsmeade por el túnel bajo el sauce boxeador? ¿Recuerdas al lobo cuando volvíamos?

—Recuerdo que te desmayaste de golpe en la tierra —respondió James con desánimo.

Rose le dio un codazo en el estómago, pero Cameron pareció imperturbable.

—¿Veis? —dijo, volviéndose hacia los dos de primero. —¡Os lo dije! Fue increíble.

James sacudió la cabeza y se unió a Rose en la mesa de la esquina donde Ted Lupin estaba sentado con su vieja panda de la escuela. Lucy siguió a James, mirando alrededor con abierta curiosidad y la cara tranquila y vigilante.

—Hola, James, saludo gremlin —anunció Damien Damascus, alzando los puños a ambos lados de la cabeza, con los dedos sonrosados extendidos para imitar unas orejas que se meneaban. Rose, Sabrina Hildegard y Ted se unieron al saludo, sacando la lengua cumplidoramente. James efectuó el saludo también, pero sin mucho entusiasmo.

—Las cosas parecen un poco magras para los gremlins este año —dijo Sabrina, bajando las manos a la mesa que había ante ella, donde estaba plegando un auger con una página de *El Profeta*. —Con Noah y Petra uniéndose a Ted en el legendario mundo exterior y James corriendo a codearse con sus colegas en los Estados Unidos.

—Sí —afirmó Damien, arqueando las cejas burlescamente. —¿Qué pasa con eso, por cierto?

James abrió la boca para contestar, pero Ted habló primero.

—Está aquí mismo, ¿no? Primera plana, arriba del pliegue. —Sacó el periódico de debajo del codo de Sabrina y lo sostuvo en alto para que todos lo vieran. James ya había visto el titular, en el que se leía «H. POTTER, AUREOS EN POS DE LA FUERZA DE INVESTIGACION INTERNACIONAL». Bajo el titular había una foto en movimiento del padre de James y Titus Hardcastle, de pie ante un podio en el ministerio mientras estallaban lámparas de flash entre la multitud que había frente a ellos. En los titulares más pequeños junto a la foto se leía: «LÍDERES MUGGLES TODAVÍA DESAPARECIDOS: FULEM RECLAMA LA AUTORÍA DE LOS SECUESTROS A PESAR DE LAS NEGATIVAS DEL MINISTERIO. FAMOSO RASCACIELOS NEOYORKINO DESCUBIERTO EN VENEZUELA, SE CULPA A LOS “ALIENÍGENAS”».

—Toda la cuestión se ha vuelto internacional ahora que han habido secuestros aquí y en los Estados Unidos —suspiró Ted, dejando caer el periódico. —No envidio en lo más mínimo a tu padre, James. Una cosa es burlarse de la

prensa americana por creer que fueron los hombrecillos verdes los que trincaron su edificio. Pero conseguir que un montón de agencias extranjeras trabajen juntas es como hacer que los *horklumps* jueguen al ajedrez.

Damien frunció el entrecejo con recelo hacia Ted.

—¿Qué vas a saber tú de eso, Lupin?

—Hago eso que se llama «leer» —le espetó Ted, dándose unos golpecitos en el costado de la nariz. —Lo aprendí de Petra. ¡Deberías intentarlo alguna vez!

—Ahora es Morgana, ¿recuerdas? —corrigió Sabrina sin levantar la mirada. —Se llama a sí misma Morgana desde toda esa debacle en casa de sus abuelos.

—Hablando de lo *cual* —dijo Ted, enderezándose en su silla, —ella y el nuevo director están teniendo una seria charla sobre eso ahora mismo, arriba en su oficina. Oí al tío Harry discutirlo con el viejo, y ella lo admitió cuando volví al castillo. Parece que hay ciertas dudas sobre si va a permitírsele unirse a esa pequeña excursión vuestra, Potter.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó James, observando cómo Ted sacaba algo de su túnica. —Ahora es mayor de edad. No pueden detenerla si quiere irse de viaje.

—¿No? —caviló Damien en voz alta, recostándose hacia atrás y uniendo las yemas de los dedos. —Quiero decir, existen los castigos, y eso es un *castigo*, ya sabéis lo que quiero decir. Después de todo hay algunas cuestiones legales espinosas que tienen que ver con que sus dos abuelos acabaran muertos. La policía muggle no sabe mucho de nada, gracias a Merlín, pero eso no significa que todo sean amaneceres y arcoíris. La cosa que vimos en esa granja, bueno, digamos que haría que el vernáculo estramonio mordaz del profesor Longbottom pareciera una ensalada de narcisos. Nuestra Petra es una brujita complicada, si queréis mi opinión.

—Eso no significa que sea culpable de nada horrible —aclaró James, sentándose derecho. —Ella y su hermana tienen suerte de haberse librado de ellos. A mí me suena a que eran bastante asquerosos con las dos.



—Se han estado hospedando contigo y con tus padres desde el día que salieron de allí, ¿no? —preguntó Rose, alzando las cejas. —¿Te contaron que pasó ese día?

James volvió a recostarse, mirando a la sala común.

—Bueno, en realidad no. Dijo que su abuelo había renegado de sus poderes mágicos por su esposa muggle, alguna mujer horrible llamada Phyllis, que era simplemente bestial. Y dijo que Phyllis había intentado enviar a Izabella, la hermana de Petra, a trabajar a una granja para gente bobalicona. Petra me dijo que hicieron lo que tenían que hacer para salir de allí juntas.

—Supongo que eso se acerca bastante a la verdad —asintió Damien. — Aunque no es *todo*. Eso seguro.

—¿Qué sabes *tú* al respecto? —preguntó James, sosteniendo la mirada de Damien.

—No mucho más que tú, pero sólo digo... allí se estaba efectuando magia como yo nunca había visto. Merlín nos hizo jurar secreto al respecto, lo cual a mí me parece bien. Probablemente no lo creeríais de todos modos. Todo lo que sé es que si lo estaba haciendo Petra, entonces no es la Petra que yo creía conocer.

—Morgana —corrigió de nuevo Sabrina, sujetando en alto su auger pulcramente plegado. —¿Tú qué dices, Lupin? ¿Listo para seis vueltas con la campeona reinante?

—Ahora no, ahora no —respondió Ted distraído, sacando una cantidad sorprendentemente grande de cachivaches de sus bolsillos y dejándolos caer sobre la mesa. —Tenemos pendientes asuntos gremlin. ¿Y dónde están...?

James, Lucy y Rose se inclinaron sobre la mesa mientras Ted revolvía la pila de fragmentos y sobrantes. Una rana de origami con orejas de perro saltó de entre las sobras, cojeando torpemente. Grajeas de todos los sabores y knuts sueltos rodaron por todas partes.

—¡Ajá! —disertó Ted triunfante, volviendo a recostarse y sacando una bolsa de terciopelo atada con un cordón plateado. —Acercaos, camaradas. Esto podría ser interesante.

Sabrina dejó su auger y frunció el ceño con semblante estudioso mientras Ted desataba la bolsa.

—¿Orejas extensibles? —preguntó ella, estudiando su contenido. —¿Cómo van a funcionar? Dijiste que Morgana y el director estaban reunidos en su oficina. Eso es al otro lado del castillo.

—Na, na, na —corrigió Ted, sonriendo maliciosamente. —Estas son las nuevas orejas extensibles versión II, con un maleficio sensor remoto incorporado. Sólo tienes que marcar el objeto que quieres que sirva como receptor... en este caso, una inocente menta que deslicé en el bolsillo del director de regreso al castillo, y *voilà*. —En este punto, Ted metamorfoseó su cara hasta convertirla en una caricatura de George Weasley, prosiguiendo con el entusiasmo contagioso de George. —Iluminación auditiva ilícita instantánea para todos los que quieran escuchar a escondidas. —Cambio la cara a la suya propia y sacó un manojito de formas ligeramente sonrosadas de la bolsa. —Estrictamente experimentales en este punto, pero trabajar en la «SW» tiene sus ventajas.

James tomó una de las formas rosa cuando Ted se la ofreció. Estaba hecha de goma y tenía la forma de una gran oreja.

—¿Qué hago con ella?

—Bueno —dijo Damien, examinando la suya críticamente. —Sospecho que no debes comértela. —Acercó la oreja de goma a la suya como haciéndole una demostración y escuchó. Sus ojos se abrieron de par en par. —¡Funciona! —dijo en un susurro áspero. —¡Puedo oírles!

Todos al mismo tiempo, los gremlins y Lucy, se pegaron las orejas a la cabeza. James descubrió que la forma en que estaban modeladas encajaba pulcramente en su propia oreja de forma que le quedaban las manos libres. Se la pegó y se recostó hacia atrás, frunciendo ligeramente el ceño con la mirada perdida, oyendo el eco de las voces que escuchaba.



—¿Son ellos? —preguntó Sabrina, mirando de refilón socarronamente. —Es difícil de decir.

Ted asintió distraído.

—Son ellos, solo que están muy lejos. Calla y escucha.

James esforzó sus oídos para oír por encima del ruido de la sala común. Apagadamente, percibió el tono de tenor de la respuesta de Petra. Lenta y débilmente, las voces comenzaron a aclararse.

—Por desafortunado que fuera, estoy menos preocupado por la forma en que ha escogido ejercitar sus poderes —estaba diciendo el director, —que por sus sueños más recientes. He llegado a creer que con frecuencia tales cosas tienen implicaciones que no comprendemos inmediatamente.

—Es sólo un sueño —contestó Petra, con voz fina y distante. —Se parece mucho a otros que he tenido, solo que a la inversa. Solía soñar con decisiones que creía haber podido cambiar. Ahora, sueño con desastres que evité por poco. Me alegro un poco de ello, en realidad. Me recuerdan cosas.

La voz de Merlín llegó de nuevo, tranquila y mesurada.

—¿Qué le recuerdan?

—El poder de la elección. Y el hecho de que las acciones más simples pueden tener enormes consecuencias.

La voz de Merlín bajó significativamente.

—Y ahora sabe cuánta verdad hay en ello, en su caso, en particular, ¿no es cierto, señorita Morganstern? ¿O preferiría que la llame por su *otro* nombre?

Hubo una larga pausa. James había comenzado a preguntarse si la oreja extensible había dejado de funcionar cuando la voz del director se hizo audible de nuevo.

—Panecillos de grundlewort rellenos de crema de chocolate —expuso lentamente, como saboreando las palabras. James levantó la vista, con la frente

fruncida. Lucy le sostuvo la mirada, frunciendo también el entrecejo, y sacudió la cabeza ligeramente. La voz de Merlinus siguió, baja y queda, de forma que James tuvo que esforzarse para oír. Se inclinó sobre la mesa, encorvando los hombros con concentración.

—Use sólo grundlewort en polvo, secado y bien tamizado, para evitar un aroma excesivamente pungente. Mezcle dos partes de extracto de huierte y una pizca de pétalo de flor de té. En ese momento añada tres gotas de ron humedeciendo lo suficiente como para amasar...

James miró de reojo y vio que Ted miraba frenéticamente hacia la mesa que tenía delante, con la enorme oreja de caucho resaltando a un lado de su cabeza. Reparó en la mirada de James y se encogió de hombros.

—Suenan a una receta —susurró Damien. —¿Por qué está enseñando a Petra a hacer panecillos de chocolate?

—Porque —resonó la voz de Merlín, tan alto que James exclamó sorprendido y se llevó una mano a su oreja extensible, —la preparación de panecillos es una habilidad valiosa en la vida, que toda bruja o mago debería perfeccionar.

James consiguió arrancarse la forma de caucho de la oreja, se giró y se echó hacia atrás ante la visión del director de pie junto a él, con un libro de cocina muy grande en las manos. Merlín estaba sonriendo, pero no era el tipo de sonrisa ante la que uno se sentía instintivamente cómodo.

—Después de todo —dijo el director, estudiando las orejas de goma esparcidas por toda la mesa, —uno nunca sabe cuándo puede presentarse la necesidad de un regalo inesperado. Lo cual me recuerda... —Recuperó algo de las profundidades de su túnica y lo colocó sobre la mesa. —Creo que esto le pertenece, señor Lupin. Lo añadiré a la, eh, pila. —Dejó caer la menta encantada al lío que formaba el contenido de los bolsillos de Ted.

—Buena noches, director —dijo Damien, recobrándose y sonriendo ampliamente. —¿Disfrutó de la boda, señor?

—Ahorre sus esfuerzos, señor Damascus —replicó Merlín, cerrando de golpe el libro de cocina que tenía en las manos de golpe. —Tengo la sospecha que los necesitará más avanzado el curso. Buena noches, estudiantes, señor Lupin.

Se giró para marcharse, pasando junto a Petra cuando ella entraba a través del agujero del retrato. Merlín asintió significativamente con la cabeza hacia Petra, y ella devolvió el gesto, en cierto modo reluctante.

—¿Así que nada de lo que oímos era real? —preguntó Ted mientras Petra se unía a ellos, apretujándose entre James y Lucy sobre el banco en el lateral de la mesa.

—Depende de cuándo empezara a escuchar —alegó ella, evitando su mirada. —Empezó a quedarse con vosotros más o menos cuando nos dirigíamos a la sala común. A Merlín le gusta caminar mientras habla, ya sabéis.

Ted asintió con sobriedad. James sabía que Ted había sido parte del grupo que había rescatado a Petra de la granja de sus abuelos, y sabía que Damien tenía razón al decir que había mucho más en esa historia de lo que sabía el resto de ellos. Merlín había hablado con todos los involucrados en la escapada de la casa de los abuelos de Petra, pero todos habían sido muy reservados al respecto desde entonces.

Parecía haber algún asunto no expresado entre Ted y Petra cuando él extendió la mano sobre la mesa para recoger las orejas extensibles.

Rose levantó los ánimos.

—¿Entonces van a dejarte ir a los Estados Unidos, Petra?

—Morgana —corrigió Sabrina una vez más, mirando alrededor.

—Está bien —dijo Petra, riendo un poco. —Todavía soy Petra para todos vosotros. Morgana es más una... identidad personal.

Damien asintió con la cabeza.



—Algo así como ese tío de aquella banda, de los *Shrieker and Shacks*, que se cambió el nombre de Uriah Hollingsworth a sólo Dûm. Una especie de cuestión de actitud, ¿no?

—Cállate, Damien —comentó Rose, dándole un empujón. —¿Entonces vas o qué, Petra?

—Voy a viajar, sí —asintió Petra. —Izzy viene conmigo. Y creo que vamos a quedarnos allí un tiempo.

—¿Quieres decir hasta después de las vacaciones de Navidad? —preguntó James. —Porque es entonces cuando volvemos nosotros, si tenemos suerte.

—No creo que regresemos para Navidad, James —dijo Lucy con tono de condolencia. —Tengo una idea de cómo funcionan estas cosas, lamentablemente.

—¿Y quién es esta criaturita seductoramente pragmática? —preguntó Damien con alegría, inclinándose hacia Lucy.

James se desinfló, pero sólo un poco, considerando su proximidad con Petra.

—Mi prima, Lucy —respondió. —Se supone que empezaba este año, aunque creo que habría sido una Ravenclaw, o incluso una Slytherin.

—Ya veo —asintió Damien con la cabeza. —Tiene esa apariencia, algo en los ojos. Encantado de conocerte, prima Lucy.

—Lo mismo digo —replicó Lucy, asintiendo con la cabeza con diplomacia practicada.

—Contadnos cómo es que ha pasado todo esto entonces —pidió Ted, recostándose en su asiento y cruzando los brazos. —Quiero decir, Hogwarts es un internado. No hay *necesidad* que vayáis con vuestros padres a los Estados Unidos incluso si van a quedarse allí todo el año. ¿No es así?

James suspiró y se apoyó sobre los codos.

—Fue idea de mamá —empezó. —No quiere estar tan lejos de Albus y de mí durante tanto tiempo. Se molestó bastante cuando llegó la lechuza con las



instrucciones de papá, directamente del propio ministerio. En serio, las cosas han estado bastante tranquilas en el Departamento de Aurores desde hace un tiempo. Es como el profesor Longbottom dijo a mi padre una vez: la paz es bastante aburrida para un auror, ¿sabéis? Creo que sencillamente la familia se ha acostumbrado a todo eso. Ahora que las cosas parecen estar calentándose un tanto en el mundo... —James extendió las manos sobre la mesa, con las palmas hacia arriba.

—Manzanas enteras de una ciudad desapareciendo y apareciendo en alguna cascada tiende a hacer que la gente se ponga de los nervios —asintió Damien sabiamente.

—Mi madre se comporta como la tuya, James —dijo Rose. —Los oí hablar a ella y a papá. Dicen que son tiempos para temer porque demasiada gente ha olvidado cómo eran las cosas cuando Quien—vosotros—sabéis todavía estaba vivo. Empiezan a tolerar todo tipo de ideas dudosas, comienzan a cuestionar la forma en que funciona el mundo mágico.

—Como Tabitha Corsica y su maldito Elemento Progresivo —se burló Ted. — Y yo tampoco creo *vayan* a irse muy lejos. No en mucho tiempo. Son como bichos que se retiran a las paredes. Volverán, y cuando lo hagan, serán muchos más.

Sabrina recogió de nuevo el periódico y estudió los titulares.

—Es en eso en lo que está involucrado ese tipo, el tal Fulem, ¿no?

—FULEM no es una persona, Sabrina —dijo Ted, señalando al titular. —Es una organización.

—Frente Unido de Liberación de la Entidad Mágica —dijo Lucy cuidadosamente.

—He visto algunos pósters por Londres, hablan de igualdad a cualquier precio y cosas así. Supuestamente son internacionales, miles en número, pero mi padre dice que no. Dice que probablemente son unos pocos chiflados en algún sótano.



—¿Por qué iban a fingir y secuestrar a políticos muggles si no fuera cierto? — cuestionó Rose, sacudiendo la cabeza y mirando alrededor de la mesa. —Quiero decir, incluso si *fuera* cierto, ¿por qué lo harían?

—No sé —respondió James, ceñudo. —Y no me importa. Todo lo que sé es que está consiguiendo que todo el mundo esté hecho un basilisco, y ahora mi padre tiene que ir a trabajar en alguna gran fuerza internacional, y a mamá le preocupa que le pase algo a él, o a nosotros, o a todo el mundo. Papá dice que el asunto *podría* estar solucionado para Navidad, pero probablemente Lucy tenga razón. Nadie sabe cuánto durará. Mientras dure, mamá nos quiere a todos juntos, o al menos en el mismo continente.

—Pero los Deedle van con vosotros, ¿verdad? —dijo Ted, mirando a James. —Su padre ya estuvo allí una vez, visitando a Cara de Piedra y a Franklyn y a todos los de Alma Aleron, comprobando su seguridad y sus técnicas repelentes de muggles, y ese tipo de cosas. ¿Por eso va esta vez?

—Supongo —respondió James, derrumbándose de nuevo. —No sé.

—Bueno —dijo Lucy, levantándose del filo del banco, —si *alguien* va a ir a alguna parte, será mejor que subamos a la cama. ¿Me muestras el camino, Rose?

Rose se levantó para unirse a su prima, y el resto de los gremlins se removieron, estirándose y haciendo chirriar las sillas mientras las apartaban de la mesa.

—¿Qué hay de ti, Petra? —preguntó Damien, volviendo su atención a la chica que estaba frente a él. —¿Qué hay allí para ti?

James observó a Petra, quien sonrió ligeramente a Damien y se encogió de hombros.

—No sé —respondió la muchacha, y luego suspiró desconsolada, recogiendo la sala común con la mirada. —¿Qué hay *aquí* para mí?



James despertó a la mañana siguiente a causa de unos arañazos en la ventana que había junto a su cama. Se sentó, enterrado profundamente entre la niebla del sueño, y se preguntó durante varios segundos dónde demonios estaba. Se alzaban sombras oscuras a su alrededor, gruesas con el silencio de la noche. Una sola vela ardía cerca, pero James no podía verla por encima de la cama con dosel que había junto a él. Algo golpeó la ventana, sobresaltándole, y se giró cansado, esforzando los ojos en la oscuridad. *Nobby*, la lechuza de James, estaba al otro lado del cristal, brincando de un lado a otro impacientemente.

—¿Qué quieres? —susurró James malhumorado mientras abría la ventana. *Nobby* saltó dentro y extendió la pata, mostrando a James la pequeña nota atada a su pata con un nudo de cuerda. James soltó el nudo y desenrolló el trocito de pergamino.

¿Despierto ya? Creo que no. Encuéntrate con nosotros en las puertas de la rotonda en diez minutos. Desayunaremos de camino.

Mamá.

James hizo una bola enrevesada con la nota y la dejó caer sobre la cama. Torpemente, se levantó y comenzó a quitarse el pijama.

—¿Ansiando tus pequeña vacaciones, Potter? —dijo quedamente una voz arrastrada. James se sobresaltó, brincando sobre una pierna mientras se ponía los vaqueros, y cayendo sobre su colchón. *Nobby* volvió a saltar al antepecho de la ventana y aleteó, encrespada.

—Maldita sea, Malfoy —jadeó James, sacudiendo la cabeza. —¿Nunca duermes?

—Sólo estoy un poquito celoso —respondió Scorpius Malfoy desde donde estaba sentado, apoyado contra su cabecero con la única vela encendida sobre su



mesilla. Bajó el libro que había estado leyendo y espió sobre sus gafas. —Y *tú* no pareces estar ansiando esto en lo más mínimo. Encuentro difícil creer que echarás *tanto* de menos no formar parte del equipo quidditch otra vez.

James ya se había acostumbrado al estilo de conversación con doble intención de Scorpius. Suspiró, se subió los pantalones el resto del camino y extendió la mano en busca de sus zapatillas deportivas.

—Tal vez. No sé.

—Tengo una sospecha persistente, Potter —dijo Scorpius, aparentando volver su atención al libro de su regazo. —¿Quieres que la comparta contigo?

James se anudó los zapatos vigorosamente.

—¿Hay alguna forma de conseguir que no lo hagas?

—Creo que no estás tan malhumorado por tener que ir a este viaje como dejas ver —dijo Scorpius tranquilamente. —Y por razones obvias.

James asintió con brusquedad.

—¿Esa intuición Malfoy tuya en acción? Tal vez deberías decirme también mis números de la suerte en la lotería.

—Petra Morganstern os acompaña a ti y a tu familia, ¿no? —repuso Scorpius, cerrando finalmente el libro. —¿Ella y su hermana muggle?

—Sí, ¿y? —respondió James, metiendo su pijama en la bolsa de deporte y cerrando la cremallera. —¿Algún problema?

—Vamos, Potter, no es un secreto lo que sientes por ella. Cuando se sentó junto a ti anoche en la sala común tu cara se puso tan roja que podríamos haber asado castañas en ella.

—Cállate —James habló con voz áspera, mortificado. —¡Estás loco!



—Sólo digo lo obvio —dijo Scorpius, encogiéndose de hombros. —No tiene nada de malo. Ella es una chica muy guapa, en mi opinión. Sólo creo que tendrías que ir con cuidado.

—Sí, lo sé —masculló James, algo aplacado. —Rose ya me lo advirtió. No debo decir nada estúpido que arruine nuestra amistad. Lo sé. No soy un completo idiota.

—No es en eso en lo que estaba pensando —dijo Scorpius, sosteniendo la mirada de James. —Personalmente, no me importa tu amistad con Petra Morganstern. Hay cosas más importantes ocurriendo en el mundo, por si no lo has notado.

—Lo he notado —espetó James, frunciendo el ceño al chico rubio. —¿Pero qué se supone que debo hacer yo?

—Tal vez nada —respondió Scorpius, entrecerrando la mirada. —Tú eres... tú. Pero te las arreglaste para involucrarte en algunos eventos mundiales bastante espectaculares durante los últimos dos años, algunas veces para bien, y otras no. El destino parece disfrutar colocándoos a los Potter justo en el punto de mira de la historia. Yo sólo digo que podría ser buena idea intentar no estar demasiado... *distráido* si volviera a ocurrir.

James sacudió la cabeza cansinamente y levantó su bolsa.

—Esta vez no es mi aventura —dijo, cruzando la habitación circular. —Esta vez, es toda de mi padre.

—Eso sigues diciendo —replicó Scorpius, alzando las cejas sarcásticamente.

—Hasta otra, Scorpius —dijo James, deteniéndose en lo alto de las escaleras. —Eso espero.

—*Bon voyage*, Potter —dijo el chico, descartando a James y volviendo a abrir su libro. —Recuerda lo que te he dicho.



James frunció el ceño enigmáticamente hacia el chico, pero eso parecía ser todo lo que Scorpius tenía que decir. Encogiéndose de hombros, James se volvió y trotó escaleras abajo.

—Tu prima Lucy ya se ha marchado —comentó una voz lejana y etérea desde el sofá de la chimenea. James vio al fantasma de Cedric Diggory sentado allí. —Se suponía que yo debía subir a despertarte si *Nobby* no lo conseguía.

—Somos una pandilla concienzuda, ¿no? —dijo James, pero no pudo evitar sonreír. Scorpius tenía razón. Ahora que al fin estaba pasando, comenzaba a excitarse más con el viaje.

—Que te diviertas, James —asintió Cedric, igualando la sonrisa de James. — Siempre quise visitar los Estados Unidos cuando estaba vivo. Cuéntanoslo todo cuando vuelvas.

—Lo haré, Ced. ¡Hasta luego!

El retrato se abrió con facilidad, y cuando James lo cerró tras él, oyó el suave silbido de los ronquidos de la Dama Gorda. Volvió la mirada hacia ella desde el pasillo oscuro. No habrá contraseñas para la sala común este año, pensó, poniendo a prueba si la idea le seguía doliendo tanto como la noche anterior. No habría clases de Defensa Contra las Artes Oscuras con el profesor Debellows y su horrible carrera del guantelete, ni cenas en el Gran Comedor bajo las velas flotantes y el techo encantado. Nada de las bromas pesadas de Peeves o las miradas severas de la profesora McGonagall. Ni té de fin de semana con Hagrid en su cabaña.

Era triste, por supuesto, pero no tan triste como pensó que sería. Porque habría cosas nuevas que experimentar en su lugar, al menos este año. No sabía cuáles serían, pero no resultaba una sorpresa que fuera eso lo que provocara la mayor parte de la excitación. Tal vez no todo sería diversión, pero al menos sería inolvidable, y cuando volviera, todo el mundo se estaría muriendo por oír hablar de ello. Especialmente Rose, y Cedric, e incluso Scorpius. Exhaló un poco, tomando nota de la oscuridad, el pasillo adormilado, el retrato de la Dama Gorda, y todo Hogwarts abajo. Casi dijo adiós a la escuela, y luego pensó que sería un poco tonto.



En vez de eso, se dio la vuelta y corrió por las escaleras, bajando los escalones de dos en dos.

Estaba casi en la entrada de la rotonda, hasta podía oír el balbuceo apagado de las voces de sus compañeros de viaje resonando adelante, cuando una figura se movió entre las sombras apagadas, titilando débilmente.

Para sorpresa de James, reconoció a la profesora Sybil Trelawney.

—Ah, James —dijo trémulamente. —Partiendo a tu gran aventura en las colonias, por lo que veo. Me alegro de tener la oportunidad de decirte hasta la vista y que te vaya bien. Puede que vuestro viaje evite los estragos que los muchos destinos siempre aguardan en las profundidades, acechando a los incautos.

—Gracias, profesora —respondió James. —Hum, supongo. ¿Qué hace despierta a estas horas?

Trelawney soltó un gran suspiro dramático.

—Oh, estos días necesito dormir muy poco. La edad se cobra su peaje. Pero no permitas que te detenga. Tus compañeros de viaje esperan...

Palmeó ligeramente el hombro de James cuando este pasó a su lado, con los brazaletes de su muñeca tintineando alegremente. De repente, James se detuvo en el acto, casi dejando caer su bolsa. Miró de reojo y vio que la mano de la profesora se había cerrado sobre su hombro, aferrando tan fuerte que sus uñas púrpura desaparecían virtualmente en la sudadera de James. Levantó la vista hacia Trelawney, pero ella no le miraba. Miraba fijamente adelante, con los ojos muy abiertos y desenfocados, como si de repente se hubiera convertido en una estatua.

—¿Profesora? —preguntó James, frunciendo el ceño preocupado. —¿Está bien? —En la distancia, James todavía podía oír las voces de su familia y amigos, resonando en los techos altos de la rotonda.

—Veo un mundo en llamas —dijo Trelawney en un tono familiar. No parecía estar hablando con James o siquiera para sí misma. Sus palabras colgaban en el aire casi como si tuvieran vida propia, como entes sólidos fuera de los límites de la visión humana.



James se estremeció, pero la mano de la mujer le retuvo como un grillete, tan inmóvil como una piedra.

—Mundos sobre mundos, extendiéndose en la distancia hasta el infinito — pronunció la bruja, su voz se había vuelto soñadora y monótona. —Todos entrelazados en un lugar, el centro, el soporte, el eje sobre el que gira toda realidad. Se está balanceando, inclinándose, cayendo... se hace pedazos, y con él todas las cosas y todos los tiempos.

—Eh, ¿profesora? —jadeó James, intentando mover la mano de Trelawney de su hombro. En realidad, apenas sentía el dolor de su garra. Sus palabras eran como humo venenoso. Tenía miedo de respirar, miedo de que su voz entrara en él y le infectara, convirtiéndose en algo indecible.

—Sólo hay uno —dijo ella, su voz cambió, se hizo más profunda. —Uno que está de pie en el nexo de los destinos, uno cuya mano puede preservar el equilibrio o lanzarlo al olvido. El poder no está en sus manos, sino en las manos de su rebaño. Solo hay un resultado posible. Los destinos se han alineado. Caerá la noche, y a partir de entonces, no habrá amanecer, ningún amanecer, salvo el amanecer del fuego perpetuo, la luz demoníaca de los mundos ardiendo, consumiéndose, la luz en la cual no hay ninguna vida. Buenas noches. Buenas noches. Buenas noches. —Repetía las dos palabras rítmicamente, de forma extraña, como una cinta rallada.

James se estremeció violentamente. Al final, la mano de la profesora se relajó sobre su hombro, soltándose mientras ella caía hacia delante, derrumbándose de lleno como un árbol. James luchó por atraparla, y acabó cayendo parcialmente sobre él. Era tan ligera, tan adornada con brazaletes, joyería y chales coloridos, que fue como si le cayera encima el maniquí de una tienda extravagante.

—¿Profesora? —resopló James, luchando por darle la vuelta. Estaba tan tiesa y fría como una tabla de madera. La sacudió. —¿Profesora Trelawney? —Ella miraba fijamente al techo oscuro, con los ojos saltones ciegos tras sus gafas, que se habían torcido sobre su cara. James estaba aterrado. Se llenó los pulmones para pedir ayuda, pero en ese momento, la profesora se convulsionó ante él. Inhaló desesperadamente, llenando su pecho estrecho y aleteando los brazos, luchando

por incorporarse. James agarró una de sus manos frías y le tiró del hombro con la otra mano, poniéndola derecha.

—Por Dios santo —Trelawney respiraba con dificultad, su voz era un octavo más alto de lo normal. —Que me ha pasado, desmayarme justo aquí, en el suelo del pasillo. Mis disculpas, señor Potter, espero no haberle alarmado...

James ayudó a la profesora a ponerse en pie, y estudió su cara suspicazmente, el corazón todavía le palpitaba en el pecho. Ella parecía no recordar lo que había pasado o ninguna de sus extrañas palabras, pero James estaba casi seguro de que sabía que había pasado *algo*. Le miraba fijamente, abanicándose, y luego apartando la mirada.

—No me pasa nada, James, hijo mío —dijo débilmente. —Por favor, vete, vete... —Parecía poco dispuesta o incapaz de mirarle directamente.

—Profesora —dijo James con lentitud, —está segura de que está... quiero decir, ¿qué fue todo eso?

—No sé de qué estás hablando, jovencito —le amonestó, como si él hubiera sugerido algo ligeramente sucio. —Márchate ya. Tu familia espera.

—Podría acompañarla a su habitación, profesora —se ofreció James, adelantándose y buscando el codo de Trelawney.

—¡No! —La bruja casi chilló, apartando el codo de un tirón. Luchó por moderar su tono. —No. Por supuesto que no. Vete. Por favor.

James estudió su rostro, con los ojos abiertos, preocupado.

—Fue sobre alguien que va a este viaje, ¿no?

Trelawney soltó un gran suspiro, comenzando a apoyarse temblorosamente contra la pared y abanicándose con el extremo de un chal color malva.

—Hay quien se ríe de mí —dijo, como para sí misma. —No creen en la armonía cósmica. Dudan de que sea una de sus raras vasijas. —Se rió un poco alocadamente, al parecer olvidando que James estaba allí. El chico comenzó a

retroceder, medio temiendo dejar sola a la profesora, pero sabiendo que sus compañeros de viaje le esperaban. Trelawney no le miró, sino que continuó mascullando nerviosamente para sí misma, con la cara perdida entre las sombras del pasillo. Finalmente, sacudiendo la cabeza, James se giró y comenzó a correr, siguiendo las voces distantes de la rotonda.

—Eras tú, James —dijo la voz de Trelawney inexpresivamente, deteniéndole en el acto. —No sorprenderá a nadie que haya tenido muy pocas revelaciones en mi vida. Rara vez las recuerdo, esta vez no es una excepción, excepto por una cosa: te vi. Tú eres el Elegido. Eres el instrumento, aunque no la herramienta. Eres el pastor que traerá la oscuridad. Incluso ahora... incluso ahora. —Su voz se había vuelto lacónica, resignada y muerta.

James se giró lentamente para mirar sobre su hombro. Trelawney estaba de pie donde la había dejado, apoyada contra la pared, confundida entre las sombras.

—Está confundida. Mi padre fue el Elegido. No yo. Salvar el mundo fue su trabajo.

Ella sacudió la cabeza lentamente, y luego volvió a reír. Fue un sonido sin esperanza.

—Tu padre desde luego fue el Elegido. Su tarea está acabada. Ahora, el universo exige una retribución y esta retribución vendrá de tu mano. Está hecho. No puedes escapar a tu destino, no más de lo que tu padre pudo escapar al suyo.

—No me lo creo —se oyó decir James. —Nada es inalterable. Sea cual sea esa *retribución*, lucharé contra ella.

—Sé que lo harás —dijo ella lentamente, tan afligida que a James casi le rompió el corazón. —Sé que lo harás. Pero fracasarás, querido muchacho. Fracasarás... —Exhaló la última palabra, convirtiéndola en una larga nota decreciente, desvaneciéndose en la oscuridad. James se estremeció impetuosamente.

—¿James? —llamó una voz. Era su padre, Harry Potter. —¿Eres tú? Tenemos que marcharnos, hijo.



James miró hacia el pasillo y vio sombras aproximándose, haciéndose más largas a la luz de las antorchas.

—Ya voy, papá —gritó. —Sólo... tropecé con alguien. Nos estábamos despidiendo... Todavía está...

Se volvió a dar la vuelta, señalando, pero Trelawney se había ido. En la oscuridad del pre-amanecer del pasillo, no había ninguna señal de ella por ninguna parte.



Capítulo 2

El *Gwyndemere*

James no podía recordar la última vez que se había despertado a una hora tan temprana. El sol era apenas una sugerencia rosa y gris en el horizonte, dejando el resto del cielo salpicado de estrellas titilantes y nubes altas, escarchado a la luz de la luna. La niebla se alzaba desde los terrenos de la escuela y la hierba estaba tan fría y húmeda que James podía sentirla a través de sus zapatillas.

—Buenos días, James —anunció con alegría Izzy, la hermana de Petra, colocándose junto al chico mientras los viajeros se abrían paso a través de la penumbra del nacarado amanecer. —Es emocionante, ¿no?

—Desde luego que sí —admitió James, sonriendo a la chica más joven cuando ésta saltaba a su lado, con los rubios rizados rebotando alrededor de su cara. Izzy era un año mayor que la hermana de James, Lily, pero resultaba un poco difícil recordarlo. Mientras Lucy tendía a dar a la gente la sensación de ser mayor de lo que realmente era, Izabella Morganstern tenía una inocencia simple que la hacía

parecer bastante más joven. Petra había explicado a James y a su familia que Izzy había nacido con algún tipo de discapacidad para el aprendizaje, lo que le había costado ganar el desdén de su propia madre y casi la había condenado a una vida de servidumbre embotada a manos de aquella fría mujer. James no creía que Izzy pareciera lenta exactamente. Por el contrario, era como si su cerebro estuviera sencillamente libre de cualquier traba resultante de las persistentes preocupaciones que hacían que la mayoría de la gente estuviera irritable y malhumorada. James la envidiaba un poco.

—Petra no quiso levantarse cuando intenté despertarla —dijo Izzy en un susurro teatral, moviendo la cabeza hacia su hermana, que caminaba a cierta distancia, cerca de Percy y de Audrey. —Dice que no es una persona madrugadora.

James asintió.

—Normalmente yo tampoco. Pero esto es distinto, ¿no?

—No es como levantarse para un día de trabajo en la granja o cualquier otra cosa aburrida como esa —estuvo de acuerdo Izzy, cogiendo la mano de James y saltando alegremente. —¡Partimos a una gran aventura! Vamos a dar un paseo en barco, justo como Treus. ¿Verdad?

—Empuñad varitas y armas—comentó Albus desde alguna parte a la espalda de James. —¿Correcto, «Treus»?

—¿Y cómo llegaremos allí? —intervino Ralph. James se volvió para ver al chico más grande caminando junto a Albus, con las manos embutidas en los bolsillos de su jersey con capucha. —¿Traslador? Siempre he querido viajar en trasladador. ¿Es ese poste de allá?

—Ves quién lidera esta pequeña expedición, ¿verdad, Ralph? —replicó James, haciendo un ademán con la cabeza hacia la parte delantera del grupo.

Ralph miró de soslayo.

—Sí. Merlín—dijo, y luego su ánimo se hundió cuando al fin comprendió. —
Aaah.

Albus escudriñó hacia delante, hacia el director.

—¿Eso qué significa?

—Significa que caminaremos—respondió James, sonriendo. —A Merlín le gusta entrar en comunión con los elementos secretos de la naturaleza cada vez que tiene oportunidad, ¿acaso no lo sabías?

Ralph suspiró.

—¿Por qué viene con nosotros de todos modos?

—Muy sencillo —respondió una voz nueva. James levantó la vista para ver al padre de Ralph, Denniston Dolohov, caminando cerca con las mejillas sonrojadas a la luz refulgente que llegaba tamizada a través de los árboles del Bosque Prohibido. —En su época, nadie sabía nada del «Nuevo Mundo», aunque muchos magos y brujas sospechaban de su existencia. Se quedará allí unos cuantos días antes de regresar a Hogwarts. Tal vez quiera echar un vistazo y ver cómo es la vida al otro lado del charco. Sería como si uno de nosotros viajase a un futuro lejano y se le ofreciera la oportunidad de visitar las ciudades de la luna.

—Eso sí que sería genial—suspiró Albus. —Mucho mejor que verse arrastrado a la estúpida vieja América.

—Yo tendría cuidado de no hablar así —dijo Lucy. James miró de reojo y la vio caminando al otro lado de Izzy, con su bolsa de lona colgada sobre un hombro. —Tengo entendido que los estadounidenses pueden mostrarse ferozmente orgullosos de su país. No como algunos de nosotros, por supuesto.

—Bueno, para nosotros es fácil, ¿cierto? —exclamó Albus. —Quiero decir, ¡nosotros mismos tenemos un montón de historia y tradiciones que se remontan a miles de años! ¿Qué tienen ellos? ¿Unos quince minutos y una fiesta del té?

—Hablando de té —dijo Ralph, frotándose el estómago, —no me vendría mal un poco.

Como convocada por el comentario, la madre de James se fue quedando atrás, separándose de la parte delantera del grupo.

—¿Alguien quiere galletas? —animó, ofreciendo una lata abierta.

James se echó la mochila al hombro y agarró galletas con ambas manos.

—Gracias, mamá.

—¡Ay! ¡Galletas de mantequilla! —exclamó Izzy, feliz. —¡Casi nunca comíamos galletas de mantequilla en casa!

—Merlinus dijo que algo de alimento era indispensable para el viaje— comentó Ginny, asintiendo con la cabeza. —Después de todo, tenemos mucho que hacer y un largo camino por recorrer.

—¿Y caminaremos durante todo el recorrido? —preguntó Albus, con la boca atiborrada de galletas. —¿En serio?

Ginny asintió.

—Ayer por la tarde Merlín envió por adelantado todos nuestros baúles. Estarán esperándonos en el puerto. Un poco de ejercicio no te vendrá mal.

—Tal vez evitará que te vuelvas un holgazán—sugirió Lucy amablemente.

—Ja, ja, ja—tañó Albus con sarcasmo. —Por cierto, ¿cuánto tiempo durará este viajecito?

—Me pregunto lo mismo—refunfuñó Ralph, alzando la mirada hacia los árboles mientras éstos les pasaban por encima. —¿Qué pasa si alguno de nosotros, ya sabéis, se desmaya de hambre o algo así por el camino?

—Hemos llegado—llamó una voz desde el frente. Para sorpresa de James, la reconoció como perteneciente a Neville Longbottom. —Permaneced todos juntos.

Albus se sorprendió.

—¿Ya hemos llegado?

—¿Era ese el profesor Longbottom? —inquirió Ralph perplejo, frunciendo el entrecejo. —Quiero decir, divertirse está bien, ¿pero no debería quedarse *alguien* para estar al tanto de Hogwarts?



James, que había estado en una de las caminatas mágicas de Merlín en el pasado, sonrió. Todavía con una galleta en la mano, corrió hacia adelante, uniéndose cerca del grupo de adultos.

—Hola, tío Percy, tía Audrey, ¿qué tal, Molly? —saludó al pasar. —Hola Petra. Buenos días. —Se movió junto a ella y ralentizó su paso mientras se encontraba con su padre, con Merlín y Neville Longbottom, que caminaban al frente de la tropa. Como era de esperar, mientras James miraba a su alrededor, podía percibir que los árboles de allí se veían diferentes. Ya no eran los enormes y envejecidos árboles del Bosque Prohibido. Estos eran árboles jóvenes, cubiertos con pasto y musgo, inclinándose en el viento cambiante. El aire desprendía un olor salobre y húmedo.

—Buenos días, James—dijo Neville al chico, sonriéndole. —¿Emocionado?

—¡Sí!—admitió James, correspondiendo a la sonrisa de Neville. —¿Por qué viene usted? Si no le importa que pregunte.

—El profesor Longbottom ha venido a petición mía, señor Potter—fue Merlín quien contestó, avanzando fácilmente a grandes zancadas por un sendero serpenteante y rocoso. —Además, hasta los profesores de Herbología merecen unas vacaciones ocasionales. Aunque se trate de vacaciones *laborales*.

—Los de Alma Aleron me han pedido que dé una conferencia—confesó Neville tímidamente. —Fui recomendado a su Departamento de Flora por el mismísimo Ben Franklyn. Parecía una oportunidad que no se podía rechazar.

—Varitas fuera, todo el mundo—comentó Harry suavemente.

James levantó la mirada mientras los árboles se perdían y quedaban atrás. Ahora podía ver que estaban a las afueras de una pequeña y abarrotada aldea pesquera. El cielo matutino estaba pálido y sobrio, moteado de nubes sobre los tejados. El humo vagaba indiferente y taciturno partiendo de docenas de chimeneas y las calles estaban mojadas, con los adoquines brillando apagados. El grupo avanzó en fila india por el curvado y pedregoso camino hasta que se hallaron en la calle. Un anciano de barba blanca estaba sentado en un taburete

cercano, encorvado bajo el toldo de una pescadería. Se levantó la visera de la gorra con un pulgar calloso cuando el grupo desfiló ante él.

—Buenos días, Harry Potter—pronunció alegremente.

—Hermoso día para un paseo, ¿no es así? —añadió Ginny, cerrando la marcha.

—Bonito pueblo el que tienen aquí—increpó Albus, dándose la vuelta y caminando hacia atrás, mientras sonreía al hombre. —Huele un poco curioso, ¡pero no se lo echaremos en cara!

Ginny le agarró del brazo, haciendo girar al chico.

La calle estrecha descendía bifurcándose en una serie de caminos abruptos y zigzagueantes, pasando por casas y tiendas atestadas, y desembocando finalmente en la orilla del mar. Muelles, diques y embarcaderos engalanaban la costa, produciendo una azarosa silueta contra el cielo férreo. Algunos de los espigones estaban ocupados por botes de pesca oxidados, otros con immaculados yates de turismo, y otros más con buques de carga gigantescos y amenazadores. El oleaje verde abofeteaba los cascos, lamiéndolos y azotándolos monótonamente. Merlín silbaba mientras caminaba, guiando al grupo a lo largo de un paseo marítimo curvado, pasando barco tras barco. Los obreros con chaquetones pesados y gorros de lana oscuros apenas alzaron la vista cuando pasó el grupo por allí, pasmados y con los ojos bien abiertos.

—¿En qué tipo de barco vamos a ir? —Preguntó Izzy, con la voz llena de asombro. —¿Será uno de los grandes?

—No es probable que sea en uno de esos—le respondió Petra, con una sonrisa en su rostro.

—¿En un crucero? —caviló Ralph, esperanzado. —Los cruceros tienen buffets.

La tropa seguía y seguía adelante. Por fin el sol comenzó a quemar las densas nubes y se transformó en una bola dura de color blanco en el horizonte, lanzando su reflejo sobre el océano en una larga franja cegadora.



—Hemos llegado—anunció Merlín finalmente. Habían llegado al final del paseo marítimo. Estaba virtualmente desierto, eclipsado por un promontorio rocoso adornado con un muy anticuado faro. James se sorprendió al ver el viejo Ford Anglia de su abuelo aparcado cerca del extremo del paseo, con el motor apaciblemente en ralentí.

Albus frunció el ceño con curiosidad.

—¿Qué hace aquí el coche del abuelo?

Ginny respondió distraídamente:

—Id ahora a ayudar a vuestro padre a descargar. Daos prisa, todos.

—¿Descargar qué? —preguntó Ralph mientras la mujer los arreaba hacia delante.

Merlín sacó su báculo, que siempre parecía llevar encima, pero escondido en algún lugar fuera de la vista a pesar de su tamaño bastante impresionante. Dio con él un golpecito al entarimado del paseo y el maletero del Anglia se abrió de un súbito estrépito.

—Aaah—soltó Ralph, respondiendo a su propia pregunta. —Trabajo manual.

—¡Genial! —alardeó Albus, corriendo al frente. —Tiene todos nuestros baúles adentro. ¿Lo envió a adelantarse por sí mismo? ¿Puede conducirse por su propia cuenta?

—Fue vuestro abuelo quien le enseñó esa destreza en particular —contestó Merlín, sonriendo. —Cuanto más aprendo de él, más impresionado quedo. Colocad los baúles justo aquí, en el malecón, si sois tan amables. Informaré al capitán de puerto de nuestra llegada.

—Pero ¿dónde está el barco en que nos iremos? —preguntó James, recorriendo con la mirada el muelle desierto.

Merlín, o bien no lo oyó o decidió no contestar. Se acercó pesadamente a la torcida y curvada escalera que conducía a la puerta del faro.



—Manos a la obra, caballeros— gritó Harry efusivamente, metiendo la mano en el maletero y tirando con fuerza de uno de los baúles. Al igual que muchos otros espacios mágicos, el maletero era bastante más grande por dentro de lo que hubiera parecido posible desde afuera. Finalmente, James, Albus y Ralph quedaron de pie junto a una torre de baúles, maletines, mochilas y cajones precariamente apilados.

—Menos mal que me comí esa galleta —resopló Ralph, secándose el sudor de la frente. —Merlín tenía razón. Viajar es un trabajo arduo.

James echó un vistazo hacia el faro, esperando ver lo que el director estaba tramando. Mientras observaba, la puerlita a un costado del faro se abrió. Merlín avanzó a zancadas con la cabeza baja, mientras atravesaba hacia la escalera angosta e inclinada.

—Sujetaos fuerte, todos —anunció. —Preparados para embarcar.

Detrás de él, sonó de repente una nota tensa pero baja, emanando de la baliza alta del faro. Fue un sonido singularmente solitario, que produjo un eco largo y profundo sobre el agua. James lo reconoció como el sonido de una sirena de niebla. Cuando el sonido se apagó por fin, persiguiendo sus ecos sobre las olas distantes, un rayo de luz surgió del faro decrepito. Ginny jadeó ante su brillo mientras éste se clavaba en la sombría mañana, pareciendo extenderse todo el camino hasta el horizonte. Lentamente, el rayo comenzó a girar.

James tropezó. Estiró la mano y aferró firmemente un puñado de la sudadera de Ralph, reparando sólo entonces en que Ralph también se tambaleaba. Ambos chicos cayeron a trompicones contra el Anglia.

—¿Qué está pasando? —saltó Albus.

—Manteneos firmes, marineros de agua dulce —se rió el tío Percy, sujetando a su esposa Audrey y su hija Molly. —Vuestras piernas todavía no se han acostumbrado al movimiento del mar.

—Mirad —anunció Lucy, señalando hacia el haz de luz del faro.



James hizo lo que su prima pidió. Curiosamente, parecía como si el rayo estuviera, contra toda probabilidad, perfectamente inmóvil. Era el propio mundo el que giraba, empujado alrededor de un eje largo y liso por el anclaje que suponía el rayo de luz del foco.

—Ya está —anunció Harry. —Nuestro barco parece estar llegando.

James siguió la mirada de su padre y vio un barco largo y elegante apareciendo desde el promontorio rocoso. Al igual que el haz de luz, el barco parecía estar erigiéndose lentamente mientras el océano se agitaba bajo él, enviando sus olas hasta por debajo de la proa y convirtiéndolas en espuma salina. El barco era grande y llamativo, con casco de madera pulida y satinado con un marrón oscuro, adornado con relucientes portillas de bronce, una serie de mástiles altos y complicados y una única chimenea negra que sobresalía del centro. Pintado en letras blancas a lo largo de la proa, rezaba el nombre del barco:

GWYNDEMERE

Torpemente, el muelle fue redirigido hacia el barco hasta quedar apuntado directamente hacia él. Había figuras moviéndose en la cubierta de la nave, gritándose unos a otros y manejando las cuerdas. James sonrió ampliamente cuando uno de los marineros lanzó una larga soga por la borda, desapareció en la cubierta, y luego, un par de segundos más tarde, reapareció en el muelle para recuperar la soga, mientras ésta aporreaba los tablones. El hombre la enrolló alrededor de un bolardo de hierro, anclando al *Gwyndemere* a la costa. Una vez logrado, el rayo de luz dejó de girar y se apagó. James volvió a tropezar cuando el mundo pareció volver a ocupar su lugar con un estremecimiento.

—Todos a bordo —exhortó Percy, caminando a grandes zancadas hacia el muelle y ajustándose el sombrero en la cabeza mientras el viento le azotaba. —Tenemos un horario que cumplir.

Merlín asintió en señal de aprobación y después se inclinó hacia la ventana del conductor del Anglia. Pareció decir algo al vehículo, le dio unas palmaditas suaves y luego dio un paso atrás, mientras el coche empezaba a rodar. Éste realizó un pulcro cambio de sentido en el extremo del paseo marítimo y a continuación se alejó con serenidad, con sus ventanas reflejando el cielo bajo.

—Espero haber traído suficientes calcetines —comentó Ralph, observando al Anglia andar a lo lejos. —Odiaría quedarme sin suficientes.

—Apuesto a que tienen calcetines en Estados Unidos —replicó Albus, palmeando al muchacho grandulón en el hombro. —Corramos el riesgo, ¿eh?

James sonrió y siguió a su familia hasta el muelle, disfrutando del sonido de las olas y la brisa brumosa. Las gaviotas sobrevolaban la zona y se posaban sobre las olas alrededor del barco, donde flotaban como corchos. Más marineros aparecieron en el muelle, moviéndose hacia la pila de equipaje, que comenzaron a cargar en la embarcación.

Una pasarela apareció, empinada y estrecha, conectando la nave con el extremo del embarcadero. James no podía estar seguro si aquella pasarela había surgido del muelle o si se había extendido desde el barco hacia abajo. Cualquiera de las dos opciones parecía probable. Corrió hacia adelante, seguido a la zaga por Lucy, Izzy y Petra, que reía con deleite.

Una vez a bordo, James miró a su alrededor con descarada admiración. Desde cubierta, el *Gwyndemere* parecía enorme y acogedor al mismo tiempo. Su proa y popa estaban separadas por dos pasillos empotrados, uno a cada lado del barco, a los que se accedía por escaleras en las partes delantera y trasera. Los pasillos rodeaban una alta y larga camareta que dominaba el centro del barco, capitaneado con la cabina del piloto. James podía ver en el interior a hombres con chaquetas blancas y gorras, moviéndose de acá para allá afanosamente. Una de las ruedas del enorme barco viró ligeramente hacia atrás y adelante mientras el oleaje mecía la nave.

—Esto es fantástico —dijo Ralph, acercándose a James. —Nunca antes había estado en un barco. ¿Crees que un barco mágico sea diferente a un barco normal?



—Le estás preguntando al chico equivocado, Ralph —apuntó Albus. —Somos tan nuevos en esto como tú. Pregúntale al tío Percy si quieres una respuesta de verdad. O a la prima Lucy, en ese caso

—Sólo viajé una vez antes en barco, lo creáis o no. —Repuso Lucy, recogiendo el cabello cogido en una coleta. —Y fue en uno mucho más pequeño que éste, en un viaje a Grecia.

—¿Ya habéis visto el comedor? —llamó Petra desde la escalera que conducía al nivel inferior. —El desayuno está servido, ¡y es perfectamente encantador! ¡Venid y uníos a nosotros!

—¡Hay bollos de grosella para comer! —añadió Izzy a voz en grito, poniéndose las manos alrededor de la boca a modo de bocina.

James, Albus, Ralph y Lucy corrieron hacia las escaleras y pasaron agachados a través del umbral hacia la parte inferior, que se abría a un salón largo y bajo con ventanas a ambos lados que dejaban entrar la tenue luz de la mañana. Dos largas mesas dominaban el lugar, bordeadas a ambos lados por sillas giratorias de madera. Cubertería de plata, vasos de cristal, platos de porcelana y humeantes soperas y bandejas plateadas se desplegaban entre las mesas.

—¡Esto me gusta más! —exclamó Ralph, quitándose el jersey al estar en una habitación más calurosa. Caminó a lo largo de la mesa más cercana y se sentó junto a su padre, que ya estaba revolviendo una taza de té.

—Disfrutad mientras podáis, amigos —proclamó Denniston Dolohov. —Esto es lo que se siente al viajar en el buque insignia del ministerio.

Más allá de él, el resto de los adultos también estaban tomando sus asientos, suspirando felizmente y quitándose las capas de viaje y sombreros.

—Las sillas están atornilladas al suelo —observó Albus, haciendo girar su silla mientras experimentaba.

—En caso de tormentas —profirió Lucy, hablando con la boca llena de tortilla, —no querrás todo dando golpes y tumbos por ahí si el mar se pone embravecido.

Ralph alzó la mirada, con el ceño fruncido.

—¿Hay probabilidades de que eso ocurra? ¿Tú qué crees?

Lucy se encogió de hombros.

—Es el océano Atlántico, Ralph. Que se enfurezca es ya de por sí una especie de hábito.

—Especialmente en esta época del año—intimidó Albus, alcanzando una bandeja de pan tostado.

James asintió con gravedad.

—Podríamos tener que atravesar el ojo de uno o dos huracanes. Además están los icebergs.

—Y los monstruos marinos —añadió Izzy sabiamente, sosteniendo la mirada de Lily y conteniendo una sonrisita. —¡Un calamar gigante con tentáculos como tranvías!

—Ah, claro —dijo Ralph, poniendo los ojos en blanco. —Conque sarcasmo. Ya veo de qué va esto.

—No te preocupes, Ralph —le consoló Petra. —Traemos a Merlín con nosotros. Si alguno de esos monstruos marinos nos llega a atacar, simplemente hablará con ellos y les pedirá que se unan a nosotros durante el viaje.

—O los destruirá y los convertirá en nuestra cena —dijo Lily, sonriendo ampliamente.

Al cabo de un rato, James había terminado su desayuno y descubierto que estaba demasiado extasiado de emoción como para permanecer sentado por más tiempo. Los adultos se abrían hacia las cubiertas inferiores para explorar sus camarotes, mientras que la mayoría de los niños trepaban de regreso a la cubierta de proa para disfrutar del refulgente sol y la estela brumosa producida por las olas a los costados de la nave.



—Me pregunto qué será lo que hace que nos movamos—preguntó Izzy, entornando los ojos hacia los mástiles.

James miró también, dándose cuenta de que todas las velas estaban plegadas rigurosamente, amarradas a los mástiles en fardos ordenados.

—Buena pregunta —coincidió Albus, frunciendo el ceño. —Supongo que estamos siendo impulsados de algún modo. Mirad la chimenea.

Efectivamente. Un flujo constante de humo ennegrecido era expedido por la chimenea en lo alto de su embudo negro. James se encogió de hombros, volviendo la vista al mar.

—Tal vez carbón, ¿no os parece? —deliberó Ralph. —No me habría esperado eso.

—Tal vez sea algún tipo de fuego mágico —replicó Lily razonablemente. —Uno que no necesita de ningún combustible, ni nada por el estilo.

Lucy asintió con la cabeza.

—Como las chispas fugaces de los duendes. Eso tiene sentido.

El viento azotaba el barco, colándose desde el océano y sacudiendo el cabello de James alrededor de su cabeza. El muchacho mostró los dientes con una amplia sonrisa, y luego se giró y se apoyó en la barandilla, mirando hacia la orilla mientras ésta rozaba sigilosamente el costado del navío. El *Gwyndemere* todavía estaba pasando junto a otros muelles y embarcaderos, y James observó las docenas de embarcaciones que se amontonaban a lo largo de la costa, mareantes en cuanto a sus tamaños y formas. Entre ellas se agolpaban obreros, moviéndose sobre los muelles y pasarelas, silenciosos en la distancia. Finalmente, el *Gwyndemere* comenzó desviarse del margen costero, alejándose, y los muelles y gigantescos buques de carga empezaron a desvanecerse en la neblina de la mañana.

Un silbato sonó en lo alto. James levantó la mirada y vio a un hombre dentro de lo que parecía una caja de madera adherida al mástil principal. El silbato sobresalía de entre sus labios y sostenía, pegado a un ojo, un largo telescopio

plegable. Mientras James observaba, el hombre bajó el telescopio y bajó el silbato, que le colgó del cuello a lo largo de una cadena.

—Saliendo de la zona continental muggle —bramó a voz en cuello. — Adentrándonos en aguas internacionales de dominio mágico.

Un marinero pasó silbando alegremente por detrás de los cinco viajeros que se habían reunido junto a la barandilla. James se volvía para mirar cuando el hombre se inclinó, agarró el mango de una gran escotilla y la abrió pesadamente.

—Muy bien, Dodongo, ya lo has oído —ordenó el marinero hacia la oscuridad de debajo de la cubierta. —Manos a la obra. No me hagas bajar ahí.

James y el resto dirigieron la mirada hacia el marinero y echaron un vistazo hacia las sombras. El interior de la bodega era enorme, ocupando la mayor parte de la proa del barco. Las portillas iluminaban una figura grande y peluda, donde ésta se hallaba sentada dentro de la bodega, invadiendo la mayor parte de aquél espacio. James parpadeó con sorpresa. La criatura era como un gorila, pero que hubiera crecido hasta proporciones titánicas y monumentales. Su gran cara curtida se alzó, dirigiendo los ojos hacia la escotilla abierta, chupándose los labios pensativamente. Sus patas aferraban los pedales de un complicado mecanismo de latón, haciéndolos girar con facilidad. El mecanismo, a su vez, operaba un eje de transmisión que se extendía por la parte trasera de la bodega, aparentemente haciendo funcionar la hélice del barco. Para aumentar la sorpresa de James, el gigantesco simio parecía estar fumando un cigarro igualmente gigantesco, soplando bocanadas de humo negro a través de un tubo con forma de embudo.

—Lo recogimos hace años —explicó el marinero, poniendo sus manos en las caderas y meneando la cabeza. —Lo encontraron vagando en una isla perdida al sur del Pacífico. Alguien tuvo la descabellada idea de que sería una gran atracción en tierra firme, y que nos haría millonarios a todos. El problema fue que, una vez que lo subimos a bordo, nunca quiso irse. Conocéis la vieja broma de: dónde se sienta un gorila de treinta mil kilos, ¿verdad? Donde sea que le da la maldita gana.



James, Ralph, Izzy, Albus y Lucy miraron de nuevo del tripulante al enorme gorila. Dodongo pedaleaba gozosamente, produciendo suaves chasquidos para sí mismo y fumando su monstruoso cigarro.

—¡Hola! —el marinero llamó de nuevo, ahuecando las manos en la boca. — Ya te dije que te pongas manos a la obra, ¿no? Es la última vez que nos embarcaremos hasta Burdeos. ¿Qué más vas a utilizar para falsificar el humo de la chimenea, eh? ¿Cáscaras de plátano?

—Supongo —dijo Lucy con una vocecita —que esto demuestra la diferencia entre un barco muggle y uno mágico.



La primera etapa de la travesía oceánica transcurrió velozmente. James exploró el barco con sus compañeros de viaje, encontrando la galería de las cocinas, la bodega de almacenamiento de popa, una docena de pequeños pero meticulosamente ordenados camarotes, e incluso los aposentos del capitán, donde la tripulación de brujas y magos adolescentes (incluida Izzy) habían irrumpido por accidente mientras se perseguían unos a otros por los estrechos pasillos. El recinto del capitán estaba en la parte trasera de la nave, por encima de la bodega, rodeado por un círculo de ventanas que daban a la abrazadora estela del barco. Habría sido un lugar muy interesante para explorar, con sus mapas enmarcados, lámparas de latón y estanterías atestadas de curiosos instrumentos y artefactos náuticos, excepto por el hecho de que el mismísimo capitán se encontraba allí y alzó la vista desde su escritorio con una mezcla de molestia y hastiada paciencia. James se había disculpado tan rápido y cortés como sabía hacerlo, salió de la habitación caminando hacia atrás y arreando a los otros a su espalda.

La mayoría de los días, sin embargo, fueron invertidos en las cubiertas, holgazaneando bajo el neblinoso sol y figoneando a los miembros de la

tripulación mientras manejaban los complicados aparejos del barco. James quedó apenas ligeramente sorprendido al percibir que los marineros cantaban tonadillas mientras trabajaban, elevando el volumen de sus voces al unísono para que el sonido se prorrogara por toda la cubierta; claras y alegres hacia los fuertes vientos.

—Vaya—habló Albus, apoyándose en la alta barandilla de popa, —me pregunto si este es el castillo de popa.

Izzy soltó una risita tonta, pero Petra puso los ojos en blanco.

—Esa broma no fue divertida la primera vez, Albus. No hay nada mejor con la edad.

—No *estoy* bromeando —replicó Albus, enarcando las cejas con ingenua inocencia. —Sólo estoy haciendo una pregunta. Todos los barcos tienen un castillo de popa. Es algo que ya se sabe. Sólo estoy tratando de hacer de ésta una experiencia educativa.

—Es obvio —asintió Lucy. —Especialmente porque eso es lo que tanto te gusta.

—Me gustan las canciones —dijo Ralph, mirando hacia los mástiles mientras un par de tripulantes retozaban y hacían piruetas, cantando en armonía. James no podía dejar de advertir que las velas estaban todavía plegadas, atadas pulcramente a los extraños mástiles articulados.

Albus sonrió con satisfacción.

—Mamá dice que esas canciones son buenas, siempre y cuando no escuches las letras reales.

—Lo que sólo provocará que les prestes aún más atención —estuvo de acuerdo James. —Particularmente me gusta una en el que los viejos piratas muertos luchan por un doblón, cortándose unos a otros hasta que no queda nada más que un montón de manos esqueléticas saltando por ahí, sujetando sables.

—Muchas de ellas parecen tener un tema en común, ¿no es así? —indagó Petra. —Tienen mucho de piratas muertos, barriles de ron, maldecidos tesoros perdidos, y ese tipo de cosas.

—Escuché a Merlín y a papá hablar de ello en el almuerzo —indicó Albus, bajando la voz en tono conspirador. —Merlín dijo que desde que la Policía Internacional Mágica tomara medidas contra la piratería mágica, muchos de los piratas han tenido que recurrir a un trabajo más honesto. La mayoría de ellos consiguen trabajos en barcos como éstos. ¡Apuesto a que estos tipos son todos antiguos corsarios! ¿Qué creen?

Ralph miró de reojo a los hombres en los mástiles.

—Yo habría esperado más patas de palo y más loros —el chico se encogió de hombros.

Albus puso los ojos en blanco.

Mientras avanzaba la tarde, Petra e Izzy se dirigieron al interior de la cubierta para tomar el té y desempacar. Albus deambuló por ahí en busca de marineros a los que acribillar a preguntas sobre sus anteriores vidas infames, y James, Ralph y Lucy serpentearon camino hacia la proa donde encontraron al padre de James, al profesor Longbottom y a Merlinus Ambrosius contemplando el mar y conversando.

—¿Visteis al gran gorila? —preguntó James cuando los adultos los saludaron.

Harry asintió con la cabeza.

—El capitán nos llevó a su encuentro. Es muy inteligente. Le gustan las palomitas de maíz. Al parecer, será el modo principal de propulsión en dirección a tierra al final de este trayecto.

—El capitán dice que eso le impide volverse gordo y perezoso —agregó Neville, sonriendo.

—¿Se reunieron con el capitán también? —preguntó Lucy, mirando con concentración al hombre.



—Es un veterano perteneciente a la marina mágica —respondió Neville. —Y un pariente lejano mío. Conocía a mis padres, allá cuando yo era un bebé. No lo había visto en las últimas décadas, pero aun así, es bueno establecer contacto con la antigua familia.

Ralph miró de Merlín a Harry Potter, y luego preguntó:

—¿Qué andáis buscando?

—Olí tierra —respondió Merlín con suavidad. —Creo que estamos cerca de alcanzar el destino de hoy.

James parpadeó.

—¿Ya? ¿Hemos llegado?

—Caray—comentó Ralph, atisbando hacia las olas, —la magia te asegura de hacer del mundo un lugar pequeñito.

—No quiso decir que ya hemos llegado a América, tonto—dijo Lucy, riendo. —Atracaremos en un puerto durante el camino.

—¿Para qué? —preguntó James.

—Para recoger más pasajeros—contestó Harry, quitándose las gafas y limpiándoles el vaho con su camisa. —Y para disminuir la carga, abastecernos y aparejarnos para el tramo transatlántico del viaje.

—¿Quiere decir—dijo Ralph para aclararse—que hemos navegado todo el día, y que todavía no hemos llegado a la zona transatlántica?

—El océano es un lugar monstruosamente grande —espetó Merlín sonriendo, con su barba agitándose al viento. —Nos presta una excusa para no hacer nada durante un día o dos. Disfrútelo, señor Deedle. Tarde o temprano el ritmo de vida nos atraparé a todos de nuevo.

James miró a Ralph, expectante.

—¿Oíste al director? —le dio un codazo suavemente.

Ralph le devolvió la mirada y después puso los ojos en blanco.

—Sí, sí. «Monstruosamente» grande. Mira, yo no soy un bebé grande. Ya puedes parar de tratar de hacer que tenga pesadillas.

—Me han dicho que el océano era «bestialmente enorme» —dijo Lucy, —pero «monstruosamente» suena mucho mejor. Me recuerda a esos antiguos mapas grabados en madera, cubiertos de serpientes marinas y krakens y esas cosas.

—¿Es tierra aquello de allí? —preguntó de pronto Neville, apoyándose en la barandilla y entrecerrando los ojos.

Merlín asintió.

—Es muy posible. Podéis oler ¿no es así? Los árboles, la arena...

—No todos son tan sensibles a tales cosas como usted, director—replicó Harry, sacudiendo la cabeza.

James se apoyó contra la barandilla y miró a lo lejos. El cielo se había tornado claro y despejado mientras el día avanzaba. Ahora, mientras el sol bajaba, la claridad del aire hizo parecer al horizonte como algo que podía alcanzarse muy de cerca y tocarse. La proa del barco rebotaba rítmicamente sobre las olas, enviando ráfagas de fino rocío. Más allá, situado en el borde acuoso del mundo como un bicho en el alféizar de una ventana, había un pequeño bulto negro.

—¿Qué es aquello? —preguntó Lucy, protegiéndose los ojos del sol. —¿Es otro barco?

Nadie contestó. Gradualmente la forma crecía mientras el *Gwyndemere* se acercaba, ralentizándose casi imperceptiblemente. Ante la vista de James empezó a parecerse a la parte superior de la cabeza de un gigante, asomándose en el horizonte y rebordeada con pelo revuelto. Observó, paralizado de miedo, mientras la forma finalmente se había decantado a ser el inconfundible contorno de una pequeña isla, apenas más grande que el jardín trasero de la casa de la familia Potter en Marble Arch. Una estrecha playa de arena blanca rodeaba la isla, abarcando un bulto de maleza y hierbas silvestres. En el centro, una media docena de árboles achaparrados se bamboleaban cansinamente. A medida que el *Gwyndemere*



disminuía su marcha, proviniendo de entre el bullicio en la distancia de la pequeña isla, James se sorprendió al oír una voz gritar fuerte desde la sombra de los árboles.

—Un barco —chilló la voz. —Oh, gracias a Dios, ¡un barco! ¡Por fin!

Un hombre salía a trompicones a la playa y saltaba de arriba a abajo, extendiendo y agitando en la mano un pedazo de madera que el mar había llevado hasta allí. El hombre era muy delgado y estaba violentamente desaliñado, con el pelo y la barba crecidos a una proporción casi cómica y con ropa blanca desteñida.

—¡Hurra!—gritó. —¡Los mensajes que envié en todas aquellas viejas botellas no fueron en vano! ¡Las gaviotas se rieron de mí, sí que lo hicieron! Me dijeron que era una locura tener esperanzas, ¡pero he mantenido mi fe! Sabía que algún día mi larga, pero larga estadía llegaría a su... oh, eres tú —dijo, dejando caer su voz con las últimas tres palabras.

—¡Ha, Roberts! —se aventuró a decir un marinero desde la cofa del *Gwyndemere*. —Usando una brújula cualquiera puede llegar. El capitán Ash Farragut solicita permiso para el desembarque.

—Permiso concedido —habló en respuesta el antiguo náufrago de mal humor, dándose la vuelta y caminando hacia los árboles. Su voz fue transportada fácilmente sobre las olas mientras murmuraba —Dime que cualquiera puede usar una brújula para llegar. Como si yo no hubiese estado sentado aquí todo el día, tratando de no descuidar el trabajo de vigía. Es mi trabajo, después de todo, ¿no?

James observaba con fascinación mientras el harapiento hombre se detuvo debajo de uno de los árboles y le dio unos golpecitos con su bastón de madera vagabunda.

El supuesto náufrago continuó hablando.

—Capitán de Puerto Roberts, reportando la llegada del *Gwyndemere*, capitán Farragut al mando, con un complemento parcial de viajeros, mercancías y carga. Cuarenta minutos de retraso, a menos que el sol sea un mentiroso.

—Oh, hemos llegado a puerto —dijo con alegría una voz desde detrás de James. Miró hacia atrás para ver a su tío Percy, vestido con traje de viaje y un



sombrero a juego —Acuápolis para pasar la noche, damas y caballeros. Será la última vez que avistemos tierra hasta el final del viaje. Voy a decírselo a los demás.

James miró de reojo de su tío a Ralph y Lucy.

—¿Esto es alguna especie de «puerto»? Ni siquiera estoy seguro de que todos quepamos ahí abajo.

—Tienes razón —coincidió Ralph. —Si todo esto es lo mismo para todos los demás, creo que me voy a quedar aquí en el barco a pasar la noche.

—Aunque el capitán de puerto fue muy listo al interpretar el papel de sobreviviente de un naufragio —comentó Lucy apremiantemente. —Sólo en caso de que algún barco muggle pueda divisar este lugar.

James volvió a mirar al hombre de la orilla con el entrecejo fruncido.

—¿Tan segura estás de que él estaba realmente interpretándolo?

—Uau —saltó Ralph de repente, aferrándose a la barandilla con una mano. —¿Qué fue eso?

—¿Qué fue qué? —preguntó James, y luego contuvo el aliento mientras lo sentía también. El navío estaba estremeciéndose muy débilmente, como si mil puños estuviesen machacando el casco. Un sonido acompañó aquella sensación: una especie de sordo, profundo y amplio ruido.

—Todo está bien —dijo Neville, sin embargo parecía nervioso. —De alguna manera, creo que se supone que esto deba suceder.

—No sólo sucede en el barco —dijo Lucy, señalando. —¡Mirad a la isla!

James miró. Las hojas de los árboles temblaban levemente. Una gran fruta amarillenta cayó de uno de los árboles y rodó hasta detenerse en la arena blanca. Extrañamente, parecía haber mucha más arena de la que debería haber. Era como si la playa estuviese expandiéndose alrededor de la isla, creciendo cada vez más, haciendo retroceder las olas. El hombre en la orilla parecía totalmente impasible ante aquel fenómeno. Caminaba tranquilamente hacia una roca redondeada



grande y oscura, llegó por detrás de ésta y sacó un portapapeles, donde consultó algo críticamente.

—Mirad aquí —proclamó Merlín, levantando la barbilla contra el creciente viento. —Las maravillas de la ciudad perdida. He aquí Acuápolis, la más grandiosa de las siete ciudades del continente de la Atlántida.

Poco a poco la isla se levantó, empujada hacia arriba en una gran y lóbrega plataforma de piedra. Los cimientos se abrían a medida que se elevaban, como si la isla no fuera sino la más alta cima de una enorme montaña submarina. El agua tronó por el frente de los anchos acantilados, transcurriendo hacia fuera de docenas de peñascos y cavernas profundas. James observaba embelesado mientras la masa terrestre crecía, extendiendo grandes brazos rocosos hasta abarcar el *Gwyndemere*, creando una bahía a su alrededor. Formas regulares se hicieron visibles a medida que empujaban hacia arriba a través de las olas: tejados puntiagudos, domos y capiteles primero y luego monumentales columnas de piedra, arcos y columnatas. Elevados puentes y escalinatas entrecruzaban la montaña, conectando todas las estructuras y sitiando patios amurallados, estatuas antiguas y brillantes y coloridos jardines coralinos. La luz del sol resplandecía sobre la ciudad mientras ésta se revelaba, reflejándose como si viniera de innumerables y enormes alhajas. Con un escalofrío de asombro, James reparó que las brillantes formas no eran joyas, de hecho, sino ventanas y puertas de cristal, ajustadas en exquisitas y artesanales estructuras cobrizas. Las ventanas relumbraban como un arco iris mientras el agua de mar fluía por ellas, brillando desde cada apertura y umbral, de entre todos los pilares y columnas, y encerrando completamente la ciudad en un ondulante y salobre resplandor.

—He oído hablar de este lugar —dijo Harry Potter, colocando una mano sobre el hombro de su hijo, —pero nunca imaginé que sería así.

—¿Hay también otras seis ciudades de Atlántida como esta? —preguntó Ralph con voz reverente.

Merlín suspiró sombríamente.



—Por desgracia, Acuápolis es la única superviviente de la gran República. Las demás fueron asentadas ya hace mucho tiempo en sus acuáticas tumbas, habiendo agotado su magia mientras sus poblaciones menguaban, atraídas por tierras firmes. Tal es el curso de la historia. Todas las cosas grandiosas, incluso las más maravillosas, deben encontrarse con su final.

—¿Viste eso? —Gritó Albus repentinamente, agarrando el hombro de James y zarandeándolo con entusiasmo — ¿La viste subir fuera del agua?

—Fue muy difícil pasarlo por alto, Al —rió James, girándose. —¿Dónde estabas?

—¡El primer oficial me llevó a la cabina del piloto para verlo desde allí! — exclamó Albus con una emoción desbordante. —Yo, Izzy y Petra. ¡Mamá y Lil también! ¡Estuvo endemoniadamente impresionante!

—No digas esa palabra —reprendió Ginny suavemente, siguiendo a Albus a la cubierta con los demás a su lado. —Pero en realidad, lo fue. No tenía ni la menor idea.

—Bueno —anunció pomposamente Harry, volviéndose hacia los viajeros, — ¡a tierra todos los que vayan a desembarcar!

James sonrió ampliamente y se giró para mirar de nuevo hacia atrás a la gran isla. Sus innumerables ventanas brillaban dócilmente mientras el sol caía, pintando la ciudad en un tono cobrizo y dorado. Un grupo de hombres con pulcras túnicas rojas pilotaban un ferry hacia el *Gwyndemere*, aparentemente preparados para transportar a todos a su residencia para pasar la noche.

—Es magnífico, ¿no? —dijo Ginny, suspirando. —Casi hace que toda la travesía valga la pena.

James sonrió a su madre. Por el momento, sin saber todavía lo que estaba por venir, estaba en absoluto acuerdo con ella.





James, tumbado en su cama, miraba fijamente el techo bajo, incapaz de poder dormir. Los alojamientos de Acuápolis eran limpios, ornamentados y bien mantenidos, pero muy, muy antiguos. La ciudad entera, aun siendo tan espectacular, olía vagamente a humedad, lo que era, por supuesto, perfectamente comprensible. Tío Percy, que al parecer sufría de alergia al moho, había tenido un momento bastante difícil, especialmente cuando la noche llegaba y la ciudad una vez más se había hundido en su hábitat acuático. Eventualmente, la tía Audrey había pedido a una de sus anfitrionas atlantes, una joven rechoncha de rostro bonito, cabello negro y espeso y piel aceitunada, sí podrían facilitarle a Percy una determinada marca de té medicinal. La mujer, cuyo nombre era Mila, echó un vistazo a la nariz y ojos rojos de Percy, y regresó minutos después con una taza vacía y una pequeña tetera humeante. Al beber el contenido de la tetera, Percy ya no estornudó más ni se sintió resfriado, pero no obstante, había permanecido en un estado de ánimo más bien irritable durante toda la noche.

Merlín, como solía suceder, fue recibido con gran fanfarria a su llegada a la ciudad, incluso mientras desembarcaba del ferry con James y Ralph a su lado. Hombres con largas túnicas blancas y cayados curiosamente tallados fueron a su encuentro en las escaleras del vestíbulo de recepción de la ciudad, que había sido labrado directamente en la piedra de la montaña. Mientras que líderes de la ciudad y Merlín intercambiaban saludos formales, Lucy y Albus se habían topado con James y Ralph y los cuatro permanecieron mirando a sus alrededores con fascinación no disimulada. El agua seguía corriendo todavía por el intrincadamente estampado suelo de mármol y goteaba desde los altos techos abovedados, y James comprendió que el vestíbulo de recepción, tan grande como era, permanecía repleto con agua de mar la mayor parte del tiempo. Una gran columna de piedra dominaba la entrada a aquel recinto, coronada con una inmensa estatua de un mago barbudo y con atuendo suelto como toga, sujetando un bastón en la mano izquierda mientras alzaba la mano derecha, presionada a la

base de uno de los soportes del techo abovedado, como si él la estuviera sosteniendo en lo alto.

—Soterios —dijo Lucy, leyendo la inscripción que rezaba la base de la columna de la estatua. —El héroe de Atlántida. Fue el que unificó el poblado mágico de Atlántida y creó la red de magia que mantuvo intactas las ciudades, incluso cuando sus cimientos mermaron. Leí sobre él en la biblioteca mágica de casa. «Poios Idryma sozo párr magica dia magikos».

—¿Qué significa? —le preguntó Albus, caminando alrededor de la columna para leer la inscripción.

Para entonces Izzy, Lily y Petra ya habían bajado del ferry y se unieron a los otros cerca de la base de la estatua. Petra había mirado aquellas antiguas palabras con ensimismamiento.

—Significa algo como, «quien salvó los cimientos de la magia, por arte de magia».

—Bueno —habló Ralph lentamente, —todo este lugar se mantiene unido por medio de, ¿qué cosa...?

Petra se había encogido de hombros.

—La voluntad mágica colectiva de brujas y magos que viven aquí.

—En realidad, tiene sentido —comentó Lucy. —Al fin y al cabo, los griegos fueron quienes inventaron el concepto de democracia, que es justo en realidad la idea de la ciudad que posee el apoyo de la gente que vive en ella. Por supuesto, esto conlleva a un nivel bastante nuevo.

Ralph había sacudido la cabeza y mirado en derredor hacia los colosales y oscuros techos.

—No conozco al resto de vosotros, pero me siento un poco dudoso al pensar en la idea de fuerza de voluntad como cimiento estructural.

—Es porque estás pensando en *tu* fuerza de voluntad —gruñó Lucy.

—Ha sido sostenido durante siglos, Ralph —dijo Albus, encogiéndose de hombros. —¿Qué podría pasar?

Ralph miró profundamente a Albus, y después a Merlín, que seguía charlando con los ancianos de Acuápolis a una cierta distancia.

—No sé —le respondió al otro chico. —¿Por qué no se lo preguntas a las *otras* seis ciudades de Atlántida?

Más tarde, cuando el sol se había puesto en el horizonte en medio de una caldera ardiente de nubes de colores, un anciano atlante llamado Atropos condujo a los viajeros a un recorrido por la ciudad, dirigiéndolos a lo largo de amplias y panorámicas escaleras y puentes, guiándolos a través de enormes columnatas, pasando por adornados jardines oceánicos, estatuas y extensas arcadas. En gran parte de la mirada de la ciudad, enormes ventanas habían sido majestuosamente abiertas, dejando entrar la fresca brisa del océano.

—La ciudad se ha mantenido prácticamente sin ningún cambio desde su descenso a las profundidades —explicó Atropo. —Cuando las aguas comenzaron a subir, nuestros antepasados tuvieron el tiempo suficiente para diseñar y construir un sistema de válvulas de cristal herméticas, las cuales observáis a vuestro alrededor. Son prácticamente irrompibles, y están reforzadas por una alquimia única que las hace menos quebradizas. —Para ilustrarlo, Atropos se había acercado a una de las altas ventanas con marco de cobre que encajaba entre un conjunto de columnas corpulentas. Se apoyó en el cristal con una mano y luego, suavemente, aplicó presión con su peso. En vez de romperse, el cristal se dobló lentamente alrededor de su mano, casi como si fuera una muy grande y muy gruesa burbuja de jabón. Y por último, la mano de Atropos había empujado totalmente hacia dentro. Había sacudido sus dedos en la moribunda luz del sol al otro lado del cristal, dirigiendo una ligera sonrisa a sus asistentes. Merlín había asentido despacio, impresionado.

—Excepcional —se había entusiasmado Denniston Dolohov. —Dígame, ¿esto es propiedad mágica? ¿O es algo que los atlantes estarían dispuesto a compartir? Se me ocurren docenas de aplicaciones de seguridad con semejante cosa.



—¿Este hombre no había quedado fuera de servicio? —murmuró la tía Audrey a su marido, que la hizo callar.

—Es por eso que está aquí, mi amor —Percy contestó en voz baja. —Su nuevo puesto en el ministerio lo pone a cargo de un nuevo departamento de magia defensiva antimuggle y tecnomancia. Vivimos en tiempos inseguros, como bien lo sabes. Y cada día se tornan más inseguros.

En ese momento Percy compartió una mirada significativa con Neville Longbottom y el padre de James. Harry se encogió ligeramente de hombros, arqueando las cejas y enviando un gesto de aprobación hacia Atropos, como si dijera *ahora no*.

Después de una espléndida cena de extraños peces y crustáceos traídos desde las profundidades marinas, algunos de los cuales eran tan grandes como hipogrifos y más bizarros de lo que James estuviera dispuesto a saborear, Acuápolis se había sumergido de nuevo. James, Ralph y Lucy observaron desde los amplios portales de cristal una estructura similar al Partenón construida en la cima de las penínsulas curvadas de la isla. El sol se había sumergido finalmente bajo el borde del horizonte, dejando sólo un tenue resplandor rosado en los confines de un cielo salpicado de estrellas. Durante un tiempo, el *Gwyndemere* había sido visible en la bahía, muy por debajo, meciéndose mansamente sobre su propio reflejo. Poco después, el suelo de mármol empezó a retumbar bajo los pies de los observadores y la bahía había comenzado a subir, jalando hacia arriba y hacia fuera, rebasando el alcance más bajo de Acuápolis. Silenciosamente, el agua comenzó a derramarse en el vestíbulo de recepción, bien debajo y en medio del cuenco que formaba la gran ciudad. James había lanzado un atisbo a la estatua de Soterios, pequeñita a la distancia, conforme el mar se precipitaba a su alrededor, engulléndola. Mientras la isla se hundía en la profundidad, el *Gwyndemere* se había elevado más y más alto, hasta quedar casi al nivel de visión desde donde James, Ralph y Lucy lo observaban atónitamente. La luz rosada del moribundo sol había pintado un lado del barco mientras el débil resplandor azul de luna nueva opacaba el otro. Y luego, tan súbitamente que hizo que los tres estudiantes dieran un respingo de inquietud hacia atrás, el agua se había precipitado por toda la ventana de cristal que los chicos tenían al frente, degustándola con un rugido insulso y



atronador. Después de eso, no quedaban más que el monótono y etéreo azul de las profundidades, puntuado, vagamente, por agujeritos de luz que brillaban desde la ciudad sumergida.

Había sido maravilloso, en una tumba, una especie de pasaje solemne.

Ahora, mientras la noche envolvía la ciudad y a todas las personas dentro, incluyendo a los padres de James y su hermana en la habitación contigua, que se habían ido a la cama, James yacía despierto, alerta e inquieto. La luz de la linterna se filtraba por debajo de la puerta desde el pasillo de más allá. Los ojos de James ya se habían acostumbrado a ella de manera que podía ver fácilmente el agrietado fresco antiguo, pintado en el techo. En él, un hombre con túnica corta y una especie de frondosa corona, luchaba contra un pulpo gigante agarrando cuatro de sus tentáculos por debajo de un brazo musculoso y aturdiéndolo con el bastón que tenía en su otra mano. A James le parecía que aquella no era una justa contienda. El muchacho se encontró con que apoyaba al pulpo.

Había sido un verano muy extraño. La inusitada llegada de Petra e Izzy, evidentemente, provocó un gran revuelo. Habían transcurrido sólo unas cuantas semanas desde el último día de escuela, y James apenas empezaba a sentirse cómodo con el hecho de que Petra se había graduado y no aparecería en la sala común de Gryffindor durante el próximo año. Era una lástima, se dijo a sí mismo, porque finalmente había admitido para sus adentros que, de hecho, sentía algo más fuerte por Petra que un mero sentimiento de amistad. Aparentemente, todos los demás ya se habían percatado antes de lo que él sentía, incluyendo su propia madre, que había hecho algunos comentarios bastante embarazosos respecto a eso al término de la obra teatral escolar de hacía unos meses atrás. A pesar de que aquel evento acabó en un desastroso escándalo, James había invertido tiempo en más de una ocasión de nostalgia a recordar el hecho de que la obra, *El Triunvirato*, había exigido que él y Petra interpretaran momentos de ciertos amantes que estaban condenados. Era lo suficientemente joven como para pensar que esta pareja había madurado con una irrelevancia cósmica, y creer que tenía en secreto (tan en secreto que él mismo apenas se había dado cuenta) la esperanza de que Petra lo reconocería también.

La muchacha no lo había reconocido, por supuesto.

Al principio, James creía que eso se debía a que Petra seguía enamorada de su novio anterior, Ted Lupin. Pero después, sin embargo, reparó en que Petra había estado bajo la influencia de una horrible maldición secreta. Gracias a una serie de maquiavélicos esquemas, puestos en marcha por nada menos que el ya fallecido Señor Tenebroso, Petra Morganstern era la portadora viviente de la última pizca fantasmal del alma de aquel villano. Había sido insertada en ella mientras aún estaba en el vientre de su madre, transmitida a través de una especial, casi insólita y cruel magia oscura: un tipo especial de Horrocrux, en la forma de una fea daga plateada.

El padre de James había hecho alguna investigación al respecto, con la ayuda de la tía Hermione, y descubrió que tal cosa era llamada un «Horrocrux trascendente». Habían encontrado una sola referencia a aquello, en un libro tan oscuro y traicionero que el padre de James y tío Ron tuvieron que atornillararlo a la mesa con estacas de plata para evitar que les arrancaran las manos. De acuerdo con sus sobrecogidas y susurradas conversaciones (las cuales James y Albus habían escuchado discretamente), un Horrocrux trascendente era meramente un asunto teórico; nadie jamás, al momento de escribir el libro, había tenido éxito creando uno auténtico. A diferencia de los otros Horrocruxes, un Horrocrux trascendente nunca podía utilizarse para restaurar el trozo de alma que contenía su huésped original. Si tal cosa se intentaba, actuaría como una especie de veneno, matando a todos los otros trozos del alma que había sido cortada, independientemente de la cantidad normal de Horrocruxes que estuvieran en uso. El fragmento de alma conservada en un Horrocrux trascendente tenía que ser transmitido a *otro* huésped, aceptado por propia voluntad, hasta propagar su influencia y vivir como una sanguijuela.

La madre de Petra había sido engañada en la transmutación de la maldición del alma de Voldemort a su bebé aún no nacido, pero eso no hacía que James la odiara en absoluto. En cuanto a lo que a él le concernía, la mujer tenía que haber sido o bien estúpida, o bien ingenua o ciega. Milagrosamente, sin embargo, la misma Petra amaba a su madre muerta hacía tiempo, la quería y la extrañaba lo suficiente como para casi haber condenado a toda la humanidad con la esperanza

de que de alguna manera pudiera regresarla a la vida. Al final, afortunadamente, la misma Petra fue más fuerte y más inteligente de lo que su madre había sido, y tomó la decisión correcta... la decisión difícil. Ella había rechazado el trato que le había ofrecido aquella bestia ultramundana al que llamaban Guardián, incluso a pesar de que eso había significado la pérdida de lo único que más había anhelado en todo el mundo: el regreso de sus padres muertos.

Como era de esperar, la comprensión de todas estas cosas no había disminuido en lo más mínimo la atracción que James sentía hacia la joven bruja. Incluso, se había acrecentado. El propio James se había enfrentado al Guardián, y conocía la terrible tensión por la que Petra pasaba al haber aguantado el rechazo de su tentadora oferta. Por si fuera poco, había algo en Petra, algo acerca de la realidad de sus luchas internas y sus dolorosas pérdidas personales, que hacía que James deseara ser valiente para ella.

En lo más hondo de su corazón, ella despertaba un profundo y penetrante sentido de nobleza varonil en él. Quería defenderla, dar muerte heroicamente a sus dragones, ser su caballero salvador. Por supuesto, no le había contado a nadie acerca de estos sentimientos. Se sentía avergonzado al admitírselo incluso a él mismo. A la luz del día su encaprichamiento con ella parecía tonto, infantil y extrañamente absurdo. Ella era mayor de edad, por un lado, ya se había graduado y estaba libre, una jovencita entrando al mundo de los adultos, mientras que él todavía era un chico asustadizo que estaba a un mes de cumplir catorce años. Aún así, esos sentimientos se aferraban a su corazón, al igual que el afecto que sentía por Petra. Sin ni siquiera intentarlo, ella lo había seducido. Afortunadamente, mientras el verano transcurría, la ausencia y la distancia ayudaron a James a empezar a olvidar a la chica que había ocupado gran parte de su atención durante el año escolar anterior. Esto, pensó (más bien adecuadamente para su edad), era la naturaleza del amor en la juventud.

Y luego, para una mezcla de consternación y deleite, Petra e Izzy llegaron a la casa de la familia Potter escoltadas por Teddy, Damien Damascus y Sabrina Hildegard. Hubo mucha curiosidad en el ambiente acerca de qué las había llevado allí, pero muy pocas preguntas, al menos de principio. Era evidente que algo terrible había sucedido, algo que dio como resultado la muerte tanto del abuelo de



Petra como de su horrible esposa, Phyllis, la madre de Izzy. Ted, Damien y Sabrina mantenían en secreto todo sobre sea lo que fuera que hubiesen visto en la granja Morganstern, aparentemente creyendo que era una historia que Petra tenía que contar (y más tarde porque Merlín al parecer les había hecho jurar que guardarían silencio). Sin embargo, Ted había apartado al padre y a la madre de James y les preguntó si daban permiso para que Petra e Izzy se quedaran en la residencia Potter hasta que las cosas se restablecieran. Se llegó a un acuerdo de forma rápida y con muy pocas quejas, así que para esa misma noche, James se había encontrado a sí mismo yendo a la cama y que sólo una pared lo separaba de la chica que, completa e inexplicablemente, regía todo su afecto.

Había permanecido despierto toda la noche y escuchado los suaves pasos y voces murmurando en la habitación de al lado, preguntándose qué significaba todo aquello; en todo caso, preguntándose si había algo que pudiera hacer, alguna manera de rescatar la valentía que había sentido solo días antes, cuando se dijo a sí mismo que si Petra *regresaba* a Hogwarts el próximo año, le diría exactamente lo que sentía por ella, y haría lo que fuera necesario para inspirar los mismos sentimientos en ella.

Ahora yacía despierto como lo había estado para aquel entonces, contemplando fijamente al fresco del guerrero atlante luchando contra el desafortunado pulpo, y preguntándose por las mismas cosas. Petra acompañaba a los Potter en su viaje a través del océano aparentemente con la intención de buscar empleo en la escuela a la que James asistiría durante su estancia allí. Considerando su intelecto y sus prodigiosas habilidades mágicas, James pensaba que era muy probable que ella consiguiera cualquier trabajo que solicitara. En resumen, la vida de Petra parecía ser, incluso ahora, misteriosamente entrelazada con la suya. Era como la obra, *El Triunvirato*, una vez más, al igual que su fugaz y simulado beso al final; la que debió haber acabado tan maravillosamente, y en lugar de eso terminó en caos y por poco convertida en tragedia. La esperanza y el miedo entremezclados llenaban a James con una exótica e intensa gama de emociones.

Y al rastro de eso, James recordó las extrañas y espeluznante palabras que la profesora Trelawney le había dicho temprano aquella mañana. La profesora estaba asustada, por supuesto, por causa de algunas de las octocartas de un mazo



completo. Alguien muy difícilmente creería en sus proclamas y visiones. Y, sin embargo, lo que James había oído y presenciado en el pasillo con ella esa mañana era drásticamente diferente a todo lo que había visto en su clase. Le había parecido demasiado real, demasiado certero. Pero, ¿qué significaba todo eso? James no lo sabía, pero quizá Lucy lo sabría. Ella era inteligente en estas cosas, extraordinariamente pragmática y lúcida. Él hizo una nota mental para preguntarle al respecto durante el transcurso de su viaje.

Mientras James miraba ensimismado al fresco sobre su cabeza, un ruido suave y sordo captó su atención, viniendo desde el corredor afuera de su habitación. Una sombra oscureció el fresco del techo por un fugaz momento y James dirigió su mirada hacia el haz de luz de debajo de la pesada puerta de su habitación. La inconfundible silueta de un par de pies caminando pasaba por allí. James frunció el ceño con extrañeza.

—Oye, Al —susurró. —¿Estás despierto?

—Mrmmm —contestó Albus desde el otro lado de la estrecha habitación, dándose la vuelta.

James reconsideró despertar a su hermano; incluso salió de su propia cama y se estiró para zarandearlo, pero luego lo pensó mejor. Conteniendo la respiración se acercó a la puerta, manoseó el pestillo, tiró y abrió la puerta lo más sigilosamente que pudo.

No parecía haber nadie en el pasillo. La luz de la linterna brillaba en silencio, reflejándose sobre los embaldosados pisos de mármol y las paredes blancas. Dejando la puerta entreabierta, James se encaminó con un suave andar a lo largo del corredor en dirección a la oscura y misteriosa figura que parecía haber desaparecido. Alcanzó el pasillo y entró en un gran salón rodeado con estatuas y puertas a un lado y altas ventanas de cristal, intercaladas con los pilares, por el otro.

Más allá de las ventanas, la ciudad parecía muy oscura en su lecho de agua. Sólo unas pocas luces podían verse titilando en la azulada lejanía. Bajo un puente encasquetado en vidrio, una ballena maniobraba con destreza, su negro bulto en la



penumbra, agitando su cola pesadamente. James vio su propio reflejo en el cristal, vio su camiseta, los pantalones de su pijama y sus pies descalzos. Su cabello, como de costumbre, lucía salvaje y revoltoso. Frunció el entrecejo para sí mismo, aunque incluso a él le había gustado lo que veía. Se estaba haciendo cada vez más alto, y ahora, de hecho, era casi tan alto como su madre.

—Podrías hacerte pasar por uno de séptimo año —le había dicho ella hace poco, antes de saber que pasarían el año lejos de Hogwarts, en un país totalmente diferente. —Te vas y te estás haciendo un hombre —había dicho, sonriendo con indulgencia y un poco afligida, —y apenas me di cuenta de que estaba sucediendo. Albus y Lily han crecido también, pero especialmente tú. Estás creciendo mucho. Te estás convirtiendo en el propio hombre que eres.

James suspiró, deseando que su madre hubiese tenido razón. No se sentía exactamente como un hombre, al menos no todavía. Pero iba camino de serlo. Los dos últimos años habían dejado su estampa, así como su reciente terrorífica experiencia con el Guardián, que, afortunadamente, había acabado en su eterno destierro. James todavía no se sentía como un hombre, pero podía sentir el cuadro esencial de su hombría tomando forma dentro de él, definiendo quién iba a ser, dándole esperanza y una fugaz y vertiginosa fuerza. Tal vez Scorpius había tenido razón. Tal vez habría otra aventura acechando este año. Si era así, y si James iba a tomar parte en ella, pensaba que él podría estar preparado para ello. Esta vez no se toparía con ella lleno de incertidumbre y falta de seguridad en sí mismo. Esta vez, pensó sonriendo para sí, la enfrentaría con coraje.

—Eres tan parecido a tu abuelo —irrumpió una voz quedamente, sonriendo. James se sobresaltó y se dio la vuelta rápidamente, buscando la fuente de la voz. Una figura alta estaba de pie junto a él, mirando fijamente por la ventana cristalina; vestía una túnica tan perfectamente negra que no proyectaba ningún reflejo en la superficie lisa como un espejo de la ventana.

—Disculpe —saltó James rápidamente, con los ojos muy abiertos. —No oí, hum... ¿cuánto tiempo ha estado allí?

—Te estás llenando de audacia —dijo la figura, y James reparó en que era una mujer. Su voz era agradable y amistosa. —De audacia y seguridad, James



Sirius Potter, no es como si eso fuera una sorpresa para nadie que pudiera estar prestando la más mínima atención en ello. Y es, de hecho, exactamente como debería ser.

James miró con concentración a la mujer, tratando de ver su rostro bajo la espesa capucha que cubría la cabeza.

—Gracias, supongo. ¿De dónde me conoce? —preguntó.

La mujer percibió su mirada y rió ligeramente.

—Soy una compañera de viaje, James. ¿No me viste a bordo del *Gwyndemere*?

James pensó por un momento.

—En realidad, no. Lo siento. Y supongo que no la habría recordado, para ser honesto. ¿Estaba usando... hum... eso?

—Lo creas o no, la gente no tiende a fijarse en mí —suspiró la mujer. —Al menos que quieran, o que yo les haga hacerlo. Pero te pido disculpas. Estábamos hablando de ti, ¿verdad?

—Supongo que sí —respondió James, dando un paso atrás. Se sentía un poco extraño de pie en ese pasillo vacío con esa mujer, especialmente porque parecía estar completamente vestida y él apenas llevaba puesta su ropa de dormir, con el pelo hecho un revoltijo. Estiró la mano hasta su cabeza y lo apelmazó tan discretamente como pudo.

—Pero como dije, ¿cómo sabe de mí? ¿Quién es usted?

—Oh, todo el mundo te conoce —dijo la mujer, con voz sonriente. —Al menos todos en el mundo mágico. Hijo del gran Harry Potter, el niño que sobrevivió, el Elegido, etcétera, etcétera. Y caramba, has pasado tanto tiempo preguntándote cómo deberías y cómo no deberías ser como tu padre que has fracasado completamente en ver todas las maneras... la más *importante* de las maneras... que eres como tu tocayo, tu abuelo, James Potter el Primero.



James miró de soslayo a la mujer sombríamente vestida al lado de su propio reflejo en el cristal. Por más extraño que pareciese, la mujer tenía razón. Nunca se le había ocurrido preguntar sobre su abuelo paterno, preguntar si él mismo poseía alguno de los rasgos de la personalidad o algunos atributos físicos de aquel hombre. Todos decían que Albus era el que más se parecía al joven Harry Potter. Tal vez James había, por tanto, heredado la apariencia y personalidad de su abuelo muerto tiempo atrás. Realmente, eso no resultaría del todo sorprendente. A decir verdad, era un pensamiento agradable. Lanzó un encogimiento de hombros hacia su reflejo, meditando en aquello.

—¿Conoció a mi abuelo? —le preguntó a la mujer de túnica. —¿James, el Primero? —Tan pronto como lo había preguntado, se sintió estúpido por hacerlo. La mujer posiblemente no podía ser tan vieja.

—No como tal —respondió la mujer, con una risa en la voz. —Soy más bien una estudiosa de la historia, eso es todo. Vosotros los Potter sois muy famosos, como ya lo he mencionado, y tu nombre familiar posee un largo y rico abolengo, que se remonta a más de mil años. Te podría interesar saber que tu experiencia con Merlinus Ambrosius no fue la primera vez que el apellido Potter estuvo históricamente vinculado al gran hechicero. Él salvó, de hecho, la vida de un pariente lejano tuyo, aunque indirectamente.

—¿Lo dice en serio? —preguntó James, nuevamente mirando de reojo a la mujer. Su rostro permanecía oculto aún, perdido entre las sombras. —¿Cuándo? ¿Cómo?

—Una historia para otro momento, me temo —objetó la mujer. —Por ahora, creo que continuaré mi camino. Simplemente me fascinó este panorama de aquí. Esta ciudad enterrada bajo el agua es un lugar realmente espectacular. Podría decir que me cautiva, de una manera más bien profunda y elemental.

—Sí —dijo James, suspirando. —A mí también, supongo. Pero tal vez yo debería volver a mi cuarto. No podía dormir. Estaba muy emocionado.

—Así es —asintió la mujer, con voz burlona. —Ese tipo de emoción parece ser bastante común esta noche. Tu amiga también está de pie y deambulando por



ahí. Pero, por supuesto, ya debes saber eso. Probablemente estabas planeando reunirte con ella. —Exhaló con quietud y nostalgia. —¡Ay, amor de jóvenes...!

—¿Quién? —preguntó James, arrugando la frente, pero por supuesto que sabía ya la respuesta. —¿Petra?

—Estoy segura que no me sé su nombre —respondió la mujer discretamente, pero giró su encapuchada cabeza, señalando hacia la sala desierta detrás de James. Ella asintió con la cabeza, como si estuviera incitándolo en la dirección correcta. James por fin tuvo un fugaz vistazo del semblante de la mujer. Era bonita y más joven de lo que había esperado. Un rizo de cabello rojizo colgaba sobre su frente como una coma.

—Claro —concordó James. —Probablemente debería ir y... hum... comprobar qué hace. Sí, ella es parte de mi grupo, como usted ha dicho.

La mujer asintió con la cabeza de nuevo, sus labios rojos sonriendo con complicidad. La cara de James se ruborizó, en parte porque lo que ella estaba insinuando... que él estaba escabulléndose para encontrarse con alguna novia para embutirse en algún besuqueo clandestino... era tan falso, y en parte porque deseaba muy intensamente que fuera cierto.

—Buenas noches, James —se despidió la mujer, dándole la espalda al muchacho. —Que duermas bien.

—Buenas noches, hmm... —contestó, pero no conocía el nombre de la mujer. Ésta salió, dejando una profunda sombra a su espalda y sin proyectar ningún reflejo en el vidrio de la ventana. James frunció el ceño mientras se marchaba. Luego, recordando lo que había dicho, se giró y echó a correr hacia el pasillo en dirección contraria.

Puertas cerradas y paneles de cristal forraban el salón hasta cierta distancia, y después éste se amplió, encerrando un gran espacio con un techo asombrosamente alto y sombrío. Un ornamentado marco de bronce de ventanas de cristal adornaba un costado del espacio, formando relucientes contrafuertes y terrazas que estaban repletas de helechos. El suelo era de mármol a cuadros, cada recuadro era tan grande como la cama de los padres de James. El espacio lucía como una especie de



sala común, lleno de sillas, divanes, mesas y escritorios. Un candelabro araña de plata maciza se cernía sobre la sala, dominándola, pero el centenar de velas que sostenía estaban apagadas. La única luz en la habitación provenía de una chimenea baja y de un conjunto de velas que se hallaban cerca de ésta en un brasero de bronce. James empezó a cruzar el suelo lentamente, zigzagueando entre pequeñas sillas y mesas, teniendo instintivamente la sensación de que debía estar muy tranquilo. Antes de llegar a medio camino de la chimenea, no obstante, vislumbró una figura serenamente tendida en una especie de medio sofá. Ésta reaccionó cerca del chico, aparentemente sorprendida, y James vio que era Izzy.

—Hola, James —saludó apaciblemente. —¿Qué estás haciendo?

—No podía dormir —contestó, igualando su tono de voz. —Vi la sombra de alguien pasar y salí a ver a quién pillaba por ahí.

Izzy asintió.

—Probablemente fuimos Morgana y yo. Esa es Petra, ya lo sabes. Todavía la llamo Morgana a veces porque yo estaba allí cuando ella cambió su nombre. Cambié el mío también, pero he podido hacer que se pegue. Aunque el suyo le queda bien, a pesar de que dice que todos los demás pueden seguir llamándola por su viejo nombre.

James movió la cabeza en un gesto vacilante de aprobación.

—Ya lo entiendo... hmmm... —dijo. —De cualquier modo, ¿por qué estáis despiertas?

—Lo mismo que tú —respondió Izzy. —No podíamos dormir. En especial Petra, creo. Está teniendo sueños. Y hacen que se sienta un poco loca —dijo, susurrando la última parte que había dicho.

James se sentó en el extremo de la silla cuando Izzy acurrucó sus pies hacia dentro. El muchacho echó un vistazo hacia la chimenea.

—¿Qué quieres decir con que la hacen sentir loca?

Izzy movió la cabeza en señal de asentimiento y se encogió de hombros.



—No entiendo nada de eso. No creo que los sueños sean normales. Dice que los siente incluso cuando está despierta. Dice que le hacen olvidar lo que realmente sucedió, el último día que volvimos a casa, en la granja de papá Warren.

James quería preguntarle lo que *había* sucedido ese día, pero pensó que probablemente no debería hacerlo. En vez de eso, le preguntó:

—¿Crees que está bien?

—No lo creo —respondió Izzy, suspirando y mirando por encima del hombro, hacia la chimenea. —Pero todo estará bien al final. Dice que sólo necesitamos alejarnos de todo. Es por eso que estamos yendo al otro lado del océano. Creo que tiene la esperanza de que esos sueños no puedan encontrarla allá.

James siguió la mirada de Izzy y finalmente vio a Petra sentada en un escritorio cerca del fuego, de espaldas a ellos.

—¿Qué crees tú, Izzy? —le preguntó, sin apartar los ojos de la silueta de Petra, donde se sentaba inclinada al escritorio. —¿Crees que funcionará?

Izzy sacudió la cabeza, haciendo balancear sus rubios rizos.

—No, no funcionará. No le digas a Morgana... a *Petra*... lo que te he dicho, ¿vale? No creo que sus sueños vayan a desaparecer. Creo que más bien van a empeorar. Por lo menos hasta que todo haya terminado.

—¿Cómo sabes eso, Iz? ¿Cuándo terminará?

La niña encogió los hombros de nuevo.

—El director Merlín dice que ella tiene que averiguar de dónde vienen esos sueños. Él le dijo que los persiguiera. Y eso es lo que está haciendo ahora. Los está *persiguiendo*. Funciona mejor justo cuando sucede, justo cuando la despiertan.

James estudió a Petra; vio que estaba entregada a una intensa actividad, inclinada sobre el escritorio tan profusamente que parecía estar luchando contra él.

—¿Qué está haciendo? —preguntó él quedamente. —Quiero decir, ¿cómo persigue un sueño?

—Lo está escribiendo —dijo Izzy simplemente. —Como una historia. Es buena en eso. Solía contarme historias todo el tiempo, cuando caía la noche. Las inventaba todas en su cabeza, y muchas de ellas eran mejores que los cuentos que me leía de los libros. Beatrice y yo y el resto de mis muñecas, todas escuchaban. Era nuestro quehacer favorito.

James podía notarlo ahora que Izzy le había dicho lo que Petra estaba haciendo. Su codo se movía ligeramente, y una pluma trepidaba en el aire por encima de su hombro, contorneada en una silueta en la oscuridad.

—¿Te ha leído el sueño a ti, Iz?

—Oh, no —respondió la niña con rapidez, obviamente desinteresada. —No quiero oírlos. Son repugnantes. No quiero pensar nunca más en nada de eso. Me asustan demasiado. Y eso me entristece. Echo de menos a mi madre algunas veces, y lloro, y Petra no sabe qué hacer. No quiero volver a escuchar esas historias.

James volvió a mirar a Izzy, frunciendo el entrecejo pensativamente.

—Entonces, ¿por qué la acompañas cuando ella persigue ese sueño? ¿Estás montando guardia?

Izzy asintió con la cabeza.

—Sí, eso es lo que dice Petra, pero puede que haya otra razón. Creo que me pidió que viniera porque me necesita aquí para demostrar que los sueños no son verdad. —La pequeña suspiró otra vez, de una manera rápida y metódica, y miró a James. —Me necesita aquí para demostrar que todavía estoy viva.

Los ojos de James se abrieron de par en par. *¿Qué diablos significaba eso?* Abrió la boca para preguntar, pero una sombra se movió cerca. Levantó la vista y vio a Petra acercarse, sacudiendo la mano derecha como si estuviese aflojando los rulos de sus dedos.

—Hola, James —dijo ella, sonriendo con cansancio. —Con o sin capa invisible, ya veo que no has renunciado a merodear por las noches.



—Sí —dijo James, con su rostro enrojeciéndose. —No podía dormir. ¿Tú... hmm... estás, ya sabes, bien?

—Estoy bien —mintió Petra, apartando la mirada. James vio que ella llevaba su mochila en la mano izquierda, con la cremallera a medio abrir. Un fajo de pergaminos sueltos había dentro.

—Izzy probablemente te contó lo que estaba haciendo. Sólo tengo algunas cosas que precisar, eso es todo.

—Izzy dijo que se trataba de un sueño malo —apostilló James, poniéndose de pie. —¿Realmente eso es todo? —Petra le devolvió la mirada. En la oscuridad, James no podía leer su expresión. Continuó rápidamente—: Quiero decir, no tienes que contarme ni nada. Es sólo que, ya sabes, yo estaba allí. Recuerdo lo que pasó aquella noche en la cámara secreta y todo, y hasta tuve mi propio pleito con el Guardián. Sé por lo que estás pasando, más o menos. Si tú, no sé, quisieras hablar de ello. O lo que sea.

De repente, impotentemente, Petra se echó a reír. Sacudió la cabeza con asombro y se apartó el cabello de su rostro.

—James, eres muy noble. Me alegro que estés aquí, y no sólo por las razones que has dicho. Tanto Izzy como yo te debemos mucho a ti y a tu familia. No sé lo que habríamos hecho sin todos vosotros. Pero, sobre todo tú. Me haces sentir mejor. ¿Sabes algo? Me haces reír. Últimamente, eso es una cosa muy rara. Ven a caminar un rato con nosotras, ¿quieres?

James podía sentir el calor cubriendo su cara mientras la sangre le subía a las mejillas. Se alegró de que aquella sala estuviese bien oscura.

—Claro —aceptó, irguiéndose a sí mismo en su máxima estatura. —Sólo estaba comprobando qué hacían. Una señora vestida con túnica negra me dijo adónde os habíais ido. Es probable que la hayáis visto ya.

—Yo no la vi —respondió Petra, suspirando. —¿Y tú, Iz?

—Sólo vi al hombre que dormía en la estatua cerca de nuestras habitaciones. Creo que es en realidad un encendedor de lámparas y enseguida cayó dormido

mientras estaba cumpliendo con su trabajo. Roncaba muy fuerte, y resonaba por todas partes. ¿Te acuerdas?

La niña se rió tontamente.

—Claro que me acuerdo —contestó Petra, sonriendo.

—Bueno —empezó James, sintiendo un poco de osadía, —¿cómo ha ido?

Petra caminó lentamente por el pasillo, observando el turbio panorama más allá del cristal.

—¿Cómo ha ido qué?

—La, hum... la persecución del sueño. Izzy lo mencionó. Dijo que lo estabas escribiendo. Como una historia.

Petra asintió aprobadoramente.

—El director Merlín me dijo que debía intentarlo. No quería hacerlo, pero... eso ayuda. Un poco. —Le tocó la cabeza a Izzy dulcemente, reposando su mano en el cabello rubio de la pequeña. —Aunque no es una historia muy agradable que digamos. Es más bien horrible.

—Yo... podría leerla, si quisieras —se ofreció James, estudiando frenéticamente el suelo mientras caminaba. —Si pensaras que podría ayudar.

Petra permaneció en silencio, y James sintió la repentina preocupación al pensar que la había ofendido. La miró por el rabillo del ojo, pero ella parecía pensativa, con los párpados a medio cerrar.

—Quizás —dijo finalmente, —puede que tengas razón, James. Tal vez eso lo debilitaría. Como Izzy probablemente te contó, es... más que un sueño. Es como una certeza. Como un recuerdo de algo que en realidad no sucedió, o sucedió de algún modo muy diferente. No puedo quitármelo de encima. Me acosa.

James asintió y no se permitió decir nada más. En silencio, los tres siguieron andando, y finalmente llegaron al corredor de la linterna encendida en el que

James había comenzado. Vio la puerta de su cuarto, todavía reposando ligeramente abierta.

Petra dijo en un susurro:

—Podemos encontrar nuestro camino a partir de aquí.

—Estamos apenas al girar la esquina y bajar las escaleras —agregó Izzy, señalando. —Pasando el hombre que dormía con la varita—linterna en su mano. ¿Quieres venir y escuchar su ronquido? Es divertido. Suena como esto... —de repente, en voz alta, Izzy resopló, haciendo una imitación cómica de un ronquido.

—¡Chiiist, Iz! —jadeó Petra, ahogando una risa y tapando la boca de su hermana con la mano. —¡La gente está durmiendo!

—¡Ya sé! —susurró la niña, apartándose la mano de Petra. —¡Y ese es el sonido que les gusta!

Petra meneó la cabeza hacia James, todavía tratando de no reírse. James sonrió hacia ella.

—Buenas noches, James —dijo en voz baja. —Gracias por estar pendientes de nosotras. Gracias por acompañarnos de regreso. Tal vez te permita leer el sueño. Si realmente lo deseas. Creo que probablemente lo entenderás mejor que nadie, por todas las razones que mencionaste antes en el salón. Si crees que estás listo para esto, así será.

James asintió con sobriedad.

—Definitivamente. Si piensas que ayudará. Además, siento... siento curiosidad.

Petra estudió su cara durante un buen rato, mordiéndose la esquina de sus labios. Por último, sopesó su mochila, hurgando dentro, y sacó un delgado fajo de pergaminos. Sin pronunciar una palabra, se los entregó al chico.

—No es una historia agradable —repitió la muchacha mayor. —Y no tendrá mucho sentido. Puedo contarte el resto, si así lo quieres. Después lo haré. Creo que



necesito contárselo a *alguien*. Es un secreto demasiado grande para... bueno, para Izzy y para mí. ¿No estás de acuerdo, Iz?

La chica rubia arrugó la cara, pensativa. Después, se encogió de hombros.

—Perfecto —dijo James, cogiendo los pergaminos. Los conformaban unas cuatro páginas, caligrafiados con la pequeña y pulcra letra de Petra. De repente, se sintió extraño al aceptar tal oferta. —¿Estás segura de eso? Si no quieres, no tienes por qué hacerlo.

—Sí quiero que lo leas —dijo Petra, suspirando otra vez. —Pero no puedes contárselo a nadie, ¿vale? Nada de eso. Te juro que si lo haces...

James sacudió la cabeza vigorosamente.

—¡No se lo contaré a nadie! ¡Lo prometo! ¡Mira, si no cumplo mi promesa, quitaré mi dedo! —De pronto, alzó la mano derecha, mostrando su meñique.

Petra pestañeó, y luego volvió a reír.

—Está bien, te creo. Gracias, James. Nos vemos en la mañana. Todavía tenemos un largo camino por recorrer, ¿no es cierto?

James asintió.

—Buenas noches, Petra. Buenas noches, Iz.

Las chicas se giraron y continuaron pasillo abajo; la muchacha mayor posaba su mano en el hombro de su hermanita. James bajó la mirada hacia el pequeño manojito de pergaminos que tenía en la mano, apenas creyéndose lo que había sucedido. Se sentía tanto atontado como espantosamente nervioso. Quería leer la historia del sueño de Petra, quería leerla en ese mismo momento, estando de pie allí en la penumbra del corredor atlante, y sin embargo, extrañamente tenía temor en hacerlo. ¿Qué tal si era tan espeluznante como Petra había dicho que era? Nada, estaba suficientemente seguro, podría cambiar lo que sentía por ella (le gustara o no) y aun así...



Finalmente, se volvió y empujó la puerta de su habitación abierta, adentrándose en la oscuridad interior. Pasó junto a la forma durmiente de su hermano y se deslizó sigilosamente hasta la mesita junto a su cama, donde su bolsa de lona reposaba con la cremallera abierta. Mirando alrededor, puso la historia de Petra en la cama, escarbó dentro de la bolsa durante un momento hasta que encontró su varita y apuntó a los pergaminos con ella.

—*Velierus* —pronunció tan silenciosamente como pudo. Un pequeño estallido de luz azul iluminó la cama, y los pergaminos se apretujaron, doblándose repetidas veces hasta que sólo quedó un grueso mínimo paquete, no más grande que el tamaño de un auger. Había quedado totalmente homogéneo, como si estuviese encajonado en una esfera perfecta de pergamino. De rodillas, James escondió tanto su varita como el secreto paquete en el fondo de su bolsa. Un momento después, se arrojó sobre la cama y se cubrió con las mantas hasta la barbilla.

Leería la historia del sueño de Petra pronto. Mientras tanto, le entusiasmaba la idea de que ella lo había escogido a él, y solo a él, para compartirla. Él lo había sugerido, por supuesto, pero lo cierto era que ella había aceptado su oferta. Confiaba en él. Ella se alegraba con su presencia. ¿Y qué más había dicho? La hacía reír. La prima de James, Lucy, había dicho lo mismo de él una vez, el año pasado, después del entierro del abuelo, pero resultaba mucho más significativo, mucho más *portentoso* que Petra lo hubiese dicho. Suspiró, recordando el sonido de su voz, la encantadora melodía de su risa, triste y fatigada, como podía haberlo sido.

No significa nada, se dijo a sí mismo; pero eran sólo palabras, y su corazón no las creía. En secreto, su corazón se alegraba, y finalmente, esbozando una débil sonrisa, se durmió.



Capítulo 3

Ochenta y ocho nudos

A la mañana siguiente, cuando James, su familia y amigos se dirigían a desayunar, fueron recibidos por una vista espectacular. El panorama más allá del sumergido cristal de la ciudad, cercaba una visión verde y dorada, repleta de los deslumbrantes rayos de sol del amanecer, haciendo brotar balsas de burbujas y bancos de peces plateados que aleteaban por todo el reluciente paisaje urbano de Atlántida.

James, Albus y Lucy contemplaban con absorta curiosidad mientras varias formas extrañas se movían lentamente a través del agua, yendo y viniendo entre la superficie del océano distante. Las formas eran más bien como largas burbujas reflejadas, algunas tan grandes como un autobús ciudadano, y todas ondulándose en las tenues corrientes atlánticas. Muy por debajo de éstos, a lo largo de las inclinadas colinas rocosas de la ciudad, James divisó los únicos patrones de los explayados jardines oceánicos. Fluctuantes hojas de algas y ordenadas filas de

pepinos de mar crecían junto a los campos mucho más extraños con frutas y verduras más coloridas. Pulpos gigantes se movían lentamente por los acuosos jardines, y Lucy fue la primera en percibir que estaban siendo conducidos por agricultores atlantes, con sus pechos desnudos y sus cabezas encajonadas en relucientes yelmos de cobre y cristal.

Mientras los estudiantes observaban, los pulpos utilizaban sus largos tentáculos, raudos para cosechar algunos de los campos y para atender a los demás, desmalezándolos y podándolos. De pronto, uno de los pulpos extendió todas sus extremidades y luego las contrajo, disparándose como un ágil torpedo. Se levantó sobre la ciudad con rapidez impulsado por sus poderosos tentáculos, y Albus jadeó y señaló, riéndose; uno de los agricultores atlantes estaba siendo remolcado detrás del pulpo, atado a él por una cuerda de gran longitud, y se paraba sobre una especie de tabla redondeada, utilizaba como una aleta para timonear y deslizarse a través de las corrientes. Cuando aquel par se alzó a la ciudad, perseguido por su sombra, James no podía evitar pensar que tanto el pulpo como el jinete parecían estar pasándolo en grande. Velozmente, el pulpo se inclinó y se giró, siguiendo los contornos de las calles y riachuelos bajo puentes y pasarelas, hasta que surgió directamente delante de la ventana, pareciendo una forma larga y oscura contra los brillantes y acuíferos rayos del sol. El agricultor atlante pasó una fracción de segundo más tarde, con las piernas flexionadas a medida que cortaba las corrientes con su tabla en forma de bala.

—Me pregunto adónde va —dijo Albus, tratando de asomarse por encima de la esquina de la ventana.

—Probablemente a traernos el desayuno —contestó su madre, empujándolo suavemente hacia adelante. —Si no nos apresuramos, no habrá tiempo para comer. Embarcaremos en menos de una hora.

Un rato más tarde, después de un ligero desayuno de arenques y pan tostado, la tropa se abrió paso hacia un sector de la ciudad al que Merlín se refería como la «cárcava lunar» de Acuápolis. James no sabía qué expectativas tener, pero estaba deleitado y sentía curiosidad por encontrarse, tras su llegada, con una gran sala anfiteatro que sitiaba un enorme y oscuro foso de aguas oceánicas. Brujas y magos



atlantes atareados se aglomeraban en las terrazas circulares y empinadas escaleras que rodeaban el foso, balanceándose de arriba a abajo con todo tipo de embarcaciones.

—Parece la estación de King's Cross un lunes por la mañana —James escuchó comentar a Denniston Dolohov, riendo.

—Tampoco creo que eso esté demasiado lejos de la verdad —respondió Neville Longbottom.

A medida que los viajeros se dirigían en dirección al foso, James observó a los conductores atlantes trasladando grupos multitudinarios por uno y otro camino, acomodándolos sobre pasarelas flotantes y sobre las cubiertas de los largos y estrechos barcos. Los barcos estaban hechos de madera, decorados de proa a popa con grandes espirales talladas. Hombres vestidos con brillantes túnicas rojas y gorros altos en forma de aleta estaban parados en las popas de los barcos, junto a las palanca del timón, leyendo periódicos o consultando horarios mientras butacas decoradas artesanalmente se llenaban frente a ellos.

Una campanilla sonó en el cuenco de la sala, suprimiendo el parloteo de voces. Fue seguida por una voz femenina haciendo eco.

—Todos los pasajeros con destino al Rincón Caracola y al Octodomo, su bote está partiendo ahora. Por favor, manténganse alejados de la burbuja descendente, a las tres, dos...

James levantó la vista cuando una ráfaga de aire golpeó por el espacio desde arriba, propagándose a través de los trajes de los transeúntes y la larga barba de Merlín. La redonda claraboya de cristal en el centro del techo sobresalía ante la fuerza de la ráfaga. La ventana se alargó, se estremeció y reventó, formando una monstruosa burbuja con franjas de arco iris. La burbuja se desplomó precipitadamente en uno de los grandes botes, envolviéndolo, y luego se hundió en las profundidades, llevándose al bote consigo. Sorprendentemente nadie de la multitud reunida parecía alarmada, incluso ni se dieron cuenta de lo que había sucedido.

—Leí algunas cosas acerca de esto anoche —dijo Lucy débilmente, mirando hacia el techo abovedado. —En la biblioteca atlante. Es una especie de maravilla del mundo, sabéis, superada apenas por la gran biblioteca de Alejandría.

—Fascinante —dijo Albus con un poco de ironía. —Ya sabes lo interesados que estamos por las bibliotecas, pero tal vez puedas llegar a la parte sobre las malditas burbujas gigantes tragándose a los botes.

—Bueno, apenas estoy haciendo algunas conjeturas —replicó Lucy, siguiendo mientras la tropa se colaba por una estrecha pasarela, —pero todo el continente de la Atlántida tiene origen volcánico. Infelizmente, los volcanes que crearon el continente son los que acabaron destruyéndola, haciéndola pedazos y arrancándola completamente de sus cimientos. Aunque los atlantes aprovecharon el poder de los volcanes, y utilizaron los ventiladeros para impulsar su industria. Me imagino que eso es lo que está detrás de todo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ralph adelantándose, con cierta reticencia, hacia la cubierta de uno de los estrechos botes, la cual era del tamaño del autobús noctámbulo. El oficial del bote estaba allí de pie con su túnica roja y gracioso sombrero, mirando con el ceño fruncido hacia una serie de medidores de cobre instalados en un poste junto a la palanca del timón.

—Sospecho que estas fuertes ráfagas de aire son los gases de combustión volcánicos —dijo Lucy pensativa, frunciendo el entrecejo. —Y este foso de aquí probablemente sea parte del sistema subterráneo de ventiladeros.

—Que nadie vaya a tener miedo —habló Percy alegremente, llevando a Molly y a Audrey hacia uno de los banquillos cerca de la proa del bote. —Sino poneos los cinturones de seguridad y agarraos fuerte. He oído que esto podría ser completamente un paseo.

—La renombrada Autoridad de Tránsito de Acuápolis —dijo Harry, sentándose entre Ginny y Lily. —El modelo programado y consignado para todo el mundo mágico. Percy tiene razón. Todos, abrochaos los cinturones a vuestros bolsos.

Albus le lanzó una mirada a James con una expresión de mezclada emoción e inquietud.

—Entonces, ¿qué más da? —preguntó Ralph. —No he tenido la mayor de las suertes con los sistemas mágicos de transporte.

—No hay manera de explicarlo adecuadamente antes de irnos, Ralph —contestó Petra, abrochando las hebillas de cobre a su cinturón de seguridad y ayudando a Izzy con los suyos. —Y un consejo antes de aventurarnos.

Ralph la miró con un poco de impotencia.

—¿Ahora qué?

—Trágate el chicle.

Otra campanilla resonó en el abarrotado espacio. James miraba hacia los botes meciéndose, a las pasarelas flotantes, a la multitud de viajeros atlantes sobre las terrazas de más arriba, y sonreía de oreja a oreja con nerviosa antelación. Una vez más, aquella voz femenina sonó.

—Pasajeros con destino a la superficie y más allá de los puntos de lanzamiento, su bote está partiendo ahora. Por favor, manténganse alejados de la burbuja descendente, a las tres, dos...

Los viajeros levantaron la vista al unísono. En lo alto, el techo de burbujas sobresalía hacia abajo, empujado por una racha de aire tibio y vagamente perfumado con azufre. La burbuja se expandió, se separó y se lanzó sobre ellos. James no pudo evitar agacharse y cubrirse la cabeza. Una repentina explosión de presión destapó sus oídos y sintió el bote descender debajo de ellos mientras la burbuja distorsionaba la superficie del agua, tornándola cóncava. Y luego, con un rugido sordo y gorgoteante, la burbuja se precipitó en la oscuridad, llevándose abajo con ella al bote y lo que llevaba a bordo.

Una verduzca oscuridad rodeó el barco. James exhaló para hacer un comentario al respecto, pero un súbito estallido de velocidad forzó al aire de sus pulmones a retroceder. La inercia lo empujó de vuelta hacia su asiento como una suave y gigantesca mano. El oficial del bote se aferraba a la palanca del timón a



medida que la burbuja transportaba la embarcación, absorbida por un tubo de roca oscura y áspera. El ruido del viaje era un trueno amortiguado, presionando los oídos de James. Se volvió para mirar a Albus y luego a Ralph, quienes miraban embelesados con los ojos muy abiertos; Albus lo hacía de placer, en cambio Ralph tenía la cara verde de terror. Frente a ellos Petra tenía su brazo alrededor de Izzy, que contemplaba todo a su alrededor con asombro no disimulado. Para gran estupefacción de James, el resto de los viajeros (su familia y Merlín excluidos) hacían caso omiso de la oscura vista que se precipitaba sobre ellos. La mayoría de los atlantes tenían la nariz enterrada en libros y pequeños pergaminos, o trazaban laboriosamente notas en tablillas con resplandecientes cinceles embrujados. Uno de ellos, un hombre con una larga barba gris y sandalias de cuero rojo en los pies, estaba tendido en el banquillo de una esquina, cabeceando.

En la oscuridad, muy por delante del bote, un rayo de luz púrpura apareció. Crecía con una velocidad espeluznante, y James se estiró en su asiento para observarlo centellear rápidamente. El resplandor púrpura formó unas palabras muy marcadas que destellaban brillantemente en la oscuridad: «PHEBES—DUOPHENES». Una flecha resplandeciente señalaba hacia abajo, hacia una enorme válvula enmarcada en cobre, que se abrió de golpe cuando el bote pasó a su lado. En la oscuridad, detrás, otro bote—burbuja fue disparado a la válvula abierta, que se selló con ésta a su vez con un estrépito apenas audible.

Cuando se giró en su asiento, James vio que el desempeño del oficial ni siquiera era manejar el bote, pues éste se abalanzaba a los costados de la burbuja mientras era impulsada por las curvas, permitiendo de este modo conservar las monumentales fuerzas centrífugas y manteniendo a los pasajeros al menos pegados a sus asientos. Rodeados por oscuridad, era difícil saberlo, pero James tuvo la sensación de que durante la mayor parte del recorrido, el barco se había volteado a un lado o incluso totalmente, dejándolos cabeza abajo, creando un círculo de vuelo alrededor de la circunferencia de la burbuja mientras ésta se impulsaba a través los curvilíneos túneles de ventiladeros. Más salidas valvulares pasaban como flechas, rodeando los distritos de la ciudad.

Hubo un angustiante momento cuando otro bote—burbuja más grande apareció en el túnel ante ellos, moviéndose mucho más lentamente, y James estaba



seguro de que el bote de ellos más pequeño, iba a chocar con el otro. Sin embargo el oficial manipulaba la palanca del timón con habilidad y James sintió que su bote rotaba velozmente, modificando su inercia apenas lo suficiente para empujar la burbuja por encima del bote más grande. Por un extraño momento, James y sus compañeros se encontraron a sí mismos boca abajo, mirando hacia *arriba* al bote más grande mientras pasaba debajo de ellos. El oficial del bote más grande lanzó un rápido saludo al oficial del más pequeño a medida que éste rugía fugazmente sobre sus cabezas.

Finalmente una válvula mucho más grande apareció en la oscura lejanía, rodeando lo que parecía ser el final del túnel. Las resplandecientes letras de color púrpura rezaban lo siguiente: «A LA SUPERFICIE Y A TODOS LOS PUNTOS DEL NORTE».

—Prepárense para un par de súbitas paradas —gritó el oficial en un tono monocorde y entrecortado. James se sujetó a su asiento más fuertemente y apretó los dientes.

El bote—burbuja rodó a través de la válvula y en una luz cegadora y dorada. Al instante, el bote perdió casi todo su impulso y se arrastró hasta una parada cercana. James sentía el cinturón de seguridad pellizcándole la cintura mientras la inercia lo aventaba hacia delante. Un segundo después la fuerza se rompió y se dejó caer hacia atrás contra el asiento, con el pelo desordenado. El muchacho miraba a su alrededor con aturdimiento.

Petra pasó una mano sobre su cabello y sonrió hacia Izzy, quien dio unas palmadas de emoción.

—¡Eso estuvo estupendo! —exclamó Albus.

Lucy se alisó la camisa con las manos y miró a un lado.

—¿Cómo lo estás pasando, Ralph?

Ralph parpadeó.

—Ya sabes —reflexionó, —creo que estaba demasiado aterrado como para darme cuenta de que debería estar enfermo.

James estiró el cuello para mirar hacia atrás de nuevo. El bote—burbuja todavía estaba bajo el agua, moviéndose hacia arriba y a lo lejos de la ciudad sumergida. Incluso ahora, la dispersa Acuápolis decrecía frágil y tenue en la esplendorosa distancia. James concebía ahora lo que eran aquellas formas misteriosas que había visto esa mañana con anterioridad, las relucientes y reflectantes burbujas que habían venido y regresado pesadamente entre la ciudad y la superficie del océano. Él y sus compañeros de viaje se encontraban dentro de una de ellas en ese momento.

—Creo que podría vivir aquí —murmuró, volviéndose en su asiento.

—Ugh, yo no pienso así —replicó su prima Molly desde unos cuantos bancos de distancia, sentada entre la tía Audrey y el tío Percy. —Demasiado frío y muy tenebroso.

—Eso es lo que lo hace tan interesante —argumentó Albus. —Me recuerda a las mazmorras de Slytherin bajo el lago.

James sintió una pequeña punzada con aquello, recordando una vez más que todos ellos habían dejado atrás a Hogwarts durante un año, pero de inmediato apartó la sensación. La experiencia en el bote—burbuja era demasiado estupenda como para arruinarla con depresivos pensamientos sobre las añoranzas que tenía de su distante hogar. Además de eso, se recordó a sí mismo que Rose, Louis, Hugo y todos los demás probablemente justo en ese mismo momento estaban aclimatándose a una de las incomprensibles y extensas conferencias del profesor Binns o a un aburrido período de estudios en la biblioteca, bajo la estricta supervisión del profesor Knossus Shert. Si supieran lo que James y sus compañeros de viaje acababan de experimentar, probablemente se morirían de la envidia... incluso Scorpius, aunque posiblemente se encargaría de ocultarlo muy bien. Esto hizo que James mostrara sus dientes con una sonrisa de oreja a oreja.

Levantó la vista mientras el bote—burbuja se alzaba en la luz del día. La superficie ondeaba por encima de ellos como un mosaico viviente, con sus facetas fundiendo la luz solar en agrestes y dorados prismas. Por último, el bote emergió en las olas, donde salpicaba agua suavemente y se balanceaba, todavía centelleando en su inmensa y misteriosa burbuja. El *Gwyndemere* se encontraba a



una cierta distancia, meciéndose en las olas, con la luz del sol destellando sobre sus adornos de latón.

—¡Personal, aboradad, aboradad! —llamó Percy, recogiendo su bolsa de viaje y poniéndose de pie. —Tenemos que reanudar el viaje. —Con el bolso colgando de su mano, extendió un brazo hacia Molly y el otro hacia Lucy. Ésta se deslizó sigilosamente de su asiento y se acercó, enroscando el brazo en el codo de su padre.

—Nos vemos dentro —gritó hacia atrás. Un instante después se produjo un fuerte y llano *chasquido* dentro del confinado aire de la burbuja, y los tres habían desaparecido.

Ralph parecía confundido.

—¿Por qué simplemente no aparecemos aquí desde la ciudad, si así es como subiremos a bordo del barco?

—La aparición en medios acuáticos es un asunto extremadamente delicado, señor Deedle —respondió Merlín, haciéndole señas para que se acercara. —Especialmente si se hace dentro de una embarcación en movimiento. Además, nos habríamos perdido este maravilloso paseo por tal conducto, ¿no cree?

—¡Vayamos! —sonrió James ampliamente, desabrochando su cinturón de seguridad y trepando con dificultad desde su banquillo. —¡El último que suba al *Gwyndemere* es el tío de un hinkypunk!

—Esto no es una carrera —incredó Ginny, poniéndose de pie y tendiendo una mano a Lily.

—Habla por ti misma —replicó Harry, dando un paso hacia adelante para encontrarse con sus hijos varones. —No voy a pasar esta travesía siendo el tío de un hinkypunk.

James y Albus se agarraron cada uno de las manos de su padre. Un momento después el bote —burbuja se había desvanecido alrededor de ellos y fue reemplazado por la cubierta del *Gwyndemere*, que relucía con el sol de la mañana.



Viento fresco circulaba sobre el barco, canturreando en los oídos de James, y éste inmediatamente se separó de su padre, riendo y corriendo hacia la proa.

—Mis pies fueron los primeros en tocar la cubierta —reclamó Albus desde atrás. —Salté justo antes de desaparecer, así que llegué primero. ¡Perdiste!

James ignoró a su hermano mientras se aproximaba a la puntiaguda proa del barco, desacelerando hasta detenerse, y abriendo los ojos como platos al mirar algo.

—Mamá acaba de llegar con Lil —anunció Albus, alcanzándolo. —Dijo que se suponía que debíamos ir a llevar nuestros bolsos abajo en los camarotes, ¿y qué por la ratonera mágica de Merlín es *eso*?

—No tengo ni la más mínima idea —contestó James, acercándose a la forma extraña. —Antes no estaba ahí, ¿verdad?

Ralph, Izzy y Lucy se unieron a los chicos mientras se movían alrededor de aquel objeto. Aparentemente había sido instalado en la cubierta después de la llegada de la noche anterior y era, en esencia, una silla de latón muy adornada, elevada sobre una serie de cinco escalones de hierro forjado. La silla estaba ensamblada a una base giratoria y sostenía un complicado armazón de latón acoplado a la parte delantera. James la estudiaba, pero no podía ni empezar a imaginar lo que era ese armazón.

—Eres la inteligente, Lucy —apremió, rascándose la cabeza. —¿Para qué crees que sea esta cosa?

—La inteligente es Rose —reprimió Lucy, ligeramente enojada. —Es sólo que leo un montón.

Ralph frunció el ceño parcamente.

—Exactamente, ¿cuál es la diferencia?

Izzy ensanchó los ojos con solemnidad.

—Petra dice que la inteligencia está en el cerebro del perceptor.



—Ve a saber lo que eso signifique —masculló Ralph.

—Sí —insistió Albus estirándose para tocar las escaleras artesanalmente decoradas, —pero eres buena en ver cómo encajan las cosas, Lu. Es un don.

—A mí me parece —suspiró Lucy, andando por el frente del extraño artefacto— que le falta algo. ¿Podéis ver que hay una correa de latón en el extremo del brazo de esa cosa oscilante? Algo está destinado a encajar en ella.

—¿Lo ves? —musitó Albus, corriendo hacia delante para unirse a Lucy. — ¡Eso es precisamente de lo que estaba hablando!

James oyó las voces bajas de los adultos aproximarse. Se giró y vio acercarse lentamente a Merlín, a Denniston Dolohov, y al capitán del *Gwyndemere*, Ash Farragut.

—Desdichadamente, no tenemos nada de tiempo que perder, capitán —decía Merlín. —Estoy muy feliz de haber dejado el asunto en manos de su adiestrada tripulación.

Farragut asintió desaprensivamente.

—Y digamos que *muy* adiestrada, si usted me entiende.

—La piratería no es lo que solía ser —dijo Merlín, sonriendo. —En mi época, no se podía surcar las olas sin esperar a ser abordado por un sinnúmero de hordas piratas contrincantes. Eran como enjambres de abejas en alta mar. Considerando las medidas preventivas promulgadas por la Comisión Reguladora para los Límites Marítimos Mágicos, sospecho que nos las arreglaremos, no importa lo que nos sobrevenga.

—Hay barcos piratas que han sido avistados en el horizonte esta misma mañana —aclaró Farragut, inclinando la cabeza hacia la luz del sol.

—Entonces ellos esperarán que permanezcamos en el puerto —interfirió Harry Potter, asintiendo mientras se acercaba con una adusta sonrisa en su cara. — La sorpresa es casi siempre una ventaja. ¿No está de acuerdo, señor Dolohov?

—Oh, felizmente ostento su misma experiencia en tales asuntos —afirmó Denniston despectivamente. —Pero concuerdo en que, en efecto, tenemos un calendario que cumplir. Pongámonos en marcha.

Farragut asintió con la cabeza.

—Entonces que así sea, caballeros —dijo, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la camareta alta.

James se desvió hacia Petra y Audrey, que estaban paradas cerca de las escaleras del centro del barco. Ambas parecían estar estudiando un pequeño grupo de personas que había aparecido súbitamente en el barco.

—¿Quiénes son? —preguntó James, señalando al grupo.

—Compañeros de viaje —contestó Audrey, manteniendo su tono de voz mesurado. —Estadounidenses, diría yo.

James contempló a los recién llegados. Había un grupo de ellos subiendo por las escaleras, abriéndose paso a empujones, serpenteando hacia la proa y charlando como una bandada de pájaros. Gran parte de ellos iban vestidos de negro, sólo levemente mayores que James, pero la figura central parecía ser una mujer de cabello color azabache, de rostro pálido y perfilado y una expresión de indulgente aburrimiento. Llevaba un largo vestido negro con un corpiño rigurosamente ceñido, una gran cantidad de joyas de plata, y tenía los ojos con maquillaje púrpura de modo que parecía, para impresión de James, como si hubiese escapado recientemente de su propio funeral.

—Perdonaos a vosotros mismos, alumnos —afinaba malhumoradamente hacia su séquito mientras desfilaban junto a James, Petra y Audrey. —Estamos representando otra cultura. No queremos parecer groseros.

Los estudiantes murmuraban, sin permitirse echar un vistazo a los demás, y James tuvo la clara impresión de que la mujer había hablado más indirectamente para él, Petra y Audrey que para su propio pelotón.

Audrey tomó la palabra, alzando su voz fácilmente sobre los charlatanes jóvenes.

—Señorita, ¿debo asumir que por su acento y palabras son de los Estados Unidos? —dijo, sonriendo simpáticamente. —Nosotros vamos de camino y pasaremos una larga temporada allí. No incite demasiado nuestras expectativas, no sea que quedemos decepcionados al saber que el resto del país no es tan agradable como lo es usted y sus encantadores colegas.

La mujer aminoró la marcha y se puso de cara a Audrey, sin inmutar su semblante.

—Persephone Remora —anunció lánguidamente, extendiendo una flácida mano hacia la tía de James, quien se la estrechó con indiferencia. —Y por favor, perdone que lo diga, pero no me refería a los Estados Unidos. Ese país es sólo nuestra residencia actual, mas no nuestro hogar. Difícilmente podemos esperar que lo representemos más de lo que cabría esperar que ustedes representen esta nave. Sin ánimo de ofender. El hecho es: mis amigos y yo estamos regresando de una exploración veraniega de nuestra patria ancestral. Quizás ha oído hablar de ella — hizo una pausa y entrecerró los ojos ligeramente. —Su nombre es *Transilvania*.

—De hecho sí —sonrió Audrey. —Esta misma primavera mi esposo y yo acabamos de compartir una sopa de membrillo con el archiduque de Brasov y su esposa. ¿Los conoce? Una pareja encantadora. Hace su propio tzuika, y le queda delicioso.

Remora parecía desdeñar vagamente aquello.

—Me disculparé que diga esto, pero no reconocemos la *actual* clase gobernante transilvana impuesta. Nuestra herencia está en deuda con una aristocracia histórica mucho más antigua. Estoy segura que no han oído hablar de ella. Es más bien una sociedad... *secreta*. —Inspiró y miró significativamente hacia las olas.

—Ah —respondió Audrey indiferentemente. —Bueno, tengo la certeza de que sus secretos puestos al descubierto estarían mejor. Sin intención de entrometernos.



La mirada de Remora continuaba dramáticamente clavada en el oleaje. Tras un momento, pareció darse cuenta de que esa postura no estaba teniendo el efecto que aparentemente había esperado. Carraspeó ligeramente y se giró.

—Lo siento enormemente —habló con un hilo de voz. —El sol pasa factura a... personas como nosotros.

—Tengo algo de bloqueador solar amberwycke aquí en mi bolsa —ofreció Petra, mirando de reojo a Audrey. —Me haría feliz compartirlo. Viene con aroma a coco.

—No —manifestó Remora, encogiéndose ligeramente los hombros. —Se lo agradezco mucho. Debería alcanzar a mis amigos. Si me disculpan. —Se dio la espalda, empezó a alejarse, y luego miró por encima del hombro mientras sus ojos pestañeaban significativamente. —Ha sido... un *grandísimo* placer conocerlas —dijo en voz baja y atropellada.

—Lo mismo digo —profirió Audrey, sonriendo alegremente. —Nos veremos esta tarde a la hora del té, ¿verdad?

—¿Está segura que no necesita algún bloqueador solar? —preguntó Petra de nuevo, ofreciendo una botellita. —Parece que está un poco inflamada alrededor de los ojos.

Remora refunfuñó y se alejó, caminando con sigilo hacia la pequeña masa que se aglutinaba frente a la camareta del barco.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó James, frunciendo el ceño luego de que la mujer se hubiese marchado.

—Vampiros —le contestó Audrey sutilmente, suspirando. —Tan altaneros y melodramáticos como podrían serlo. Ah, bueno, cualquier cosa los hace felices.

James parpadeó, mirando en dirección a la pandilla de personas vestidas de negro. Remora se había reencontrado con ellas, las cuales se movían a su alrededor como un banco de peces cáusticos.

James arrugó la frente.

—Pensé que no había vampiros en América.

Petra negó con la cabeza, sonriendo escuetamente. En un susurro fingido, respondió:

—Sí que los hay.

—No debemos precipitarnos tanto —dijo Audrey, chasqueando la lengua. — Estados Unidos es, al final de cuentas, el gran crisol de culturas. No obstante, sospecho que si hay vampiros residiendo en Norteamérica... *ellos* no lo son.

Un hombre pasó por delante de ellos, y James alzó la vista. Reconoció al hombre como el primer oficial de la tripulación, un sujeto fornido y alegre llamado Barstow. Iba de camino a la proa, silbaba felizmente para sí mismo y llevaba puesto un flexible sombrero gris. Por encima de su hombro colgaba una vara bastante larga, provista con forros reforzados de latón. James entrecerró los ojos pensativamente y luego corrió para seguirlo.

—Oye, Barstow —llamó Albus, sonriendo maliciosamente, mientras el hombre se acercaba. —¿Cuándo nos largaremos, eh?

Barstow contestó jovialmente:

—Depende de lo bien que los peces estén picando esta mañana, ¿no?

—Si tú lo dices —dijo Albus, encogiendo los hombros.

Izzy se acomodó sobre la soleada cubierta y cruzó las piernas.

—¿Qué tienen que ver los peces con esto?

—Oh, todo, cariño —aseveró Barstow con gravedad, ajustándose el sombrero. —Sólo observa y mira. Se podría decir que son la clave de todo el asunto.

—No me gusta mucho el pescado —admitió Ralph. —Creo que tuve suficiente allá en Acuápolis. Esperaba algo un poco más... terrestre.

Barstow sonrió y trepó las escaleras de hierro forjado hasta la silla de latón, que se giró lentamente mientras se sentaba en ella.



—Este pescado no es para comerse, amigo mío. Sólo tenéis que esperar y admirar.

Todos miraron mientras Barstow se acomodaba en el asiento, apoyando los pies en un par de equipados pedales y girando la silla para que quedara al revés, dando hacia el resto del barco. Aparentemente satisfecho, levantó la extraña vara directamente al aire. Oscilaba por encima de la cubierta, proyectando haces de luz solar desde el aparataje de latón. Cuidadosamente, Barstow comenzó a ondear la vara en un arco pequeño, como si estuviese usándolo para dibujar un círculo en el salobre cielo. El círculo se amplió mientras Barstow lo sacudía más rápido, creando arcos más y más grandes.

—Mirad —dijo Izzy, señalando. —¡Es una caña de pescar! ¡Como la que papá Warren solía utilizar en el lago!

James parpadeó ante la luz del sol, tratando de seguir el movimiento de la punta de la vara. Efectivamente, una longitud de cuerda mágica carreteaba hacia atrás, tirando de un gancho efímeramente grande. De pronto, Barstow lanzó la vara por encima de su hombro, extendiéndose tanto hacia atrás que el gancho se abalanzaba muy por detrás de él, más allá de la proa del *Gwyndemere* y hasta balancearse sobre las olas. Por último, en un veloz y fluido movimiento, Barstow lanzó la gran vara hacia delante, sonando el gancho fantasmalmente grande por el aire. Se disparó hacia los mástiles, por encima de la camareta y chimenea, y hasta la popa, donde finalmente se hundió en el oleaje. Barstow se adelantó y colocó el mango de la enorme caña en el arpón que Lucy había mencionado anteriormente. Se atrancó allí mismo, haciendo de la vara una extensión del brazo articulado de latón. Una vez hecho esto, Barstow intentó distenderse un poco.

—¿Qué —preguntó Ralph, con los ojos muy abiertos— atrapas con un arpón como ese?

—¡Ni siquiera tiene anzuelo! —saltó Albus de sopetón, lanzando una mirada acusadora a Barstow. —¿Cómo planeas atrapar algo sin algún tipo de cebo?

—Oh, está cebado, amigos —se rió Barstow, —pero no con alimento. El arpón está hecho de un brebaje con poca magia en el que he estado trabajando durante la



última década más o menos. No es una cosa fácil, conjurando feromonas de serpientes marinas, creedme.

Ralph palideció un poco y se asomó al picado oleaje.

—¿Serpientes marinas? —repitió detenidamente.

—¿Feromonas? —adicionó James, parándose de puntillas para ver por encima de la popa de la embarcación. —¿Qué es eso?

Lucy parecía estar conteniendo una sonrisa.

—Es algo así como una poción de amor, sólo que para peces.

—Para serpientes marinas —aclaró Ralph. —Sólo intento asegurarme de haber oído bien. Eso fue lo que dijo, ¿no?

Un sonido fuerte perforó el aire súbitamente. Barstow lanzó hacia atrás la vara y su articulado brazo, y James vio una traza mágica temblando tensamente sobre el barco.

—¡Ahí está! —exclamó Barstow felizmente. —¡Arreando una de los grandes! Esa es Henrietta, ¡os lo apuesto! ¡Es la mejor de la flota! ¡Deprisa, acercaos!

James, Albus, Ralph, Izzy y Lucy se apresuraron hasta la barandilla del barco, estirando sus cuellos a lo largo de éste para atisbar a la misteriosa Henrietta. Sobre la silla de latón, Barstow gruñó y se maldijo a sí mismo, luchando con la vara, que se inclinaba precipitadamente.

—Ven aquí, preciosa —murmuró apretando los dientes. —Justo aquí... eso es. Ya conoces la rutina...

James finalmente vio el punto donde la caña mágica entraba en el agua. Una forma se alzaba bajo ellos, empujando las olas en una repentina cuesta efervescente. Una línea de escamas dentadas rompía la superficie y la aserraba, ladeándose al *Gwyndemere*.

—Eso no puede ser bueno —dijo Ralph en voz alta.



James tragó saliva, pero Barstow parecía complacido rotundamente.

—Esa es la adorable chica grande —bromeó el marinero oficial. —Ven con papá. Un poco más adelante, ése es el camino...

Una monstruosa forma serpentina se hizo visible mientras brotaba por debajo de la embarcación, arrastrando la caña mágica con ella. Barstow soltaba alaridos de alegría y daba vueltas en la silla giratoria, mientras que también era tirado por la inmensa forma bajo las olas.

—Traspasa el arnés —exclamó, apoyándose contra los pedales de la silla. — ¡Todos, agarraros fuerte!

—Deseo de corazón que la gente deje de decir eso —se quejó Ralph, aferrándose a la barandilla con ambas manos.

Como invocado por una señal, un horrible estremecimiento sacudió el barco, haciéndolo moverse bruscamente sobre el agua. James trastabilló, pero permaneció de pie, erguido, adherido firmemente a uno de los bolardos de la nave. Lucy cayó de espaldas contra él pero James la atrapó a tiempo. El negro cabello de la chica revoloteaba en su cara, haciéndole cosquillas en sus mejillas.

—Lo siento, James —se disculpó ella, mirándolo hacia atrás por encima del hombro y sonriendo tímidamente. —Pensé que estaba preparada para eso.

—No creo que nadie estuviera preparado —contestó James, riendo.

—¡Estamos en marcha! —gritó Albus, corriendo hacia la proa y mirando hacia adelante. —¡Fabuloso! ¡Somos impulsados por ella! ¡Y mirad lo rápido que avanzamos!

—Puede llevarnos a cuarenta nudos —habló Barstow, mostrándose orgulloso, mientras hacía funcionar los tornillos que sujetaban la armadura de latón en su lugar. —Con rachas de noventa nudos si es necesario. En mi opinión, ella es la más rápida de entre todas sus hermanas.

—¿De verdad es una serpiente marina? —preguntó Izzy, llevándose la mano hasta la frente y estudiando las olas que rugían en la proa del barco. —No puedo

ver otra cosa allí sino una especie de espuma por la cabeza. Esa es su cabeza, ¿verdad?

—Es la aleta del cráneo —afirmó, Barstow, haciendo una señal de asentimiento. —Y esa de allí es Henrietta la gran jorobada atlante. La más grande y larga de las bestias marinas. Menos mal que está de nuestro lado, ¿no? En tiempos remotos, criaturas como éstas eran auténticas devoradoras de navíos. Pero hoy en día quedan muy pocas repartidas por el mundo entero. Ella por sí sola vale más que su propio peso en galeones.

—¿Cómo diablos la manejarás? —preguntó Albus, lanzando la mirada de vuelta a la vara. —¿Y cómo es que ese poquito de madera la sujeta?

Barstow se echó a reír.

—Es sólo cuestión de iniciativa —explicó, gritando por encima del tormentoso viento. —Lo usamos como las riendas de un caballo, haciéndola virar de acá para allá. La verdadera masa corporal está por debajo de la embarcación. Está conectada a nosotros por un arnés de hierro y la extensa cadena del ancla. Es por medio de eso que estaba intentando sacarla, y *es* la única parte peliaguda. De aquí en adelante, será pan comido.

Con un tono de voz algo preocupado, Izzy le preguntó:

—¿Y Henrietta no se cansa?

—Ella no es como nosotros, cariño —contestó Barstow, entornando los ojos hacia el horizonte. —Podría llevarnos y traernos de vuelta con apenas un aliento. Pero nos detendremos y la alimentaremos una o dos veces durante el trayecto; la dejaremos que se tome el respiro que merece. Después de todo, es la reina del viaje, ¿no? —Sonrió afectuosamente a la gran bestia mientras ésta trinchaba las olas.

—¿Y qué hay del inmenso gorila? —preguntó Ralph. —¿No se aburrirá sin hacer nada?

—¡Descúbrelo tú mismo! —incitó Barstow, señalando con el pulgar por encima de su hombro.



James, Lucy y Ralph se giraron para mirar atrás. Las grandes puertas del enorme compartimento de carga estaban abiertas ante la luz del día. Allí, mirándolos fijamente hacia arriba y apoyando el mentón sobre sus brazos cruzados, estaba el gran simio. Su negro pelaje se encrespaba con el viento y parpadeaba con tranquilidad, aparentemente disfrutando de la sensación de velocidad y el aire agitado.

—Se quedará así durante el resto del viaje —comentó Barstow sin volver la vista atrás. —Nada podemos hacer al respecto. Ese zonzo atolondrado está feliz por dejar que alguien más haga el trabajo de aquí en adelante. Luce como un perro en la ventanilla de un coche, ¿no es así?



El *Gwyndemere* llevaba apenas media hora de su largo viaje, cuando un silbido atravesó el aire en lo alto. James, que todavía estaba en la proa con Ralph y Lucy, alzó la mirada. El oficial de torre de vigía tenía puesto su catalejo sobre el ojo de nuevo, extendido a tal magnitud que casi parecía desafiar la gravedad.

—¡Barcos avistados a las dos en punto! —bramó a gritos, señalando.

—Ah, eso no presagia nada bueno —anunció Barstow.

Lucy entrecerraba los ojos hacia Barstow, susurrando hacia James y Ralph:

—No he podido evitar pillarle sonriendo mientras dice eso.

—Es el extraño tipo de humor en el mar —replicó Ralph. —Así como las graciosas canciones que hablan de todos sus compañeros muertos y piratas zombis y esas cosas. Parecen tener una especie de perspectiva sesgada sobre la vida, ¿no?

En lo alto, con voz sofocada por el convulsionado viento, el oficial de cofa gritó de nuevo.

—Se trata de un barco clíper de tres mástiles, portando el sello del *Isis Mística*.

Barstow silbó con aprobación, apretando los dientes.

—El *Isis Mística*. Eso es terrible, sí que lo es. Es mejor que os hagáis bajo cubierta, mis jóvenes amigos. Esto podría volverse feroz.

—¿Qué es un *Isis Mística*? —preguntó James, inclinándose sobre la barandilla y protegiéndose los ojos del sol. Efectivamente, una oscura silueta se balanceaba en el horizonte, y por lo que parecía, venía siguiéndole el rastro al *Gwyndemere*.

—Es el barco del pirata Hannibal Farson, *Terror de los Siete Mares*. Parece que se nos avecina una peleíta.

—Hannibal Farson no es el terror de los siete mares —gritó hacia abajo el oficial de la torre de vigía, aun oteando el horizonte con su catalejo. —Te estarás refiriendo al capitán Dirk Dread. Farson el Temible, es el *Horror del Atlántico*.

Barstow asintió con la cabeza.

—Ah, ¡sí que tienes razón, Brinks! Me quedo sin argumentos en eso. Supongo que es difícil mantenerlo todo en orden, ¿no?

—Si estás hablando de terrores auténticos —una tercera voz gritó, transportándose con el viento— entonces es Rebekah Redboots a quien te estás refiriendo. No hay mujer tan terrorífica y encantadora como ella. Sólo darle un rápida miraba te mataba; pero igual morirías feliz, habiendo contemplado su infalible hermosura.

Barstow y Brinks permanecieron murmurando su nostálgico acuerdo.

—¿Aquello de allí es un barco? —preguntó Petra, acercándose a James y mirando el horizonte.

—Al parecer son piratas —coincidió James. —A decir verdad, apenas suena como que habrá un pequeño reencuentro.

Lucy miraba hacia Barstow a una cierta distancia, donde yacía sentada en su silla alta de latón. Desde allí, habló.

—De cualquier modo, ¿qué es lo que quieren?

—Oh, un montón de cosas, cariño —respondió Barstow con entusiasmo. — Las joyas de los pasajeros y dinero, la caja fuerte del capitán, objetos valiosos que llevemos a bordo para revenderlos en el mercado negro de la comunidad mágica...

—Y no olvides a las mujeres —agregó Brinks llamativamente. —También vienen por mujeres, sin duda alguna.

—Pero no os preocupéis, bellezas —dijo Barstow en tono tranquilizador. — Os tratarán con el máximo respeto y el mejor decoro. Esa es la conducta de un pirata, ya sabéis, caballerosos, apuestos y gallardos. A menudo, las mujeres capturadas por piratas ni siquiera quieren ser rescatadas a la hora de la verdad. Y hasta he sabido de barcos llenos completamente de damiselas que zarparon rumbo al mar sólo con la esperanza de ser atrapadas por una banda de bribones náuticos. —Suspiró profundamente.

—A diferencia de Rebekah Redboots —especuló la voz del tercer oficial. — Probablemente entonces ellas estarían en busca de hombres.

—Es cierto... —admitieron a la vez Brinks y Barstow con sobriedad. Después de un largo momento reflexivo, Barstow continuó—: Lo más probable, sin embargo, es que vengan en busca de Henrietta. Como ya dije, ella vale su peso en galeones. Las serpientes marinas son terriblemente difíciles de encontrar por estos tiempos, y cualquier capitán pirata allí afuera está muerto de celos por conseguir una. Eso las hace invaluable, incluso para los regentes de los límites marítimos mágicos.

En ese momento, Albus irrumpió apresurado, con el pelo batiéndose violentamente por el viento.

—Oíd todos, ¡tío Percy dice que tenemos que entrar ya mismo bajo cubierta, son las órdenes del capitán! ¡Dijo que esto podría acabar en una «refriega»!

—Genial —sonrió James, dejando entrever los dientes e igualando la obvia exaltación de su hermano. —¿De veras vas a bajar y perderte toda la diversión?

—Normalmente no—admitió Albus, —pero mamá sabe cómo somos. Le pidió al capitán Farragut que nos permitiera ver todo desde los grandes ventanales de sus aposentos. Dijo que desde allí se tenía una mejor visión del barco entero, ¡y nos darán galletas y té!

—Tu mamá realmente sabe cómo llevar un soborno —dijo Petra con admiración. —Es mejor que os apresuréis a bajar. Y si podríais, buscad a Izzy. Está en nuestro camarote, haciendo y pintando dibujos.

James miró a Petra de refilón, y luego se giró hacia los demás.

—Adelantaos —instó. —Me pondré al tanto en un minuto.

—Mamá te zurrará con un embrujo si te quedas aquí arriba —dijo Albus dándose las de entendido y ladeando la cabeza. —Pero haz como quieras. Más galletas para mí. Vámonos, Lu. ¿Dónde está metido Ralph?

—Bajó en el momento que mencionaste una refriega —respondió Lucy, asintiendo con la cabeza hacia la escalera. Se volvió de nuevo a James. —¿Quieres que espere contigo?

—No, adelántate, Lu. Sólo quiero observar por minuto. Estaré ahí.

Lucy lo miró fijamente por un buen momento, con su expresión indescifrable.

—De acuerdo. Nos vemos en las habitaciones del capitán. También irás, ¿verdad Petra?

—Claro —respondió la chica mayor. —Y gracias por recoger a Izzy. Dile que se lleve lápices de colores y pergaminos si así lo desea. Una vez que se ha puesto a dibujar, puede resultar difícil hacer que se detenga.

Lucy asintió y se giró para seguir tras Albus.

—Se está acercando a nosotros —gritó Brinks, divisando hacia el horizonte con su catalejo. —Está igualando la velocidad que llevamos y apuntando de lleno a nuestro encuentro.

—Eso lo puedo percibir, amigo —replicó Barstow amablemente, asiéndose a la vara de delante de él. —¡Pero no nos igualará por mucho más tiempo! Vamos a acelerar un poco

James sintió sutilmente el ascenso del barco bajo sus pies mientras Henrietta aceleraba. Las olas presionaban por debajo de la proa y explotaban en niebla brillante, pasando fugazmente junto a la embarcación a una vertiginosa velocidad. El *Isis Mística* comenzó a quedarse, pero sólo muy lentamente. El barco pirata estaba lo suficientemente cerca ahora como para que James pudiera ver hombres moviéndose en la cubierta. La imagen de la vela mayor se hacía visible: un cráneo acolmillado con tres formidables ojos. Mientras James observaba, los ojos se entreabrieron y el cráneo mordía, como si tuviera la intención de engullirse al *Gwyndemere*.

—¿Ya leíste la historia del sueño? —preguntó Petra, sin apartar la mirada de la presurosa nave pirata.

—No, aún no —dijo James. —No se me ha presentado la oportunidad para hacerlo. Creo que esta noche la leeré.

La muchacha asintió despacio.

—Te lo agradezco. Conversa conmigo cuando lo hayas hecho, ¿te parece bien?

James la miró de reojo.

—Claro que sí. ¿Por qué no habría de hacerlo?

La muchacha se encogió de hombros.

—Puede que no quieras hacerlo.

James sacudió la cabeza.

—Voy a querer. Te lo prometo.

—Está intentando atacar por un costado —gritó Brinks hacia abajo. —Pero no es tan rápido como nosotros, así que está tratando de interceptarnos antes que vayamos más rápido.

—Todo a babor —contestó Barstow, haciendo girar la dirección de la vara a un lado. Henrietta respondió inmediatamente virando a la izquierda y de esta manera, desviando al *Gwyndemere* de la trayectoria del barco pirata que seguía avanzando.

Un silbido sordo y un estallido de chispas negras detonaron por el lado izquierdo de la nave, haciendo brincar a Barstow y girar su mano derecha otra vez. James no habría pensado que las chispas negras ni siquiera eran posibles hasta que las vio arremolinándose encima de la cubierta y desvaneciéndose en el viento recio.

—¡Otro barco! —chilló Brinks desde la torre de vigía. —¡A las diez y acercándose rápidamente! ¡Parece como si fuera el *Bruma Escarlata*!

—¿El *Bruma Escarlata*? —repitió Barstow con incredulidad. —¡Eso significa que los dos están trabajando juntos, y eso sólo puede significar una cosa!

James corrió hacia el otro lado de la proa y se asomó a lo lejos, captando inmediatamente una imagen del segundo barco. Sus velas rojas y casco negro rugían a través del agua, cortando las olas como una espada.

—¿Qué significa eso? —le gritó por encima del viento.

—Significa que están empleando la antigua maniobra *torno y cantera* —respondió Barstow. —O sea, se trata de algo arriesgado. —Alzando la voz, llamó a Brinks. —¡Mantén la vista alerta, compañero! ¡Donde hay dos, hay tres!

—Ya lo tengo divisado —vociferó Brinks, inclinándose hacia delante del puesto de vigía, con su catalejo encajado a un ojo. —Es el *Peligro de Poseidón*, lo hubiese apostado.

Barstow silbó entre dientes y meneó la cabeza.

—Eso no es nada bueno, amigos míos. Nada bueno en absoluto. Me pregunto por qué podrían posiblemente éstos tres desgraciados unirse para trabajar. Con certeza, no es simplemente por una serpiente marina. Sólo se matarían entre ellos mismos peleando para conseguirla.

Otra explosión de chispas negras sacudió el *Gwyndemere* por el costado izquierdo. James sintió el estremecimiento de la explosión bajo sus pies. Estaba empezando a sentirse alarmado. Petra, en cambio, parecía extrañamente tranquila. James cruzó la cubierta otra vez y se paró junto a ella. Incluso ahora, estaba complacido con aquello; a pesar de la diferencia de edades, era tan alto como ella. Su larga cabellera ondeaba al viento. Una serie de destellos anaranjados apareció por un flanco del *Isis Mística*. Una décima de segundo después, el *Gwyndemere* se sacudió bajo un aluvión de estallidos mágicos.

—¡Están tratando de hacernos aminorar la velocidad! —exclamó Barstow. — ¡Es hora de mostrarles lo que esta chica puede hacer!

Tiró fuertemente de la vara que hacía de timón y se acurrucó en su asiento. Henrietta se abalanzó hacia delante y James vio las jorobas serpentina de su espalda en el agua por delante de la nave, sobresaliendo por encima de las olas mientras avanzaba sinuosamente. Ahora el barco casi parecía estar curvándose y brincando sobre las olas. El viento corría en la cubierta, cantando sobre las cuerdas y aporreando los bultos de las velas enrolladas. James se inclinó contra el viento y contempló hacia el frente. El *Peligro de Poseidón* era una embarcación larga y baja, situándose lateralmente delante de ellos, y formando una barricada. El *Isis Mística* y el *Neblina Escarlata* se aproximaban cada vez más, obligando al *Gwyndemere* a enfrentar una colisión inevitable.

—¿Por qué no estamos desacelerando? —preguntó James, que casi no podía respirar. —¡Vamos a chocar contra ellos! —Volvió la mirada hacia Petra, que parecía estar observando con apacible interés. James arrugó la frente hacia la muchacha con preocupación, pero ella no parecía darse cuenta.

—¡Mi chica todavía tiene algunas sorpresas bajo la manga! —exclamó Barstow, forcejeando con la vara e induciendo a Henrietta a ir aún más rápido.



Alzando la voz en un profundo bramido, gritó—: ¡Soltad las velas, marineros! ¡Y preparaos para sentir mi marca!

Tanto James como Petra tropezaron y se agarraron de la barandilla mientras otra mágica explosión más fuerte estallaba directamente debajo de ellos. Un traqueteo metálico penetraba el aire y el *Gwyndemere* se abalanzó repentinamente hacia las olas, perdiendo el impulso.

Barstow maldijo en voz alta soltando palabras muy subidas de tono, obviamente alterado. James lo miró con los ojos agrandados. La vara que timoneaba sobresalía en línea recta sobre la proa temblando violentamente y apuntando directamente a Henrietta mientras ésta surcaba el oleaje. El sedal mágico resplandecía y palpitaba, vibrando en el aire como una cuerda de guitarra. Un profundo crujido de madera emanó de la cubierta cerca de la base de la silla de latón, y James se horrorizó al ver que estaba siendo levantada lentamente, con sus enormes pestillos doblándose a una gran presión.

—¡Dodongo! —llamó Barstow a gritos, luchando con la vara. —¡Usa esos peludos brazos que tienes y agárrame! ¡Sujeta fuerte la silla!

Detrás de él, el gigantesco simio se removió. Se inclinó hacia delante de la bodega, levantando la cabeza por encima del nivel de la cubierta, y estiró su enorme brazo derecho hasta la bodega de carga que se estaba abriendo. Delicadamente, Dodongo atajó la parte trasera de la silla de Barstow con sus enormes dedos grises, manteniéndola en su lugar.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó Barstow apretando los dientes.

—¡James!

—¡Sube aquí, James, y hazlo rápido por favor!

James corrió hasta la silla de latón y trepó por la escalera, agachándose bajo la gran palma de Dodongo. Barstow se echó a un lado, haciendo un gesto con la cabeza para que James se quedara con el asiento de latón.

—Los tornillos se zafaron y la cadena del arnés de Henrietta se destrancó —avisó con seriedad. —¡Fue arrancada en dos! Nos está llevando con una sola brida,



lo que significa que casi no tenemos nada de control y que estamos arrastrándonos por el agua. No vamos a poder escapar a menos que baje y lance un encantamiento *Reparo* al arnés de la cadena de inmediato. Necesito que tomes las riendas y que las sujetes lo más fuerte posible. Es *absolutamente esencial* que no las sueltes, no importa lo que pase, ¿entendiste?

James tragó saliva, rememorando una experiencia un tanto similar a principios del verano. Pero en aquella ocasión había ocurrido con Merlín y la palanca de frenado del expreso de Hogwarts. Se inclinó hacia delante y aferró la temblorosa vara con ambas manos.

—¡La tengo! —gritó, notando su corazón desbocado.

—A eso llamo yo ser valiente —declaró Barstow, asintiendo y hablando muy rápidamente. —Sólo mantenla apuntada directo al Poseidón, y a cualquier costo no la hagas frenar. Ahora pon atención: la varilla que sostienes es más que una pértiga. Es una varita mágica también. Necesito que mires este medidor de aquí. Cuando la aguja lea ochenta y ocho nudos, es preciso que extiendas la varita en posición vertical y pronuncies este conjuro: ¡*Pesceopteryx*! Tan simple como eso, ¿de acuerdo? ¡A eso llamo valentía!

Barstow pegó un salto hacia la escalera de hierro forzado, descendiendo a la cubierta.

—¡Espere! —exclamó James, con la voz entrecortada. —¡Dígamelo de nuevo! ¿Cómo es que voy a acordarme de eso?

—Yo te ayudaré —gritó Petra, ahuecando las manos alrededor la boca. — ¡Sólo mira el medidor!

James bajó la mirada a aquel instrumento de latón con los ojos saltándole de sus órbitas. La pequeña aguja plateada tiritaba entre los números cincuenta y sesenta.

Más destellos mágicos salpicaban el barco desde ambas direcciones. Dos de las naves piratas coordinaban sus ataques a cada lado, acorralando al *Gwyndemere* directamente hacia el *Peligro de Poseidón*. Chispas negras se arremolinaban,



oscureciendo el aire. James echó un vistazo al frente. Desde su posición en la silla de latón podía ver con mucha claridad el bloqueante barco. Estaba alarmantemente cerca, aproximándose cada vez más incluso mientras observaba. Había piratas alineados en la cubierta, gritando y agitando varitas, lanzas y machetes. Henrietta sacudía el agua, mostraba sus jorobas serpentina perfectamente visibles y su escamada espalda cortaba el oleaje por la mitad.

Barstow se inclinó sobre la barandilla de proa, alejándose tanto y haciéndolo tan precariamente que James tenía la seguridad de que el hombre estaba a punto de caer en picado al océano y ser remolcado por el peso del barco en veloz movimiento. Su voz era arrastrada por el viento conforme disparaba encantamientos *Reparo* al agua, apuntando a la cadena rota del arnés de Henrietta.

—¿Cuán rápido vamos ahora? —llamó Petra a James desde abajo.

—¡Sesenta y cinco! —contestó el muchacho. —¡No va más rápido! ¡La brida está empujando la proa demasiado lejos y está provocando resistencia! ¡Nunca lo vamos a lograr!

—¡*Reparo*! —vociferaba Barstow, pateando sus talones en el aire mientras se inclinaba sobre la barandilla. —¡*Reparo*! ¡Inútil porquería de hierro oxidado! ¡Rayos, maldita sea!

James se aferraba a la vara con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos bajo la luz del sol. Se estiró hacia atrás y vio a los tripulantes enganchándose desde extraños rincones sobre los mástiles observando angustiados, con los ojos muy abiertos y esperando. El *Bruma Escarlata* y el *Isis Mística* seguían la trayectoria del *Gwyndemere* a ambos lados, asediándolo, tremendamente cercanos. James podía oír los gritos y alaridos de piratas desde sus balanceantes cubiertas.

—¡*REPARO*! —gritaba Barstow, haciendo un esfuerzo máximo con su voz.

—¡No funciona! —gritó James desesperado, observando mientras el *Peligro de Poseidón* llenaba su visión. Los piratas de la cubierta habían comenzado a dispersarse mientras el *Gwyndemere* se abalanzaba sobre ellos. Henrietta se lanzaba en picado bajo las olas, preparándose para nadar bajo el largo casco de la otra nave.

A continuación, Petra respiró hondo. James tenía la impresión de que parecía espeluznantemente tranquila. Luego, la chica cerró los ojos.

Muy por debajo de la cubierta, un estrépito sordo y un estruendo metálico retumbaron. El *Gwyndemere* comenzó a dar bandazos violentamente y se levantó sobre las olas, impulsado súbitamente y saltando brusca y virtualmente fuera del agua. La vara direccional se estaba aflojando del agarre de James, dejando aguantar todo el peso de Henrietta mientras ésta empujaba el barco.

—¡Ajá! —soltó Barstow con incredulidad. —¡La cadena está reparada! ¡Andando, andando!

James se quedó pasmado, todavía mirando al *Peligro de Poseidón*. El *Gwyndemere* iba a toda prisa a su encuentro, condenado a embestirse con el otro barco en cuestión de segundos.

—¡James! —urgió Petra. —¿Cuán rápido vamos?

James arrancó los ojos de encima de la acechante nave cerniéndose.

—¡Ochenta y cinco... sólo un poco más...!

—¡Cerca de mi marca, compañeros! —vociferó Barstow, levantando las dos manos.

—¡Ochenta y ocho! —gritó James.

—¡*Pesceopteryx*! —exclamó Petra, ahuecando las manos alrededor de su boca.

James repitió aquel conjuro mágico lo más fuerte y preciso que le fue posible, tirando verticalmente de la pértiga. Simultáneamente, Barstow voceó una orden a sus colegas en los mástiles del barco. La respuesta fue inmediata y asombrosa. Henrietta se abalanzaba hacia delante, tan rápida y eficazmente que su cuerpo entero se orientaba hacia arriba fuera del agua, seguido por un torbellino centelleante de agua marina. Dos formas se desplegaron de su espalda y se abrieron de golpe como paracaídas, esparciendo fina neblina. Henrietta, por lo que parecía, tenía alas. La serpiente las enclavaba en el agua con un enorme y muscular golpe y luego las arrojaba al aire, con su largo cuerpo deslizándose ágilmente sobre



la cubierta del *Peligro de Poseidón*, cubriéndolo con su sombra. Los piratas se dispersaron, y algunos incluso saltaron desde la cubierta, dejando caer sus lanzas y machetes mientras se desplomaban en picado en el estremecido océano de abajo.

En el *Gwyndemere*, todas las velas se desenrollaron a la vez, súbita y poderosamente, creando un profundo y reverberante sonido de viento capturado. Los complicados mástiles del barco se desplegaron y flexionaron, actuando casi como alas, y la gran nave fue impelida fuera del océano, avanzando en la dirección que tenía Henrietta. James contuvo la respiración, pero el resto de la tripulación pegaba gritos y alaridos, sus voces aumentando en el repentino y reacio silencio.

El *Gwyndemere* se remontaba sobre el *Peligro de Poseidón*, tan bajo que su húmedo casco aplastaba la camareta céntrica de la otra nave, haciéndola añicos. Rebotó sobre el mástil principal, rompiéndolo como si fuera una ramita y obligando al desdichado barco pirata a darse la vuelta dentro del agua.

James se aferraba a la vara, con el pelo ondeando tras él y sus agrandados ojos con una mezcla de asombro y terror. Henrietta se movía a través del aire por delante del barco como una escamosa e inmensa pancarta, con su cuerpo flexionándose e irradiando un tono verdoso y sus membranosas alas batiendo fácilmente, trazando banderolas de agua a través del cielo. Por último, suavemente, se inclinó hacia abajo, plegó sus grandes alas, y se abalanzó para encontrarse con su larga sombra sobre las olas. Salpicó muy poca agua conforme se zambullía en las profundidades. Detrás de ella, sin embargo, el *Gwyndemere* aterrizó como una ballena, golpeando la superficie y emitiendo un estampido de densa agua blanca que empapó a James. Un momento después, las aguas estruendosas decayeron y el barco empezó a navegar sosegadamente sobre ellas, con las velas flameando ante la brisa oceánica.

—¡Un trabajo bien hecho, James! —felicitó Barstow, gritando felizmente. —Te dije que tendríamos una peleíta, ¿no? ¡Vaya, me siento tentado a reclutarte a una vida en alta mar! ¡No todos pueden pilotar un rorcual atlante en su primera vez! ¡Estaba seguro de que íbamos a terminar llevando a cuestras al *Poseidón*!

James se sonrojó; aún sentía su corazón tronando con adrenalina.



—Bueno, no creo que hubieran escapado si tomamos en cuenta lo aventajados que estábamos —repuso tímidamente.

Barstow se dirigió hacia la escalera de hierro forjado, dando unas palmaditas a Dodongo alegremente sobre su enorme cabeza.

—Ah, van a estar bien —replicó el oficial, trepando e intercambiando asiento con James. —No es la primera vez que el Poseidón se ha volcado en el agua. Ellos mismos tendrán una gran aventura con eso, abollando su camino por el casco y saliendo a la luz, y luego, reparándolo todo y dándose la vuelta otra vez. Dales algo constructivo que hacer para el resto del día.

James se sintió impotente, esbozando una amplia sonrisa mientras se bajaba de allí. Sintióse ligeramente borracho de adrenalina, se dirigió hacia Dodongo y se dejó caer sobre el borde de las puertas de las bodegas de cargamento, apoyando su brazo sobre la curtida nariz del gran simio. Recapitulaba en su cabeza los últimos minutos, apenas creyéndose todo lo que había sucedido. Curiosamente, lo que más le asombraba era de qué manera Barstow había logrado reparar la cadena del arnés en el último momento posible. Había parecido que no tenía absolutamente esperanzas de nada y James comprendió perfectamente por qué: hubiera sido prácticamente imposible ver la cadena del arnés rota por encima de las olas, donde estaban siendo arrastrado por Henrietta. Y por otra parte, producir magia dentro del agua, como Merlín había insinuado antes, era algo extremadamente delicado. Entonces, ¿cómo era que Barstow se las había arreglado para conseguirlo?

Los ojos de James se ampliaron mientras recordaba algo. Momentos antes de que la cadena hubiese sido reajustada mágicamente al barco, Petra había estado de pie en la proa, con los ojos cerrados, como si estuviera en una concentración profunda. La última vez que James había visto algo así había sido...

—En el tren —murmuró para sí mismo. —En el expreso de Hogwarts con Merlín, cuando había hecho crecer el árbol debajo de la locomotora, aguantándolo en el aire. Pero ¿cómo podría Petra...?



Arrugó la frente, desconcertado. Junto a él, Dodongo se meció, frunciendo los labios y meneando el brazo de James con su nariz.

James se levantó y miró alrededor de la cubierta, sintiendo la curiosidad de preguntar a Petra acerca de lo que había visto, pero no parecía hallarse a la vista. James descubrió que, particularmente, aquello no le sorprendía.



Capítulo 4

La historia del sueño

La tripulación del Gwyndemere había desplegado las velas ahora que el viaje estaba en plena marcha. El viento las azotaba y ayudaba a propulsar al barco velozmente a lo largo de la extensión del océano. Por su parte, Henrietta se deslizaba a través del agua como un sacacorchos gigante, sin ralentizar su ritmo, con las escamas centelleando donde fuera que su serpentina joroba brotara a la superficie y su serrado lomo rebanando pulcramente las olas en dos.

El día se había manchado con un tono neblinoso, opaco y caluroso. James, Ralph, Albus y Lucy permanecieron en la cubierta hasta la hora del té, y después pasaron el resto de la tarde en la galería del comedor, jugando a Winkles y Augers o dibujando en las grandes mesas con Izzy. James se sorprendió de lo buena artista

que era Izzy y de lo increíblemente prolijos que eran sus dibujos. Petra había proporcionado a la niña hojas de pergamino barato, así como una colección de lápices de colores y plumas con tinta mágica que nunca se agotaba.

No era sólo que los trazos de Izzy eran muy seguros y rápidos mientras diseñaba sus dibujos; las imágenes se hacían hechizantemente cautivadoras, de alguna manera simplistas y complejas al mismo tiempo. Paisajes enteros se resumían en tres o cuatro fugaces líneas, mientras que un árbol en una colina requeriría quince minutos de esmerado y nutrido detalle, recubierto de una media docena de inusuales colores, creando algo que casi parecía flotar en el pergamino, o sobresalir de él, en una especie de dimensión de papel invisible. James intentaba diligentemente y sin éxito alguno imitar el estilo de Izzy.

Lucy estaba sentada frente a ellos, con una mejilla apoyada en el antebrazo mientras veía dibujar a la pequeña rubia.

—¿Qué es eso, Izzy?

—Es el mirador —respondió Izzy sin levantar la mirada. —El que está dentro del lago de papá Warren.

—¿Querrás decir sobre el lago? —preguntó Lily, mirando su propia ilustración al otro lado de la mesa, que era mucho menos expresiva y decididamente más feliz, con un enorme sol amarillo sonriendo sobre una interpretación simple de la Madriguera.

Izzy se encogió de hombros.

—No importa. Apenas lo vi una vez. Pero lo recuerdo. Lo estoy dibujando para Petra.

James se inclinó para acercarse más. Había dos pequeñas figuras de pie en el mirador, ambas chicas, uno más alta que la otra. Izzy había hecho un notable trabajo representándose a sí misma y a Petra paradas bajo el techo del mirador. James no podía decir, sin embargo, si el mirador daba al lago, flotando en él como un bote, o incluso si estaba sumergido bajo su superficie. Izzy no era una bruja, por supuesto, así que sus dibujos no se movían; pero sin embargo, había algo al fondo



de la imagen del mirador que parecía cambiar y vibrar, justo fuera del campo de visión. El dibujo era extraño y surrealista, y James descubrió que no podía mirarlo por mucho tiempo.

En el extremo opuesto de la galería, Persephone Remora estaba sentada barajando un complicado juego de octocartas con uno de sus criados más jóvenes, un chico de pelo negro lacio y piel pálida.

—Vampiratas, sin lugar a dudas —dijo con altanería, cubriendo cuidadosamente una de sus cartas con la mano. Cuando la levantó, la carta se había volteado, revelando la imagen de un retozante y risueño esqueleto. — Sospecho que cazan normalmente sólo a la luz lunar oceánica, pero es muy posible que huelan la presencia de sus parientes. ¿Acaso lo harán para que nos unamos a ellos?

—Perdone, señorita —uno de los oficiales de cocina comentó mientras recogía las tazas de té y las cucharas, —pero no existe tal cosa como vampiratas.

—Estoy bastante segura de que eso es lo que nos habían hecho creer, señor — olfateó Remora con delicadeza. —Son una secta secreta y misteriosa, sólo conocidos por aquellos que están condenados a ser su presa.

El oficial se encogió de hombros.

—Como diga, señorita. Personalmente, siempre he considerado que una aburridísima reputación funciona mucho mejor en mar abierto que confidentiales misterios. Te ahorra tener que demostrártelo a ti mismo una y otra vez en cada barco que te lanzas a perseguir. Francamente, incluso si existieran, la vida de tus secretos vampiratas no suena a otra cosa sino trabajar, trabajar y trabajar, si quieres mi opinión.

—Disculpe —dijo Remora cansinamente, poniendo los ojos en blanco, —pero creo que no le pregunté.

El muchacho que estaba sentado frente a Remora suspiró.

—Mortales —dijo en voz baja, fingiendo que nadie más podía oírlo. James vio que el joven miraba de reojo, pero James actuó como si no lo hubiera notado.



Finalmente, después de una cena de crema de langosta, pepino de mar fresco y el colosal pudín de almeja atlante, James se encontró en la cubierta de nuevo y vio el sol hundido en el distante acuático horizonte, tornándose enorme y rojo mientras partía.

—Cielo rojo por la noche, el deleite de un marinero —expresó Barstow, cruzando los antebrazos en la barandilla de la cubierta, junto a James. —Pero para mí ese cielo no parece el deleite de nadie. Muy tranquilo y cálido, como una bestia al acecho. ¿Qué piensas tú, James?

James se encogió de hombros, sin saber cómo responder.

—Huelo una tormenta en el aire —Barstow prosiguió, asintiendo con la cabeza. —Y me parece que una de las grandes. Esta noche no, pero tal vez por la mañana. Podría ser que la tengamos que atravesar en la oscuridad. O podría ser que tendremos que estar preparados para un pequeño sacudón mañana... Me enteré que interpretaste a Treus en una interpretación escolar de *El Triunvirato*. ¿Es eso cierto?

James miró de lado a Barstow, que sonreía hacia él torcidamente. Después, el muchacho asintió con la cabeza tímidamente.

—Has estado conversando con Albus, ¿no? Fue sólo una producción de Estudios Muggles, por lo que no tuvimos nada de toques mágicos, o al menos no con la magia real. La tormenta fue producida apenas por un gran ventilador y además había un telón de fondo.

Barstow asintió con gravedad.

—Pero apuesto a que te dio una idea de cómo ocurren estas cosas en alta mar. No te preocupes. Esto no será una tormenta mágica como la que casi alcanzó al legendario Treus y a su tripulación. No hay ningún Donovan con ataque de celos, lanzándonos tempestades que tengamos que arremeter. Aun así, incluso una común y corriente tormenta atlántica promedio puede atemorizar el alma de un viajero incauto. Estarás preparado para mantener la calma, pues habías presenciado una antes, aunque fuera una producida por un gran ventilador y con un telón de fondo. ¿Estoy en lo cierto?

James asintió con la cabeza y frunció el ceño con seriedad, mirando fijamente el oleaje.

En el horizonte el sol parecía sangrar y ondularse, hinchado en un rojo profundo. Y entonces, con tanta rapidez que James pensó que podía ver que lo que ocurría, se había escabullido bajo el borde del mundo. La oscuridad se cernió sobre el navío como una cortina, sin ninguna estrella esta vez, y con sólo una luna baja, delgada como una hoz, al otro lado del horizonte. Faroles se encendieron en los mástiles, pero su luz no alcanzaba al agua. El barco parecía surcar un lago invisible y cavernoso, imposiblemente profundo y lleno de misterio. Barstow se había ido a recibir su turno en la silla de bronce de proa del barco, y James le deseó buenas noches. No le hacía gracia estar solo en la cubierta entre aquel cielo negro y el océano invisible y sin fondo, así que rápidamente descendió a la proximidad reconfortante y el cálido resplandor de los faroles debajo de la cubierta.

Silenciosamente se abrió camino hasta el diminuto camarote que compartía con su hermano y Ralph. Por el momento la habitación estaba vacía. Dos juegos de estrechas literas enmarcadas a una portilla individual con un lavamanos debajo. La ventana de la portilla era perfectamente negra, como un ojo de ónix. James corrió la pequeña cortina cerrada, luego se agachó y tiró de la mochila de debajo de la litera más baja a su derecha. Un momento después se encaramó en la litera de arriba, con la varita iluminada y el paquete del pergamino de Petra en la mano. Se sentó con las piernas cruzadas en el centro de la rústica frazada de lana, colocó el homogéneo paquete sobre la almohada y le dio unos golpecitos con su brillante varita mágica.

—*Revelierus* —pronunció el chico solícitamente. Al igual que una flor de papiroflexia, el pergamino brotó, desplegándose y desdoblándose, hasta que había regresado a su forma original. Un manojito pequeño de pergamino suelto, cubierto con la pulcra y densa caligrafía de Petra, yacía sobre la almohada. James podía leer el título, escrito en letra grande y fluida a lo largo de la parte superior: *La chica del embarcadero*. Estaba subrayado sombríamente, con las líneas incrustadas en el pergamino como si hubieran sido realizadas con mucha fuerza. James se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Lentamente la dejó escapar, retomó la primera página de la historia del sueño de Petra, y empezó a leer.



LA CHICA DEL EMBARCADERO

Me encuentro en medio de la noche. La luna parece enorme en la altura, reflejándose en la superficie del lago. Llevo a Izzy de la mano, fuera de los bosques y hacia el resplandeciente lago. De pronto, ella se detiene.

—No quiero ir allí —dice.

—¿Por qué no? —le digo. —Es sólo el lago.

—Simplemente no quiero ir, eso es todo —responde, sacudiendo la cabeza.

Tiene miedo, pero no creo que haya visto la daga que llevo escondida en mi otra mano.

—Todo irá bien, Iz —le digo. —Te cogeré de la mano todo el rato.

Izzy mira al lago y luego hacia mí con los ojos grandes y serios y asiente con la cabeza una vez. Continuamos hacia el embarcadero, pero se detiene de nuevo en el primer escalón.

—No quiero seguir más allá, Petra.

—Pero quiero mostrarte algo —digo. Me sorprende su reticencia. Aprieto mi agarre sobre su mano y la persuado a bajar las escaleras hasta la plataforma de madera del embarcadero.

—No quiero ver el mirador —dice. —Es espeluznante. Por favor, Petra.

Me doy cuenta de que ha recordado el incidente con las arañas muertas, el día que vi el rostro de mi madre en el lago, el día que comprendí que todavía podía traerla de vuelta si sólo el sacrificio era lo suficientemente grande. Las arañas muertas fueron sólo suficientes para mostrarme su reflejo. Para hablar con ella debo ofrecer algo más. Le conté a Izzy que estaba mirando hacia abajo en el agua porque podía ver el viejo mirador hundido en su tumba acuática, pero ella sospecha más. Es inusualmente lista en mi presencia. Su propia madre apenas lo reconocía.



—No es el mirador lo que quiero mostrarte —le digo.

—¿Entonces qué? —pregunta.

—A mi madre —le contesto, y levanto la daga en una mano con la palma abierta de Izzy en la otra. Ella grita y comienza a forcejear, echándose hacia atrás y tratando de quitar su mano de la mía.

—Deja de luchar, Iz —le suplico. —Sólo te dolerá un momento. Sólo un poco de sangre... eso es todo. ¡Necesito hablar con mi madre! Ella me dirá qué hacer, Iz. Nos lo dirá a las dos.

Izzy está aterrorizada, y mis palabras no la calman. Una parte de mí sabe que debería detenerme, y aun así no lo hago. Debo terminar la tarea. Le agarro su muñeca y bajo el mango de la daga.

Izzy grita de nuevo y me empuja. Pierdo el equilibrio mientras me aferro a un pilar de madera, dejando caer la daga en el lago y soltando la mano de Izzy. Para mi horror, cae al agua con un fuerte chapoteo y de repente recuerdo que Izzy no sabe nadar.

—¡Izzy! —grito frenéticamente, cayendo de rodillas en el embarcadero. Oigo su desesperación en el agua negra, pero no puedo verla. —¡Nada hacia mí! —grito y me preparo a lanzarme tras ella.

—*¡No!* —Oigo decir con firmeza una voz en mis pensamientos. —*No... espera...*

Izzy está agitando violentamente los brazos en el agua y, sin embargo, me quedo allí, observándola.

—*Esa fue tu intención todo el tiempo... La niña debe morir. Sólo entonces tendrás paz.*

Me quedo congelada en el acto. Observo a Izzy comenzar a hundirse en el agua oscura. Sacudo la cabeza.



—No era mi intención que esto ocurriera —digo. —No puede terminar de esta manera.

—*Nadie lo sabrá* —dice la voz consoladoramente. —*Su cuerpo eventualmente será encontrado. Un trágico accidente... La llorarás apropiadamente. Tú, con tu propia madre a tu lado.*

Echo un vistazo alrededor del lago y miro atentamente de vuelta hacia el bosque atrás de mí.

—No viene nadie —digo, extasiada y sorprendida.

—*No* —la profunda voz en mi mente concuerda, dice, —*el chico James no vendrá esta vez. La fuerza desencaminada del bien no tiene ninguna voz aquí. El «bien» es un mito. Sólo hay poder. Nada más importa.*

James dejó de leer. Sus ojos estaban desorbitados, brillando a la luz de la varita, y su corazón latía tan fuerte que sacudía el pergamino en sus manos.

Merlín había predicho esto, pensó, diciendo esas palabras casi en voz alta. Su mente volvía al final del año anterior, cuando él, James, y su padre, se habían reunido en el despacho del director para discutir las consecuencias del encuentro de Petra con el Guardián; Merlín les había advertido que la batalla de Petra ciertamente no podría haber terminado.

—No creas que, a pesar de sus acciones —le había dicho gravemente, —no yacerá despierta en noches frías y solitarias, anhelando sin esperanza a sus padres muertos, y preguntándose, preguntándose si, en aquella crucial noche en la cámara secreta, tomó la decisión *incorrecta*.

Ahora, si cualquier cosa de lo que James estaba leyendo en la historia del sueño de Petra era cierta, sabía que de hecho ella se había preguntado éstas mismas cosas. Según la historia, todavía se sentía asediada por los acontecimientos de aquella noche, y posteriormente había visto el rostro de su madre en la superficie del lago de la granja Morganstern, después que ella, Petra, había dejado caer alguna carga inexplicable de arañas muertas en él. Las arañas habían

funcionado como un pequeño sacrificio, proporcionando a Petra otro fugaz atisbo de lo que había perdido en la cámara secreta.

De alguna manera, increíblemente, Petra parecía poseer el poder de recrear el espantoso trato del Guardián, pero esta vez sin ninguna interferencia exterior. Aun así, si la historia del sueño era precisa, incluso entonces no había querido sacrificar conscientemente a Izzy con la finalidad de recuperar a su madre de entre los muertos. Ella sólo había tenido la intención de ofrecer al lago un poco de la sangre de Izzy, con la finalidad de conversar simplemente con la visión de su madre, y oír su orientación. Pero entonces, al parecer, las cosas habían ido muy mal, y la horrible voz de Voldemort se había aprovechado de ella, incitando a Petra a cometer el acto que debía haber cometido en la cámara secreta: el asesinato de otro ser humano.

James estaba atónito, no tanto por el poder de la historia sino por esta acuciante cuestión: *¿cuánto de eso era verdad?* Rememoró un poco de la conversación entre Petra y Merlín que él y los gremlins habían escuchado con las orejas extensibles de Ted. En ella, Petra se había remitido al sueño, al comentar que era un recordatorio de que una decisión podía tener consecuencias monumentales. Entonces, ¿dónde, la historia del sueño, se paraba a reflejar lo que realmente había sucedido esa noche? ¿Cuánto de ello era verdad, y cuánto era una simple y llana pesadilla? Obviamente, Izzy había sobrevivido a aquella noche, ya sea porque nunca había caído realmente al lago o bien porque Petra se las había ingeniado para rescatarla. Pero ¿cómo? James frunció el entrecejo, se inclinó de nuevo sobre las páginas y continuó leyendo.

Miro al agua de nuevo. Ya no puedo ver a Izzy, pero una figura se está alzando desde el centro del lago. Puedo ver, incluso siendo silueta, que es la forma que tanto he anhelado ver. Mi madre se encuentra en la superficie del lago. Empieza a caminar hacia mí, con los brazos extendidos, y aun así me siento rasgada. ¡No puedo dejar que Izzy muera! Sacudo la cabeza y bajo la mirada hacia el agua, tratando de encontrarla con mis pensamientos. Mi varita está rota. Ya no recuerdo cómo hacer magia sin ella pero debo intentarlo. Levanto mis brazos sobre el agua, cierro los ojos y me concentro.



— *¿Qué estás haciendo?* — me pregunta la voz en mi interior.

— Tienes razón — le respondo, tan firmemente como podía. — No viene nadie. Yo seré la voz del bien. Escojo por mí misma... — Fuerzo a salir a la figura de mi madre de mi mente. Me concentro en buscar a Izzy.

— *¡No seas tonta!* — la voz se está enojando ahora. — *Una vez antes pensaste que habías cambiado el curso del destino, aun así estás aquí ahora. ¡Sólo postpusiste lo inevitable!*

No puedo sentir a Izzy en las profundidades del lago, pero hay algo escondido en su oscuridad. Ha sido mucho tiempo desde la última vez que había movido algo sin mi varita, pero descubro que ese poder está todavía allí; enterrado, pero no olvidado. Dirijo toda mi energía hacia el objeto que yace abajo.

Algo en el agua empieza a moverse... algo grande. Como resultado, la figura de mi madre empieza poco a poco a hundirse de nuevo.

— *Tú no eres la única con poderes a su disposición...* — la voz bulle con cólera. — *Yo soy tú, y tú eres yo. ¡No puedes escoger luz mientras yo escojo oscuridad!*

Mi mano izquierda se hiela de repente. Hebras glaciales se extienden desde fuera del lago hacia la figura que se hunde de mi madre, formando una estrecha cortina de hielo blanco. Se alza de nuevo a la superficie y camina hacia mí sobre el puente helado. Mi poder está dividido y debilitado. No puedo mantener mi mente unida al gran objeto dentro del agua.

— *¡Ríndete!* — ordena la voz. — *El bien es un mito. Todo lo que importa es el poder. Abraza tu destino o muere luchando. Tú no eres el bien. No existe tal cosa.*

Miro la cara de mi madre. Todo lo que tengo que hacer es agacharme y cogerle la mano.

Y de repente, comprendo que no me importa.

— El bien sólo es un mito si la gente buena deja de creer en él — digo en voz alta. — Puede que yo no sea buena, pero tampoco soy mala. ¡Qué dirección elija no depende de nadie sino de *mí!*

Siento calor apoderarse de mí. Mi mano ya no está fría. Cierro los ojos, me concentro y el objeto de mi atención empieza a subir de nuevo hacia la superficie del lago. Veo el agua que se acumula en un punto de ebullición, al principio lentamente y luego en una gran oleada. Con un rugido de agua al caer, el viejo mirador se levanta del lago, retomando su posición original al final del embarcadero. Empapado y revestido de algas, pero totalmente reconocible. Y tendida en el centro del piso podrido está Izzy. Corro hacia ella, me arrodillo a su lado y le echo su cabello húmedo hacia atrás, apartándolo de su cara. Sus ojos están cerrados y no está respirando.

—Izzy —le susurro de cerca a su oído. —¡Lo hice! Tomé la decisión correcta, Iz.

No se mueve. Miro su cara pálida y le toco la frente.

—Por favor no estés muerta, Izzy —le ruego. —Por favor...

Cierro los ojos y lanzo mi mente al pequeño cuerpo de Izzy. Siento el calor dentro de su alma, pero no responde. Ha perdido la esperanza, está desistiendo. No puedo renunciar... No renunciaré... siento lágrimas en mi rostro y vuelvo a intentarlo.

—Vuelve, Izzy —imploro en silencio, hablando directamente a esa menguante chispa de su vida. —Por favor, vuelve.

No hay respuesta. Los ojos de Izzy no hacen más que aletear. Empiezo a sentir pánico.

—No te vayas Iz. Te necesito. Eres todo lo que me queda. No debería terminar de esta manera. No puede terminar de esta manera. Al final, el bien vencerá. Tienes que... —Sostengo a mi hermana en los brazos y la mezo hacia adelante y hacia atrás, en busca de esa chispa. —No... No, Iz... No te vayas. No me dejes sola...

Abro los ojos y bajo la mirada hacia la cara de mi hermana...



Aquí, la historia de Petra se detuvo por espacio de varias líneas. James miró el espacio en blanco, pero no estaba totalmente en blanco. Petra había empezado a continuar la historia tres veces más, y luego escribía los resultados, con violencia y por completo, borrando las formas de su letra prolija. La pluma se había filtrado, dejando manchas irregulares de negro en el pergamino. Por último, mucho más cerca, la historia de Petra continuaba.

Izzy yace en la oscuridad del mirador, fría y quieta, inmóvil. La chispa parpadeante de su vida se ha ido. Izzy está muerta. Tan muerta como el mirador. Tan muerta como sus muñecas allá en su dormitorio de la casa. Izzy está muerta, y soy yo quien la ha matado.

—No —insisto, —¡no puede terminar así! ¡Tomé la decisión correcta! Luché contra los más oscuros deseos de mi alma y los vencí, todo por mí misma, sin ninguna intervención externa. Elegí el bien. ¡El bien me lo debe!

—No... —digo de nuevo, alzando la voz, —así no es como se supone que debería salir. ¡Se supone que debes estar viva! ¡Así no es como la historia acaba! — Mi voz aumentaba, tanto en tono como en volumen. Miro fijamente hacia la patética figura debajo de mí, negándome a creer lo que veo. El cuerpo de Izzy yace en el centro del suelo del mirador, empapada y lánguida, mugrienta en los podridos tablones.

—¡No! —grito más fuerte ahora, atrayendo el pequeño cuerpo a mis brazos.
—¡NO!

—¡Sí! —estalló con frialdad la voz en la trastienda de mi mente. —*No puedes luchar contra tu destino. Lo intentaste en la cámara de la piscina, y lo has intentado esta noche, y sin embargo... ¡el destino prevalece! ¡Tú y yo somos uno! Entrégate a tus poderes. Abraza la senda que has abierto. Es demasiado tarde volver atrás ahora. Todo lo que queda es poder, pero eso no es algo malo. Con el tiempo llegarás a aceptar lo que pasó aquí esta noche. Con el tiempo te alegrarás de ello, porque te hace quien eres, quien estabas destinada a ser desde el mismo comienzo. No luches más contra esto. Estás cansada de luchar, ¿no es así? Ahora, al final, verás que la lucha siempre fue inútil. Luchar contra tu destino sólo te destruye a ti y a todo lo que amas. Abrázalo ahora. Abrázalo ya, y quizás el destino te lo remunerará. Después de todo, la senda del poder tiene sus muchos, muchos beneficios...*



Escucho la voz. No puedo evitarlo. Por primera vez, escucho y no discuto en su contra. La voz tiene razón. No hay lucha alguna contra mi destino. Lo que había estado destinado a suceder en la cámara secreta no había sido prevenido, solamente fue postergado. No obtuve nada eligiendo el bien, sólo logré elevar el precio que inevitablemente debo pagar. Ahora Izzy está muerta, y el bien está aniquilado. La voz tiene razón. Todo lo que queda es la senda del poder.

Me levanto lentamente, alzando el ligero cuerpo de mi hermana asesinada. La enterraré en el bosque, bajo el montículo de piedras que la representa. Y luego me iré. No sé adónde iré o qué haré, pero tengo una fuerte sensación de que esas decisiones se zanjarán misteriosamente por sí solas. De pronto, es casi como si fuese un mero pasajero en mi propia mente. Mi cuerpo parece moverse por propia voluntad, llevándome de vuelta al embarcadero, el cuerpo frío de mi hermana goteando agua del lago en mis brazos. Me alegro de haber desistido. Es demasiado difícil luchar, muy difícil pensar. El destino me ha reclamado, y estoy feliz ahora por haberme rendido a su control. ¿Acaso queda algo más por qué luchar?

En la oscuridad, con vistas al lago, el gran viejo árbol se erguía en el campo del abuelo de Warren, sus hojas susurraban como a mil voces.

A veces, todavía puedo escuchar esas voces. Incluso cuando estoy despierta.

James dejó caer la última página en el pequeño fajo de pergaminos. En los oscuros confines de la litera superior, temblaba y tenía la frente cubierta con gotas de sudor. Su mente daba vueltas mientras consideraba las notables e inexplicables repercusiones que implicaba aquella historia.

Si nada de eso era cierto del todo, entonces, ¿cómo Petra había realizado magia? En la historia admitía que había roto su propia varita, por razones que James ni podía imaginar. Entonces, ¿cómo había realizado una hazaña tan asombrosa como levitar un hundido mirador fuera de un lago? Obviamente, esa parte sencillamente no podría haber sucedido en realidad. Pero entonces, James recordó los sucesos de aquella misma mañana; recordó que Petra simplemente había cerrado los ojos, como si estuviese en un pensamiento profundo, y luego, un instante después, el arnés de la cadena de Henrietta se había ensamblado nuevamente al barco, permitiéndoles escapar de la trampa de los piratas.



James intentó recordar si Petra había llevado su varita en la mano en ese momento y se dio cuenta que no podía. Francamente, ni siquiera podía recordar haber visto la varita de Petra ni una sola vez desde su llegada a la casa Potter meses antes. Pero eso era simplemente una locura, ¿no? Ningún mago o bruja podía hacer magia sin su varita, al menos no algo específico o significativo. Tenía que haber una explicación razonable para ello, y James tenía la fuerte sensación de que todo eso giraba en torno a qué partes de la historia del sueño de Petra eran verdad y qué partes eran solo eso: un sueño.

Creo que me pidió que viniera porque me necesita aquí para demostrar que los sueños no son verdad, había dicho Izzy la noche anterior, mientras Petra había estado escribiendo aún. *Me necesita aquí para demostrar que todavía estoy viva.*

En la mente de James, las palabras de Izzy se mezclaron con las de la profesora Trelawney, la horrible profecía que vaticinó la mañana que salió de Hogwarts: *«Los destinos se han alineado. Caerá la noche, y a partir de entonces, no habrá amanecer, ningún amanecer, salvo el amanecer del fuego perpetuo...»*

Extraña y conmovedoramente, James sintió una profunda sensación de miedo y fatalidad. Se cernía sobre él como una mortaja, casi como el paño mortuorio de un dementor. Se sacudió a sí mismo, y luego, casi con desesperación, nuevamente propinó algunos golpecitos con su varita a los pergaminos, encerrándolos de nuevo en el homogéneo e uniforme paquete, ocultando las palabras de Petra y apagando la voz de la profesora Trelawney en su memoria.

Metió el paquete de pergamino debajo de la almohada y dio un brinco al suelo, ansioso por ver luz y por sentir la sobria algarabía de las voces de sus amigos y familiares. Casi cerró la puerta de su camarote de un portazo cuando entró al estrecho pasillo, dirigiéndose a la galería. Ralph y Lucy estarían allí, así como Albus y Lily, sus padres, Neville Longbottom, y el resto. Lo que más quería James era contarle a alguien lo que había leído, pero por supuesto que no podía. Había prometido a Petra que guardaría su secreto.

Aunque quizás ella también estaría en la cocina. Tal vez podría decírselo, y preguntarle sobre lo que había en la historia del sueño, averiguar qué tanto de eso



era verdad, y cuánto (¡esperaba que fuera la mayor parte!) era apenas un sueño. Repentinamente, quería saber eso más que nada.

Pero Petra no estaba en la galería. Un vistazo superficial por las cubiertas y los estrechos pasillos no le revelaron ninguna señal ni de ella ni de Izzy. Por lo que parecía, ya estaban acostadas.

Más tarde, sin embargo, James se preguntaría lo contrario.



La mañana siguiente amaneció brumosa y brillante, tan estática como una tumba. El océano se veía casi plano, con apenas un soplo de brisa que lo perturbara, de modo que la estela del *Gwyndemere* se alargaba como una carretera detrás, extendiéndose en la resplandeciente distancia. Henrietta avanzaba vigorosamente, su gran cabeza escamosa ocasionalmente rompía la superficie y lanzaba abanicos de agua por todas partes.

—La zona de calmas ecuatoriales —explicó Barstow a James, Ralph y Lucy después del desayuno. Los cuatro estaban en la proa, observando a otro oficial manejar la vara en su silla de latón. —Técnicamente, es donde un montón de grandes corrientes atlánticas se fusionan y se rompen unas a otras, dejando un tipo de espacio muerto en medio del océano. Pero es más que eso si le preguntas a un viejo marinero como yo. Es un lugar maldito. Si Davey Jones realmente tiene un armario, está justo bajo nuestros pies, algunas cuantas brazas por debajo, en la serena oscuridad de los más profundos abismos.

—Qué alentador —comentó Ralph, sacudiendo la cabeza.

—Resulta bastante raro cuando piensas en ello —habló Lucy, apoyándose en la barandilla y bajando la mirada hacia la sombra de la nave proyectada en la presurosa y pesada agua. —Es casi como si estuviéramos flotando en una nube, en

lo alto sobre un extraño y oculto paisaje. Quién sabe qué clase de criaturas salvajes habitarán ahí abajo, sin saber siquiera que *es* una superficie, ni mucho menos que los barcos mágicos puedan escurrirse a lo largo de su borde, situado en la misteriosa línea divisoria entre el aire de encima y el secreto mundo de abajo. Pone las cosas en perspectiva de alguna manera, ¿no os parece?

Merlín se había acercado junto con Harry, Neville Longbottom y Percy Weasley. El director esbozó una sonrisa débil hacia Lucy, pero no dijo nada.

—Entonces —cuestionó James, buscando entre los tres hombres, —¿adónde fuisteis ayer por la mañana cuando quedamos atrapados entre tres barcos piratas como una nuez en un cascanueces gigante?

—Estábamos bajo cubierta, según las instrucciones —profirió Merlín suavemente, sin dejar de mostrar esa sonrisa extraña y simple. —Debe entenderlo: estamos en el mar. Aquí, la palabra del capitán es la ley. Como adultos, *tenemos* por costumbre acatar las leyes.

James meneó la cabeza.

—Pues de gran ayuda hubiera servido que apareciera si no hubiésemos conseguido que el arnés de Henrietta se arreglara en el último segundo. Fuimos alcanzados por piratas, y entonces quién sabe lo que habría pasado.

—Peores situaciones han vivido las personas en alta mar, James —replicó Neville, palmeando el hombro del muchacho. —Sospecho que todo habría salido bien, no importa cómo. Al final de cuentas, estamos apenas llevando un cargamento de galeones para el Banco Mundial Mágico en Nueva Ámsterdam, ¿verdad? —El profesor parpadeó y se volvió hacia Harry. —¿No es cierto?

Percy sacudió la cabeza.

—Os aseguro, James, y al resto de vosotros, que todo estuvo completamente bajo control todo el tiempo.

James se apoyó en la barandilla junto a Lucy.



—Claro que no lo pareció cuando estábamos volando sobre ese barco pirata, haciendo añicos sus mástiles como bolos de boliche —murmuró. —Pero lo que digáis.

—Entonces, ¿qué crees que *querían* los piratas de nosotros? —preguntó Lucy quedamente mientras los adultos caminaban lejos, hablando en voz baja.

—Bueno, hay que tener claro que no venían para pedirnos ni té ni emparedados —dijo James sombríamente. —El mismo Barstow parecía muy angustiado. Pareció querer decir que era bastante inusual que tantos piratas trabajaran en comunión de un solo tiro. Apuesto un galeón a que mi papá, Merlín, el profesor Longbottom y el resto de los adultos saben mucho más sobre eso de lo que están dejando entrever.

—Bueno, ése es su trabajo, supongo —suspiró Ralph. —Y eso les resulta favorable. —Con voz diferente, añadió—: ¡Oí que estaremos amerizando en América mañana a la hora del té! Casi no aguanto llegar, ¿vosotros podéis?

Lucy asintió con la cabeza.

—Estoy lista para posar mis pies sobre tierra, incluso aunque no sea para estar en casa.

—Os encantarán los Estados Unidos —dijo Ralph con confianza. —Uno se la pasa genial allí. De una manera diferente, especialmente en las ciudades. Puedes conseguir comida de todo el mundo en cualquier rincón que vayas. Y hay pie grandes, y la vieja magia nativa americana, y un montón de increíbles lugares mágicos. Incluso hay una montaña de cristal que ni siquiera puedes ver hasta que casi chocas con ella. Incluso los muggles contaban historias sobre ella, hasta que la autoridad mágica estadounidense la hizo ilocalizable, hace cien años o algo así.

—Bah —espetó Albus de mal humor, disgustado y desparramándose en un banco incorporado en la barandilla. —Nada de esto será tan genial como el callejón Diagon o Hogsmeade. ¿Quién necesita una estúpida y vieja montaña de cristal? ¿O para qué sirven los pie grande?

—Creo que ellos prefieren el término «sasquatches» —le aclaró Lucy cuidadosamente. —O pies grandes, aunque suene un poco raro, gramaticalmente hablando.

—Esos brutos ni siquiera pueden hablar —se quejó Albus. —Pueden empezar diciéndome que los llame cuando puedan decirlo en un inglés claro.

—Eso suena un poco discriminante —comentó Lucy, pero sin mucha convicción. —¿Qué te tiene con ese humor?

Albus puso los ojos en blanco.

—Mamá acaba de gritarme por armar alboroto en el pasillo. A mí a Lily y a Molly. Sólo estábamos jugando a Winkles y Augers. No veo dónde hay problema.

—¿Estabas jugando a Winkles y Augers con Lily y Molly? —dijo Ralph, con el ceño fruncido. —Pero ellas ni siquiera han asistido a la escuela todavía. ¿Es que ya tienen varitas mágicas?

James sonrió con pesar.

—La actitud de Albus hacia las reglas es bien pésima. La última vez que estuvimos en el callejón Diagon consiguió para las niñas algunas varitas baratas de juguete en baratijas Gorleone y les enseñó un poco de lo básico en levitación, de manera que ahora tiene a *alguien* con quien jugar a Winkles y realmente pueda *ganar*.

—Te gané la última vez que jugamos —contraatacó Albus, enarcando las cejas desafiadamente. —No niegues que lo hice.

—¡Fue porque seguiste jugando después que mamá nos llamara al almuerzo y yo bajaba las escaleras! —gritó James, zarandeando sus manos en el aire.

—Eso no va contra las reglas, ¿no? —replicó Albus monótonamente. —Digo, podría haber alegado que te habías dado por vencido. Te di el beneficio de la duda. —Sonrió maliciosamente y agregó hacia Ralph—: Gané, doscientos setenta y ocho a cinco.

—De todos modos no puedes jugar a Winkles adecuadamente en un pasillo tan estrecho como los corredores debajo de cubierta —indicó Lucy, recostándose en la barandilla. —Pero además de eso, ¿por qué a tu mamá le importaría? No es como si cualquier persona estuviera dormida, ni nada.

Albus se encogió de hombros, ahora aburrido con el tema.

—Al parecer, Petra no se siente bien. Tiene mareos o algo así. Ella e Izzy están descansando en su camarote. Estamos al menos a dos puertas más abajo de ellas.

—¿Petra está enferma? —interrogó James, mirando fijamente a su hermano.
—¿En serio?

Ralph dijo:

—Pareces sorprendido. Mucha gente se enferma en los barcos. A mí me sorprende que yo no lo esté.

—Te queda un día más —comentó Lucy razonablemente.

Ralph asintió.

—Estoy un poco sorprendido, sí —dijo James, frunciendo el ceño. —Es solo que Petra no parece el tipo de chica que se marea fácilmente.

—Entonces tal vez no sea un mareo —exclamó Albus, enfadado. —Tal vez tenga raquitismo. O escorbuto. ¿A quién le importa? Estará bien mañana por la noche, ¿no?

Ralph hizo un gesto pensativo con la cabeza.

—Barstow dijo que los marineros antes solían ser llamados “bucaneros”, solían comer limones y naranjas y esas cosas y era una gran manera de evitar contagiarse de raquitismo en alta mar, por alguna razón. ¿Petra ha estado comiendo algún cítrico o algo por el estilo?

—Ella no tiene raquitismo, idiota —dijo Lucy, sacudiendo la cabeza.

—Apuesto a que hay algunos cuantos limones en la cocina —dijo Albus, animándose. —Podríamos llevarle algunos. ¿No queréis?

—Como dijo mamá, déjala en paz, ¿De acuerdo? —dijo James, alzando la voz un poco. —Lucy tiene razón. Sea lo que sea que tenga, los limones no van a recomponerla. Déjala quieta.

—Oh, es cierto —dijo Albus, poniendo los ojos en blanco otra vez. —Treas tiene que cuidar de su querida Astra. ¿Cómo pude olvidarlo? Por cierto, ¿ya ha profesado su «profundo y duradero amor» por ti? ¿No? Ah, vaya.

James suspiró y sacudió la cabeza. Estaba acostumbrado a las tomaduras de pelo de su hermano. Miró hacia las escaleras del centro del barco, preguntándose si debía bajar y comprobar cómo estaba Petra. De mala gana, decidió no hacerlo. Su madre probablemente tenía razón. Si Petra no se sentía bien, probablemente sería mejor que la dejaran a solas. Petra pediría ayuda si la llegaba a necesitar.

Esa misma tarde, sin embargo, mientras el cielo caía y se empalidecía en un tono gris ceniza, James se sorprendió al ver a Petra y a Izzy caminando por la cubierta. Vio a ambas al otro lado del barco, en la proa, y luego en el piso alto y ladeado de la popa, paseando tranquilamente agarradas de la mano. El chico se orientó hacia las escaleras del centro del barco, tratando de caminar lo más casual que podía, rogando a que no salieran por el otro lado del barco mientras avanzaba para reunirse con ellas en la popa. No quería que pareciera que las estaba siguiendo a pesar de que era exactamente eso lo que estaba haciendo.

Cuando hubo alcanzado la popa, sin embargo, ninguna de las chicas estaba a la vista. Miró a su alrededor escrupulosamente, y luego se volvió para dar una ojeada a lo largo del barco. Aparentemente, Petra e Izzy habían regresado otra vez al interior de la cubierta. Frunció el ceño y sacudió la cabeza. Más adelante del navío, el cielo se tornaba de un color profundo y lacerado, oscureciéndose y condensándose. Era una tormenta, justo como lo había predicho Barstow, y el barco parecía dirigirse directamente a ella. Mientras James pensaba en ello, un fuerte viento fluctuó por el barco, enroscándosele en su pelo y entonando un brioso y momentáneo gemido sobre el aparejo de la nave. James se estremeció.



Después de un momento de meditación, descendió hacia la popa y se encaminó a las escaleras. No había motivo para quedarse en la cubierta a recibir una tormenta si no tenía por qué ser así.

Incluso si aquello resultaría probablemente más bien emocionante.



—Cerciórate que todas las cosas están bien aseguradas —decía Barstow, deteniéndose durante un momento en el umbral. —Incluido vosotros mismos. Encontrad algo sólido con lo que agarrarse, y hacedlo. Además, tened a mano una cubeta. Lo creáis o no, estáis mucho más propensos a los mareos bajo cubierta, donde no podéis ver las olas. Ya después habrá suficiente suciedad que limpiar arriba como para tener que preocuparse por cualquier suciedad aquí, si me entendéis.

James se sentó junto a Molly y Lucy en un pequeño banco del camarote del capitán, cerca del margen de las curvadas ventanas de popa.

—Bueno, al menos podemos mirar desde aquí —dijo sombríamente. —Si queremos hacerlo.

Ralph meneó la cabeza.

—Jamás vi antes el aspecto del cielo con ese color. No puede ser natural.

—Por muy calmado que esté el mar —coincidió Lucy, aplastándose en la purpúrea y grisácea luz de la ventana, —aquellas se parecen menos a olas y más como a las Tierra Altas de Escocia.

James se asomó por la ventana al lado de la chica y vio que era cierto. Ininterrumpido por cualquier línea costera, el oleaje se elevaba a alturas casi geológicas. Por un momento, la vista más allá de la ventana parecía dirigirse hacia abajo desde un pico alto, dando a un valle de chapoteantes estribaciones cubiertas de espuma blanca. Y al momento siguiente, el barco parecía caer en las sombras de ese mismo valle, hundido en un acerado abrevadero y rodeado de movedizas montañas oceánicas. El estómago de James se revolvía con el movimiento de las olas y desvió la mirada, volviéndola hacia la profundidad del acogedor camarote del capitán. Habían antorchas oscilando en el techo y utensilios iban y venían sobre la mesa, golpeando las rejitas que circundaba su superficie.

—James —llamó su madre al otro lado de la habitación. Lily estaba sentada en su regazo, recostándose cómodamente contra el hombro de su madre. Ginny echó un vistazo abruptamente hacia su hijo. —¿Cerraste mi baúl y las escotillas cuando fuiste a buscar los suéteres?

James suspiró con aire de cansancio.

—No sé, mamá. Sí, claro, supongo que sí.

—No es suficiente con que supongas, James —atizó Ginny con severidad. Estaba nerviosa, James lo sabía, y el nerviosismo la hacía sonar con voz chillona. —Tengo una colección completa de champús y perfumes y frascos de crema para las manos allá abajo, por no mencionar bolsa de pociones de viaje de tu padre. Si todo eso se mezcla, ese no será el fin del desastre, y si las pociones de tu padre se llegaran a romper...

—No pasará nada, mamá, deja de preocuparte —replicó James.

—Ve ya mismo, James —habló su padre desde donde estaba junto a Merlinus en el escritorio del capitán. —Corre hasta allí antes que el oleaje empeore. Y tráeme la manzana que está en la mesita de noche, si fueras tan amable.

—Uf —comentó Audrey, enganchándose a Percy en el rincón oscuro de la mesa en el que estaban sentados. —¿Cómo puedes comer en un momento como éste?



—Tengo hambre —Harry se encogió de hombros mientras James pasaba por su lado. —Y James...

James se detuvo en el umbral de la puerta, agarrándose del marco para mantener el equilibrio sobre el bamboleante piso.

—Dime, papá.

—Deja mi capa invisible en el baúl cuando la cierres, ¿vale? —atinó Harry, asintiendo y mostrando una sonrisa casi socarrona.

James sacudió la cabeza cansinamente, pero Albus se desternillaba de la risa al otro lado del recinto.

El estrecho pasillo parecía inclinarse de un lado a otro mientras James maniobraba a través de él. La escalera al final del corredor estaba alumbrada con la luz oscilante de la ventana en la puerta. James entró a trompicones en el camarote de sus padres y notó que había, de hecho, dejado el baúl abierto y sin seguro sobre la pequeña mesa al extremo de la cama. Golpeó estrepitosamente la tapa cerrada y tiró por encima de ésta las correas de cuero, abrochándolas a un par de ganchos de bronce pegados a la mesa, que a su vez estaba atornillada al suelo. Miró en derredor y vio la manzana que su padre le había pedido. Ésta rodaba hacia atrás y hacia adelante en un cuenco sobre la mesita de noche. Habiéndola agarrado con dificultad, James se giró y caminó tambaleándose hasta la puerta del camarote. Se sentía como si estuviera caminando cuesta arriba. Un instante después, trastabilló hasta la puerta y se contuvo contra la pared del pasillo mientras la cuesta se invertía, balanceándose bajo él. Miró la manzana que llevaba en la mano y gimió, percibiendo que la había maltratado al golpearla duramente contra la pared revestida con paneles.

Una ráfaga de aire silbó a través del pasillo, trayéndose consigo la bruma y el rugido de las olas. James miró a un lado, arriba hacia la escalera del pasillo, y vio que la puerta había sido abierta, mostrando nubes bajas y robustas de tormenta. La silueta de una figura se recortaba al trasluz, y James notó, con cierta sorpresa, que era Petra. Mientras miraba, la muchacha agilizó el paso, dejando la puerta cerrarse de un portazo tras ella. Rápidamente, y sin pensarlo, él la siguió.



El viento abrió la puerta en el momento en que tocaba el pestillo, casi arrancándoselo de la mano. Las voces de los marineros llamaban por debajo del sonido del bramar de las olas, el zumbido del viento y el rechinante rugido del navío. La niebla soplaba por encima de la arenosa cubierta, restregándola y provocando que James entrecerrara los ojos mientras miraba a su alrededor, escudriñando el estrecho pasadizo del centro del barco que había tomado Petra. Finalmente la vio, subiendo con serenidad hasta la popa; su vestido le azotaba las piernas y la capa aleteaba alrededor de sus hombros.

James entró por la puerta y el viento cambió, succionándola detrás de él con tanta fuerza que pensó que la ventana de vidrio incrustado en ella podría quebrarse. Pero por fortuna no fue así. James encorvó los hombros y se movió tan rápido como pudo por el pasadizo hacia la escalera de popa, siguiendo a Petra.

Increíblemente, la encontró apoyada en la alta barandilla de popa, con los antebrazos cruzados delante, como si estuviera absorta en sus pensamientos. Se acercó a ella, gritando su nombre.

Ella lo miró por encima de su hombro y sonrió sombríamente. Su cabello oscuro se batía y agitaba alrededor de su rostro.

—Hola, James —gritó, alzando la voz contra el viento. La chica se volvió hacia el vasto océano.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba, Petra? —preguntó James, moviéndose a su lado y sujetándose de la barandilla para apoyarse. —Deberías estar abajo, con el resto de nosotros.

—¿La leíste? —esa fue la respuesta de Petra, ignorando la pregunta de James.

James asintió.

—¡Sí! Ya la leí. Lo hice anoche, pero no conseguí encontrarte cuando la terminé. Quería conversar contigo sobre ella, pero...

—Estoy contenta de que la hayas leído —dijo, estudiando todavía el monstruoso oleaje más allá de la barandilla. —Es importante que alguien más sepa la verdad.



James la miró de reojo. Sabía que debía llevarla bajo cubierta, pero no podía evitar hacerle la pregunta que le hacía sentirse más curioso, ahora que ella sacaba el tema a colación.

—¿Cuál verdad, Petra? —preguntó, inclinándose hacia adelante. Algo relucía tenuemente sobre la capa de Petra y James vio que era un broche de ópalo. Apenas recientemente había comenzado a usarlo, y James solamente podía adivinar que tenía algún significado especial para ella. —¿Qué parte de la historia de tu sueño realmente sucedió? ¿Qué parte de ella es verdad?

Petra dirigió la mirada hacia él, con sus cejas arqueadas levemente.

—Desde luego que toda, James. Todo es verdad.

James sacudió la cabeza, frunciendo el ceño al brumoso viento.

—¡Eso ni siquiera comienza a tener sentido! Digo, en la historia ¡Izzy muere! Y ella está abajo ahora mismo, vivita y coleando. Deberíamos estar allá también. ¡Vámonos!

Petra no se movió.

—Oh, Izzy murió y punto. La maté. El hecho de que no haya sucedido en esta vida, no significa que no sucedió. Ya lo ves, James, estoy enferma.

James echó un vistazo por el pesado y rodante barco. Las olas se elevaban a su alrededor, lanzándolo en sus inmensas sombras. Los hombres se aferraban a las cuerdas, asegurando las velas. A lo lejos, apenas visible en la álgida niebla, Barstow estaba acurrucado en la silla de bronce y forcejeaba con la vara, haciendo girar a Henrietta hacia las olas.

—Lo sé —dijo James. —Mamá nos dijo que tenías mareos. Y venir aquí no ayudará.

—No tengo mareos, James —replicó Petra parcamente. —No tiene nada que ver con el mar. O tal vez tiene mucho que ver con el mar. Es tan... muerto esto. Muerto en medio de todo, tan lejos de casa; de la vida y de la gente y de el ruido de

la vida. Aquí no llegan las distracciones que causan el sueño. Aquí, el sueño es tan auténtico como la realidad. No hay nada que pueda hacer para disiparlo.

James estaba empezando a asustarse, tanto por la tormenta como por las extrañas palabras de Petra.

—Vayamos bajo cubierta, Petra —dijo, tocando el codo de la muchacha. — Podemos hablar más sobre eso allí abajo. Me puedes contar lo que realmente sucedió la noche que arrojaste a Izzy al lago. ¿Está bien?

Petra lo miró de nuevo, con los ojos brillantes, examinándolo. Luego, suspiró profundamente.

—Izzy sobrevivió. Eso fue lo que pasó. Al menos es lo que recuerdo. Y tiene que ser verdad, ¿no? Como dijiste, Izzy está aquí con nosotros, sana y salva. Sobrevivió. Mi madre volvió a caer dentro del agua cuando saqué a Izzy fuera del lago, llevada hasta el sumergido mirador. Traicioné la resurrección de mi madre para salvar a mi hermanita, y me alegro de haberlo hecho. Era justo lo correcto que tenía que hacer, y nunca volveré a luchar con ese repugnante y *espantoso* trato. Pero igual envié a *alguien* al lago como sacrificio. Muy pocos lo saben. Damien y Sabrina, y también Ted. Ellos vieron lo que sucedió. Lo que no saben, sin embargo, es que lo hicimos juntas, Izzy y yo. Sacrificamos a Phyllis, la propia madre de Izzy; la echamos al lago. Enviamos al *Árbol de los Deseos* tras ella, hicimos que la lanzara al agua, Izzy y yo juntas, porque Phyllis no merecía vivir, no después de lo que le había hecho a Izzy. No después de... el abuelo Warren...

James arrugó la frente hacia Petra y negó con la cabeza.

—¡No lo entiendo! —gritó. La tempestad atrapó sus palabras y las despidió al oleaje. —¡Tampoco puede ser verdad! ¡Izzy ni siquiera es bruja! ¡Es una muggle, Petra! No puede hacer magia.

Petra sacudió la cabeza lenta y distraídamente.

—No es una muggle. Es una *muddle*. Está atrapada justo en el medio. Al igual que yo.



En ese instante, James tomó el brazo de Petra, tirando de ella hacia las escaleras.

—Me lo contarás bajo cubierta, ¿te parece? Vas a estar bien. Todo va salir bien. Ven conmigo, ¿de acuerdo?

Petra seguía sacudiendo la cabeza.

—Nada *va* a salir bien —dijo, subiendo el tono de su voz y titubeando al hablar. James quedó consternado al darse cuenta de que ella temía, casi a punto de soltar unas lágrimas. —De ninguna manera nada saldrá bien. ¿No lo ves? No cambié el trato. Sólo cambié las condiciones. No sacrifiqué ni a Lily ni a Izzy. He sacrificado a *Phyllis*, con la ayuda de Izzy. Por eso traje de vuelta a mi madre. Pero sí que traje *algo*. Lo presiento. Algo... mejor dicho *alguien*... salió del lago. Pensé que podía evadirla, pero no puedo. El sueño proviene de ella, formándose como un lento veneno. Provoqué que regresara, y ahora... y ahora...

—Petra —exclamó James, sacudiéndola y haciendo que lo mirara. — ¡Tenemos que bajar ahora mismo! ¡Hay una tormenta! Podemos hablar de esto más tarde, ¿sí? No entiendo lo que estás diciendo, pero por ahora no importa. ¡Tienes que venir y estar junto a Izzy! ¡Ella te necesita!

Eso pareció llamar la atención de Petra. Ella lo miró parpadeando, como si acabara de salir de un apacible trance. Asintió con la cabeza.

—Tienes razón, James. Por supuesto. Lo siento. Vayámonos.

James asintió con alivio. Tomó la mano de Petra, se giró y empezó a llevarla de vuelta hacia la escalera del centro del barco.

Una racha de truenos atravesaron el cielo alto y la centella de un cegador relámpago chocó contra el mástil de popa, partiéndolo en dos. Una hostigante sacudida se desató con una serie de estrepitosos sonidos y el mástil comenzó a venirse abajo, crujiendo y balanceándose hacia los lados. James observó con horror, agachándose y tirando de Petra con él, pero no había nada que pudiera hacer. El mástil empezó a dar vueltas de manera impredecible, todavía atrapado en las cuerdas del navío, y cayó a la cubierta con un estruendo estremecedor. Uno de los



brazos del mástil rozó la cabeza de James como un sablazo, frotándole el pelo. Una fracción de segundo después, la mano de Petra había sido arrancada de la suya.

—¡Petra! —gritó, echándose hacia atrás torpemente y con los ojos desorbitados. La punta del brazo del mástil había expulsado a Petra fuera de cubierta. El corazón de James subió a su garganta y se aventó a sí mismo hacia la barandilla de popa, con los pies resbalándose sobre la cubierta mojada. El mástil había aplastado parte de la barandilla al caer sobre ella. Ahora, mitad del mástil roto sobresalía del barco, por encima de las olas, atrapado en una telaraña de la desgarrada vela y aparejos enmarañados. Petra estaba atenazada a la parte exterior de la barandilla, enredada en las cuerdas del mástil. Lentamente, el peso del mástil la fue separando de la barandilla y empezó a perder su agarre.

James dio un salto hacia delante y enganchó el brazo de Petra mientras se deslizaba, soltándose. La muchacha agarró firmemente la muñeca del chico cuando se desprendió del agarre, tirando de él hacia delante de modo que James casi traspasaba el borde. Luchaba por mantenerse sujeto a la barandilla con una mano mientras Petra colgaba de la otra.

—¡Petra! —aulló hacia ella. —¡No podré aguantar por mucho más tiempo! ¡Trepas hasta acá!

—¡Estoy atrapada! —gritó la chica de vuelta, y James se dio cuenta que así era. El cordaje estaba todavía enredado alrededor de su tobillo, atándola al mástil roto. Detrás de James, horriblemente, el crujido de una enorme astilla retumbó. El mástil cayó precipitadamente al romperse más allá en el barco. Los cabos rasgaban mientras se resquebrajaban, y la punta del mástil picaba las olas, doblándose bajo su peso.

—¡Usa tu varita! —chilló James hacia abajo, con la voz aguda en el aporreante viento. —¡Rompe las sogas con tu varita!

Petra pendía de una mano húmeda, resbalándose lentamente a medida que el mástil la arrastraba hacia las colosales olas.

—No tengo varita —dijo, casi para sí misma. Bajó la mirada, examinando el tormentoso océano que tenía debajo, y luego, súbitamente, lanzó un grito ahogado.



—¡Mi broche! —exclamó. Palmeó frenéticamente con la mano libre sobre su capa, tanteando. —¡El broche de mi padre! ¿A dónde fue? ¡Oh, no!

—¡Petra! —gritó James en desespero, alzando la voz tan fuerte como pudo. — ¡Tienes que usar tus poderes! ¡Los que utilizaste en la historia del sueño! ¡Rompe las sogas con tu mente! ¡Hazlo ahora mismo! ¡Deprisa!

Petra no pareció oírlo. El barco se balanceaba espantosamente mientras las olas se elevaban sobre él, ahora estrellándose sobre la cubierta. El cielo se cernía y balanceaba sobre sus cabezas. Había comenzado a llover.

—Déjame ir, James —dijo Petra, levantando los ojos hacia él. Ambos lucían tranquilos y sombríos a la luz de la tempestad.

—¿¡Qué!?! —gritó James de nuevo, haciendo más fuerte su agarre sobre la muñeca de la chica. Ésta se le estaba deslizando, y James se dio cuenta de que ella estaba aflojando el asimiento que él le proporcionaba.

Ella negó con la cabeza levemente. Su pálido rostro miraba seriamente hacia él.

—Déjame ir. Así es como se supone que acabará. Esto lo arreglaré todo; pondrá todo en equilibrio de nuevo. Esto enviará a los sueños otra vez al agua, adonde pertenecen. Déjame unirme al broche de mi padre. Es la única manera. Déjame ir.

—¡No puedo hacer eso! —lloró James, luchando desesperadamente por mantener bien apretada la muñeca de Petra. —¡Tengo que salvarte! ¡No puedo dejarte ir! ¡No puedo!

—Sí puedes —dijo Petra. Era una petición. —James, si te importo, puedes hacerlo. Puedes dejarme ir.

—¡No! —saltó James a gritos, pero aquello iba a suceder quisiera o no. El aparejo enredado alrededor del tobillo de Petra tiraba de ella hacia abajo, remolcado por el mástil roto mientras éste se hundía en las olas. Un ominoso crujido sonó a espaldas de James conforme el mástil comenzó a separarse del

barco, llevándose parte de la cubierta consigo. No se podía luchar contra la fuerza de la tormenta. Ésta quería a Petra, y eso implicaba tenerla.

Los dedos de Petra comenzaron a desenrollarse en la muñeca de James.

—¡NO! —gritó James otra vez, inclinándose hacia adelante, luchando para sujetarla, el pánico le rasgaba su interior. —¡Petra! ¡No!

Ella se soltó y los dedos del chico resbalaron, derrumbándose sobre nada mientras Petra se desplomaba, con la mirada aún puesta en él y su rostro tranquilo en la embravecida oscuridad.

—¡AAAH! —lloró James involuntariamente mientras algo profundo dentro de él tiró, súbita y horriblemente, casi arrancándolo por la borda una vez más. Apretó los ojos fuertemente para soportar el dolor, incluso mientras se abrazaba a la barandilla. Tenía algo en su interior que tiraba de él, como si una cuerda estuviese fluyendo directamente a través de él y terminaba en su abdomen, anclado ahí por alguna poderosa e inquebrantable fuerza. Le dolía. —¡Aaah! —gritó de nuevo, y finalmente abrió los ojos.

Petra seguía colgando bajo él, pero ahora mucho más abajo, de modo que las olas ahora bramaban hasta sus piernas y caderas. Ella lo miraba fijamente, con el rostro conmocionado y los ojos saliéndose de sus órbitas. Entre su mano y él, un resplandeciente cordón plateado rehilaba, tan delgado como una hebra de hilo, pero aparentemente muy fuerte. Así de fuerte lo sentía James, sentía que era casi irrompible. Era magia, pero no el tipo de magia que James había conocido nunca, ni siquiera de la que hubiese oído hablar. Era *magia*, profunda y poderosa, saliendo de él, como una corriente de electricidad tan enorme y potente que hasta podía matarlo si guardaba cuidado. La hebra plateada provenía del centro de la palma de su mano, temblando y zumbando. Envolvió con fuerza sus dedos alrededor de ésta.

Petra alzó la voz, clamando hacia él contra el ruido de la tempestad.

—¿Qué estás haciendo?



—¡No lo sé! —contestó James con desesperación. —¡Pero no creo que pueda pararlo! ¡Tienes que trepar! ¡Yo tiraré de ti!

—¡No puedo! —respondió Petra. —¡Mi tobillo todavía está atrapado! ¡Nos hará caer a los dos!

Mientras hablaba, el mástil crepitaba y se astillaba más abajo. Con un crujido pesado y sordo, comenzó a separarse, finalmente desligándose del barco.

—¡Usa tu magia! —pidió James a gritos. —¡Como lo hiciste la otra mañana! ¡Cuando reparaste la cadena de arnés! ¡Sé que fuiste tú, igual como en la historia del sueño! *¡Hazlo, Petra! ¡Ahora!*

Muy por debajo, Petra hizo un gesto de asentimiento. Cerró los ojos mientras las olas subían y bajaban a su alrededor. Truenos y relámpagos estallaban por encima de sus cabezas, pero el cordón plateado se mantenía firme, conectando a Petra y a James, brillando como un filamento de luz estelar. Casi inaudible bajo el estruendo de la tormenta, un sonido vibrante de cuerdas rompiéndose tronó y Petra se hizo repentinamente más ligera, manteniéndola a flote sobre las tortuosas olas. Con un estremecimiento sostenido y un ruido monstruoso, el mástil terminó de despegarse del barco y cayó. Se precipitó sobre el oleaje bajo los pies de Petra, haciendo subir un diluvio de aguas grises. Petra se columpiaba cuando empezó a trepar por la hebra resplandeciente, y James tiró de ella hacia arriba, sorprendido por su propia fuerza. Era como si el poder fluyese en sus brazos desde la propia hebra plateada, y todavía empujaba desde su centro, como si el extremo de la hebra se envolviera en su propia alma. Por lo él que sabía, la envolvía.

Instantes más tarde, James ayudó a Petra a subir por la barandilla destruida. Ella se derrumbó sobre él, empapada y exhausta, y James se tambaleó hacia atrás, apenas capaz de sostenerse a sí mismo.

—¡Por el colorado tridente de Neptuno, ¿qué está pasando aquí?! —Una voz bramó.

Pasos sonaban en la cubierta y manos agarraron a James y Petra, ayudándolos a reincorporarse. James no reconoció a aquellos marineros, pero reconoció la expresión de airada alarma en sus caras. Los marineros no habían



visto lo que había sucedido en la parte trasera del barco. Sólo sabían que un rayo había caído sobre su mástil de popa, desprendiéndolo al mar, y ahora, por encima de todo, había allí un par de pasajeros adolescentes curioseando en la cubierta durante una tormenta atlántica.

—¡Poneros bajo cubierta! —gritó uno de los marineros, señalando. —¿Qué, sois unos completos tontos? ¡Iros ya!

James asintió, y luego se giró para mirar a Petra. Todavía tenía agarrada la mano de ella, aunque el extraño cordón plateado parecía haberse desvanecido. O quizás simplemente se había hecho invisible.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella no contestó. En lugar de eso, se giró y miró hacia atrás, hacia las ondulantes y torrenciales olas más allá de la barandilla de popa.

—Adiós, papá —dijo con un hilo de voz. Se estremeció y sus ojos estaban muy abiertos, llenos de extenuadas lágrimas. —Adiós. Perdóname.



Capítulo 5

Nueva Ámsterdam

—Pero cuéntanos qué pasó allá arriba —pidió Albus con discreción.

James yacía en su litera, mirando distraído al techo. El barco todavía rechinaba amenazadoramente mientras se balanceaba, pero lo peor de la tormenta había pasado finalmente. El barullo de pasos podía oírse en la cubierta que tenían encima mientras la tripulación trataba de reparar lo que quedaba del mástil de popa.

—¿James? —fue Ralph quien habló esta vez, desde la litera del otro lado del estrecho camarote. — ¿Te quedaste dormido ahí?

—No.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Qué ocurrió realmente?

James suspiró.

—Al parecer todos lo visteis desde las ventanas de popa de los aposentos del capitán. Me lo dijiste.

—Jah —rió Albus con ironía. —Apenas pudimos llegar a ver algo hasta que Merlín se metió. Escuchamos caerse el mástil y vimos los pedazos salir por la borda, y luego vimos los pies de Petra colgando, balanceándose adelante y atrás con las sogas enredadas en sus piernas. Mamá dejó escapar un grito, y fue entonces cuando Merlín se acercó y apagó las luces.

—No lo entiendo —dijo James, dándose la vuelta y mirando a Ralph en la litera de enfrente. — ¿Por qué corrió las cortinas?

Ralph hizo una mueca, pensativo.

—Eso no fue lo que hizo. Se adelantó y se paró justo al frente de la ventana, extendiendo los brazos, y dijo algo en ese idioma raro que habla. Celta antiguo, supongo. Rose probablemente sabría lo que significaba. Lo siguiente que supimos fue que las ventanas se habían desvanecido completamente en oscuridad, como si hubieran sido cubiertas con pintura negra. Supongo que no quería que viésemos si Petra iba a caer. Quiero decir, Izzy estaba allí, después de todo. Petra es su hermana.

—Gracias por la explicación —dijo James, suspirando.

—¡Entonces cuéntenos! —insistió Albus. — ¿Qué ocurrió?

James negó con la cabeza sobre la almohada.

—Ella cayó. Eso es todo. Un relámpago golpeó el mástil en la parte trasera del barco, justo al lado de nosotros. Se vino abajo y golpeó a Petra por un costado. Colgaba en la barandilla hasta que llegué y la agarré.

Albus cambió de posición en su litera, haciendo chirriar el delgado colchón.

—En primer lugar, ¿qué hacía ella en la cubierta? ¿No sabía que se le venía encima un maldito huracán?

—No lo sé —dijo James. Tenía la intención de continuar, y tratar de explicarlo, pero las palabras no le querían salir. En vez de eso dejó que el silencio surgiera, contando su propia historia.

—Déjame decirte algo —comentó Albus, —ella ha estado un poco extraña desde que apareció en casa, a principios de este verano. Sea lo que sea que haya sucedido en la granja de sus abuelos, creo que eso le noqueó unas cuantas lechuzas de su lechucería, no sé si me explico.

—Cierra la boca, Al —dijo James. Sintió que su cara se calentaba, pero intentó no demostrarlo con su tono de voz. —No sabes nada al respecto. Así que es mejor que te calles.

Ralph se dio la vuelta y apoyó su barbilla en el antebrazo, mirando profundamente a través de la oscurecida habitación.

—Bueno, esa es la cuestión, ¿no? Casi nadie sabe lo que ocurrió allí. Quiero decir, Damien, Sabrina y Ted lo saben, pero ellos seguramente no hablarán. Son las órdenes de Merlín. Lo que haya pasado, tuvo que haber sido muy desagradable. Tomando en cuenta que ambos abuelos de Petra acabaron muertos.

—Phyllis no era la abuela de Petra —declaró James, compungido. —Era simplemente la mujer con la que el abuelo de Petra se había casado, y era perfectamente horrible y siniestra. No me importa lo que le haya pasado, consiguió lo que se merecía.

La cama debajo de James chirrió de nuevo mientras Albus se movía en ella. Un instante después, su cabeza apareció junto a la litera de James, mirando directamente hacia él.

—Tú sabes, ¿no? ¡Cuéntanoslo!

—No sé nada. Cierra la boca y duérmete, imbécil.

Albus lo miró críticamente.

Al otro lado del camarote, Ralph habló:

—No sé lo que esta mujer, Phyllis, tenía que haber hecho supuestamente, pero al menos era la madre de Izzy. Digo, tal vez había una buena razón, o tal vez no, pero decir que la muerte era lo que se merecía ya son palabras muy fuertes.

—Bueno, Petra no está en Azkaban, ¿verdad? —replicó James enfadado. — Obviamente nadie la ha inculcado por lo que sea que haya sucedido.

—O nadie puede probar que lo hizo —añadió Albus, estudiando todavía la cara de James.

James se quitó las sábanas de encima y empujó a Albus a un lado. Saltó con destreza al suelo y abrió de golpe la puerta, dejando entrar la luz del pasillo.

—Oye —llamó Ralph, —¿a dónde vas?

—Afuera —se limitó a decir James sin girarse. — Eso es todo. No me sigas.

Cerró la puerta y se marchó por el estrecho pasillo, furioso y confundido. Cuando alcanzó las escaleras de la cubierta principal se giró hacia ellas y trepó hasta la puerta, que estaba entreabierta dejando entrar el aire nocturno.

James sentía la cubierta húmeda bajo sus pies descalzos. Lanzó la mirada hacia la popa y vio varios marineros moviéndose al trasluz del farol, utilizando sus varitas para reparar lo que quedaba del mástil de popa. Con un suspiro, James se giró hacia la escalera de proa y ascendió, contento de que este extremo del barco, por lo menos, parecía oscuro y relativamente desierto.

El oficial estaba sentado en la silla direccional de latón y canturreaba con garbo para sí mismo, sosteniendo una pipa entre los dientes. Entre estrofas, el oficial daba caladas, y el anaranjado resplandor de la llama de la pipa era la única luz que podía percibirse. James caminó por detrás del oficial y se acercó a la barandilla, donde buscó apoyo para sostenerse. El mar resultaba casi invisible en la penumbra, apenas mostrando la forma fantasmagórica de la espuma de las olas que chocaban contra el casco mientras Henrietta nadaba incansablemente hacia adelante.



Los pensamientos de James se difuminaban en un borrón. Los acontecimientos de la noche jugaban una y otra vez en su cabeza, extraños y más misteriosos con cada recuerdo. Las palabras de Petra habían sido suficientemente aterradoras, pero se habían achicado en comparación con la pesadilla del mástil cayendo y los horrores que la habían precedido. Recordó la triste certidumbre con la que la voz de ella le había pedido que la dejara ir, que la dejara caer al océano siguiendo su enigmático broche perdido, como si fuese sido algo que jamás podría, en miles de años, haber permitido que sucediera. Sin embargo la peor parte de todo aquello había sido ese momento... el momento en que, en un instante cristalino de perfecto entendimiento... había sabido que Petra, la chica que amaba, estaba a punto de morir.

Y luego, con una conmoción que nadie más podía sentir, él, James, había conjurado la misteriosa hebra plateada, la que lo había conectado a ella salvándola del alcance de las olas. Un día antes por la tarde, Barstow había dicho que la tempestad que se avecinaba no era como la de *El Triunvirato*. *Esto no será una tormenta mágica*, había dicho, *como la que casi alcanzó al legendario Treus y a su tripulación*. Pero ahora, James no podía evitar indagar en ello.

Pisadas cercanas sonaron sobre la cubierta húmeda. James no levantó la vista. Esperó que quienquiera que fuese simplemente pasara por su lado. En lugar de eso, escuchó que la figura se aproximó a él, sintió el calor de esa persona, mientras se apoyaba en la barandilla junto a él, casi invisible en la tormentosa oscuridad.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó una voz quedamente. Era su padre.

James suspiró profundamente.

—Sí. Eso creo.

Juntos, observaron las formas errantes de la espuma blanca, moviéndose como fantasmas alrededor del barco. Después de un minuto, su padre volvió a hablar.

—¿Te gustaría contarme qué fue lo que sucedió?

James pensó en ello. Finalmente, dijo:



—Petra está enferma, papá. Pero no enferma como mamá piensa que está. No está bien. En sus pensamientos pasan cosas. Creo que... esta noche creo que subió a la cubierta porque... porque quería que le ocurriera algo.

Harry Potter asintió lentamente. Sus gafas brillaban tenuemente mientras la luna finalmente se asomó a través de las escasas nubes.

—He hablado con Merlinus al respecto —dijo. —El director ha estado... vigilándola.

—¿Qué es lo que le pasa? —preguntó James, mirando a un lado hacia su padre. —¿Merlín lo sabe? ¿Va a estar bien?

Harry giró la cabeza hacia James y mostró una ligera sonrisa.

—Te diré la verdad, hijo. No lo sé. Pero ella ha pasado por muchas cosas horribles. Tomará tiempo para que se adecúe en todo. Sé paciente. Comparte tu amistad con ella.

James suspiró de nuevo, desviando la mirada.

—Ni siquiera sé cómo hacer eso. Cada vez que hablo con ella, me quedo... no sé... —Se encogió de hombros y meneó la cabeza.

La sonrisa de Harry se amplió un poco y empujó a James con su hombro.

—Sé cómo te sientes, hijo. No te preocupes. Las palabras vendrán cuando sean necesarias. Exactamente como lo hicieron esta noche.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó James, mirando de nuevo a su padre.

Harry se encogió de hombros.

—Te he oído. Todos lo hicimos. Oímos que dirigías tu voz a Petra mientras colgaba del barco, atrapada. Te oí diciéndole lo que tenía que hacer. La convenciste. Le salvaste la vida, James.

—¿Pero cómo, papá? —preguntó James, casi con aire suplicante. —¿Cómo lo hizo? ¿Cómo consiguió despedazar las sogas con sólo usar su mente? ¡Lo hizo ayer



por la mañana también! Ella fue quien arregló la cadena del arnés que estaba debajo del barco. ¡No utilizó su varita! No... —James se detuvo, dándose cuenta de que estaba a punto de romper la promesa que le había hecho a Petra. Había prometido no contarle a nadie su secreto. —No... utiliza ninguna varita mágica. Ya no. Quiero decir, no que yo haya visto.

—Eso lo pude notar —contestó Harry sosegadamente. —Merlín lo sabe. Me contó un poco, pero no mucho. Es un hombre que se mantiene firme a la hora de guardar silencio.

—¿Puedes contarme algo de lo que te haya dicho?

Harry negó con la cabeza.

—No es porque no tengas derecho a saberlo, James, sino porque no tendría ningún sentido. Más adelante, tal vez lo haga. Cuando las cosas estén más claras.

—Entonces fue por eso que Merlín viajó con nosotros, ¿no? —dijo James, mirando la cara de su padre en busca de sosiego. —La verdadera razón por la que vino es para mantener un ojo sobre Petra, ¿no es así?

Harry intercambió la mirada con su hijo. Sacudió la cabeza llanamente.

—Tienes la mente de un auror, James —observó con seriedad. —Úsala bien. Utilízala para mantenerte alejado de los problemas. Sé lo difícil que será oír esto, pero óyelo de todos modos: por ahora, no hay nada más que puedas hacer por Petra sino ser su amigo. Pase lo que pase, eso será lo que más necesite.

—¿Qué va a pasar? —preguntó James, sin apartar la mirada de su padre. —¿Qué sabes tú?

—Sé que tienes dificultad para entender que el peso del mundo no es tuyo para soportarlo —dijo Harry, con cariñoso cansancio. Enseguida sonrió socarronamente. —Pero quieres sobrellevarlo honestamente, así que no puedo culparte por ello.



Durante un buen rato, los dos permanecieron en silencio otra vez. James se giró y dirigió la mirada al océano, escuchando el monótono golpeteo de las olas debajo de la proa. Después de un minuto, habló de nuevo.

—¿Qué fue lo que pasó ahí, papá?

Harry parecía saber lo que su hijo le estaba preguntando. Meditó en ello por un momento y luego se quitó las gafas.

—¿Alguna vez te conté lo que pasó el día en el que mis padres fueron asesinados? —preguntó con suavidad.

James lo miró con expresión seria.

—Claro —contestó lentamente. —Quiero decir, todo el mundo conoce la historia. Ha habido libros. Incluso se han hecho películas.

Harry asintió con aspereza.

—Sí, pero eso no es lo que realmente sucedió. A decir verdad, apenas fueron suposiciones. Quiero decir, todos los que estuvieron allí aquella noche han muerto. A excepción de mí, por supuesto. Y por suerte, no recuerdo nada de nada. Sólo hay una persona que realmente sabía la verdad ocurrida esa noche. ¿Sabes de quién hablo?

James frunció el ceño mientras pensaba en ello. Una idea se le ocurrió.

—¿Dumbledore? ¿Tu viejo director?

—Justo en el blanco —repuso Harry, sonriendo. Era una sonrisa desganada, más bien triste. —Albus Dumbledore. Me lo dijo, aunque no lo comprendí en ese momento. Tal vez nadie más que Dumbledore podía comprenderlo. Era magia antigua, después de todo. Antigua y profunda. Ese tipo de cosas que no se enseñan en los libros ni en las clases. Llegan a través de la sabiduría. Dumbledore podrá no haber sido perfecto... pero era sabio.

James parpadeó, inseguro de a dónde se estaba yendo el asunto.



—Entonces, ¿qué fue lo te dijo? —le preguntó a su padre. ¿Lo que realmente pasó esa noche?

Harry entornó los ojos mientras miraba hacia las olas.

—Mi madre hizo un intercambio —dijo lentamente. —Suena sencillo, a decir verdad, y aun así creo que no se trata de eso en absoluto. Creo que una explicación simple es la única manera en que realmente podamos comprender. Hizo un sacrificio. Dio su vida para salvar la mía. Cuando lo hizo, creó una especie de magia que Voldemort, con todo y su cruel poder, jamás pudo asimilar. Creó una especie de sortilegio, algo que lo ató y lo trastornó, algo mediante el cual él y yo quedamos conectados para siempre, hasta que alguno de nosotros estuviese muerto. El secreto de eso, el mismo misterio de eso, se encuentra en la sustancia de ese vínculo, la fuerza que hizo que el sortilegio fuese irrompible. Dumbledore me lo contó cuando era apenas un niño, más joven que tú ahora, pero entonces resultaba demasiado simple para mí. Pensé que él sólo estaba siendo sentimental. Ahora pienso diferente. Ahora sé que la fuerza de la que hablaba con certeza es la cosa más poderosa, más inviolada e inquebrantable que exista en el universo entero. Dime que sabes de lo que estoy hablando.

James sabía a lo que su padre se estaba refiriendo.

—Amor —le contestó. —El sortilegio de tu madre estaba atado al amor. De un modo u otro, ¿verdad?

Harry asintió de nuevo, muy lentamente esta vez.

—La gente piensa que el amor es algo ligero y esponjoso, algo de ensueño. Lo escriben en floridas cartas rosadas, lo imprimen en tarjetas, lo reproducen en gráciles canciones y las tocan con flautas y arpas. Pero eso no es lo que es realmente el amor, o, al menos, eso no es *todo* lo que es el amor. El amor es como las cadenas de acero indestructible. El amor es como pesas de hierro, más pesado que el mundo. El amor puede ser lastimado con tanta seguridad como se puede levantar. Todo lo demás se marchita ante él. Eso es lo que Voldemort falló en percibir, y lo que lo mató al final: el amor de mi madre, el sacrificio que ella hizo, entregándose a sí misma... por mí.

James jamás había oído a su padre hablar de esas cosas antes. La historia de la muerte de sus padres era tan común, tan familiar para todos en el mundo mágico, que se había convertido en un asunto casi estéril. Ahora James se dio cuenta, más de lo que nunca antes había hecho, que esto era lo que realmente había sucedido. Su padre, el gran Harry Potter, había sido un bebé, indefenso y desamparado, y había requerido de la protección de su propia madre, una mujer que había dado la última cosa que poseía, la más poderosa; y había sabido cómo darla: su propia vida, como un acto de amor perfecto.

Junto a James, su padre se removió.

—Como dije, es magia antigua. Tan básica, tan simple, que no son necesarias las palabras. Simplemente lo es. El intercambio: salvar una vida por el sacrificio de otra. Esto produce un vínculo, uno que es irrompible, uno que formará parte del sortilegio para siempre, como el que existió entre Voldemort y yo, y que eventualmente lo mató. ¿Entiendes, James?

James hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. Quiero decir... creo que sí. Pero, ¿qué tiene que ver esto con...?

—James —Harry le interrumpió, —hoy, algo así ocurrió aquí, en este mismísimo barco. Pero fue diferente. No lo sabía a ciencia cierta, no cuando ocurrió. No podía ver nada porque Merlín tapó las ventanas. Pero lo sentí. Una parte de mí... algún rincón sepultado, una parte esencial de mí... recordó la sensación de aquello. James, ¿puedes decirme... cuando Petra cayó... viste algo? ¿Algo inusual?

James sentía el frío en los pies. Miró a su padre, confundido, con los ojos muy abiertos. No necesitaba responder. Harry notaba eso en los ojos de su hijo.

—Algo pasó entre tú y Petra. Pero no fue un intercambio. No sé cómo, pero la salvaste, como mi madre me salvó a mí... pero lo hiciste sin tú mismo tener que morir. Aunque estabas dispuesto a hacerlo, ¿verdad?

James todavía tenía la mirada en su padre, sin verlo ahora mientras proyectaba su mente de nuevo en los acontecimientos de la noche. Asintió.



Harry asintió también.

—Lo sé. Estabas dispuesto a morir en su lugar. Y eso de alguna manera desencadenó la magia, provocó que el vínculo se diera, a pesar de que... no tenías que morir.

Cuando James habló, lo hizo casi en un susurro.

—Pero... ¿cómo es posible? Tu madre era una bruja adulta, y según parece, era brillante. ¿Cómo es que yo pude efectuar un sortilegio tan digno, serio y potente como el que ella hizo?

Harry sacudió la cabeza.

—No es esa clase de magia, James. Fue por eso que Voldemort fracasó en hacerle frente. No se trata de la magia que tú aprendes. No se trata de transformaciones ni de vuelos sobre escobas. Para aquellos que conocen el amor, está ahí mismo, muy en lo profundo, como un río subterráneo oculto y poderoso. Muy pocas brujas y magos alguna vez han tenido la necesidad, o la profundidad de carácter, como para recurrir a él. Lo hiciste, James. Como lo hizo mi madre. Lo hiciste así.

—Pero... ¿entonces por qué sobreviví? ¿Si se trataba de un intercambio...?

Harry posó una mano sobre el hombro de su hijo.

—No lo sé. Es casi como si te hubieses topado justo con alguna forma de magia completamente diferente, algo más allá de lo que conocemos o entendemos. Lo único que sé es que ocurrió, y... estoy orgulloso de ti, James. No puedo decirte todo el orgullo que siento, no sólo por lo que hiciste, sino por la tranquilidad y confianza que tuviste al hacerlo. —Harry suspiró profundamente, y luego continuó en voz más baja. —Ni te puedo decir lo aliviado que me sentí cuando os vi a ti y a Petra bajar juntos esa escalera, tan mojados y aturdidos como podríais haberlo estado. Porque por un horrible momento pensé que te perdería. Y no quiero volver a sentir esa sensación otra vez. No creo que pueda soportarlo.

James asintió. Entendía muy bien lo que su padre estaba hablando.

No parecía haber nada más que decir. Harry puso el brazo alrededor de los hombros de su hijo y juntos comenzaron a abrirse paso en dirección a las escaleras, resguardándose de nuevo bajo cubierta.

—Papá —dijo James mientras se movían en la oscuridad, —¿por qué Merlín cubrió las ventanas? ¿Por qué él simplemente no utilizó sus poderes para salvar a Petra?

Harry permaneció en silencio durante un buen rato. James había empezado a pensar que su padre no iba a contestar eso del todo, cuando por fin respiró hondo para hablar.

—Merlinus es un mago muy misterioso y poderoso, James —puntualizó cuidadosamente. —Viene de una época drásticamente diferente. No entiendo por qué hace muchas cosas que hace. Pero se parece bastante a mi viejo director, Dumbledore, en un aspecto importante: es sabio. La sabiduría no se consigue de forma fácil ni barata, y debe respetarse siempre que pueda ser encontrada. No siempre comprendo a Merlinus. Pero lo respeto. Él tiene sus razones, pero son exclusivamente suyas.

James quería ser insistente. Se detuvo en la parte superior de la escalera de la cubierta y se volvió para darle la cara a su padre.

—Intenta adivinar, papá. Vamos. Eres inteligente. Haz una suposición.

Harry sacudió la cabeza lentamente, no en señal de negación, sino sumido en sus pensamientos. Miró por encima de las olas.

—Merlín bien sabía que ibas a rescatar a Petra... o que en cierto sentido, Petra iba a ser salvada, de algún u otro modo —profirió con docilidad, y después se detuvo. Finalmente, se encogió de hombros, sin todavía encontrarse con la mirada de James. —O, por cualquier motivo... y a pesar del hecho que odio considerarlo... quizás Merlín estaba dispuesto a permitir que Petra muriera.

James sintió de nuevo un escalofrío que le fluía por la espalda, erizándole los vellos.



Harry vio esa mirada en la cara de su hijo, pero no trató de negar sus palabras, ni tampoco de añadir algo más a su declaración. Por último, después de un largo y reflexivo momento, los dos descendieron a la calidez e iluminación del pasillo. Se desearon buenas noches en la puerta del camarote de James, y éste trepó silenciosamente a su litera.

En la balanceante oscuridad, James levantó su mano derecha y la miró. La resplandeciente hebra plateada ya no era visible, pero tenía la fuerte sensación de que todavía estaba allí, tan real y fuerte como lo había sido más temprano esa noche, cuando había sido la única cosa entre Petra y el sublevado oleaje. James había estado dispuesto a morir por la chica. No lo supo en ese momento, no pensó conscientemente en ello, pero no dudó. Había estado dispuesto a sacrificar su vida por ella.

Merlín, por el contrario, podría haber estado dispuesto a permitir que Petra muriera. Por increíble que pareciese, podría no haber levantado un sólo dedo mágico para salvarla. James sacudió la cabeza lentamente sobre la almohada, haciendo su mano palmotear la cama a su lado. Confiaba en Merlín. Sus experiencias del año pasado habían consolidado su confianza en la sabiduría y en la buena intención del anciano, tal y como el padre de James había dicho, pero, ¿qué podría explicar el hecho de que Merlín pudo haber optado por no salvar a Petra? Repentinamente el corazón de James saltó y el muchacho abrió los ojos. ¿Y si el mismo Merlín había invocado la tormenta? Al fin y al cabo, la naturaleza era su medio, y la fuente de sus poderes. ¿Y si la tormenta había sido provocada con magia, y la muerte de Petra fue su intención?

Era completamente ridículo, por supuesto. Merlín podía ser de fiar. James sabía eso ahora, plena y profundamente. Merlín era un buen tipo.

Pero ¿qué hay de Petra? James se preguntó, incapaz de acallar la voz de su más profundo y honesto corazón. Después de todo, Petra cree que ha matado a alguien. Si lo hizo, tal vez Phyllis se lo merecía, pero entonces de nuevo, tal vez no lo hizo. Tal vez Albus tenga razón. Tal vez la única razón por la que Petra no esté en Azkaban es porque nadie puede probar lo que hizo. Tal vez Merlín estaba dispuesto a dejarla morir esta noche porque... Petra no es buena. Tal vez es mala. Peor aún, tal vez es malvada... y poderosa.



James contuvo sus pensamientos antes de que pudieran ir más lejos. Petra *no era* mala. Podría estar confundida, y ciertamente estaba enferma de alguna manera, pero en el fondo era buena. Él lo sabía. Si Merlín pensaba lo contrario... y James no podía saber si pensaba así, a pesar de cómo las cosas podrían haber parecido más temprano esa noche... entonces estaba simplemente equivocado.

Pensando en ello, James finalmente cayó en un intermitente e intranquilo sueño.



Al día siguiente, después del desayuno Barstow hizo frenar a Henrietta, deteniendo al *Gwyndemere* sobre las olas que se mecían. Con la ayuda de Dodongo, la tripulación lanzó por la borda los restos de peces espada, y James, Ralph y Lucy observaban mientras Henrietta los atrapaba en sus fauces, haciéndolos crujir completamente.

—¿Fue como el cordón brillante que viste el año pasado? —preguntó Ralph en voz baja. —En la cueva, cuando fuimos al escondrijo de Merlín.

James sacudió la cabeza.

—No. Ese empezó como un rayo de sol, y luego se convirtió en una vieja y clara cuerda, elaborada con una cierta clase de tejido dorado. En cambio éste fue como... como una hebra estirada desde la luna.

Ralph frunció el entrecejo.

—¿Qué crees tú, Lu?

—Creo que el tío Harry tenía razón sobre lo que le contó a James. Es magia antigua. No todo el mundo puede dar con ella. Y cuando lo consiguen, no es algo que puedas controlar. Sería algo así como tratar de embotellar un relámpago.

—¿Y qué hay de Petra? —contraatacó James, mirando entre los otros dos. —
¡Puede hacer magia sin usar ninguna varita! ¿Eso es... normal?

—Desde luego que no es *normal* —replicó Lucy. —Pero no es algo completamente insólito. Muchas personas practican magia sin el uso de varitas, como una especie de pasatiempo. Es algo muy difícil de manejar. La varita se enfoca en la magia, como una lupa puede enfocar un rayo de sol y convertirlo en antorcha. Tal vez Petra sea especialmente talentosa.

Ralph miró alrededor para asegurarse de que nadie estaba cerca, y luego habló en voz baja:

—Me preocupa más la parte que te dijo de que algo o *alguien* la estaba siguiendo en todo. Quiero decir, ¿será que se está volviendo paranoica? ¿O realmente alguien va tras ella? ¿Y tal vez tras el resto de nosotros también?

—Si realmente fuese una persona maligna —reflexionó Lucy, —entonces Merlín lo habría presentido. Él es así de poderosísimo. Sin embargo, *fue* un momento aterrador cuando los barcos piratas casi nos capturan a todos. Tal vez era eso a lo que se estaba refiriendo.

Tanto Ralph como Lucy dirigieron la mirada a James, pero éste simplemente se encogió de hombros y meneó la cabeza.

En seguida, Barstow ordenó que las escotillas fueran cerradas de nuevo en preparación para la última etapa del trasatlántico viaje.

—Esa es mi chica, Henrietta —le gritaba cariñosamente. —Sólo un poquito más, ya después Dodongo aportará su otro poquito y te daremos tu buen merecido descanso.

Henrietta saltaba en el agua, nadando en enormes círculos y haciendo figuras de ocho, con sus jorobas cortando las olas. Sacudía su cola y arrojaba agua de mar desde su grande y escamosa cabeza. Finalmente, Barstow se encaramó a la silla de latón, silbando.

—¿Quieres manejar las riendas una vez más, James? —le gritó, sonriendo maliciosamente. —¡Una última oportunidad antes de avistar tierra!



—No, gracias —James se limitó a decir, aunque no podía evitar sonreír.

—Como quieras —dijo Barstow, encogiéndose de hombros. Lanzó un encantamiento corto y la línea de pesca mágica pulsó una vez más. Henrietta se abalanzó hacia delante y el barco se sacudió a sus espaldas, irguiéndose sobre las olas.

Mientras el viaje se acercaba a su final, James se encontró con que la emoción de ello se había agotado finalmente. Estaba ansioso por tocar tierra de nuevo y se encontró a sí mismo merodeando por la proa a medida que el día avanzaba, contemplando el horizonte en busca de cualquier señal de su lugar de destino. Ralph lo acompañaba a veces, al igual que Albus y Lucy. Después del almuerzo Petra se había unido a él llevando a Izzy al lado. Los tres se sentaron con las piernas cruzadas sobre la cubierta, apoyándose en la barandilla, hablando sin interés de lo que Estados Unidos podría ser. Curiosamente, Petra parecía sentirse bastante mejor, al punto de casi volver a ser la misma de antes. Reía mientras conversaban, y James se alegraba de oír su risa. Quería preguntarle acerca de esa magia, cómo había logrado producirla sin su varita, pero no lo hizo. Se lo preguntaría posteriormente, pero por ahora no. Aquel momento no era el más oportuno.

Finalmente, cuando el sol comenzó a descender hacia el horizonte, James oyó un murmullo de voces y levantó la mirada. Persephone Remora y su pandilla de compañeros de viaje subían hacia la proa, entrecerrando los ojos ante el ocaso, con sus rostros tan pálidos como lápidas.

—Sí, amigos míos, creo que estáis en lo cierto —divulgaba Remora, alzando la cara en la brisa. —Puedo olerla también. El aroma púrpura oscuro de la sangre se hace espeso en el viento. Estamos muy cerca de casa.

James suspiró y puso los ojos en blanco. Se levantó y serpenteó a través de las figuras vestidas de negro, dirigiéndose hacia abajo de las cubiertas. Sintió que los adolescentes clavaban su mirada en él al pasar, con los rostros desvergonzados y sarcásticos.

Un rato después James, junto con sus compañeros de viaje, subía por una escalera de caracol hasta la parte superior del camarote, deseoso por captar su primer atisbo de los Estados Unidos. James se ubicó codo a codo entre Albus y Lucy junto a la barandilla, observando mientras una forma oscura e irregular crecía en el horizonte. Debajo, la proa lucía muy pequeña y estrecha. James pudo ver claramente a Henrietta cortando el oleaje al frente, su largo y ágil cuerpo ondeaba justo bajo la impetuosa superficie.

—¿Estás emocionado? —preguntó Lucy, inclinándose ávidamente por la borda, con sus negros ojos brillando. —Pues yo sí. No puedo esperar a llegar allí.

—¿Por qué tienes tantas ansias al respecto, Lu? —inquirió Albus. —Has viajado ya por todo el mundo.

—Claro —respondió Lucy, encogiéndose de hombros, —pero ése era el mundo. Esto es los Estados Unidos. Para bien o para mal, no hay otro sitio que lo iguale.

Albus se mofó sombríamente.

—Lo mismo se puede decir del cesto de la ropa de James.

—Mirad —exclamó Molly de repente, señalando. —Por allí, justo a la izquierda de proa. ¿Lo veis? ¡Edificios! ¡Esa es la silueta de una ciudad! ¡Ya casi llegamos!

James miró. No estaba seguro de estar viendo lo mismo que Molly veía, pero de todas maneras resultaba emocionante. La gran masa terrestre crecía y se difundía, expandiéndose lentamente hasta llenar el horizonte occidental. Conforme la niebla de la lejanía se disipaba, James comenzó a reconocer las formas de una gran ciudad. Los edificios se elevaban hacia el cielo, apiñados como pilas de gigantescos bloques de juguete. Finalmente, mientras se aproximaban lo suficiente como para que James distinguiera las facetas de los rascacielos individuales y reconociera las formas de otras embarcaciones amontonadas en torno a los desperdigados puertos, Barstow frenaba despacio al *Gwyndemere*. Hábilmente, utilizó su propia varita para liberar a Henrietta de la cadena de su arnés. Algunas instrucciones rápidas y elogiosas enviaron a la gran serpiente marina a enroscarse

debajo del navío, donde aparentemente se escondía durante el ataque a la zona más cercana a tierra. Después, mucho más lentamente, el *Gwyndemere* empezó a deslizarse hacia adelante, propulsado por el obediente pedaleo de Dodongo en la parte inferior de las cubiertas. James se giró y vio la chimenea detrás expidiendo un chorro de humo negro: se trataba sin duda del último enorme cigarro del simio gigante. Sonrió ampliamente y luego se volvió a la colindante tierra.

—La Estatua de la Libertad —anunció Harry desde atrás de James. James la vio, irguiéndose completamente delante de aquella gran ciudad, frágil en la distancia brumosa. La estatua parecía embelesarlos dócilmente, con su antorcha elevada por encima de su cabeza, lanzando destellos dorados mientras el sol brillaba sobre ella. Detrás de James, su padre suspiró y dijo más bien apaciblemente. —Estados Unidos. Me preguntó qué diría Severus Snape.

—Diría que mantengas puesta una mano sobre tu varita y la otra en tu billetera —espetó Albus, esbozando una sonrisa maliciosa y torcida.

—Ya casi arribamos —informó Percy vigorosamente, aplaudiendo. —Sugiero que todos vayamos abajo y nos preparemos. ¡El viaje no ha terminado aún! Tenemos todavía mucho camino que recorrer antes de que anochezca, y nuestros escoltas se reunirán con nosotros en la aduana.

James se giró a un lado, mirando por encima de Ralph a su prima Lucy.

—¿Tu papá siempre está así de animado cuando viaja?

Lucy asintió remilgadamente.

—Aprovecha muy bien los viajes. Lo bueno es que siempre podemos dejarlo gestionar todo el asunto que viajar acarrea y lo que tenemos que hacer nosotros es disfrutar de los lugares de interés. Debe ser sugestivo.

—Las últimas palabras famosas —repuso Albus, entrecerrando los ojos.

Poco a poco, James, su familia y amigos empezaron a zigzaguear por la escalera de caracol, descendiendo a los camarotes. Para cuando habían trasladado sus baúles hasta la cubierta principal, se encontraban ya muy cerca del puerto. Las sombras de los rascacielos cubrían al *Gwyndemere* a medida que éste se dirigía



hacia el angosto puerto, rodeada por inmensos buques de carga y remolcadores oxidados. Al pasar, gaviotas se remontaron y alzaron vuelo a las corrientes de aire que soplaban indolentemente sobre las olas. El aire estaba cargado con una mezcla de olores de peces muertos, algas, y, desafortunadamente, el hedor a suciedad. James se giró para ver mientras una enorme barcaza de basura pasaba pesadamente junto a ellos, rodeada por su propia nube de chillonas gaviotas.

—Espero que esto no sea señal de lo que está por venir —dijo Ralph, echándole un vistazo a los apestosos montones de basura.

—Anímate, Ralph —dijo Petra, que venía sonriendo detrás de ellos. —Una ciudad que pueda darse el lujo de botar tanta basura debe ser una ciudad digna de admirar, ¿verdad?

Ralph sacudió la cabeza con incertidumbre.

—Si tú lo dices.

—Ya lo creo —dijo Petra, y algo en su voz hizo que James se diera la vuelta. Ante su contemplación, sin duda Petra no parecía estar más enferma, y esa visión hacía que su corazón se alegrara. La muchacha tomó un profundo y satisfecho aliento y lo dejó escapar lentamente, mirando hacia las imponentes y relucientes edificaciones. Después de exhalar, Petra volvió a hablar. —Nueva York —dijo, entornando los ojos ligeramente. —¿Sabes cómo la llaman?

James negó con la cabeza, sonriéndole con desconcierto.

—La llaman «la ciudad que nunca duerme» —respondió para sí misma, asintiendo con aprobación. —Me gusta eso. Me gusta mucho.

James no podía dejar de mirarla. A su parecer, Petra estaba casi radiante. Más allá de ella, los edificios se erigían y centelleaban, proyectando su sombra sobre la chica, que resplandecía bajo el sol poniente.

Un barco remolcador tocó su bocina en algún lugar cercano, pero James apenas la oyó.





La siguiente media hora pasó en un torbellino de bulliciosa muchedumbre, mientras sonaban anuncios por todas partes, haciendo largas colas y encontrándose con brillantes señalizaciones. James caminaba inexorablemente en una especie de asombro aturdido, contento de que su padre y el tío Percy parecían estar coordinando las diversas cuestiones, conexiones y direcciones. El mago agente de aduanas estadounidense ni siquiera levantó la vista cuando James se colocó delante de la alta ventanilla, siguiendo a Lucy e Izzy.

—Su nombre —pidió el hombre, extendiéndole el brazo con la palma de la mano hacia arriba. James había estado observando, así que ya sabía qué hacer. Dejó caer su varita en la mano del hombre.

—James Sirius Potter —contestó por encima del ruido de la multitud.

—¿Motivo de visita a los Estados Unidos? —preguntó el agente en tono monótono y aburrido.

—Vine aquí con mi padre, Harry Potter —respondió James. Se sintió satisfecho al ver al agente parpadear y mirarlo por encima de sus gafas. Fue una mirada breve, pero James sabía lo que significaba. Incluso aquí, Harry Potter era una figura muy conocida.

—¿Transporta cualquier fruta, vegetales, pociones, bestias, insectos, objetos malditos, o artefactos prohibidos a los Estados Unidos?

—No —dijo James, y luego agregó rápidamente—: Er, traigo una lechuza. *Nobby*. ¿Ella cuenta?

—Los animales domésticos son permitidos, siempre y cuando pasen por una rutina de inspección sanitaria —aclaró el agente, sosteniendo la varita de James bajo una lupa de gran tamaño. Humeantes formas en el cristal se convirtieron en letras, y James estiró el cuello para leerlas. Mostró interés al ver que las letras



deletreaban los distintos hechizos que había realizado... en su mayoría levitaciones, pero también los encantamientos de ocultamiento que había usado con la carta de Petra... así como la elaboración y los detalles del núcleo de su varita. El agente escribió rápidamente el nombre de James en una pizarra repleta de anotaciones y las letras aparecieron un instante después en el cristal de la lupa, por debajo de la información de su varita. El funcionario se giró y puso la varita de James en el mostrador para que la cogiera de vuelta.

—¿Es usted un certificado o bien un indocumentado hombre lobo, animago, metamorfomago, vampiro, o algún tipo de forma cambiante o bestia parlante? — dijo, recitando velozmente aquellas palabras como si hubiera hecho la misma pregunta millones de veces antes; lo cual probablemente era cierto.

James intentó reproducir la pregunta en su cabeza.

—Hmm, no lo creo —respondió.

—Bienvenido a los Estados Unidos —dijo el agente sin sonreír. —Y buena suerte, señor Potter.

—Er, gracias —respondió James. A medida que avanzaba en la fila, dando espacio a Ralph para que entregara su propia e inusualmente grande varita, James se giró y vio a su padre parado en una cola adyacente, detrás de Merlín y delante de su madre. Todos ellos conversaban con las cabezas muy cercanas.

Finalmente, las señalizaciones y colas se abrieron a un amplio vestíbulo con altos techos abovedados y anuncios en movimiento enmarcados en las paredes. Brujas y magos abarrotaban el espacio, algunos volando sobre escobas en lo alto, zumbando de un lado a otro a través de una hilera de altísimas puertas ubicadas en la pared del fondo. Mientras James examinaba a la aglomerada multitud, no estaba exactamente sorprendido al ver una gran variedad de grupos étnicos, estilos de ropa, e incluso animales, todos arremolinándose como hormigas en aquel gigantesco espacio.

Al otro lado del recinto, cercano a las puertas, un pie grande que llevaba puestas una mochila y un par de oscuras gafas de sol caminaba pesadamente, elevándose por encima de los que le rodeaban. Cerca de allí, un mago moreno con



un sombrero rojo se encorvaba sobre una bolsa de viaje abierta. Sacó una larga cuerda blanca, la cual lanzó al aire diestramente, la atrapó y la enganchó en nada. Sin interrumpirse, el hombre cerró su bolsa de viaje, se la echó a un hombro, y, para total fascinación de James, comenzó a trepar por la cuerda. Cuando llegó al extremo, se desvaneció en el aire llevándose consigo la bolsa de viaje. Un instante después la aparente cremallera de la cuerda se cerró hacia arriba, desapareciendo del mismo modo.

—Estupendo —musitó Ralph apreciativamente, poniéndose junto a James, con los ojos desorbitados.

James asintió y pudo sentir el entusiasmo burbujeante en él. Juntos, siguieron a Percy y a Neville Longbottom hacia una fila de grandes escaleras de mármol y puertas más allá.

—¡Eh! —saltó Ralph de repente, parándose de puntillas para mirar por encima de la multitud, — ¿ese de allí no es el rector Franklyn? ¡En el rellano de la derecha!

James miró por encima del hombro de Neville y sonrió ampliamente.

—¡Sí! ¡Y mira quién está con él!

—¡James! —Una voz gritó por encima del ruido de la muchedumbre. — ¡Ralph! ¡Venid, por acá!

James y Ralph empujaron entre la multitud para abrirse paso, riendo con alegría. James brincó por las escaleras, subiéndolas de dos en dos hasta el rellano más cercano, donde un pequeño grupo de personas permanecían observando.

—¡Zane! —exclamó. — ¡No sabía que ibas a venir!

—¿Lo dices en serio? —dijo Zane, igualando la sonrisa de James. —Planeaba viajar de polizón en el compartimiento de equipaje si el rector Franklyn no me hubiera dejado venir. ¿Qué hay de nuevo, colegas? ¡Me alegro de veros!

James alargó una mano para estrechar la de Zane, pero éste agarró a James por el hombro y tiró de él hasta un tosco medio abrazo.



—Uuuf —masculló James, riendo. —Me olvidaba de lo sentimental que sois muchos de vosotros. Estamos bien. Felices de que al fin hayamos llegado.

—¿Qué tal, Zane?! —sonrió Ralph, jadeando y caminando desde el último escalón hasta el rellano. —Bonito país el que tenéis aquí.

—Sólo tenéis que esperar a ver —dijo Zane, acercándose a Ralph y lanzando un brazo por encima de los hombros del chico más grande. —Voy a mostraros los alrededores. Os encantará. Pero primero las respectivas presentaciones... —se giró a un lado, haciendo gestos hacia las personas que se encontraban cerca. —Este es el rector Franklyn, por supuesto, a quien ya conocéis.

Franklyn asintió hacia James y Ralph.

—Muchachos —saludó el rector, sonriendo. —Qué bueno veros a ambos otra vez, y ya unos adultos, me atrevería a decir. Confío en que hayáis estado practicando las técnicas defensivas. Por lo visto es posible que este año, nuevamente, vaya a supervisar vuestra educación, si no me equivoco.

James asintió, pero Zane continuó, interrumpiéndolo antes que pudiera contestar.

—Junto a él, se encuentra la profesora Georgia Burke, que enseña OCUMU y Zoología Mágica. Podríais tenerla este año si tenéis suerte. Nos permite acicalar a los rapsómacos moñudos, aunque es técnicamente una violación del código de salud. El resto de estos mojigatos son sólo personal de voluntariado y de la administración, que están aquí para tomar unas cuantas fotografías de la gran ciudad. Como yo —terminó Zane, esbozando una sonrisa. —Lo que me recuerda... oye, ¿cómo te llamas?

Lucy pestañó hacia Zane cuando alcanzó el rellano.

—Soy Lucy Weasley —respondió ella. —¿Y tú?

—Mucho gusto, Lucy. Soy Zane. ¿Conoces a estos dos? Vaya alborotadores buscapleitos, ¿no? En ese caso, ¿te importaría tomarnos a los tres una foto?



James ahogó una sonrisa mientras Zane colocaba una gran cámara en las manos de Lucy.

—Basta con pulsar el botón rojo de la parte superior derecha —dijo el chico americano, retrocediendo y posando un brazo a cada lado de James y Ralph. — Pero tienes que mantenerlo pulsado durante un segundo para que el *flash* funcione.

—Sé bien cómo manejar una cámara —comentó Lucy, poniendo los ojos en blanco. Levantó la cámara y miró por el visor.

—¡Mostrad los dientes! —propuso Zane, sonriendo de oreja a oreja ante la cámara. Ésta disparó un fugaz destello al tiempo que Ralph y James cumplían con la propuesta del chico estadounidense.

—Vaya, vaya —dijo Albus, subiendo las escaleras junto a sus padres, — conque aquí tenemos a nuestro risueño y cursi amigo americano.

—Me alegro de verte, Zane —dijo Harry, palmeando bruscamente a Zane en el hombro. —¿Haciendo de las tuyas todavía en el campo de quidditch?

—Ya quisiera yo —contestó Zane, sacudiendo la cabeza. —Estos tipos no tienen ningún respeto por el juego aquí. Por estos lados todo se trata *Quodpot y Clutchcudgel*. Contamos con un equipo, pero nada es como cuando jugaba con los Ravenclaw. —Suspiró, y luego se reanimó.

—¡Hola, Petra! ¡No sabía que ibas a venir!

Petra sonrió radiantemente a Zane, caminando con Izzy a su lado.

—Creo que nadie lo sabía con seguridad hasta que hubimos embarcado —respondió, encogiéndose de hombros.

—Harry —le saludó Benjamin Franklyn calurosamente, estirándose para estrechar las manos. —Es un inmenso placer verte de nuevo. Ojalá fuera con motivo de mejores circunstancias. Y ella debe ser la guapísima Ginevra.

—Encantada de conocerle, señor rector —dijo la madre de James, sonriendo.

—Por favor, llámame Benjamin —dijo Franklyn, mostrando su más encantadora sonrisa.

—Rector —llamó Percy, entrando sigilosamente entre ellos y estrechando la mano de Franklyn. —Es un placer, como siempre. Ya conoce a mi esposa, Audrey, por supuesto. Y estos son Denniston Dolohov, Neville Longbottom, y finalmente, de último pero no menos impor...

—Merlinus Ambrosius —interpuso Franklyn, levantando la mirada hacia el mago alto. —Sí, desde luego. Apenas tuvimos la oportunidad de hablar la última vez que nos encontramos. Desde luego, las cosas habían estado ajetreadas. Estoy anhelando tener con él una más relajada entrevista esta vez, aunque tengo la certeza de que no será tan larga como yo podría esperar.

—Rector —asintió Merlín en señal de saludo. —Le aseguro que esta será probablemente la primera de mis muchas visitas. Deseo saber mucho acerca de este país vuestro. Pero vamos a darle el mejor de los usos al tiempo que disponemos.

Saludos y presentaciones continuaron dándose, pero James se había aburrido de eso y dejó de prestar atención. Finalmente, Neville habló:

—Os ruego que me perdonéis, pero por lo que a mi parte concierne, estoy ansioso por llegar a nuestro destino final. ¿Podemos continuar nuestra conversación mientras seguimos adelante?

—Sin duda, señor Longbottom —estuvo de acuerdo Franklyn. —Sólo estamos en espera de una persona más. Bueno, en cierto modo hablando.

Harry pasó la mirada en dirección a toda su tropa.

—Creo que estamos todos presentes y ninguno ha sido pasado por alto, rector. ¿Está seguro de eso?

—Claro que lo estoy —Franklyn asintió con la cabeza. —Perdone la confusión. Es una de los nuestros, de hecho. Da la casualidad que justo ahora está de regreso de un viaje de verano en el extranjero que emprendió con algunos de sus estudiantes.



—Y aquí mismo viene —dijo Zane, suspirando con irritación. —Chicos, no me digáis que viajasteis con ella.

James se giró, frunciendo el ceño con aire de duda burlona, justo a tiempo para ver a Persephone Remora ascendiendo las escaleras hasta el rellano, con su capa negra y larga que ondeaba dramáticamente a su alrededor, creando una estela entre la multitud en movimiento.

—Ah —suspiró. —Retornamos muy pronto. Parece como si apenas acabásemos de salir. Saludos, rector. Hola, Georgia. Perdóneme si parecemos menos entusiasmados de verlo. Es siempre más bien una presión al regresar de nuestra patria. Ruego que no lo tome como algo personal.

—Bienvenida a casa, profesora Remora —anunció Franklyn. —Faltaba más. No me ofendo con razón alguna. Nosotros también sabemos lo que es estar lejos de nuestra tierra natal. Como lo saben ahora nuestros amigos europeos aquí. ¿Entiendo que la mayoría de vosotros ya os habéis conocido?

—¿Profesora Remora? —murmuró James con incredulidad, girándose hacia Zane y Ralph.

—Sí —dijo Zane en voz baja. Profesora de Prácticas Prohibidas y Cursología. No me hagáis empezar. Ella es una maravilla.

—Hmm —dijo Ralph mirando de reojo a la mujer y sus estudiantes de cara pastosa. —No me lo hubiera imaginado.

James sacudió la cabeza.

—Está siendo sarcástico, Ralph. Es una especialidad estadounidense. ¿Recuerdas?

—Oh, sí —dijo Ralph, asintiendo. —Entonces, eso tiene más sentido.

—Amigos —profirió Franklyn, señalando hacia la hilera de puertas detrás de él, —¡salgamos de aquí!

Lentamente, el grupo se abrió paso hasta el último tramo de escaleras, moviéndose a las puertas con la luz del atardecer. James estiró el cuello para mirar alrededor de Neville Longbottom, con ganas vehementes de captar su primer vistazo de más adentro de la ciudad.

—Enmudecí de admiración cuando vi por primera vez este lugar —declaró Zane alegremente, entusiasmado. —Quiero decir, como un mago, por supuesto. Ya había estado en Nueva York un montón de veces antes, cuando era un niño, pero jamás me enteré que tenía un gemelo mágico. Aun así, creo que en cierto modo siempre me lo esperé, ¿sabéis?

—¿Qué quisiste decir con eso de «gemelo mágico»? —preguntó Ralph, mirando de refilón al otro chico mientras se acercaban a las puertas.

Zane parpadeó hacia él.

—¿No lo sabéis aún?

—Mi padre visitó Alma Aleron el verano pasado —replicó Ralph, —pero llegó vía trasladador. No creo que haya estado en Nueva York como tal.

—Oh, rayos —dijo Zane, sacudiendo la cabeza y sonriendo ampliamente. —Agarraos de vuestras varitas, entonces, chicos. Esto va a hacer volar vuestras mentes.

La imagen finalmente se abrió ante ellos mientras James, Zane y Ralph apretaban el paso hacia la moribunda luz solar. Frente a ellos, una carretera pavimentada conducía a través de una ornamentada puerta en forma de arco. Letras de hierro forjado elaboradas en el arco enunciaban las palabras «*e magicus pluribus unum*». Más allá de la puerta, emergiendo altas ante la puesta de sol, estaban las formas de relucientes rascacielos y torres hechas de acero, pero James no se sorprendió al verlas. Lo que lo había tomado por sorpresa, sin embargo, de una manera tal que se detuvo en seco, con su boca abriéndose ampliamente, fue el enjambre de vehículos voladores, brujas y magos en escobas, y resplandecientes anuncios y señalizaciones mágicas y vallas publicitarias móviles que recubrían las edificaciones, extendiéndose a lo alto en sus angostas zonas urbanas.



Por primera vez James percibió que casi todos los rascacielos terminaban en la azotea con otro edificio, más pequeño y más envejecido, como si una ciudad mucho más anticuada hubiese sido empujada hacia arriba por los edificios más nuevos, como nidos de pájaros en los árboles. Brujas y magos circulaban estas edificaciones, pernoctando en elaborados y minuciosos andamios que se extendían desde la mayoría de los rascacielos e incluso permanecían conectados a estos. En el centro de todo aquello, dominando el contorno entero de la ciudad, había un edificio tan brillante y transparente que parecía haber sido construido en su totalidad por cristal. Mientras James observaba, podía ver personas moviéndose dentro, montando en ascensores o trabajando sobre diminutas mesas semitransparentes.

—Bienvenidos, amigos —dijo Franklyn, mirando hacia arriba y sonriendo orgullosamente. —Bienvenidos a Nueva Ámsterdam...



Capítulo 6

Bajo el sauce zurcidor

Resultó que al final del viaje, el grupo arribaría a Alma Aleron en tren. Franklyn los condujo a todos bajo tierra a través de una entrada subterránea muggle. Cerca de los torniquetes, James veía a neoyorquinos muggles entremezclándose copiosamente y, por lo que parecía, sin prestar la más mínima atención a las brujas y magos en toda clase de trajes y disfraces. Un mago negro muy alto vestido con ropaje blanco caminaba de modo majestuoso con un tigre de Bengala a su lado, llevado por una larga cadena de oro. Un niño pequeño en una sillita de paseo parpadeó ante el tigre y señaló.

— ¡Mamá! ¡Un tigre! —El chiquillo gritó, sonriendo con deleite.

La madre, una mujer que lucía sumamente agobiada en un traje de negocios, estaba hablando por su teléfono celular. El niño gritó de nuevo, y ella finalmente bajó la mirada hacia él, dándole una palmadita en la cabeza.



—Qué bueno, cariño —dijo ella. —A mamá le encanta tu imaginación. Tigres en el metro. Deberías dibujar eso cuando lleguemos a casa.

James se estiró para observar aquello a medida que Franklyn conducía a la tropa a través de un torniquete especial instalado en una pared embaldosada.

—Ella ni siquiera está viendo al tigre —dijo a Ralph, señalando. —¡Y está justo ahí en frente suyo! ¡Casi le pisó el pie!

—Aunque el niño lo puede ver —comentó Ralph.

— ¿Veis lo que quise decir? —habló Zane, adelantándose para atravesar el torniquete. —El hechizo realmente sólo comienza a funcionar cuando estás cerca de cumplir tres años. Por eso, cuando era niño, más o menos sabía que había algo mágico en esta ciudad, aunque en realidad no recordaba los detalles.

James abrió la boca para hacer otra pregunta, pero en ese momento captó su primera visión del tren en el que estaban a punto de subir. Descansaba entre dos elevadas plataformas, en su propia terminal especial. El compartimento del motor era largo y lustroso, hecho de acero brillante y cristal, tan esbelto y aerodinámico que parecía estar en movimiento incluso mientras permanecía estático. Letras estilizadas a lo largo de su costado lo anunciaban como el tren «*Lincoln Zephyr*». Tenía puertas dobles a lo largo de sus vagones que se abrían pomposamente y James veía una multitud de viajeros abalanzarse hacia ellas. Encabezando el recorrido, Franklyn y Merlín entraron en el interior del habitáculo de comando.

—De seguro no tiene gracia tomar un taxi —aseveró Zane. —La línea *Zephyr* es la manera más rápida en toda la ciudad. Incluso es más rápido que ir en escobas, especialmente en las horas pico.

James miró a un lado mientras se aproximaba a las puertas abiertas. Petra, Izzy y Lucy estaban entrando en un vagón de pasajeros del tren de más allá, siguiendo a la madre y al padre de James y a su tía Audrey, quien aceleraba a Molly y Lily delante de ella. Finalmente el ruido de la terminal decayó cuando James atravesó las puertas del vagón, encontrándose en un interior tapizado y amueblado lujosamente. Las paredes y accesorios relucían con aluminio pulido y parecía no haber ningún complicado rincón para no divisar.



—Genial —dijo Ralph, hallando un asiento en el centro del plomizo vagón. — Da la impresión de que el tren hubiese surgido de una especie de sueño de alguna mente desatinada.

—Es llamado Art Déco —recalcó Zane. —Estos fueron diseñados por algún artista mago llamado *Mucha* hace ya mucho tiempo. Aprendí de él en Historia de la Magia Americana. Inclusive los muggles sabían sobre él, aunque no sabían que era un mago, por supuesto.

El tren se llenó rápidamente y James se asomó más adelante, hacia la cabina del maquinista inclinado hacia la parte delantera del tren. Un duende muy delgado con una gran cabeza calva estaba parado frente a la ancha ventana que daba a la oscuridad. Un conjunto de relucientes palancas estaban incrustadas en el panel de control del tren. El duende maquinista las retenía y a continuación se inclinó hacia un tubo de latón que se extendía desde arriba.

—*Lincoln Zephyr*, cinco y veinte, en este momento saliendo de la terminal — anunció, y su voz resonó a lo largo de toda la extensión del tren. —Orgulloso de estar a tiempo para la salida ocho mil trescientos veintiuno con un itinerario. Gracias por patrocinar el sistema ferroviario de tránsito múltiple de Nueva Ámsterdam.

Se produjo un fuerte chasquido mientras el sistema de megafonía se apagaba. El duende maquinista se inclinó hacia delante y presionó ambas palancas hacia arriba al mismo tiempo. Inmediatamente después el tren comenzó a deslizarse hacia adelante, tan suave y silenciosamente que James apenas podía decir que estaban moviéndose excepto por la vista de la terminal del lado de afuera de las ventanas, que había empezado a difuminarse, acelerando velozmente.

—Y bien, ¿cómo es posible todo esto? —preguntó James finalmente, volviéndose hacia Zane y Ralph. —Quiero decir, toda una ciudad mágica establecida justo en medio de una ciudad muggle. ¿Cómo es que funciona?

Zane meneó la cabeza y levantó las manos, con las palmas hacia fuera.

—A mí no me lo preguntes. Intenté una vez conseguir a Cara de Piedra para que me lo explicara, y finalmente tuve que pedirle que parara porque mi cerebro

estaba a punto de explotar. Pregúntaselo al rector Franklyn si quieres una respuesta que pueda vendar tu cabeza.

— ¿Qué os inquieta, muchachos? —inquirió Franklyn desde el otro lado del pasillo. —¿Alguna pregunta?

La cara de James enrojeció, pero Zane lo incitó a responder, gesticulando hacia el viejo mago que estaba frente a ellos.

—Sólo nos preguntábamos, señor —dijo James, alzando la voz sobre el zumbido cada vez mayor de los motores del tren, —¿cómo es que Nueva York y Nueva Ámsterdam pueden coexistir en el mismo lugar y al mismo tiempo?

Franklyn asintió con aprobación.

—Me hubiese decepcionado si no hubiera preguntado, señor Potter. La metrópoli mágica de Nueva Ámsterdam es, como puedes imaginar, bastante antigua. Comenzó como una simple callejuela, no muy diferente de vuestro callejón Diagon, hace cientos de años, cuando la ciudad muggle de Nueva York era, en sí, apenas una aldea litoral sobre el río Hudson. Mientras ambas ciudades se desarrollaban, se hicieron patentes diversos encantamientos Fidelio y desilusionadores y se accionaron gracias a la comunidad mágica dentro de la ciudad, pues resultaba demasiado discordante para mantener como un secreto a gran escala. En una ocasión, el Departamento de Administración Mágica de Nueva Ámsterdam solicitó la ayuda de un aliado extranjero bajo la apariencia de una bruja muy singular y bien dotada. Habiendo llegado a un acuerdo, este aliado exterior la envió y reside con nosotros desde entonces. Esta bruja, como veis, se contenta con efectuar un único hechizo, un poco de magia muy especializada que requiere de casi toda su prodigiosa atención... y eso acarreó el más potente y completo encantamiento desilusionador del mundo entero.

Ralph soltó un silbido sordo, impresionado.

—Uau. ¿Así que ella ha estado aquí durante mucho tiempo? ¿Qué edad tiene, entonces?

—Es vieja —se rió Franklyn, —aunque no tanto como yo.



— ¿Entonces por qué necesita quedarse aquí? —preguntó James. —¿Por qué simplemente no lanzó el hechizo y regresó a casa, de donde sea que venga?

Franklyn se quitó sus gafas cuadradas y las restregó en la solapa.

—Debo admitir que es complicado. Algunos hechizos sólo necesitan ser efectuados una vez, por supuesto, y su efecto se satisface... otros...

—Otros necesitan un soporte constante —agregó Merlín desde el asiento de al lado de Franklyn. —Se disipan con el tiempo. Algunos perduran por cientos o miles de años. Otros, no obstante, se evaporan casi al instante. Sospecho que este hechizo tan poderoso y penetrante que esconde esta ciudad mágica de la ciudad muggle que se encuentra debajo de ella pudiera ser el caso.

—Efectivamente, y bien formulado —coincidió Franklyn. —De esta manera, nuestra amigable bruja permanece entre nosotros, realizando su encomienda solitaria, incluso haciéndolo mientras duerme.

—Suena como un trabajo extraño, si quiere mi opinión —dijo Ralph, sacudiendo la cabeza. —Me temo que no estaría dispuesto a hacerlo.

— ¿Dónde vive la bruja? —interrumpió James, inclinándose hacia adelante. —¿Alguna vez se reunió con ella?

—He conversado con ella muchas veces —aseguró Franklyn cautelosamente. —Aunque, por desgracia, nunca he escuchado su voz. Pocos lo han hecho. Francamente, no tengo certeza de que hable inglés, y mis idiomas extranjeros se están más bien oxidando deplorablemente estos días.

De pronto, el tren salió disparado de la oscuridad a la luz del ocaso. James se giró en su asiento y se asomó por la ventana, entrecerrando los ojos.

—Uau —dijo, presionando las manos contra el cristal. —¿A qué velocidad nos estamos moviendo?

Zane se inclinó sobre el hombro de James y sacudió la cabeza.

— ¿Quién sabe? Muy rápido. No creo que el *Zephyr* ni siquiera tenga un velocímetro. No es necesario, realmente.

En el exterior, los grandes bloques y torres de edificios rodaban por las ventanas a una velocidad sorprendente. Ríos de taxis amarillos y autobuses plateados obstruían las calles muggles, mientras que el aire por encima estaba saturado con la afluencia de brujas y magos sobre escobas, así como también de vehículos y autobuses voladores e incluso con la presencia de ocasionales esfinges e hipogrifos. La metrópoli mágica de Nueva Ámsterdam parecía ocupar muchos de los segundos pisos de la ciudad muggle de Nueva York, con amplias entradas que se abrían en la cima de los tejados y toldos de teatros muggles. Señalizaciones y vallas publicitarias mágicas parpadeaban al pasar, promocionando todo tipo de productos mágicos, y anunciando eventos empresariales y de entretenimiento, no todos demasiado aptos para ojos juveniles.

— ¿Así que la mayor parte de Nueva Ámsterdam está asentada en la parte superior de los edificios de Nueva York? —preguntó Ralph, enfrascado en admiración.

—Sí, la mayor parte —afirmó Zane. —Pero hay tiendas mágicas, oficinas, y entradas secretas por todo el lugar. Casi todos los edificios de Nueva York tienen un espacio mágico en el piso trece. Los ascensores muggles simplemente se saltan ese piso porque la gente tiene supersticiones con respecto al número trece. Conveniente, ¿eh?

— ¿Y qué hay de esos rascacielos de allí? —preguntó James, señalando. —Ése enorme que parece que fue hecho de vidrio. ¡No me vengas a decir que *eso* es una construcción muggle!

—*Eso* —dijo Zane con orgullo, —es el centro americano del mundo mágico. Allí están las sedes del Departamento de Administración Mágica, de la Alianza Mágica Mundial, y del Banco Mágico Internacional. La gente lo llama la Montaña de Cristal.

— ¡Oh! —saltó Ralph, palmeándose la frente. —¡He oído hablar de ella! ¡Es maravillosa! Pero, ¿cómo es que los muggles no consiguen verla?

Zane se encogió de hombros.

—De la misma manera en que no ven las demás. Para ellos es sólo un estacionamiento de tres plantas que está siempre lleno. Ese es el tipo de cosas que esperan conseguir en casi cualquier esquina.

James volvió su mirada a él, sin saber con seguridad si su amigo estadounidense estaba bromeando o no. Zane se encogió de hombros y sonrió.

Otro chasquido sonó por todo el tren mientras el sistema de megafonía se encendía de nuevo.

—Atención, pasajeros — exteriorizó el duende maquinista, en un tono de voz formal. —Por favor, aseguren todos los objetos sueltos y encuentren donde atarlos. Recuerden, la gerencia del sistema ferroviario no se hace responsable por los bienes extraviados o dañados durante las interacciones con la red de ferrocarril muggle. Gracias.

— ¿Qué significa eso? —dijo James, mirando hacia adelante. En ese momento, el *Zephyr* coheteaba a lo largo de un tramo elevado de la ferrovía, que se curvaba en torno a una hilera de edificios industriales. —¿Qué son las «interacciones con la red de ferrocarril muggle»?

—Oh, esta es la mejor parte —dijo Zane, poniéndose rápidamente en pie. — Venid conmigo. Caminad e iros agarrando de las manijas del techo del pasillo central.

— ¿Quéééé? —soltó Ralph recelosamente, pero aun así levantándose también. —¿Por qué?

—El *Zephyr* utiliza gran parte de las mismas vías que el metro muggle — explicó Zane, adaptando su postura sobre el suelo de metal acanalado. —De esta forma, en ocasiones, el *Zephyr* y los trenes muggles comparten... er... interacciones.

— ¿Qué tipo de interacciones? —preguntó James, frunciendo el ceño y lanzando un vistazo hacia delante mientras las ferrovías pasaban titilando, tenues en las sombras de los edificios.



Zane pensó por un momento.

— ¿Alguna vez habéis visto una cuadrilla? —preguntó, mirando hacia atrás en dirección a James y Ralph.

—Hum, no —dijo Ralph, perplejo. —¿Y cómo se supone que funciona una cuadrilla?

Zane meneó la cabeza y sonrió.

—Lo llaman el «dos a dos». Olvídalo, Ralphinator. Sólo agárrate bien de la manija. Mantén tu otra mano en el aire cuando pasemos. ¡Es divertido!

— ¿Cuándo pase...? —comenzó James, pero las palabras se le atragantaron en la garganta cuando vio venir a toda mecha otro tren en la ferrovía que tenían al frente. Dedujo, gracias a la nariz roma y el grafiti pintado con aerosol de la máquina, que se trataba de un tren muggle. Su faro brillaba sobre las ventanas del *Zephyr*. Zumbaba hacia ellos, haciéndose cada vez más grande y ocupando exactamente el mismo carril.

— ¡Gerónimo! —gritó Zane, lanzando su mano libre al aire.

James quedó sin aliento, seguro de que todos estaban a punto de morir, cuando el maquinista del *Zephyr* tiró súbitamente de las palancas direccionales, forzando la de la izquierda hacia arriba, y tirando la derecha hacia abajo. Instantáneamente, el mundo se volteó espantosamente fuera de las ventanas del *Zephyr*. La luz del día y la sombra intercambiaron lugares mientras el tren giraba en el aire, siguiendo una nueva serie de fantasmales y curvadas ferrovías. James quedó inmediatamente desorientado, pero recordó no soltarse de la manija del techo. Un momento después se produjo un enorme temblor mientras la máquina aterrizaba de nuevo, arrastrando al resto de los vagones de pasajeros detrás de sí.

—Realmente debería haber advertido a sus amigos, señor Walker —repuso Franklyn con algo de reproche. —Y además no es seguro permanecer de pie durante una interacción a menos que no haya otra opción.

—Pero así es más divertido —proclamó Zane, indiferente.

— ¿Qué ha pasado con nosotros? —dijo Ralph, ubicándose otra vez en su asiento. — ¿Y por qué de repente estuvo tan oscuro allá afuera?

—Probablemente no querrás saber la respuesta a esa pregunta, Ralph —dijo Zane sinceramente. —Confía en mí.

James se acercó a la ventana y se asomó. Efectivamente, el cielo del atardecer parecía haber desaparecido, sustituido por una imagen emborronada de formas imprecisas de bloques y sombras. Puntitos de luces destellaban, con complicadas puntales y vigas de metal. El muchacho se inclinó hacia delante y bajó la mirada. Un momento después, sus rodillas flaquearon al ver nada más que espacio vacío debajo del tren. Un espacio azul oscuro descendía a las nubes distantes, iluminado con el menguante sol.

—Estamos al revés —declaró Zane sobriamente, palmeando a James en el hombro. —Estamos en la parte inferior del carril ahora, dejando que los muggles pasen por encima. Parece justo, ya que fueron quienes construyeron primero la vía.

—Eso es... —dijo James con voz débil. Echó un vistazo hacia delante, más allá de las ventanas de la fachada del *Zephyr*, y vio que estaban, no cabía duda, flotando y avanzando en la parte inferior de las ferrovías elevadas. Carriles ilusorios brillaban por delante del *Zephyr*, emitidos mágicamente por el propio tren. —Eso... es... ¡absolutamente estupendo!

—Ralph —llamó Zane, levantando la mirada al techo del tren. —Olvidaste asegurar tus cosas, amigo.

Ralph miró fijamente a Zane con el rostro pálido.

— ¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

—Porque —contestó Zane, sonriendo y desplomándose en el asiento junto a su amigo, —ahora los panecillos y las golosinas de tu caldero están pegadas al techo. Lo siento. La gravedad mágica sólo funciona sobre las cosas que estén vivas.

James se giró y alzó a los ojos a los pegajosos bizcochos engomados en el techo. Se echó a reír.

Fuera, un destello de luz púrpura brillante explotó con una fuerza perturbadora, meciendo el tren con tanta fuerza que James se derrumbó sobre Ralph. El tren dio una sacudida violenta virando bruscamente en las ferrovías elevadas y las luces interiores parpadearon descontroladamente. En la parte trasera del vagón una ventana se hizo añicos, espolvoreando vidrio y dejando pasar un aullido del impetuoso viento. Los pasajeros clamaban y se cubrían la cabeza, empujándose entre sí para alejarse de la explosión.

— ¿Qué sucede? —gritó James, intentando con dificultad mantener el equilibrio. —¿Esto forma parte del viaje?

Zane negó con la cabeza, con los ojos como platos.

— ¡No! ¡Eso es magia! ¡Alguien nos atacó!

Otro rayo de luz púrpura se estrelló contra un lado del tren, zarandeándolo sobre sus ruedas derechas. Una cortina de chispas afloró por las ventanas mientras la capota del tren rechinaba contra los soportes de acero de los elevados carriles.

— ¡Agárrense fuerte! —gritó el maquinista.

James se giró para mirar y lo vio tirando de la palanca direccional otra vez. El tren se bamboleó a la derecha, trepidando hacia abajo sobre los fantasmales rieles y girando completamente ante la luz del sol moribundo. El tren del sistema ferroviario muggle había pasado en ese momento, permitiendo por suerte que el *Zephyr* aporreara las vías principales con un traqueteo retumbante. Continuó dando bandazos hacia delante, ubicándose entre edificios y puentes.

— ¿Quién nos está atacando? —preguntó Merlín a Benjamin Franklyn, colocándose en pie dentro del balanceante tren.

— ¡Noooo... no... no lo... no lo sé! —tartamudeó Franklyn, luchando por mantenerse erguido en su asiento. —¡No puedo ver nada!

James levantó la vista mientras el hombre grande se situaba detrás de la fila de asientos, abriéndose paso entre los asustados pasajeros hacia el lado del tren que había sido estropeado. James siguió la mirada penetrante de Merlín. Había tres figuras volando junto al tren, negras contra el difuso paisaje urbano. Otro destello

púrpura salió disparado de una de las figuras, destrozando aún más ventanas y forzando al tren a vibrar en sus rieles.

— Señor maquinista —ordenó Merlín en voz alta, sacando su báculo. — Ahora sería un buen momento para que tomemos una acción evasiva.

El maquinista duende dirigió la mirada a Merlín por encima del hombro, con los ojos saltones.

— ¿Qué quiere que yo haga? ¡Estamos dentro de un tren, por si ya no lo ha notado!

— Un tren *mágico* —corrigió Merlín rápidamente. — Uno que al parecer puede crear sus propios carriles. Le sugiero que lo haga, señor. Haré lo que pueda con nuestros perseguidores.

— ¡Hay más de este lado! —chilló Franklyn, señalando. Buscó a tientas su propia varita mientras dos explosiones más estallaron, una a cada lado. El tren saltó fuera de los rieles y se precipitó de nuevo con un estruendo, chirriando horriblemente. Los pasajeros se revolvían, tropezando unos contra otros y gritando de miedo.

— ¡Aquí vamos! —gritó el maquinista apretando los controles de dirección. Un momento después, el tren saltó fuera de la ferrovía otra vez, siguiendo su propio conjunto de carriles fantasmales. Éstos se curvaron lateralmente y hacia abajo, sacando al tren completamente fuera del nido de rieles.

Merlín utilizaba su báculo para disparar contra las formas oscuras en la parte exterior mientras éstas se proponían a perseguir el tren. Uno de sus rayos golpeó a una de las figuras, la cual se retorció y dio volteretas, cayendo de su escoba. Las otras dos figuras trazaban su camino más de cerca, sombreando el tren mientras se precipitaban por el aire.

— ¡No puedo aguantar más! —gritó el maquinista, forcejeando con las palancas. — ¡Es demasiado pesado para avanzar sin ayuda!

— ¡Entonces, deja eso en el suelo! —ordenó Merlín, que seguía disparando.



Una ráfaga de luz púrpura envolvió el lado derecho del tren, obligándolo a rodar abruptamente conforme comenzaba a descender. James se aferró a su asiento tan fuerte como pudo mientras el mundo se volcaba ante ellos. El tren se enderezó justo al abatirse contra el pavimento de la concurrida calle de abajo, apretujándose entre las filas de un denso tráfico.

—¡Vamos a chocar! —gritó Ralph. —¡En la intersección!

James miró hacia adelante y vio lo que había querido decir Ralph. Una fila de autobuses y taxis se movían lenta y pesadamente a través de una intersección, cruzando directamente por delante del tren.

—¡Varitas en manos! —gritó James, sacando la suya y apuntándola impulsivamente hacia la parte delantera del tren. —¡Zane y yo quitaremos los taxis! ¡Ralph, tú encárgate del autobús!

Los ojos de Ralph se desorbitaron, pero no discutió. Los tres chicos empezaron a apuñalar el aire con sus varitas y pronunciar conjuros *Wingardium leviosa* exactamente al mismo tiempo. James sentía la adrenalina incrementarse en su brazo, fomentando la magia. El primero de los taxis se elevó inmediatamente en el aire, girando hacia los lados. Lo soltó un instante más tarde, dejándolo caer muy cercano a un vehículo policial azul mientras apuntaba hacia otro taxi. Juntos, él y Zane lograron levitar los taxis fuera del camino. Ralph soltó un gruñido y su brazo tembló cuando el autobús finalmente trepidó hacia delante, con su extremo trasero alzándose y deslizándose a un lado. Un momento después, el *Zephyr* se insertaba en aquel espacio, apenas rozando el desarreglado tráfico. Los tres muchachos se dejaron caer otra vez en sus asientos en medio de las exclamaciones de sus compañeros de viaje.

Más rayos mágicos eran disparados entre el tren y las figuras voladoras, y James presentía que su papá y los demás estaban librando su propia batalla más atrás en el tren.

—¡No podemos seguir con esto! —gritó el maquinista, prensando los controles y haciendo virar el tren a través del tráfico muggle. —¡No es para lo que



estamos hechos! ¡Y estamos violando casi todo el libro del código de conducta del sistema ferroviario!

James se revolvía en su asiento, preparado para usar su propia varita para luchar contra las oscuras figuras voladoras, cuando una mano cayó sobre su hombro suavemente, pero con una fuerza sorprendente.

—Siéntate, James —habló una voz femenina. —No necesitas preocuparte.

James se estiró para mirar. Detrás de él, de pie y serena en medio de los aterrorizados pasajeros, estaba la extraña mujer que se había encontrado por primera vez en los pasillos de Atlántida, la misma que le había dicho que era muy parecido a su abuelo, James el Primero. Sonreía hacia él.

—Merlinus está haciendo su mejor esfuerzo —le dijo, casi susurrando, —pero este no es realmente su elemento, ya sabes.

La mujer le guiñó un ojo y después se encaminó lentamente hasta la ventana del lado opuesto del tren. Alzó la mano, sin llevar una varita en ella, y apuntó a una de las oscuras figuras que revoloteaban junto al tren. Se produjo un destello tenue y azulado y la figura pareció congelarse en el aire, tan súbita y completamente que su capa cesó el aleteo. Cayó en picado hacia la calle como una piedra, estrellándose contra el parabrisas de un taxi. De ahí en adelante, las otras figuras comenzaron a venirse abajo velozmente, desmoronándose en el momento en que la mujer los apuntaba, con el rostro afable, casi rociado con diversión.

—¿Visteis eso? —exigió Zane, agarrando el brazo de James. —¿Ella viene con vosotros?

—¡Nunca antes la he visto en mi vida! —respondió Ralph de vuelta. —¡Pero me alegro de que esté de *nuestro* lado!

James miró a un lado a Merlín, pero el gran mago no se había percatado de aquello. Estaba ocupado apuntando al último atacante en su lado del tren. Tenía la cara brillante de sudor, demacrada por el esfuerzo. Quienquiera que fuese esa mujer, indudablemente parecía estar en lo cierto: la ciudad definitivamente no era el elemento de Merlín.

La última figura encapuchada se expulsó por encima del tren y desapareció de la vista. Un momento después, reapareció directamente al frente del tren, mientras éste se abalanzaba hacia adelante.

—¡Vete a casa, Harry Potter! —gritó la figura, con su cara oculta detrás de una máscara metálica y una voz mágicamente amplificadas, por lo que resonó a lo largo del tren entero. —¡Considera esto como una advertencia! ¡Toma a tu gente y vuelve a casa! ¡Regresa mientras el FULEM esté dispuesto a *dejarte* ir!

Merlín alzó su báculo para golpear una vez más, pero la figura rodó sobre su escoba y se esfumó, difuminándose entre la multitud de viajeros que montaban escobas por encima de las calles de la ciudad.

—¡Sujeten sus gorros y sombreros, damas y caballeros! —chilló el maquinista duende de repente. —¡Nos acercamos rápidamente al paso elevado en dirección este y *vamos* a colisionar con él, queramos o no!

James se echó hacia atrás en su asiento mientras el maquinista impulsaba hacia abajo ambas palancas direccionales. El tren dio un salto en la calle, siguiendo sus fantasmales rieles una vez más en el aire. Viró mientras ondeaba, filtrándose hacia otro conjunto de ferrovías elevadas mientras discurría hacia delante. El tren parecía tambalearse, arrastrado por su propio peso y su debilitada inercia. James estaba totalmente seguro de que iban a embestir directamente con un costado del paso elevado, incluso vio la sombra del tren caer en las vigas de apoyo. En el último momento posible, sin embargo, el tren pareció elevarse. La máquina brincó y zigzagueó a través del aire, remolcando los vagones de pasajeros detrás de ella, y finalmente se estrelló con los carriles de abajo.

—¿Estáis todos bien? —llamó Franklyn tímidamente luchando por levantarse del suelo del pasillo, donde aparentemente había caído.

—Estamos bien, o algo así —respondió Zane, mirando de James a Ralph.

James asintió, y luego recordó a la mujer de traje negro. Echó un vistazo por el oscurecido tren, mientras avanzaba hacia adelante un poco más despacio, pero una vez más lo hacía sin inconvenientes. No estaba a la vista entre los asustados pasajeros. Sin embargo, un movimiento en la parte trasera del vagón captó la

mirada de James: un centelleo de tejido negro y una puerta que se cerraba lentamente. Tenía que ser la misteriosa mujer, ¿pero podía realmente estar usando el baño en un momento como éste? James se movió hasta el pasillo, observando la puerta mientras oscilaba para cerrarse.

—Tome asiento, señor Potter —le pidió Merlín con un hilo de voz. James levantó los ojos y vio al director aferrándose dificultosamente a los asientos delante de él, aún en pie, pero apenas sosteniéndose. Su rostro parecía muy serio, enlucido de sudor.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó James, mirando de cerca al enorme hombre.

—Tan bien como cualquier otro, en virtud de las circunstancias —contestó Merlín. —Regrese a sentarse, James.

—En un minuto —dijo James, retrocediendo hacia la parte trasera del vagón. —Yo, hmm, tengo que ir al baño.

Merlín asintió, pero en realidad no escuchaba.

Cuando James llegó a la puerta del baño, se dio cuenta de que no estaba cerrada con llave, todavía resquebrajada. El viento silbaba y rugía a través de las ventanas rotas, meciendo la puerta en sus goznes. Adentro solamente había oscuridad.

—¿Señora? —llamó James, inclinándose hacia la puerta. —¿Está todo bien ahí dentro?

No hubo más respuesta que un silbido sordo y constante. Armándose de valor, James alcanzó la puerta del baño. La empujó, abriéndola lentamente.

No había nadie dentro del diminuto espacio, pero el lavabo estaba funcionando. James se aproximó para mirar más de cerca. Por alguna razón, tanto el grifo del agua caliente como el de la fría habían sido girados completamente. Se quedó mirando con concentración hacia aquello y al baño vacío. ¿Adónde había ido la mujer? ¿Y quién debía ser?



Ensombrecido y maltratado, el *Zephyr* se precipitaba por la ciudad.



Fácilmente se había hecho evidente que el *Zephyr* no iba a continuar con el resto del viaje en su estado actual.

Después de varios minutos de discusión, el profesor Franklyn y el director Merlín habían reparado algunas de las ventanas rotas, pero fueron incapaces de restaurar la mayor parte de ellas ya que los vidrios rotos que las componían se habían esparcido a lo largo de una sorprendente extensión de la avenida Lexington. El maquinista se mostró inflexible al respecto pese a la condición de funcionamiento del motor del *Zephyr*, aclarando que cualquier «evento de interacción muggle no estándar» requería la retención del tren en la terminal más cercana o en algún lugar seguro y la alerta de la situación a las autoridades competentes. En este caso, desafortunadamente, las «autoridades competentes» incluían a la policía mágica de Nueva Ámsterdam y a los representantes de una agencia misteriosa conocida como la Oficina de Integración Mágica.

Lentamente, el tren se detuvo chirriando en una vía lateral junto a una fábrica abandonada. El río Hudson brillaba por los alrededores en la naciente luz de luna y el tráfico podía escucharse ronronear en algún lugar cercano. Pero ahora el *Zephyr* descansaba escondido discretamente entre las hileras de paredes de ladrillo y ofuscadas ventanas. Chimeneas dobles se alzaban hacia el cielo azul con nada más que palomas en sus cimas. A su base, de forma incongruente, se situaba un establecimiento mágico muy iluminado con un lindo techo rojo de estilo hindú y dos estatuas de dragón doradas que flanqueaban una puerta redonda. El aviso que sobresalía desde el tejado proclamaba que el establecimiento se trataba del «Palacio Mágico de las Salsas de la Suerte de Chang ». Una flota de magos chinos con togas blancas y sombreros rojos sin alas entraban y salían del establecimiento, llevando

grandes bolsas de papel manchadas de grasa dentro de unas canastas especiales adheridas a las puntas de sus escobas.

James observaba desde donde estaba sentado en el extremo del *Zephyr*, a la sombra de la fábrica y su empotrado restaurante mágico. Ralph se sentaba a su derecha mientras que Lucy estaba a la izquierda, observando a los repartidores mágicos chinos con una mezcla de curiosidad y desdén.

—No es comida china verdadera, ¿sabéis? —comentó la niña. —No si habéis probado la auténtica.

—Andas con eso a toda hora —regañó James, poniendo los ojos en blanco.

—Un bollito de huevo es un bollito de huevo —proclamó Ralph, frotándose el estómago. —Me pregunto cuándo llegará nuestro pedido. Me muero de hambre.

—¡Chist! —siseó James, inclinándose hacia delante. —Estoy intentando escuchar algo.

Zane se colocó a cierta distancia a un lado del nido de rieles, junto al profesor Franklyn y el resto de los adultos.

—Lo siento, profesor —decía uno de los policías magos, un hombre flacucho llamado Trumble que consultaba su libretita. —Usted mencionó que estos hombres salieron de la nada. ¿De alguna manera fueron provocados?

—Le aseguro —respondió Franklyn, hinchando el pecho, —que no tenemos el hábito de provocar conflictos mientras permanecemos a bordo de trenes en movimiento. Llevamos mujeres y estudiantes en el tren, como bien lo sabe, por no mencionar la inmensa cantidad de anónimos compañeros de viaje. Estos hombres nos atacaron de manera coordinada y sin provocación alguna.

—Eso no es del todo cierto —discernió Harry Potter.

—¿Qué quiere decir? —dijo el policía más grande y más viejo, Dunst, mostrando una expresión de recelo sospechoso.

—El líder comunicó su afiliación con el FULEM —replicó Harry. —Por la máscara que llevaba puesta, presumo que fue el propio Edgar Tarrantus. Ciertamente parecía sentirse provocado. Gritó mi nombre y me amenazó a mí y a mi gente, expresándonos que si no nos alejábamos de Estados Unidos, estaríamos metidos en problemas.

—Yo diría que ya estamos metidos —intervino Neville, entrecerrando los ojos. —No estaban afuera lanzando advertencias. Como mínimo, tenían la intención de hacer descarrilar al tren. Recurrieron a las advertencias apenas cuando empezamos a escudarnos y les mostramos que podíamos defendernos.

—Ah, correcto —dijo Trumble con aire de disculpa, poniéndose su lápiz detrás de una oreja. —Esa fue la parte del enfrentamiento que causó problemas esta noche, cuando ustedes acudieron a defenderse.

—¡Seguro que no esperarían que nos quedáramos de brazos cruzados y no hiciéramos nada! —espetó Denniston Dolohov, alzando la voz. James sabía que, de hecho, el mismo Dolohov, siendo un squib, no había lanzado ningún disparo mágico; pero sin embargo el muchacho estaba impresionado por el espíritu efusivo del hombre. —¡Intentaban matarnos a todos!

—Difícilmente eso sea concluyente —replicó Dunst, obviamente sin convencerse. —Probablemente sólo fue una pandilla de vándalos locales queriendo meterse en problemas. Quizás fue su reacción exagerada la que causó este lío.

—¡Bah! ¡Reacción exagerada! —gruñó Franklyn furioso. —¡Tomaré nota de vuestro número de placa! ¡Qué impertinencia!

James se dio cuenta de que a lo largo de la conversación, Merlín había permanecido alejado a cierta distancia, de brazos cruzados y con su rostro inmerso entre las sombras.

El maquinista duende se incorporó entonces, decidiendo aparentemente que ese era el momento preciso para distanciarse de lo que había sucedido.

—Yo no quería hacerlo, oficiales —soltó. —Me *dijeron* que lo hiciera. Fue toda idea del sujeto grande.



—No *tuviste* que hacerlo, ¿sabes? —dijo Zane, ladeando la cabeza hacia el duende. —Según recuerdo, todos hicimos lo que teníamos que hacer para evitar ser convertidos en guiso de autopista, incluido *tú*. Merlín te hizo una petición y estuviste de acuerdo.

—Bueno —dijo el maquinista, rascándose su cabeza calva, —él es Merlín, ¿o no? Con tipos como ese es difícil negarse a acceder. Aunque no supe en ese momento de quién se trataba.

Otra voz habló y James vio que pertenecía a uno de los dos hombres de la Oficina de Integración Mágica.

—De acuerdo con una inspección somera de la escena del incidente, por lo menos setenta y nueve personas no mágicas fueron testigos de este tren siendo pilotado por la avenida Lexington —dijo el hombre con una voz áspera y ronca, consultando en una carpeta con sujetapapeles. Tenía rasgos recios debajo de un par de oscuras gafas de sol y vestía traje negro formal y corbata. —Al menos treinta de estas personas no mágicas presenciaron dicho tren volando, ya sea dirigiéndose cerca del paso elevado de la calle 21 en dirección sur o desandando sobre su contraparte en dirección norte, a unas tres manzanas de distancia. Las estimaciones iniciales en daños rondan los cientos de miles, incluyendo un coche patrulla de la policía de la ciudad de Nueva York que de alguna manera consiguió terminar debajo de un taxi. —El hombre bajó su portapapeles y echó un vistazo a los presentes. —No puedo estar cien por cien seguro —dijo en un tono de voz diferente, —pero creo que ésta podría ser la más grande violación de las leyes de integración mágica al menos desde hace una década. ¿No estás de acuerdo, Espinosa? —La última pregunta se la dirigió a su homólogo, un hombre más joven de pelo negro y picuda barba.

—Creo que probablemente tengas razón, Price —estuvo de acuerdo el hombre más delgado. —Al menos desde hace una década.

—Tengo la certeza que mi gente ya está al tanto, tomando las medidas necesarias y fijando las cosas en su lugar —le tranquilizó Franklyn. —Tenemos equipos de respuesta especialmente para esta clase de acontecimientos, como sabrá. Por la mañana nadie recordará más que apenas haber tenido un rato un

tanto agitado durante su viaje la noche anterior. El asunto que importa realmente es saber quiénes eran estos hombres, y si tenemos que tomarnos en serio sus amenazas.

—Yo me tomo en serio todas las amenazas —terció Harry con gravedad. Junto a él, Neville asentía con la cabeza.

—¿Eso significa que vais a volver a casa? —preguntó Franklyn repentinamente, mirando a los dos hombres.

—Por supuesto que no —respondió Harry de inmediato. —Pero sí significa que debemos ser sumamente cautos. Yo, por mi parte, no creo que los que nos atacaron no eran más que simples matones callejeros. Afirmaron ser miembros del FULEM, y estaban posiblemente acudiendo en nombre del cabecilla de esa organización mundial. Como uno de mis antiguos profesores solía decir, esto requerirá de alerta permanente. Afortunadamente, estamos preparados para tales cosas.

Una pequeña sombra parpadeante apareció por encima de sus cabezas, seguida por un batir de alas. James levantó la vista desde donde estaba sentado y vio una paloma revoloteando hasta ellos, aterrizando grácilmente en el brazo extendido de Trumble. Dunst retiró rápidamente una nota laminada de un tubillo que estaba amarrado a la pata de la paloma.

—Prefiero las lechuzas —comentó Lucy que estaba junto a James. —Las palomas son aves asquerosas y mugrientas.

James se encogió de hombros. No tenía formada una opinión sobre este tema en particular.

—De acuerdo —anunció Dunst, leyendo la nota y aparentemente disgustado con su contenido. —Todo está siendo investigado en la central. El señor Potter, junto con su comitiva, se encuentran aquí a petición del Departamento de Administración Mágica. Pido sus disculpas, caballeros, profesor. Otro tren ha sido despachado para recogerlo a usted y a su personal y trasladarlos durante el resto del trayecto hasta su destino. Los pasajeros restantes completarán su viaje en el

Zephyr, asumiendo que considere la ferrovía viable, señor maquinista. —Le devolvió la nota a Trumble, que la miró fijamente.

—Bueno, entonces espero que eso ponga las cosas en orden —espetó Franklyn, enfadado.

—Yo no me apresuraría tanto —dijo el hombre malhumorado de traje negro. —Me temo que no habrá papeleo. Detesto el papeleo. Me pone de mal genio. Señor Potter, si fuera usted, esperarí una llamada de la Oficina de Integración Mágica. De hecho, sospecho que nos interesaremos mucho en ustedes durante su extensa visita. Espero que esté dispuesto a cooperar con nosotros.

Harry estudió al hombre de expresión tosca por un momento, entornando los ojos. Entonces, de forma simpática, sonrió.

—Será un placer, señor. Pero permítame preguntar: ¿cuál es el fundamento de su interés en mí y mi personal?

—Es usted inglés, ¿no es así? —preguntó el otro hombre malhumorado, Price, sonriendo forzosamente. —Podría interesarle saber que la cinta que el FBI recibió explicando las condiciones para la liberación de nuestro senador secuestrado, Charles Filmore, fue grabada por alguien con acento británico. Sólo se puede asumir que usted se encuentra aquí, oficialmente, para investigar el rapto que se gestó del senador Filmore, por no mencionar el asunto de nuestro reubicado rascacielos. Los periodistas y el público en general pueden comprar la historia sobre homrecitos verdes de la galaxia de Andrómeda, pero nosotros, en la Oficina de Integración Mágica, bueno... tendemos a ser una manada suspicaz y desconfiada.

Harry asintió con la cabeza.

—Como lo soy yo, déjeme asegurárselo. Recibiría plácidamente su ayuda y colaboración. Aunque por ahora me dispongo a preguntar, sólo por curiosidad, ¿cuáles son las pretendidas condiciones para la liberación del senador Filmore?

—Es un asunto confidencial, por supuesto —respondió Price a modo de disculpa. —Favorablemente, el FBI cree que la cinta es una jugarreta. Ni yo mismo



sé mucho de ella, salvo que la opinión prevaleciente en torno a la oficina es que no estamos negociando con terroristas... extraterrestres, británicos, ni con cualquier otra cosa de esas.

Harry parecía aceptarlo.

—Ya estoy deseando tener noticias de su oficina, señor Price. Ahora, si nos disculpa, se hace cada vez más tarde y si no me equivoco, aún nos queda camino por recorrer.

Price se inclinó ligeramente y abrió los brazos.

—*Mi casa es su casa* —replicó, emulando un acento foráneo. —Disfruten de su paseo. Y bienvenidos a América.

—Oiga, jefe —dijo Trumble, frunciendo el entrecejo hacia la pequeña nota en sus manos, —aquí dice que se supone que escoltaremos al señor Potter y su grupo durante el resto del viaje. No lo leyó todo.

—¿Eso es cierto? —repuso Dunst con énfasis deliberado. —Vaya, qué tonto soy.

En la lejanía, el resoplido y chirrido de un tren aproximándose aumentaba en volumen. Paulatinamente la luz de un faro apareció por un recodo de las ferrovías, disminuyendo la velocidad mientras se acercaba.

James suspiró y levantó la mirada. En lo alto, uno de los magos chinos repartidores de comida irrumpió desde la plataforma de madera que bordeaba el restaurante iluminado. Mesuradamente, rodeó las extintas chimeneas, se sumergió bajo la sombra de la fábrica y se abalanzó hacia el *Zephyr*. Un momento después se cernió frente a James, Ralph y Lucy, consultando un billete escrito a mano.

—¿Alguno pidió tres combos familiares «emperador feliz»? —preguntó, dirigiendo la mirada hacia los tres chicos. —Me deben sesenta y seis con setenta y cinco.

—Aquí tiene —dijo Harry, dándole al hombre un pequeño puñado de monedas de oro. Zane tomó la bolsa de papel de la canasta en el extremo de la escoba del mago de entregas y miró dentro.

—¡Genial! —saltó. —¡Galletas mágicas de la fortuna!

—¿Dónde está mi bollito de huevo? —preguntó Ralph, inclinándose hacia adelante y olfateando la bolsa abierta. Había luces que parpadearon en su interior y a James le hizo gracia ver luces de bengala encendidas dentro de la bolsa, atascadas en la parte superior de una variedad de cajas y envases de cartón blancos.

—¿Qué clase de dinero es éste? —dijo el mago que entregaba la comida, mirando con recelo a los galeones que tenía en la mano. —Este dinero no es real. ¿Me están engañando?

—Es real —dijo Franklyn cansinamente. —El galeón europeo sigue siendo moneda de uso legal en este país, aunque últimamente los ves cada vez menos y menos.

El mago chino contempló a Franklyn dubitativamente. Un momento después se metió los galeones en los bolsillos.

—Está bien. Pero no podré cambiarlos. No conozco la tasa de cambio.

—Llámalo propina —sonrió Harry, aceptando una bolsa de papel con cangrejo Rangún de manos de Zane.

El mago chino asintió, se quitó el sombrero rojo sin alas, se giró y se marchó. En la oscuridad más allá del *Zephyr*, los policías magos Dunst y Trumble salieron de los rieles, acercándose a sus amarillas y negras escobas de policía. Más adelante, los agentes de la Oficina de Integración Mágica descendieron en una pendiente hacia un coche negro insignificante. El padre de Ralph recibió la bolsa de entrega con toda la comida que le ofreció Zane y subió al tren para repartirla. Harry y los demás adultos caminaron a la maleza que bordeaba las afueras de los carriles mientras el segundo tren resollaba hasta detenerse al lado del *Zephyr*.

Ralph masticaba su bollito de huevo, pensativo.

—Si no me equivoco—dijo, atisbando a los hombres de trajes oscuros, mientras ponían en marcha su vehículo, —esos dos son muggles.

—Acertaste, Ralphinator —le dijo Zane, suspirando. —Esa «oficina» forma parte del llamado FBI muggle, un secreto altamente confidencial. El presidente ni siquiera está informado de ello a no ser que tenga que estarlo absolutamente. Son un poco espeluznantes e intensos, pero todo es parte del asunto.

—¿Qué asunto sería ese? —preguntó James.

Zane se recostó al extremo del *Zephyr* y sacudió una de las bengalas de la bolsa de entrega.

—El gobierno está mucho más involucrado con el mundo mágico desde hace unos días atrás. Los dirigentes muggles que sabían de la comunidad mágica sospechaban de ellos, incluso cuando muchas de las brujas y magos fueron sus amigos y colaboradores. Franklyn puede explicártelo mejor si así lo deseas, pero básicamente, incorporaron protecciones a la legislación original que regía la coexistencia de los mundos mágico y muggle. Estos tipos de traje formal... son algunas de esas protecciones.

Lucy frunció el ceño ante el automóvil negro mientras éste conducía con serenidad a lo lejos, con sus luces apagadas en la oscuridad.

—¿Tienen... cómo se llama... *jurisdicción* sobre nosotros?

Zane se encogió de hombros y meneó lentamente la cabeza, como si no estuviese realmente seguro.

—Todo lo que sé —comentó Ralph, poniéndose de pie, —es que corrimos con la suerte de tener esa bruja en nuestro compartimento. La que entumeció a todos los tipos de las escobas. Y hablando acerca de efectuar magia sin varita.

Zane torció la cara pensativamente.

—¿Ella formaba parte de vuestro grupo?

—Ya la había conocido anteriormente en una ocasión —admitió James. —En el vestíbulo de Acuápolis. Ella es... curiosa.

Lucy enarcó una ceja.

—¿Qué quieres decir con «curiosa»?

James encogió los hombros.

—Es que sabía cosas sobre mí, eso es todo. Dijo que era porque los Potter somos famosos.

—Sospecho que hay algo más que eso —sentenció Lucy, todavía mirando de cerca a James. —De lo contrario, no la hubieses llamado «curiosa».

Ralph arqueó las cejas.

—Bueno, no es para menos después de que realizara un poco de fenomenal y **seria** magia sin ningún tipo de varita en la mano —proclamó el chico grandulón. —Quiero decir, en primer lugar Petra, y ahora una dama desconocida. Estoy empezando a sentir que me estoy perdiendo lo último en tendencias.

—Es probable que simplemente no pudieras ver su varita mágica —soltó Lucy desdeñosamente. —Estaba oscuro allí dentro, y además había mucho que hacer.

—La vi levantar su mano izquierda y apuntar —replicó Zane. —No había ninguna varita allí, doy mi palabra de que fue así.

—Sí —asintió Lucy, mostrando un semblante de mera inquisición, —¿pero viste su mano derecha?

Zane pensó en ello, pero antes de que pudiera responder, James volvió a hablar.

—¿Y qué hay de cuando estábamos a punto de chocar contra el puente? Estaba seguro de que el tren no iba a dar el salto, pero luego subimos, como si de repente hubiesen brotado alas. ¡Tal vez fue esa bruja otra vez! ¡Tal vez levitó al tren!



Lucy negó con la cabeza.

—No puedes levitarte a ti mismo, James, o a cualquier cosa que esté montada dentro o sobre lo que estás levitando. Sería como intentar recogerte por los pies a ti mismo. Es una de las leyes de la dinámica mágica.

—Bueno, *alguien* nos ayudó con un empujón allí —dijo Ralph. —Lo pude sentir.

Lucy abrió la boca para responder, y luego se detuvo. Sus ojos se entornaron con aspecto pensativo.

—Espera un minuto —incitó Zane, señalando a Lucy y mirando a James. —Ella es la Rose de este año, ¿verdad? ¡Es la inteligente!

—¿Qué? ¿Hablas de Lucy? —preguntó James, sacudiendo a la niña.

Lucy se sacudió a sí misma.

—Bueno, como dije, es imposible, pero aun así...

Ralph alzó las manos con exasperación.

—¡Vamos, dilo ya!

—Creo que podría haber sido Petra —planteó Lucy, mirando a los tres chicos.

James sintió una espiral de escalofrío en la base de su espina dorsal.

—¿Por qué dices eso, Lu?

La expresión de Lucy se tensó mientras repasaba algo en su mente.

—Yo estaba en el mismo vagón que Petra. Envuelta en medio de todo, incluso cuando aquellos oscuros voladores agredieron a la máquina con sus varitas, Petra permanecía inusualmente tranquila. Tío Harry y el profesor Longbottom estaban disparando hacia ellos y no parecía parar la confusión, con todo el mundo echando gritos y el tren estrellándose contra la calle, pero Petra se quedó allí sentada, sosteniendo la mano de Izzy. Las dos estaban simplemente mirando por la



ventana, observando todo lo que ocurría. Y luego, cuando el tren pegó un súbito brinco, rebotando contra los rieles, me di cuenta...

—Déjame adivinar —dijo James en voz baja. —Petra cerró los ojos. Como si estuviera concentrándose en algo.

Lucy miró a James.

—No —replicó ella reveladoramente. —Ambas lo hicieron. Izzy y Petra juntas. Y fue entonces cuando sucedió. Fue entonces cuando nos elevamos sobre la ferrovía. Fue entonces cuando no chocamos.

Hubo un largo e incómodo momento de silencio mientras los cuatro meditaban en aquello. Finalmente, James oyó pasos aproximarse desde el nido de rieles que tenían frente a ellos.

—James y el resto de vosotros —llamó Neville desde un lado de la vía. —El otro tren finalmente está listo para que arranquemos. Id y avisad a la profesora Remora y a los demás de nuestro grupo, ¿queréis? Decidles que abordaremos un tren diferente para seguir con el resto del viaje. Con un poco de suerte, este *viajecito* podría terminar siquiera esta misma noche.

James movió la cabeza hacia delante en señal de aprobación. Junto con Lucy y Ralph, se levantó de un saltó y se encaminó de regreso a la puerta trasera, adentrándose al oscuro tren.



El segundo tren no era tan agradable y llamativo como el *Zephyr*, pero era silencioso y se movía con una velocidad similar. James se encontró en un compartimento de pasajeros con escasas personas, junto con la mayoría del resto de sus compañeros viajantes. El balanceo del tren, y la oscuridad fuera de las ventanas una vez que la ciudad quedó detrás de ellos, lo arrulló en una leve siesta.

Finalmente, una hora o algo así más tarde, James fue despertado por el chirrido de los frenos cuando el tren empezó a ralentizar. Adormilado, miró a su alrededor mientras sus compañeros de viaje empezaron a moverse impacientes y a recoger sus cosas.

—Por fin llegamos —masculló Ralph, ahuecando las manos en su boca hacia la ventana mientras una estación de tren pasaba lenta y pesadamente. —Filadelfia, Pennsylvania.

—Al menos el viaje acabó —comentó Albus malhumorado.

Cerca de la parte delantera del compartimento de pasajeros, James vio a la profesora Remora durmiendo con torpeza, recostándose entre dos asientos con la boca estúpidamente abierta. Uno de sus alumnos le dio un ligero empujón como intentando experimentar.

—Pensé que los vampiros amaban la noche —caviló Lucy indolentemente.

—¿Quién? ¿Quieres decir Remora? —dijo Zane, dirigiendo la mirada a Lucy.
—Sí, eso es un auténtico enigma, ¿no?

Ralph bostezó y le preguntó a Zane:

—¿A qué distancia está la escuela de aquí?

—A solo unas manzanas. Está casi justo en el centro, pero tienes que saber dónde mirar.

Franklyn se echó al hombro su portafolio de cuero y se palmeó los bolsillos, aparentemente buscando sus gafas.

—Arreglaré todo con los mozos para que nuestros baúles y maletas sean enviados a nuestras diversas habitaciones. Esta noche, todos se quedarán en la casa de huéspedes de Alma Aleron. Mañana les mostraré a todos su residencia durante su estancia aquí.

Harry se levantó, llevando en brazos a Lily mientras dormía con la cabeza en su hombro. Ginny lo siguió y el grupo comenzó a moverse inquietamente hacia las



puertas del vagón. Fue un grupo inusualmente tranquilo y silencioso mientras salían a la plataforma desierta. Una neblina fría flotaba en el aire alrededor de la gran terminal cercana. A lo lejos, una torre de reloj comenzó a dar la hora. James contó las campanadas y descubrió que eran las diez en punto. Poco a poco, encabezados por el rector Franklyn y la profesora Georgia Burke, el grupo se abrió paso fuera de la plataforma y hacia la gran terminal iluminada. Ventanas altas enmarcaban el espacio a cada lado, mostrando un cielo negro como el carbón.

—Esta es la estación calle 30 —anunció Zane, demasiado cansado para estar particularmente entusiasta. —Iban a cambiar el nombre por estación Benjamín Franklin hace más o menos una década atrás, pero hubo una cierta mezcla política y nunca se concretó nada. Hazte un favor tú mismo y no saques ese tema a colación frente al rector.

A medida que el grupo se abría paso a través de una hilera de puertas al otro extremo del suelo de mármol, se toparon con una vista panorámica de la ciudad que se concentraba al otro lado de un río extenso y amplio. Sin detenerse, Franklyn guió a los viajeros a través de la calle y un puente ancho. Coches y algunos autobuses iban y venían sobre el puente mientras los viajeros se abrían paso a lo largo de una acera en el lado derecho.

—Todavía falta —declaró Franklyn por encima del ruido del tráfico. —Por desgracia, estando tan cerca de la estación no podremos hacernos desaparecer. Pero de todas maneras ni podríamos, con tantas brujas y magos menores de edad acompañándonos.

Ginny se amarró el cabello en una cola de caballo mientras caminaba junto a su esposo.

—En realidad no me importa estirar un poco las piernas.

—No es la ciudad más hermosa que he visto —comentó Albus. —Pero el río luce con un fascinante tono naranja.

—Son sólo las lámparas de la calle —suspiró Lucy.



—Disfruta del paisaje mientras puedas —recomendó Zane. —Una vez que estemos en el campus, podrían pasar meses antes de que vuelvas a verlo.

Albus arrugó la frente.

—¿Es una escuela o una prisión?

—Sí —bromeó Zane. —Pero la cuestión es que no hay razón alguna por la que realmente necesites salir. Aleron dispone de todo lo que necesitas, y de unas cuantas cosas que no. Ya he estado allí durante todo un año y todavía no he visto el campus entero.

Lentamente, el grupo salió del puente embotado de tráfico y descendió por una red de sectores ciudadanos densamente poblados. Pequeñas empresas y estaciones de servicio finalmente daban paso a una concurrida zona residencial. Casas y apartamentos se apretujaban como clientes en un bar, arrimándose a empujones frente a estrechas calles. Automóviles y camiones se alineaban en las veredas, destellando débilmente con el resplandor de las lámparas de la calle. También había árboles enormes y viejos alineados a lo largo de las calles, con sus raíces empujando la acera hacia colinas y valles subversivos. Por último, el grupo cruzó una angosta intersección y se acercó a un muro de piedra lo suficientemente alto para que nadie pudiera ver por encima. Pedazos de vidrios rotos estaban incrustados en la argamasa de la parte superior.

—Aquí estamos —dijo Zane, asintiendo.

Albus no parecía nada asombrado.

—¿De veras? Puedo apreciar lo que quieres decir con lo del tamaño. Podrías perderte agachándote para amarrar tus zapatos.

James miró a lo largo de toda la agrietada acera. El muro de piedra no era más grande que un pasillo de Hogwarts, con oblicuos pedestales de ladrillo en los extremos. Enclavado en cada uno de los pedestales, desgastado, había un bloque de piedra con un símbolo estilizado grabado en el centro. Sobre el símbolo, que parecía ser un escudo con dos letras «A» en él, se posaba un águila con las alas extendidas. Una puerta de hierro forjado yacía en medio del muro, dando frente a



la calle, pero la puerta estaba tan colmada de vides y maleza que la vista más allá quedaba tapada por completo. Franklyn se aproximó a la puerta y echó parte de las enredaderas a un lado, asomándose dentro.

—Soy yo, Pedreolo —dijo en voz baja. —El rector Franklyn. Nuestros visitantes han llegado.

James, Albus y Lucy se estrecharon para salir de entre de los viajeros, ávidos por echar un vistazo más allá de la puerta invadida por la vegetación.

—Es sólo un patio —se lamentó Albus. —¿Dónde está ese grandísimo campus del que estabas hablando?

—Es que ése todavía no es —respondió Franklyn.

—¡La esclusa de tiempo! —soltó Ralph súbitamente, recordando. —¡Mi papá me habló de ella el año pasado! ¡Excelente!

—Justo a tiempo, señor Deedle —le sonrió Franklyn. —Por así decirlo.

James empujó a un lado las ramas y estiró el cuello para mirar por encima del hombro de Albus. Efectivamente, el espacio dentro del muro era simplemente un viejo patio, atiborrado con malas hierbas y restos de basura. Sólo dos objetos parecían ocupar el espacio. Uno de ellos era un sauce muy tupido y bastante voluminoso. Lo otro que había era una piedra irregular muy grande.

—Está dormido, rector —suspiró la profesora Burke, volviéndose. —¿Le lanzo una piedra?

—Ya sabes lo irritado que se pone cuando hacemos tales cosas —respondió Franklyn con impaciencia. —A nadie le gusta ser golpeado con su propio material genético. Déjame intentarlo una vez más. —Alzando la voz un poco, Franklyn volvió a llamar—: ¡Pedreolo! ¡Soy yo, tu rector! ¡Despiértate! ¡Nuestros invitados aguardan!

Desde el patio llegó un ronquido chispeante seguido por un chirrido sordo. James miró alrededor, buscando la fuente del sonido, y se sorprendió al ver la gran piedra moviéndose con ligereza. Aparentemente, no era una única piedra, sino



más bien muchas rocas pequeñas amontonadas, porque comenzaron a moverse de forma independiente, sin desmoronarse exactamente, pero sí cambiando de posición, recreando una forma que parecía, de un modo extraño y gracioso, tener vida.

—¡Genial! —exclamó Albus repentinamente, olvidándose de la calle tranquila que lo rodeaba. —¡Es un trol pedrusco! ¡Siempre he querido ver un trol pedrusco!

La forma pedregosa se puso de pie y comenzó a avanzar hacia la puerta, moviéndose pesada y torpemente; sus pisadas estremecían el suelo deleznablemente.

—Conozcan a Pedreolo —presentó Franklyn, haciendo gestos con una mano. —Nuestro jefe de seguridad. Ha sido parte de Alma Aleron desde... bueno, desde antes de mi misma época. ¿No es así, Pedreolo?

El trol pescó una llave grande de las profundidades de sus rocosas grietas y la estampó de sopetón en un candado de hierro. Con una voz profunda y estridente, dijo:

—Llegué aquí con el *Mayflower*, señor. Lo recuerdo como si fuese ayer.

La profesora Burke sonrió cansadamente.

—Por supuesto, en años de trol pedrusco, probablemente *fuese* ayer.

Cuando las puertas se abrieron rechinando ruidosamente, Albus levantó la mirada hacia la criatura de piedra.

—¡Pero debes pesar mil toneladas! —exclamó. —¿Cómo rayos un barco podría transportarte?

—¡No me transportó! —replicó Pedreolo despacio. Se inclinó hacia delante y en lo que fue como un susurro, añadió—: Yo lo seguí.

Los demás pasaron junto a Albus mientras éste se quedaba mirando fijamente al trol, con los ojos muy abiertos, considerando el asunto.

—Hacia el árbol —señaló Zane. —Esta es la mejor parte. ¡Venga, vamos!

Franklyn se detuvo, permitiendo que todos los demás pasaran por delante de él.

—Sí, sí, como dice el señor Walker, todo el mundo bajo el árbol. Estoy seguro que no podemos estar más preparados para que este viaje llegue a su fin.

James, Ralph y Lucy se unieron a Petra, Izzy y al resto bajo la penumbra lunar que proyectaban las ramas colgantes del árbol. James ya no se sentía cansado. En vez de eso se había llenado de una cierta emoción atontada, avivada en parte por el aire de la noche brumosa, y en parte por el misterio de lo que iba a acontecer.

—¡Siguió el *Mayflower* hasta aquí! —bramó Albus con voz áspera, señalando a Pedreolo con el pulgar por encima de su hombro. —¡Simplemente caminó derechito por el fondo del océano, observando cómo el barco avanzaba sobre la superficie delante de él! ¿No es la mejor cosa que hayas escuchado en tu vida?

—¿No viene con nosotros? —preguntó Ralph, mirando a un lado mientras el trol retrocedía hacia la puerta, con el candado en la mano.

—No —contestó Albus, sonriendo maliciosamente. —¡Se queda aquí todo el tiempo! ¡TODO... el TIEMPO! Dice que a veces algunos adolescentes muggles trepan por las paredes, sin que les importe que haya fragmentos de vidrio o no, y se lanzan en busca de lugares donde puedan hacer travesuras. Éste les da un coscorrón para que se duerman y los arroja a un callejón cercano con una botella vacía o dos, ¡haciéndoles pensar que simplemente cayeron borrachos!

—Veamos —dijo Franklyn, apiñándose bajo el árbol. —Me atrevería a decir que con nuestros visitantes, la profesora Remora y sus alumnos que están de regreso, estamos excediendo el límite de ocupación legal del sauce zurcidor.

—Por favor, rector —suspiró Remora. —Incluso para criaturas como yo, ha sido una noche muy larga. Terminemos con esto ya.

Franklyn asintió con la cabeza y sacó un complicado instrumento de latón desde lo más profundo de sus vestiduras. James lo reconoció de su experiencia previa con el rector. Consistía en lentes de diversos tamaños sujetas a bucles con



bisagras. El mago retorció dos de las lentes hasta hacerlas quedar en una alineación, levantó el instrumento y miró a través de él hacia la luna.

—Aja, sí —dijo, y luego murmuró para sí mismo, aparentemente haciendo cálculos en su cabeza. Finalmente, hizo un gesto en señal de asentimiento y se metió aquel instrumento de latón en los bolsillos. Un instante después, levantó su varita y tocó con ella suavemente sobre el tronco retorcido y nudoso del árbol. Con voz cantarina dijo—: Sauce zurcidor, llévanos de aquí hasta allí, los días y los años o todos o ninguno. Revélanos el camino a casa, trasládanos de acá hasta allá, de vuelta a Alma Aleron.

Junto a James, Ralph se removió nerviosamente.

—Conozco a los sauces boxeadores —susurró, —¿pero que hace un sauce zurcidor?

Con una sonrisa en la cara, Zane le susurró en respuesta:

—¿Has visto alguna vez una pandilla?

—¡Ay, no! —dijo Ralph con voz entrecortada. —Hemos pasado por eso ya.

Zane hizo un gesto con la cabeza de atrás para delante.

—Piensa en lo que hizo el *Zephyr* de arriba a abajo —dijo quedamente. —Y ahora piensa en el *Zephyr* como el sauce zurcidor, y de arriba a abajo como un antes y un después.

—Es Tecnomancia otra vez, ¿verdad? —gimió Ralph cuando el árbol comenzó a moverse alrededor de ellos, cambiando misteriosamente y revolviendo viento entre sus largas ramas. —*Odio* la Tecnomancia.

Una fresca brisa silbó alrededor del tronco del torcido árbol, ensartándose entre el pelo de James y provocando que las ramas se bambolearan y sisearan. Un sordo crujido emanó de las profundidades del sauce, sonando como piñones crepitando en el fuego de una chimenea.

Delante de James, Izzy sofocó un grito.



—¡Mirad! —soltó, señalando. —¡El sol se está ocultando!

Zane miró fijamente el resplandor rosado a medida que se expandía en el horizonte.

—Podría estar equivocado —dijo, —pero creo que el sol se está poniendo. Hum, es al revés la cosa.

El resplandor rosado se propagó e iluminó, volviéndose anaranjado y, en seguida, con toda seguridad, el sol se asomó sobre el muro de piedra del patio cubierto de vegetación. El orbe amarillo subía al cielo a una velocidad espeluznante, proyectando duras sombras en el interior del patio y luego rápidamente acortándolas. Aire tibio sopló a través del árbol y James entrecerró los ojos, encontrándose a sí mismo en medio de un súbito mediodía caliente. El sol empezó a moverse más rápido, deslizándose hacia abajo en el cielo al otro lado del sauce zurcidor, el cual suspiró y acalló todo a su alrededor, con sus ramas balanceándose como cortinas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lily con una nota de temor en su voz.

Ginny tiró de la niña hacia sus brazos.

—Todo está bien, Lil —la tranquilizó. —Todavía estamos de viaje, creo. Justo ahora, estamos viajando en el tiempo.

La noche trascendió a través del cielo de nuevo, salpicado de relucientes estrellas. Ahora, la luna divagaba sobre sus cabezas, con su forma de medialuna creciente persiguiendo a las nubes. Segundos más tarde el sol surgió una vez más, moviéndose tan rápido que parecía estar rodando por el cielo como una canica. El viento que expedía el árbol se incrementó, haciendo callar sus ramas en forma de látigo, y James pudo sentir aquel movimiento bajo sus pies. Bajó los ojos y vio las raíces del sauce zurcidor retorciéndose por entre la tierra, propagándose y cambiando a formas como tentáculos.

El cielo se atenuó en noche y se aligeró de nuevo a ser mediodía, recomenzando el ciclo a una velocidad vertiginosa. El sol y la luna se perseguían el uno al otro a través del cielo, y luego se emborronaban en rayas para después

difuminarse en perfectos arcos plateados de tiempo giratorio. Los arcos se curvaban a través del cielo, y las estaciones comenzaron pasar a la deriva al exterior del árbol. La hierba crecía en un color marrón y luego en un desfallecido gris. De repente la nieve la cubrió, fulgurando blancamente y acumulándose en montones altos, formando surcos en los muros interiores del patio. La nieve se desvaneció de nuevo y ahora hojas otoñales tapizaron el suelo. Casi inmediatamente las hojas se evaporaron dejando la hierba verde y frondosa, salpicada de mariposas blancas. James se giró en el acto, paralizado, contemplando el patio entero mientras estaciones y años pasaban cíclicamente, cada vez más y más rápido, fundiéndose en parpadeantes cuadros escénicos de décadas e incluso siglos atrás. Y a pesar de todo aquello, Pedreolo se ovillaba inmovilizado, mirando como nada más que una simple roca escarpada, atravesando fugazmente eones de luz solar y fría nieve.

Finalmente los ciclos comenzaron a disminuir, hasta que las estaciones del año se hicieron distintas otra vez y luego pasaron a ser las rayas del sol y la luna, y finalmente las alternas luces y sombras de los días. El árbol suspiró y susurró, acomodándose hasta que el sol descendió por última vez y el cielo se oscureció, inundado de estrellas. La luna ahora era un orbe gélido y manchado, congelado en la oscuridad. Descendió, moviéndose cada vez más despacio, y finalmente se arrastró hasta detenerse. El sauce zurcidor se relajó y permaneció inmóvil.

En el repentino silencio, Neville Longbottom exhaló un suspiro reprimido.

—Y bien... —preguntó lentamente— ¿cuándo llegaremos?

El rector Franklyn le dio un vistazo al mago más joven, y luego bajó los ojos al reloj que le colgaba de una cadena alrededor de su opulenta cintura.

—Son las 11:21 —respondió. —Cuatro de septiembre. Tenemos que estar en el año, er, 1750. Unos segundos mas, unos segundos menos Es difícil ser especialmente precisos sobre estas cosas.

—¡Madre mía! —exclamó Petra detrás de James. Éste se giró para mirar hacia ella, vio la expresión de asombro extasiado en su rostro, y luego se giró de nuevo, siguiendo la mirada de la chica.



Más allá de las cortinas de ramas del sauce zurcador, el patio había crecido. La puerta seguía siendo visible cerca, pero el muro que estaba instalado era mucho más extenso; tan extenso, de hecho, que James no podía ver ningún extremo. En cualquier otra dirección, la luz de la luna se colaba sobre el tamizado y bien cuidado césped, aglomerando enormes edificaciones coloniales de ladrillo, estatuas, fuentes y senderos adoquinados. Farolas luminosas punteaban el campus, con sus luces parpadeando tenues y fascinantes bajo la luna llena.

—Bueno —habló Percy, e incluso él sonaba impresionado, —parece que por fin hemos llegado a Alma Aleron.



Capítulo 7

Alma Aleron

James había querido explorar los terrenos esa misma noche, pero sus padres, junto con el resto de los adultos, habían insistido en hacer que todos se fueran a dormir en sus habitaciones.

Los cuartos de huéspedes estaban ubicados en una gran mansión de ladrillos que daba vista a las inmediaciones, relativamente cerca del sauce zurcidor. Poco después, James se había encontrado en un dormitorio sorprendentemente lujoso con una chimenea de mármol gigantesca que era casi tan alta como él, y tres grandes camas con dosel que tenían pequeños taburetes escalonados de madera junto a ellas. Albus se apoderó de la más cercana a la ventana y James tomó la del



medio. En cuestión de minutos, a pesar de la emoción de la noche, y el entusiasmo por haber llegado finalmente, James cayó en una profunda somnolencia sin sueños.

Pareció despertar casi de inmediato y parpadeó ante la brillante luz del sol que refulgía a través de la ventana, nadando entre motas de polvo. Sonaban pájaros trinando cerca y cuando James se sentó en su cama alta, pudo ver gente desplazándose por las adoquinadas pasarelas del campus por debajo de la ventana. Sonrió y vio que Albus ya estaba despierto.

—Siento el olor a tocino —dijo Albus, moviendo la cabeza. —La cocina está en el sótano. ¡Vayamos a ver si podemos hacernos con algo de comida!

—¿Por qué no te adelantas? —anunció Ralph desde el otro lado de la habitación, encogiendo los hombros en una enorme bata de dormir blanca. —Vamos, di que hay dos más. Que sea uno para cada uno. Amigos, esto sí que es vida.

—No puedo imaginarme que así sea la vida en los dormitorios —replicó James, agarrando una de las batas y poniéndosela sobre el pijama, —pero qué más da

Juntos, los tres muchachos descendieron torpemente por las escaleras hacia un zaguán alto y lujosamente revestido con paneles. Vitrinas expuestas a un lado mostraban una gran variedad de trofeos, premios y condecoraciones, así como una colección de extrañas pelotas de cuero deportivas, la mayoría de ellas insulsas y deterioradas por el tiempo. En el otro lado del zaguán, retratos enmarcados y fotografías miraban hacia abajo. James reconoció a algunos de los rostros de las imágenes, entre ellos estaban Abraham Lincoln y George Washington, pero la mayoría de los personajes le eran totalmente desconocidos. Muy pocas de las imágenes se movían y James asumió que la mayoría de las pinturas, de hecho, no eran mágicas.

Los chicos pasaron por un gran salón y un armario de abrigo y se detuvieron cuando se acercaron a un comedor ajetreado, rociado con luz brillante mañanera que entraba desde dos grandes ventanales. La mayoría de los adultos ya se habían concentrado alrededor de la mesa, balbuceando, pasándose platos y vertiendo café

y té en humeantes tazas. Alegremente, James, Ralph y Albus irrumpieron en la habitación y encontraron asientos alrededor de la gran mesa.

—¿Qué hacéis en ropas de dormir? —cuestionó Lucy, pestañeando hacia James mientras éste subía a la silla junto de su prima.

—Al pudo oler el tocino —aclaró James, encogiéndose de hombros. — Alégrate de que al menos traiga algo puesto.

Percy rociaba azúcar a su té mientras hablaba, aparentemente se encontraba sumido en medio de una conversación con el rector Franklyn, que estaba sentado frente a él.

—Así que con la finalidad de mantener la seguridad y permanecer escondida en la ciudad muggle de Filadelfia, Alma Aleron existe dentro de una burbuja de tiempo en el año 1750.

—En realidad —contestó Franklyn, recostándose en su silla y limpiándose suavemente la barbilla con una servilleta, —ahora nos encontramos de regreso en el siglo XXI, a partir de esta mañana. 2040, creo. Tratamos de usar números redondos, pero aun así, puede ser monstruosamente difícil estar al corriente.

Junto a él, Georgia Burke habló:

—La burbuja de tiempo deambula a diario, girando aproximadamente cuatrocientos cincuenta años. El objetivo histórico de un día cualquiera está determinado por un algoritmo complejo basado en una fecha efectiva, en la fase de la luna, y... eh... en el estado de ánimo de un cierto gato kneazle.

—Sí —confirmó Franklyn, asintiendo. —*Patches*, la mascota de administración. El mago que diseñó el algoritmo es un creyente de que era necesario implementar una única variable aleatoria para evitar que forasteros descifren el código de tiempo. Se figuró que sólo aquellos que se merecen estar verdaderamente en el campus conocerían al gato *Patches* y sus estados de ánimo. Ingenioso, en realidad, pero un tanto obtuso, puesto que los gatos, incluso los de la variedad kneazle, sólo tienen realmente un único estado de ánimo.



—Ariscos —estuvo de acuerdo Burke. —Petulantes, altaneros, soberbios, distantes y aburridos en diferentes grados. Aun así, como un concepto de seguridad, resulta justamente sólido.

—Oh, nosotros sabemos todo sobre los kneazles —comentó Izzy desde el otro lado de la mesa. —¿Recuerdas a *Crookshanks*? ¿El gato de la familia de Rose? —preguntó, mirando a Petra a su lado, y luego dirigiéndose en dirección a todos los demás en la mesa, con su voz sobria. —Pero *Crookshanks* no es arisco en absoluto. Es un encanto.

—Para ti lo será... —masculló Harry.

—¿Y qué pasa si alguien salta el muro de la escuela desde adentro? —preguntó Albus, con la boca llena de pan tostado. —¿Serían capaces de ir a explorar el futuro o el pasado? ¿Y si se perdieran? ¿O fueran y modificaran la historia de alguna manera?

Franklyn rió levemente, como si se tratara de una pregunta que había tenido que responder muchísimas veces.

—Afortunadamente para la historia, la burbuja de tiempo se detiene en los límites del campus: el muro de piedra que todos observamos anoche. En el momento que la atravesaran, abandonarían la exclusiva de tiempo y se hallarían dentro del flujo normal del tiempo, cerrando por dentro el campus, y con Pedreolo convenciéndote para que salgas.

—Ah, entiendo —expresó Albus, decepcionado.

—En cualquier caso, tenemos un día entero por delante —anunció Ginny, colocando la servilleta al lado de su plato. —Lily, necesitamos instalarlas a ti y a Izzy en vuestra nueva escuela, a otro sitio de la villa académica, y nosotros también tenemos que ubicarnos en nuestros dormitorios.

Franklyn se aclaró la garganta.

—Harry, he concertado una visa de Red Flu indefinida para ti y tu escuadrón, que se hará efectiva a partir de hoy mismo. Te permitirá el acceso libre a la



Montaña de Cristal y a cualquier destino mágico doméstico que pudieras requerir durante el transcurso de tu estancia aquí.

—Servirá lo suficiente —coincidió Harry. —Pero ¿qué hay de la comunicación con mis colegas en el extranjero? Tengo entendido que tienes un departamento entero dedicado a las experimentales comunicaciones internacionales. Como debes saber, Titus Hardcastle, mi segundo al mando, se estará reuniendo conmigo periódicamente durante la investigación. Será necesario comunicarme con él regularmente y el correo internacional es notoriamente lento.

Al final de la mesa, Merlín habló:

—He previsto tales requerimientos, señor Potter. Búsqueme en mi habitación en cuanto tenga la oportunidad.

Franklyn parpadeó hacia Merlín, y luego se volvió hacia Harry.

—Y por supuesto, el Departamento de Comunicaciones Mágicas Experimentales te ayudará en cualquier cosa que puedas necesitar. Yo te proporcionaré un pase que te concederá el acceso inmediato al campus por la entrada principal. Pedreolo te conoce ahora, y te escoltará a través de la esclusa de tiempo. Sin embargo, como puedes imaginar, no puedes aparecerte en el campus desde la parte exterior de la burbuja de tiempo, ni se puede acceder a través de la Red Flu. Por desgracia, nuestras medidas de seguridad, tan infalibles como lo son, presentan sus propias limitaciones únicas.

—De ninguna manera pienso salir del campus durante mi estadía —anunció Neville Longbottom, sonriendo. —Tengo una reunión con el jefe del Departamento de Flora, el profesor Sanuye, más tarde esta misma mañana, en preparación para mi conferencia mañana por la noche. Francamente, lo admito, estoy un poquito nervioso al respecto.

—Lo hará espléndido —le confortó Audrey confiadamente. —No hay ningún otro experto en el tema de la herbolaria como usted, profesor Longbottom.

—Bueno —contestó Neville, ruborizándose, —eso podría demandar un poco más...



—En cuanto a vosotros cuatro —dijo Ginny, señalando a James, Albus, Ralph y Lucy, —tenéis programado reunirse con Zane junto a la Octósfera a las diez en punto. Él os mostrará todo el campus y os aclimatará para vuestro primer día de clases. Si planeáis vestir alguna otra cosa que no sea vuestras pijamas y esas ridículas batas, os sugiero que terminéis de comer rápido y os vayáis a cambiar.

—¡Uf! —proclamó Albus de repente, levantando su taza y mirándola con desdén. —¿A esto llamas té? Había oído que los americanos no podían hacerse una taza decente, ¡y ya lo creo! ¡Esto sabe a jugo sobrecalentado de ciruelas pasa!

—¡Albus Severus! —le reprendió Ginny.

Franklyn contempló la taza en la mano de Albus. Gentilmente, se estiró para sostenerla.

—Ah, sí... ¡jejem! Sabe a jugo sobrecalentado de ciruelas pasa porque eso es precisamente lo que es, jovencito —declaró, tomando la taza y olfateándola. — Parece que has cogido mi bebida sin querer.

La cara de Albus se enrojeció mientras James y sus padres reían. Audrey se cubrió su propia boca para sofocar una sonrisa mientras Percy miraba al techo. Merlín se movió y se puso de pie, insinuando que el desayuno había terminado.

—Oh. Bueno —repuso Albus con frialdad. —Ya no importa.



Durante el día, la extensión del campus de Alma Aleron parecía mucho más grande. Césped prolijamente recortado y jardines florales se entrecruzaban con senderos desfilando en todas direcciones. Algunos de los senderos eran serpenteantes y estrechos, extendidos con gravilla, otros eran anchas veredas adoquinadas, labrando rectas franjas entre las diferentes edificaciones.

A medida que James, Albus, Ralph y Lucy se abrían camino al centro del campus, se toparon con innumerables estudiantes de casi todas las edades, la mayoría vestidos con diferentes versiones del uniforme escolar, que consistía generalmente de camisa, corbata, pantalones y chaqueta para los chicos, o blusa, falda y corbata para las chicas. Suéteres de cuello de pico eran usados ocasionalmente en lugar de chaqueta, sobre todo por las chicas, y algunos estudiantes declinaban por completo el uso de chaqueta o se la colgaban al hombro.

La sutil confusión radicaba en el hecho de que no parecía ser una escuela con colores establecidos. Mientras James miraba en derredor, deleitándose con las vistas, contaba por lo menos media docena de combinaciones de distintos colores. Sin embargo, se dio cuenta que los estudiantes que vestían colores similares tendían apiñarse en grupos, ya fuera caminando velozmente a sus clases o bien fuera rondando cerca de los bancos y paredes bajas que se esparcían por el campus, riendo y holgazaneando, y en ocasiones lanzándose extrañas pelotas de cuero deportivas.

Los edificios que conformaban el campus eran en su mayoría hechos de ladrillo, cubiertos con hiedra, con buhardillas y torres que sobresalían de altos tejados. Las entradas eran amplias y grandes, con escalinatas de piedra que conducían a hileras de pesadas puertas de madera, muchas de ellas desparramadas dejando pasar el fresco aire del otoño. La mayoría de las principales edificaciones parecían alinearse a lo largo de un campo comunal muy largo y estrecho, salpicado de enormes y ancianos árboles, albercas, puentes, jardines y estatuas. En el extremo más próximo a los espacios comunales, cerca del lugar habilitado para huéspedes y del sauce zurcidor, había algo así como una antigua ruina, en su mayoría compuesta por bloques de piedra apilados aleatoriamente alrededor de los cimientos saturados de césped. La única porción reconocible de la ruina era la entrada principal y sus escalones, que parecían a punto de desplomarse ante la menor provocación. Una estatua erguida muy desgastada y rota de un mago severamente vestido sostenía una varita a su lado frente a la entrada, mirando como si alguna vez hubiera posado sus pies sobre un gran pedestal que había, a



través del tiempo y el caos, quedado sepultado. El nombre grabado en la parte superior de la ruina del umbral de la entrada era apenas legible: Roberts.

Frente a la ruina, sitiado en el otro extremo de las comunas, luciendo como un patriarca a la cabeza de una gigantesca mesa, se encontraba un imponente edificio de ladrillo rojo con contrafuertes y columnas de piedra, filas de ventanales altos, y una torre de reloj con una vertiginosa altura que se alzaba por encima de su entrada central. El nombre completo de la escuela y su fecha de fundación estaba cincelado sobre las columnas con una letra enorme:

UNIVERSIDAD DE ALMA ALERON
PARA LA CÁTEDRA Y LOS GREMIOS MÁGICOS

1688

James tuvo el vago presentimiento de que había visto aquella edificación antes, y entonces lo recordó: había sido en el fondo de su primera visión de la UAA, que había visto a través de la pared trasera mágica del garaje transdimensional durante su primer año en Hogwarts. Había visto el reloj de esa misma torre, aunque desde un ángulo diferente, y lo había escuchado marcando la hora. Ahora se sentía un poco surrealista, levantando la mirada hacia el edificio desde su césped, sabiendo que en ese momento estaría acudiendo a la escuela que yacía allí, probablemente durante el transcurso de todo el año.

Finalmente, los cuatro estudiantes se dirigieron hacia el centro de las comunas y se detuvieron debajo de uno de los masivos olmos que proyectaba su sombra sobre los terrenos, con sus rotatorias hojas capturando la luz del sol como caleidoscopios. Cerca de allí, un grande y adosado estanque se ampliaba con fuentes, rodeando una extraña bola de mármol negro que parecía flotar en la mitad.

—Ahí viene —dijo Ralph, enjugándose la frente con la manga. —¿Cómo es que puede ser tan caluroso aquí en esta época del año?

Lucy se encogió de hombros.

—Está templado comparado con el clima estándar. Alégrate de que no he hemos llegado a mediados de agosto. Mi padre dice que puedes poner a hervir un caldero en las aceras durante un típico verano americano.

—¡Uy! —resolló Albus, sacudiendo la cabeza.

—Realmente me decepciona no ser capaz de intentarlo —prosiguió Lucy, agachándose y poniendo la palma de la mano sobre la piedra a sus pies. —Esto es apenas lo suficientemente caliente para ablandar jalea de herbajes.

—¿Nunca se te ha ocurrido —persuadió Albus, mirando de reojo a su prima, —que tu padre podría estar *lleno* de jalea de herbajes?

Lucy consideró la pregunta de Albus serenamente.

—Sí —le espetó al chico. —En realidad, ya había pensado en ello.

—Buenos días a todos —saludó Zane lozanamente, atravesando las terrazas del estanque para reunirse con ellos. —Siento llegar un poco tarde. Hubo un incidente ayer por la noche en mi casa e involucró un novato, un hechizo *Engorgio*, y una tarta de limón verde. Nunca he visto un desastre como ese, y dependía de mí para asegurar de que haya quedado todo limpio después. La juramentación quedó a medias. Si queréis mi opinión, no hay un Zombi en la pandilla.

Lucy frunció el ceño.

—¿Una tarta de limón verde?

Ralph dirigió la mirada hacia la niña.

—¿Le oíste decir la palabra «zombi», y lo que te preocupa es la tarta?

—Obviamente no hablaba de zombis reales —dijo Lucy con desdén. —Los zombis están prohibidos. Al menos en este país.

Zane alzó la voz y levantó un puño en el aire.

—¡Orgullo Zombi! ¡Coraje Zombi! ¡La lucha incansable de los muertos vivientes! —Se detuvo, bajó el puño y esbozó una sonrisa. —Lo siento, la fuerza de la costumbre. Le va a los Zombis, ¿eh?

—Lo que tú digas —sonrió James, sacudiendo la cabeza.

—Vamos, os explicaré todos los detalles primordiales mientras caminamos —dijo Zane, haciendo una señal para que los otros empezaran a moverse. —Hay mucho que recorrer y poco tiempo. Tengo clase en media hora. Podéis estar presentes como observadores, si lo deseáis.

—Oh, claro —comentó Albus en un tono de alegría sarcástica. —Eso sería diversión *desbordante*.

Lucy golpeó suavemente con la palma a su primo en la parte posterior de la cabeza mientras se ponían de pie.

—Déjalo ya, Albus, ¿quieres?

—De acuerdo —dijo Zane, dándose la vuelta y caminando hacia atrás, con sus brazos muy extendidos. —Este es la alameda principal de Alma Aleron. La mayoría de los edificios académicos están por aquí, a cada lado. Detrás del sauce zurcador, ese montón de ladrillos y piedra es el hogar de uno de los fundadores originales. Parece tentador treparse, pero no creo que sea buena idea. Por estos días, la magia es la única cosa que sostiene y mantiene junto lo que queda.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó James, mirando por encima del hombro a la derrumbada ruina. —Parece que tuviera mil años de antigüedad.

Zane se encogió de hombros.

—Lo siento, eso no es parte del recorrido. Principalmente, porque no lo sé. Estoy seguro de que alguien me lo dijo una vez, pero me hice un favor a mí mismo olvidándolo tan pronto como pude. Proporciona más espacio aquí para el clutchcudgel y los retos de la juramentación para los novatos —especificó, tocándose la sien con un dedo. —De todos modos, la mayoría de los dormitorios de las casas están del otro lado de los edificios académicos. Hay seis de ellos, lo

que me trae a la parte más importante de tu vida aquí en Aleron: la sociedad en la que terminarás.

—Justo como las casas de Hogwarts —Lucy asintió en acuerdo, animándose.

—¡Sí! —dijo Zane, apuntando hacia ella. —Y no. Las cosas aquí son totalmente diferentes, empezando por la *selección*. Primariamente porque ni siquiera hay una. Aquí, tienes que correr a la sociedad en la que deseas entrar. Si no lo haces, o si te resistes durante la carrera, serás asignado a una un dormitorio por la administración, y no querrás que eso suceda.

James siguió a Zane sobre una pasarela estrecha, pasando tímidamente cerca de un grupo de estudiantes que caminaban en dirección opuesta.

—¿Por qué no? Entrás a una casa de cualquier manera, ¿verdad?

—Sí, pero no tienes derecho a reclamar nada si no te gusta la casa en la que te hayan puesto. Se basa completamente en el espacio que esté disponible. Y las casas no tratan muy bien a los rezagados. Inclusive la casa Zombi. Debería saberlo.

—¿Eres un... eh... rezagado? —preguntó Ralph.

—Eh —dijo Zane, mirando hacia atrás. —No. Digamos que los rezagados de la casa Zombi todavía son los que limpian los pegotes de tarta de las paredes del sótano. Es una jerarquía desagradable, pero una que resulta eficaz.

—Suenan un poco bárbaro —dijo Lucy con suavidad.

Zane asintió con la cabeza.

—Pero a lo que iba. Tenemos seis sociedades, todas originalmente nombradas de la mitología griega, por la cual los padres fundadores estaban locos. Aunque ya nadie las llama por sus nombres griegos, así que no os preocupéis por intentar recordarlos todos. Las sociedades han existido desde los inicios de la escuela y fueron diseñadas para dar cabida a casi cualquier tipo de personalidad mágica.

Se detuvo y se giró de nuevo, haciendo un gesto entre dos edificios cercanos.



—¿Veis esa vieja mansión de allá, detrás del Salón Rin? Esa es la mansión de Hermes, también conocida como la casa de los Zombis, donde yo vivo. Mi dormitorio está en la ventana superior derecha, junto a la torre. Los Zombis son perseverantes y traviesos, adaptables a casi cualquier situación. Justo como yo, ¿eh?

Albus asintió con la cabeza.

—Los Zombis de la casa de Hermes también son conocidos por tener un juicio cuestionable y requerir de mucha supervisión.

Lucy, James y Ralph miraron a un lado a Albus, con las cejas enarcadas.

—¿Qué? —soltó Albus, extendiendo las manos a los costados con las palmas hacia afuera. —Lucy no es la única que puede leer, ¿sabéis? Lo leí en un folleto que encontré en la habitación de anoche.

Zane puso los ojos en blanco.

—Bueno, técnicamente, tienes razón. Si le preguntas a cualquiera, te dirán que la casa Zombi es la casa de los vándalos, de los rebeldes y de los malhechores. Pero sólo lo dirán que porque tienen envidia. Nuestros colores son el amarillo hiel y el negro.

—¿Y qué hay de las otras sociedades? —preguntó Lucy.

—Ah sí, claro —dijo Zane, levantando la mano y empezando a contar con los dedos. —Además de la casa de Hermes, está Érebus, mejor conocida como la casa Vampiro, encabezados por la profesora Remora, a quien ya conocéis. Todos allí son dramáticos y hoscos, y se toman a sí mismos muy en serio. Podéis decir que son ellos por sus uniformes negros y rojos, y por el hecho de que la mayoría son tan paliduchos como la luna y por cómo se dejan caer el pelo alrededor de sus ojos para quitarse de la vista a quien se esté burlando de ellos. —Se detuvo, y después de un instante agregó con orgullo—: Y quien normalmente se burla de ellos es un Zombi.

Luego está la casa Duende, de Afrodita. Son todos del tipo animadora, obsesionados en lucir bien y son los que poseen las escoba más caras y los que



visten la ropa de última moda. No están mal, si puedes ver más allá de su ego, y nadie puede descartarlos a la hora del politiquero y los debates escolares. Incluso tienen algunas auténticas velas en la casa Duende. Sus colores son el rosa y el amarillo ya que esos son los colores que están comúnmente más a la moda.

Zane comenzó a caminar de nuevo, llevando al grupo hacia el edificio administrativo principal al final de las comunas.

—La siguiente es la casa de Ares, conocida usualmente como la casa Hombre—lobo. Ellos son del arquetipo militar y los atletas del campus. Su casa está sobre la Colina de la Victoria, detrás del edificio de administración. Han ganado ese lugar durante doce años consecutivos ya que nadie los puede vencer en el torneo de clutchcudgel. Los Hombres—lobo son arrogantes y adustos, y no tienen mucho respeto por cualquiera que no sea como ellos, así que vas a querer evitarlos a menos que seas uno de ellos. Sus colores son el color gris pizarra y el borgoña, como los uniformes militares. Por allí está su presidente, el profesor Jackson.

James parpadeó y se volvió para mirar. El profesor Theodore Jackson marchaba a grandes zancadas a través de la luz del sol al otro lado del campus, usando un abrigo gris pizarra y un pañuelo de color borgoña oscuro, con sus cejas duras apuntando hacia abajo. Aparentemente no se había percatado de James o el resto de su grupo, y el muchacho se alegraba de ello.

—Luego está la casa de Hefesto, hogar de los Igores. Son casi todo lo opuesto a los Hombres—lobo. Los Igores son los fenómenos tecnománticos y alquímicos, y son increíblemente unos genios. La mayoría de ellos invierten tanto tiempo en el laboratorio de su casa que casi nunca se dan cuenta de lo que está pasando en todo el resto del campus. Viven conversando de un gran juego acerca de tomar y crear dispositivos para su destrucción, pero en realidad son bastante inofensivos cuando llegas a conocerlos. Puedes saber que son ellos por sus uniformes de color verde ácido.

Zane se detuvo en la base de los escalones del edificio de administración, que era una colosal edificación de ladrillo enorme con una torre de reloj. Giró y señaló al otro lado del campus, de vuelta por donde habían venido.



—Y, por último, están los Pies—grandes, de la casa de Apolo. Tienen su mansión allí del otro lado de la ruina, tan lejos de la Colina de la Victoria como sea posible. Los Pies—grandes son personas agradables, pero no hay nada realmente interesante sobre ellos. Son una panda amigable, trabajadora y honrada de brujas y magos bastante competentes, lo que explica por qué la gente se olvida de ellos unos dos segundos después de haberlos conocido.

—Suenan como un grupo muy decente —dijo Lucy, mirando hacia la casa distante.

—¡Ese es exactamente mi punto! —exclamó Zane. —Cuentan con un respetable equipo de clutchcudgel, pero la racha de su juego es totalmente débil, lo que explica por qué nunca ganan. El presidente de esa casa es un tipo decente, no puedo recordar bien su nombre. El profesor Birch, o Bark, o algo así. Enseña Ética de la Magia a nivel universitario. Qué tedioso debe ser...

—Espera un momento —le detuvo Albus, alzando una mano. —Así que esta se supone que es la mejor escuela de magia en todo Estados Unidos, ¿y me estás diciendo que su gente podría hallarse con que sus apelativos eran un montón de monstruos mutantes?

—Sospecho que al menos los Vampiros se opondría al término «mutante» —intervino Lucy.

Zane puso los ojos en blanco.

—Sí, sí, únete al club. Recuerda que todavía soy un Ravenclaw hasta la médula. Cuando llegué aquí el año pasado, les conté lo endeble que era Aleron en comparación con la vida en Hogwarts. Sorprendentemente, nada de lo que dije tuvo una buena acogida aquí. La cuestión es que estos apodos fueron otorgados por los estudiantes, hace un centenar de años o algo así, y evidentemente no fue la pandilla más imaginativa que digamos. Aunque si piensas que los nombres de monstruo son pésimos, ¡debiste haber visto los nombres *originales* de cada sociedad allá cuando comenzaron la escuela! Los padres fundadores pudieron haber sido genios en muchos aspectos, pero las mascotas decisivas no era uno de ellos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucy.



—Bueno —explicó Zane, bajando la voz, —eran los mismos tipos que finalmente decidieron que los símbolos para nuestros partidos políticos debían ser un elefante y un burro. El propio Benjamin Franklyn votó en contra de hacer de un águila nuestro símbolo nacional. ¿Sabéis lo que quería que fuera? ¡Un pavo!

Albus meneó la cabeza, sonriendo ampliamente.

—Estás bromeando.

Zane se enderezó.

—Ojalá fuera así, colega. Aún está un poco irritado al respecto, ¡y han pasado siglos! Pero de todos modos, nos guste o no, así están formadas todas las sociedades de las casas. Crecerá en ti una vez que te hayas instalado en la tuya. La semana de la carrera todavía está en curso, así que aún tenéis la oportunidad de juramentaros ante una buena casa. Yo voto por Zombi para todos vosotros, pero tendremos que preguntarle a *Patches*.

—¿*Patches*? —parpadeó Albus. —¿El gato de administración?

—Es un kneazle —corrigió Zane. —Y tiene un sexto sentido para estas cosas. Puedes solicitar cualquier casa que desees, pero es tradición que los nuevos estudiantes consulten primero a *Patches*. Es divertido. De hecho, ahora mismo está ahí.

James miró en la dirección que Zane indicaba. En el rincón de la escalinata de piedra, tendido a la sombra de una estatua de una enorme águila, estaba un gato moteado de tres colores y de apariencia perfectamente ordinaria. Tenía los ojos cerrados, pero la punta de su cola se movía nerviosamente, como si el gato sólo estuviese fingiendo estar dormido.

—Vamos —sonrió Zane. —Preguntémosle.

—Esta es una especie de broma que le gastan a todos los nuevos estudiantes —moduló Albus, rezagándose. —Lo puedo apreciar. Aunque no voy a caer en ella.

—Haz lo que quieras —replicó Zane, impasible. Se acuclilló delante del gato y le rascó entre las orejas. —Hola, *Patches*, ¿cómo están tratando al lindo gatito? —



El muchacho hablaba como si estuviera arrullando a un bebé. —Sí, eso es. Te gusta que te rasquen entre las orejas, ¿no es así? ¿Sintiendo ganas de querer ayudar a algunos de mis amigos hoy? ¿Compartiendo un poco de esa chiflada intuición felina?

Lentamente, *Patches* formó con sus verdes ojos una rendija y miró fijamente hacia a James. Su cola se sacudió.

—Este es James —prosiguió Zane, mirando hacia atrás. —Sé que llega uno o dos días tarde, pero ha venido desde muy lejos, así que tiene una buena excusa. Sabio de la sociedad, ¿quieres darle un empujoncito en la dirección correcta?

El gato seguía admirando a James pensativamente. James podía oírlo ronronear mientras Zane lo acicalaba. Finalmente, el gato se levantó, se estiró y bostezó pomposamente, y con un suave andar, se alejó ante la luz de sol.

—De ese modo habló Zaruthustra —afrentó Albus, poniendo los ojos en blanco.

—¡Chist! —susurró Zane, alzando una mano.

Patches caminaba rítmicamente hacia las puertas abiertas del edificio de administración, la cola erguida en lo alto, y luego se detuvo con su pata izquierda delantera levantada. Se giró para mirar hacia atrás, como si estuviera asegurándose de que los alumnos estuviesen observándolo.

—Mirad donde puso las patas —musitó Lucy, propinando a James un empujón con el codo.

James miró más detenidamente. Engastada en los bloques de piedra de los escalones había una línea de seis símbolos. El más cercano a James se trataba de un murciélago, con las alas a medio desplegar. El gato estaba parado frente a uno de los símbolos en el centro, con su pata derecha apoyada justo en la misma mitad.

—Eso no puede ser cierto, *Patches* —se extrañó Zane, con el ceño fruncido.

—¿Qué es? —dijo James, entornando los ojos. —Me he dejado las gafas en mi bolsa de deporte. No puedo ver el símbolo.



Zane suspiró.

—Es un vaso de vidrio con pernos eléctricos sobresaliéndole, el símbolo de la casa Igor. *Patches*, James no es un Igor. Tecnomancia no es lo suyo. Es un experto en magia defensiva. Desde donde lo mires es un Zombi. Vamos, continúa hasta llegar al cráneo bizco.

Para sorpresa de James, el gato casi pareció sacudir su cabeza. Permaneció parado sobre el símbolo de Igor, con su pata izquierda levantada, y la derecha plantada justo en el centro del engarzado vaso.

—Estoy convencido de que no soy un Igor —comentó James.

—Sí, bueno, ese viejo gato estúpido —estuvo de acuerdo Zane, mirando de soslayo hacia *Patches*. —Menos mal que no es como el Sombrero Seleccionador de vuestro bueno y viejo colegio. Puedes juramentarte en cualquier casa que quieras, independientemente de lo que *él* diga.

—¡Me toca a mí! —reclamó Albus, dando un paso hacia adelante. —Olvídate de ese antisocial insubordinado. ¿Qué hay de mí, *Patches*, viejo amigo?

El gato contempló a Albus con frialdad, y luego bajó su pata izquierda. Lentamente, zigzagueó por entre los símbolos y se detuvo en uno cerca del final. La forma era lo suficientemente obvia que incluso James podía distinguirla. Era un hombre lobo.

Albus asintió con la cabeza, sonriendo maliciosamente.

—Excelente. Los lobos son los que mandan.

—¿Qué hay de Ralph ahora? —preguntó Zane, empujando al grandulón hacia delante.

Patches estudió a Ralph durante un buen tiempo, con sus ojos verdes entrecerrados. Finalmente, se sentó, se lamió un costado unas cuantas veces, se levantó otra vez, y caminó en un gran círculo. Cuando hubo terminado, su pata derecha se posó de nuevo sobre el vaso.



—Alguien está poniendo gatarina en tu comida, minino —dijo Zane, sacudiendo la cabeza. —Ralph es incluso menos un Igor que James aquí. Ni siquiera tomó Tecnomancia cuando tuvo la oportunidad.

—Es verdad —le dijo Ralph al gato. —Ni siquiera puedo deletrear «tecnomancia».

Patches levantó la nariz y volvió a bostezar, como si estuviese aburrido.

Lucy se acercó al gato y se hincó de rodillas.

—Hola, *Patches* —dijo, inclinando la cabeza. —Soy Lucy Weasley. ¿Adónde crees que pertenezco?

Patches caminó dócilmente hacia delante y se frotó contra la pierna de Lucy, ronroneando agudamente. Pasó alrededor de la niña y luego se dirigió hacia el extremo opuesto de la línea de símbolos. Su sombra se proyectó sobre el murciélago mientras caminaba alrededor de él copiosamente. Por último, se detuvo y tocó el centro del murciélago con la pata derecha.

Zane hizo un gesto con la cabeza hacia atrás y hacia adelante.

—Podrías tener razón aunque sea con uno —concluyó. —Tú parece tener un poco de esa mística «criatura de la noche» moviéndose en ti, Lucy.

—Pero esa mujer, Remora, no me gusta para nada —aseguró Lucy, estirándose hacia adelante para acicalar a *Patches* otra vez. —Es tan presumida y ridícula.

Zane enarcó las cejas y lanzó un dedo al aire.

—«Todas las personalidades entran en cualquier casa». Eso es una cita textual del presidente de mi casa, el atildado Jersey Malovil.

—¿Qué se supone que significa eso? —Ralph preguntó, confundido.

—Significa que ninguna casa es del todo buena o del todo mala —respondió Zane, sopesando su mochila. —Hay idiotas detestables en todas las sociedades, no son sólo los Vampiros. Incluso hay unos cuantos inmiscuidos entre nosotros los



Zombis. Por otro lado, hay tipos decentes en todas las casas también, aunque son mucho menos en número y más esparcidos en no sé qué. No te preocupes por eso, Lucy. Si te juramentas ante la casa Vampiro, encontrarás a unas pocas personas con tu misma mentalidad a pesar de los esfuerzos que hace Remora por hacer que todos sean como ella.

—Entonces, ¿dónde nos quedaremos hasta que hayamos entrado a una sociedad? —preguntó Ralph.

—Hay un dormitorio común detrás de la casa de huéspedes —explicó Zane, asintiendo hacia donde habían venido. —Vuestras cosas probablemente ya fueron enviadas allí. Querréis salir de allí tan pronto como sea posible. No han actualizado esa residencia en, más o menos, trescientos años. Si yo fuera vosotros, entraría ahora mismo y me registraría en una de las sociedades. El proceso de noviciado comenzará casi de inmediato. Mientras estéis allí, tendréis que conseguir vuestras tareas de clase clasificadas y no podréis inscribirte en ningún club o deporte en que deseéis participar. —Se echó a un lado e hizo una señal hacia las puertas principales de la Residencia de Administración. —A menos que, claro está, queráis venir conmigo a Ingeniería Precognitiva.

—No, gracias —suspiró James. —Creo que es mejor que salgamos de aquí tan pronto como podamos.

—Y además no conozco al resto de vosotros —añadió Albus, —así que aplazaré el inicio de las clases mientras pueda.

—En realidad me gustaría acompañarte —dijo Lucy, moviéndose hasta detenerse junto a Zane. —A diferencia de estos dos, estoy ansiosa por ver cómo son las clases por aquí. Dejaré los arreglos oficiales y me recomodaré después del almuerzo.

—Que sea así entonces —dijo Zane, ofreciéndole el codo a Lucy. —Precognitiva no es tan rigurosa como solía ser; al parecer, ahora que Madame Delacroix se encuentra en un cuarto almohadillado del complejo médico, pero sigue siendo un desafío. Mantente cerca y yo te mostraré las cuerdas.



James sacudió la cabeza mientras los dos se alejaban hacia la multitud de estudiantes.

—Y bien —dijo Ralph, moviéndose con vacilación hacia las puertas de la Residencia de Administración, —¿te apuntarás a la casa Igor?

James se burló.

—De ninguna manera. Me lanzaré a la casa Zombi. Con las disculpas de *Patches*.

—Eso era en lo que estaba pensando también —asintió Ralph. —Aunque no puedo evitar preguntarme por lo que el gato sabe que nosotros no.

—Ambos sois unos imbéciles —espetó Albus con seriedad. —Ese gato tiene algún tipo de vínculo mental con el cosmos o algo así. Puede ver justo dentro de tu alma, al igual que el Sombrero Seleccionador de nuestro colegio. ¿Visteis lo rápido que fue para resolver que pertenecía a la casa Hombre—lobo? Esa es la casa de los grandes del deporte, de la fuerza y del orden. Si el gato dice que vosotros dos sois un par de Igores ermitaños, entonces no deberéis discrepar con él. *Patches* sabe lo que hace.

James empujó a su hermano fuera del camino mientras se giraba en dirección a las puertas de la Residencia de Administración.

—Al, hace unos minutos pensabas que el asunto del gato era sólo una jugarreta para los novatos.

—Uf —dijo Ralph, siguiéndolo. —Y yo que pensé que ya había acabado todo esto. Apenas me estaba empezando a sentir cómodo en Slytherin. Tendremos ahora que empezar todo de nuevo.

Albus frunció el entrecejo.

—Me encanta Slytherin, pero tengo la sensación de que los lobos y yo vamos a llevarnos muy bien.



—Por lo menos quidditch no es la gran cosa por aquí, como allá en casa — comentó Ralph, adentrándose en las oscilantes sombras del vestíbulo de la Residencia de Administración.

James arrugó la frente.

—¿Por qué eso sería algo bueno?

—Bueno —sonrió Ralph ampliamente, palmoteando a su amigo en el hombro, —promueve tus posibilidades para crear un equipo, ¿no?

Albus soltó una carcajada, y el sonido que produjo hizo eco a lo largo del grande y oscuro vestíbulo.



Veinte minutos después, los tres muchachos emergieron a la luz del sol de nuevo, analizando sus trabajos y deberes.

—¿Alguno de vosotros tenéis Artilugios Mecánicos? —preguntó Albus. —No puedo ni imaginar lo que es.

—Casi ninguna de estas asignaturas tiene ningún sentido —coincidió Ralph. —Mira esta: Ocupaciones Muggles. ¿De qué va eso?

—¡Eh! —llamó una voz cercana, sobresaltando a los tres. James miró a su alrededor y vio una pareja de estudiantes mayores de pie junto a las puertas de la Residencia de Administración. Uno de ellos, una chica, vestía falda oscura color gris pizarra, a juego con un suéter de botones y una corbata borgoña, y cabello negro enmarcándole el sombrío y severo rostro. El otro, un chico mayor que James, tenía un brillante cabello verde cortado en una franja que iba desde la frente hasta la base de su cuello. Llevaba una corbata escandalosamente amarilla y pantalón negro. La insignia de su chaqueta lo identificaba como miembro de la casa Zombi.

—¿Estás hablando con nosotros? —preguntó Ralph en tono quejumbroso.

—¿Conocéis algún otro estudiante novato que haya realizado el juramento ante la casa Zombi de Hermes?

—¿O ante los Hombres—lobo de Ares? —adicionó la chica, sonriendo parcamente. —¿Quién de ustedes es Albus Potter?

La chica acaparó la atención de Albus al instante y éste efectuó su mejor saludo. James sabía que era un intento por parecer gracioso y zalamero, y asimismo sabía que fracasaría miserablemente.

—Al suelo, novato —bramó la chica, señalando el piso del pórtico. —Los saludos son para los que sirven. Compensarás esa burla dándome treinta.

Cuando Albus tenía la cara a medio camino de la piedra caliente. Se detuvo y levantó la mirada a la chica más alta.

—Eh, ¿treinta qué? ¿Galeones? ¿Besos? Lo siento, no soy de por aquí. ¿Es esto alguna clase de soborno?

La muchacha sonrió de nuevo. Se agachó delante de Albus de modo que su rostro quedara sólo a unos centímetros de la cara del chico.

—Treinta *lagartijas*, Cornelius —dijo con dulzura. —Y sólo para asegurarme de que lo recuerde, las harás con una sola mano.

—¿Cornelius? —murmuró Ralph.

—Lagartijas —gimió Albus. —Te refieres a un tipo de ejercicio físico, ¿verdad?

La muchacha asintió y sacó su varita de la manga de su blusa blanca.

—Aquí. Te haré empezar —Sacudió la muñeca y Albus levitó delicadamente en el aire. Un momento después, se desplomó y cayó sobre las manos y puntas de los dedos de los pies.

—Va una —apremió la muchacha, sin dejar de sonreír. —Ahora cuéntalas tú.

Albus gruñó cuando comenzó a contar, tocando la piedra con la nariz y empujándose así mismo hacia arriba.

—En cuanto a ustedes dos —intervino el muchacho, acercándose a Ralph y James y mirándolos de arriba hacia abajo, —se las habría ordenado a hacer con un armario encima, pero vienen con una recomendación digna de uno de mis miembros de casa. Zane Walker dice que eran miembros de los gremlins. ¿Eso es cierto?

James parpadeó.

—¿Cómo sabes acerca ellos?

El muchacho dio un golpe a James suavemente en la oreja y esbozó una sonrisa.

—Acabó de explicarlo. Zane me informó. ¿Entonces eran miembros o no?

—Sí —dijo James, frotándose un lado de la cabeza. El golpe no había sido realmente fuerte, pero sentía que debía hacer algo más que simplemente resolverlo.

—*Supongo* que era un miembro —dijo Ralph, pensando intensamente. —Digo, creo que extraoficialmente. Nunca hubo ninguna alguna toma de posesión o juramento, si sabes lo que quiero decir...

—Tomamos en serio el noviciado en la casa Zombi —aventó el muchacho. —Mi nombre es Warrington. Me llamarán... veamos... me llamarán «señor Warrington», su alteza real de la exuberancia. Hasta que yo les diga lo contrario. ¿Entendido?

—Sí —dijo James con cansancio, asintiendo.

—Sí, ¿qué? —le incitó Warrington, inclinándose más hacia delante.

—Sí, señor Warrington, su alteza real de la, eh... ¿exuberancia?

—Lo suficientemente cerca —dijo el muchacho, enderezándose otra vez. —Así que tú eres James Potter y esta tonelada de ladrillos que tenemos aquí es Ralph



Deedle, ambos de la vieja y alegre Inglaterra. Muy bien, entonces. Esto es lo que quiero que hagan los dos ahora mismo. Quiero que corran a la mansión Hermes y se presenten al resto de los Zombis. Pero como entenderán no pueden entrar. Son sólo unos simples novatos, y los novatos tienen que ser invitados a entrar. Por lo tanto, tendrán que quedarse afuera y gritar. Les dirán a todos sus nombres en la casa, quién les recomendó, y por qué tienen que hacerse miembros oficiales. Y deben ponerse esto.

Warrington alargó dos sombreros. James no estaba exactamente sorprendido de ver que eran casquetes de color amarillo y negro, con hélices girando suavemente de la parte superior. Algunas cosas, por supuesto, eran sólo parte de la tradición, no importa en qué país te encontraras. Lentamente, Ralph y él los tomaron.

—¡Pónganselos ahora! —ordenó Warrington, sonriendo ampliamente. —¿Por qué no muestran algo de orgullo de su casa? Cuando regrese a la casa, dentro de una hora, quiero verlos fuera, cumpliendo con lo que les pedí. Y cuando llegue al *interior*, quiero que el resto de los Zombis sean capaces de decirme todo lo que necesito saber acerca de ustedes, y sin reserva alguna. ¿De acuerdo?

—Sí —suspiró James, ajustándose el casquete en su cabeza.

—Sí, ¿qué? —pidió Warrington de nuevo.

—Sí, señor Warrington —profirieron ambos chicos en un tono unísono y empalagoso, —su alteza real de la exuberancia.

—No, ya no quiero que me llamen así —dijo Warrington, ahuecando una mano en la barbilla. —Ahora, se referirán a mí como «capitán Warrington, archiduque del reino de la genialidad». Recuerden eso. No quiero tener que recordárselo. ¡Ahora corran!

Con un grito, echó fuera a James y Ralph, quienes se giraron y empezaron a trotar negligentemente por las escaleras de la Residencia de Administración, dejando a Albus gruñendo mientras realizaba las flexiones de brazo en el pórtico.



—No percibí antes... —jadeó Ralph cuando comenzaron a cruzar el campus,
—que estas carrerillas... serían parte del asunto.



Capítulo 8

La Bóveda de los Destinos

Era asombroso, reflexionaba James al día siguiente, que la similitud de la vida en Hogwarts y la vida en Alma Aleron pudiera ser simultánea y completamente diferente.

Ralph y él habían pasado la mayor parte de la tarde anterior en el sótano de la mansión de Hermes, llevando puestos sus ridículos gorros de hélice y siendo interrogados por miembros de alto rango de los Zombis que los acribillaban a preguntas del por qué se les debían permitir unirse a ellos, mientras que los chicos gateaban sobre las raídas alfombras del sótano y metiéndose dentro de las polvorientas vigas en busca de arañas, instruyéndoles que las recolectaran y las guardaran en un frasco grande. James se había preocupado al pensar que esa era la parte de su noviciado que incluiría comerse a las arañas que estaban en proceso de

recolección y había evitado adrede capturar varias de las más grandes. A las diez, Zane había estado allí también, mascando un enorme cuenco de palomitas de maíz con los pies subidos en un reposapiés cubierto de un felpudo alfombrado amarillo. Warrington, que para entonces había escogido ser denominado «gran sultán Warrington, maestro de las luchas alocadas del segundo diván transversal», había inspeccionado los tarros de araña de Ralph y James con un ojo crítico. Docenas de arácnidos se revolvían en el fondo del tarro, con sus patitas produciendo un leve sonido exasperante y rasguñante en el vidrio.

—Nada mal, novatos —había proclamado Warrington a regañadientes. — Tienen dieciséis más de las que Zane consiguió en su primera noche.

—¡No es justo! —había exclamado Zane, sentándose erguido en el viejo sillón reclinable de las escaleras. —¡Ellos son dos!

—Sí —había sonreído Warrington, desenroscando la tapa del frasco. —Pero hiciste trampa, Walker. La mitad de tus arañas las transfiguraste de hormigas, ciempiés e incluso algunas papas fritas rancias. La mayoría de ellas ni siquiera tenían el número exacto de patas.

Zane se había recostado en el sillón de nuevo.

—Eso fue lo que a todos les encantó de mí, si mal no recuerdo. La trampa creativa es una virtud fundamental de los Zombis. Me lo dijiste tú mismo.

—Desde luego que te lo dije —había admitido Warrington, poniendo boca abajo el tarro y derramando su contenido sobre la manchada alfombra. Las arañas se desperdigaron y correataron en todas direcciones, apresurándose a hacerse bajo los muebles y ocultándose en los oscuros rincones.

—¿Qué has hecho? —había exclamado Ralph, con los ojos como platos. James había notado que la hélice en la cabeza de Ralph giraba más rápido cuando el chico grandulón estaba agitado. Casi se había levantado del suelo cuando había descubierto el nido de una viuda negra a la sombra de la escalera.



—Lo siento, novatos —había replicado Warrington con seriedad. —Es un acto de pura captura y liberación de la casa Zombi. Me pregunto cuál será la otra tanda de novatos para ahuyentar. Vaya, ahora algunas de esas arañas son como familia.

—Recuerdo aquella naranja y morada grande de mi primera noche aquí —había dicho Zane con nostalgia. —La encontré en mi almohada con un par de colmillos falsos de plástico.

La habitación había detonado en un torrente de carcajadas de aprecio y Warrington había sonreído indulgentemente hacia Zane.

En seguida, James y Ralph habían sido despedidos, acompañados por los buenos deseos y las palabras de aliento de Zane, quien les había dicho que pensaba que la tarde había marchado espléndidamente bien.

—Sois unos pillos —había dicho a medida que los guiaba hacia la acera de en frente de la mansión de Hermes. —En serio. Warrington parece satisfecho con vosotros, si no fuera así, personalmente os habría hecho devolver todas las arañas a sus nidos. No os devanáis los sesos mientras cumplen con los retos de vuestra juramentación que será mañana.

James había preguntado a Zane de qué trataría el susodicho reto, pero Zane había meneado la cabeza en negación.

—Si lo supiera, os lo diría, pero no lo sé. Como llegasteis aquí durante los últimos días de la semana del noviciado, probablemente será un reto de los grandes. Pero lo lograréis. No hay porque apurarse.

James intentó no pensar en ello mientras él y Ralph se abrían paso a través del oscurecido campus.

El dormitorio común era una construcción de bloques de piedra que se alzaba como un mausoleo gigante a la sombra de la casa de huéspedes, sin linternas que lo alumbraran y con casi todas las ventanas envueltas en oscuridad. En la pequeña entrada, James y Ralph encontraron sus baúles y la deteriorada jaula de *Nobby*, dentro de la cual yacía acongojada la lechuza de ojos saltones de James.



—Lo siento, *Nobby* —la tranquilizó James, arrodillándose delante de la jaula y abriendo la puerta. —Casi me olvidé de ti. Sal y consigue algo para cenar, pero no vayas muy lejos. Averiguaré mañana en qué lugar guardan las lechuzas.

El ave se abalanzó fuera de la jaula y erizó sus plumas. Con un ululato contrariado, extendió sus alas y remontó vuelo por la puerta frontal que estaba abierta.

—Tu madre dejó una nota —dijo Ralph, cogiendo un sobre de la parte superior de su baúl. —Está dirigida a todos nosotros. Tú, yo, Lucy y Albus.

James se desplomó sobre el baúl y se quitó la gorra de la cabeza. — ¡Adelántate y léela! —dijo, ondeando una mano vagamente.

Ralph desenfundó la nota del sobre abierto y la desdobló.

—«Queridos hijos» —empezó a leer, y luego miró a James. — ¿Hijos?

—Sólo continúa —le incitó James, sacudiendo la cabeza con cansancio.

—«Espero que os hayáis adaptado sin problema con vuestras clases y deberes de casa. Ya os echamos de menos, aunque nos aseguraremos de veros mañana por la noche en la conferencia del profesor Longbottom. Vuestros nuevos uniformes escolares están dentro de los baúles. Portaos bien y nos vemos mañana. Con amor...» bla, bla, bla... puso los nombres de todo el mundo aquí, incluso el del director Merlín.

—Así es mi madre —sonrió James torcidamente.

—Hay algo escrito en la parte de atrás —dijo Ralph, dándole la vuelta a la nota. —Es de Lucy. Dice... que está pasando la noche en la casa Vampiro con sus nuevos compañeros, y luego escribe: «Probablemente os veré a los tres en clases por la mañana, si no os quedáis durmiendo hasta tarde o faltáis u olvidáis de que funcionáis ahora con la hora americana.» Caray, qué latosa es a veces, ¿no?

James se encogió de hombros.

—Creo que es así como las mujeres de mi familia demuestran su amor.



—¿Crees que Albus ya está aquí en alguna parte? —preguntó Ralph, refunfuñando mientras arrastraba su baúl hacia un estropeado montacargas empotrado en la pared junto a las escaleras. La estatua de bronce bastante deslucida de un mono en un uniforme de botones, se paraba encima de un estante junto a la puertilla del montacargas.

—No puedo saberlo —suspiró James, poniéndose en pie y sopesando su propio baúl. —Tal vez tuvo suerte como Lucy y está pasando la noche en su nueva casa.

Ralph encajó su baúl en el gran compartimiento del montacargas y James usó su varita mágica para levitar el suyo hasta colocarlo sobre el de Ralph. El mono de bronce recobró vida y saltó súbitamente, chillando como si estuviese desesperadamente necesitando ser engrasado. Se encaramó en el montacargas, acercándose sigilosamente a los baúles apilados, y cerró la puerta de un sopetón. Un momento después, un ruido abrupto y chirriante marcó el ascenso del compartimiento a los pisos superiores.

—¿Cómo sabe a dónde ir? —preguntó James, mirando fijamente a la puerta cerrada. Ralph se encogió de hombros y los dos se precipitaron en busca de los cuartos de baño.

El dormitorio común resultó ser tan húmedo, enmohecido y lamentablemente anticuado como Zane lo había insinuado. Cuando Ralph abrió los grifos, una mezcla de oxidada y sucia agua anaranjada y un imprevisto gusano se derramó hacia fuera, y continuó por varios minutos mientras los chicos la dejaban correr. Finalmente, se mostraron satisfechos al regresar afuera de nuevo y toparse con una fuente cercana. En el centro de la fuente, una monstruosa pileta con agua para pájaros parecía que los admiraba refrescantemente en medio de una docena de gárgolas de piedra.

—Extranjeros —murmuró una de las gárgolas, rodando sus ojos.

Ralph y James permanecieron arrojando piñones a las estatuas durante unos minutos, pero pronto se dieron cuenta de que nada era tan imperturbable como una gárgola de piedra. Finalmente, exhaustos, los muchachos entraron



cansadamente y, después de una breve búsqueda, encontraron sus baúles dispersos sobre la alfombra del vestíbulo de la planta superior. Allí, encontraron un dormitorio vacío y cayeron dormidos de inmediato en antiguas y retorcidas camas.

Al día siguiente, la primera clase de James y Ralph era Economía Mágica Doméstica, que se impartía en los sótanos de la Residencia de Administración, en lo que, a todos los efectos, parecía ser un calabozo reformado. Bajos techos abovedados eran soportados por pilares robustos, y James tenía la inquietante sensación de que podía sentir el peso del colosal edificio encima, presionando el espacio hacia abajo. En resumen, percibió que aquel salón de clases era casi indistinguible de algunas de las aulas más empolvadas y llenas de telarañas de Hogwarts.

La profesora de Economía Mágica Doméstica era una vieja bruja rechoncha y arrugada, con las mejillas sonrosadas, el cabello tan rizado que parecía llevar una vida muy intensa, y luciendo chispeantes ojos negros que se disparaban por el salón con picardía, como si no estuviese exactamente segura si quería enseñar a los niños o cocinarlos en un enorme pastel. Su nombre, como se habían enterado, era Betsy Bartholemew Ryvenwicke Newton, sin embargo instruía a sus estudiantes a referirse a ella simplemente como Mamá Newt. Sonriendo al estilo de una abuela, comenzó a amontonar calderos, cacerolas, cazos y sartenes en su amplio escritorio, imbuyéndose en una explicación introductoria de la clase. Zane, que estaba sentado entre James y Ralph a una mesa en la parte trasera del aula, se inclinó a un lado de James.

—Luce como un bollo con canela de la década pasada —le susurró detrás de su mano, —pero no te metas con la vieja Mamá Newt. Es tan severa como el callo del talón de un Pie-grande y dos veces más apestosa, eso si la haces irritar.

Ralph se había desplomado en un asiento y jugueteaba con su pluma.

—¿Esta clase no es cosa de nenitas? —susurró el chico grande con tristeza, pero Zane lo interrumpió, acallándolo con urgencia y llevando un dedo hacia sus labios.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Mamá Newt de repente, interrumpiéndose a sí misma en la parte delantera del aula. Levantó la barbilla y se asomó por encima de las cabezas de los estudiantes. Su negra mirada encontró a Zane y le ofreció al chico una sonrisa bastante encantadora. —¿Alguna pregunta, señor Walker?

—No, no —contestó Zane, esbozando una sonrisa un tanto desquiciada. —No es nada.

—Alguien hace tiempo dio a entender en lo que se basaba la Economía Mágica Doméstica... Lo siento —replicó la profesora, arrugando ligeramente la frente. —Mi paupérrima audición no es lo que solía ser. ¿Qué decía tu amigo?

—Eh... —musitó Ralph, con el rostro enrojeciéndole vívidamente. —Hum, eh... sólo preguntaba. Soy nuevo aquí.

Mamá Newt asintió confortablemente, cerrando los ojos.

—Sí, sí. El señor Deedle, que viene de nuestro semejante mágico al cruzar el mar. He oído mucho acerca de ti y tus amigos. ¿Qué era lo que te estabas preguntando, jovencito? No seas tímido con tu anciana Mamá Newt.

Envalentonado, Ralph se incorporó un poco.

—Bueno —soltó el grandulón, mirando a su alrededor. Los ojos del resto de la clase se habían clavado en él, más atentos y serios. Uno o dos estudiantes negaron con la cabeza muy débilmente y en tono de advertencia. Ralph tragó saliva y prosiguió.

—Yo, eeh... yo siempre pensé... perdón que lo diga... que el estudio de economía era cosa de chicas.

—Oh, no —le respondió Mamá Newt con dulzura, sonriendo de nuevo. —Una idea errónea común, querido muchacho, te lo aseguro. No, mira, la verdad es... —Aquí, la profesora se apartó de su escritorio, moviéndose hacia atrás en las sombras de los armarios altos que se alineaban en la pared frontal del calabozo— la verdad es que la Economía Doméstica no es del todo un estudio para *niñas*... es, de hecho, un estudio para la *mujer*.

En las sombras, Newt levantó las manos rápidamente, y las mangas de su túnica retrocedieron, revelando sorprendentemente unos delgados pero fuertes brazos.

—La Economía Doméstica es más que una mera clase. Es la afición de por vida dirigida sólo a la mujer más rara y poderosa. Una mujer fervorosa y *astuta*, una bruja cuyo ardid no tiene profundidad, cuyos motivos son infinitamente intrazables, y cuyo potencial ilimitado mantiene bajo control sólo por la propia voluntad de su disciplina...

Un rayo crujió de la varita erguida de Newt y de las yemas de sus dedos, rozando a lo largo de las caras de la estantería. Su voz bajó, pero se hizo más fuerte, haciendo eco.

—La especie de bruja cuyos secuaces existen únicamente en su tolerancia, sólo para servir a sus incomprensibles caprichos, movidos por su miedo o por su amor, siempre seducido y hechizado, ¡lo *sepan...* o *no!*

Truenos retumbaron repentinamente en el enclaustrado espacio del calabozo y una ráfaga fría de viento se arremolinó alrededor de la habitación, zarandeando las puertas del armario y apagando las velas de los candelabros de pared. En sus pupitres, los estudiantes sostenían sus pergaminos y plumas mientras el viento se precipitaba sobre ellos, circulando entre el cabello de las mujeres y batiendo las corbatas de los varones. Un esqueleto sobre un soporte de metal en la esquina se tambaleó. Su mandíbula golpeó como si se estuviera riendo. Un instante después, tan pronto como había comenzado, el viento cesó. La iluminación de la habitación volvió a la normalidad. Con una serie de pequeños estallidos, las velas extinguidas se volvieron a encender.

—¿Eso responde a tu pregunta, querido? —preguntó Newt cariñosamente, sonriendo delante de su escritorio una vez más, como si no se hubiese movido ni un centímetro.

—Sí, sí... señora —contestó Ralph rápidamente, irguiéndose en su asiento. — Claro como el cristal.

—De acuerdo —replicó Mamá Newt calurosamente, con sus ojos parpadeando. —¿Dónde estábamos? Oh, sí, en lo esencial de cualquier cocina mágica, empezando por los cucharones. Presten atención, alumnos. Podrá haber un examen.

Cuarenta minutos más tarde, mientras la clase salía arrastrando los pies por el pasillo abajo, llevando consigo una tortilla de bayas venenosas en miniatura que Mamá Newt les había ayudado a preparar en el horno de fuego de duende que había en el aula, Zane explicó:

—Mamá Newt es la presidenta de la casa Duende. La suya es la gran mansión de las galletitas cursis de jengibre, ubicada en la colina detrás del teatro, el Altozano de Afrodita. Ella es un buen ejemplo de por qué no querréis subestimar a un Duende incluso si lucen como un montón de sorbetes de limón.

—He conocido a pocos Duendes —repuso Lucy colándose en la fila junto a los tres muchachos. —No creo que la mayoría de ellos sean como Mamá Newt. *Ella* tiene sus desacuerdos.

Zane se echó a reír.

—Oh, no tienes idea. Créeme.

James miró la tortilla de miniatura en su mano.

—¿No hay problema en comerlas? Quiero decir... como fueron hechas con bayas venenosas...

—Es sólo un nombre —Zane se encogió de hombros, ajustando su mochila. — Como las rosquillas pestilentes o las empanadas mortíferas. Son deliciosas. Por lo demás, si alguien trata de haceros comer un pastel de la embriaguez... tened cuidado.

—¿Alguno de vosotros habéis visto a Albus? —preguntó Lucy, subiendo los escalones de piedra hacia el largo vestíbulo de la Residencia de Administración.

Zane asintió con la cabeza.

—Lo vi esta mañana en la cafetería, siguiendo a una jauría de Hombres—lobo de alto rango. Le habían puesto a llevar todas sus bandejas, equilibrándolas como si fuera una especie de malabarismo de circo. A decir verdad, me impresionó bastante. Estaba levitando la última con su varita entre los dientes.

—Se adaptará —observó Lucy confiadamente. —Albus es tenaz cuando quiere serlo.

—Tenaz es una forma de decirlo —comentó James, meneando la cabeza.

En las escaleras de la Residencia de Administración, Lucy se despidió de los chicos y se encaminó a la llamada Torre del Arte para su clase de Literatura Mágica. Mientras los tres muchachos se abrían paso a través del campus hacia el Edificio de Ciencias Mágicas Aplicadas, una figura trotaba hacia ellos desde un prado cercano. James miró de reojo y vio que era Warrington.

—Oye, Walker —le llamó el muchacho. —Novatos. Deténganse un minuto.

James y Ralph se detuvieron en seco y comenzaron a mascullar:

—Sí, oh, gran sultán Warrington, líder...

—Déjenlo ya —interrumpió Warrington. —Escuchen. Todo está listo para el reto de su juramentación, y será esta misma noche. Encontrarán todo lo necesario en un cubo de basura detrás del dormitorio común. Busquen el que tiene una gran letra «Z» amarilla puesta a un lado. Walker, ponlos en marcha, ¿de acuerdo? Ya sabrás qué hacer. ¡Pero no se te ocurra ayudarlos!

—A la orden, capitán —dijo Zane, golpeándose la frente con la palma de su mano.

—Pero esta noche es la conferencia del profesor Longbottom —replicó James, volviéndose hacia a Zane mientras Warrington se alejaba otra vez al trote. —¡No podemos perdérnosla!

—Eso es esta *noche* —dijo Zane, sacudiendo la cabeza. —Cuando un Zombi dice «esta noche», en realidad lo que está queriendo decir es, claro, en algún momento de las primeras horas de la mañana siguiente. ¿La cogéis?



—Ah —respondió James, arrugando la frente ligeramente.

Ralph parecía preocupado.

—¿Entonces cuál es el reto?

—Lo sabremos cuando le echemos un vistazo al cubo de basura detrás del dormitorio común —respondió Zane llanamente. —Pero ahora no hay tiempo. Nuestra próxima clase es Mageografía, y el profesor Wimrinkle es conocido por quitar nota y castigar la tardanza. Es tan estricto que ruge cuando camina. Vamos.

Mageografía se enseñaba en una gran sala redonda a la base de la cúpula del Edificio de Ciencias Mágicas Aplicadas. El suelo estaba adosado con la forma de un anfiteatro, revestido con pupitres y butacas. Enormes mapas rodeaban la parte alta de la habitación, flotando en voluminosos marcos dorados. James no se sorprendió al ver que las imágenes de los mapas, la mayoría de los cuales eran antiguos, dibujados a mano en tonos marrones, rojos y verdes desteñidos, se movían ligeramente. Estaban encantados, por supuesto, mostrando el movimiento de los ríos y océanos, e incluso vehículos mágicos y pequeños botes oscilando como hormigas.

—Escuché que si utilizas una lente de aumento especial —susurró Zane, dirigiéndose a una butaca en el medio de las gradas, —puedes ver el movimiento de genticita en las ciudades y esas cosas. Inclusive probablemente podrías encontrarte a ti mismo si buscas con suficiente atención.

—Debe ser lo que mi padre trataba de decir —replicó Ralph pensativamente. —Me contó que uno de los propósitos de la escuela era hacerte encontrar a ti mismo.

James lanzó un gemido y Zane puso los ojos en blanco. Ralph pareció ofendido.

Mientras los tres muchachos se acomodaban en sus asientos y sacaban sus pergaminos y plumas, James vio a Albus deambulando en una entrada del otro lado de la habitación. El chico localizó a James, Ralph y Zane y ondeó una mano, mostrando una sonrisa amplia. Detrás de él, un muchacho alto con un uniforme



gris color pizarra le propinó un pequeño empujón. Albus entró tambaleándose sutilmente y se trasladó a una butaca en primera fila, seguido por tres estudiantes de apariencia austera de la casa Hombre—lobo. Uno de ellos era la chica morena que había conocido afuera de la Residencia de Administración el día anterior.

—Parece que a Al le está yendo bien —murmuró Zane.

James echó un vistazo hacia su hermano.

—¿Cómo lo puedes adivinar?

Zane se encogió de hombros naturalmente.

—No minimices lo que puedo ver. Siempre es una buena señal de la casa Hombre—lobo.

El profesor Wimrinkle entró en la habitación desde una puerta cerca de su escritorio. Era bastante mayor, encorvado y llevaba anchas gafas negras que magnificaban sus ojos tanto que más bien le hacían parecer constantemente sorprendido. Colocó pulcramente su portafolio de cuero sobre el escritorio y, sin preámbulos, anunció en voz alta:

—Vuestras plumas que tengan una plumilla número cuatro, por favor, y una hoja individual de pergamino de peso cuarenta. Hoy trataremos el delta del Nilo y las tierras bajas circundantes.

El profesor se ajustó las gafas meticulosamente mientras uno de los mapas se desplomaba desde la parte superior de la habitación, situándose detrás de su escritorio.

—Para los estudiantes nuevos, se los advertiré una vez: no permito ningún tipo de pluma a vuelapluma ni encantamientos de grabación en mi clase. Prestarán atención, tomarán ustedes mismos sus propias notas y dibujarán sus propios mapas. Como el resto de ustedes saben, las conversaciones durante mi narración están prohibidas, bajo ninguna circunstancia quiero cuchicheos. Si tienen la intención de recibir una calificación de aprobado, estarán tan ocupados prestándome atención que no habrá tiempo para que abran sus bocas. Las

preguntas se someterán a mi secretaria, donde serán respondidas durante el horario regular de oficina. Y ahora...

Wimrinkle alzó su varita, que introdujo en un puntero largo. Golpeteó de un extremo de la misma a un punto en el mapa sin poner los ojos en lo que hacía.

—El río Nilo es generalmente considerado como el río más largo del mundo—sermoneó en un tono fuerte y monótono, —y el hogar de algunas de las criaturas y peces más exóticos e interesantes del mundo mágico, ninguno de los cuales vamos a discutir. El caudal volumétrico de este río ronda los mil metros cúbicos por segundo, resultando en un cambio de delta geográfico de quince grados en promedio cada año, lo que a su vez se traduce en un metro de mapeabilidad hidromágica de gigaensalmos de dos séptimos cada ocho años. Como podrán imaginar, esto conduce al terreno de la hechizología a incrementar... ¿alguien puede decirme qué? ¿Alguno dispuesto?

Nadie en la sala parecía deseoso por intentar dar una respuesta y el profesor no parecía sorprendido en absoluto. Él contestó a su propia pregunta y retomó su explicación, con su voz retumbando en la elevada cúpula que tenían por encima de sus cabezas. James garabateaba frenéticamente, tratando de mantener el ritmo del profesor.

Con un suspiro, se dio cuenta por primera vez cuán dolorosamente iba a añorar a Rose y su prodigiosa toma de notas durante este año escolar.



El resto del día transcurrió rápidamente. James, Ralph y Zane habían almorzado en la cafetería de la escuela, que estaba ubicada en el nivel más alto del sótano de la Residencia de Administración. Sus paredes de ladrillo eran verde menta, con ventanas diminutas ensambladas al techo alto; habían largas filas de estudiantes cargando bandejas de metal, y el olor irresistible de la leche y el

goulash hizo que James se sintiera como si hubiera sido transportado al desastroso comedor de Azkaban. El ruido del parloteo de los estudiantes se sentía como una bandada de urracas, zumbando en los confines bajos del recinto.

—Los constructores originales de la Residencia de Administración fueron los enanos —observó Zane, alzando la voz sobre la ruidosa muchedumbre. —Excelentes chicos que conviene tenerlos cerca de cualquier proyecto de construcción, pero con puntos de vista interesantes sobre el uso del espacio. Aprendí sobre ellos en Historia de la Magia Americana. De acuerdo con los enanos, el modelo de construcción muggle es debilucho como la mala hierba, con la mayor parte de la estructura encima de la tierra y muy poca raíz por debajo. Según ellos, el modelo de construcción mágico es como una tortuga: profundo y secreto, con cimientos amplios. Para los enanos, sin embargo, su modelo de construcción es como un iceberg.

—¿Noventa por ciento por debajo de la superficie? —esclareció Ralph con la boca llena de goulash.

Zane asintió con la cabeza.

—Hay más sótanos, bodegas y mazmorras en este lugar que nadie podría contar. He oído leyendas sobre estudiantes que se embarcan a explorar en los huecos más profundos de las escaleras y encuentran hordas enteras de ratas gigantes, enormes accesos a ríos subterráneos, e incluso salas prohibidas con puertas del tamaño de dinosaurios y cerraduras mágicas luminiscentes que nadie consigue abrir.

James estaba impresionado.

—¿Has visto alguna de esas cosas?

—No —suspiró Zane con tristeza. —Todo lo que esté por debajo de los calabozos superiores está prohibido y vigilado por alguna bruja anciana que ninguno de nosotros ha visto jamás. La llaman Crone Laosa. Al parecer, ella es el ente que ronda las pesadillas. Cuentos de hadas malignos, si sabéis lo que quiero decir.



Ralph miró de reojo a Zane.

—¿Como aquella que te captura y te convierte en una rana hasta que alguna princesa te bese?

Zane entrecerró los ojos, pensativo.

—Como aquella que te captura y te convierte en una cucaracha hasta que una vieja loca te aplaste a pisotones.

—Ya —asintió Ralph sabiamente. —Entonces, permanezcamos fuera de los niveles inferiores.

Mientras James trajinaba durante el resto del día con su planchada chaqueta negra y corbata, no podía evitar sentirse notablemente incoloro en medio de todos los uniformes de los demás estudiantes. Esperaba que el reto de juramentación de esta noche terminara sin inconvenientes para que al día siguiente pudiera empezar a vestir el amarillo característico de los Zombis y finalmente encajar.

Cuando su período libre de la tarde llegó, mientras se dirigía a la biblioteca, James se distrajo placenteramente ante la visión de su padre andando bajo la luz del sol, acompañado por Merlín y Denniston Dolohov. James se echó la mochila al hombro y corrió para alcanzar al grupo mientras caminaban a lo largo de la alameda, encabezados por el rector Franklyn.

—Por supuesto, con el campus moviéndose en el tiempo mientras transcurre, —Franklyn estaba diciendo, —Alma Aleron ocupa funcionalmente un flujo temporal que de otro modo se utilizaría para almacenar nuestra historia cronológica.

James se colocó junto a su padre, quien bajó la mirada hacia él, le guiñó un ojo sorpresivamente, y luego sonrió. Sin decir nada, descansó la mano sobre el hombro de su hijo mientras caminaban juntos.

—En resumen —continuó Franklyn, sin advertir la llegada de James, —con nuestra historia desplazada por nuestro curioso uso del tiempo, hemos sido presionados para almacenar nuestra línea de tiempo cronológico en otro espacio

más convencional. El resultado está aquí ante nosotros, bajo la apariencia del archivo histórico oficial de Alma Aleron.

Franklyn se detuvo y sonrió pretenciosamente frente al imponente edificio de bloques de piedra que se alzaba ante ellos. Tenía la forma de un cilindro muy bajo, con pilares extendiéndose alrededor de su circunferencia y un conjunto de enormes puertas de hierro encuadradas en el profundo portón.

—Ah, veo que el joven señor Potter se ha unido a nosotros —dijo Franklyn, percatándose de James y sonriendo con indulgencia. —Entrarás con nosotros, desde luego, aunque tal vez te parezca un poquito frío. El archivo requiere de un control estricto de temperatura a fin de preservar sus artefactos más delicados. ¿Entramos? —Gesticuló hacia la ancha escalera y avanzó a medida que el grupo ingresaba a la sombra del edificio.

—¿Cómo te trata la escuela hasta el momento, James? —preguntó Merlín mientras subían las escaleras.

—Bien, casi siempre —contestó James.

—Tengo algo para regalarte antes de mi salida mañana por la noche —anunció Merlín, un tanto abruptamente, manteniendo la voz baja. —Sospecho que facilitará la adaptación a tu nuevo ambiente. Ven a buscarme mañana antes de la puesta del sol.

James miró con extrañeza al gran mago y asintió.

Franklyn se aproximó a una puerta más pequeña ubicada en la base de una de las enormes puertas de hierro enrejadas y ondeó su varita hacia ella. Se oyó un chasquido y la puerta se abrió por sí sola lentamente.

—Por supuesto, la principal área de investigación está siempre abierta a todos los estudiantes y cuerpo docente —declaró Franklyn, guiando a los demás a través del oscuro umbral de la puerta. —Sólo se debe agitar la varita delante de la puerta para identificarse. Una vez dentro, toda la historia de la escuela, y, por desgracia, la del propio Estados Unidos, puede ser manifestada y escudriñada con gran

detalle. Esto, desde luego, si se es capaz de obtener el artefacto adecuado. El archivo puede ser bastante desmoralizante para los profanos en la materia.

Después de un pequeño pasillo oscuro, James fue llevado a una sala circular con paredes blancas de piedra. El techo abovedado estaba adornado con docenas de minúsculas ventanas, empañando la luz de la sala en un resplandor opaco y lechoso, parcialmente sin sombras. La voz de Franklyn resonó mientras se movía a la luz, hacia el único rasgo dominante de la habitación.

—Este es el cerebro del archivo —entonó, tocando el pedestal de piedra que yacía en el centro de la sala. —El focomagnetófono revelador. Con su ayuda, podemos volver a cualquiera de los eventos representados por la prodigiosa colección de artefactos del archivo. Muy sencillo, en realidad, y elegantemente eficaz.

—El focomagnetófono revelador —repitió Denniston Dolohov, como estuviese degustando las palabras. —¿Algo que revela una grabación de algún tipo? ¿Podría preguntar cómo funciona?

—Bien podría hacerlo —respondió Franklyn con una sonrisa. —Muchos lo han hecho. Curiosamente, nadie en realidad lo sabe. El focomagnetófono revelador es una de las dos fantásticas reliquias antiquísimas del archivo que han llegado a nosotros a lo largo del tiempo, de origen totalmente desconocido. Theodore Jackson, a quien la mayoría de ustedes ya ha conocido, ha estudiado el fenómeno a profundidad y ha desarrollado sus propias teorías, aunque he de confesar que la comprensión que tengo de ellas es imperfecta, en el mejor de los casos. Para ser honesto, yo esperaba que *usted* pudiera ser capaz de proporcionar una cierta explicación del misterio, director Ambrosius.

James miró a Franklyn, y en seguida a Merlín, quien estaba a un lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía sentido que Merlín pudiera, de hecho, saber algo acerca de aquel objeto antiguo, cuando se recordaba que el mismo Merlín tenía, técnicamente, más de un milenio de antigüedad.

—Recuerdo haber oído de tales artilugios en el tiempo del que he venido —admitió Merlín. —Se le llama magia *Deruwid*, y lamento decir que era practicada



por las más secretas y desniveladas sociedades mágicas. Grotescas y viles en sus oscuros corazones, sanguinarias hasta morir, y aun así poderosas. Los practicantes del *Deruwid* postularon que todo, desde las ondas de sonido hasta el aliento de la exhalación y el crepúsculo mágico, dejaba marcas infinitesimalmente pequeñas en la superficie de la tierra, como una especie de código a la espera de ser descifrado. Durante los tempranos días en los que viví, visité esas marcas oscuras y las contemplé. En aquella época, se buscaban los medios para observar y leer estas marcas... estas *grabaciones*, mientras las veían —alegó Merlín, asintiendo hacia Harry. —Porque ellos creían que si toda la historia podía ser leída y destilada, entonces cualquier futuro podía ser perfectamente pronosticado. Estos fueron magos que deseaban poder por encima de todo, y creían firmemente en una cosa: que quien controlara el futuro controlaría toda la tierra y todos los que en ella habitan. He aprendido, de hecho, que esta es una idea que goza de adeptos aún hoy en día.

James percibió que Merlín estaba mirando fija y deliberadamente a Franklyn. El rector lo había notado también.

—De hecho —profirió débilmente, —al igual que todas las ideas malévolas, éstos surgen en todos los tiempos, sólo que con nombres diferentes. Afortunadamente, la idea a la que se refiere ha caído en abandono y ha sido refutada en esta época tan eficazmente como lo fue en la época de su *Deruwids*.

—Puede que haya caído en abandono —dijo Merlín afablemente. —¿Pero refutada?

—Creo que he oído hablar de eso antes —comentó Harry, frunciendo ligeramente el ceño. —Es conocida como la «teoría de la gran unificación mágica», ¿no es cierto? Un acervo popular de hace más o menos un siglo, si no me equivoco.

—Sí, sí —coincidió Franklyn, haciendo un gesto con su mano. —Junto con la frenología, la vivisección, y la Fuente de la Grata Respiración. Y todo desacreditado por igual en la era moderna. Pero le agradezco por su, eh, aclaración, director.



—¿Cómo, si se me permite preguntar —intervino Denniston Dolohov, poniéndose sus gafas, —fue desacreditada esta teoría?

—Ah —respondió Franklyn, sintiéndose más cómodo. —A decir verdad, es bastante obvio. El focomagnetófono revelador, si es en realidad una reliquia de la época de los *Deruwids*, falla muy profundamente cuando se presenta ante cualquier objeto promedio. Observen.

Con eso, Franklyn excavó en uno de los bolsillos de la camisa de tirantes y sacó dos monedas, que sostuvo en lo alto para que los demás las observaran.

—Esta moneda aquí —anunció, admirando la primera pequeña forma de oro en sus dedos— es un drummel estándar americano, o media calderilla. Vale un poco menos que cinco knuts según la medida de ustedes. Ahora la colocaré en el receptáculo del focomagnetófono revelador. Quizá sepamos en los bolsillos de quién vagaba antes de encontrar su camino a los míos, ¿no?

Con un tintineo, Franklyn dejó caer la moneda en la parte superior cóncava del pedestal de piedra. James observaba con interés. Hubo silencio durante varios segundos mientras todos los presentes esperaban.

—Hum —repuso Franklyn, con el entrecejo fruncido. —Nada. Y esto es de esperarse. Como verán, el focomagnetófono revelador sólo descifra las huellas de un artefacto que ha sido especialmente encantado para recibir la aportación de su entorno. Lo que nos trae, por así decirlo, a la opción B.

Franklyn metió la media calderilla en su bolsillo y levantó la otra moneda decididamente más grande. Relucía débilmente en un tono plateado a pesar de estar ennegrecida con una deslucida capa.

—*Esta* moneda, vale una calderilla estándar, o Jack, puede que les interese saber, fue transportada en el bolsillo de sir Percival Pepperpock, uno de los fundadores de esta escuela, bajo los datos de su innovador. La moneda fue especialmente encantada en aquel día, conservando así los detalles del evento para nosotros a perpetuidad. Observen.

Franklyn dejó caer la moneda en el receptáculo del focomagnetófono.



—¿Tienes la espátula? —reverberó una voz muy fuerte al oído de James. Éste se dio la vuelta y se encontró mirando el rostro de un gran hombre muy gordo con un chaleco de tirantes y una capa corta de cuello alto. Sonreía y tenía la cara colorada, con la frente perlada de sudor. Un hombre junto a él le entregó una pequeña espátula. James miró a su alrededor, con los ojos muy abiertos. Las paredes y el techo del recinto del archivo aún eran visibles, pero sólo tenuemente. Harry, Denniston Dolohov, Merlín y Franklyn parecían estar de pie en un campo cubierto de hierba, resplandeciendo con el sol y salpicado de mariposas. Otras figuras estaban paradas en una línea desarreglada, radiantes y entornando los ojos bajo la luz del sol. Algunas de las figuras, James estaba interesado en verlas, eran enanos. Gracias a sus cabezas nudosas, sus cuerpos en forma de salchicha, y sus caras luciendo vagamente porcinas, James pensó que cada uno se parecía un poco a un cruce entre un duende y un cerdo barrigón. El viento soplaba, y James olía el aroma fresco de la salvaje y arbolada primavera.

Un sonido arenoso y seco vino de detrás de James y el chico se giró de nuevo, haciéndose a un lado mientras el mago gordinflón, el propio sir Pepperpock, lanzó la primera palada de tierra a un lado, casi sobre los zapatos de James.

—Aquí, erigiremos nuestra escuela —proclamó Pepperpock con felicidad. — Y aquí enseñaremos el doble deber de la maestría mágica y el respeto humano, para así asegurarnos de que dicha maestría no es utilizada nunca para fines egoístas, sino siempre para el bien de todos. Aquí, sembraremos nuestra escuela, y de donde estimularemos las generaciones de brujas y magos que serán las brillantes luces del mundo mágico. Les llamaremos nuestros hijos, y llamaremos a esta nuestra escuela... ¡Alma Aleron, el águila madre!

La línea de brujas y magos observadores aplaudió animadamente. Los enanos aplaudieron también, pero con un poco menos de fervor.

—No pueden vernos, por supuesto —dijo Franklyn por encima del sonido de los aplausos, —pero es algo difícil de recordar así con una grabación tan bien conservada como ésta. El artefacto se ha mantenido remarcablemente bien, estando bajo el aspecto de una moneda. No todos los artefactos son tan sólidos y



resistentes, desafortunadamente, pero hacemos lo que podemos para mantenerlos lo mejor posible.

James se volvió hacia el rector a tiempo para verlo retirar la moneda del receptáculo del focomagnetófono revelador. La cima de la colina cubierta de hierba y las brujas y magos felices de siglos de antigüedad se disiparon al instante.

—Bueno —dijo Franklyn orgullosamente, metiéndose la moneda a uno de los bolsillos, —simple como puede ser. Cualquier evento puede ser registrado para la testificación futura y el estudio por el mero hecho de convertir cualquier objeto a la mano en un receptor mágico. El objeto se convierte entonces en uno de nuestros muchos artefactos y entra en la colección del archivo.

—Como las nuevas orejas extensibles de Ted —expuso James, pensando en la menta que Ted había encantado para que hiciera de receptor para las orejas. —Eh, algo así.

—Una analogía acertada, diría yo —asintió Merlín sonriendo escuetamente.

—¡Maravilloso! —proclamó Dolohov animadamente. —¿Y dónde está esa colección de artefactos?

—Justo aquí mismo, por supuesto —respondió Franklyn, dándose la vuelta y atravesando la habitación vacía. —La sala del focomagnetófono revelador es sólo el nivel superior del archivo. La mayor parte del espacio se utiliza para el anaquel de los artefactos. Apenas cruzando esta puerta trasera.

Franklyn sacó una llavecita dorada, la cual introdujo en el ojo de la cerradura de una puerta sencilla. En lugar de girar la llave, la tocó con su varita. La llave destelló intensamente durante un momento, y luego se giró por sí sola. La puerta se abrió con un *crac* y una bocanada de aire fresco escapó, entrando misteriosamente. Franklyn agarró el mango y abrió pesadamente la puerta.

James siguió tras su padre al espacio de más allá y se estremeció. Era, en efecto, bastante frío. La temperatura, sin embargo, había sido olvidada de inmediato cuando James recibió su primera impresión del recinto. Era descomunal, mucho más grande de lo que el exterior del archivo podría explicar. Estantes altos

de madera abarcaban el espacio a lo largo de curvadas paredes que se aglutinaban en la tenue distancia, a unos cien metros sobre un abismo vasto y profundo. Miles de artefactos descansaban en las estanterías, en la forma de libros, jarras, platos y vajillas, zapatos, anteojos, varitas, bombillas, peluches de animales, herramientas, sombreros y otros innumerables objetos. Estantes más grandes sostenían sillones, catres e incluso un coche muy viejo que James reconoció como un Ford Modelo T. Cada objeto portaba una pequeña etiqueta blanca, aparentemente catalogando el contenido del evento grabado dentro del mismo.

Lentamente, el grupo se encaminó hacia una baranda baja de bronce que se extendía a lo largo de la enorme abertura del suelo. Cuando James se acercó, divisó una escalera que conducía al espacio, curvándose en el interior del abismo. Las escaleras parecían conducir a alguna otra planta baja, igualmente llena de estanterías de artefactos. Cuando James finalmente alcanzó la baranda y se asomó, notó que había más pisos por debajo de éste, descendiendo a las entrañas de la tierra en un vertiginoso espiral. En el lado opuesto del abismo, un ascensor de bronce con un marco adornado colgaba con su eje descendiendo a la profundidad de los pisos inferiores.

—Debe haber millones de artefactos aquí —exhaló Harry. —Me resulta abrumador.

Franklyn asintió con la cabeza.

—Así es. Contamos con un equipo de estudiantes cuyo trabajo exclusivo es salvaguardar el catálogo, actualizando y limpiando los artefactos, según sea necesario. Nuestro conservador, el señor Hadley Henredon, reside aquí todo el año, protegiendo artefactos y supervisando su conservación.

—¿Qué, es ese objeto del fondo, señor rector? —inquirió Merlín, inclinándose ligeramente encima de la baranda con los ojos entrecerrados.

—Ah, eso —asintió Franklyn. Se asomó por la baranda, y James hizo lo mismo. En la oscuridad de la base del abismo, un gran objeto destellaba y chispeaba con luz púrpura. Parecía estar girando, pero con un estilo complicado e impredecible, como si fuese sido creado por una docena de láminas y prismas de

oro, todos girando de forma independiente en torno a algún núcleo cegadoramente brillante.

—Si al focomagnetófono revelador se le puede llamar el cerebro del archivo —recapituló Franklyn con sobriedad, —entonces allí abajo... está su corazón y alma.

Dolohov se ajustó las gafas y parpadeó hacia abajo al lejano dorado y púrpura borrón.

—¿Es algún otro artefacto?

—No exactamente —respondió Franklyn. —Es, de hecho, una forma muy arcaica de la magia distintamente estadounidense. Ninguno de nosotros sabe cómo funciona o incluso *por qué* funciona. Lo único que sabemos es que lo hace y que es espantosa y devastadoramente importante.

—Magia estadounidense —repitió Harry, mirando de soslayo al rector. —No podrá ser tan antigua entonces, ¿verdad?

—Me ha malinterpretado —aseveró Franklyn gravemente. —América es de hecho una tierra muy, muy antigua. Mucho más antigua que el imperio que la ocupó. Estuvo aquí antes que los primeros colonos llegaran a Plymouth Rock. Ya estaba aquí cuando los habitantes originarios de estas tierras vagaban por las praderas y bosques, morando en tipis y chozas y cazando al búfalo que divagaba en rebaños por kilómetros a lo largo y ancho. Estados Unidos es un lugar extraño y antiguo, aunque no siempre se le conoce por ese nombre. Lo llamamos el gran crisol de culturas, pero sus atracciones han sido evidentes desde mucho antes de nuestra llegada aquí.

Muchos pueblos y culturas visitaron estas tierras en las edades de su existencia, muchos de ellos mágicos, muchos de ellos olvidados en los eones transcurridos. Ese objeto ahí abajo, está encerrado con nuestros mejores encantamientos de protección y seguridad... fue dejado por uno de los pueblos mágicos visitantes. Nuestras mejores conjeturas nos indican que se trataba de los antiguos persas o babilonios, que estaban entre las primeras comunidades mágicas que surcaron los océanos. Quizá lo dejaron aquí, en las praderas de esta amplia



tierra abierta, casi por accidente. Por otra parte, quizás lo abandonaron deliberadamente, ya sea porque no lo necesitaban más o, lo que es más probable, porque le temían, temían a los peligros de ésta cosa que sus vastas artes mágicas habían forjado. Lo descubrimos, y lo preservamos, pero no lo creamos. Y ciertamente no lo controlamos.

—Cada sociedad tiene sus tesoros mágicos misteriosos —comentó Harry. — He estado en el interior del Departamento de Misterios del Ministerio de la Magia, así que he visto muchos de los nuestros. Creo que pude haber oído hablar de este objeto de vosotros, aunque tengo entendido que su existencia es un secreto guardado para el público en general. ¿No es así?

—Por el bien de ellos, así como por el bien del propio aparato —asintió Franklyn.

—Entonces, ¿de qué se trata? —preguntó Merlín una vez más. James levantó la vista hacia él, y vio el destello púrpura de aquel objeto, incluso desde tan lejos que estaba, rozando los rasgos faciales duros del director.

—Es la última grabación de todas las cosas —dijo Franklyn simplemente. — Es nuestra historia, y por eso, no me refiero a la historia de Alma Aleron o la ciudad de Filadelfia o incluso Norteamérica. Se trata de una grabación de todas las cosas que han sido y estado alguna vez en este universo, desde los mismísimos albores de los tiempos. Es la «historia», grabada en su totalidad tal y como sucedió, con magia tan antigua y delicada que nadie se atreve a tocarlo. Sólo unos pocos de nosotros lo hemos visto con nuestros ojos desnudos, y eso solamente ocurre una vez cada siglo, cuando lo verificamos sólo para asegurarnos de que todavía esté funcionando.

Dolohov carraspeó. En un hilo de voz, preguntó:

—¿Qué aspecto tiene?

Franklyn se asomó hacia el resplandor oscilante y sonrió con ligereza. Meneó la cabeza lentamente mientras decía:

—Amigos, no creo que me creerían si les digo. Es tan simple, tan básico, que les parecería una tontería. Y aun así creo que es todo lo contrario.

—¿Y qué pasa —preguntó Harry seriamente, —si deja de funcionar?

—Vaya, ninguno de nosotros lo sabe a ciencia cierta, mi estimado señor Potter —contestó Franklyn, pareciendo un poco intimidado. —Pero tengo la fuertísima sospecha de que la vida, es decir, todo lo que conocemos y aun lo que conoceremos, la totalidad de la existencia, está inextricablemente conectada al objeto almacenado en las entrañas de este mismo archivo. Creo que si dejase de funcionar... todo lo demás también lo haría.

Merlín frunció el ceño con aire dubitativo.

—He conocido mi porción de objetos mágicos muy poderosos —dijo en voz baja, —y todos ellos conciben sus marcas en el tejido de la existencia. Nunca he oído hablar de un solo objeto mágico que porte el tejido de la existencia dentro de sí misma. ¿Tiene la absoluta certeza de sus teorías sobre este objeto, rector?

—Por desgracia —respondió Franklyn, riendo cansadamente, —no. Sabemos muy poco, de hecho. Las teorías son tan cuantiosas como mejorables. Sólo sabemos lo que el objeto hace. No sabemos por qué, ni cómo, y de hecho, ni siquiera qué sucedería si se llegara a detener.

—En ese caso —profirió Merlín, sonriendo hacia el rector, —su prudencia es la elección más obvia y respetable. Me alegra saber que tal magia misteriosa está en manos de personas altamente conscientes de su gravedad potencial. ¿Cómo le llaman?

Franklyn suspiró y miró hacia abajo, a través de las profundidades repletas de pisos, al intermitente púrpura y dorado resplandor muy por debajo, donde yacía el artefacto.

Con un resoplido relativamente fingido, respondió:

—Le llamamos «La bóveda de los destinos».





Después de la cena de esa noche, James, Zane y Ralph corrieron de regreso al dormitorio común, tomando atajos por el césped a través de las sombras de los olmos y castaños enormes. En el interior, se despojaron de sus chaquetas y las dejaron en la planta baja del recinto que aún alojaba los baúles de los chicos. Cuando finalmente se abrieron paso hacia las escaleras y salieron por la puerta trasera del dormitorio común, el sol poniente había pintado el cielo con un color mandarina feroz, destiñéndose a color azul marino en su cenit.

—Allí —asintió con la cabeza Zane, señalando.

Los muchachos se dirigieron hacia una fila de rebosados cubos metálicos de basura alineados a lo largo de la pared posterior. Una corriente de aire de hojas de olmo se dilatava como nieve alrededor de los cubos de basura, cubriendo sus tapas, pero la letra «Z» amarilla en el medio del cubo se hizo inmediatamente visible. James aspiró hondo, contuvo la respiración, y después levantó la tapa del marcado cubo.

—¿Qué es? —Ralph frunció el ceño, asomándose dentro.

—Oh, Ralphie —sonrió Zane ampliamente. —Oh, amigos. Os habéis hecho con el abuelito de todos los retos de juramentación. O bien Warrington piensa que vosotros dos sois Zombis fidedignos y legítimos o bien odia vuestras agallas.

James metió la mano en el cubo y extrajo un puñado de trapo. Era espeso, compuesto de tejidos de color negro y amarillo y todos cosidos en un patrón ordenado. Parecía tener bastantes metros cuadrados.

—Es una bandera —dijo Ralph, agarrando un puñado y ayudando a James a sacarla del cubo.

—Es la bandera de la casa de Hermes —dijo Zane con reverencia. —¿Lo veis? Tiene el emblema Zombi en ella, el escudo amarillo y negro portando el cráneo con los ojos tachados. ¿Sabéis lo que esto significa?

James miró de la enorme bandera que tenía en sus manos a Ralph y a Zane. Sacudió la cabeza, sin gustarle particularmente adónde se estaba dirigiendo el asunto.

—Es un antiguo reto, pero uno de los más venerados. La fusta de la legendaria bandera. He oído que no ha sido realizado por ninguna casa en años. Eso significa que la administración de la escuela probablemente va a estar buscándola. Podrá haber encantamientos para delimitar, conjuros protectores e incluso centinelas. Oh, colegas, ¡va a ser un fogonazo! ¡No puedo creer que no esté autorizado a venir!

James quería estrangular al muchacho rubio, pero sus manos sostenían metros de bandera.

—¿De qué se trata, grandísimo idiota? ¡Dinos, ya!

Zane sonrió maliciosamente y ayudó a sacar el resto de la bandera del cubo de basura. Plegó la masa de la tela, la zampó en los brazos de Ralph y James, y luego los condujo hacia el edificio. Cuando se pararon enfrente, pasando por alto la fuente con la pileta de la gárgola, puso un brazo alrededor de los hombros de James. Con la mano que le quedaba libre, señaló al otro lado del campus.

—¿Veis eso? ¿Allá arriba, sobre los árboles, en la parte superior de la Residencia de Administración?

—¿Qué cosa? —preguntó Ralph, entrecerrando los ojos en la penumbra. —¿La torre del reloj?

—Más arriba —acució Zane, mostrando más malicia en su sonrisa.

James se alzó de puntillas para ver por encima de los árboles.

—Eh, ¿el campanario?



—Más arriba —le exhortó Zane.

James miró más alto. Sus ojos se ampliaron y, despacio, empezó mover la cabeza en señal de negación.

—No. De ninguna manera.

—¿La bandera? —dijo Ralph, volviéndose para mirar a Zane. —¿Arriba en la parte superior? ¡Eso debe tener sesenta metros de altura! ¡No puedes hablar en serio!

—Setenta y uno hasta la punta. No te preocupes —le tranquilizó Zane, pero su ávida sonrisa tenía un efecto completamente opuesto. —Hay una escalerilla de incendios en la parte trasera del salón que os llevará todo el camino hasta el campanario. A partir de ahí, hay una escalera de caracol hasta el campanario y luego unos escalones hasta el techo del campanario. ¡Facilísimo, pan comido! Excepto por los murciélagos, por supuesto, pero no están a la altura de un Zombi discreto.

—¿Quieres que cambiemos esa bandera de allá arriba —resopló James, sopesando el montón de gruesa tela en sus brazos, —por esta bandera?

—Bueno, intercambiar las banderas es sólo la primera mitad del desafío. Esa bandera de arriba tiene las estrellas y rayas originales de la universidad, se trata de la «vieja Betsy». No podréis esconderla debajo de la cama en el dormitorio común o algo así, a menos que queráis que un pelotón de la casa Hombre—lobo os atrape y os dé una paliza decenas de veces a partir del domingo. Tenéis que izar la vieja Betsy en el asta de la casa Zombi. Luego mañana por la tarde, la regresaremos a la Residencia de Administración y recibiremos una sanción honoraria. Probablemente sólo conseguiréis la suspensión por un día.

—Espérate —dijo Ralph, frunciendo el entrecejo. —Si logramos realizar este reto, ¿nos meteremos en problemas con la escuela?

—No lo pienses de esa manera —sugirió Zane, palmeando el hombro de Ralph. —Es el reto de la juramentación. Un día de suspensión es como una insignia de honor. Piensa en ello como unas vacaciones pagadas.

James soltó un suspiro.

—Está bien. Lo haremos. Pero después de esto, todo habrá terminado, ¿verdad? ¿Seremos Zombis oficialmente?

—Llévalo a cabo —dijo Zane encarecidamente, —y podemos hacer que ambos seáis presidentes de casa por un día.

James asintió con desprecio. Un minuto después, los tres cargaron la bandera Zombi hasta el dormitorio y la ocultaron en el armario. Persiguiéndose unos a otros, cruzaron el campus de nuevo, dirigiéndose hacia el teatro para asistir a la conferencia del profesor Longbottom.



Capítulo 9

Ataque en el Archivo

—¡James! —exclamó su mamá cuando se encontró con él frente al teatro del campus. —Vaya, te ves tan guapo vistiendo tu uniforme. ¡Solo mírate!

—¡Mamá! —le siseó James, quitándose de encima la mano de Ginny mientras ésta trataba de apelmazarle el cabello. —¡Déjalo así! ¡Me estás avergonzando delante de los Zombis!

—Oh, sí, tu nueva casa. Eso me recuerda, ¿has visto a Albus? —preguntó, mirando alrededor de la multitud que concurría cerca de la entrada del teatro.

—Sólo tienes que buscar entre los que llevan uniforme de color gris oscuro y corbata borgoña —respondió James. —Es probable que Albus los lleve sobre sus hombros.

—Pero dime, ¿cómo está progresando la tradicional selección? —preguntó Denniston Dolohov, sonriendo y asintiendo orgullosamente a su hijo.

—Pregúntanos de nuevo mañana por la mañana —suspiró Ralph.

Zane mostró una sonrisa.

—Escuchad todos, lo están haciendo muy bien. No tan bien como yo, por supuesto, pero eso es una medida muy alta para alcanzar.

—Mañana serán oficialmente Zombis. Esperen y verán.

James vio la mirada curiosa en los ojos de su madre y cambió de tema tan rápido como pudo.

—De todos modos, ¿dónde están papá y el director Merlín?

—Ambos están arriba con Neville —suspiró Ginny mientras empujaban las puertas del teatro, entrando al vestíbulo principal. —Está un poco nervioso, después de todo. Le están dando algo de apoyo moral.

—¡Hola, Petra! —saludó Zane, ondeando una mano. James se dio la vuelta y vio a la muchacha que venía entrando detrás de ellos, sonriendo calurosamente. Los tres chicos se desviaron hacia ella.

—¿Dónde está Izzy? —preguntó Ralph, mirando alrededor.

—Esta noche se quedó con Molly y Lily. He oído decir que la asamblea podría prolongarse bastante, así que Audrey cuidará de ellas en el apartamento del centro de la ciudad.

—¿Cómo os estáis adaptando?

—Bien —contestó James. —Aquí es diferente, pero no tan diferente como para que no tenga su propio extraño sentido.

—Tienen *seis* casas —dijo Ralph, meneando la cabeza. —Me parece una locura, si quieres mi opinión. ¿Y qué hay de ti, Petra?

—Pasé la mayor parte del día solicitando empleo dentro del campus —Petra suspiró fatigosamente. —Al fin y al cabo, no necesito mucho dinero. Incluso los asistentes del personal docente reciben alojamiento y comida gratis, e incluso pueden tomar clases a nivel de postgrado sin costo alguno. Izzy puede quedarse aquí conmigo e ir a la escuela primaria del campus. Yo misma podría ir por mi certificación TOAD y convertirme en profesora. Digo, *si* logro conseguir algo en alguna parte.

—¿Quién no te contrataría? —preguntó James a medida que los cuatro se abrían paso al área de las butacas. —¡Eres una genio, no importa cómo se mire! Vaya, serían una panda de malditos zoquetes si no ven eso. —Se detuvo y se puso colorado, temiendo repentinamente que pudiera estar exponiendo su punto de vista con demasiado entusiasmo.

—Gracias, James —respondió Petra. —Ahí está la esperanza. Probablemente lo sabremos al término de la semana. La verdad es que me siento bastante confiada. El director abogó en mi favor ante algunos de los jefes de departamento.

—¿En serio? —preguntó James, con los ojos abiertos.

—Pareces sorprendido —dijo Petra, mirándole con cierto aire de duda burlona.

—Bueno —dijo James, mirando hacia otro lado, —no. Eh, por supuesto que no. Quiero decir, Merlín, tiene un montón de influencia, ¿no?

Petra se encogió de hombros.

—Él es Merlinus Ambrosius.

Los cuatro se dirigieron a una fila cerca de la parte delantera, pasando apretujados entre una bandada de chicas con suéteres color rosa pertenecientes a la casa Duende, quienes miraron fija y atentamente hacia las lisas corbatas negras de James y Ralph.

—Novatos —una de las muchachas masculló. —Deberían tener su propia sección de butacas en la parte de atrás.



—Oh, aguarda —dijo otra de las chicas, levantando una mano hasta sus labios con sorpresa fingida, —¡claro que la tienen!

—Conocemos al profesor —dijo James en voz alta. —¿Ese que va a dar el discurso? ¿Aquél tipo? Sí, hemos venido con él.

—No me lo hubiera imaginado —replicó la primera muchacha. —Vuestro acento no os delata para *nada*.

Ralph miró de soslayo a las muchachas mientras se sentaba.

—No *tenemos* acento —murmuró. —Son ustedes. Tontos estadounidenses.

—Chist —le acalló Petra, sonriendo. —No queremos hacer una escena internacional.

—Allí está Lucy —dijo James, dándose la vuelta en su asiento. —Y Albus. Están sentados con mamá, tío Percy y el señor Dolohov, unas filas más atrás.

—Y bien, ¿cómo está saliendo todo ese asunto de Dolohov para ti, Ralph? —preguntó Zane, dando un ligero empujón al chico más grande. —Veo que te has quedado con el Deedle. ¿No te está causando algún tipo de aflicción?

Ralph se encogió de hombros.

—Me gusta Deedle. Quiero decir, sé que no suena tan imponente como Dolohov, pero simplemente no puedo hacerlo. Es decir, ya conoces la historia de esa familia. He pasado por un tiempo suficientemente difícil relegándolo al olvido sin adoptar ese apellido.

—Sí —asintió con la cabeza Zane. —Me enteré de lo que sucedió contigo y Ted el año pasado. Sin embargo, supongo que la mayor parte de él quiso desahogarse.

—Al final no lo hizo —agregó James, pensativo, —hay todo un océano entre él y Ralph ahora. Y ya oí que a los hombres lobo no les agrada mucho el agua.



—No es un verdadero hombre lobo —dijo Ralph, negando con la cabeza. — Es un metamorfomago con ciertas tendencias lobunas; pero aún, sí, no estoy tan apenado en tener un océano entre nosotros.

Zane suspiró y se acomodó en su butaca.

—En cualquier caso, apuesto a que tratar de vivir con dos nombres es difícil. No te envidio, Ralphinator. Oye, ¿eso te hace poseer *tres* nombres!

—Tú eres la única persona que me llama por *ese* nombre —dijo Ralph, mirando al techo.

Junto a James, Petra permaneció en silencio. Ralph, James lo recordaba, no era la única persona viva con dos nombres. Petra había cambiado de nombre a raíz de la maléfica experiencia vivida en la granja de su abuelo, decidiendo llamarse a sí misma, simplemente, Morgana. Ella no había insistido en que ninguno cambiara la manera de referirse a ella, pero James tenía la sigilosa sensación que en su corazón, la muchacha no podía deshacerse de su nuevo nombre más de lo que Ralph pudiera deshacer el nombre Dolohov. James no sabía qué significaba todo aquello, pero le preocupaba un poco.

Era casi como si Petra tuviese dos personalidades diferentes. Una era la Petra que había conocido durante el último par de años, la chica feliz y estudiante brillante. La otra, sin embargo, Morgana, la que había realizado cierta magia inquietantemente poderosa sin la ayuda de ninguna varita y que muy bien podría haber matado a alguien. James no pudo evitar preguntarse si, solo quizás, ambos lados de la personalidad de Petra estaban en guerra entre sí. Más importante aún, ¿cuál lado, si lo había, estaba siendo más influenciado por aquella última pizca hechizante del alma perdida de Voldemort? Y ¿cómo podría influir en la lucha interna por la que Petra estaba atravesando?

Los intranquilos pensamientos de James fueron interrumpidos en ese punto cuando una figura emergió sobre el iluminado escenario que tenían ante ellos. Las luces del recinto disminuyeron en todo el interior y los asistentes se fueron silenciando gradualmente.



—Damas y caballeros, estudiantes, personal docente y amigos que nos visitan de la comunidad mágica —dijo el hombre, sonriendo. Era alto y delgado, con lustroso pelo negro que enmarcaba su rostro rubicundo. —Bienvenidos. Mi nombre es profesor John Sanuye, y soy el jefe del Departamento de Flora aquí en Alma Aleron. Me complace anunciar que hemos conseguido a uno de los principales expertos mundiales de la botánica mágica, un hombre cuya fama le precede, incluso entre quienes no han leído su muy interesante tratado sobre los mil y un usos de los helechos de pantano y musgos comunes. Por favor, recibamos cordialmente para el debate de esta noche al señor Neville Longbottom.

Sanuye aplaudió y dibujó una sonrisa mientras Neville se levantaba de su asiento en primera fila. Antes de subir por las escaleras hacia el podio, se giró y sonrió tímidamente hacia la multitud. No era un gran teatro, pero James estaba bastante sorprendido de ver que estaba lleno, con estudiantes hacinados en sillas plegables en la parte posterior; e incluso había algunos de pie en la entrada. Todos aplaudían, pero había muy pocas sonrisas en el recinto.

Neville subió las escaleras y extrajo un pequeño manojito de notas del bolsillo de su túnica. Se aclaró la garganta y se asomó por encima del podio, sonriendo con nerviosismo. James sintió la punzada de incomodidad por el profesor. Neville claramente estaba aterrado de hablar ante una audiencia de tal magnitud.

—Ejem —dijo, aclarándose la garganta. —Gracias a todos por venir. Me siento, eh, muy honrado y, francamente, sorprendido por la concurrencia. En el país de donde vengo, la herbología no es un tema que demande tan, eh, *entusiastas* adeptos.

Un murmullo de carcajadas repercutió sobre la sala, tomando a Neville por sorpresa. Parpadeó y sonrió antes de continuar.

—He, ehh, venido esta noche preparado para hablar sobre algunas de las vías más recientes de la investigación de la botánica mágica, que están, eh, aumentando nuestro conocimiento sobre estudios como la elaboración de pociones, la medicina, la creación de varitas, e incluso la filosofía y la ética mágica.

Neville creció en confianza a medida que hablaba y James se encontró creciendo rápidamente en su aburrimiento. Por mucho que le gustara el profesor Longbottom, siempre encontraba sus clases extremada y casi dolorosamente tediosas. El discurso de esta noche no era diferente, excepto por el hecho de que James no tuvo necesidad de prestar atención por el bien de su calificación. Sus pensamientos empezaron a divagar, al igual que su mirada. El resto de la audiencia observaba a Neville con diversos grados de interés atento, aburrimiento cortés, y, en algunos casos, concentración con el ceño fruncido. En la primera fila, James se sorprendió al ver a su padre recostándose a un lado y susurrándole a un hombre que James no conocía. El hombre sonría mientras Harry le susurraba, y luego se echó a reír silenciosamente, con sus ojos parpadeando. Curiosamente, los dos parecían estar muy familiarizados, como si fueran viejos amigos que hace tiempo no se veían. James se hizo una nota mental para preguntarle a su padre sobre aquél hombre más tarde.

Finalmente, Neville produjo una serie de fotografías, que temporalmente amplió utilizando encantamientos *Engorgio*. Las fotografías eran mágicas, por supuesto, pero como eran en su mayoría de plantas, éstas no se movían. La única llamativa era la de un árbol extraño con largas ramas que parecían tentáculos que tenían en los extremos mandíbulas mordedoras, y lucían como grandes Atrapamoscas Venus. El árbol, al que Neville se refería como Vivoquidno Colmilludo Marroquí, se retorció y chasqueaba sus muchas mandíbulas en la foto, inspirando gritos de asombro de algunos de los observadores en las primeras filas. Cerca del final de la alocución, Neville sacó una pequeña planta de sus pertenencias, retirándola de su túnica como una gran serpiente verde. La enrollada raíz era diminuta, casi del tamaño de una nuez, apresada en una pulcra cucharada de tierra. Neville colocó la planta en el extremo del estrado, donde lentamente se enderezó y estiró hacia las luces que estaban sobre ellos.

—Este, damas y caballeros, es mi mayor logro —profirió Neville orgullosamente. —El mítico y elusivo árbol Bambulero. Según la leyenda, es capaz de adoptar la apariencia e incluso las características alquímicas de prácticamente cualquier planta a la que es expuesto, camuflándose para evitar ser arrancado. Permítanme ilustrarlo.



Neville utilizó su varita para hacer levitar una de sus tantas fotos, y luego le dio un golpecito, para ampliarla.

—El Lazo del Diablo —dijo, señalando hacia la foto. Hubo un ligero roce sobre el podio mientras el bambulero se transformaba. Sus raíces se extendieron y se tornaron gruesas y oscuras, mientras sus hojas se multiplicaban y unas cuantas se convertían en vides serpentina. Por momentos, el bambulero se había transfigurado en la forma inconfundible de un pequeño lazo del diablo, muy parecido al de la fotografía ampliada. La multitud murmuraba con interés.

—La spynacea —dijo Neville con orgullo, agitando su varita de nuevo y sacando otra fotografía, esta vez mostrando una planta alta, delgada, con estampadas hojas rojizas. El bambulero cambió de nuevo. Sus viñas se enroscaron en bolas y luego le brotaron hojas, replicando perfectamente a las que se mostraba en la foto.

—*Larcenous ligulous* —sonrió Neville, cambiando la foto una vez más. Ahora, el bambulero se aplanó y desplegó, cubriendo la parte superior del estrado con rizadas enredaderas verdes. La multitud murmuraba y se removía por toda la sala.

—Y no olvidemos —dijo Neville, quitándose un anillo de su dedo y levantándolo en el aire a la luz— la característica más notable del bambulero: su capacidad para emular las tendencias características y la mágica apariencia de cualquier planta escogida. Esto, más que nada, es lo que hace que sea tan potencialmente invaluable para el mundo mágico.

El bambulero percibió el brillo del anillo que Neville sostenía en lo alto. Lentamente, alzó un trío de enredaderas, que se elevaron hacia el anillo, como si estuviese olisqueándolo. Se enroscaron vorazmente alrededor de él husmeando en la mano de Neville, justo como la planta *larcenous ligulous* lo haría. El público rió y aplaudió suavemente.

—Si tuviera que cortar una muestra de raíz del bambulero en su estado actual y someterla a cualquier laboratorio de herbología, necesitaría muchas más pruebas para demostrar que, en realidad, no se trataba de una auténtica *larcenous ligulous*. Si somos capaces de cultivar y propagar con éxito el bambulero, éste puede

mejorar significativamente la disponibilidad de algunos de los más raros y más esenciales recursos botánicos del mundo mágico, e incluso nos permite recrear muchos de los que han dejado de existir por completo.

La multitud respondió de nuevo, dirigida por el muy entusiasta aplauso del profesor Sanuye en la primera fila. Harry aplaudió y silbó muy fuerte. El hombre junto a él se le unió, poniendo las manos en la boca a modo de bocina.

—¡Vamos, Neville! —gritó, expulsando ánimo.

—Y de esa misma manera concluye mi presentación —dijo Neville, sonriendo con evidente alivio. Sacudió su varita, una vez más, reduciendo las fotos de nuevo a su tamaño normal y agarrándolas mientras éstas caían del aire. En el estrado, el árbol bambulero comenzó a volver lentamente a su estado original. —El profesor Sanuye ha sugerido que daremos la palabra a comentarios o preguntas que tenga la audiencia, y estoy feliz de hacerlo. Entonces, ¿alguien tiene alguna pregunta que le gustaría hacer?

James miró a su alrededor, sorprendido de ver una serie de manos que se habían levantado rápidamente por todos lados. Neville se mostraba sorprendido también. Parpadeó y dio medio paso atrás desde el podio. Con un encogimiento de hombros y una sonrisa, señaló hacia una mano de la primera fila.

—Usted entonces. Hable alto para que todos podamos escuchar.

—Saludos, profesor —dijo una de los estudiantes Duende, poniéndose de pie y sonriendo. —Gracias por ofrecernos esta charla. Mi pregunta tiene que ver más con la historia que con la herbología, si me permite hacerla.

Neville parpadeó otra vez. James miró a la estudiante Duende. Era mayor, muy posiblemente una de las estudiantes universitarias. Intercambiaba abiertamente la mirada con Neville, sin dejar de sonreír, y James no podía evitar pensar que le resultaba una expresión incómodamente familiar. Era, de hecho, el mismo tipo de expresión que Tabitha Corsica había usado tantas veces cuando estaba a punto de decir algo exasperantemente confrontador.



—La historia no es realmente mi área de conocimiento —dijo Neville lentamente, pero la chica tomó la palabra antes de que él pudiera continuar.

—Reconozco que la herbología es su pasión, lo que significa que obviamente tiene un gran amor por todas las cosas que crecen. Me pregunto si ese amor se extiende al reino animal también. Entiendo que usted tiene el hábito de decapitar serpientes. ¿Le importaría explicárnoslo detalladamente?

Hubo una especie de silbido colectivo, y luego risas burlonas recorrieron la audiencia. James miró a su alrededor con repentino enojo y consternación, y devolvió su mirada al podio. La cara de Neville había enrojecido, pero su boca se había tensado en una línea dura.

—Siguiente pregunta —emitió rotundamente, levantando su mirada sobre la multitud. Las manos se alzaron al aire de nuevo.

—Sí, profesor —preguntó otro estudiante desde la parte trasera. James se dio vuelta y notó que era un miembro de la casa Igor, vistiendo la característica corbata verde ácido. Su rostro era redondeado y lucía **azulado** ante la luz de la lámpara cercana a las puertas. —Lo siento. En realidad, mi pregunta tampoco está relacionada con la flora. ¿Sabía usted que cuando se congregaron sus compañeros de clase en contra de los revolucionarios de su época, usted se estaba poniendo del lado del régimen totalitario existente o estaba siendo simplemente engañado por la propaganda de aquellos días pensando que estaba en el lado del bien?

Neville abrió la boca conmovido mientras la multitud balbuceaba ruidosamente, asintiendo y gritando para que respondiera. James volvió a mirar alrededor, intercambiando miradas con Zane y Ralph. Era otra vez como aquel primer debate general de Hogwarts, sólo que peor, porque todo el público parecía estar del mismo lado. Ahora James entendió por qué había acudido tanta gente a la conferencia. Neville, después de todo, era casi tan famoso como Harry Potter, y no justamente por sus libros de texto sobre herbología.

—Temí que una cosa así ocurriría —dijo Zane, inclinándose hacia James. — Como te dije, tipos como los del Elemento Progresivo aquí están por todas partes. Incluso hay algunos en el cuerpo docente.

Ralph miró a su alrededor con inquietud.

—¿Los profesores no pondrán poner fin a esto?

—En realidad, así no es cómo las cosas funcionan por estos lados —contestó Zane. —Esperan que Neville responda a las preguntas, no importa cómo. No me sorprendería si esto no fuera parte de las razones por las cuales se le haya pedido que diera el discurso.

—Si eso es cierto, es horroroso —interpuso Petra con sutil convicción.

En el podio, Neville permanecía estoicamente, con su frente baja. Ya no parecía nervioso. Parecía, en todo caso, calladamente enojado. Recogió el bambulero nuevamente y lo depositó cuidadosamente en un bolsillo de su túnica.

—¿Hay alguna pregunta relacionada con el tema que me invitaron aquí a exponer? —preguntó en voz alta, haciendo caso omiso al balbuceo de la audiencia.

—Responda la pregunta —una voz gritó detrás de James. Otros se le unieron convirtiendo la frase en un cántico.

Neville miró hacia abajo, hacia la primera fila. James se inclinó hacia delante y vio a su padre asintiendo ligeramente hacia Neville. Para sorpresa de James, Harry Potter parecía estar sonriendo con algo como fatigada resignación. A la izquierda de Harry, la expresión de Merlín era calmada e inescrutable, con los brazos cruzados casi perezosamente sobre el pecho. El profesor Sanuye se encogió de hombros hacia Neville y sacudió la cabeza con pesar. No parecía agradaarle lo que estaba pasando, pero tampoco parecía estar dispuesto a poner fin a esa situación.

—Parece que ustedes están sufriendo algunas de las más desafortunadas equivocaciones de la historia —dijo Neville finalmente, sosteniendo su varita en la garganta y amplificando su voz. La ruidosa multitud se calmó, pero no del todo. Neville continuó, bajando la varita de nuevo. —Ahora, si insisten en hacer preguntas no relacionadas con mi tema de especialización, que en apariencia tendré que responder, no sea que los deje con la impresión que no soy capaz de hacerlo. Pero hagan sus preguntas con respeto, y no aprovechen la oportunidad



sólo para citar la propaganda popular para la diversión de sus compañeros. ¿Hay alguien dispuesto a cumplir estas disposiciones?

Menos manos se levantaron ahora. Neville frunció el ceño y asintió a un estudiante, cerca de James, que se levantó.

—Profesor —dijo el joven, y James vio que era un estudiante de nivel universitario y miembro de la casa Vampiro, —como erudito, seguro estaría de acuerdo que su trabajo con la flora está destinado al beneficio de toda la humanidad. ¿No es cierto?

Neville entrecerró un poco los ojos.

—Vivo con la esperanza de que se trata de tal caso, joven.

—Entonces, señor, ¿por qué usted y otros como usted insisten en acaparar sus descubrimientos para la comunidad mágica, negándose, incluso, a considerar compartirlo con el mundo muggle?

La multitud estalló otra vez, gritando con desprecio, muchos elevándose con sus pies.

—¡Las preguntas... son... permitidas! —una voz gritó desde la primera fila, y James se sintió aliviado al ver que era el profesor Sanuye con sus ojos oscuros y severos. Casi al instante la multitud se calmó de nuevo y el profesor continuó con una voz medida.

—Pero no la falta de respeto. Ustedes han escuchado los términos de nuestro estimado invitado y son bastante razonables. Es política de la escuela dar la bienvenida a la disertación, pero no a la discordia. Permitan que el profesor Longbottom responda sus preguntas, o no las hagan. ¿Entendido?

La multitud murmuraba, obviamente alterada, pero dominada por el momento. En el escenario, Neville se aclaró la garganta nuevamente.

—Una buena pregunta, amigo mío —profirió lentamente, levantando las cejas. —Es una pregunta que cualquier bruja o mago deberían estar pensando para ellos mismos. La respuesta, sin embargo, es igualmente importante. Por supuesto,

nosotros en la comunidad mágica podríamos ofrecer muchos avances y medicamentos al mundo muggle. El hecho del asunto es que lo hacemos, incluso ahora. Su propio rector ha tendido una mano en la innovadora Ley de Intercambio de Conocimientos Mágicos, que permite de forma inerte que descubrimientos mágicos que salven vidas sean compartidos con el mundo muggle, secretamente, pero con eficacia. Hay organizaciones de caridad y coaliciones a las que se ha concedido un privilegio especial para actuar secretamente en el mundo muggle, realizando actos de intervención mágica en situaciones que lo merezcan. Sospecho que ustedes están enterados de estas cosas, a pesar de eso, sólo puedo suponer que lo que realmente quiere preguntar es lo siguiente: ¿Por qué no simplemente tirar las puertas del mundo mágico abriéndolas a la comunidad muggle, revelándonos plena y completamente? ¿Es así?

El muchacho arrastró un poco sus pies y miró a su alrededor al resto de la audiencia.

—Mmm, sí, creo que eso es exactamente correcto. Los prejuicios de las políticas del gobierno mágico contra el mundo muggle deben ser derrocados. La total divulgación es la única opción que dará lugar a una verdadera libertad para toda la humanidad...

—Sí, sí —asintió Neville. —He visto los carteles también. Supongamos que hacemos exactamente lo que nos propone. El mundo mágico sale de su escondite y se revela por completo al muggle. ¿Qué espera usted que va a pasar?

—Bueno —murmuró el joven, mirando a su alrededor otra vez, al parecer deseando que alguien más viniera en su ayuda. El resto del público sólo observaba con brillantes ojos de interés. —Bueno, entonces habría igualdad. Podríamos ayudar a los muggles. Podríamos compartir todo lo que sabemos con ellos, y ayudarles de muchas formas. Quiero decir, somos brujas y magos. Tenemos la magia de nuestro lado.

—¡Ahh! —soltó Neville, inclinándose hacia delante del podio. —Les podríamos ayudar en efecto. Pero ¿qué pasa si ellos no *desean* ser asistidos? ¿Qué pasa si algunos miembros de la comunidad mágica desean involucrarse en los



asuntos muggle tales como negocios, medicina, incluso gobierno, y no quieran los muggles?

—¡Entonces les ayudaríamos a entender que sólo queremos socorrerlos! — respondió el estudiante, reanimándose. —Ellos no sabrían qué es lo mejor para ellos, después de todo.

Neville asintió.

—Entonces ¿le ayudaríamos en contra de su voluntad?

—Si tuviéramos que hacerlo —respondió el joven, levantando la barbilla.

—Así es —estuvo de acuerdo Neville. —Muchos harían exactamente eso. Algunas brujas y magos se inculcarían en la clase dominante muggle, todo bajo el pretexto de ayudarlos. Algunos de nosotros, no usted, por supuesto, amigo mío, pero *algunos* estarían felices de recurrir a la fuerza. Ellos harían uso de cualquier ayuda mágica, incluso la maldición *imperius*. Otros, sin embargo, serían menos... escrupulosos. Lo crean o no, amigos míos, hay magos y brujas entre nosotros que realmente podrían desear gobernar a los muggles solamente por el bien del poder. Estas personas se mantienen bajo control ahora por la existencia de las leyes internacionales de secretismo. Pero, ¿qué haríamos con estas brujas y magos si esas leyes son abolidas? ¿Queremos proteger a los muggles de ellos? ¿Cómo? ¿Qué evitará que brujas y magos malvados utilicen todos los medios que desean para alcanzar el poder sobre los muggles?

El joven parecía saber que estaba perdiendo la autoridad moral. Arrastró los pies una vez más y se negó a mirar directamente a Neville.

—Eso es alarmismo. Eso es lo que ustedes siempre hacen.

—Asustar a la gente con amenazas ficticias es alarmismo —aseguró Neville amablemente. —Advertir sobre las amenazas que son reales, amenazas que la historia nos enseña que son casi una certeza en las condiciones adecuadas, es un acto de bondad y compasión. La historia de la interacción mago—muggle está llena de conflictos. Las dos partes son igualmente culpables, es cierto, pero la realidad sigue siendo la misma. Nos mantenemos ocultos, simplemente, porque el



bien que podría venir de nuestra incorporación al mundo muggle es decididamente menor que el mal que inevitablemente daría lugar. En un mundo perfecto, amigo mío, sus teorías serían muy honorables. Por desgracia, esto no es un mundo perfecto.

—¡Excusas y mentiras! —gritó de repente el estudiante, y la multitud se removió a su alrededor, murmurando en acuerdo.

—Usted odia a los muggles, por eso desea mantenerlos ignorantes de nosotros, y de todo lo que podríamos hacer por ellos. No hay tales brujas y magos altamente malignos empeñados en dominar el mundo. Eso es una mentira que su gente ha creado para mantener al resto del mundo mágico a raya. Los muggles nos darían la bienvenida, y lo sabe. Y, aunque no lo hicieran... —El joven vaciló de pronto, dándose cuenta de lo que estaba a punto de decir.

Neville no se inmutó, pero miró al hombre solemnemente, tomando el podio ante él.

—Aunque no lo hicieran... —dijo, terminando el pensamiento del estudiante, —tendríamos la magia de nuestro lado ¿correcto?

El joven se sentó de repente y la multitud parloteó nuevamente, creciendo en ruido e intensidad. El profesor Sanuye subió al escenario y se trasladó junto a Neville.

—Con esto concluiremos la conferencia de esta noche —declaró severamente. —Los estudiantes, por favor, vuelvan a sus dormitorios, gracias. Es bastante tarde, y por lo menos algunos de ustedes tienen clase conmigo mañana. Estará mal vista cualquier ausencia debido a que permanecieron despiertos tan tarde esta noche. Buenas noches y gracias por venir.

En ese momento Sanuye giró hacia Neville, estrechándole la mano. Los dos hablaron acercando sus cabezas.

—Qué montón de excremento de escreguto —murmuró con ira una chica detrás de James.

—Pero, ¿qué esperabas?



—Vamos —suspiró Zane, moviendo la cabeza. —Cuanto antes salgamos de aquí, mejor. Vamos a tomar un refresco a Cometa y Llave.

James siguió a Zane y a Ralph fuera del concurrido teatro, mirando hacia el escenario. Su padre estaba en el frente, junto a Merlín y Denniston Dolohov, que estaban riendo animadamente. Ninguno parecía estar en lo más mínimo perturbado por los acontecimientos de la noche y James podía adivinar por qué. La mayoría de ellos había estado tratando con los alegatos del Elemento Progresivo durante años, tanto en forma sutil, a través de artículos en el diario *El Profeta*, y abiertamente, como la demostración que había ocurrido en Hogwarts durante su primer año. Ellos se habían vuelto insensibles a tales asuntos. Pero James no había conseguido esa insensibilidad por lo que se sentía decididamente enojado y trastornado.

Cuando los tres llegaron a las puertas del teatro y salieron al aire nocturno, James miró alrededor para ver si Petra estaba planeando unírseles para tomar un refresco en la taberna del campus. Sin embargo, la chica no estaba a la vista en medio de la multitud que se iba dispersando. James se quedó allí por un momento, en busca de ella sin ningún éxito, y luego se volvió y corrió a alcanzar a sus amigos.



Los sueños de James fueron interrumpidos algunas horas más tarde por el fuerte golpeteo de la puerta de su dormitorio. Se sobresaltó y casi se cayó de la estrecha cama. De más allá de la puerta vino un leve sonido chirriante, como de bisagras desgastadas.

—Aquel mono de latón realmente me da escalofrío —masculló Ralph, cubriéndose la cabeza con la almohada. —¿Esa es su voz?

—Creo que el mecanismo del reloj es demasiado viejo para que haga una voz —bostezó James. —Sólo chirría la mandíbula. Esa debe ser nuestra llamada para despertarnos a las cuatro de la mañana.

Ralph balanceó sus pies fuera de la cama.

—Nunca pensé que diría esto, pero echo de menos mi viejo reloj despertador digital.

Cinco minutos más tarde los chicos se escabulleron por la puerta principal del dormitorio común, cerrándola silenciosamente detrás de ellos. La noche era fresca y calmada, todo a su alrededor mojado por el rocío. Las fuentes habían dejado de funcionar por la noche, e incluso las gárgolas de la pileta parecían estar dormidas. Ralph llevaba su bolsa de lona al hombro, llena con la bandera de la casa Zombi.

—¿Crees que tendrán guardias en el campus? —susurró cuando comenzaron a escabullirse a través de la oscuridad.

—Más vale prevenir que lamentar —respondió James. —Pégate a los árboles. La luz de la luna es demasiado brillante para que crucemos por los jardines principales.

Ralph resopló mientras corrían.

—Esto hubiera sido mucho más fácil si tuviéramos la capa invisible.

—Esperemos que esta sea la única vez en este año que la necesitemos. Todo va a estar bien. Sólo mantén el ritmo.

En el momento en que llegaron a las sombras de la Residencia de Administración, las zapatillas de James estaban empapadas por el rocío y los dos muchachos jadeaban. Se apoyaron en los fríos ladrillos y tomaron aire antes de deslizarse entre los arbustos y rodear la parte trasera del edificio.

—Muy bien —susurró James, escondiéndose en la sombra de un alto arbusto. —Esto debería ser sencillo. Voy a subir a cambiar las banderas. Quédate aquí y mantente atento con tu varita. Si me caigo, tú y tu varita sabréis qué hacer, ¿verdad?

—Levitarte —asintió Ralph. —¿Quieres que vea si puedo levitarte hasta esa altura?

James sacudió la cabeza.

—Demasiado obvio. Si subo, estaré en la oscuridad, por lo que hay menos posibilidades de ser atrapado. La luna de esta noche es como un reflector. Sólo estate preparado.

—Termina con esto —dijo Ralph sinceramente, deslizándose la bolsa de lona de su hombro y ofreciéndosela a James. —Tengo un nudo en el estómago. Tal vez deberíamos haber ido a la casa Igor, después de todo.

James negó con la cabeza.

—No hay vuelta atrás ahora, Ralph. No te preocupes, todo esto habrá terminado en unos pocos minutos.

Ralph asintió con la cabeza, no convencido pero comprometido. James se puso al hombro la bolsa y luego se volvió hacia el edificio. Una serie de escaleras y balcones estrechos de hierro estaban aferrados a la parte trasera de la Residencia de Administración, extendiéndose por todo el camino hasta el techo. James trepó hasta el primer nivel lo más silenciosamente que pudo. En poco tiempo el campus quedó debajo de él, extendiéndose tan ampliamente que podía ver el muro de piedra que lo rodeaba. Más allá de la pared la ciudad de Filadelfia brillaba con sus luces, y James tuvo tiempo de preguntarse qué año era el que actualmente ocupaban. Después de sólo unos pocos minutos, llegó al nivel más alto de la escalera de incendios. Miró hacia el campanario que se alzaba ante él. Parecía mucho más grande de cerca, con cada una de las cuatro campanas de aproximadamente el tamaño de la cabeza de un gigante, pero mucho menos abultada. En todo el interior del campanario anidaban docenas de palomas, dormitando en medio de sucios nidos. James dio la vuelta y se inclinó sobre la baranda. Muy por debajo, Ralph lo miraba, su rostro era un punto blanco en la oscuridad. James hizo un gesto con poco entusiasmo, y luego giró y trepó en el ángulo del techo, para llegar a la barandilla de madera del campanario.



El interior de la torre apestaba a excremento de paloma y moho. Una pasarela estrecha de madera se situaba alrededor del perímetro de la torre, con vista a la vertiginosamente profunda garganta de la misma. James contuvo la respiración y miró a su alrededor. Al otro lado del campanario había una desvencijada escalera de caracol que conducía a las vigas. James se dirigió hacia allí, tratando de ignorar el chirrido y el crujido de las tablas bajo sus pies. Cuando empezó a subir la estrecha escalera, girando sobre su poste central, una oleada de vértigo lo alcanzó. La bolsa de lona la sentía muy pesada e incómoda en su espalda cuando se agarró de la barandilla. Cerró los ojos hasta que la sensación pasara, y luego siguió adelante con cuidado.

James descubrió una trampilla de fácil apertura en la parte superior de la escalera y trepó con cautela sobre el estrecho piso del campanario. Se quedó allí un momento, recuperando el aliento y afirmándose, con miedo a mirar hacia arriba, un sutil ruido punzó en su oreja. Lentamente se irguió y levantó la cabeza. El techo con vigas de la torre del reloj era negro y tenía murciélagos. Estos se movían y chillaban débilmente, mirando a James.

Sus ojos se agrandaron y pronunció un ahogado chillido, consiguiendo que sus pies, por debajo, se agacharan en el suelo. Miró alrededor y vio la escalera en el lado derecho del campanario. Estaba hecha de una antigua madera pintada y se sujetaba a la parte exterior de la torre pasando la baranda baja. Forcejeando, James se acercó a ella. Más allá de la barandilla, el viento cambió de repente aullando en un desagüe cercano. James se estremeció. Por último se apoyó en la barandilla y se extendió sobre ella, agarrando la escalera. Con cuidado y tan silenciosamente como pudo, se tiró por la barandilla y se aferró a la escalera, que crujió ominosamente. Probablemente había sido fortificada por arte de magia, al igual que casi todas las antiguas estructuras mágicas. Sin embargo la cornisa del techo, unos veinte pies por debajo, parecía horriblemente estrecha y la caída más allá perfectamente horrorosa. James intentó no mirar. Apretó los dientes y comenzó a subir.

Afortunadamente había una trampilla más por encima de la escalera, que conducía a un pasillo muy estrecho alrededor del techo cónico del campanario. James se arrastró por él y se apoyó contra el ángulo de la estrecha bóveda, respirando con dificultad. Con el pie le dio una patada a la trampilla cerrada,



deseando no caer a través de ella por accidente. Por encima, la vieja gran bandera estadounidense, la vieja Betsy, se agitaba con la brisa. Por último, James se abrió parcialmente camino alrededor del cono del techo, se arrodilló a su sombra en la pasarela de madera y se descolgó la bolsa de lona del hombro. Empezó a sacar la bandera de la casa Zombi, cuidando de no dejar que el viento la capturara y se la llevara.

De pronto, sorprendentemente, James oyó un arrastrar de pasos. Estaban muy cerca, pero poco definidos, perdidos en las prisas del viento. James se quedó inmóvil, sus ojos continuaban atentos.

Zane había dicho que la administración de la escuela estaba a la caza de alumnos comprometidos en la aventura de cambiar la bandera. ¿Lo habrían visto? ¿Estaban subiendo hasta atraparlo en el acto? No había absolutamente ningún lugar para ocultarse. James miró a su alrededor, pero ya no podía ver la trampilla en la silueta del techo. Se agachó hacia atrás contra las tejas viejas, tratando de fundirse con las sombras como mejor pudo.

El arrastre de pasos volvió, sigiloso y tranquilo. Alguien se estaba escondiendo de él al parecer, tratando de atraparlo por sorpresa. Con un suspiro, James decidió que no había más remedio que entregarse. Dejó caer la bandera Zombi en un bulto en la parte superior de la bolsa de lona, se levantó y se encontró mirando el rostro pálido y sorprendido de su propio hermano.

—¡James! —llamó Albus en tono áspero, y James se dio cuenta de que su hermano tenía su varita en la mano. —¿Qué estás haciendo aquí?

James miró a su hermano de arriba a abajo e hizo una rápida deducción en su cabeza. Suspiró.

—Lo mismo que tú, al parecer. ¿Dónde está la bandera Hombre—lobo?

—A mi espalda —dijo Albus, ahogando una risa. —¿Es eso...? —preguntó, apuntando con su varita a la bola de tela junto a los pies de James.

James asintió con la cabeza.



—Tienes que cambiar las banderas —dijo James. —Lo mismo que yo. ¿Lo sabías?

—¡De ninguna manera! —respondió Albus en un susurro ronco. —Altaire dijo que nadie más lo iba a hacer este año porque el clima estaba muy tenso con la administración. ¿Y ahora qué hacemos?

James no escuchó la última pregunta de su hermano. Otro sonido de arrastre de pasos llegó detrás de él y una sombra se levantó a la vista. James vio una varita levantada en una mano oscura que apuntaba a Albus por detrás.

—¡Al! —gritó James, luchando por sacar su propia varita. —¡Detrás de ti!

Albus se volvió, pero no antes que la figura atacara.

—*Petrificus totalus!* —Una voz femenina gritó, y un rayo de magia abrasó de la varita alzada. Pasó por encima del hombro de Albus y golpeó de lleno en el pecho de James. Éste se puso inmediatamente rígido, congelado en su lugar, y comenzó a tambalearse hacia atrás.

La figura encendió su varita de nuevo y la bandera Zombi a los pies de James se levantó como una tela de serpiente. Se enrolló alrededor de la cintura de James y se anudó, dejando un largo tramo detrás de él.

—Agarra eso, novato —dijo la voz femenina enérgicamente.

Albus se revolvió y arrebató la larga bandera que se arrastraba desde la cintura de James. Un segundo después la tela se tensó, engancho a James mientras él se caía de espaldas en la vieja barandilla, rompiéndola.

—Uff —gruñó Albus, cambiando su postura y envolviendo la larga bandera con sus puños. —Eres pesado, ¿lo sabías, James? Necesitas dejar de comer un poco los cucuruchos de cucarachas.

—¿Este es tu hermano? —preguntó la figura, y James ahora vio que era la chica morena de la casa de los hombres lobo, quien le había ordenado hacer flexiones a Albus el día anterior.



—¡Sí, señora! —respondió Albus inmediatamente.

La muchacha sonrió estrechamente a James.

—Lección número doce del manual hombre—lobo, novato. Déjame oírla.

—¡El que golpea primero golpea mejor! —anunció Albus, aun luchando por sostener la larga bandera. James se echó hacia atrás sobre sus talones, congelado como una estatua, pero terriblemente consciente de la precariedad de su posición. Debajo de él estaba sólo el espacio oscuro, lleno de viento y el silencio de los castaños en el jardín de la mansión.

—Esa es la lección número seis —regañó la muchacha. —Pero sigue siendo apropiada, así que lo voy a dejar pasar esta vez. La número doce es, ¡todo vale en el amor y la guerra...!

—¡Y no hay nada que no sea amor o guerra! —Albus terminó con confianza.

—Buen trabajo, novato —la chica asintió con la cabeza. —Un momento mientras yo alzo la bandera de la casa Hombre—lobo.

El corazón de James golpeó al ver a la chica sacar la bandera de una mochila camuflada. La bandera estaba doblada en una pulcra forma de triángulo y se desplegó con un toque de su varita. Un momento después ella utilizó su varita para maniobrar las poleas del asta de la bandera, que sobresalía desde el cono del techo. Con una practicada habilidad cambió las banderas, dobló la vieja Betsy con reverencia, y la puso a recaudo en su mochila.

—Operación «captura de la bandera» completada, novato —dijo, enderezándose. —Lo que sólo nos queda es qué hacer con nuestro prisionero de guerra. Tenemos que asumir que no está solo, pero Raphael probablemente ya ha asegurado a cualquier hostil en el campo. No se puede dejar a éste aquí para sustituir las banderas de nuevo una vez que nos larguemos, lo que nos deja sólo una opción. Lección número tres del manual de hombre lobo, novato.

—¡Neutralizar cualquier posible amenaza! —citó Albus inmediatamente. Detrás de él, la chica anudó el extremo de la larga bandera Zombi en torno a una longitud de tubo de drenaje de cobre. Ella sonrió sombríamente.

—Haga los honores, novato —pidió. —Demuestre el valor de un Hombre—lobo.

Albus miró por encima de su hombro a la chica, y luego se volvió a James, su rostro mostraba vagamente un aire de disculpa, pero sólo vagamente. Sonrió torcidamente.

—Lo siento, James —dijo. —Una lección en el manual de hombre lobo: Un Hombre—lobo tiene que hacer lo que un Hombre—lobo tiene que hacer.

James intentó sacudir la cabeza, pero el hechizo aún lo mantenía perfectamente paralizado. Albus soltó la bandera y James inmediatamente cayó hacia atrás, rígido sobre el borde de la calzada en la azotea. Cayó por un nauseabundo segundo, y luego se detuvo, atrapado por la bandera anudada a la cintura. Un ruido de explosión lo rodeó bruscamente mientras el impacto de su caída sorprendía a los murciélagos en el campanario de la torre. Chirriaban y se arremolinaban en el aire, azotando todo a su alrededor. Un momento después el ruido de la salida de los murciélagos se extinguió a lo lejos y James se balanceó juguetonamente, girando en forma vertiginosa sobre el final de su inusual correa. Uno de los murciélagos se posó sobre su cabeza, chillando amablemente.

Cerca de allí, oyó las pisadas desvaneciéndose por la escalera, así como el irritante sonido de risas reprimidas y satisfechas.



—Vosotros dos —llamó Warrington tras una larga exhalación, —parece que básicamente habéis comprendido mal cómo todo el asunto del desafío del cambio de banderas se suponía que tenía que salir.

James se desplomó en la silla desvencijada en el desván de la oficina de la casa de Hermes. Junto a él, Ralph suspiró y miró fijamente a la alfombra amarilla

manchada. Warrington se inclinó sobre el viejo escritorio tambaleante, cuyas cuatro patas parecían tener fajos de papel bajo ellas.

La oficina de la casa Zombi era pequeña y repleta de estanterías a pesar de su notable falta de libros. Los estantes estaban, en cambio, cargados con inusuales baratijas, bobadas, pilas de correo sin abrir, herramientas, divertidas formas de proyectos de arte de papel maché, un cráneo ocasional, desgastadas gafas de sol y narices de plástico. La puerta de madera estaba cubierta con una foto casi a tamaño natural de Theodore Hirshall Jackson en una severa postura, moviendo un largo dedo hacia el espectador, con su oscura frente fruncida. Letras hechas con papel estaban clavadas con tachuelas sobre la parte superior del cartel, deletreando las palabras «¡QUIERO QUE ME DES UN ABRAZO Y UNA GALLETITA!».

Warrington se paró e iba y venía por un estrecho y deteriorado sendero entre los restos de la habitación, pasando entre el escritorio y la única ventana redonda.

—El punto, como veréis —prosiguió con voz tensa y punzando con un dedo de la mano derecha en la palma izquierda, —es *no* hacer que la casa Zombi parezca como un puñado de ineptos bobos. Cualquier cosa fuera de eso es, francamente, ¡totalmente fácil!

Warrington golpeó una muñeca inflable hecha para parecerse más bien a un horrible payaso. Se balanceaba sobre su pesada base y volvía atrás, chillando.

—Eran Hombres—lobos —se quejó Ralph débilmente. —Apenas los vi antes de que cayeran sobre mí como un piano. ¡Ellos estaban camuflados! ¡Tenían pedazos de arbusto pegados a sus sombreros! ¡Pensé que estaba siendo atacado por algún tipo de monstruosa extraña dríada americana!

—¡Eran *Hombres-lobo*! —siseó Warrington rodeando a los chicos, con sus ojos salvajes. Luchó por recobrar la compostura y golpeó con una mano su cara, suspirando con vehemencia. —Mirad. Vosotros sois nuevos aquí, así que os voy a dar una pequeña y útil lección de la compleja política social que define la vida aquí, en los sagrados recintos de Aleron. *Nosotros odiamos a los licántropos*. Fin de la lección. ¿Entendisteis?

—Pero ellos tenían miembros activos ayudando al novato, que de casualidad era mi hermano —repuso James. —¡Ellos nos atacaron antes de que tuviéramos oportunidad de reaccionar!

—¡Así es como los Hombres-lobo trabajan! —gritó Warrington, exasperado. —Son Hombres—lobo, ¡por el amor de Zark! ¡Para ellos, todo es un campo de batalla! ¡Su única debilidad es cuando la gente les pone el campo de batalla sobre ellos! ¡Esa es la forma *Zombi*!

Ralph levantó ambas manos, con las palmas hacia arriba.

—Pero, ¿qué podríamos haber hecho?

—¡Rayos! —dijo Warrington en tono áspero, inexpresivo. —¡Pegarles al suelo como moscas en papel matamoscas! O el embrujo piernas de gelatina, o maleficios de cosquillas, o incluso la explosión espontánea de gas intestinal. No sólo tenéis que hacer frente a los Hombres—lobo, tenéis que avergonzarlos. Su orgullo insufrible es su máxima debilidad. ¡Cualquier *Zombi* lo sabe!

—Lo siento —se lamentó James miserablemente, —somos nuevos en todo esto. Nos atraparon antes de que tuviéramos la oportunidad de responder. Lo haremos mejor la próxima vez. ¡Danos otra oportunidad!

Warrington se quedó aturdido frente a James. Luego farfulló.

—¡Te dejaron colgado de la bandera *Zombi* desde el rellano del campanario! ¡Toda la escuela lo vio antes que Franklyn fuera capaz de bajarte! ¡Nos has hecho quedar como el hazmerreír del colegio! ¡Los *Zombis* son los que *hacen* las bromas, novato! ¡No al revés!

—¿*Ahora* de quién es el orgullo que está en juego? —murmuró Ralph.

—Y tú —dijo Warrington, volviéndose hacia Ralph con los ojos ardientes. — Me sorprende que puedas hablar en absoluto, ¡después de haber sido colgado en el asta de la bandera de la casa de Hermes durante las últimas tres horas! ¡Si hubieras podido morir por el estiramiento de tu ropa interior, estaríamos arreglando tu funeral ahora!



Detrás de Ralph y James llegó el sonido de una risa contenida. James se dio la vuelta. Contra la pared posterior, en una silla con patas viejas y con tapicería raída, estaba sentado el presidente de la casa Zombi, un apuesto pequeño hombre que parecía tener, en sentido práctico, piernas de cabra. Iba vestido con una chaqueta a medida con cola, un pañuelo amarillo inmaculadamente doblado y un elegante chaleco gris. Dos cuernos rechonchos de color púrpura le adornaban las sienes. Su nombre, James lo sabía ahora, era profesor Felix Stanford Cloverhoof y era al parecer un fauno, también conocido, por alguna razón, como Jersey Malovil.

—Lo siento —dijo Cloverhoof, recobrándose y asumiendo una expresión seria. —Puede continuar, señor Warrington. Usted está en un buen rollo.

—He terminado —dijo Warrington, regresando a su escritorio y cayendo en la silla, que crujió en señal de protesta. —Con ambos.

—Me temo que el señor Warrington tiene toda la razón, mis amigos —dijo Cloverhoof despreocupadamente, subiendo sus pies—pezuñas. Se enderezó su chaleco y tomó una mota de polvo de su solapa. —La casa Zombi tiene sus normas, mal definidas y amorfas como son. Sospecho que van a estar bastante más felices en otro lugar.

—Pero... —exclamó James, tartamudeando. —¡Pero, pero...!

—Tuve un debate bastante largo sobre el asunto con el rector esta mañana después de que... eh... *extrajeron* a ambos de sus varios predicamentos. Estoy de acuerdo con su evaluación por completo. En realidad sólo hay una casa para los estudiantes con sus particulares... ejem... aptitudes.

—Oh no —se quejó Ralph. —La casa Igor no.

Cloverhoof parpadeó a Ralph y sonrió un poco torcidamente.

—¿La casa Igor? —repitió inquisitivamente. —No, no exactamente. Vamos chicos. La mañana ha comenzado y seguramente tienen clases que atender. Esta noche comenzarán la vida en su nueva sociedad. Seguramente se adaptarán muy bien.



—¿Cuál casa? —preguntó James infelizmente, de pie y avanzando hacia la puerta mientras el profesor fauno la abría.

—Vaya, yo habría pensado que era obvio —respondió Cloverhoof radiantemente. —Francamente, me sorprende que no hayan acometido en el primer lugar. El rector ha determinado que deben ser asignados a la casa Pie— grande. Estoy bastante seguro de que ustedes lo encontrarán muy... eh... tranquilizador.

James y Ralph se desplomaron donde se encontraban.

Desde el escritorio detrás de ellos, Warrington sonrió maliciosamente.

—¡Nos vemos en el curso de Clutch, chicos! —anunció, riéndose entre dientes sin humor.



—No veo cuál es el problema con la casa Pie-grande —dijo Lucy, poniendo los ojos en blanco. El sol se ponía sobre el campus, pintando largas sombras púrpuras sobre el césped y los senderos mientras los estudiantes se dirigían para cenar en la cafetería.

—Eso es porque a *ti* te eligieron una casa y te lanzaste a ella —gruñó Ralph. —Tienes esa corbata rojo sangre como prueba.

—Se ve excelente también —agregó Zane.

Lucy sonrió recatadamente.

—Gracias. Pero el punto es, probablemente nunca os destinaron estar en la casa Zombi de todos modos, y si hubierais terminado allí, probablemente habráis sido totalmente miserables.

—¡Cierra la boca! —exclamó Zane, tapándose los oídos con las manos. —¡Es de los Zombis que estás hablando!

—Y hay un montón que están bien, estoy segura —lo tranquilizó Lucy. — Pero no para James y Ralph. Obviamente te encaja como un traje de armadura. Aunque una armadura amarilla con peluca de payaso en la cabeza.

—Ahora estás hablando —Zane asintió con la cabeza en forma apaciguada.

—Pero la casa Pie-grande —se quejó James. —Son los dormitorios de don nadie.

—En ese caso, se ajusta perfectamente a vosotros dos —apostilló Albus, que venía por detrás.

James miró siniestramente hacia atrás a su hermano.

—¿Cuándo llegaste, grandísimo traidor?

—Por lo menos mi traición viene con una corbata color vino —dijo Albus, cepillando su chaqueta y mirándola críticamente. —Deslumbrante, ¿no es así?

Ralph entrecerró los ojos.

—¿Has oído alguna vez la frase «la sangre es más espesa que el agua»?

—No he llegado tan lejos en Pociones todavía —respondió Albus jovialmente.

Lucy dijo con voz prudente.

—*Fue* algo horrible lo que hiciste, Albus, dejando a tu hermano de esa manera.

—Oh, él estaba bien —dijo Albus, haciendo un ademán. —Era él o yo. Antes que fuera un Hombre—lobo, era un Slytherin, recuérdalo, y nosotros los Slytherin tomamos cada oportunidad que podamos conseguir. Los Gryffindors son todos abnegados y nobles. Si lo miras de esa manera, estaba ayudando a James a ser fiel a su herencia.

James echó un brazo de su hermano hacia atrás tomándolo por la espalda, empujándolo hacia él.

—Te voy a mostrar una cosa o dos acerca de la nobleza, ¡zoquete!

—Ah, ah, ah... —advirtió Albus, meneando un dedo a su hermano. —Los Hombres—lobos se cuidan los unos a los otros. Ahora que visto el gris y borgoña, cualquier cosa que me hagas probablemente será pagada por la fraternidad de los lobos. Sólo os estoy haciendo una advertencia razonable. No quiero verte salir herido, hermano mayor.

—Fraternidad de los lobos —se burló Zane. —No hay ningún hombre lobo auténtico en el grupo. Si algunos de tus *hermanos* se encontraran con un lobo *real*, se escabullirían como ratones.

Albus se volvió hacia Zane.

—Pero la casa Zombi está llena de muertos vivientes caminando, ¿no? Por lo menos en términos de capacidad intelectual, por lo que escuché.

—¡Entonces peleemos con palabras! —proclamó Zane estridentemente.

—¿Vais a callaros los dos? —interrumpió Lucy, metiéndose entre ambos muchachos y colocando una mano sobre el pecho de cada uno de ellos, empujándolos aparte. —Es una tontería discutir. Todo el mundo sabe que tanto los Hombres—lobos como los Zombis se encogen ante el oscuro misterio de la casa Vampiro.

Zane farfulló mientras Albus se quitaba de encima la mano de Lucy. Ésta sonrió con arrogancia, levantó la barbilla y siguió caminando.

—Seguro que agarró esto rápido —dijo Ralph, desconcertado.

—Vamos —instó Zane irritado, tirando del codo de Ralph. —La mansión Pie-grande es por aquí. Entrad y presentaros a vuestros nuevos camaradas. Nunca he visto el interior de la residencia ya que nunca he sido amigo de algún Pie—Grande.



James suspiró mientras caminaban hacia la sobria estructura de ladrillos. La mansión Apolo, hogar de los Pie—Grandes, era a lo sumo la menos interesante de las casas. Se encontraba emplazada y recta a la naranja puesta del sol, luciendo como un guardia vigilando algo que nadie realmente quería. No había prácticamente ningún paisaje alrededor de la mansión a excepción de algunos pocos arbustos bajos que se extendían junto a los cimientos de manera formal. Una corta escalera de piedra conducía a la puerta principal, que estaba adornada con una gran aldaba de peltre en forma de un pie con los dedos extendidos.

—Así que, ¿hay algún Pie-grande auténtico en la casa? —preguntó Ralph mientras subían las escaleras.

—Tal vez —Zane se encogió de hombros. —Eso los pondría en un nivel más alto que cualquiera de los Hombres—lobos o Vampiros. Ellos no han tenido alguno real en sus casas desde hace siglos.

James le preguntó a su amigo.

—¿Qué hay de los Duendes, los Igores y los Zombis?

—No tengo idea al respecto de los Duendes ni los Igores —dijo Zane, alcanzando la enorme aldaba, —pero el antiguo presidente de la casa Zombi fue ese profesor malhumorado llamado Straidthwait, y dio clases durante casi una semana antes de que alguien supiera que había muerto de un ataque cerebral o algo así. Al parecer, había pasado demasiado tiempo en lo más profundo del África durante unas vacaciones de verano y se bebió algunas pociones nativas de más. Una vez que se enteró de que estaba muerto, insistió en ser enterrado en el cementerio del campus, fuese deambulatorio o no.

Zane sonrió a James y Ralph mientras golpeaba la aldaba tres veces, sacudiendo la gran puerta de madera.

—Lo estás inventando —insistió Ralph. —No lo enterrarían vivo.

Zane negó con la cabeza.

—No estaba vivo. Estaba muerto como el pomo de una puerta. Lo dijo él mismo. He oído que celebró su propio discurso fúnebre y le dijo a todos el modo

en que esperaba ser enterrado. Dijo que iba a ser como una jubilación definitiva. Está grabado en su tumba, de hecho. En alguna ocasión te lo enseñaré.

—No, gracias —replicó Ralph mientras se abría la puerta. Un niño pequeño de pálida piel y enormes gafas miró a Zane.

—Te conozco —dijo el pequeño mansamente. —Tú me diste unas orejas de burro el año pasado.

—¿Yo? —parpadeó Zane, pensando. —Podría ser. Di a un montón de gente orejas de burro el año pasado. Fue el último grito de la moda. Dolió, ¿no?

El niño miró a Zane.

—No. Pero me dieron ganas de comer muchas zanahorias. Y me hizo más fácil escuchar las clases en Mageografía. No me importaba, en realidad.

—Buen chico —le dijo Zane sinceramente, palmeándolo en el hombro. El niño se tambaleó.

—Yo soy James —se presentó James, dando un paso adelante. —Y él es Ralph. Somos... eeh... Pies—grandes.

—Seguro que lo sois —dijo el niño, mirando a Ralph de arriba a abajo.

—Te recuerdo —dijo Zane, entrecerrando los ojos. —Paddington, ¿correcto?

—Paddington —corrigió el muchacho. —Wentworth Paddington.

—¿Podemos pasar? —preguntó Ralph esperanzado. —Sólo nos gustaría instalarnos en nuestras nuevas habitaciones. Si tenemos que dormir en el dormitorio común con el maniático mono reloj por una noche más...

—Oh, claro —dijo el niño suavemente dando un paso hacia atrás. —Todo está más o menos donde lo encuentras. Los dormitorios están todos arriba en el tercer piso. Sala de juegos en el sótano. Todo lo que está en el medio es lo que es.

James entró en el vestíbulo de la casa. Era pulcro y alto, con una pequeña araña sin luz colgando encima. Una polvorienta bandera caía de la araña, desvaída

por la edad. En letras azul oscuro sobre un fondo naranja se leían las palabras “EL INOCENTE PIE—GRANDE”

—Oh, eso —dijo Wentworth, siguiendo la mirada de James. —Eso fue hecho por la mamá de Kowalski cuando era un estudiante de primer año. Nuestro idioma no es exactamente su primera lengua, pero Kowalski estaba tan orgulloso de ella así que nosotros no pudimos quitarla.

Zane movió la cabeza hasta la bandera.

—Tiene perfecto sentido para mí, Went. Así que, de todos modos ¿dónde está la fiesta?

Wentworth parpadeó detrás de sus enormes gafas.

—¿Fiesta?

—¿Dónde está el resto de tus amiguetes Pie—grande? —aclaró Zane. —¿Y tu presidente? James y Ralph, aquí presentes, probablemente deberían conocerlos ¿verdad?

—Oh —dijo Wentworth con incertidumbre. —Claro. Supongo que sí. Vamos. —Se volvió y caminó sin hacer ruido en dirección a una enorme escalera que dominaba la sala principal. Después de una mirada de soslayo a Ralph y Zane, James los siguió.

A medida que los cuatro descendían al sótano de la mansión, se oía un murmullo de voces y un golpe y el ruido de las bolas de billar. En cuanto se posaron en la base de la escalera, James se encontró con una habitación baja, desordenada, llena de sofás y sillas desiguales, mesas auxiliares y una pequeña galaxia de luces con pantallas maltratadas. Los alumnos descansaban en grupos por todo el espacio o se amontonaban en torno a una colección muy antigua de mesas de juego en los oscuros recovecos del sótano. Un enorme refrigerador blanco se situaba, como un dirigible desinflado, en la esquina, flanqueado por una cabeza de venado disecado a un lado y una cabeza de alce al otro. La cabeza de alce llevaba un gorro con pompones y parecía estar durmiendo. Ninguno de los ocupantes de la sala levantó la vista cuando entraron James, Ralph y Zane.



—Está allí — señaló Wentworth. — En el centro, con los pies en el armadillo.

James siguió el gesto de Wentworth y vio al presidente de la casa Pie-grande descansando en un sofá de color naranja suave, con los pies apoyados en un pequeño animal que parecía ser la mitad oso hormiguero y mitad tanque. James reconoció al hombre como el que se había sentado junto a su padre en la conferencia del profesor Longbottom. En un principio se dio cuenta de que su padre estaba sentado al lado del hombre, incluso ahora, riendo alegremente y sosteniendo una botella de alguna cerveza americana. Harry vio a su hijo al otro lado del cuarto, sonrió y le indicó que se acercara.

—Escuché que habíais sido asignados a la casa Pie-grande — les dijo mientras ellos pasaban a través de varias sillas y mesas. — No podríais haber encontrado un mejor hogar. Hum, no importa qué camino tomasteis para llegar hasta aquí — añadió con una sonrisa torcida.

—¡Eh!, señor Potter — sonrió Zane, tirándose sobre una silla cercana.

James se sentó en un bajo e inclinado sofá y suspiró.

—Así que lo has oído, ¿eh?

—Sospecho que la gran parte de la Filadelfia mágica lo sabe ya — respondió Harry. — Eres un Potter, después de todo. Tu imagen probablemente estará en primera página del *El Profeta* mañana por la mañana, junto con un expresivo encabezado escrito por la propia Rita Skeeter.

James se desplomó en el sofá.

—Maldición. ¿De verdad crees eso?

—¿A quién le importa? No vas a estar allí para verlo, por lo menos.

Zane se acarició la barbilla.

—Aunque, conociendo a Rose, ella va a recortarlo y enviártelo. — Miró a Ralph, quien asintió con la cabeza.



—De cualquier manera, habéis llegado hasta aquí —el hombre en el sofá junto a Harry sonrió, —la casa Pie-grande se enorgullece de teneros. —El hombre era relativamente joven y muy delgado, con un pulcro corte en el cabello oscuro y rasgos suaves. James podría decir por su falta de acento americano que no era originario de los Estados Unidos.

—Sí, bueno, estamos contentos de finalmente tener una casa, supongo —comentó Ralph. —Aun siendo un residuo es mejor que estar pegado en el dormitorio común.

—Oh, no tenemos residuos en la casa Pie-grande —dijo el presidente de la casa, enderezándose y sacando su varita de un bolsillo trasero. —Todos los Pie—grandes son miembros esenciales del clan. Uno para todos y todos para uno. ¡Vamos, naranja y azul! —Con eso, el hombre apuntó con su varita a James. Hubo un destello y James se asustó. Bajó su mirada y vio que su corbata negra se había transformado en una de brillante naranja otoñal, y su chaqueta era ahora de color azul oscuro. Otro relámpago iluminó la habitación y el uniforme de Ralph se transformó así mismo.

—No es tan bonito como el amarillo Zombi —dijo Zane críticamente, —pero mejor que el color negro liso, en todo caso. Se estaban empezando a parecer a esos tipos de la Oficina de Integración Mágica.

—Escuchen todos —anunció el presidente de la casa en voz alta, sacando los pies del armadillo y sentándose en forma recta. —Ellos son James Potter y Ralph Deedle, los nuevos miembros de la casa Pie—grande. Démosle una buena bienvenida, ¿eh?

Aclamaciones y aplausos a medias llenaron la sala, prolongándose algo patéticamente mientras el presidente sonreía a James y a Ralph. El armadillo vagaba lentamente, husmeando en los faldones de los sofás y comiendo ocasionalmente pedazos de viejas palomitas de maíz. Cuando el ruido de los aplausos finalmente se agotó, James se dejó caer de nuevo en las profundidades del sofá.

—Entonces, si se puede saber, ¿cómo es que os conocéis vosotros dos? —preguntó, mirando de un lado a otro, a su padre y al presidente de la casa Pie—grande.

—Oh, tu padre y yo tenemos un historial —sonrió el presidente. —Ayudé a hacer de él el hombre que es hoy, de hecho. Le di su primera oportunidad, cuando daba sólo pequeñas señales espontáneas y que apenas sabía cómo tomar una varita mágica.

—Creo que fue la profesora McGonagall quien realmente me puso en el equipo —corrigió Harry, sacudiendo la cabeza y sonriendo. —Sólo me enseñaste lo que necesitaba saber para no morir en el campo.

—¡Y también hice un buen trabajo!

—En cualquier caso —Harry se echó a reír— como resultado, James y Ralph, vuestra nueva casa está encabezada por uno de los mejores profesores del campus. Llegó a América hace años y, por razones que ni siquiera puedo empezar a adivinar, decidió no irse. James, Ralph, este es mi viejo amigo y compañero de Gryffindor, vuestro nuevo presidente, Oliver Wood.

—¡Wood! —proclamó Zane, golpeando su frente. —Ese es su nombre, no Birch. Estaba cerca igualmente, ¿no? —Él sonrió abiertamente de James a Ralph.

—Oíd —dijo Wentworth, golpeando ligeramente a James en el hombro. — Hay una gran lechuza en la escalera del frente, aullando como una loca y tratando de entrar por la puerta principal. Supongo que es tuya. ¿Quieres que le muestre la torre? ¿O querrá, eh... estar contigo?

—¡Nobby está aquí! —dijo Zane elevándose en sus pies. —Hogar dulce hogar, por todo el lugar. Vamos. Yo ayudaré a los Pie Grande a llevar tus cosas al dormitorio común. No hay elfos domésticos en los Estados Unidos, por lo que tienes que hacer todo el trabajo a pie tú mismo. ¿Entiendes? —Sonrió, empujando a James. —¿Trabajo a *pie*?



—Entiendo —dijo James, sonriendo sin poder hacer nada. Puso los ojos en blanco, y los tres chicos subieron volviendo sobre sus pasos, en dirección al exterior.



Una hora más tarde, James estaba en medio de la habitación del segundo piso del dormitorio común y se quedó mirando a su mano derecha, con los ojos muy abiertos. En el suelo a sus pies estaba su bolsa de lona con la cremallera completamente abierta, que él acababa de tirar. Se sorprendió de que aún pudiera oír a Zane y a Ralph afuera en el pasillo, luchando para encajar las cosas de Ralph en el desvencijado montacargas. En el centro de la palma de la mano derecha de James, un resplandor de plata suave seguía desvaneciéndose, como una bola de lucecitas relampagueantes.

Se estremeció, sin saber lo que había pasado, pero sabiendo que lo que fuera, era muy importante. Simplemente no tenía sentido.

—Merlín —susurró para sí mismo, con sus ojos muy abiertos. Merlín lo entendería. Él sabría. James acababa de llegar de verlo, según la petición del director, pero no era demasiado tarde para volver de nuevo. Se agachó con cuidado y cerró la cremallera de su bolsa de lona de nuevo, cuidando de no rozar los dedos contra el pequeño paquete de pergamino en su interior.

Después de visitar su nueva casa y reunirse con Oliver Wood, el presidente de la casa Pie-grande e, inexplicable amigo de su padre (el nombre de Wood sonaba débilmente en la memoria de James, pero si su padre le había hablado de él fue mucho tiempo atrás), las cosas se habían vuelto decididamente raras a medida que la noche avanzaba.

En el camino al dormitorio común, James se había acordado de hacer una parada en la casa de huéspedes con la esperanza de alcanzar a Merlinus antes de

su partida. El ver a su padre en el sótano de la mansión de Apolo, le había recordado a James su cita con el director, y sentía mucha curiosidad sobre lo que fuera a darle el anciano. Merlín había estado allí en efecto, dedicado a lo que parecía ser una seria discusión en la sala con el rector Franklyn y Neville Longbottom. La habitación se había calmado casi de inmediato a medida que James, Ralph y Zane habían entrado, y James tuvo la clara sensación de que se trataba de una pausa incómoda, frágil como el cristal. Merlín había dado la bienvenida a los niños y se excusó de la reunión, alegando que sólo estaría ausente por un momento.

En las habitaciones de arriba de la casa de huéspedes, Merlín mostraba a los niños su baúl. Ralph y James lo habían visto antes, ya que fue el mismo baúl que habían ayudado al gran mago a recuperar en una cueva en el océano, a principios del año pasado. Era inusualmente pequeño, de alguna manera engañosa ya que sus puertas y cajones anidados podrían abrir aún más puertas y cajones anidados en algo que guardaba a simple vista el espacio mágico conservado. Por ahora, sin embargo, Merlín había abierto un solo cajón. El cajón era largo y poco profundo, conteniendo un objeto plano, cuadrado, envuelto en una tela. Merlín lo tomó y se lo tendió a James con ambas manos.

—El año pasado —dijo, —te conté los efectos sobre la tierra de los objetos de gran poder mágico. Te dije cómo tienden a dejar huellas muy grandes en el panorama de la realidad, y que el tiempo de los objetos de gran poder mágico estaba llegando a su fin. Tras reflexionar sobre ello, he decidido que esto es mucho más cierto de lo que yo había sabido. Contrario a lo que creía originalmente, el equilibrio del mundo mágico es muy precario en este momento. El peso de la magia extrema es suficiente para afectar ese equilibrio. Me di cuenta de que, en nombre de ese equilibrio, tengo que hacer algo que absolutamente no quería hacer. Este es el resultado.

James aceptó el objeto, que era del tamaño de una pequeña bandeja y de más o menos la misma forma. Con cuidado, lo desenvolvió y lo miró sosteniéndolo en sus manos.



—Genial —dijo Zane, mirando por encima del hombro de James. —Ahora puedes peinar ese nido de pájaros que tienes en tu cabeza.

Ralph sacudió la cabeza sobre el otro hombro de James.

—De alguna manera, creo que eso es algo más que simplemente verificar tu pelo de camino a clase.

El objeto en manos de James era un espejo en un marco de plata sencillo, al parecer perfectamente normal, excepto que se sentía inusualmente pesado en sus manos. James no sabía si era el marco o el mismo espejo lo que le daba al objeto ese peso. Miró inquisitivamente a Merlín.

—Es, de hecho, perfectamente adecuado para mirarte —coincidió el director sonriendo. —Pero el señor Deedle tiene toda la razón. Eso no es todo lo que tiene de bueno. ¿Por casualidad tienes tu varita contigo, James?

James asintió. Puso el espejo en una mesa cercana y sacó su varita de un bolsillo del interior de su chaqueta.

—Excelente —dijo Merlín, haciéndose a un lado. —Ahora toca en el cristal y di «espejo, espejo de tres esquirlas, enséñame dónde deseo estar».

James entrecerró los ojos ante el gran mago.

—Vamos James —pinchó Zane. —Haz algo de magia. Me muero de curiosidad.

James se encogió de hombros y golpeó el cristal con su varita, repitiendo la frase tal y como Merlín la había dicho. Al unísono, los tres muchachos se inclinaron hacia delante, llenando la superficie del espejo con sus reflejos. Casi de inmediato, sin embargo, la reflexión se hundió, sustituida por un remolino de niebla plateada. James y Ralph la reconocieron casi de inmediato.

—¿El Amsera Certh? —preguntó James sin aliento. —Pero... —Se detuvo, distraído por una escena que parecía nadar desde el fondo del espejo, como si su superficie fuera la de una piscina muy profunda. La imagen brillaba y resuelta en

la forma inconfundible de la sala común de Gryffindor, aunque estaba oscura y vacía, con sólo el resplandor de la chimenea iluminando su mobiliario.

—¡No es posible! —exclamó Zane. —¡Es Hoggies! Pero ¿en dónde está todo el mundo?

—¡Es media noche allí, gran tonto! —Ralph se echó a reír. —Pero, ¿es eso realmente lo que estamos viendo? ¿Es realmente Hogwarts?

—Lo es —asintió Merlín con la cabeza.

—Pero, ¿cómo? —preguntó James, volviéndose a mirar atrás hacia el director. —Si este es el Amsera Certh, ¿por qué es tan pequeño? ¿Y por qué usted nos lo da a nosotros?

—Es como dije —respondió Merlín, con el rostro sombrío. —El mundo mágico es demasiado precario para soportar el peso de tales objetos muy mágicos como el Amsera Certh. Decidí que lo debía romper, dividir sus poderes, a fin de prevenir su influencia de impacto adverso en la tela de la realidad. La verdad es que ahora que sé de la existencia de cosas tales como la bóveda de los destinos, estoy aún más convencido de que he tomado la decisión correcta.

—¿Qué pasa con el Libro de Concentración? —preguntó Ralph, haciendo referencia al libro que era la contraparte mágica del espejo mágico original.

—Destruído para siempre —suspiró Merlín. —Al igual que con el espejo de Oesed, el Amsera Certh se reduce sólo a sus ilusiones y poderes más básicos sin la ayuda de su Libro de Concentración. Con el libro destruido y el espejo dividido, su impacto sobre el mundo es mucho más suave. Utilicé mis artes de encantamiento sobre este pedacito del espejo, que conecta con el espejo sobre la chimenea de tu anterior sala común, James. Con su ayuda, podrás ver e interactuar con tus amigos en casa cuando lo desees. Le he dado a tu padre otro fragmento, del mismo modo encantado, que le permitirá hablar con sus compañeros en el Ministerio de Magia.

—¡Excelente! —asintió Zane con la cabeza. —Esta es la mejor manera de utilizar moscas lunares y doppelgängers. Raphael se morirá de celos cuando se entere de esto.



—Por desgracia —dijo Merlín con gravedad— no deberéis contarle a nadie sobre el fragmento. Tanto su división y disminución como sus poderes, todavía deben ser mantenidos en secreto de aquellos que desean utilizar su magia para propósitos malvados. Usadlo para comunicaros cuando deseéis con vuestros amigos, pero no digáis a nadie aquí lo que el espejo puede hacer o cuáles son sus orígenes. ¿Podéis jurar obediencia a estos requisitos?

—Seguro —respondió James lentamente, asintiendo. —Pero... digo, es que... ¿es seguro?

—Si te refieres a tu uso accidental del Amsera Certh el año pasado —dijo Merlín, sonriendo torcidamente, —te aseguro que los días de caprichosos engaños han terminado. Como cualquier herramienta mágica, este fragmento es exactamente tan seguro como lo que puedes elegir hacer con él.

James asintió aliviado.

—Bien. Gracias, señor director. Vamos a tener mucho cuidado con él. Y no le vamos a contar a nadie más de este asunto. ¿De acuerdo?

Los otros dos chicos asintieron seriamente y James envolvió el fragmento en su tela. Rápidamente, Merlín se despidió de los tres chicos y se reunió con el profesor Longbottom y el rector Franklyn en la recepción de la casa de huéspedes. James se despidió de Neville y, a continuación, en voz más baja, le dijo que había hecho un excelente trabajo poniendo en su lugar a los agitadores del Elemento Progresivo durante la asamblea de la noche anterior. Neville asintió tímidamente y dio las gracias a James.

—Disfruten de su nuevo entorno, chicos —dijo Franklin. —Sospecho que se encontrarán como en casa dentro de las salas de la mansión Apolo.

James asintió, sintiéndose despedido y no particularmente a gusto. Ralph, sin embargo, lo arrastró por el codo y un minuto más tarde los tres se habían sumergido por la puerta trasera de la casa de huéspedes y cruzado dentro de la sombra del dormitorio común. Había crecido más la oscuridad para entonces, con nubes bajas que oscurecían algunas estrellas. El viento cambió y silbó sin descanso en la alta hierba que rodeaba los edificios.



Dentro, Ralph y Zane movían los grandes baúles en el pasillo, cargando con ellos hacia el montacargas y el servil mono relojero. James llevaba colgada la bolsa de lona sobre su hombro y abrió la cremallera con torpeza, intentando acolchar el fragmento del espejo en su interior con su ropa sucia y artículos de tocador. Se volvió chistosamente sobre sus pies, extendiendo los brazos para hacer funcionar el fragmento del espejo dentro de las profundidades de la bolsa sobre su hombro, y de pronto, sorprendentemente, el mundo desapareció.

No había desorientación, sensación de velocidad ni sacudida, como ocurre con las apariciones o usando trasladadores. El mundo simplemente se apagó como una luz, y en su lugar hubo oscuridad. James se sintió aún en pie, pero no parecía haber nada a su alrededor. El vacío presionaba sobre él como fuerzas, y cuando abrió la boca para gritar no pareció haber nada de aire, ya sea para respirar o para conducir las ondas sonoras.

De repente el pánico se apoderó de él, pero antes de poder actuar sobre ella, la oscuridad se barrió. Era como si soplara un monstruoso viento, trayendo consigo el brillo y la luz, un horrible ambiente de muerte, un cielo como una lápida y una amenazante forma negra, espantosa y de alguna manera prehistórica, el equivalente arquitectónico de un dragón petrificado. La escena hervía alrededor de James, perfectamente inmóvil pero imposibilitado de mirar, como si estuviera formado por agujas de zurcir, empujándolo todo hacia él, asaltando sus sentidos. James trató de retroceder sobre sus pasos, pero era incapaz de moverse. Una voz vino de la visión, grande y estridente, como si fuera la voz del cielo y la tierra misma.

—Ella observa —la voz dijo con calma. —Observa y aguarda. Pronto deberé ir a su encuentro. Es la única manera.

James reconoció la voz inmediatamente, a pesar de que nunca la había oído sonar tan profunda y terrible. Era la voz de Petra Morganstern. Era la voz de Morgana.

Y luego, tan repentinamente como había comenzado, la visión se esfumó. Surgió el dormitorio en torno a James nuevamente, sintiéndose diminuto y caluroso, notablemente trivial a raíz de la abundante visión. Un golpe vino del

suelo a James y él miró hacia abajo, embotado. Su bolsa de lona se había deslizado de su hombro y caído al suelo. El fragmento envuelto se asomó desde el interior de la revoltosa ropa. Junto a él, descubierta desde el fondo de la ropa, estaba la historia del sueño de Petra, comprimida en un paquete pequeño y denso de pergamino. Brillaba muy débilmente con la luz plateada.

James levantó la mano derecha y vio aquella hebra allí, la que le había conectado con Petra cuando ella se había caído de la popa del *Gwyndemere*. La hebra se debilitó como una línea de humo, apagándose después de unos segundos, desapareciendo incluso mientras lo observaba. De alguna manera, la hebra plateada seguía allí, conectándolo con ella. Más importante aún, esa conexión había provocado algo cuando había tocado la historia del sueño. Había sido una visión, pero tan potente e impactante que había sido apenas capaz de registrarla. De algo estaba seguro, lo que estaba pasando con Petra, posiblemente en este mismo momento. ¿Le estaba ocurriendo algo malo a ella?

¿Era ella la *causa* de que algo malo fuera a suceder?

Un minuto después, James se unió a Ralph y Zane en el pasillo. Forzaron las cerradas puertas del montacargas y metieron el equipaje y el mono relojero en su interior. Con un estruendo, el montacargas comenzó a descender hacia el vestíbulo.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Zane, mirando de reojo a James. —Te ves blanco como un fantasma.

James sacudió la cabeza.

—No lo sé. Creo que... algo está pasando.

—Algo que siempre sucede, ¿no? —Ralph frunció el ceño cuando se agruparon por las escaleras.

—No lo sé... —dijo James otra vez, con voz débil.

Recobraron los baúles del montacargas y comenzaron a arrastrarlos por el pórtico del dormitorio común.



—Vaya —dijo Ralph de repente, mirando hacia arriba. —¿Qué está pasando allí?

James no quería mirar, pero lo hizo. El cielo se había encapotado aún más. Se arremolinaba artificialmente sobre un punto cercano, como un lento ciclón invertido. Relámpagos parpadeaban silenciosos en las nubes y el viento cambiaba sin descanso por el campus, arremolinándose en los árboles y limpiando las hojas muertas sobre los senderos.

—¿A dónde vas? —gritó Zane mientras James daba un paso lentamente hacia el césped, mirando al cielo. Éste no respondió. En su lugar avanzó a lo largo del césped, bordeando la fuente y sus gárgolas, manteniendo sus ojos puestos en el extraño caldero arremolinado de nubes. Se estaba produciendo un ruido, una especie de rumor sordo, como el sonido de un centenar de trenes de carga en la oscura lejanía. Fue casi un gruñido.

—¿Es eso... ya sabes... normal? —preguntó Ralph a Zane mientras se movían junto a James. —Es como una especie de efecto secundario de la forma en que la escuela salta en el tiempo, ¿verdad?

—Nunca he visto algo así antes —respondió Zane serio.

James retiró los ojos del remolino púrpura de las nubes y se encontró mirando a la desproporcionadamente baja masa que era el Salón de Archivos. El fenómeno tormentoso estaba directamente sobre el edificio.

—Ella observa —James oyó decirse a sí mismo. —Observa y aguarda.

Una lengua de rayos conectaba las nubes y el Salón de Archivos y bañaba el suelo bajo los pies de James. Una explosión de luz púrpura iluminó el edificio por dentro, extendiéndose a través de cada grieta y desde la juntura de cada piedra. Haces de rayos se dispararon desde las pequeñas ventanas del techo abovedado, arponeando el cielo. Una fracción de segundo después la luz se había ido, dejando sólo el verde cegamiento de la imagen en las retinas de James.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Zane con voz asombrada.

James meneó la cabeza muy lentamente. El cielo parecía haberse agotado. Las nubes se separaron lentamente sobre ellos y había un persistente sabor cobrizo en el aire. En la oscuridad bajo el pórtico del Salón de Archivos, la puerta se abrió. Dos figuras se dirigían a la luz por la oscura noche y descendían los escalones. Una de ellas estaba vestida de negro de pies a cabeza y James se encontró pensando en la misteriosa mujer a quien había conocido por primera vez en los pasillos de Acuápolis en plena medianoche, la que había aparecido de nuevo más tarde, durante el ataque al *Zephyr*, y luego desapareció después. Caminaba en la oscuridad más profunda, pero la segunda figura se quedó por un momento en el sendero, mirando a su alrededor lentamente.

—¿Esa es...? —comenzó a decir Ralph, pero no tenía sentido en terminar la pregunta.

Los tres chicos pudieron ver quién era.

Era Petra, quien miró a su alrededor con interés, como si viera el campus por primera vez. Sus ojos oscuros se detuvieron cuando vio a los tres chicos, pero fue a James al que parecía enfocar. Ella sonrió lentamente. Y entonces se movió.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió una voz estridente. James se dio la vuelta y vio al rector Franklyn moviéndose rápidamente a través del oscuro campus, cerca de ellos. Su cara se veía muy pálida en la tormentosa oscuridad. Merlín y Neville Longbottom le seguían, mirando a su alrededor atentamente.

—¿Lo sentiste? —preguntó Zane—. ¡La tierra tembló! Justo cuando se produjo la explosión de rayos ¡Paf!

Franklin pasó a los chicos con apenas una mirada, acercándose al Salón de Archivos y su puerta abierta. Las difuminadas luces que anteriormente se habían visto desde las pequeñas ventanas del edificio se habían extinguido a raíz de la explosión.

—¡Dios mío! —murmuró Franklyn tristemente. —Por todos los cielos. ¿Qué ha ocurrido...?



Merlín se detuvo cerca de James. Sin apartar los ojos del Salón de Archivos, le preguntó en voz muy baja:

—¿Has visto a alguien?

James consideró mentirle. Por un momento, consideró decirle a Merlín que no había visto nada en absoluto, especialmente a Petra mirando extraña y vagamente malévolamente. El momento pasó.

—Vi a Petra —contestó en voz baja, casi susurrando. —A ella y a otra persona, una mujer creo, salieron del salón justo después de... lo que fuera que haya sucedido.

Merlín asintió lentamente, con grave énfasis. No dijo nada en respuesta. El hechicero no necesitaba hacerlo.



Capítulo 10

James y la skim

Los estudiantes habían comenzado a congregarse en la oscuridad cerca del Salón de los Archivos cuando el profesor Jackson llegó, e instaló por el perímetro un grupo de estudiantes mayores de la casa Hombre—lobo para proteger la entrada. Los estudiantes vestidos de gris acechaban con precisión militar, con las manos entrelazadas a la espalda, mirando fijamente hacia la multitud, como desafiándola a que se atreviera a intentar pasar. Ralph, James y Zane estaban de pie bastante lejos de la concurrencia, observando el proceso disciplinario con una mezcla de inquietud y curiosidad.

Ralph arrugó la cara hacia los guardias Hombre—lobo en la distancia.

—De todas formas, ¿qué tipo de cosas tienen en el Archivo?

—Sólo estuve allí una vez —repuso James, encogiéndose de hombros.

Zane parecía impresionado.

—¿Estás bromeando? —resopló. —He estado aquí durante todo el año y nunca antes había sido permitida la entrada en las cámaras del Archivo. Casi nadie logra entrar, salvo Maquiavelo Hadley y su equipo de estudiantes de tecnología.

—¿Es difícil inscribirse en ese equipo? —preguntó Ralph, volviendo la mirada hacia Zane.

—No, siempre están reclutando nuevos miembros —aseguró Zane, sacudiendo la cabeza. —Hay planillas de inscripción por todo el campus. Pero es como trabajo de verdad. Por lo que a mí respecta, no soy tan curioso.

James le preguntó:

—Pero decidnos, ¿quién es Maquiavelo Hadley?

—Hadley Henredon —respondió Zane, bajando la voz. —El celador del Archivo. Es muggle, pero totalmente dedicado a su trabajo. Existe una larga y tediosa historia acerca de cómo consiguió la posición del primer lugar, pero tenéis que preguntárselo a alguien si realmente queréis saberlo. Es viejo, estafalario y terminantemente malhumorado, y se le ha atribuido un montón de apodos en todo el campus: Maquiavelo Hadley, Hadley *el Horrible*, el Asnodon, Capitán Ojos—de—pez, el demonio Enós, etcétera, etcétera, etcétera. La mayoría de ellos proviene de nosotros los Zombis.

—No me lo habría imaginado —murmuró Ralph.

En ese momento Harry Potter y Oliver Wood llegaron, cruzando el césped y cortando a través de la maloliente muchedumbre. Zane los vio primero y agarró la manga de Ralph.

—Vamos —dijo entre dientes, agachándose hacia el grupo de los estudiantes.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ralph, siguiéndolo junto con James a la zaga.

Zane miró hacia atrás con una sonrisa torcida.

—¿A dónde más? A ver qué pasó en el interior del Archivo.



James meneó la cabeza, mientras se escabullían entre la multitud que cuchicheaba.

—Nunca nos dejarán entrar —susurró con aspereza.

—Claro que nos dejarán —replicó Zane sin mirar atrás. —Solamente seguidme y caminad como si no esperarais que nadie os detenga. Os sorprenderá lo bien que funciona.

James comenzó a igualar el ritmo de su propio padre y el profesor Wood a medida que subían la escalera. Junto a él, Zane echó una mirada a su alrededor con prudencia, como si estuviera haciendo un inventario de los pilares de todo el pórtico. Tenía su varita en la mano, llevándola orgullosamente a un costado. James sacó su propia varita y la sostuvo de la misma forma. Detrás de ellos, Ralph luchaba por subir las escaleras, apartándose del rostro su lacio cabello. Casi antes de que se dieran cuenta, los tres muchachos se encontraban metiéndose en la entrada oscurecida del salón, siguiendo la estela de Harry Potter. El murmullo de la nerviosa multitud a sus espaldas había disminuido.

—Señor Potter —una voz hizo eco desde la cámara interna. —Me alegra saber que ha llegado. Su particular destreza podría sernos de gran valor a medida que descendemos a la planta del Archivo. —Se trataba del rector Franklyn, con la varita alzada sobre su cabeza y encendida, proporcionando la única fuente de luz en el enorme y vacío recinto.

—También parece haberse traído consigo algunos polizones —comentó una voz de mujer. James reconoció a la profesora de Economía Mágica Doméstica, Mamá Newt, mientras se movía hacia el lado iluminado de Franklyn. —Perdón, chicos, pero este no es lugar para estudiantes. Tienen que salir en este instante.

—¡Somos testigos! —exclamó Zane repentinamente, empujando a James y a Ralph hacia adelante. —¡Nosotros tres vimos lo que pasó!

—¿Fueron testigos del ataque a este edificio? —aclaró Franklyn, entrecerrando los ojos hacia Zane.

—¿Ataque? —se extrañó Ralph. —Vimos que un rayo golpeó. Y vimos...

—Estaban trasladando sus pertenencias a su nueva casa, rector —interrumpió Merlín. —Si le recuerdo, estuvieron de visita antes en la casa de huéspedes por un corto tiempo. Sus actividades los situaron en las inmediaciones de los fenómenos cuando todo ocurrió. Eso puede resultar valioso para entrevistarlos en este momento.

—Y éste —dijo Harry, sacudiendo la cabeza y sonriendo hacia James, —es mi hijo, por supuesto. Él y los otros dos son bastante confiables. He solicitado sus servicios en ocasiones anteriores.

Franklyn se quitó las gafas cuadradas y las secó en su solapa, suspirando.

—Como usted desee. Pero que quede entendido que la escuela no asume ninguna responsabilidad por cualquier cosa que pueda ocurrirles en este cometido.

—Tampoco esperarías eso —replicó Harry. —Ha mencionado con cierta confianza que lo que pasó aquí fue, de hecho, un ataque. ¿Cómo puede estar tan seguro?

—¿No sintió el cambio? —preguntó Franklyn en respuesta.

—¿El cambio? —repitió Wood pensativamente. —¿Eso fue lo que pasó?

—Sentí como si la tierra se hubiese sacudido —dijo Harry, —como si un gigante hubiera pisoteado cerca. ¿A eso se refiere?

—Eso no fue una sacudida de la tierra —dijo una nueva voz sosegadamente. James levantó la mirada y vio al profesor Jackson acercándose a grandes zancadas a la zona iluminada de la parte trasera de la sala. En su semblante se advertía un adusto ceño fruncido, pero sus ojos parecían electrizantes mientras miraba de cara en cara, hasta detenerse en Harry. —La tierra no se movió —añadió. —Su cerebro sólo atribuyó la sensación a la fuente más obvia, pero el cambio se llevó a cabo a un nivel mucho más profundo y fundamental.

—Yo lo sentí —asintió Zane. —Era como si todo el mundo hubiera dejado de moverse súbitamente, haciendo que toda la gente tropezara durante un momento.

La voz de Merlín rompió solemne en la oscuridad.



—Pero no era el mundo, ¿verdad, profesor? Era, si se me permite ser tan audaz como para suponer, el tejido de la realidad.

—Fue un cambio dimensional —concordó Jackson sobriamente. —Cuán profundo fue el cambio, tenemos que descubrirlo aún.

—¿Y la ocurrencia de este cambio... —aclaró Harry, inclinando la cabeza, —es la razón por la cual sospecha que el Salón de Archivos fue atacado?

Jackson asintió con la cabeza una vez, secamente.

—Un simple rayo no sería capaz de provocar lo que ha ocurrido aquí esta noche, señor Potter.

—Sugiero evitar el uso del ascensor —anunció Franklyn, girando y dando zancadas hacia la puerta empotrada de la parte trasera de la sala. —Todo el mundo con varitas en mano. No podemos estar seguros de que lo que pasó haya terminado del todo. El profesor Jackson y yo encabezaremos la marcha. Mamá Newt, si le complace hacer guardia en la entrada de las escaleras.

Newt estuvo de acuerdo con evidente reticencia. Se trasladó hasta la puerta interior del archivo y sacó su varita mágica con una floritura, dejando un rastro de chispas de color rosa en el aire.

—Tened cuidado, mis estimados —recomendó la profesora, sonriendo enigmáticamente mientras James, Zane y Ralph pasaban a su lado, encaminándose hacia la enorme cámara de más allá.

En el interior, Ralph y Zane estiraban sus cuellos hacia la ostentosa hilera de misceláneas archivadas y el garrafal abismo que caía en las acaracoladas profundidades del Archivo. Silenciosamente, Franklyn guió al grupo hacia la escalera y comenzaron a descender en fila india, con James, Ralph y Zane avanzando a retaguardia.

A medida que el grupo rodeaba la escalera del Archivo, James pudo ver que la extraña luz púrpura y dorada del objeto que estaba en la parte inferior, el que Franklyn había llamado «bóveda de los destinos», disminuía hasta tocar la oscuridad. Aún más inquietante, el complicado movimiento de la bóveda había



cesado por completo. Yacía en las profundidades oscuras como una especie de gigantesca rosa de oro y cristal, con sus pétalos enroscados alrededor de alguna forma oculta. El grupo caminaba en lúgubre silencio, escuchando sólo el sonido recio de sus pies rozando con los escalones de metal. Al pasar junto al más bajo de los vertiginosos niveles del Archivo, el aire se estaba enfriando tanto que James podía ver su aliento resoplando frente a él. Se estremeció y se puso la chaqueta, abrochándosela.

Finalmente, el grupo alcanzó la planta del Archivo y se congregó en la oscuridad a la base de las escaleras. El nivel más bajo era más pequeño que el resto y estaba casi vacío. De las paredes de piedra chorreaba agua fría y colgaban diminutas estalactitas como carámbanos de la parte inferior de las escaleras. En el centro del espacio había un estanque circular, exponiendo un espejo de agua. Sobre esto, la bóveda de los destinos estaba suspendida dentro de un complejo marco de hierro. De cerca, la bóveda parecía bastante grande, ligeramente más alta que Merlín, y estaba compuesta en su totalidad por prismas de color púrpura y rejillas doradas con forma de pétalos. Estando en movimiento, las formas superpuestas formarían un escudo vertiginoso de metal centelleante y cristal encantado. Ahora, detenidas, se abrazaban a la forma interna como un puño cerrado. James trató de ver el interior, pero no pudo distinguir nada.

—Profesor Jackson, ¿sería tan amable de extender la pasarela? —pidió Franklin en voz baja, haciendo un gesto hacia el estanque y la bóveda oscura.

Jackson se adelantó y encendió su varita, pronunciando por lo bajo un encantamiento complicado. Un ruido sordo y chirriante sonó, y James se sobresaltó al darse cuenta que algo flotaba sobre su hombro. Estaba sorprendido al ver que se trataba de un bloque de piedra que había surgido mágicamente de la pared detrás de él. Pasó flotando junto a Jackson y descendió, tocando el estanque pero sin sumergirse. Más piedras emergieron en el lugar, formando un minucioso camino que conducía a la bóveda. Franklyn dio un paso adelante, con las botas golpeando en las piedras, y luego levantó su varita. Harry lo siguió, mientras James y Zane observaban atónitos, mirando con curiosidad la forma tenue y atrayente de la bóveda.



Franklyn miró hacia atrás con los ojos muy abiertos, y James se percató que el rector estaba bastante conmocionado.

—Amigos míos —dijo, tragando saliva. —La magia de la bóveda nunca antes ha sido infringida. Nunca antes ha sido aplacada, ni siquiera por mi propia mano. Suponiendo que se abra ahora... —Hizo una pausa y sacudió la cabeza, aparentemente sin encontrar palabras con qué expresarse.

Harry asintió con seriedad y alzó su varita, con la punta hacia arriba.

—Manténganse bien atrás, James y el resto de ustedes. Si desean volver al exterior, es su oportunidad ahora. A ninguno inculparán, y la mayoría dará crédito a ello. El profesor Wood les acompañará, en caso que decidan marcharse.

Wood asintió y miró alrededor. James negó con la cabeza, como lo había hecho Zane.

—Sé que probablemente debería salir de aquí —chilló Ralph. —Pero si lo hago, me daré de cabezazos contra la pared durante el resto de mi vida. Así que ábralo ya.

El profesor Jackson apuntó con su propia varita.

—Puede abrirla, rector. Si el cambio significa lo que me temo, estar en la parte de afuera del Archivo no hará ninguna diferencia para cualquiera de nosotros.

Franklyn asintió con la cabeza. Se volvió hacia la bóveda con los hombros encorvados y levantó su varita una vez más. Lentamente la bajó, y mientras lo hacía, los pétalos se movieron. Comenzando con la parte superior, empezaron a trasladarse a un lado, girando y descendiendo silenciosamente, mientras se alineaban y cubrían con los pétalos de abajo. Con gracia solemne, la bóveda floreció, abriendo y desplegándose, dejando al descubierto el interior del artilugio, que estaba oscuro y parecía confuso, lleno de sombras. Cuando los últimos pétalos se posicionaron, Franklyn dio un paso hacia delante y alzó su varita. La luz de ésta cayó sobre una forma que parecía aflorar súbitamente de la oscuridad, con ojos protuberantes que perturbaban y una enorme boca horriblemente abierta. Al igual

que Zane y Ralph, James jadeó con asombro y miedo. La mano de Zane agarró un puñado de la chaqueta de James y se aferró, como si fuera de apoyo.

—¡Hadley! —lo llamó Franklyn con voz ronca, logrando tocar la figura que estaba delante de él.

—Yo no haría eso —anunció Merlín en voz alta, interrumpiendo a Franklyn y exigiendo su atención. Franklyn miró hacia atrás.

—¡Es el señor Henredon! ¡El celador! ¡Ha sido...! ¡Está...!

—Se ve como una estatua —dijo Harry cautelosamente, colocándose al lado de Franklyn en el sendero de piedra. —Es como si se hubiese convertido en piedra en el acto tratando de intervenir... en lo que sea que haya pasado.

—Ha sido solidificado —aseveró Merlín, acercándose lentamente. —De adentro hacia fuera. Cada gota de su sangre se ha congelado como el vidrio sólido y frágil.

—¿Está... muerto? —preguntó Franklyn, mirando a la inquietante figura paralizada. La cara de Hadley, con los ojos fuera de sus orbitas, parecía enclaustrada en un rictus permanente de terror. Su mano derecha se extendía ante él, con los dedos petrificados en forma de garra avariciosa y maligna.

—No está muerto precisamente —respondió Merlín cuidadosamente. — Está... *suspendido*. Aunque si alguno de nosotros lo llegase a tocar, el calor de nuestra piel podría... destruirlo.

Franklyn retrocedió ligeramente, crispándosele la cara.

Jackson tenía su varita preparada.

—Háganse a un lado, señores —les ordenó.

Con delicadeza impresionante, Jackson levitó la figura congelada de Hadley, la retiró de la forma desplegada de la bóveda y luego lo puso sobre la piedra húmeda del suelo, debajo de las escaleras. Cuando tocaron el suelo, los zapatos de Hadley causaron un sonido parecido al del traqueteo de una vajilla y el charco se

congeló al instante alrededor de ellos, produciendo un silbido chispeante apenas perceptible.

—¿Podemos ayudarlo? —preguntó Harry, observando estoicamente.

—Sólo el tiempo y un aumento muy sutil en la temperatura responderá a esa pregunta —suspiró Merlín. —Si hubiera sido congelado fuera de este clima ya frío, el calor del aire podría haber sido suficiente para fracturarlo.

—Tenemos los medios y la facilidad para hacer lo que sea requerido en su nombre —anunció Jackson. —No obstante, hasta el momento no hay nada más que podamos hacer por él. Atendamos a lo que nos trajo hasta aquí.

Al unísono, el tropel se volvió hacia la forma oscura que se encontraba arrinconada dentro de los pétalos desplegados de la bóveda. Franklyn se adelantó un paso una vez más y levantó su varita, dejando caer su luz sobre el artefacto.

Para James, aquello parecía una especie de mesa de madera o algún tipo de plataforma, ornamentada con tallas de florituras arabescas y pintada esmeradamente en tonos de azul y dorado. Gruesas vigas reposaban dentro y sobre la plataforma, sosteniendo un complicado aparato de brazos articulados, pedales y ruedas de radios. En un extremo de la plataforma, posando como tótems de colores vibrantes, había gruesos carretes de hilo. En el otro extremo había un estandarte de tejido grueso y suntuosamente estampado colgando hasta llegar al suelo, donde se superponía en pliegues suaves. James se acercó, esforzándose para ver más, y percibió que el tejido era una especie de tapiz o alfombra, y que era, de hecho, extremadamente largo, plegado una y otra vez, docenas, incluso cientos de veces. Aquel objeto de madera en sí parecía formar parte de la pila de alfombra, sostenido por ella en el centro de los pétalos doblados de la bóveda.

—Es un «telar» —afirmó Oliver Wood hablando en voz baja y con sobrecogimiento.

Jackson asintió lentamente.

—Desde luego que lo es. Sus innumerables hebras representan la vida de cada persona que habita en el planeta. Es la historia de todos, condensada en un modelo tan complejo, tan entretrejado, que nadie puede descifrar.

—De modo que —dijo Harry, señalando hacia la alfombra que se acumulaba desde el extremo del telar, —se trata de toda la historia del mundo.

Franklyn suspiró y asintió hacia los carretes de hilo ricamente colorido que estaban en el extremo opuesto.

—Y eso, como se puede imaginar, es el futuro, sin haberse realizado ni conocido.

Merlín hizo la pregunta más obvia de todas.

—¿Entonces por qué, dígame por favor, el telar se ha detenido?

—Creo que fue aniquilado —contestó Jackson.

Harry se giró hacia el profesor de cabello férreo.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó. —Está aquí mismo.

—Este es *un* telar —profirió Jackson de manera significativa, —pero no es *nuestro* telar.

—Me siento un tanto perdido —dijo Wood, levantando la mano.

Franklyn sacudió la cabeza con preocupación.

—Lo que el profesor Jackson está diciendo es que el telar equivale al destino. Ningún destino puede ser destruido, ya que son representaciones de cosas mucho más grandes, mucho más cuantiosas que cualquiera de nosotros podría comprender. Son como los ejes de la existencia, absolutamente irrompibles e inviolables. Sin embargo, en teoría, el destino *puede ser... cambiado*. Dada una impresión de magnitud suficiente, el destino de una misma realidad puede ser forzado al siguiente, causando una reacción en cadena a lo largo de toda dimensión.



Harry entrecerró los ojos.

—Si les he entendido correctamente, rector, profesor Jackson, están sugiriendo que el telar de *nuestro* universo fue atacado de alguna forma monumental, y el resultado es que nuestro telar fue cambiado con el de *otro* universo. ¿Es esto un resumen certero?

—Es un disparate —Oliver Wood frunció el entrecejo. —No puedes cambiar el destino.

Merlín negó con la cabeza muy lentamente.

—Todo lo contrario, profesor. Los seres humanos cambian destinos todos los días, en cada momento. El destino de cada individuo es, por supuesto, nada más que la suma total de las decisiones que toman a lo largo de sus vidas. Esto, sin embargo, se trata de una situación con magnitud mucho mayor.

—De acuerdo con mis teorías —continuó Jackson, entornando los ojos hacia el telar cercano, —nuestra realidad debería haber rechazado instantáneamente cualquier destino foráneo. En otras palabras, el mismísimo momento en que nuestro telar se vio obligado a ir a otro reino, y luego fue reemplazado por el telar de alguna otra realidad, el equilibrio del cosmos debió haber dictaminado que el cambio se revertiese por sí sólo. Algo que, según parece, está interrumpiendo el paradigma de auto—corrección de la continuidad dimensional.

—Lo siento —dijo Harry, sacudiendo la cabeza. —Tecnomancia nunca fue mi fuerte. No estoy entendiendo muy bien.

Zane tomó la palabra, sorprendiendo a James.

—Alguien cambió el destino de nuestro universo con algún otro destino —habló con seriedad. —Y entonces atascaron una silla bajo el pomo de la puerta, forzando al destino a quedarse atrapado aquí para siempre, en vez de regresar al lugar de donde vino.

—¿Qué significa eso? —preguntó Wood, mirando a los demás uno por uno.
—¿Y cómo ocurrió?

Jackson dio un paso adelante, todavía mirando fija y estrechamente hacia el telar estancado.

—Muy bien pudiera significar que nuestra realidad, a partir de este momento, podría estar constantemente degradándose, averiándose, triturándose en el caos —aseveró con su franqueza característica. —En cuanto a *cómo* sucedió, lo que está impidiendo que este telar retorne a la realidad alternativa de donde provino... Creo que la respuesta a eso es bastante obvia. —Se dobló lentamente por la cintura, sin apartar la vista del telar.

James siguió su mirada, caminando también hacia adelante. Todos lo hicieron. Al principio, James no podía ver qué era lo que el profesor estaba mirando. Aunque Franklyn levantó su varita una vez más, iluminando el telar, y el problema se hizo evidente de inmediato. Algo brillaba con luz trémula muy débilmente en el aire sobre el espacio en el que funcionaba el telar, donde las inconmensurables hebras se unían y mezclaban en el flujo siempre constante de la alfombra.

Una de las hebras se había roto y desgarrado de la alfombra. Lo que quedaba de ella era un alambre rojo destellante, que brillaba casi como si estuviera hecho de un delicado y lujoso tejido. Ondeaba muy débilmente en el aire, creando una forma enroscada sobre el tejido del cual había sido arrancado, dejando sólo el trozo que alimentaba los carretes. La hebra rota contorsionaba una forma en el aire casi parecida a un signo de interrogación.

—Bueno —concluyó Merlín lentamente, su voz tan baja que parecía vibrar, — esto... cambia las cosas.



El «Cometa y Llave» era una pequeña taberna situada en una de las zonas más antiguas del campus, al otro lado del Paseo del Profesorado, cerca de una

esquina del muro de piedra que rodeaba la escuela. Servía muchas de las mismas bebidas que James había degustado alguna vez en Las Tres Escobas, incluyendo cerveza de mantequilla, zumo de calabaza y, para los estudiantes mayores, whisky de fuego. Sin embargo, y no era de extrañar, también ofrecía una gama de bebidas y pociones distintivamente americanas, tal como la cerveza de miel (que tenía un sabor parecido al de una cerveza de mantequilla a la que se le había permitido fermentar sobre un alféizar durante una o dos semanas) y, también para los estudiantes mayores y profesores, una poción de color marrón muy oscuro y espumosa que llamaban zumo draconiano.

Franklyn se bebió dos frascos de zumo draconiano mientras avanzaba la noche, en cuanto a Harry, Oliver Wood y el profesor Jackson se conformaron con cervezas de miel mientras discutían los acontecimientos de esa noche en voz baja y seria. Mamá Newt estaba sentada en la esquina de la mesa más cercana a la pequeña ventana panorámica, tejiendo y tarareando para sí misma, y aún así, James podía decir que no se estaba perdiendo ni una sola palabra de lo que estaban conversando. Esto había surgido gracias a las pocas cosas que ella había dicho, que en todo momento estaban siendo tomadas en cuenta con gran deferencia por los demás en la mesa.

James, Ralph y Zane se sentaban al extremo de la mesa, meciendo cervezas de mantequilla y tratando de mantenerse al tanto de la discusión. Sin embargo, el tono bajo y confidencial de las voces de los adultos y el ruido del resto de la taberna hacían de sus intentos por escuchar demasiado frustrantes.

—Sea como sea —habló Mamá Newt finalmente, sin quitar la mirada de su punto, —un destino es un destino, no importa cómo lo represente el telar. El mundo aún gira. Cada uno tenemos nuestras opciones paradas ante nosotros, como siempre lo ha sido.

—Pero este telar ha interrumpido sus operaciones —recalcó Jackson, arqueando una ceja.

Newt asintió con la cabeza, todavía tejiendo como si nada. Bajo sus diligentes dedos se integraba un suéter pequeño con una calabaza—linterna en la parte delantera debajo de las palabras: «LA CALABACITA DE LA ABUELA».



—Pero no es nuestro telar, como ha descubierto tan astutamente, profesor. Dondequiera que esté el telar, aún puede estar operando, aun grabando todo lo que hacemos, como siempre.

En voz baja, Wood preguntó:

—¿Y qué hay del reino de donde *este* telar ha venido?

Newt chasqueó la lengua.

—Quizás no corrieron con tanta suerte. O tal vez su telar ya se detuvo. Tal vez proviene de un reino no tan afortunado como el nuestro, y su destino ya ha cumplido su condena. No hay manera que nosotros lo sepamos, pero dichosamente, no es de nuestra incumbencia.

—Mamá Newt tiene mucha razón —coincidió Franklin, colocando su vaso vacío de zumo draconiano sobre la mesa. La garra de un dragón tintineaba en el fondo de la copa, negra y ganchuda. —Nos incumbe solamente una cosa, y debemos tratar esto con máximo cuidado y discreción.

James levantó la mirada hacia su padre cuando éste asintió sombríamente, sus gafas destellando ante la tenue luz de los faroles que colgaban en el Cometa y Llave.

—Tenemos que encontrar la hebra roja perdida —estuvo de acuerdo. — Cuando se haya reintegrado al telar, una vez más quedará todo tal y como estaba antes. Si fuera posible saber a quién representa esa hebra en particular, nuestra tarea sería sustancialmente fácil.

—Puede estar seguro de que invertiremos todas nuestras artes competentes en esa cuestión particular —aseguró Franklyn. —El profesor Jackson es el más destacado experto en el telar. Si alguien puede descubrir sus secretos, es él.

Jackson suspiró y sacudió la cabeza.

—Por desgracia, podría resultar imposible. Pero vamos a ver qué se puede hacer.

—Y mientras tanto —agregó Harry rápidamente, —me encargaré de mi parte. Ahora que los testigos han sido entrevistados adecuadamente en la oficina del rector. —Se volvió hacia James, Ralph y Zane y los miró con seriedad. —Gracias a ellos tenemos nuestra primera pista. Dos mujeres, una adulta, y la otra una chica que parecía estar tocando los últimos años de la adolescencia, fueron vistas abandonando el ataque apenas momentos después de que ocurriera. —Aquí, le guiñó un ojo a James, sin sonreír. James comprendió el guiño. Merlín había arreglado todo a propósito para que el nombre de Petra quedara fuera de la versión oficial, pero Harry Potter estaba al tanto de los secretos. James asintió hacia su padre, frunciendo un poco el entrecejo.

—Hay otra pista más —comentó Mamá Newt, mirando hacia arriba severamente. —La hebra robada dejará su propio rastro.

Franklyn asintió con la cabeza.

—Muy cierto. Es bien sabido que el telar es intensamente mágico. Esta es la razón por la que lo almacenamos profundamente enterrado en la tierra, donde su radiante encanto no puede interferir con la magia del día cotidiano de la escuela. Una hebra despojada del telar, especialmente tomada de un telar de alguna dimensión foránea, dejará una huella mágica tan poderosa como ningún objeto que exista en el mundo mágico. Mientras hablamos, he alertado a las autoridades locales a dispersarse por toda la ciudad en busca de cualquier fuente inusual de poder. Sospecho que hallaremos el rastro de la hebra de forma casi inmediata. Esperemos que, siempre y cuando lo hagamos, para entonces no haya sido demasiado tarde.

Sintiéndose algo apaciguado por lo que había garantizado Franklyn, James dejó de escuchar. Un momento después, él, Ralph y Zane terminaron sus cervezas de mantequilla y eludieron la reunión. Sólo Harry y Oliver Wood lo habían notado, haciéndoles con la mano adiós a los muchachos mientras se abrían paso hasta la pequeña puerta de la taberna.

Afuera, la luna se había alzado hasta el cielo, brillando intensamente ahora que las nubes se habían diseminado. La luz de la luna alumbraba el campus inquietantemente, haciendo que el resplandor de las farolas dispersas pareciera



bastante innecesario. Los chicos hablaban en voz baja mientras se abrían camino a través del campus, deteniéndose en la entrada del dormitorio común para recuperar los baúles y bolsas de James y de Ralph. En la distancia, la torre del reloj de la Residencia de Administración resonó, anunciando las nueve en punto.

Cuando los chicos volvieron a la mansión Apolo, arrastrando y levitando su diverso equipaje, descubrieron un grupo de brujas sentadas en el recibidor de la parte de abajo, hablando en tono bajo. Lucy estaba entre ellas, al igual que la tía Audrey y la madre de James. Ginny se levantó mientras los chicos se aproximaban, con sus ojos brillantes bajo la luz lunar.

—¿Estáis todos bien? —les preguntó Lucy. James se dio cuenta que aún llevaba su corbata y chaqueta de la casa Vampiro, abotonada para protegerse del frío leve del anochecer.

—Todos estamos bien —suspiró Zane. —Es el mundo quien está en una situación lamentable. De acuerdo a todos los que saben algo del asunto, es hora de que vayamos haciendo maletas y empecemos a buscar una nueva dimensión.

Ginny meneó la cabeza despectivamente.

—Estoy segura de que no es algo tan malo —dijo. —Raramente lo es.

—Voy a llevar a Lucy de regreso a su dormitorio —intervino la tía Audrey, suspirando y poniéndose en pie frente a la escalinata. —Nos encontraremos de nuevo en la casa de huéspedes dentro de un rato, Ginevra, para despedir a Neville y al director. Eso suponiendo que todavía planeen partir esta noche.

—Sospecho que sí —convino Ginny. —Buenas noches, Lucy. Lily envía felicitaciones por entrar a la casa Vampiro. Ya empezó a leer esos libros de tu nueva jefa de casa, y está totalmente celosa de ti.

James puso los ojos en blanco cuando ponía su baúl en el recibidor.

—¿Y a todo esto, dónde está Lil?

—Ya regresó a nuestro nuevo piso con tu tío Percy y la pequeña Molly. Percy probablemente hará explotar un caldero cuando se entere de lo que pasó esta



noche, y sin él aquí para estar pendiente de todo. —Suspiró y tomó asiento sobre el baúl de James. —¿Podrías esperar conmigo, hijo? Tu padre prometió que volvería antes de las nueve y media. Hazle compañía a tu madre hasta que regrese. —Acarició el baúl al lado de ella, donde sólo había espacio suficiente para que James se sentara también. El chico se acomodó como pudo y su madre colocó un brazo alrededor de él. Ralph y Zane se dejaron caer sobre sus respectivos baúles en la base de las escaleras, descansando el mentón en sus manos, como si estuvieran muy cansados para seguir. La luna brillaba sobre todos ellos y James no podía dejar de preocuparse. Había sido una noche extraña y desagradable, y lo peor de todo aún parecía estar ocurriendo, con el telar paralizado, la hebra desaparecida y las dos misteriosas implicaciones de Petra y la enigmática mujer que había estado con ella. Suspiró profundamente, sintiéndose bastante inquieto.

—Casi lo olvido —dijo Ginny, incorporándose de repente. —Dejaste esto en la cocina del *Gwyndemere*. El capitán Farragut me lo dio antes de desembarcar. —Cogió su bolso y rebuscó en él. Un instante después, sacó un grueso suéter gris de las profundidades del bolso pequeño. —Tu abuela lo hizo para ti —dijo en tono de reproche, alargándole el suéter a su hijo. —Si se entera que lo habías perdido durante el viaje...

—Probablemente me haría uno nuevo hecho con lazo del diablo —suspiró James. Conocía el estilo de su familia muy bien.

—Así es —sonrió Ginny. —Ahora colócatelo antes de que pesques un resfriado aquí afuera. Vosotros dos deberíais abrigaros también. Me parece que vais a pasar frío y ya es tarde.

—Ya lo creo señora —dijo Zane apagadamente, sin hacer ningún esfuerzo por levantarse.

Ginny miró a los chicos uno por uno, con la frente baja ligeramente. Y entonces tomó la barbilla de James con su mano y le giró la cara hacia las de los otros dos.

—¡Dejad de hacer eso! —le dijo con severidad, sorprendiéndolo.

—¿Qué? —exclamó, echándose para atrás. —¡No estoy haciendo nada!



—Claro que sí —insistió seriamente. —Los tres estáis tramando algo. Lo reconozco tan claro como el agua. Os estáis inmiscuyendo en lo que ha sucedido esta noche. Muy pronto comenzaréis a sentir que tenéis que salir y hacer algo grande y atrevido para reordenar todo. Lo percibo claramente en vuestros rostros. ¡Así que basta ya!

—¡No estamos haciendo nada, mamá! —protestó James, su rostro se le estaba enrojando. —¡Simplemente estamos sentados aquí, por el amor de Merlín!

Ginny adoptó una postura menos intransigente.

—Conozco esa mirada —zanjó ella, sacudiendo la cabeza. —No puedes crecer rodeada por tu padre, el tío Ron y la tía Hermione y no reconocer cuando las ruedas de una desatinada aventura comienzan a girar.

—Bueno —dijo Ralph, levantándose de su baúl, —después de todo, estábamos allí cuando el Archivo fue atacado. Vimos lo que ocurrió. E incluso, gracias a Merlín, sabemos más de lo que el rector Franklyn sabe. Ya tenemos algo que ver con este lío, ¿no? No es culpa nuestra que el destino siga guiándonos a cosas como ésta.

—*Eso* es a lo que me refiero —dijo Ginny con firmeza. —Muy bien, no me escucharéis decir esto muy a menudo, así que prestad atención. El destino es un bromista desagradable y taimado. No tenéis que hacer lo que él os dice, no importa lo que digan los libros de cuentos. Pero *sí* debéis hacer lo que os digo yo. Zane Walker, he conocido a tu madre y si ella estuviese aquí, te diría lo mismo que yo. Y Ralph, soy lo más parecido a una madre que hayas *conseguido*, por lo tanto tienes que hacerme caso también. Vosotros tres ya tenéis un trabajo que cumplir, pero éste no es salvar al mundo. Es aprender Aritmancia, y jugar al Quidditch y lo que sea ese extraño deporte estadounidense con todos esos aros y garrotes, y... bueno, conocer chicas. Si el mundo necesita ser salvado, entonces ese es un trabajo ideal para dejárselo a tu padre, a Merlín y al resto de esa gente. A final de cuentas, todos lo han hecho antes. No es ninguna novedad para ellos. No necesitáis preocuparos por eso.

James exhaló y abrió bastante los ojos.

—No estamos tramando nada, mamá. Deja de fastidiarnos, ¿quieres?

Ginny se encontró con la mirada de su hijo y la analizó. Después de un largo momento, pareció aceptar a regañadientes lo que veía en sus ojos. Hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Todo se resolverá —prometió, dirigiéndose a los tres chicos. —¿Me estáis oyendo? No tenéis necesidad de preocuparos por nada. Todo va estar bien. Siempre lo ha estado, ¿no es así?

James asintió mientras su madre ponía el brazo a su alrededor nuevamente. Siempre parecía que todo estuviera terminando sin inconvenientes, sin importar cuán infame se vieran las cosas en algún momento dado. Y aun así, no podía dejar de pensar en las palabras de Merlín, cuando todos habían visto el telar con su hebra carmesí destrozada: esto cambia las cosas.

Y encima de aquello, haciendo eco en su memoria como una pluma que le hacía cosquillas, recordó el comentario que Scorpius Malfoy había hecho la mañana en que su viaje comenzó. *El destino parece disfrutar colocando a los Potter justo en el punto de mira de la historia*, había dicho, como si hubiese anticipado las palabras de la madre de James. *Yo sólo digo que podría ser buena idea intentar no estar demasiado... distraído si volviera a ocurrir.*

En el claro de luna, James se estremeció ligeramente debajo del brazo de su madre.



Como ante todas las cosas inicialmente desconocidas, James encontró la vida en Alma Aleron absolutamente exótica en un primer momento, y luego simplemente extraña, y, finalmente, acercándose al final de su primera semana, sólo en ocasiones excéntrica, pero por lo demás bastante manejable.

A diferencia de los dormitorios a los que había estado acostumbrado en Hogwarts, el dormitorio de la casa Pie-grande estaba dividido en un laberinto de pequeñas habitaciones en el tercer piso, extendiéndose hasta el ático. Algunos de los cuartos alojaban hasta seis estudiantes, pero Ralph y James se ubicaron en una pequeña habitación para dos personas en el extremo de la sala principal. Tras la inspección, James determinó que hasta hacía muy poco el lugar había servido probablemente como un armario de limpieza. Esta sospecha se había consolidado más tarde durante su primera noche, cuando el portero entró y alumbró con una antorcha por toda la habitación, alegando estar en busca de un trapo de repuesto. Sin embargo, no pareció particularmente sorprendido de encontrar a James y a Ralph parpadeando legañosamente hacia él desde la oscuridad, y pasó un buen rato hurgando debajo de las camas de los chicos en búsqueda de la fregona que le faltaba, que finalmente encontró.

En el transcurso de los primeros días de escuela, James y Ralph requirieron la ayuda de Zane para decorar su habitación, llenándola de carteles de Quidditch, una improvisada bandera de Gryffindor (colgada discretamente junto a un escudo de la casa Pie—grande), una vieja alfombra que habían rescatado de los cubos de basura detrás del dormitorio común, y un pequeño busto de Sir Percival Pepperpock, que estaba encantado para que dijera frases groseras y divertidas cuando la puerta del dormitorio se abría.

Lo que resultaba de la vida en la mansión Apolo, sin embargo, era que el resto de la casa Pie-grande parecía aceptar a James y a Ralph con un grado bastante universal de ecuanimidad, casi acercándose al aburrimiento. Parecía ser un grupo agradable y leal, sorprendentemente diverso con miembros de todo el mundo, e incluso algunos representando una variedad de especies humanoides. Había un duende de segundo curso llamado Nicklebrigg y una Veela joven y obesa llamada Jazmine Jade, con quien Ralph parecía tener un enamoramiento imposible a pesar de su obvia y desconcertante falta de autoestima. Había incluso un Pie Grande auténtico, con largos brazos como simio, pies del tamaño de sartenes y una predilección inexplicable por la música polca, que ponía a sonar durante horas en el viejo reproductor de la casa.



Oliver Wood se apresuró a presentar a James y a Ralph a todos sus compañeros de casa durante las noches que pasaban en la sala de juegos del sótano, bajo la mirada doble de las cabezas de alce y ciervo disecados, conocidas cariñosamente como Heckle y Jeckle. Ambos chicos se estaban familiarizando cada vez más con los nombres y rostros de sus compañeros Pies—Grande, puesto que pasaban junto a ellos de camino hacia el cuarto de baño común cada mañana. No habían bravucones ni personas detestables en la casa Pie—grande, pero tampoco había ninguna estrella aparentemente brillante, ya fuera académica o atléticamente.

—Somos un equipo —había proclamado Wood risueño una noche, señalando a los Pies—Grande mientras se apiñaban por toda la sala de juegos. —No hay destacados en ningún extremo, pero eso sólo nos hace más fuertes en el medio. Ninguna otra casa puede fanfarronear de eso.

En secreto, James se había preguntado si aquello era una circunstancia especialmente buena. Cuando le preguntó a Zane al respecto, el muchacho había asentido con entusiasmo.

—Sé exactamente lo que quieres decir —había exclamado. —Al contrario de ti y de Ralphinator, la casa Pie-grande es como un imán para mediocres. ¡Es como vivir en «La isla de los juguetes perdidos»!

James no había comprendido la referencia e interrumpió a Zane con un suspiro, poniendo los ojos en blanco mientras el chico rubio trataba de explicarle.

Acostumbrarse a todas las nuevas clases fue, por mucho, la parte más difícil de adaptarse a la vida en Alma Aleron. Encontrar las aulas, que estaban esparcidas por todo el campus otoñal con expansión descontrolada, se hizo mucho más fácil porque Zane parecía estar en casi todas las mismas clases que James y Ralph, y conocía muy bien todos los rincones del campus.

Los nombres de las asignaturas, sin embargo, a menudo parecían innecesariamente obtusos e imprecisos. Muchas de las clases que James estaba acostumbrado a tener en Hogwarts no parecían tener ningún equivalente americano fuere lo que fuera. Por otra parte, el currículo mágico estadounidense



incluía cursos sobre temas como Ocupaciones Muggles (u OCUMU, como era conocido entre los estudiantes) y Artilugios Mecánicos, que desde luego no formaba parte de los estudios previos de James en Hogwarts.

Algunas de las asignaturas le gustaban mucho, tales como Historia de la Magia Americana, que era impartida por un gigante con todas las de la ley llamado Paul Bunyan, y Transmutación Elemental Avanzada, que se trataba de la versión estadounidense de Transformaciones. Había otras a las que temía gustosamente, como Ingeniería Precognitiva y Mageografía, con el demencialmente aburrido profesor Wimrinkle. Sin embargo, la asignatura que más odiaba era la equivalente norteamericana de Defensa Contra las Artes Oscuras, conocida localmente como Prácticas Prohibidas y Cursología. Impartida por la insufrible Persephone Remora, los únicos estudiantes que parecían disfrutar de la clase eran los miembros de su propia casa, la Vampiro, quienes adoraban y reverenciaban a la profesora con algo parecido a una fanática devoción.

Como se había confirmado, Remora había montado la buena reputación de sí misma escribiendo una serie de novelas de ficción americana con romance mágico sobre vampiros, con nombres sorprendentemente eminentes y elegantes personalidades sombrías. En clase hacía referencias disimuladas sobre los avances de su libro más reciente, afirmando que sus historias no eran ficticias en absoluto, sino simplemente novelaba cuentos de sus propias experiencias de vida.

—Al igual que otra serie de libros libremente inspirada en las hazañas de cierto mago famoso —decía en la clase, desdeñando y mirando furtivamente a James. —Aunque en los míos —prosiguió jovialmente, —no son preconcebidos a favor de los personajes principales. Yo escribo mis relatos tal y como sucedieron, con un ojo puesto en la honestidad intelectual.

—Y oraciones sin signos de puntuación cargadas de adjetivos —murmuraba Zane en voz queda, con la cara agachada sobre el pergamino mientras garabateaba en él.

El fragmento del *Amsera Certh* había demostrado ser reconfortante para James y Ralph exactamente como Merlín lo había dado a entender. La mayoría de las tardes James volvía al dormitorio de ellos en el tercer piso de la mansión Apolo y

destapaban el fragmento. Le daba un toquecito con su varita y pronunciaba la frase que Merlín le había enseñado, luego podían apreciar cómo la sala común de Gryffindor nadaba a la vista, usualmente abarrotada debido a la actividad nocturna. La primera vez que lo hicieron, tanto Ralph como Zane estaban con él, y lograron sobresaltar a Cameron Creevey bastante, llamándolo por su nombre desde el espejo encantado que estaba sobre la chimenea de Gryffindor.

—¡Cam! —James había gritado, ahuecando sus manos e inclinándose hacia el fragmento que colgaba en la parte de atrás de la puerta de su dormitorio. —¡Cam! ¿Puedes oírme? ¡Soy yo y Ralph y Zane! ¿Dónde está Rose y los demás?

Cameron había bajado el libro de Pociones que estaba estudiando y miró a su alrededor con incertidumbre. Cuando James mencionó su nombre otra vez, el chico levantó la vista, vio las caras de los tres muchachos en el espejo sobre la chimenea y saltó hábilmente sobre el respaldo del sofá, lanzando su libro al aire. Un segundo después se asomó por la parte de atrás del sofá, con los ojos desorbitados.

—¡Alguien mató a James! —gritó estridentemente. —¡Y a Ralph Deedle! ¡Y a ese otro tío, el rubio que andaba con ellos en su primer año! ¡Sus fantasmas se han aparecido en el espejo! ¡Mirad! —Señaló frenéticamente mientras James, Ralph y Zane se desternillaban de la risa. Transcurrió casi un minuto antes de que pudieran recuperarse lo suficiente como para explicar a los estudiantes reunidos al otro lado del fragmento que no eran fantasmas en absoluto, sino que simplemente se estaban comunicando a los Estados Unidos a través del espejo mágico de Merlín.

Cuando terminaron, James oyó la voz de Rose mientras se abría paso entre la multitud de estudiantes de Gryffindor.

—¿James? ¿Eres tú? Hazte a un lado, Paulson, grandísimo simio —dio un codazo al frente y se inclinó hacia el espejo que estaba a su lado. —James —preguntó con gravedad—: ¿qué hacéis vosotros tres en el espejo?

James tomó un aliento para responder, pero Rose movió la cabeza, impaciente.



—No importa. Contéstame esto primero: ¿es cierto que los estudiantes estadounidenses llegan a tener viajes campestres semanales a cierta pradera gigantesca inmapeable donde los indios nativos norteamericanos siguen durmiendo en tipis y viven como vivían hace trescientos años? Porque si es así, no quiero ni hablar contigo otra vez sin sentir envidia transparentemente mortal.

—No, Rose —se rió James. —Nada de eso ocurre. Hasta ahora, las clases aquí son casi igual que las clases de ahí. Algunas son buenas, otras son malas, pero es sólo una escuela. País diferente, misma rutina.

Rose suspiró con escepticismo.

—Está bien —dijo, dejándose caer en el sofá. Cameron Creevey todavía estaba mirando por encima con los ojos muy abiertos. Rose le plantó una mano en la sien y lo empujó lejos. —Entonces, ¿cómo van las cosas por allí? ¿Os estáis adaptando bien vosotros dos y Lucy y todos los demás? Cuéntame todo, sin que se te quede nada.

James negó con la cabeza algo confundido, sin saber por dónde empezar. Zane, sin embargo, saltó directo a la parte que más le interesaba.

—¡Petra se ha vuelto perversa y ya está desquiciada! —exclamó, mientras sus ojos se ensanchaban. —¡Atacó el Salón de los Archivos y destruyó la vida tal como la conocemos!

—¡Cállate! —espetó James, empujando a su amigo a un lado. —¡Se supone que no debemos hablar de eso! ¡Y además, ella dijo que no había sido!

—Ella dice que estaba durmiendo cuando todo ocurrió, junto a Izzy en su habitación del campus —aclaró Ralph, levantando un dedo. —Y Merlín nos dijo que solamente mantuviéramos el secreto alejado de la escuela. No mencionó nada acerca de nuestros amigos de Hogwarts.

—Espera un minuto —interpuso una voz diferente desde el otro lado del fragmento. James alzó la mirada y vio a Scorpius Malfoy sentándose en el sofá junto a Rose a medida que el resto de estudiantes regresaban a sus labores

escolares y variadas conversaciones. —¿Qué le sucedió a Morganstern? ¿Estáis diciéndonos que ya está metida en problemas con los estadounidenses?

—¡No! —gruñó James inmediatamente, dirigiéndoles una mirada de advertencia a Ralph y a Zane. —Hubo algo de confusión, pero nadie sabe realmente lo que pasó. Es... complicado.

Juntos, los tres muchachos explicaron los acontecimientos que rodearon el ataque a la bóveda de los destinos, hasta terminar contando los detalles de su entrevista con el rector Franklyn, Merlín y el padre de James en la oficina del rector, que había ocurrido más tarde aquella noche.

—¿Así que Merlín no os permite contar a los norteamericanos que era Petra la que visteis salir del Archivo? —preguntó Rose, frunciendo el ceño.

—En realidad no nos impide que lo digamos —respondió Ralph. —Él solamente... se lo explicó a Franklyn en nuestro lugar, sin citar esa parte, y no lo contradijimos. Contribuyó a que esos idiotas maniáticos del FULEM publicaran un anuncio al día siguiente, alegando que ellos eran los que habían sido responsables del ataque. Afirmaron que si Harry Potter y su gente no regresaban al lugar de donde habían venido, pronto no habría ningún lugar al que regresar.

Rose arrugó la frente.

—¿Creéis que realmente el FULEM fue responsable del ataque?

—Tendría sentido —asintió Zane. —Ya han ido tras el padre de James y el resto de nosotros una vez, durante el paseo que tuvimos en el *Zephyr*.

En ese momento, la conversación giró en torno a una emocionante recitación de la aventura de los viajeros en el tren y la advertencia emitida por el líder del FULEM inmediatamente antes de que escapara volando. Finalmente, Rose sacudió la cabeza, pensativa.

—Y aun así no era el líder del FULEM al que visteis salir del Archivo después del ataque —musitó ella. —Era Petra y otra mujer, ¿verdad?



—Extraoficialmente, sí —coincidió Zane. —Según la versión de Merlín de la historia, sólo vimos a dos mujeres saliendo del Archivo. Parecía querer mantener en secreto la parte de Petra.

Desde el otro lado del fragmento, Scorpius inquirió:

—¿Por qué haría algo así?

—A mí me dijo algo al respecto más tarde —admitió James, arrastrando los pies. —Me dijo... que era importante para él elegir sus batallas sabiamente, lo que sea que eso signifique. Habló con Petra después de que todo terminó, justo antes de marcharse. Y luego vino y habló conmigo. Me dijo que sería mejor si calláramos lo que sabíamos ya que los estadounidenses no tendrían los... hum... *recursos* para manejar adecuadamente cualquier investigación dirigida a Petra. Así fue exactamente como lo dijo, pero no sé qué rayos quería decir con eso. Y entonces me pidió que, junto con Ralph y Zane, la mantuviéramos vigilada, por él.

—¿Él sabía que estaba involucrada en el ataque a la bóveda y la encubrió? —dijo Rose de modo escéptico. —Perdón que lo diga, pero eso me parece extremadamente extraño. ¿De qué quería que estuvierais atentos?

James se encogió de hombros, mirando las caras una a una.

—En primer lugar, tal vez no *esté* realmente implicada —insistió. —Tal vez fue... no sé... alguien usando la poción multijugos o algo así.

Scorpius suspiró cansado.

—Potter, tu ciega lealtad ya se está transformando en fastidio. ¿No fue eso exactamente lo que sucedió el año pasado, cuando te negaste a admitir que habías visto al director en el espejo mágico confraternizando con villanos?

La cara de James se calentó.

—Terminé teniendo razón, ¿no fue así? —replicó. —Quiero decir, claro, *era* Merlín, pero no se ha vuelto malvado. Ni Petra tampoco.

Rose hizo un gesto con la mano impacientemente.

—Entonces, ¿qué se supone que vais a estar observando de Petra?

James suspiró.

—Cualquier cosa... fuera de lo normal, supongo. Merlín no fue muy específico. Petra ha conseguido un cargo de aprendizaje aquí en la escuela, trabajando con el maestro de Pociones, así que la estaremos observando al menos dos veces por semana. Merlín debe confiar en ella puesto que él mismo la ayudó a conseguir el empleo.

Scorpius parecía pensativo donde estaba en el sofá, junto a Rose.

—Tal vez Merlín le consiguió el cargo con el *fin* de hacer que fuera más fácil para ellos mantenerle un ojo puesto encima.

—¿Por qué no la traería a ella y a Izzy de regreso con él? —preguntó Rose, mirando de reojo al chico a su lado.

—Tal vez no puede —se limitó a responder Scorpius.

—Espera un momento... —dijo Zane, entrecerrando los ojos. Se inclinó hacia delante y echó una mirada crítica al fragmento, con el rostro contraído en una risa entre burlona y maliciosa que marcaba su versión de chico absorto en un profundo pensamiento. —¿Vosotros dos estáis... saliendo? —preguntó súbitamente.

Los ojos de Rose se abrieron como platos y miró de reojo a Scorpius, quien le devolvió la mirada. Hubo una larga pausa.

—¡Lo sabía! —aulló Zane, señalando al fragmento.

El rostro de Rose se enrojeció.

—No seas ridículo. Sólo somos amigos. Y ninguno de los dos ni siquiera tiene trece años, si lo recuerdas.

—Rose tiene *novio* —canturreó Zane, sonriendo abiertamente.

Scorpius miró al techo y luego saltó sobre sus pies al otro lado del cristal del espejo.

—Tengo deberes de Runas —afirmó con voz aburrida, alejándose.

—Sois unos completos idiotas —se irritó Rose, cruzando los brazos y rehusando hacer contacto visual con cualquiera de los muchachos en el espejo.

—Podría ser —asintió Zane, todavía mostrando sus dientes, —pero somos idiotas *perspicaces*, ¿no crees? —Miró de nuevo a James y a Ralph.

Ralph sacudió la cabeza.

—Yo tengo deberes de OCUMU —dijo, girándose hacia su cama, donde se echó encima.

—Nos vemos después, Rose —le sonrió James. —Espero que Scorpius pueda conseguir un poco de ayuda con sus Runas.

—Scorpius lo sabe hacer muy bien por su cuenta —rezongó la chica, poniéndose de pie. —Avísame de cualquier cosa que suceda, ¿vale? Y tráete a Lucy la próxima vez que te des una vuelta por aquí. Quizás sí logremos tener una conversación *inteligente* con *ella*.

Cuando finalmente llegó el último día de la primera semana completa de James y Ralph en Alma Aleron, James se dio cuenta que esperaba ansioso el fin de semana. Ahora que Merlín y el profesor Longbottom ya habían regresado y sus padres y su hermana estaban ocupados instalándose en el nuevo piso, iba a ser la primera oportunidad de James para disfrutar unos días de libertad. Todavía quedaba mucho de la escuela que él no había explorado, incluyendo el interior de la Torre del Arte, la extraña ruina en el extremo norte del campus, el enorme estadio deportivo (conocido como la Duna Pepperpock), y las incontables estatuas, fuentes y extraños monumentos mágicos que salpicaban el terreno.

Lucy se había comprometido a dar a los chicos un recorrido por el castillo Érebus, sede de la casa Vampiro, pero James estaba mucho menos interesado en eso, habiendo tenido ya la clase de Cursología en la gran «sala lunar» de cristal del castillo, y particularmente no le había gustado lo que vio. El castillo de Hogwarts sí valía la pena, por supuesto. En comparación, el castillo Érebus lucía un poco como un estudio cinematográfico muggle, con candelabros barrocos hacinados en cada

espacio de techo disponible, enormes tapices morbosamente detallados colgando de todos los muros de piedra, variados tipos de armaduras, descomunales chimeneas y predominantes escaleras. Por su parte, Lucy parecía haber llegado a amar rápidamente su casa y sus compañeros Vampiros, incluso haciendo amistad con algunas de las chicas con las que antes se habían topado a bordo del *Gwyndemere*.

—Claro, todas son algo melodramáticas y malhumoradas —reconoció en el desayuno en la mañana del viernes, —pero sí son realmente imaginativas e inteligentes. Felicia Devereau hace calcos en carboncillo de las lápidas en el cementerio del campus. Y Druzilla Hemmings escribe poesía. No rima ni nada, pero eso no significa que sea mala poesía. De hecho es buena y muy desarrollada.

—Sí —asintió Zane críticamente. —Y he oído que la gran mayoría de ellos están confeccionando algo de ropa nueva para el emperador.

Lucy pestañeó hacia Zane, y luego sacudió la cabeza con sorna.

—Espera un minuto —dijo Ralph, frunciendo el entrecejo. —¿Estados Unidos tiene emperador?

La última clase de la mañana resultó ser de Gravedad Teórica, que aparentemente era una extraña mezcla de levitación, vuelo, y algo más que constaba de hacer saltar cosas del suelo. La clase se realizaba en el centro de un cuadrilátero cubierto de hierba entre la Torre del Arte y la Residencia de Administración, y James se deleitaba viendo el garaje transdimensional armado cerca con sus paredes de lona ondeando en la brisa. Los vehículos voladores yacían dentro, con sus cromados brillando al sol mientras su luz entraba por la parte frontal abierta de la tienda.

—¿Este es el hogar permanente del lado norteamericano del garaje? —James preguntó a Zane.

El muchacho rubio miró la estructura parecida a una carpa.

—Sí, creo que el otro lado está en algún lugar de Pakistán en estos momentos. Hay un equipo de magos arqueólogos allá, desenterrando alguna ciudad mágica



antigua. El profesor Potsherd siempre está arrastrando a sus alumnos por todo el mundo, escarbando en la mugre como un montón de escarabajos. De hecho, los escarabajos fue todo lo que trajeron consigo al regresar de su último viaje. Coleópteros, en realidad, originarios de Egipto. Muy llamativos, ahora que lo pienso. Están en el museo, en la planta superior de la Torre del Arte.

Mientras Zane hablaba, una figura irrumpió por debajo de los enormes árboles al borde del cuadrilátero y James se sorprendió al reconocer a Oliver Wood vestido con una capa corta y botas, con un par de gafas protectoras puestas sobre sus cejas.

—Saludos estudiantes —proclamó, convocándolos a reunirse alrededor de él bajo la luz del sol. —El profesor Asher se siente un poco mal con este clima hoy, por lo que me ha pedido que lo suplante. Me ha dado a entender que actualmente están trabajando con el reglamento del tráfico de transporte aéreo intermedio, ¿no es así?

Se produjo un gemido colectivo mientras los estudiantes se desplomaban.

—¡Qué aburrido! —se quejó uno de los chicos Igor. —Asher está enfermo. ¿No podemos hacer algo diferente a maniobras de control aéreo? ¡Hagamos una levitación colectiva!

—¡Prácticas de recuperación en picada! —saltó una chica Zombi. —¡Nos lanzamos desde mil pies de altura! ¡El día está bastante fresco y despejado hoy!

La clase estalló en una algarabía de voces rebeldes mientras Wood negaba con la cabeza y levantaba las manos, con las palmas hacia fuera.

—Escuchen todos ustedes, sólo porque el profesor está enfermo no significa que podamos pasar por alto el plan de estudios. Volverá el próximo viernes... hum... probablemente. En realidad, tal vez no, ahora que lo mencionan...

—¿Qué tiene? —preguntó el estudiante Igor.

—Oí que es verruguitis —gritó una chica Vampiro desde el fondo del grupo. Todos se giraron para mirarla. La estudiante parpadeó hacia ellos. —Al menos, ese es el rumor que anda por ahí. No sé nada al respecto. No es como si yo le hubiese



lanzado una maldición solamente para posponer mi examen de elevación. Hum, ninguno de vosotros podéis demostrar nada.

—De cualquier manera —dijo Wood, tratando de recuperar el control de la clase, —podría ser, de hecho, que el profesor se ausente durante unas cuantas semanas. Así que...

La clase rompió en balbuceos de nuevo, suplicando que se les otorgara un día libre del régimen de los reglamentos de vuelo que al parecer habían estado estudiando. Wood miró con algo de desesperación hacia los estudiantes, y luego sonrió mostrando los dientes.

—De acuerdo —gritó, silenciándolos casi al instante. —Corramos algunas vueltas en el campo de Clutch, sólo para calentar. Después de eso, repasaremos el paso de las corrientes y practicaremos técnicas de aterrizaje en espacios confinados.

—Excelente —Zane se entusiasmó mientras la clase ovacionaba, asfixiando la segunda mitad de la declaración de Wood. —Podemos acelerar hasta los aros. Es una buena coordinación también. Estamos a tan sólo una semana del primer partido de Clutch de la temporada.

—¿Pero qué es eso de Clutch? —preguntó Ralph, mientras la clase seguía a Wood por el patio cuadrangular, en dirección a los parapetos del estadio que eran apenas visible sobre los tejados del Paseo del Profesorado. —¿Se parece al Quidditch?

—En realidad, no —contestó Zane, apretando la comisura de su boca, pensativo. —El Clutchcudgel es una especie de mezcla entre carrera de escobas y rugby. Básicamente, dispones de una serie de aros flotantes que forman un gran número «8» en el aire sobre el campo. La idea es atrapar una de las tres «Clutches», que son pelotas voladoras de cuero, y luego atraviesas la pista tres veces lo más rápido posible. En el último paso, lanzas la Clutch hacia la meta hasta que pase el aro central.

James se encogió de hombros.



—No parece muy difícil.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo Zane. —Excepto por los “agresores”. Son los tíos del equipo contrario, cuyo trabajo es desviarte a la fuerza de los aros y hacer que pierdas la Clutch.

Ralph asintió.

—Está bien. Pero aun así, asumiendo que los puedas traspasar, sólo haces entonces un tiro directo a la meta, ¿no?

Zane palmoteó a Ralph en el hombro.

—Desde luego. Pero se te olvidan los protectores. Cargan encima un «Cudgel», es decir, un enorme garrote de madera, y si puede te envía la Clutch de vuelta para golpearte con ella. Te bota de la escoba si no tienes cuidado. A veces los agresores también pueden llevar encima Cudgels.

—Y no te olvides de los hechizos ofensivos y defensivos —resaltó otro muchacho cerca.

—Tienes toda la razón, Heathrow —replicó Zane. —El juego mágico es una parte esencial en este deporte. Es por eso que los Zombis dominarán el trayecto de este año.

—En tus sueños, Walker —refutó una chica Igor. —Vamos a daros una paliza a muchos de vosotros en la primera cruzada.

—¿Cruzada? —preguntó James, mirando de soslayo a Zane, que agitó una mano con desdén.

—Algunos de los agresores quedan rezagados durante el primer circuito, así de esa manera pueden encontrarte en la intersección y cuando menos lo esperes te sorprenderán. Generalmente puedes esquivarlos por debajo, y la mayoría no tienen las agallas para llevar a cabo un auténtico *kamikaze*.

—Al equipo Igor le sobran las agallas —sonrió la chica perversamente. —Acabamos de recibir un cargamento refrigerado el miércoles pasado.

—¿Entonces vais a fustigar un escuadrón de Frankensteins para que realmente sepan cómo hacer el recorrido? —preguntó Zane lozanamente. —¿O simplemente tenéis la esperanza de aderezar un par para el banquete de Halloween?

La chica rugió irritada, pero no parecía capaz de tener una réplica suficiente contra Zane, quien la descartó con displicencia.

Poco después, los estudiantes se adentraron a la sombra de la Duna Pepperpock, que consistía en una serie de tribunas altas rodeando un campo perfectamente recortado. Tenía dos andamios, uno frente al otro, en el centro del campo, cada uno con una plataforma amplia en la cima y adornada con banderas representativas. Un puñado de estudiantes estaba sentado en las gradas, sudando ante la luz del sol otoñal o charlando en tonos bajos. A nivel del suelo un grupo de Hombres—lobo en edad universitaria, corrían y hacían ejercicios, con sus camisetas grises y pantalones oscurecidos por el sudor. Wood dirigía a su clase a través del campo hacia una puerta en la base del andamio de la derecha.

—Todos, escojan una escoba —ordenó, empujando la puerta grande y revelando un pequeño y oscuro vestuario. —No se demoren en escoger. Quiero verlos a todos en la plataforma dentro de cinco minutos.

James y Ralph se hallaban entre los últimos del decrepito lugar. El recinto estaba empotrado al suelo debajo del campo y enmarcado en piedra, con un techo bajo de madera. Más estandartes decoraban el interior de los muros, la mayoría de ellos demasiado antiguos y polvorientos. Cientos de escobas colgaban en ganchos o permanecían escondidas en grandes estuches. Parloteando ruidosamente en el reducido espacio, los estudiantes eligieron cada uno una escoba y comenzaron a ascender por unas escaleras estrechas que subían en espiral a través del techo.

—Vaya —dijo Ralph, empujando a James con el codo y señalando. —¡Nada más míralas!

James silbó con admiración mientras se movía hacia un conjunto de estantes debajo de las escaleras.

—¿Eso son las escobas? Nunca antes he visto algo *así*.



Aquellos objetos prolijamente alineados en los estantes eran tan largos como escobas, pero mucho más planos y anchos, como tablones de valla que habían sido lijados y pulidos. Sus colas eran aerodinámicas y aplanadas, con cada cerda tan afilada que parecían púas. Algunas estaban pintadas con diseños discordantes y distintos colores. Brillaban melodiosamente ante la polvorienta luz.

—¿Se nos permite utilizarlas? —inquirió James, con los ojos abiertos como platos.

Ralph se encogió de hombros y sonrió ampliamente.

—No veo por qué no. Le preguntaría a Zane, pero fue uno de los primeros en llegar a la plataforma. Venga, ¡al menos vamos a intentarlo! ¡Seguro que estas escobas superan a las de Hogwarts!

James asintió con la cabeza. Casi con reverencia, tomó la más cercana de las extrañas escobas. Estaba pintada en negro lustroso con llamas azules ondulando en la parte frontal. Ralph tomó la que estaba junto a ésta, que estaba teñida con naranja y negro como las rayas de un tigre. En posición vertical cada escoba era ligeramente más alta que ellos. Después de un momento de absorta admiración ante sus impresionantes escobas, ambos muchachos giraron y siguieron a los últimos de la clase hacia la escalera que daba al aire libre.

Un minuto después, con la respiración entrecortada, trepaban hacia la brillantez de la plataforma elevada sobre el campo. A medida que rodeaban el campo, las tribunas ya no parecían tan altas. La escuela se extendía en la distancia brumosa, coronada por el campanario en la cúspide de la Residencia de Administración, que era la única cosa más alta que las plataformas del estadio. James vio los aros que formaban el trayecto del Clutchcudgel brillando en el aire sobre el campo. El del centro era más grande que los demás, y rematado con un segundo aro de plata brillante y más pequeño, obviamente el aro—portería. Una línea de palomas se posaba en lo alto del aro de la portería, observando a los estudiantes que se apelotonaban en la plataforma.

—Muy bien —dijo Wood, aplaudiendo con sus manos enérgicamente. — ¿Qué les parece si estiramos las piernas un poco? Tres vueltas de calentamiento

deben bastar. Esto no es una competencia, por lo tanto evitemos adelantarse unos a otros. Los líderes atraviesan la parte superior en la intersección, y los que les siguen mantienen la marcha en la parte inferior. ¿Entendido? Entonces hagámoslo.

Con un gesto brusco, Wood montó su propia escoba e hizo el vuelo inicial, flotando en el aire y pasando por el más cercano de los aros dorados flotantes. La idea de despegar desde semejante altura dio a James una sensación vaga de mareo, pero ninguno de los otros estudiantes parecían estar nerviosos en lo más mínimo. Al igual que las semillas de diente de león en la brisa, se alzaron en el aire persiguiendo a Wood mientras éste pilotaba serenamente a través del estadio.

—Bueno —declaró Ralph, sopesando su escoba mientras la hacía balancear a su lado, —veamos lo que esto hace.

Ambos chicos trataron de montar sobre sus singulares escobas y de inmediato las encontraron un poco incómodas e inútiles.

—¿Es impresión mía —comenzó Ralph, saltando de puntillas hacia el borde de la plataforma— o algo aquí se siente un poco como... al revés?

La mayoría del resto de la clase ya había despegado, formando una larga línea que fluía a través de los aros, cotorreando como pájaros en una línea telefónica. Zane todavía se encontraba sobre el borde de la plataforma, esperando su turno mientras los demás se lanzaban delante de él. Miró hacia atrás en el instante en que James y Ralph llegaban cojeando detrás de él, y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡Caramba! ¡Pero qué rayos! —susurró de repente, alarmado. —¿Qué estáis haciendo? ¡Bajad, rápido, antes de que alguien os vea!

James parpadeó a su amigo y luego se apresuró a bajarse de la bizarra escoba. Ralph hizo lo mismo, pero parecía estar muy atascado. Se ladeó, cayendo casi de la escoba sobre la plataforma.

—Tenéis suerte que yo sea el único que os ha visto —dijo en tono áspero Zane con urgencia. —¡Si alguien más os ve montados sobre una skrim...! —sacudió la cabeza sin hallar palabra que decir.

—¿Qué? —exclamó James en voz queda. —¡Wood dijo que agarráramos una escoba! ¿Qué hay de malo en eso?

Zane puso los ojos en blanco y se golpeó la frente con la palma de su mano.

—¡No son escobas! —dijo, exasperado. —¡Son skrim! ¡Es algo estadounidense! ¡Digo, *miradlas!*

—Entonces, ¿cuál es la diferencia, exactamente? —preguntó Ralph, molesto.

—Por un lado —contestó Zane— tú no montas una skrim. Te paras sobre ella. Por otro lado, están diseñadas específicamente para los partidos de Clutchcudgel, ¡no para que regularmente estén volando por ahí!

James alzó las manos.

—¿Cómo íbamos a saber? ¡Estaban ahí a la vista!

Zane suspiró, todavía encaramado en su propia escoba.

—Bueno, supongo que no hay ninguna regla *contra* el uso de la skrim en clase. Es sólo que nadie lo *hace*.

Desde el otro lado del trayecto al aire libre, la voz del profesor Wood les convocó gritando:

—¡Vosotros tres, daos prisa! Estamos a menos de una vuelta ya.

—¡Han cogido skrim! —exclamó una muchacha con incredulidad. — ¡Apuesto a que ni siquiera saben cuál es la parte delantera!

Hubo un coro de risotadas mientras la línea de estudiantes circunvalaba la plataforma, retornando hacia la intersección. James los miró y éstos les devolvieron la mirada, muchos de ellos sonriendo con suficiencia y meneando la cabeza. Volvió la mirada hacia Zane, quien se encogió de hombros y enarcó las cejas.

—Bueno, es tu funeral, colega. Vamos, tú puedes. —Con eso, emprendió el vuelo fusionándose con el resto de la clase.

—¡No habláis en serio! —Preguntó Ralph en voz baja, —¿verdad?



—¿Es que acaso no enseñan vuelo en esa escuelilla afeminada vuestra? — gritó uno de los estudiantes Hombre—lobo, sonriendo con una sonrisa malvada.

James entornó su rostro en un gesto resuelto, levantó su pie derecho y lo plantó en el soporte de la skrim. Se balanceó levemente, pero se mantuvo estable.

—Lo va a intentar —gritó una chica. —¡Caerá en picada como una piedra y se sepultará a sí mismo en el campo! ¡Quién sabe si hasta arrastre con él algunos estudiantes Hombres—lobo avanzados! —Y estalló en risas estridentes.

Ralph levantó su propio pie y lo colocó torpemente en la skrim atigrada.

—No puedo dejar de sentir que esto es una muy mala idea —murmuró para sí mismo.

—Arriba el ánimo, amigo —dijo James. —Por lo menos no sería nuestro primer fiasco relacionado con los deportes.

Ralph le dirigió una mirada.

—La última vez salvé tu trasero. ¿Quién va a *salvarnos* esta vez?

—Tal vez nos podamos salvar el uno al otro. O tal vez esta vez no necesitemos ningún tipo de salvamento.

—Entonces, ¿cómo hacemos esto? —preguntó Ralph, tragando saliva.

James sacudió la cabeza.

—Creo —instó, armándose de valor, —que es mejor que no pienses en esa parte.

Antes de que Ralph pudiera responder, James respiró hondo, se combó y remontó el vuelo.

—¡Espera! —gritó Ralph, pero James ya se había alejado. La skrim descendió en picado bruscamente al final de la plataforma, con James agachándose para esquivarla, y a continuación, milagrosamente, se balanceó de nuevo hacia arriba, bamboleándose violentamente.



—¡Lo está consiguiendo! —anunció una voz incrédula. —Hasta el momento, por lo menos. ¡Mirad como baila!

—¡James! —aulló Wood desde el otro lado de la brillante distancia. —¡Eso es una skrim! ¿Qué estás haciendo?

—¡Está fuera de peligro! —gritó el chico Hombre—lobo, sonriendo con malicia. —¡Miradlo! ¡Tiene un talento innato!

Se produjo una multitud de risas. James luchó para mantener el equilibrio sobre la skrim mientras ésta se balanceaba y resbalaba bajo sus pies, zigzagueando hasta el centro del estadio. El campo fluctuaba muy por debajo, pareciendo ridículamente lejano e imperdonablemente rígido. Tomó una bocanada de aire y estuvo cerca de perder el equilibrio. Instintivamente cerró los ojos, aislando la visión y concentrándose en cambio en mantener el equilibrio. De forma extraordinaria, funcionó. La skrim se estabilizó y cesó su terrible bamboleo. James inspiró profundamente, dobló un poco las rodillas, y relajó sus hombros. Despacio, entornó los ojos otra vez, manteniéndolos levantados y rehusó mirar hacia abajo. La línea de estudiantes montados en escobas se explayaba por delante de él, la mayoría mirando con curiosidad y sorpresa.

—Bueno, me he quedado atónito —anunció un sujeto Pie-grande llamado Norrick, sonriendo. —¡Mírate, James! ¡Lo estás logrando!

—En cualquier momento se caerá por el costado como un ladrillo —voceó el chico Hombre—lobo, su sonrisa vacilante.

A pesar de todo, James no *sentía* que iba a caerse. De hecho, cuanto más relajado se encontrara sobre el soporte de la skrim, más pensaba que entendía la forma en que la inusual escoba funcionaba. A diferencia del vuelo normal, manejar una skrim se trataba sobre todo de cómo propulsaba sus pies y maniobraba su centro de gravedad. Estas eran habilidades que habían llegado naturalmente a él en el campo de fútbol. Tal vez lo mismo que lo había hecho bueno con la pelota de fútbol lo haría bueno en volar sobre una skrim. Cauteloso, experimentó inclinarse hacia adelante, acelerando ligeramente. Maniobró en torno a la estudiante que volaba en la parte trasera, pasando por allí un tanto nervioso. La estudiante resultó

ser una chica de la casa Duende. Con su ondeante pelo rubio atado en una inmaculada cola de caballo, fruncía el ceño sin dar crédito a lo que veía.

—No la adelantes, por favor —gritó Oliver Wood desde el extremo opuesto del campo. James lo miró de soslayo mientras volaba, ralentizando lentamente.

—Suerte de principiante —proclamó el muchacho Hombre—lobo, mirando a James sobre su hombro, con los ojos entrecerrados. —Trata de hacer eso de nuevo en un partido *auténtico* y verás lo que sucede.

James ignoró al muchacho. Bajó la mirada hacia sí mismo, sorprendido por lo bien que lo estaba haciendo. Una parte de él había sospechado que en realidad podría ser capaz de controlarse sobre una skrim. No sabía por qué, pero ahora creía que quizás lo sabía. Los Potter habían nacido para volar. Nunca antes lo había entendido, pero por otra parte, nunca antes había tenido la oportunidad de volar de *esta* forma. Se sentía un volador perfectamente nato, y era como si la skrim fuera simplemente una extensión de su propio cuerpo. Como experimento, James intentó contonearse suavemente y sintió la tabla blandirse de un lado para otro por debajo de él, cortando el viento como un cuchillo. Comenzó a acelerarse de nuevo, pasando junto al chico Hombre—lobo.

—Te va a alcanzar, Pentz —gritó otro muchacho desde el otro lado del trayecto. —¡El novato te va a dejar en vergüenza! —Hubo carcajadas.

James vio la mirada en los ojos del chico durante un instante antes de que la mano cubierta por un guante gris atacara. El chico de la casa Hombre—lobo, Pentz, tenía la intención de manotear la skrim mientras pasaba a su lado, acertando en James y haciéndole perder el equilibrio. Pero en vez de eso su mano se perdía sin tocar nada mientras James inclinaba sus tobillos, evadiendo por un momento el alcance del otro chico. Ambos parpadearon sorprendidos. El rostro de Pentz mostró irritación y se abalanzó de nuevo, queriendo aferrar el extremo de la skrim de James. James regateó, maravillándose de lo fácil que era hacerlo. La furia de Pentz crecía. Atacó otra vez, lanzándose sobre su escoba, y estuvo a punto de voltearse en ella mientras James con una amplia sonrisa se acercaba y se alejaba, bajando y subiendo.

—¡Vuelve aquí! —silbó Pentz.

—Ten cuidado —advirtió James. —Odiaría verte hacer un cráter en el campo. Pero ahora que lo pienso, tal vez arrastres a algunos de tus compañeros por el camino.

—Sin adelantarlo —pidió Wood otra vez. —Esto es sólo un ejercicio de calentamiento, clase.

James miró alrededor una vez más, echando un vistazo por encima de su hombro hacia donde se encontraba el profesor.

—Así es, Cornelius —gruñó Pentz. —Puedes adelantarme cuando estés de camino al mugriento *lodo*.

Se lanzó de nuevo, esta vez con las dos manos. Sin embargo sus dedos se cerraron en el aire cuando James esquivó al muchacho, y Pentz sí se cayó esta vez. Luchó para sujetarse de la escoba mientras ésta giraba hacia atrás y hacia adelante, curvando la línea de voladores. James se abalanzó sobre Pentz fácilmente, ganando velocidad. A su alrededor los estudiantes comenzaron a manifestarse, riéndose de Pentz mientras lidiaba para enderezarse en su escoba, pero James apenas los escuchaba. Se agachó más sobre la skrim, todavía acelerando, y se coló a través de los voladores, ahora adelantándolos uno a uno.

El puro placer de volar era embriagador; una sensación que lo llenaba de pies a cabeza, hormigueándole como algún tipo de magia secreta. Esta vez, sin embargo, no se trataba de la magia de los magos. Se trataba de la mera y simple magia de descubrir algún talento innato y oculto y, por último, inusitadamente, encontrando los medios para ejercitarlo. Se inclinó hacia delante sobre la skrim, dirigiéndola al frente, siguiendo la línea de estudiantes que sobrevolaban, comenzando a desviarse a través de ellos como si fueran torres de alta tensión. No oyó al profesor Wood llamándolo a gritos, ni siquiera escuchó las exclamaciones de Zane de alegría y ánimo en el momento en que James pasó junto a él, todavía acelerando.

Fue así como mi padre se sintió, James pensó con regocijo. ¡La primera vez que montó sobre una escoba y la elevó hasta el cielo; así fue como se sintió! ¡Ya tiene sentido para mí! ¡Ahora entiendo la sensación!

Un sentimiento casi absurdo de orgullo y júbilo manaba del interior de James, inundando su corazón y pululando a lo largo de su cuerpo hasta los pies. No podía aguantar más. Suave e instintivamente, se inclinó hacia adelante. La skrim aceleró, y esta vez James no contuvo la velocidad. Arreció hacia el viento y se alejó de los aros, abandonando el campo de Clutchcudgel, y saliendo en un amplio arco en las tribunas. Los estudiantes miraban hacia él mientras zumbaba en lo alto, inclinándose tanto sobre la tabla de la skrim que tuvo que enroscar los dedos en su punta, desnudando su rostro ante la fuerza retumbante que henchía el aire. No podía resignarse a permanecer en los confines del estadio, no cuando había tanto aire libre por todo el resto del campus bañado por el sol. Con un grito de alborozo y un flamante viraje, se separó entre las gradas, pasó veloz por entre las tribunas, desplazándose hacia los árboles.

El campanario de la Residencia de Administración se erguía delante de James y él se dirigió con el objetivo de llegar al lugar, zigzagueando entre las corrientes de aire. El viento parecía casi un ente sólido a su alrededor. Era como si cuanto más rápido volara, más estable se hacía la skrim bajo sus pies, permitiéndole inclinarse dramáticamente de un lado a otro sin ninguna señal de vértigo. El campanario se agrandó con asombrosa rapidez y James se abalanzó, pasando tan cerca de la torre que vio su sombra destellar sobre el tejado cónico.

Al instante embistió y se inclinó, espoleando a la skrim a un lado en una curva helicoidal apretada. James descendió en espiral y se adentró en un grupo de pinos enormes. El aire que dejaba a su paso espantó a las palomas de los árboles y arrastró una estela de hojas sueltas y ramitas detrás de él, formando una senda con aroma a pino en el cielo.

Se inclinó sobre la skrim de nuevo y se sumergió bajo el borrón de la escuela. Los estudiantes levantaban la vista mientras James centelleaba por encima de sus cabezas, atrayendo tras él una ráfaga de viento como la secuela de un terremoto. Aun así, descendía de modo que su reflexión corría con él en uno de los largos

estanques que se alineaban en la alameda. La pileta con gárgola se alzaba frente a James y éste frenó bruscamente en el último instante para luego dispararse a través del chorro de la misma fuente, explosionándose en la niebla.

Riendo, giró hacia atrás una vez más, subiendo y disminuyendo la velocidad, soltando un profundo suspiro de exultante emoción. El campus fue reduciéndose bajo él hasta que el estadio saltó a la vista nuevamente, aguardándole. El resto de la clase había terminado sus vueltas. Permanecían estupefactos en la plataforma, sosteniendo sus escobas a los costados, observando a medida que James se abalanzaba sobre ellos con pericia, descendiendo. Ralph y Zane estaban de pie en el borde de la plataforma, mostrando una sonrisa maníaca y sacudiendo las cabezas con asombro. La pequeña tropa se esparció debajo de James, cediéndole espacio para que pudiera tomar tierra. Antes de que la skrim tocara la plataforma, James saltó de ella ágilmente, aterrizando con facilidad y recogiendo la skrim mientras ésta oscilaba a su lado. Resolló vertiginosamente, se sacudió del pelo el agua que le había empapado en la fuente, y terminó dirigiendo sus ojos a la congregación.

—Señor Potter —profirió el profesor Wood inexorablemente. James miró a su alrededor, y la sonrisa de repente se difuminó de su cara. El semblante de Wood se mostraba tenso e intransigente. —Tengo exactamente dos preguntas que hacerle, jovencito. La primera es: ¿qué tipo de sanción prefiere? ¿Escribir líneas o fregar el suelo de los baños?

James pareció abatido.

—Ah, hum —tartamudeó. —Escribir líneas, supongo.

Wood asintió lentamente.

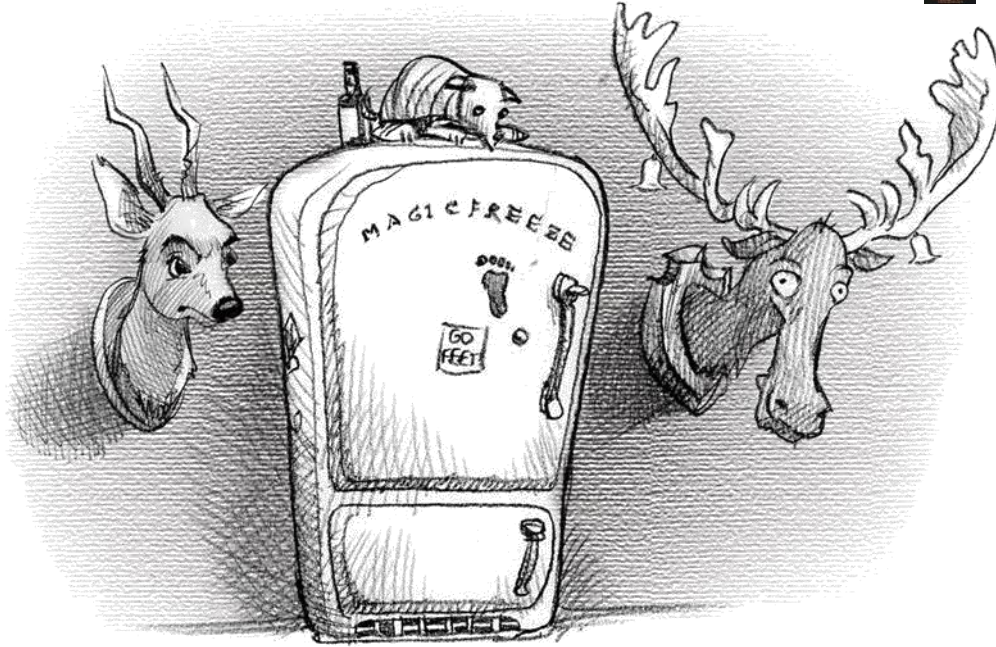
—Entonces será escribir líneas. Nos vemos en mi oficina esta tarde.

James suspiró.

—Sí, señor. Lo siento. ¿Cuál es su segunda pregunta?

El rostro de Wood se tornó muy levemente pensativo. James tuvo la repentina sensación de que el profesor estaba haciendo grandes esfuerzos para reprimir una sonrisa. En un tono de voz más coloquial, preguntó:

—¿Qué talla de camiseta usa?



Capítulo 11

Jardin d'Éden

La oficina Pie-grande del profesor Wood consistía en un pequeño espacio en la esquina de la sala de juegos del sótano de la mansión Apolo. Un único y desvencijado escritorio se aposentaba cerca de la vieja nevera gigante, observada por las cabezas disecadas de Heckle y Jeckle. Ambas cabezas estaban despiertas y escuchando atentamente mientras Wood daba a James instrucciones para que comenzara la escritura de líneas.

—Es por principios en realidad—dijo Wood disculpándose. —No puedo ser visto poniéndotelo fácil, James, tengo que proceder con precaución, sobre todo si vas a jugar para el equipo Pie-grande de Clutchcudgel. Unas cien líneas deberían ser suficientes.

—Esto no son precisamente líneas, profesor —le dijo James tentativamente, bajando la mirada hacia el cuadernillo que tenía en la mano. La cubierta era de

color gris con deslucidas letras plateadas en relieve que rezaban: «Estatutos oficiales y regulación general del deporte Clutchcudgel, de Quincy Dirk Triplington; Comisionado para la liga parroquial de Clutchcudgel de los Estados Unidos».

—Líneas son líneas, cadete —habló una voz cercana. James alzó la vista para ver a Heckle, la cabeza de ciervo, estudiándolo severamente. —También pueden serle útiles, ¿no?

—¿A quién le hablas? —inquirió Jeckle, la cabeza de alce, levantando el mentón y balanceándose hacia atrás y adelante sobre su corto cuello. Una campanilla tintineó débilmente desde la cornamenta de donde estaba colgada. —No puedo ver. Alguien sustituyó mis ojos por pelotas de pimpón otra vez.

James se percató que los ojos de la cabeza de alce en efecto habían sido reemplazados por un par de pelotitas blancas, cada una decorada a mano de pupilas inyectadas de sangre caricaturizadas. Hizo una mueca de incomodidad.

—Jeckle está en lo cierto —replicó Wood, suspirando con fuerza. —No tiene sentido copiar repeticiones sin significado. Cien líneas del primer capítulo, *Una introducción al juego*, debe caerte muy bien.

—Yo soy Heckle —corrigió la cabeza de ciervo de manera cortante. —Él es Jeckle.

—Soy Jeckle *yo* —coincidió a ciegas la cabeza de alce, sus ojos saltones oteando en dos direcciones diferentes. —¿A quién le hablas?

—Este nuevo cadete, que posee habilidades anormales de vuelo, nos va a dar una oportunidad de luchar en el torneo de este año, grandísimo cerebro cornudo. Prestad atención, ¿queréis?

—¿Sabes?, te has vuelto un verdadero gruñón desde que estofaron tu cuerpo —bufó Jeckle, dándose la vuelta.

—Ni siquiera *recuerdo* haber tenido un cuerpo, cabeza peluda llena de serrín —se quejó Heckle. —Pero al menos yo *era* lo suficientemente sabroso para ser comido. Me han dicho que utilizaron tu cuerpo como trabapuestas grande, pero lo desecharon porque vivía tirándose pedos cada vez que la puerta lo golpeaba.



—Cambio de tema —interrumpió Wood, volviéndose hacia James de nuevo.

—Te sigo diciendo —insistió Jeckle en voz alta, —que todavía *tengo* mi cuerpo. ¡Está justo pegado al otro lado de esta estúpida pared! ¡Si tan sólo pudiera romperla y liberarme, lo verías! —La cabeza de alce se revolvió en su sitio y gruñó endeblemente.

Heckle giró sus vidriosos ojos.

—Claro, te sigues diciendo eso a ti mismo, alce horrible.

—*Cambio de tema* —repitió Wood en voz alta, lanzando una mirada de advertencia a las cabezas disecadas de la pared. Jeckle, por supuesto, evitó la mirada y continuó retorciéndose hacia atrás y adelante, pateando con sus piernas inexistentes. Heckle echó un vistazo a Wood de nuevo con sus cejas arqueadas desafiantemente, como diciendo, *¿qué me vas a hacer? Ya soy una cabeza disecada en la pared.*

—Retomando el tema —exhaló Wood, girándose hacia James. —El Clutch puede ser un deporte un tanto complicado, pero te acostumbrarás rápidamente puesto que ya tienes conocimientos del Quidditch.

—Hum —comenzó James, mirando a su alrededor. —Yo, uh, realmente no, ya sabe... no *juego* al Quidditch. No oficialmente. No en ese sentido.

Wood frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir? Estás entrenando con el equipo de Gryffindor, ¿verdad?

—A decir verdad, no con en el equipo exactamente —respondió James con abatimiento. —Quiero decir, claro que apoyo al equipo. Pero de lejos. Yo, eh, tenía previsto entrar al equipo este año.

—¡Pero la manera en que volaste...! —le atajó Wood, sacudiendo la cabeza con asombro.



—Fue específicamente en skrim —matizó Zane en un sofá cercano, desde donde observaba con interés. —Créame. He visto a James en acción sobre una escoba común y corriente. Nada mal, pero no como para que alguien le pudiese llamar «el mago de la escoba». Por así decirlo.

—Yo le salvé de cierta calamidad la primera vez que hizo las pruebas para entrar al equipo —Ralph esbozó una sonrisa desde su lugar junto a Zane, sujetando su enorme varita de punta verde. James miró al techo y luego volvió a mirar a sus amigos.

—Pues bien —respondió Wood sin darle interés. —No importa, por supuesto. Lo que es importante es que pareces entusiasta con la skrim y ése es tu fuerte. Podemos enseñarte las especificaciones del juego durante la próxima semana y las líneas te servirán de ayuda. Contamos con una sólida alineación, si se me permite decirlo. Tú podrías ser justo el indicado para catapultarnos a la cima este año.

Zane arrugó la cara en un esfuerzo por no reírse.

—¡Vamos a poner a los Zombis en su debido lugar! —prorrumpió Norrick descaradamente desde un sillón cercano.

Jazmine, la bastante corpulenta Veela, se sentó frente a él.

—Ah, en la mejor manera posible, por supuesto —recalcó, y sonrió tímidamente a Zane.

—Se necesita más que voladores excelentes para ganar en Clutch —dijo Zane con indulgencia, sin cruzar la mirada con Norrick. —El juego mágico de los Zombis va a ser especialmente fuerte este año. ¿Qué habéis planeado vosotros los Pie-grande en ese ámbito?

—No *te* gustaría saberlo —el pequeño chico, Wentworth, intervino desde su propia silla, sentado con la espalda recta e hinchando su angosto pecho.

—Claro que me gustaría —concertó Zane con una sonrisa. —¡Y apuesto a que a *ti* también!

—Basta, señor Walker —suspiró Wood. —Dejemos de lado los comentarios sarcásticos para provocar al contrincante. La casa Pie-grande se enorgullece de disponer de un juego honesto, puro y sencillo. Los buenos fundamentos son nuestra primordial estrategia.

Zane encogió los hombros y se derrumbó en el sofá de modo que sólo la parte superior de su cabeza quedó visible.

—Hasta ahora esa estrategia ha hecho maravillas por vosotros —ironizó con voz apagada.

—Mañana será sábado —anunció Wood, haciendo caso omiso de Zane. — Nos reuniremos en la Duna Pepperpock después del desayuno, ¿de acuerdo? Te daremos un curso intensivo sobre los conceptos básicos del juego antes de empezar la práctica oficial. Te pondrás al día en poco tiempo.

—Asistiré también —sonrió Ralph, torciendo la boca. —Y llevaré mi varita. Nunca se sabe cuándo resultará útil.

James sacudió la cabeza, afligido, pero no pudo evitar sonreír al chico más grande. Tantas cosas a realizar el sábado, pensó, pero se sentía bastante bien al ser considerado como miembro del equipo. Determinó que iba a hacer todo lo que tuviera a su alcance para dominar el deporte de Clutchcudgel en el menor tiempo posible. Con su ayuda, tal vez el equipo *podría* incluso ganar el torneo y destronar a los actuales campeones Hombres—lobo. Eso ciertamente pondría a Albus en su lugar, ya que ninguna otra cosa podía.

—*En la guerra y en el amor, todo vale* —murmuró para sí mismo mientras subía los escalones de su dormitorio, con el reglamento de Clutchcudgel en la mano. — Vamos a ver cómo te sientes al respecto cuando sepas que se dio vuelta la tortilla, hermanito.





Conforme pasaban los días y James asistía a las prácticas del Clutchcudgel con el resto del equipo de la casa Pie—Grande, estaba llegando efectivamente a sentir confianza en que podría ayudar a impulsar al equipo a la victoria durante el transcurso del año.

—Así que ya conoces las tres posiciones en el Clutchcudgel —le explicó Wood, mientras regresaban de la práctica una fría tarde de otoño. —El goleador, el agresor y el protector. Los goleadores son para la ofensiva, los agresores y protectores son la defensiva. Aunque te habrás dado cuenta de que no has sido asignado a ninguna de estas posiciones.

—Sí, me di cuenta de eso —estuvo de acuerdo James, caminando con la brisa espesa en la cara. —He estado jugando cada posición en todas las prácticas. Pero todos los demás también lo han hecho. Incluso Mukthatch salía como protector de vez en cuando, lo que no entiendo en absoluto, ya que esos brazos de Pie-grande son casi tan largos como palos de escoba y tan fuerte como tronco de árbol. ¿Cuál es el motivo?

—El motivo *es*, que en el equipo Pie-grande todo el mundo está capacitado para jugar en cualquier posición —Wood asintió con la cabeza, mirando a James a un lado. —De esa forma no tenemos ningún punto débil. Con los otros equipos, si su goleador estrella queda apartado del terreno de juego gracias a una lesión o a un hechizo bien atinado, el equipo entero sufre la pérdida. Solamente un equipo es tan fuerte como su jugador más fuerte lo sea, ya sabes. En la casa Pie-grande cada jugador es tan fuerte como los demás.

James frunció el ceño al volver a pensar en las habilidades de sus compañeros de equipo.

—¿Qué tan fuerte exactamente?



—Bueno —contestó Wood. La pregunta le había tomado desprevenido. —Lo suficientemente fuerte, por lo menos. Bastante sólido, si es lo que quieres saber. El asunto es que si perdemos a uno de los miembros del equipo, cualquier otro miembro del equipo está preparado para ocupar su lugar. Incluso Mukthatch en el aro de meta. Harold Gobbins es bueno siendo lo que es y cuenta con un buen alcance, y Jazmine Jade tiene la fuerza de cualquiera de dos chicos de su tamaño, a pesar que odiaría que alguien lo supiera. Francamente, me sería muy dificultoso encontrar a alguien tan excelente sobre la skrim como tú, amigo. Haces sentir a tu viejo padre orgulloso. Vaya, ¡apuesto a que incluso podrías vencerlo, de skrim a escoba!

Wood palmoteó efusivamente los hombros de James mientras andaban, y James mostró una amplia sonrisa incluso aun cuando su rostro había enrojecido. Los dos caminaron en silencio por un rato, pasando grupos de estudiantes mientras se abrían camino a través del campus. Finalmente, James alzó la mirada hacia el profesor.

—Conque conoció a mi padre cuando era niño, ¿no fue así?

Wood se echó a reír.

—Sí, lo conocí. Le enseñé a jugar Quidditch, tal cual como te estoy enseñando a jugar *Clutchcudgel* a ti. Como una rueda que está dentro de otra rueda, ¿no? El destino tiene sentido del humor.

James se quedó pensativo.

—¿Cómo era él de niño?

Wood bajó los ojos hacia James.

—Bastante como tú, supongo. Aunque se parecía mucho más a tu hermano.

—Eso es lo que dice todo el mundo —alegó James, sacudiendo la cabeza.

—Y me imagino que también estás bien cansado de estar oyendo eso —coincidió Wood con seriedad. —Pero a decir verdad, veo mucho más de él en ti, en cuanto al tipo de hombre en que te estás convirtiendo. Él tenía un temperamento



más intenso, pero en realidad no lo podías culpar, no después de todo por lo que había pasado y con su lamentable situación familiar.

—Los Dursley —suspiró James. —He oído hablar de ellos. Al menos un poco.

—¿Nunca los viste?

James negó con la cabeza.

—Ni una sola vez. El tío Vernon de papá murió hace unos años y papá y mamá fueron al funeral. Escuché que Petunia Dursley apenas le dirigió la palabra a alguno de ellos, aunque su primo Dudley se comportó lo suficientemente decente. Invitó a tomar el té a mamá y a papá a su casa después del servicio religioso en el cementerio. Dudley ya es un adulto y tiene hijos propios. Mamá dijo que sería una justicia poética si uno de los hijos de Dudley fuese una bruja o un mago, pero no ocurrió así ni nada por el estilo, al parecer. Su esposa era muy agradable, aunque no se enteró que papá y mamá eran personas mágicas. Les conoció creyendo que eran vendedores de seguros o algo así. Eso fue lo que Dudley le dijo.

—Uno no debería ser tan duro con ellos —dijo Wood con estoicismo. — Resulta un tanto difícil para muchos muggles tener que lidiar con nosotros, los magos. Eso hace girar de pies a cabeza su mundo, si sabes a lo que me refiero.

James se encogió de hombros. Cuando se acercaron a la mansión Apolo, habló de nuevo:

—Pero, ¿qué le trajo aquí, profesor? —preguntó. —A los Estados Unidos, digo. Si no tiene problema alguno en que pregunte.

Wood respiró hondo y miró hacia el cielo gris.

—En realidad, mis padres —respondió al exhalar el aire.

James tenía curiosidad.

—¿Para qué?

Wood lo volvió a mirar, como si estuviese ponderando la forma en que debía responder. Después de un momento, suspiró de nuevo y apartó la mirada.



—Es un poco complicado, me temo. A simple vista, pensaban que si me traían aquí podría adquirir un buen diploma avanzado en la escuela de posgrado, expandir mis conocimientos, fomentar mi aprendizaje y convertirme en profesor, como siempre habían anhelado. Pero esa no fue realmente la verdadera razón del viaje.

James esperó, pero Wood no parecía tener nada más que decir sobre el asunto. Juntos se aproximaron a la mansión Apolo que se asentaba como un ladrillo gigante bajo el descolorido cielo. El viento susurraba ruidosamente bajo el alero y alzaba hojas muertas en el aire. Al cabo de un rato, James se dio cuenta de que el profesor Wood había dejado de caminar. Con curiosidad miró hacia atrás para ver al hombre de pie en medio del estrecho sendero, sonriendo muy ligeramente.

—Mis padres huyeron temerosos —dijo Wood en un hilo de voz, bajando la mirada para encontrarse con la de James. —En realidad creo que fue así de simple. Probablemente no lo entenderías, pero fue una época en que ser bruja y mago era aterrador, o incluso muggle, aunque muy pocos de ellos lo sabía.

Wood se detuvo de nuevo y apartó la mirada hacia lo largo del campus. Masticó sus palabras por un instante y luego prosiguió.

—Después de todo, fue el período del regreso de Voldemort. Nadie sabía lo que iba a suceder. Los mortífagos estaban apoderándose del ministerio, e incluso Hogwarts había llegado a pasar al control de los subalternos de Voldemort. Nadie se sentía a salvo. Conforme pasaba el tiempo, las dos líneas de batalla se envalentonaron y crecieron más definidas.

»Mis padres... no eran combatientes. Ellos sabían que lo que estaba sucediendo era maligno, pero tuvieron miedo. No supieron qué hacer. Como las cosas empeoraron, tenían la intención de hacer lo único que pensaban que era lo mejor. Planearon irse, escapar. Aunque no quería huir con ellos. Quería quedarme y luchar. Me suplicaron que partiera con ellos, pero me negué. Pese a todo, estaba jugando para la reserva del Puddlemere United por eso días, pero aún más importante que eso, estaba comprometido a formar parte de la resistencia junto a tu padre y al resto de mis viejos compañeros de escuela. Cuando la batalla ocurrió,



estuve allí. Vi a Remus derribado por Antonin Dolohov. Recuerdo haber visto a Fred Weasley luchando como un hombre embravecido, aunque no alcancé a ver la explosión que lo mató.

»Cuando todo terminó, estaba contento por haber estado allí y haber aportado mi parte, pero echaba de menos a mis padres. Empecé a sentir que los había abandonado al quedarme. Tan pronto como pude, los seguí hasta aquí, es decir, pretendiendo llevar a cabo lo que originalmente habían planeado para mí, entrar a la universidad y convertirme en profesor. Los encontré aquí, pero parecían... más viejos. Casi consumidos. Habían leído sobre la batalla de Hogwarts en la prensa mágica estadounidense, pero ninguno de sus nuevos amigos de aquí entendía algo del tema. Muy pocos de sus vecinos celebraron el final de los mortífagos. Al fin y al cabo, ninguno de ellos lo había vivido en carne propia. No sabían lo que había sucedido...

Wood se detuvo mientras su voz desfallecía, perdida en la brisa cada vez más fría.

James se acercó un paso más al profesor.

—Pero... ¿entonces por qué se quedó aquí?

Wood lo miró pensativamente, moviendo la cabeza.

—De verdad que no lo sé. Asistí a la universidad por supuesto, aquí mismo, en la vieja y buena Alma Aleron. Pero cuando terminé ya no podía regresar a Inglaterra. Mis padres tenían miedo de perderme otra vez. Y encima de todo, por extraño que parezca, creo que se avergonzaban de lo que había hecho. Nunca hablaban de ello, pero había cierta actitud aquí en los Estados Unidos; una especie de confusión acerca de quién realmente estaba en el bando correcto y quién en el incorrecto durante aquella batalla. Mis padres habían comenzado a reflexionar sobre el mismo tipo de cosas. Se habían olvidado de cómo las cosas ocurrieron verdaderamente. Nunca hablaron de mi contribución en la lucha, y si alguna vez lo mencionaba desviaban la mirada, como si estuviera hablando de algún tabú. Me quedé porque... quería que ellos supieran la verdad.



James no entendía muy bien las palabras de Wood o lo que había sucedido con sus padres, y preguntó:

—¿Cuál *era* la verdad?

Wood parpadeó hacia el muchacho.

—Pues que lo que hice fue lo apropiado. Que aquella fue una pelea por la que valió la pena pelear. Que yo había hecho lo correcto.

James asintió lentamente.

—¿Ahora lo saben?

Wood volvió a apartar la mirada.

—Mis padres murieron hace años —dijo apáticamente. —Cualquiera que sea la verdad que hay que saber, la conocen ahora, supongo.

James quería preguntar por qué Wood seguía prefiriendo quedarse ahora que sus padres estaban muertos, pero el profesor parecía haber terminado de hablar. Sonrió rígidamente a James y le dio una palmada en el hombro, con menos entusiasmo esta vez.

—Andando, James. Estuvo bien el entrenamiento. Debería permitirte que llegues a la cafetería mientras haya todavía algo de comida para comprar.

James asintió y siguió a Wood por la sombra de la mansión Apolo. En su fuero interno creía que había entendido por qué el profesor decidió permanecer en los Estados Unidos a pesar de que sus padres habían muerto. James no conseguía expresarlo en palabras (al menos no muy fácilmente) y, sin embargo, la forma de ese pensamiento estaba suficientemente clara en su mente. Los padres de Wood podrían haber muerto, pero la misión de Wood no estaba completada. De alguna manera, James entendía que la cuestión no residía en si los padres de Wood creían que había hecho lo correcto al quedarse y luchar en la batalla. El meollo del asunto era si él, Oliver Wood, creía en eso.





El día del primer partido de la temporada de Clutchcudgel, James, Ralph y Zane tenían la clase de elaboración de pociones más temprano. Había sido programada para que comenzara justo después del almuerzo, un poco antes del horario regular que era una hora más tarde, por razones que aún no habían sido explicadas. El profesor de Pociones de Alma Aleron era un hombre muy alto, de piel muy oscura y que solía mostrar una sonrisa omnipresente, que tendía a producir un efecto algo perturbador en los estudiantes que se sentaban debajo de ella. Su nombre era Fenyang Baruti y al parecer provenía de la isla de Haití. Tenía una voz muy profunda y un leve e hipnótico acento francés. Lo que sonaba altivo y arrogante en la tía Fleur, no obstante, sonaba ronco y profundamente misterioso en el profesor Baruti. A James le agradaba el profesor, aun cuando resultaba bastante difícil saber con exactitud si el hombre era técnicamente *bueno*.

—Eso es justo lo que *te* gusta de él —había resoplado Rose desde el fragmento del espejo unas cuantas tardes antes, sentada en el sofá delante de la chimenea de Gryffindor a miles de kilómetros de distancia. —A mí me parece que es una de esas personas que mantienen intencionadamente su lealtad en secreto, de manera que pueda evitar ser encasillado en cualquiera de las divisiones obvias de la vida. Tal tipo de personas no son de las que uno puede fiarse cuando las cosas llegan a un callejón sin salida.

—Tal vez —había convenido Zane desde el lado estadounidense del fragmento. —Son mucho más geniales que los sujetos buenos. Y también tienden a atraer a todas las chicas. —Sonrió con erudición hacia el fragmento.

—Es cierto —coincidió Ralph con un gesto serio. —Baruti se hizo con Petra. Es la asistente del profesor.

Rose entrecerró los ojos.



—No creo que eso sea exactamente lo que quería decir —dijo, mirando furtivamente de Zane a Scorpius, quien estaba sentado en una silla cercana en el lado de Hogwarts del espejo.

A diferencia de la clase de Pociones de Hogwarts, la versión de Alma Aleron se impartía en un aula luminosa bien ventilada a medio camino de la Torre del Arte. La habitación estaba delimitada por las ventanas que daban a un adornado pero precariamente torcido balcón. En días buenos, el profesor Baruti era conocido por sacar a su clase al balcón, con calderos, morteros y pilones en mano, para realizar sus tareas mientras se sentaban con las piernas cruzadas bajo el sol. Esto, según él, le recordaba a su infancia en Haití, cuando su padre y su madre le habían enseñado el arte de preparar y mezclar pociones en el techo de su pequeña casa asediada por el silbido del viento y el cotorreo de los pájaros. El balcón se inclinaba de tal manera que si un pilón se derribaba era propenso a rodar por todo el agrietado suelo; y caía cientos de metros hasta el suelo de abajo, lo que daba a las soleadas tardes un cierto aspecto nervioso. James estaba muy seguro de que cuando la brisa soplaba, podía sentir el balcón temblar ligeramente por debajo de él.

Hoy, sin embargo, un riguroso viento otoñal y la agitada lluvia impedían que la clase se llevara a cabo en el balcón, y a James le contentaba un poco. Cuando él, Ralph y Zane se acercaron a los estantes para recoger sus suministros, el profesor Baruti entró por la puerta de la oficina en la esquina de la habitación. Petra lo seguía, cargando una pila de pergaminos y llevando al hombro un bolso grande de cuero.

—Hoy no necesitaréis vuestros calderos, estudiantes —comunicó Baruti con su carrasposo acento, sonriendo aún más indulgente de lo habitual. —En la jornada de hoy, vamos a dar un pequeño paseo para admirar la elaboración de pociones en una de sus formas más puras y esenciales. Podéis dejar vuestras mochilas aquí y recogerlas después que regreséis, pero tomad asiento mientras la señorita Morganstern distribuye vuestros deberes escritos. En general, hallé vuestros trabajos aceptables, si bien con poca inspiración. Sin embargo eso no es culpa vuestra, sino más bien de vuestros profesores de Pociones anteriores, cuya



carencia de pasión por el tema, desde luego, los ha dejado igualmente aburridos. Situación que va a cambiar con certeza ahora que estáis en *mi* clase.

—Probablemente esté en lo cierto —susurró Zane. —El año pasado estuve en Introducción a las Pociones con el profesor Fugue. No sólo era que estaba aburriéndonos. ¡Nos obligaba a usar gafas protectoras hasta para cortar limones! Es muy difícil quitarle la diversión a la disección de una Acromántula de su saco de veneno, pero se las arreglaba para conseguirlo.

Petra pasó por delante de su mesa y colocó el ensayo de James frente a él. La puntuación en la parte superior del pergamino estaba impresa en tinta roja: R+.

—Ligeramente mejor que un «rutinario» —explicó en voz baja. —Nada mal considerando que el promedio del grupo es de «mediocre negativo». Por cierto, Izzy envía saludos.

James le sonrió, pero no consiguió pensar en nada que decir. La muchacha pasó a su lado, continuando con la repartición de los trabajos escritos. Cuando hubo terminado, Baruti ordenó a la clase que lo siguiera por el pasillo. Farfullando con curiosidad, los estudiantes comenzaron a descender varios niveles por la escalera de caracol de la Torre del Arte. A lo largo del camino pasaron por las aulas para lecciones de música, clases de arte mágico, e incluso una clase de baile mágico concurrido mayormente por alumnos Duendes en mallas y trajes de color amarillo y rosa. La profesora de piano dejó de tocar y miró enfurecida y con impaciencia mientras los estudiantes de Pociones se agrupaban ruidosamente por las escaleras a una esquina de su estudio. Un chico Duende increíblemente apuesto temblaba sobre los dedos de los pies, haciendo levitar a su pareja por encima de la cabeza en una pirueta a medias durante la pausa de la música.

—Entonces, ¿adónde vamos? —James preguntó a Zane.

—Ve a saber —replicó Zane vigorosamente. —Pero cualquier cosa que nos saque fuera del salón de clases por un día es algo bueno según mi libro.

Ralph miró de reojo a James a medida que descendían más allá de la academia de baile.

—¿Estás preocupado por el partido de esta tarde?

—En realidad no —dijo James, pero su voz traicionaba su propia sorpresa. — Tal vez me ponga nervioso más tarde, pero por el momento sólo estoy deseando que llegue la hora. Hemos estado practicando durante casi toda la semana. Estoy listo para ver por fin un partido en acción.

—Estaré animándoos por esta ocasión —afirmó Zane alentadoramente. — Apenas vais a jugar con los Igores. Aunque la próxima semana será contra la casa Zombi. Y por tal motivo voy a tener que respaldar al amarillo y al negro. Sin resentimientos.

—Ya que estamos, ¿en qué posición *juegas*? —preguntó Ralph a Zane con curiosidad, pero el chico rubio se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Soy el suplente ordinario que se queda en la banca —confesó. —No creísteis de verdad que pertenecía al equipo Zombi de Clutch, ¿verdad?

Tanto Ralph como James se sorprendieron.

—¿No? —respondió James, parpadeando.

Zane volvió a reír.

—Ambos me halagáis. Nunca conseguí sostenerme sobre la skrim. Llamadme purista, pero cuando estoy a unos treinta metros del suelo, prefiero estar con las dos manos agarradas a algo sólido. Vosotros los surfistas del aire estáis totalmente chiflados, si queréis saber. Juego para los equipos de Swivenhodge y Quidditch de la casa Zombi, pero en realidad a nadie le importa esos juegos. Es más que nada por diversión, no para que nos esforcemos por matarnos unos con otros en el campo. Las auténticas rivalidades por aquí en Aleron están en el Clutch.

Mientras la clase llegaba al vestíbulo principal de la Torre del Arte con su margen curvo de puertas de vidrio colorido, el profesor Baruti se detuvo y esperó a que los estudiantes se amontonaran alrededor. Tarareando para sí mismo, escarbó en el bolsillo de su pintoresca y elegante túnica. Cuando sacó la mano sostenía un sobrecito.

—Señorita Worrel —asintió hacia una chica de la parte delantera. —Quizás esté dispuesta a hacer los honores. Yo mismo lo haría, pero por desgracia, solamente funciona con el aliento de una joven dama. Muchas pociones en polvo resultan difíciles de realizar de esa manera.

Emily Worrel, una chica flacucha de la casa Igor con anteojos bastante gruesos y cabello castaño descolorido, dio un paso adelante.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó con timidez.

—Cuando te dé la señal —dijo Baruti gravemente, levantando un dedo, —sopla tan fuerte como puedas, como si estuvieras soplando las velas de tu pastel de cumpleaños. ¿Puedes hacerlo?

Emily se encogió de hombros y miró nerviosamente a su alrededor.

—Supongo que sí.

Baruti sonrió de nuevo. Primorosamente, elevó el sobrecito y derramó un polvo fino y blanco en la palma de su mano derecha. Sujetándolo con sumo cuidado, abrió empujando una de las puertas de cristal de colores, dejando entrar el sonido de la lluvia que caía en las escaleras exteriores. Sosteniendo la puerta abierta, le guiñó un ojo a la chica Igor.

—Ahora, señorita Worrel.

La muchacha respiró, se inclinó hacia adelante y sopló tan fuerte como pudo. La polvorienta poción se arremolinó fuera de las manos de Baruti y atravesó volando la puerta, formando complicados remolinos en el aire húmedo. Sin embargo, cuando se fusionó con la brisa lluviosa, el polvo cambió. Soltó chispas y relumbró débilmente, esparciéndose pero no disminuyendo, originando una especie de torre de luz, surcado sutilmente por algunos arcoíris.

—Una nimiedad —admitió Baruti con una sonrisa, —pero una muy útil. Corpúsculos de trueno mezclado con una pizca de polvo de oro leprechaun. Vosotros mismos podéis mezclarlos, utilizando las proporciones que se encuentran indicadas en la página cincuenta y uno de vuestros libros de texto. —Dio un paso bajo el tenue y cambiante resplandor y miró hacia arriba. Ni una gota de lluvia



cayó encima de él a pesar de la fortalecida tormenta. Un momento después, volvió a mirar a los estudiantes que se agrupaban justo en el interior. —¡Vamos, andando! —Con una risita en su voz, les dirigió con un ademán para que se pusieran en marcha.

Zane se encogió de hombros.

—El profesor Fugue nunca hizo *esto* —anunció efusivamente, y salió a la lluvia. James y Ralph lo siguieron, y pronto todos los alumnos se dirigían por el campus empapado, completamente secos pese a la creciente lluvia. Unos cuantos estudiantes mayores que se dirigían retrasados hacia sus propias clases pasaron corriendo con las mochilas sostenidas sobre sus cabezas, con los pies arrojando salpicaduras a su paso. Baruti caminaba reposadamente, volviendo a tararear para sí, mientras el arcoirizado fulgor los seguía por lo alto, absorbiendo la lluvia con una especie de siseo. El grupo balbuceó feliz y se aglomeró en torno a Emily Worrel, que sonrió cohibida y se encogió de hombros.

—No sabía que tenía eso dentro —la escuchó decir James.

James se encontró distanciándose hacia la parte trasera del grupo, donde Petra caminaba solitaria, su bolso de cuero todavía le colgaba del hombro. Sostenía un libro negro de gran tamaño en su brazo derecho.

—Y bien, ¿sabes a dónde vamos? —él le preguntó.

La muchacha negó con la cabeza.

—El profesor Baruti nunca habla de sus clases con antelación. Apenas sí logra seguir algún programa de estudios. No lo manifestó, pero creo que ni siquiera él mismo sabe lo que va a enseñar de un día para otro. Organizó esta salida justo ayer por la tarde.

James asintió, pensando en la mención referente al anterior horario de clase que había llegado durante el desayuno esa misma mañana.

—¿Y cómo es trabajar con él? —preguntó. —¿Estás disfrutando ser la asistente de un profesor?

—Con el profesor Baruti sí, lo disfruto —asintió Petra. —Es una persona inusual, pero sabe lo que hace y está más que dispuesto a enseñarme. Pociones nunca fue mi fuerte, ya sabes. Otro tipo de magia... bueno, de alguna manera era algo natural para mí, así que fue fácil depender solamente de ella. Ahora, sin embargo, estoy empezando a comprender realmente lo valioso que es la elaboración de pociones.

—¿El profesor te está enseñando? —preguntó James, mirándola de lado. —
¿Como clases particulares fuera de horario?

Petra hizo un ademán afirmativo.

—Me está enseñando muchísimas cosas, no sólo a crear pociones.

James sintió un torbellino de celos. Sabía que tenerlos era completamente estúpido, pero eso no hizo que el sentimiento desapareciera.

—¿Qué otra cosa te está enseñando?

Petra esbozó una sonrisa torcida, como si estuviese renuente a admitirlo. —
Bueno, me está enseñando francés.

—¿Francés? —James parpadeó sorprendido. —¿Quieres decir, el idioma?

—¡Por supuesto, tonto! —se rió Petra. —Es su lengua materna. Yo siempre he querido aprenderla. Es un idioma hermoso y... no sé. Siempre pensé que sería fantástico aprender. También puede resultar útil algún día. ¿No has pensado alguna vez que podría ser provechoso saber otro idioma?

—Hum, sí, claro —mintió James, mirando a otro lado y pasándose los dedos por el pelo.

Petra suspiró y apreció el libro que cargaba bajo el brazo.

—Me ha estado leyendo esto. Está en francés, pero como ya estoy familiarizada con la mayoría de las historias, se hace mucho más fácil de entender. Dice que fue así como aprendió inglés, cuando era apenas aún un jovencito.



—¿Qué es? —preguntó James, bajando la mirada hacia el enorme libro encuadernado en cuero.

—Es una Biblia —contestó Petra, bajando la voz. —«*Les Saintes Écritures*». Cuando era muy joven, mi abuela solía leerme su gran Biblia familiar. Me acuerdo de esas historias incluso mejor que de los cuentos para antes de dormir que mi abuelo Warren me relataba por las noches. De alguna manera, las historias de la abuela eran aún más mágicas. Jonás y la ballena, Daniel en el foso de los leones, incluso Adán y Eva en el jardín del Edén. O el «*jardin d'Eden*», como se le llama en francés.

James hizo un gesto aprobatorio.

—La tía Fleur habla francés —dijo, sin saber qué más decir. —Y ahora también el tío Bill. Se vio obligado a aprender y así podía entender lo que Fleur y Victoire decían a sus espaldas.

Al pasar por delante del Archivo, Petra colocó el gran libro bajo el brazo una vez más. James echó un vistazo a un lado y advirtió que todavía había unos cuantos estudiantes Hombres—lobo mayores, que montaban guardia en impermeables y con tricornios, posicionados alrededor de la entrada. Habían estado allí desde el ataque a la bóveda de los destinos, aunque James no podía imaginar lo que estaban resguardando, considerando lo que ya había acontecido. Se rumoreaba que el celador del Archivo, el señor Henredon, había sido transferido a un pabellón secreto de la escuela médica del campus, donde seguía ostensiblemente congelado a pesar de los mejores esfuerzos que hacían los sanadores. James volvió a mirar a Petra, con la curiosidad de saber lo que ella pensaba de los guardias del Archivo, pero ella no le estaba mirando. Un momento después, en voz muy baja, James preguntó:

—Petra, ¿sigues teniendo sueños?

Petra pestañeó y lo miró de reojo. Pensativamente, respondió:

—Ahora estoy teniendo sueños diferentes.

James frunció el ceño.



—¿No el sueño sobre el que escribiste?

—No —se limitó a decir.

James siguió andando durante un buen rato. Más adelante, el profesor Baruti parecía estar conduciendo a la clase por las ruinas de la mansión de los Roberts, hacia el sauce zurcador del otro extremo del campus. James miró de reojo a Petra otra vez.

—¿Hay un castillo en tu sueño? —preguntó, con su voz casi en un susurro. —
¿Un inmenso castillo negro? ¿Sobresaliendo por el borde de un acantilado?

Petra miró a James repentinamente, arrugando la frente.

—¿Cómo sabes eso?

James sacudió la cabeza, sin saber qué responder.

—Yo... creo que vi... parte de él. Por accidente. Cuando toqué la historia del sueño. —Se detuvo y evocó sus pensamientos por un momento antes de continuar. —Creo que todavía estamos... conectados, de algún modo. ¿Recuerdas la hebra plateada que apareció cuando caíste de la popa del *Gwyndemere*?

Los ojos de Petra se estrecharon.

—Sí —respondió ella a regañadientes.

James tragó saliva.

—Bueno, creo que aún está ahí, simplemente invisible. No sé de dónde vino, o por qué ocurrió, pero es... poderosa. Es como si de alguna manera me hubiese enlazado a algo más grande que yo, pero no sé a qué. Y ahora... no desaparece.

—Puedo sentirla —susurró la muchacha, sin sonreír. —Pero no sabía que podías sentirla también.

—Antes no podía —repuso. —Por lo menos no hasta que rocé tu historia del sueño en el fondo de mi mochila. Fue apenas una visión fugaz, pero vi algo parecido a un castillo gigantesco, feo, escabroso y bastante oscuro. Estaba situado

en una especie de acantilado, sobresaliendo justo del borde, casi como si estuviera sosteniendo el acantilado y no al revés. Sólo pude captar una idea de todo eso, ya que era demasiado fuerte... demasiado, de cierto modo, *pesado*. ¿Es eso lo que aparece en tu sueño?

Petra permanecía escrutando a James mientras caminaba, con los ojos entrecerrados. Finalmente, tomó un largo y profundo aliento.

—Es sólo un sueño —respondió, volviendo su mirada a los estudiantes que marchaban por delante de ella. —No como lo que era antes. No como lo que escribí. El director Merlín me dijo que le diera caza siguiéndole el rastro, y eso fue lo que hice. Ya no he vuelto a tener el sueño de esa noche en el lago, aquel en el que Izzy muere. De hecho, no he tenido ese sueño desde el ataque en el Salón de Archivos. Es como si algo hubiese roto el hechizo, o lo hubiese cambiado. Puedo sobrellevar... este sueño.

James contemplaba a Petra mientras hablaba. Su voz sonaba calmada, pero dejaba entrever algo recóndito debajo de sus palabras; había algo allí, sigiloso y reservado.

—¿Petra? —preguntó en un susurro. —¿Eras tú esa noche? ¿Cuándo atacaron la bóveda de los destinos? ¿Estabas... quizás... caminando sonámbula?

—Yo estuve en mi habitación toda esa noche —respondió insípidamente. —Izzy estaba conmigo. Estábamos durmiendo. Exactamente como le conté a Merlín.

—Pero... —James se detuvo y sacudió la cabeza. —Podría haber *jurado* que eras tú. Me miraste. Y había otra mujer... Creo que alguien que reconocí del tren...

La voz de Petra sonaba extrañamente monótona.

—Estaba oscuro, James. Probablemente tus ojos estuvieron jugándote una mala pasada.

—Tal vez —concordó James débilmente. —Pero... ¿quién crees que era entonces? ¿Crees que realmente fueron esos dementes del FULEM?

Petra arqueó las cejas un poco, y luego miró a James de lado, mostrando por la comisura de la boca una irónica sonrisa. Ignorando la pregunta de él, dijo:

—¿Sabías que este libro cuenta la historia de los comienzos del mundo mágico? —Sopesó el negro tomo en sus manos otra vez.

James miró en dirección a la Biblia de cuero negro.

—¿La cuenta?

—Así es. Dice que cuando Dios creó a las personas, los seres celestiales descendieron a la tierra y se enamoraron de las mujeres humanas. Las tomaron como sus esposas, y cuando engendraron hijos, resultaron ser diferentes de los otros bebés. Algunos crecieron y se volvieron gigantes. Otros poseían poderes especiales. Fueron llamados los «nefilim». Fue ahí donde todo empezó. —Dio un golpecito sobre el libro.

—Guau —comentó James. —Nunca había escuchado semejante historia.

—Todo está justo aquí, en el libro de «*Genèse*», tan claro como el día. ¿Pero sabes qué otra cosa se encuentra en el Génesis? La historia del «*jardin d'Éden*». ¿Conoces la historia de Adán y Eva, James? —Miró al chico por el rabillo del ojo.

—Más o menos —respondió. —Fueron las primeras personas que Dios creó, ¿no?

Petra asintió con la cabeza.

—Dios los creó y los puso en un jardín perfecto. Tenían todo lo que necesitaban, y sólo había un mandato. No debían comer de un árbol muy específico.

—Lo recuerdo —dijo James, trayendo a su memoria la época en que su propia abuela Weasley le había contado relatos bíblicos cuando era un niño. —El árbol del conocimiento, ¿verdad?

—Eso es correcto —respondió Petra en voz baja. —El árbol del conocimiento. —Guardó silencio durante un buen rato, cavilando.



—Pero —incitó James, —no obedecieron, si mal no recuerdo.

—No —corroboró Petra, con su voz aún suave y distante. —No atendieron al aviso. Eva comió del fruto y luego le dio de comer a Adán. He estado pensando mucho en eso últimamente. Sólo había una cosa que se suponía que no debían hacer, y ella lo hizo de todos modos. Desobedeció por ambos, y nada ha sido igual desde entonces.

James sintió un escalofrío precipitarse sobre él. Observó a Petra, esperando a que ella prosiguiera. Cuando vio que no lo haría, preguntó:

—Entonces... ¿por qué crees que Eva incumplió?

Petra suspiró de nuevo y levantó la mirada al cielo gris, más allá del resplandeciente arco iris que continuaba desplazándose en lo alto. —Desobedeció porque creyó en su corazón que era la decisión correcta. No solamente para ella, sino para todos los demás. Fue esa la razón por la que comió del fruto, y por la cual le dio de comer a su marido, y a todos nosotros a lo largo de las generaciones que siguieron. Ella no era mala. Sólo estaba... mal informada. Estaba haciendo lo que *sentía* que era lo mejor.

James balanceó la cabeza.

—¿Y qué significa todo eso para nosotros?

Petra volvió a meter el libro bajo el brazo y tocó al chico en el hombro.

—Significa que no podemos confiar en lo que sentimos, James. No siempre podemos depositar toda la confianza en nuestros corazones. A veces, por difícil que parezca aceptarlo... el corazón es un mentiroso.

James estaba a punto de preguntarle a Petra qué tenía que ver esto con el sueño que la estaba asediando, aquél del que había tenido una angustiada visión cuando había tocado accidentalmente el papel en el que se hallaba escrita la historia del sueño, pero precisamente en ese instante la voz del profesor Baruti resonó por encima de la lluvia, interrumpiendo sus pensamientos.

—Todos, congregaos bajo el árbol —dijo, señalando hacia el sauce zurcidor.
—Agrupaos, bajo las ramas. Simulad que sois una gran familia feliz pasando unas pequeñas vacaciones. Esa es la actitud.

—¿A dónde vamos, profesor? —preguntó Norrick, asomándose por detrás de Emily Worrel. —¿No necesitamos autorizaciones para este tipo de cosas?

—No iremos lejos, no iremos lejos —replicó Baruti, agachándose él mismo bajo las ramas. —La política de la escuela estipula que la autorización de los padres debe ser adquirida para viajes de más de veinte millas. Nosotros apenas saldremos del campus. Esperad y veréis, esperad y veréis.

James se comprimió bajo la sombra del árbol, ubicándose junto a Ralph y Zane. Cuando se giró se encontró cara a cara con Petra. A esa proximidad, se dio cuenta de que estaban casi al nivel de la vista en estatura. Ella le sonrió, se apartó un mechón suelto de pelo de su rostro y luego se volvió para contemplar el campus.

Todavía tarareando, el profesor Baruti se abrió paso a empujones hacia el gran tronco nudoso del sauce zurcidor. Allí sacó de su túnica un trocito de pergamino y una pluma. Entrecerrando los ojos, echó un vistazo al cielo, comprobó la posición del sol y a continuación garabateó algo en el pergamino. Finalmente levantó el pergamino entre sus dedos pulgar e índice y, con una voz melodiosa y cantarina, recitó:

—Sauce zurcidor, dótanos de alas a partir de este instante, día o año, o todo o nada, remóntanos desde este tiempo presente, a nosotros que somos seres efímeros. —Cuando hubo terminado, Baruti se volvió y, casi de manera casual, tiró el pergamino pequeño dentro de un agujero en el tronco del sauce.

Del mismo modo que había ocurrido durante la llegada de James, el árbol comenzó a cambiar sutilmente en lo alto, como si una brisa ultramundana estuviese empujando desde su interior. Las ramas en forma de látigos balbucearon y la iluminación empezó a cambiar en el cielo por encima de sus cabezas.

—¡Mirad! —dijo de repente Zane en un tono áspero, señalando por encima del hombro de Ralph. —¡La lluvia! ¡Está cayendo hacia *arriba!*



Frente a James, Petra soltó un grito ahogado y luego se rió con deleite. Efectivamente, por todo el campus lleno de matices grisáceos, gotas de lluvia parecían estar eyectándose desde el suelo, saltando hacia el cielo como si fuesen a reintegrarse con las nubes de nuevo. Por encima de sus cabezas, el árbol susurró y se agitó, y la lluvia retrógrada aumentó rápidamente, tornándose una imagen borrosa. Durante unos segundos, James sintió el movimiento de las nubes y luego el del sol más allá de las nubes mientras se zambullía en el amanecer. La oscuridad invadió el campus conforme el tiempo comenzaba a retroceder fuera de la cobertura hecha por el árbol.

—Nunca me canso de esto —comentó Zane entrecortadamente. Junto a él, James movía la cabeza.

Petra permanecía directamente delante de James, observando mientras los días y meses empezaron a desfilar. Su cabeza se movió un poco cuando observó al sol convertirse en una racha dorada y las hojas saltaban de regreso a los árboles, volviéndose verdes y exuberantes. Las estaciones pasaron y ella suspiró profundamente. James la observaba mientras la chica miraba el panorama. Estaba tan cerca de él, pero ella le daba la espalda. Sin embargo, así estaba bien. Sin pensar realmente en ello, James levantó la mano y a punto estuvo de acariciarle su oscura cabellera con los dedos. Pero en vez de eso, bajó la mano hasta el hombro de Petra y la dejó descansar allí, como si sólo se tratase de apoyo o como un gesto de familiaridad. Muy débilmente, la muchacha se recostó contra su mano y él se alegró.

El tiempo pasaba volando más allá de las ramas del árbol y finalmente comenzó a retroceder en círculo a través de las estaciones, para proseguir con las semanas y terminar con los días. El sol desaceleró en su arco y se sumergió una vez más en un primitivo cielo sin nubes. Una brisa caliente soplaba bajo el dosel del sauce zurcidor, trayendo consigo un aroma de plantas silvestres y, de modo inesperado, de estiércol animal. Con una especie de profundo suspiro, el árbol se quedó inmóvil y el profesor Baruti batió palmas en señal de satisfacción.

—Y de este modo, estudiantes —exclamó, —tenemos poco más de una hora y media antes de que debamos regresar, así que usemos ese tiempo prudentemente. Buenas tardes, señor Pedreolo.

Petra salió a la luz del sol y James la siguió, parpadeando ante el calor repentino. El campus de la Universidad Alma Aleron se había desvanecido, reemplazado por un pequeño patio cubierto de maleza y cercado por una muralla de piedra colindante que tenía fragmentos de vidrios incrustados en la parte superior. Sea cual fuera la época en la que se encontraban, parecían estar en pleno verano con un calor particularmente sofocante. En torno al paisaje, los estudiantes comenzaron a despojarse de sus abrigos y chaquetas y a ventilarse en el aire inmóvil. James podía oír remotamente un rumor suave y lejano.

—¿Qué es eso? —preguntó Zane en tono de duda burlona, intentando divisar algo y abanicándose con la corbata. —¿Tráfico?

—¿Un avión? —propuso Ralph, dirigiendo su mirada hacia el intacto cielo azul.

—Buen día, profesor Baruti —le saludó Pedreolo, el trol de piedra, con su voz lenta y grave, desatracando el candado de la puerta. El abultamiento de plantas en la puerta estaba más espeso ahora que cuando James lo vio por primera vez. Las hojas y enredaderas enturbiaban completamente la visión más allá de la puerta. —Yendo a visitar a la señorita Amadahy, presumo.

—Diste en el blanco, amigo corazón de piedra —respondió Baruti jovialmente.

Pedreolo sonrió, quitando de encima el enorme candado mientras Baruti se giraba hacia el grupo bullicioso de alumnos.

—Atención, clase —llamó. —Hoy podrán aprender más sobre el avanzado arte de las pociones de lo que cualquier libro de texto pudiera enseñarles durante el resto del semestre. Estamos a punto de visitar una comunidad que ha estado hirviendo a fuego lento elixires mágicos por miles de años y hoy en día lo siguen haciendo justo como sus antepasados hicieron épocas atrás. —Baruti se detuvo y

sonrió para sus adentros. —Por supuesto, me refiero a «hoy» en el sentido puramente retórico.

—¿En qué fecha *estamos*, profesor? —preguntó Norrick, secándose la frente con la manga. —¿Desde cuándo los fabricantes de pociones viven en la Filadelfia muggle?

Baruti alzó el dedo índice al aire, como si dijera: *espera y verás*. Luego se volvió hacia el trol.

—¿Serías tan amable de abrir la puerta, *s'il vous plaît*, señor Pedreolo?

Con su inmensa mano de roca, Pedreolo atenazó la puerta y tiró. Se produjo un sonido sostenido mientras años de enredaderas y arbustos se rasgaban de tal forma que quedaban hechos jirones, con mitad de la espesura verde derramándose en el interior de la puerta mientras Pedreolo la abría lentamente. James había esperado ver la zona residencial de Filadelfia en el lado exterior de la puerta, pero así como en el campus de la Universidad Alma Aleron, la calle parecía haber desaparecido. En su lugar se avistaba una vasta e ininterrumpida pradera, salpicada de árboles y tapizada de pasto alto y sibilante. Innumerables bultos marrones parecían estar buceando por los pastos en la brumosa distancia.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Zane mientras una enorme sonrisa se dibujaba en su rostro. Junto con el resto de la clase, los tres chicos se apretujaron contra la puerta, ansiosos por presenciar el panorama entero que había más allá. Cuando James atravesó la puerta, se encontró parado en lo alto de una pequeña colina que mostraba una vista de kilómetros de soleado valle. El río brillaba en la distancia que discurría hacia el horizonte. Ahora James reconocía los bultos sobre la hierba; se trataba de búfalos. Un formidable rebaño de bóvidos seguía las curvas del río, zarandeando sus grandes y peludas cabezas y levantando una nube de polvo que se cernía alrededor de sus pesados cuerpos.

—Bueno —apuntó James, codeando a Zane, —dijiste que pensabas que ese ruido incesante provenía del tráfico. No estabas demasiado lejos.

—¡Muy ingenioso! —saltó Ralph de pronto, girándose.

Tanto James como Zane siguieron su mirada. A poca distancia, extendiéndose desde la base de la colina sobre la que se encontraba la puerta de Alma Aleron, había un fecundo pueblo nativo americano. Centenares de tiendas cónicas de gamuza asomaban por entre la hierba, cada una decorada con símbolos coloridos y figuras. Estelas de humo blanco que ascendían desde decenas de diminutas hogueras se perdían en el cielo, la mayoría de las cuales estaban siendo atendidas por hombres de piel oscura, con el pecho desnudo y pelo negro largo y pulcramente trenzado. Mujeres y niños deambulaban por todo el pueblo, estirando pieles de búfalo, triturando granos en cuencos de madera, o simplemente permaneciendo sentados con las piernas cruzadas en torno a las hogueras, o acudiendo a sus consejos. Una mujer subía andando por la colina para encontrarse con la clase, su pelo negro azabache le brillaba ante la luz del sol y vestía una corta túnica de piel de venado que sonaba contra sus fuertes piernas.

—Buen día para ti, Ayasha —la saludó Baruti, haciendo una reverencia.

—Ciertamente lo es —respondió la mujer. —Veo que ha recibido mi nota sobre la lección de hoy.

Baruti asintió con la cabeza y le extendió las manos.

—Apenas ayer por la noche. La pintura rupestre se torna difícil de leer después de pasados tantos siglos.

—Qué bueno que lo haya logrado. La *gramínea espectral*, está en su máximo punto de maduración y lista para el proceso de trillado. Vengan, las ollas ya están hirviendo y a la espera.

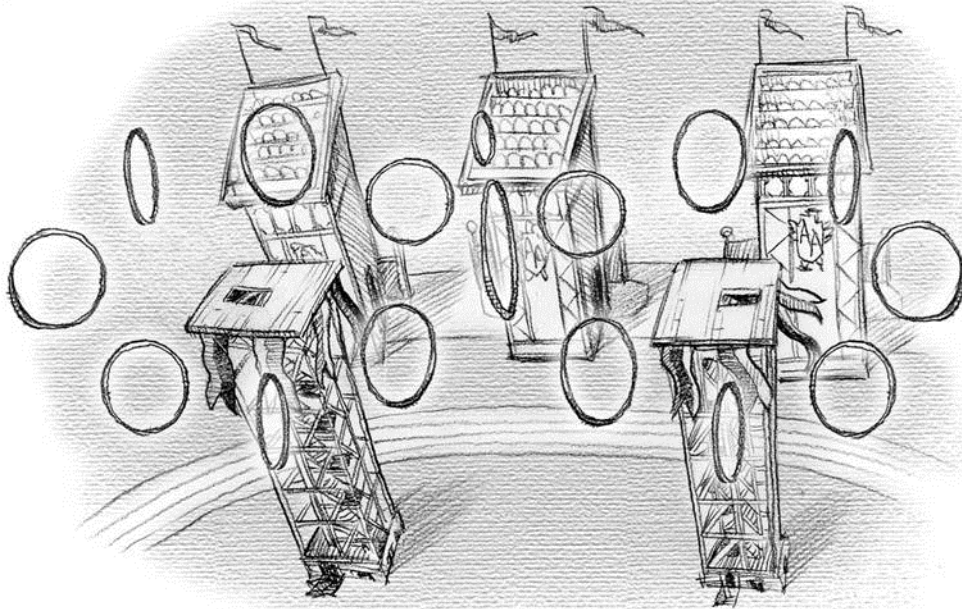
—Profesor —una muchacha Vampiro repuso desde cerca de la puerta. —¿Ella es una...? ¿Aquellos son...?

—Bienvenidos a Filadelfia —anunció el profesor Baruti con entusiasmo, volviéndose a la clase y sonriendo, —antes de que fuera Filadelfia. Esto es Shackamaxon, la más grande reserva indígena extra—temporal e inmapeable de América del Norte.

Junto a James, Ralph dejó escapar un silbido largo y quedo.



—¡Caramba! —dijo con lentitud, con su voz deleitada de asombro. —Rose Weasley quedará *muy* trastornada cuando se entere.



Capítulo 12

Juego mágico

Esa noche, la cafetería de la Residencia de Administración vibraba con la anticipación del primer partido de la temporada de Clutchcudgel. Mientras James esperaba en la fila con la bandeja, miró a su alrededor hacia las atestadas mesas y los agitados estudiantes, la mayoría de los cuales iban cubiertos con suéteres o bufandas que portaban los colores de sus respectivas casas, incluso había algunos con las caras pintadas. Pero destacaba casi en su totalidad, por supuesto, el verde ácido de los Igores y el naranja otoñal de los Pies—Grande. Para sorpresa de James, la casa Igor era considerada por lo que parecía, el equipo más fuerte, y por consiguiente la mayor parte de las otras casas se habían vestido con los colores naranja y azul de la casa Pie—grande, apoyando al equipo que a su juicio constituiría una victoria fácil para sus propios equipos cuando llegara el momento de enfrentarse.

Muchos estudiantes de cursos avanzados y en edad universitaria habían acudido a la cafetería como parte de los preparativos para el partido de la noche, expresando la seriedad con la que los residentes de Alma Aleron se tomaban aquel deporte. Consciente de esto, James finalmente empezó a sentir los primeros indicios de nerviosismo. Comió muy poco y enseguida se excusó apresuradamente para luego esfumarse de regreso a la mansión Apolo y así poder hacerse con su camiseta y las gafas.

Aborrecía tener que llevar puestas esas gafas de montura negra la mayor parte del tiempo, pero esta noche, estaba claro que poder ver en la distancia mientras surcaba el recorrido en forma de número ocho por supuesto que sería esencial. Una de las cosas que había aprendido durante las prácticas era que al moverse a la velocidad de la skrim, las cosas que se hallaban lejos se acercaban rápidamente. Esto era especialmente cierto en la intersección, por donde los jugadores pasaban a velocidades increíbles.

La mansión Apolo estaba completamente desierta, y cuando James salió del edificio y escuchó a sus espaldas el portazo de la entrada principal, se sintió presa del pánico por un momento. ¿Iba retrasado? ¿El partido ya había comenzado? Levantó la vista hacia la torre del reloj de la Residencia de Administración y soltó un superficial suspiro de alivio. Tenía treinta minutos. Nervioso y al mismo tiempo emocionado, James atravesó corriendo el campus dirigiéndose hacia la luminosidad de los parapetos del estadio y el creciente clamor de la multitud.

Por suerte había dejado de llover, pero a medida que descendía la noche el cielo lucía muy bajo y oscuro, agitándose lentamente y generando un viento caprichoso y tormentoso. Las hojas divagaban a través de los oscurecidos senderos como fantasmas acobardados, dando realce al campus inquietantemente desolado. Sin embargo, cuando James giró en la esquina del Paseo del Profesorado y surgió la Duna Pepperpock, se detuvo sorprendido.

Los elevados parapetos del estadio brillaban contra el cielo púrpura, casi repletos a rebosar por un mar de apelonados estudiantes, ondeando pancartas y flameantes banderas. James tragó saliva. ¿En qué se había metido? Si hubiera jugado con el equipo de Quidditch de Gryffindor, podría haber estado preparado



para esto. Ahora la visión de todos esos rostros deseosos de acción, esas banderas y carteles ondeantes hechos a mano y los alborozados pompones, lo llenaban de una especie de siniestro terror. Todos estaban aguardando para verlo volar sobre una skrim, para verlo marcar goles o —siempre considerada una posibilidad, —para verlo fracasar de la peor manera y tal vez hasta verlo precipitarse al suelo y despedirse de la victoria. Se sentía como la primera vez que intentó entrar en el equipo de Quidditch de Gryffindor, pero esta vez con la escuela entera observándolo. Si fallaba en esta ocasión, como ocurrió ese inmemorable día durante su primer año en Hogwarts, entonces nunca superaría la vergüenza; no lo haría al menos en un montón de años.

Tragó un tenso nudo en la garganta, escuchó el rugido y el canto de la multitud y consideró abandonar todo este embrollo. Podía correr de regreso a la mansión Apolo y fingir que había enfermado. Le resultaría muy fácil. La verdad era que le hacía *sentirse* más enfermo el sólo hecho de quedarse mirando los iluminados parapetos y los rostros emocionados y alborotados.

Lo que finalmente lo convenció fue el pensamiento de su mamá y su papá. No importaba lo que ocurriera esta noche, igual se sentirían orgullosos de él. Especialmente su padre, que había sido el buscador más joven de la historia de Hogwarts. Aun cuando James sólo lograra mantenerse sobre la skrim durante todo el partido, Harry Potter, su padre, estaría orgulloso de él. Meditando en ello un tanto alterado, James inspiró profundamente y, sintiéndose como si estuviera caminando hacia su perdición, se aventuró hacia la luz del estadio. Menos de un minuto más tarde fue engullido por el bullicio e ímpetu del evento y ya no hubo marcha atrás. Después de eso, todo sucedió casi en un abrir y cerrar de ojos.



—Pensé que tal vez habías desistido —anunció Zane, reuniéndose con James en la puerta de la base del andamio de madera designado al equipo de la casa

Pie—Grande. —Me preparaba para encontrarte escondido bajo la cama en tu dormitorio. Ralph y yo estábamos listos para ir buscarte y arrastrarte hasta aquí.

—Te dije hoy que no estaba nervioso —rezongó James con voz débil, evadiendo el tema y atravesando el umbral de la puerta del sumergido sótano provisto como vestidor. El resto del equipo Pie—grande, que se había instalado dentro, dejaba entrever su inquietud, abrochándose las correas de sus hombreras y poniéndose los guantes de cuero, escupiendo sobre sus gafas protectoras y jugueteando con las colas de sus camisetas.

—Eso fue antes —profirió Ralph en voz alta, siguiendo a James a la luz y el ruido de la habitación. —Pero cuando te fuiste de la cafetería, te veías bastante irritable.

Zane asintió con seriedad.

—Es normal. El Clutch es un deporte brutal. El año pasado, ¡el mejor goleador de los Duendes fue derribado de su skrim durante los primeros doce segundos del primer partido! Fue golpeado con tanta fuerza que sus botas aterrizaron en la cabina del comentarista, ¡a unos veinte metros de distancia! Nadie puede culparte por estar preocupado e inquieto.

—¡No me estás ayudando, ¿sabes?! —comentó James, dejándose caer en un banco y tironando de sus canilleras.

—Pues sí —replicó Zane, desplomándose junto a James en el banco. —Razón por la cual quería hablarte de una idea que se me ocurrió esta misma mañana. Algo que podría ayudar a que tu mente se mantenga justo en el lugar correcto.

—Ya me lo ha contado —asintió Ralph. —Sonó... interesante.

Oliver Wood, que estaba al otro lado de la habitación, vociferó:

—¡Tenéis que usar gafas protectoras esta noche, equipo! El viento se está haciendo ferozmente veloz, y no queremos que nadie quede cegado por la niebla. Voy a realizar algunos encantamientos impermeabilizantes a las gafas una vez que todos estemos sobre la plataforma. ¡Cinco minutos para que empiecen las vueltas de calentamiento! —Se giró en redondo y caminó dando fuertes pisadas seguido



por varios miembros del equipo que comenzaron a cantar el himno Pie-grande con voces roncas.

—Desembucha —dijo James, atándose los cordones de las botas. —¿Cuál es tu idea?

—Muy bien —dijo Zane, echándose hacia atrás y analizando el techo bajo. — El año pasado tuve Tecnomancia 202 con el viejo Cara de Piedra Jackson, que es la clase intermedia entre Introducción a la Tecnomancia y Tecnomancia Aplicada Avanzada, lo que cursamos este año.

—Ve directo a la parte del Nexus —acució Ralph, incitando a Zane para que siguiera.

—De acuerdo. Pues el año pasado Cara de Piedra habló de los montones de dimensiones que existen, todas empaquetadas al lado de la nuestra como las capas de un pastel grandísimo. El ataque a la Bóveda de los Destinos me hizo pensar en ello porque, por lo que parece, nuestro telar fue intercambiado por el de alguna dimensión adyacente que se parece mucho a la nuestra, pero que no son *exactamente* iguales.

—¿Qué tiene que ver eso con el Clutch? —preguntó James hostigado, mientras Ralph le ayudaba a ponerle las hombreras.

—Nada —dijo Zane, sonriendo torcidamente. —¡Ese es el punto! Ahora presta atención. De vuelta en Tecno 202, Cara de Piedra habló de la teoría de esta cosa llamada la «cortina de Nexus». Dijo que, en teoría, cada dimensión contiene un portal hacia alguna especie de mundo central, donde todas las dimensiones se conectan y se mantienen unidas, como una especie de radios juntándose en el centro de una rueda. Este lugar central es llamado «mundo entre los mundos». Según la teoría, la cortina de Nexus solamente puede ser hallada y abierta por alguien que posea una llave especial: algo proveniente de alguna de esas dimensiones alternas. Aunque ese tipo de cosas son muy difíciles de lograr, y esa es la razón por la cual a estas alturas la cortina de Nexus no es más que una teoría y una leyenda.

—Parece interesante —interrumpió James, levantándose y dándose unas palmaditas a sí mismo, —sólo que no logro entenderlo ni le encuentro sentido. ¿Por qué alguien querría trasladarse a otra dimensión? La nuestra ya tiene suficientes problemas propios, incluyendo intentar sobrevivir en los partidos de Clutchcudgel en la oscuridad durante un vendaval. ¿Dónde está mi skrim?

—Aquí mismo —apuntaló Ralph, alargándole a James la skrim azulada con llamas pintadas en la que James había montado durante su primer vuelo.

—¡Tres minutos, Potter! —alertó Norrick, haciendo retumbar con sus pasos los escalones de madera mientras subía por ellos.

—Esta es la cuestión —se apresuró a decir Zane, insistiendo con el tema y siguiendo a James hacia los escalones. —De acuerdo con Jackson, alguien pudo hallar y abrir la cortina de Nexus una vez, alguien de esta escuela, aunque eso sucedió hace mucho tiempo. Se trató de un profesor cuyo apellido era Magnussen, y al parecer cruzó el portal y nunca más volvió.

James se puso las gafas protectoras en su cabeza y las acomodó torpemente encima de los anteojos que usaba para corregir su problema de visión.

—Fascinante —ironizó. —Me alegro por él. Ojalá estuviera allí con él ahora mismo.

Zane alzó los ojos.

—¡No me estás prestando atención! —atacó, golpeando a James sobre su acolchado hombro. —¡Quienquiera que haya atacado “la bóveda” robó una hebra del telar de la dimensión foránea! ¡Es un objeto de otra dimensión! ¿No lo captas? Podría ser utilizado para abrir la cortina de Nexus!

James se detuvo en la escalera y con el entrecejo fruncido giró un poco para mirar a Zane por encima del hombro.

—¿O sea que quienes hayan sido... podrían haber utilizado la hebra que falta como una llave y después siguieron a este tal profesor Magnussen hacia... dondequiera que haya ido? ¿Podrían estar... escondidos ahí?



Zane asintió con la cabeza, con las cejas enarcadas.

—Y si lo hicieron, ¡entonces eso explicaría cómo la hebra carmesí que está faltando desapareció sin dejar rastro alguno! Nadie ha sido capaz de dar con su paradero y ni siquiera presentido el más mínimo indicio de esa hebra desde la noche en que “la bóveda” fue atacada. ¡Eso no tiene ningún sentido en absoluto y suena mágicamente alocado a menos que lo hayan utilizado para escapar hacia el mundo entre los mundos! Y si eso fue lo que hicieron, ¡por tanto ninguna persona va a poder encontrarlos jamás ya que nadie posee alguna forma de atravesar la cortina de Nexus! ¡Nadie, excepto quizá nosotros!

—¡A Zane se le ha ocurrido una idea! —soltó Ralph, mostrando una sonrisa torcida en su rostro.

James miró de un chico a otro, con la frente arrugada.

—¡Menudo disparate! Ambos estáis completamente chiflados —dijo, ensimismado. —¿De qué diablos estáis hablando?

—¡De embarcarnos en esa aventura! —auguró Zane alegremente. — ¡Gallardía, travesuras y todas esas cosas realmente atroces! ¡Y tal vez salvar al universo, mientras llevamos a cabo nuestro cometido!

—¡No podéis hablar en serio! —profirió James, meneando la cabeza en señal de desaprobación. —¡Mi madre tenía razón! ¡Los dos estáis sufriendo delirios de grandeza! Mi papá y tu padre, Ralph, y Merlín y el resto de los mejores magos y brujas de dos países están trabajando en este misterio, ¿y vosotros pensáis que ellos necesitan un trío de niñitos escolares para echarles una mano?

Zane se encogió de hombros.

—No sería la primera vez —contestó razonablemente.

—Como recordaréis —dijo James con impaciencia, —¡los tres fracasamos miserablemente! Se suponía que íbamos a *impedir* el retorno de Merlín durante la Encrucijada de los Mayores, y en lugar de eso, ¡caímos directamente en la trampa de Madame Delacroix! ¡Tuvimos suerte sólo porque Merlín resultó ser bueno! Más



o menos. ¡El mundo sería probablemente mucho mejor si no hubiésemos metido las narices y hubiéramos dejado todas las cosas como estaban!

Ralph parecía preocupado y pensativo, pero Zane permanecía impassible.

—Sin embargo funcionó, ¿no fue así?

—¿Qué funcionó? —inquirió James exasperado.

Zane sonrió.

—Ya no estás más preocupado por el Clutch. ¡Ahora vete! ¡Lo harás bien y te lucirás!

James puso los ojos en blanco, se giró y subió corriendo las escaleras, siguiendo a los últimos de sus compañeros de equipo que iban saliendo del lugar.



El resto de la noche pasó tan rápida y asombrosamente, que James apenas podía mantenerle el ritmo. Su recuerdo más lúcido era el estar de pie en la oscuridad de la plataforma, mirando hacia los parapetos iluminados de las tribunas y escuchando el rugido tumultuoso de la congregada multitud. Las banderas restallaban en el viento mientras una llovizna comenzaba a caer de nuevo, haciendo brillar la plataforma como si estuviera cubierta de aceite.

—Buscad el acomodo, equipo —gritó Wood sobre el viento húmedo. —Es el primer partido de la temporada, así que tomémoslo con calma. Deseo ver un partido compacto, vigoroso, insuperable y que sirva de ejemplo idóneo, justo como lo hemos estado practicando. Comenzamos con una formación golondrina, agresores al frente. Mukthatch, comenzarás como protector, pero mantente preparado para cambiar con Gobbins si se amontonan y embisten los otros goleadores. ¿Entendiste?

El equipo lanzó un gruñido como señal de comprensión. Junto a James, el Pie-grande Mukthatch asintió con su enmarañada cabeza y soltó un gutural ladrido en señal de aprobación. Wood, con una expresión tensa, echó una mirada a los rostros que le rodeaban, y luego extendió su mano derecha con la palma hacia abajo. A un tiempo, el resto del equipo apiló su mano derecha sobre la parte superior de la del profesor; la de Mukthatch fue la última, con sus notables dedos peludos y nudosos tan grandes como bananas.

—¡PIES arribaaaa! —el equipo gritó al unísono y luego se separó, cada uno aferrándose a sus respectivas skrim. A la cabeza, Jazmine Jade dejó caer la skrim, se montó fácilmente en ella y pateó en el vacío. El resto del equipo comenzó a imitarla, formando una cadena de dos en dos como una bandada de golondrinas en formación.

James apretó los labios con fuerza, se apartó el pelo húmedo de la cara y luego se dirigió hacia el borde de la plataforma. Su corazón palpitaba con fuerza mientras dejaba caer la skrim a un lado. Ya había hecho esto cientos de veces, aunque nunca inmerso en una lluviosa oscuridad, y menos con tanta gente alrededor mirando. La multitud aclamó, lanzando vítores con entusiasmo mientras éstos hacían eco en la niebla por el perímetro, pero James ignoraba todo aquello. Asintió para sí mismo, plantó el pie derecho en el lado liso de su skrim, y arrancó.

El equipo se elevó en círculos tranquilamente de manera que se integraban en las dos vueltas del recorrido de la figura de un ocho, fusionándose gradualmente con los miembros del equipo Igor, cuyas cortas capas verdes que vestían ondeaban con moderada humedad en el viento.

—Oye, Cornelius —llamó un Igor de avanzada edad, balanceándose cómodamente en su gran skrim plateada junto a James. James había aprendido, después de varias interacciones equívocas, que «Cornelius» era un término genérico estadounidense dedicado a cualquiera con acento británico, establecido gracias a una serie de famosos discursos del antiguo ministro de Magia, Cornelius Fudge, dados algunas décadas antes. —Espero que no te apegues demasiado a esa tablita —dijo el muchacho, sonriendo con malicia. —Mi plan es dividirla en dos antes de que concluya la noche.

—Tendrás que atraparme primero —replicó James sin convicción, esquivando la mirada del chico.

—Querrás mantener los ojos bien abiertos cuando cruces por la intersección —asintió el muchacho petulantemente. —Voy a ser el que me encuentre contigo allí, y para entonces no seré amigable al jugar. Nuestro equipo se lo toma muy en serio.

James hizo una mueca, echando un vistazo hacia el campo oscuro que se extendía por debajo.

—Lo tendré en cuenta.

Cuando la última vuelta de calentamiento fue completada, ambos equipos se habían dispersado a lo largo de los anillos del recorrido, entremezclándose y agrupándose en sus formaciones de inicio. Mukthatch se cernía sobre su skrim por encima del aro central, agachado y preparado con su bastón sostenido frente a él, protegiendo el aro de meta que brillaba débilmente en la oscuridad. El protector del equipo Igor, una chica desproporcionada de cara redonda y llena de pecas, flexionó las rodillas sobre su propia skrim, observando a Mukthatch por el rabillo del ojo.

Volando sobre una escoba estándar fuera del recorrido, el árbitro del partido, el profesor Sanuye con una túnica a rayas en blanco y negro, se llevó un silbato a la boca. Cuando Jazmine y el capitán del equipo Igor cruzaron el centro del aro, Sanuye hizo sonar su silbato, anunciando el comienzo del partido. Tres pelotas de cuero, las Clutches, ascendieron en espiral desde tres direcciones diferentes, e instantáneamente los equipos se abalanzaron sobre ellas en una explosión de movimiento.

James había empezado el partido en la posición de goleador, pero en el momento que impulsó su skrim a través del aro central, las tres Clutches habían sido recogidas ya. Miró a su alrededor, agachándose sobre la skrim, y vio que Norrick había recogido una de las pelotas. Las otras dos habían sido reclamadas por el equipo Igor. Con denodados esfuerzos, James aceleró con la intención de atrapar a los goleadores del equipo contrario y hacer lo mejor que pudiera para



ahuyentarlos de los aros y de este modo obligarlos a renunciar a las Clutches. Ya no estaba nervioso o angustiado, ni temía caerse de su skrim y avergonzarse a sí mismo o matarse. Lo único que ahora importaba era el partido. James se perdió entre la confusión de los aros; silbidos y torbellinos de aire le acompañaban al pasar junto a los demás jugadores, y azotes y porrazos lo alcanzaban mientras los voladores chocaban entre sí y giraban hacia la oscuridad.

En un primer intervalo del partido, la intersección parecía terriblemente atemorizante, pero pronto James apareció para anteponerse, lanzando una fugaz mirada hacia el torrente del recorrido para ver quién podría estar llegando a su encuentro, mientras se preparaba para esquivarlos o moverse a su alrededor. Finalmente, notó cómo podía utilizar la intersección a su favor, aprovechando su velocidad y maniobrabilidad de una manera estratégica. A medida que el partido avanzaba, James comenzó a incluir en su técnica pequeñas maniobras falsas para engañar a la ofensiva contraria y que se desviarán del recorrido o hacer que colisionaran entre sí. Vagamente fue consciente de los aplausos de la multitud mientras realizaba estos movimientos, pero parecían remotos e insignificantes.

Para el tercer cuarto de partido, James había ganado la confianza suficiente para pasar a la ofensiva. Durante un pasaje transversal se apoyó fuerte en su skrim, ejecutando una treta rotatoria perfecta, así que cuando atravesó el aro estaba completamente cabeza abajo. El goleador de los Igores que pasaba por allí se quedó tan estupefacto por aquel movimiento que James pudo fácilmente estirar su mano, dar un puñetazo a la Clutch por debajo del brazo del muchacho y capturarla al otro lado al momento en que era lanzada en parábola. A su alrededor la multitud aclamaba frenéticamente, saltando sobre sus pies y pisando estruendosamente. Resguardando la Clutch con los dos brazos, James recorrió fácilmente el trayecto las tres veces requeridas, evitando al agresor Igor, y finalmente lanzó la Clutch al aro que servía de portería. El protector del equipo Igor se abalanzó sobre la pelota con su bastón, fallando por poco, y James alzó las dos manos al aire celebrando su primer gol junto a las gradas alrededor.

En el siguiente cuarto, sin embargo, James se dio cuenta de que el equipo Pie-grande iba siendo vencido por los Igores por un marcador de cuarenta y seis a veintinueve. Llevaban la delantera no debido a que los Igores fueran



necesariamente mejores jugadores, sino por lo mismísimo que Zane había advertido. Se permitía usar la magia en el deporte del Clutchcudgel y los Igores hacían uso de ella muy deliberadamente. James los veía lanzar hechizos defensivos, tales como pozos de turbulencia, encantamiento arroja—soga, y pozos gravitatorios, también hechizos ofensivos, como potenciadores de inercia, hechizos para aumentar la velocidad, encantamientos para la precisión. Los Pie—Grande, por el contrario, casi no utilizaban magia alguna. James cargaba su varita consigo, envuelta en la funda de cuero cosido del forro de su guante, pero no tenía la más mínima idea de qué hacer con ella, sin conocer alguno de los hechizos que veía a los Igores lanzando.

Finalmente, cuando el partido llegaba a su fin, James se desesperó lo suficiente como para llevar a cabo uno de los hechizos que aprendió durante sus años escolares anteriores. A medida que contorneaba el recorrido, se percató de un agresor Igor preparándose para lanzar un encantamiento arroja—soga sobre Jazmine Jade, teniendo la intención de usarlo para dar un tirón y expulsar la Clutch fuera de las manos de la chica. James aceleró, agachado sobre su skrim, y arrebató su propia varita de la vaina que llevaba en el guante.

—*Expelliarmus!* —gritó, apuntando hacia la varita extendida del chico Igor. Al instante, la varita salió despedida del puño del muchacho y fue a parar a la noche brumosa. La multitud respondió con un estallido de asombro y un silbido rasgó el aire cercano.

—¡Penalización! —exclamó el profesor Sanuye, volando en picada sobre su escoba. —Equipo Pie—grande, magia no aprobada. Dos minutos en el banquillo.

Moviendo la cabeza en señal de confusión, James giró en redondo y voló hacia la plataforma, alejándose del recorrido. Oliver Wood se reunió con él allí, mirándolo con cara de enfado.

—¿Qué fue todo eso? —exigió el profesor mientras James saltaba de su skrim.

—¡Magia! —exclamó James, enojado. —¡El otro equipo la está usando! ¿Por qué nosotros no?

Wood atajó la skrim de James mientras ésta se balanceaba en el aire.

—¡No jugamos ese tipo de partido, James! —dijo con severidad. —Somos un equipo de fundamentos sólidos y formaciones basadas en los libros de texto. Nada que ver con lo antideportivo. No siempre podemos ganar, pero nos retiramos sabiendo que hemos jugado un partido justo. Además, ese era un hechizo para *duelo*, ¡no aprobado en la magia de juego del Clutchcudgel! Tienes suerte de que no hayas sido expulsado del partido, ¡y yo expulsado contigo!

—Fue un simple encantamiento de desarme —le espetó James, dándole la espalda. —Y podría haber *sido* expulsado de igual forma. El partido habrá terminado antes de que mi tiempo en el banquillo se acabe.

Wood suspiró, mirando hacia el partido que avanzaba velozmente hacia sus momentos finales.

—Apruebo tu punto de vista por el entusiasmo, James, pero tendrás que aprender un poco de auto—control. Nosotros los Pie-grande estamos orgullosos de presentar un juego limpio. Si no puedes atenerte a eso, entonces ninguna habilidad de vuelo que poseas lo compensará.

James simplemente miró de reojo al profesor, sin palabras que pronunciar. Menos de un minuto más tarde sonó el pitido final y Sanuye levantó su varita, convocando a las Clutches. El equipo Pie-grande había perdido el partido por un marcador de cuarenta y ocho a treinta. Ambos equipos se disolvieron y volaron en círculos alrededor, dirigiéndose a sus respectivos andamios, mientras la multitud ovacionaba y abucheaba amistosamente desde todas las tribunas.

James se adelantó, tomó la skrim de manos del profesor Wood, y sin esperar a sus compañeros de equipo comenzó a andar con paso pesado por las escaleras en dirección a los vestidores que reposaban bajo la plataforma.



—¡Pero la magia está *permitida* en Clutchcudgel! —profería James unas horas más tarde, sentado en la caseta esquinera del Cometa y Llave junto con Ralph, Zane y varios de sus compañeros del equipo Pie—grande. —¿Qué logra Wood al restringirnos emplear algo que es legal?

—Los hechizos Expelliarmus no son legales —rezongó Jazmine Jade, con la barbilla apoyada en sus antebrazos.

—Así es —estuvo de acuerdo Norrick. —Y nosotros *sí* que usamos un *poco* de magia. Wood utiliza encantamientos impermeabilizantes en nuestras gafas protectoras, por mencionar un ejemplo.

—Se nos es permitido el uso de encantamientos guantes pegajosos cuando cargamos la Clutch —agregó Harold Gobbins. —Y maleficios estela—benévola para mantener nuestras skrim estables durante el recorrido.

—Esos no son tan significativos —insistió James. —¡El equipo Igor estaba usando hechizos *importantes* allá afuera esta noche! ¡Algunos ni siquiera los había escuchado mencionar!

Jazmine tomó asiento.

—Es lógico. Tienen su propio mago—entrenador deportivo, cuyo trabajo es concebir todos los nuevos hechizos del Clutch. Tienen que ser aprobados por el oficial del partido, pero casi siempre consiguen el permiso, con la condición de que no hagan daño a nadie.

—Es cierto —acotó Zane. —El mago entrenador del equipo Zombi estableció uno nuevo el año pasado que congeló la skrim de un jugador en pleno cielo. Por supuesto, el jugador probablemente iba a caer una vez la skrim se detuviera de sopetón debajo de él, pero no era culpa del hechizo. Pero nos salimos con la nuestra hasta ese partido de desempate donde la mitad de los jugadores de ambos equipos se estrellaron en una colisión múltiple con las skrim congeladas. ¡Fue muy gracioso!

James entrecerró los ojos con incredulidad.



—Un momento. ¿Quieres decir que si yo simplemente le hubiese *dicho* a Sanuye antes del partido que quería usar un hechizo *Expelliarmus* como defensa, ¿habría sido legal?

Wentworth Paddington frunció el ceño y se ajustó sus enormes gafas sobre la nariz.

—A la comisión oficial para el Clutch le desagrada que los jugadores utilicen hechizos de duelo durante los partidos —dijo con un resoplido. —Pero hay maneras de eludir la propia regulación. Está la *knuckler*, por ejemplo. —Le produce espasmo en la mano al jugador contrario y le hace soltar todo lo que esté sujetando —explicó Jazmine. Funciona con varitas, Clutches, lo que sea.

Zane asintió con entusiasmo.

—Y no olvides el maleficio de parálisis parcial. Que funciona igual que el *Petrificus Totalus*, pero sólo en las áreas del cuerpo seleccionadas. Envíalo al brazo del otro jugador y éste no será capaz de hacer nada durante al menos cinco minutos.

James sacudía la cabeza con reflejada exasperación en su cara.

—Así que básicamente hay una versión aprobada para Clutch de cualquier tipo de hechizo, con otras nuevas siendo creadas continuamente. ¿Es así?

Jazmine apretó los labios y asintió.

—Sí, exactamente así.

James se desplomó en el asiento reservado.

—¿Quién es entonces el mago entrenador de los Pie—grande? Quiero tener una charla con él.

—Supongo que Wood —respondió Wentworth con cierta incertidumbre. — ¿Alguien quiere el resto de mi cerveza de mantequilla? Puedo beberme sólo la mitad o de lo contrario me da hipo toda la noche.

—Por aquí, Went —anunció Gobbins, sentado en su asiento y tratando de alcanzar la botella del chico más pequeño. —Te voy a enseñar cómo saturarte con un trago.

Wentworth pareció ofendido.

—Puedo saturarme con un trago sin problemas. Es cerveza de mantequilla la que no puedo beber mucho. Sigo una dieta especial, ya sabes.

—Sí, sí —suspiró Norrick, poniendo los ojos en blanco. —Lo sabemos todo. Yeats no ha cocinado una sola cebolla en la mansión desde que llegaste. Para la cena prepara un hígado patético. Es por eso que todo el mundo come en la cafetería los viernes, incluidos los de la clase alta.

—No puedo evitarlo —murmuró Wentworth, cruzándose de brazos. —Las cebollas me producen una reacción alérgica. El ajo es aún peor. No tienes que echármelo en cara.

—Tal vez echándotelo en cara te curaría —sugirió Ralph, alzando la cabeza. —¿Alguna vez lo has intentado? Échate por todo el cuerpo un poco de cebolla y ajo, ¡sería algo así como una especie de vacuna!

—Añade un poco de mantequilla y encontrarás una nueva opción para cenar los viernes por la noche —asintió Zane. —¡Tortillas Pastington a la parrilla para todos!

—Ja, ja —se rio Wentworth hoscamente. —Es una condición médica grave. Ni siquiera lo sabes.

James terminó su cerveza de mantequilla y se levantó, anunciando su intención de ir a hablar con Wood sobre la lamentable escasez de juego mágico del equipo. En su camino hacia la puerta, vio a Albus y a Lucy sentados en una mesa cercana, observando a un grupo de estudiantes de mayor edad que se entretenían con un incomprensible juego de mesa llamado «fútbol mágico». Se jugaba con hombrecillos de cerámica hilados en barras metálicas incrustadas a los lados de una mesa empotrada, y operados por asas forradas en cuero. Una pequeña pelota blanca rebotaba y repiqueteaba sobre el campo enclaustrado en las paredes de la



mesa, pateada por las figuras que daban vueltas. Cuando James pasó junto a la mesa, uno de los jugadores hizo girar la varilla violentamente y la pelota saltó fuera de la mesa. James la atrapó hábilmente.

—Buena atrapada, Cornelius —declaró uno de los jugadores, que parecía ser estudiante de cursos superiores. —Aún tienes la cabeza puesta en el juego, ¿no?

James giró para mirarlos y vio a los muchachos que le sonreían amablemente, asintiendo con la cabeza en una especie de aprobación poco entusiasta.

—¡Devuelve la pelota! —exclamó uno de los pequeños jugadores de cerámica con voz de pito. Los otros se le unieron, burlándose estridentemente. James lanzó la pelota al hombre que había hablado con él. Éste la atrapó con facilidad, pero no se apartó.

—Has hecho esta noche un buen trabajo allí fuera, Potter —dijo el hombre. James notó que llevaba puesto el jersey a rayas naranja y azul de un estudiante universitario Pie—grande, la mayoría de los cuales vivían en las casas detrás del teatro. —No dejes que Wood te detenga, ¿vale?

James ladeó la cabeza hacia los chicos mayores.

—¿Alguno de vosotros sabéis por qué Wood no utiliza ningún tipo de magia seria en los partidos del equipo Pie—grande?

Los estudiantes universitarios intercambiaron miradas, mostrando una sonrisa torcida. Finalmente, el del jersey Pie-grande dijo:

—Wood es un tipo decente, no me malinterpretes. Digo, él dejó sus tripas allá en el campo de Quidditch de la alegre y vieja Inglaterra, eso es todo.

Los otros hombres rieron y sacudieron la cabeza. Un momento más tarde, volvieron a concentrarse en su juego.

—Estoy seguro de que eso no es cierto —dijo una voz suavemente en la cercanía. James miró a un lado y vio a Lucy y a Albus moviéndose hacia él. —Estuviste a punto de ganar esta noche, incluso sin toda esa sofisticada magia.



—Te has lucido volando, hermano mayor —coincidió Albus a regañadientes.
—Hice las pruebas para entrar en el equipo Hombre—lobo, pero lo que hicieron fue reírse de mí. Dijeron que sólo a los estadounidenses de pura cepa se les concedía el derecho de luchar en nombre de la casa Hombre—lobo.

—Una idea atroz —alegó Lucy, frunciendo el entrecejo, —y que va en contra de la política escolar.

—No cuando se trata Clutch —se encogió de hombros Albus. —Cada casa logra establecer sus propias reglas sobre quién puede entrar en el equipo, así como con qué frecuencia practican, qué vestimenta usan, y todo ese tipo de cosas. Me escabullí al campo y probé con una de esas skrim. Digamos que no voy a estar promoviendo la cuestión con mis nuevos compañeros. Creé el equipo de Quidditch de los Hombres—lobo, aunque principalmente porque habían flaqueado después de que su mejor golpeador se graduara el año pasado. Me enfrentaré cara a cara con vuestro compinche Zane este próximo jueves por la noche. Mamá, papá y Lil asistirán.

James miró a su hermano, mientras se desviaban hacia la entrada trasera del Cometa y Llave.

—¿Los has visto esta noche?

—Claro, ¿tú no? —contestó Albus. —Se sentaron conmigo en la tribuna Hombre—lobo. Mamá se cubrió los ojos la mayor parte del tiempo, diciendo que no podía soportar mirar. Papá tuvo su varita en mano durante todo el partido, crispándose cada vez que atravesabas la intersección, como si estuviera listo para saltar y levitarte en cualquier momento si decidías caerte de la skrim. Sin embargo, estuvo sonriendo; mostrando esa sonrisa desquiciada que pone cuando ve partidos de Quidditch allá en casa. Ya sabes. Como si parte de él pretendiera ponerse el equipo de protección, coger una escoba y lanzarse a volar con el equipo.

James no pudo evitar sonreír de sólo imaginárselo.

—Sé lo que quieres decir. ¿Están todavía aquí?

Lucy negó con la cabeza.

—Tu padre recibió algún tipo de mensaje a través de su propia «fragmento». El suyo es más pequeño. Lo mantiene envuelto en su túnica todo el tiempo, sólo para que nunca se pierda nada. Después de recibir el mensaje, él, tía Ginny y Lily se marcharon de inmediato. Me pidieron que te enviara cariños y que se sienten orgullosos de ti.

—Me pidieron a *mí* que se lo dijera —indicó Albus dirigiéndose a Lucy, quien evitó los ojos del chico.

—Hay algo llamado doble redundancia —explicó ella cuidadosamente. —Pensaron que lo olvidarías.

Albus puso los ojos en blanco.

—No lo olvidé. No lo recordaba hasta que sacaste el tema. Nadie puede culparme si te me has adelantado.

—Regresaré a mi casa —anunció James, abriendo la pesada puerta de madera. —Me siento muy cansado.

Lucy lo siguió hacia la oscuridad brumosa.

—Caminaré contigo durante el primer tramo —dijo la niña. —Me dirijo de nuevo al castillo. Tendré Historia de la Magia Americana por la mañana, y todavía debo hacer una que otra lectura.

James soltó un gruñido amable y empezó a andar por el sendero junto a Lucy. Después de un momento, ella volvió a hablar.

—Para ser un gigante, ese profesor Bunyan es un tipo enérgico, ¿verdad?

James se encogió de hombros.

—Supongo. Pareciera que proviene de una tribu completamente diferente a la de los gigantes, ¿no es así?

—Dice que no forma parte de una tribu en absoluto. Dice que logró alcanzar esa estatura porque cuando era un niño comía veinte pollos y quince docenas de huevos al día.



—Y se bebía la leche de diez vacas y nadaba dando vueltas alrededor del lago Erie para hacer ejercicio hasta que todo el lago se transformó en un remolino gigante —asintió James, sonriendo. —¿Te crees todo eso?

Lucy negó con la cabeza.

—Creo que esos son lo que los americanos llaman «cuentos chinos». Son algo así como una mezcla entre un mito y leyenda.

—Me gusta el de la niebla mágica que surgió en torno a George Washington y su pequeño ejército de campesinos y niños durante la guerra de independencia; la que los escondió de todos esos enormes buques de guerra británicos que los estaban buscando.

—Creo que ese cuento era cierto —sugirió Lucy con un deje de incertidumbre. —Aunque es difícil saber qué es mito y qué es realidad en la historia de los estadounidenses. Tomando en cuenta que gran parte de ella parece tan... irreal.

James alzó las cejas en la oscuridad mientras caminaban.

—No conozco nada de esa historia, pero aun así me parece bastante irreal, incluso ahora.

Lucy se echó a reír, pero había algo extraño en el sonido de aquella risa. James la miró de reojo.

—¿Qué pasa contigo, Lu? —preguntó.

Ella lo miró y luego apartó rápidamente la mirada.

—Nada. ¿Qué quieres decir?

James miró hacia el campus.

—Pasamos por alto el sendero del castillo Érebus cerca de la Octósfera, ya sabes.

Lucy miró hacia atrás por donde habían venido.



—Tienes razón —estuvo de acuerdo. —Qué tonta. Hum, creo que volveré después. Buenas noches, James.

James observó cómo Lucy le sonría en la oscuridad, luego ella se giró y corrió de regreso por el mojado camino. El pelo negro de la chica bamboleaba alrededor de sus hombros y brillaba a la luz de una farola cercana. Cuando hubo alcanzado el final del sendero miró hacia atrás, contempló a James y se detuvo.

—Lo has hecho muy bien esta noche —dijo en voz alta después de un momento de pausa. —Estoy orgullosa de ti por tratar de usar magia incluso si eso te metía en problemas.

James le devolvió la mirada, parpadeando. Abrió la boca para darle las gracias, pero antes de que pudiera hacerlo Lucy había girado sobre sus talones y corría ya hacia la oscuridad, siguiendo el estrecho camino de losas que daba al castillo Érebus. James cerró la boca de nuevo y observó la silueta de Lucy desvanecerse entre la sombra de los árboles. ¿Qué rayos pasaba con ella? Agitando la cabeza, dio media vuelta y caminó el resto del camino hacia la mansión Apolo.

Se sentía exhausto y un poco frustrado, pero también estaba lleno de un vertiginoso regocijo. Lo había hecho bien esta noche. Su madre y su padre estaban orgullosos de él. Y había tenido éxito jugando con el equipo de Clutchcudgel de su casa mientras que Albus no lo había tenido. Esto era una satisfacción, muy pequeña, pero satisfacción al fin y al cabo. Todo lo que quedaba era el desconcertante misterio de la renuencia del profesor Wood de usar magia importante en los partidos Clutchcudgel, pero James pensaba que probablemente podría trabajar en ello. Incluso ahora, recordando la conversación que tuvo con el profesor unos días antes, pensaba que podía empezar a tantear los bordes de la misma. Todavía resultaba confuso, pero tenía algo que ver con ganar el respeto a sus padres muertos, y tal vez incluso el de sí mismo. Era complicado y un poco incoherente, pero tenía cierta lógica retrógrada. Si usar magia en la batalla le había costado a Wood la vergüenza de sus padres, entonces tal vez sentía que evitándolo ahora, incluso en algo tan básico como un partido de Clutchcudgel, lo ayudaría a recuperar su aprobación fantasmal.



James sacudió la cabeza. Ser un un adulto era un asunto alocado y complejo. Se alegró de seguir siendo, al menos técnicamente, un niño.



En el transcurso de las semanas siguientes, James nunca le mencionó al profesor Wood sobre los fallos en la magia del juego de Clutchcudgel del equipo Pie—grande. En su lugar, se estudió el pequeño reglamento gris que Wood le regaló para sus sesiones de escritura de líneas, prestando particular atención al capítulo titulado *Fundamentos para los hechizos ofensivos y defensivos*. Allí aprendió la magia esencial asociada al juego, incluyendo gran parte de lo que había visto durante el primer partido del año contra la casa Igor.

A medida que avanzaba la temporada, James estudiaba la magia de los juegos de los equipos de las otras casas y encontraba que cada casa proyectaba la magia del Clutchcudgel de una manera desigual y diferente.

El equipo Igor, por ejemplo, usaba hechizos convencionales la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando sorprendía a todos con una espectacular artimaña mágica creativa, que a menudo conllevaba la participación de varios jugadores trabajando en estrecho contacto. Estos intentos fallaban la mitad de las veces, pero siempre resultaban emocionantes para ser admirados y la multitud delirante de entusiasmo animaba constantemente la malintencionada grandiosidad de los Igor.

Por otra parte, el equipo Duende se fiaba de un sinnúmero de variaciones de magia deportiva totalmente original, en su mayoría diseñadas por la mismísima Mamá Newt. La magia Duende para el Clutchcudgel era casi siempre preciosa, brillante y eficazmente devastadora, como cuando la capitana del equipo, una chica llamada Ophelia Wright, encantó la cola de su skim para producir una corriente de diminutas mariposas multicolores. Las mariposas eran ciertamente

hermosas, aunque en cierta medida gordas y torpes, por lo que a medida que los jugadores del equipo contrario discurrían hacia la estela de Ophelia, se encontraban a sí mismos salpicados con cientos de convulsivas y coloridas colisiones, ensuciando sus uniformes y pegándolas encima de sus gafas protectoras.

James invertía una cantidad exorbitante de tiempo en la biblioteca del campus, escudriñando clásicas estrategias mágicas para el Clutchcudgel, frecuentemente con Zane y Ralph a su lado. Manteniéndolo en secreto en un principio, James comenzó a practicar hechizos ofensivos y defensivos que estaba aprendiendo, utilizando como blanco al busto de Sir Pepperpock de su dormitorio. A menudo Rose, Scorpius, y hasta Damien Damascus y Sabrina Hildegard observaban los esfuerzos de James a través del fragmento en la parte posterior de la puerta de su dormitorio.

—Sigues haciendo hincapié en la segunda sílaba del encantamiento arroja—soga —opinó Rose críticamente en una ocasión. —Eso está provocando que la sogasalga disparada muy corta antes de tiempo.

—E intenta curvar más la muñeca —añadió Damien, imitando el movimiento con su propia varita desde el otro lado del fragmento. —¿Lo pillas? Estás yendo tras una espiral agradable. Cíñete a tu objetivo.

James se pasó el antebrazo por la frente.

—¿No tenéis deberes qué hacer?

—Te olvidas de que es mucho más tarde aquí —señaló Rose, con desdén. —Nos quedamos levantados sólo porque eres tan infinitamente entretenido... Eso es mejor que la tele.

—Haz el pozo gravitatorio de nuevo —sugirió Sabrina animadamente, con la pluma flotando en el cabello. —¡He leído que las personas que son realmente buenas en el asunto pueden hacerte tan fuerte que ni siquiera la luz puede escapar de ti! ¡Es como un pequeño agujero negro en miniatura!

Ralph estaba acostado en su cama rodeado por una colección de plumas, pergaminos y aperitivos. Levantando la vista desde su libro de texto Historia de la Magia Americana, preguntó:

—¿Y cómo es que todos vosotros sabéis tanto sobre el Clutchcudgel?

—Para eso está la biblioteca —se encogió de hombros Rose. —No hay mucho allí que digamos, pero encontramos algunas revistas y folletos viejos que hablan al respecto. Al parecer hay una liga Clutch en Inglaterra, a pesar de que casi nadie ha oído hablar de eso. Leí una entrevista con el hombre que dirige la liga. El tipo es más bien... intenso. Sin embargo, hubo algunas buenas discusiones sobre la magia básica que va de acuerdo con el juego. ¿Has estado practicando el maleficio del silbato ensordecedor que a Damien se le ocurrió?

—Ya os lo he dicho —expresó James, bajando la varita, —que no estamos autorizados a utilizar hechizos que lastimen a otros jugadores. Hacer que el árbitro haga sonar su propio silbato ya es una sanción bastante obvia.

—No puede haber penalización sin que sople el silbato —reflexionó Zane desde la cama de James donde estaba tumbado. —¿No es cierto? Si se comete una falta, pero no hay silbato que la indique, ¿en realidad es una falta?

—Eso es lo que he estado intentando decir —exclamó Damien desde el otro lado del espejo.

—Olvidadlo —anunció James con firmeza. —No voy a correr el riesgo de conseguir que me manden al banquillo otra vez.

—¿Te importa si robo ese pequeño silbato ensordecedor? —preguntó Zane animadamente. —Podría apostar a que Warrington le daría un muy buen uso.

James puso los ojos en blanco. Al otro lado del fragmento, Damien Damascus señaló con un dedo.

—¡Tengo pendiente conseguir la patente, Walker! ¡No vayas a robarlo y decir que es tuyo!

—No me atrevería siquiera —dijo Zane, en tono quejumbroso.



Para el tercer partido de la temporada, James había finalmente ganado la confianza suficiente como para intentar hacer algo de magia real durante el juego. Esperó hasta el último cuarto del partido contra la casa Vampiro y, cuando estuvo seguro de que el profesor Wood estuviera ocupado organizando a gritos formaciones, intentó lanzar un encantamiento arroja—soga al goleador Vampiro delante de él. Funcionó a la perfección. Instantáneamente, la Clutch salió disparada de debajo del brazo del chico y osciló hacia atrás en el aire. James la cogió oprimiéndola contra su pecho, sorprendido y fascinado por lo fácil que había sido.

La multitud bastante impresionada respondió con una ovación, y cuando James pasó zumbando a través de la intersección y alrededor de la plataforma Pie—grande, vio a Wood echando un vistazo a su alrededor con curiosidad, tratando de ver la causa por la cual la multitud aplaudía. Mientras James se acercaba al final de completar sus tres vueltas, se dio cuenta que dos de los agresores Vampiros se habían reunido delante, preparándose para abalanzarse sobre él y obligarlo a desviarse del recorrido. James entrecerró los ojos y levantó su varita.

—*¡Cresco Gravitatis!* —gritó, señalando a un punto en el medio y por debajo de los dos agresores Vampiros.

Se oyó un ruido muy satisfactorio, algo parecido a una especie de chasquido, y los dos agresores fueron succionados hacia abajo, saliéndose del recorrido. Chocaron entre sí en el punto del pozo gravitatorio y a James le complacía constatar que el aire parecía ligeramente más oscuro alrededor del centro del encantamiento mientras descendía en picada. El pozo colapsó sobre sí mismo rápidamente, pero ya no había ninguna posibilidad de que los agresores Vampiros pudieran atrapar a James. Planeó arduamente en torno a la última vuelta, acelerando y estrujándose sobre la skrim y, con cierta facilidad logró lanzar la Clutch a través del aro de meta, manteniéndola bien alejada del alcance del bastón del protector Vampiro.

La muchedumbre reaccionó con un conmocionado rugido de aplausos, tanto sorprendida como impresionada. James había albergado la esperanza de que Wood no hubiera podido notar su uso de magia, pero esa esperanza se disipaba

sutilmente por la voz resonante de la comentarista del partido, una chica de la casa Zombi que correspondía al nombre de Cheshire Chatterly.

—¡Y el juego mágico de los Pie-grande da un salto bastante asombroso en el siglo XXI con un habilidoso hechizo del número veintidós, James Sirius Potter! —gritó a voz en cuello, su voz se amplificaba por encima del rugido de la multitud. —¿Acaso podrían ser estas reminiscencias una nueva era de competitividad para la casa Pie—grande? Sólo el tiempo lo dirá. Mientras tanto, ¡tres hurras para el profesor Oliver Wood y su muy eficaz entrenamiento!

James desaceleró mientras levantaba la vista hacia la cabina del comentarista, frunciendo el ceño. No se sorprendió al ver a Zane sentado en la cabina al lado de Cheshire Chatterly. El chico rubio sonrió maliciosamente y saludó con la mano hacia James, guiñándole un ojo; el gesto resultaba tan sutil como un gigante vistiendo tutú. James intentó esquivar los ojos de Wood, pero no pudo evitar mirar con el rabillo del ojo mientras rodeaba la plataforma. Wood estaba sonriendo rigurosamente mientras el gentío lo aclamaba.

—¡Bien hecho, James! —gritó Norrick, pasando junto a James en su propia skrim. —Pero debes permanecer alerta. El equipo Vampiro probablemente te tenderá una emboscada ahora que piensan que eres el único empleando algún tipo de estrategia mágica.

James suspiró mientras se acuclillaba sobre la skrim, acelerando hacia la intersección. Y efectivamente fue así; varios jugadores Vampiro lo miraban codiciosamente mientras se precipitaban hacia delante.

—¿Por qué no *pruebas* un poco de magia, Norrick? —sugirió James, alzando la voz al viento recio. —¡No es ilegal, ¿sabes?!

—¡No me sé ni los hechizos! —respondió Norrick. —¡Ese fue un pozo gravitacional! ¡Son muy difíciles de ejecutar!

James estaba a punto de decirle a Norrick que realmente no eran tan difíciles, pero para entonces los dos zumbaban hacia la intersección y perdió de vista al otro chico mientras pasaban como una flecha y arremetían a través del torrente que fluía en dirección contraria.

James no intentó llevar a cabo más magia durante ese partido, lo que provocó que perdieran por un marcador de cincuenta y siete a cincuenta. Cuando todo hubo terminado, se quedó esperando en el sótano que servía de vestidor debajo del andamio para ver si Wood tenía intención de darle una lección. El resto del equipo Pie-grande lo felicitó efusivamente mientras se quitaban las hombreras y demás indumentaria, pero cuando Wood bajó las escaleras guardaron silencio inmediatamente, observando, junto con James, para atender a lo que diría a continuación. Wood permaneció mirando el vestidor antinaturalmente silencioso durante largos segundos, dejando que su mirada barriera a los jugadores allí congregados.

Finalmente, se aclaró la garganta y dijo:

—Buen partido el de hoy, equipo. Bien disputado. No habíamos logrado estar tan cerca de un puntaje así en mucho tiempo. Seguid haciéndolo.

James observó al profesor mientras se abría camino hacia la salida. Cuando la puerta de madera se cerró de un golpe, dejó escapar una profunda exhalación de alivio. Sea cual fuere el motivo, Wood obviamente había elegido no entrenar al equipo en la ejecución de ningún tipo de magia deportiva seria, pero al parecer estaba dispuesto a permitirlo si al menos James tomaba la iniciativa por sí solo. James sintió que se quitaba de encima un gran peso de preocupación.

—Oye, James —dijo Wentworth, sentándose a su lado en el banco, —creo que podrías enseñarme algunas de esas cosas que hiciste hoy.

—Sí —estuvo de acuerdo Gobbins, manteniendo la voz baja. —Opino lo mismo. No sé lo que hacen el resto de estos burros, pero me gustó lo que hiciste hoy. Al diablo la tradición. Quiero aturdir a algunos cuantos por allí.

—¡Válgame Dios! —dijo James, alzando las manos. —Aprendí todo eso por mí mismo gracias a los libros. Wood podría dejar que me salga con la mía, pero si se llegara a enterar de que estoy enseñando al resto del equipo a hacer...

—No será al resto del equipo —dijo Wentworth, limpiándose las gafas en su camiseta. —Sólo seremos Gobbins y yo.



—Y yo me uno —agregó Jazmine Jade, quien estaba sentada al otro lado de James.

—Grrr —gruñó otra voz. James alzó la vista para ver a Mukthatch asintiendo con la cabeza hacia él, sus ojos negros centelleaban.

James se pasó las manos por el pelo en señal de frustración.

—Escuchad, no soy ningún profesor. ¡Apenas conozco esos hechizos! ¡Sólo leí al respecto, observaba lo que los demás hacían y practiqué en mi habitación hasta que estuve listo para ponerlo a prueba!

—¿Y has hecho todo eso *sin* contárnoslo? —indagó Wentworth con reproche.

—No, no, es mejor así —dijo Gobbins con entusiasmo. —¡Nos ahorraría meternos en líos! ¡Ahora sólo puede enseñarnos lo que sabe!

—¡No puedo enseñarle nada a nadie! —negó James en tono áspero, tratando de mantener la voz baja.

—¿Por qué no? —preguntó Jazmine sensatamente.

James sacudió la cabeza y frunció los labios, desorientado sin conseguir cómo responder.

—Venga —dijo Mukthatch, dando a James un alentador empujón en el hombro, casi haciendo rebotar su cabeza en la pared.

—Muk tiene razón —aclaró Wentworth. —Somos tus compañeros de equipo y amigos. De ninguna manera pretendemos que asumas el cargo de Wood, ni nada por el estilo. Considéralo como... si estuvieras ayudándonos con nuestros deberes.

—Sí —sonrió Gobbins ampliamente. —Nuestros deberes deportivos.

Jazmine asintió con seriedad.

—Te ayudaríamos con tus deberes a cambio, James.



—¡Pero no lo hiciste la otra noche —farfulló James, volviéndose contra Jazmine, —cuando te pedí que me ayudaras con mi ensayo de Ingeniería Precognitiva!

—No querías que te *ayudara* con eso —dijo Jazmine, mirando de soslayo. — Querías más bien comprar mi ensayo del año pasado. Son cosas completamente diferentes.

Gobbins meneó la cabeza en desaprobación.

—Te dije que no iba a desprenderse de él por menos de veinte billetes.

Wentworth se negaba testarudamente a zanjar la cuestión.

—Y bien, ¿nos ayudarás a aprender un poco de magia para el Clutch, James? ¿Sólo a nosotros cuatro?

James los miró uno a uno y finalmente dejó escapar un largo suspiro de resignación.

—¡Fantástico! —anunció Gobbins, alzando sus puños al aire. —¿Cuándo empezamos?

—No hay un momento mejor que éste —enunció Jazmine. —Todavía es temprano. Podemos encontrarnos en la sala común del ático. Nadie ha usado esa habitación desde que Chipote el *Poltergeist* se mudara allí. Aunque no nos molestará, siempre y cuando a nadie le importe practicar con unos cuantos libros siendo arrojados por todo el lugar. Incluso servirían de ayuda. Pues nos dará un blanco a qué apuntar.

James se inclinó hacia delante y se quitó las botas de Clutchcudgel, dejando que la conversación prosiguiera sin él. Aunque no lo dijera, no le molestaba tanto la idea de compartir lo que había aprendido con unos cuantos jugadores, siempre y cuando no tuviera que hacerlo con el equipo entero. Todavía podría ganarse el enojo del profesor Wood, pero por el momento, la manía que tenía James por lograr meterse en problemas era ligeramente superada por su deseo de ganar al menos un partido durante esta temporada de Clutchcudgel. Para cuando él y sus compañeros de equipo hubieron abandonado el sótano e irrumpido en el



crepúsculo de la Duna Pepperpock, ya estaba planeando lo que les enseñaría en primer lugar.

—Lo siento chicos —se disculpó James con Ralph y con Zane cuando éstos le alcanzaron. —No habrá cervezas de mantequilla en Cometa y Llave esta noche. Me han reclutado.

—Ya nos dimos cuenta —asintió Zane con la cabeza, suspirando. —¿Vas a enseñarle a tu equipo a utilizar la magia?

—¡Chiiist! —lo acalló James, echando un vistazo a su alrededor. —No a todo el equipo. Sólo a un par de mis compañeros. Debéis guardar el secreto, ¿de acuerdo?

—Está bien —convino Zane, alzando las manos al momento en que Mukthatch se cernía amenazante sobre él. —Que no se te suban los humos, Chewbacca. Tu secreto está a salvo conmigo. Pero hay que tener en cuenta que la semana que viene vosotros os enfrentaréis a la casa Zombi. Magia es su segundo nombre.

—¿Ah sí? —reaccionó Wentworth a la ofensiva, irguiéndose para alcanzar su máxima estatura. —Bueno, el segundo nombre del equipo Pie-grande es... hum...

—¿Grande? —sugirió Jazmine, esperanzada.

—*Magia grande* —confirmó Gobbins. —Gracias a James aquí. Nuestro nuevo entrenador y especialista en magia deportiva.

El resto de los Pie-grande concordaron encarecidamente, ovacionando y aplaudiendo a James desde la parte de atrás.

Zane sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco, sonriendo con arrepentimiento y pesar.

—Mi héroe —dijo, propinándole un ligero empujón a James con el codo.

Con timidez, James dibujó en su rostro una amplia sonrisa.





Capítulo 13

La Octósfera y el Árbitro

El semestre se desenrolló como una alfombra.

James pasaba algunas noches a la semana enseñando magia para Clutchcudgel a sus nuevos amigos bajo el techo inclinado de la sala común del ático. Chipote, el poltergeist de la casa, era muy diferente a lo que James había esperado. A diferencia de Peeves, por cuya alegre picardía y apariencia de diablillo era leyenda en Hogwarts, Chipote era apenas un jirón de humo con forma humana y con un vago hedor a moho. Su método principal de comunicación era una cierta variedad de estornudos, ronquidos, irritantes gemidos y una ocasional tos perruna.

—Parece como si fuera el fantasma de alguien que murió de un resfriado — había comentado Ralph, un poco apesadumbrado por el excéntrico y errante espectro.

—Es una buena teoría —estuvo de acuerdo Wentworth. —Pensábamos lo mismo, así que tuvimos que hacerle pruebas. Una viejecita pequeña, de la Facultad de Medicina, se acercó y tomó una ecto—muestra. Según ella, Chipote sí que es un poltergeist, de pies a cabeza.

—Sí que *era* pequeña, ¿no era así? —coincidió Jazmine. —Sus gafas eran más grandes que la cabeza. Creo que debe haber un enano en algún punto de su árbol genealógico.

Gobbins apuntó su varita hacia Chipote, quien se quejó con irritación y se serpenteó hacia la estantería.

—Dijo que hacer la prueba realmente no valió la pena —añadió. —Y afirmó que no ha habido un auténtico y fidedigno fantasma en Aleron durante décadas.

—¿En serio? —preguntó James, con curiosidad en su rostro. —Hogwarts está lleno. Uno de ellos acostumbra a ser nuestro profesor de Historia. ¿Por qué aquí no hay ninguno?

Wentworth se encogió de hombros; estaba sentado junto a la puerta en una vieja pero cómoda silla de respaldo alto.

—Nadie lo sabe. Tal vez debido a la esclusa de tiempo. Tal vez los fantasmas no logran seguir el ritmo en que el campus deambula por los siglos todos los días.

—Pero antes *habían* fantasmas —respondió Gobbins en contra. —Hace mucho tiempo. He oído historias sobre ellos. Incluso Percival Pepperpock fue uno de ellos. Y ese viejo portero, Freddie o como se llame. Siempre estaba tratando de asustar a la gente, pero insistía en llevar puesto aquel viejo suéter rayado y sombrero flexible de fieltro, el cual es bastante difícil de quitarse incluso si *no* estás intentando lucir espeluznante.

—¿Y entonces qué pasó con todos los fantasmas? —indagó Ralph.

Jazmine sacudió la cabeza.

—Como dijo Went, nadie sabe a ciencia cierta. Tal vez simplemente ya no alcanzan el nivel para ser fantasmas como solían hacerlo, ¿eh?

Mukthatch gruñía y rezongaba, ansioso por continuar con la lección.

Las cosas transcurrían suficientemente bien y las preocupaciones iniciales de James comenzaron a menguar. Sin embargo, la tercera vez que el grupo se reunió, Norrick se hizo presente en la sala común del ático después de haber oído hablar de las prácticas mágicas para Clutchcudgel que secretamente tenían lugar allí. A regañadientes, James le permitió quedarse, con la condición de que mantuviera las lecciones en secreto. A pesar de eso, a la semana siguiente dos miembros más del equipo aparecieron en el gran sofá bajo la única ventana de la habitación, sonriendo ansiosamente, con varitas en mano.

—¡No se le he contado a nadie! —aseveró Norrick defensivamente mientras James lo miraba. —Ahora lo comentan por toda la casa. No puedes guardar un secreto durante mucho tiempo por estos lados. Incluso escuché abajo a Heckle y a Jeckle discutir sobre ello. Por cierto, Heckle cree que deberíamos estar aprendiendo algunos hechizos a la vez, sólo para variar un poco.

James suspiró. La verdad era que no le importaba. La magia del Clutchcudgel del equipo Pie-grande se estaba desarrollando lenta pero segura, incluso si se trataba de magia bastante estandarizada. James tenía la sensación de que el profesor Wood todavía se sentía un tanto incómodo con aquello, pero no había mencionado nada al respecto. Quizás esto se debía a que el equipo no había ganado aún ningún partido, a pesar de que los resultados habían ido acrecentándose cada vez más. El último partido, de hecho, terminó en empate. James se había decepcionado al saber que, de acuerdo con las reglas del Clutchcudgel, un juego empatado se traducía en triunfo para aquél equipo que tuviera la mejor puntuación al comenzar el partido, dando así la victoria técnica al equipo Duende. No obstante, había sido una victoria moral para los Pie—Grande, y hubo una estrepitosa celebración en el sótano del vestuario después del partido.

Mientras el equipo se dirigía de vuelta a la mansión Apolo cargando con ellos su buen ánimo, James recordó las historias sobre Quidditch de su padre en Hogwarts y sintió, por primera vez, una profunda sensación de orgullo pues estaba viviendo a la altura de la imagen de su padre. De hecho, de acuerdo con aquellas antiguas historias, el mismo Oliver Wood fue un jugador formidable y

estaba locamente entusiasmado con la idea de ganar. Tal vez la reticencia de Wood por usar magia ofensiva y defensiva —independientemente de que ésta se basara o no en las inseguridades que tenía por causa de sus difuntos padres y el rechazo que le profesaban por su participación en la batalla de Hogwarts, —era refrenada por el amor mucho más antiguo que le tenía a la victoria deportiva. James esperaba que así fuera. Todavía tenía en mente muchas otras cosas que quería probar.

—Lo habéis hecho bien —dijo, hablando ahora hacia un poco más de la mitad de todo el equipo Pie-grande de Clutchcudgel, amontonados incómodamente en la sala común del ático. —Eso es todo lo que sé. Nos queda tiempo para ingeniarnos un poco de creatividad. Vuestra tarea durante el fin de semana será investigar algo nuevo, algo que los demás equipos nunca esperarían que sepamos, y regresarán el lunes listos para enseñar lo que hayáis aprendido al resto de nosotros. ¿Entendido?

Se produjo un murmullo de ansiosa expectación por todo el estrecho recinto. Chipote deambulaba por la estantería con una gran enciclopedia en su mano tenue, como si no pudiera elegir a quién lanzársela.

Al otro lado del campus, las hojas finalmente caían de los árboles y se apilaban a la deriva, forrando el césped de anaranjado y amarillo. Los árboles rascaban el cielo con sus ramas desnudas mientras el invierno se posaba dócilmente sobre el campus, trayendo consigo violentos ventarrones y un frío cada vez mayor. James sacó del baúl su pesada capa y comenzó a llevarla puesta a clases, debidamente abrochada por debajo de la barbilla, con su almidonado cuello sobresaliéndole cerca de las orejas.

—Qué elegante —dijo Lucy en un día con cielo nublado, sonriendo torcidamente a su primo mientras se abrían camino hacia la Residencia de Administración para el almuerzo. —Podrías encajar perfectamente en la casa Vampiro. Las capas están de moda este año.

—Junto con colmillos de plástico y tinte negro para el cabello —gruñó Albus a su lado, caminando con las manos embutidas en los bolsillos de su chaqueta.

Lucy chasqueó la lengua.

—Estás enojado porque nos hiciste perder el torneo de Quidditch.



—El torneo no ha terminado todavía —contrarrestó Albus con grandes alharacas. —¡Y yo *estoy* apoyando a Zane y a sus Zombis para que os den una paliza a todos vosotros en la final!

Lucy se encogió de hombros, como mostrando desinterés.

—Que gane el mejor equipo, por supuesto.

Albus se encrespó, pero no profundizó más en el asunto. James sabía que las experiencias de su hermano en la casa Hombre—lobo eran mezcladas y esto contribuía con su natural malhumor. A veces, Albus hablaba muy bien y con orgullo sobre la vida en la mansión Ares. Otras veces, parecía taciturno y abatido, escabulléndose para evitar sentarse con James, Zane y Ralph en una esquina del Cometa y Llave, en lugar de unirse a la larga mesa cerca de la chimenea, donde el resto de los Hombres—lobo a menudo se congregaban. Una o dos veces, James intentó preguntar a Albus sobre sus nuevos compañeros, pero Albus siempre respondía a la defensiva, asegurando que nada iba mal, que le encantaba su casa, y que si acaso no era posible que un tipo viniera y se sentara junto a su hermano de vez en cuando, sin ser interrogado sobre su vida personal. Con el tiempo, James se había dado por vencido y no volvió a preguntárselo.

Petra todavía aparecía con regularidad en las clases de Elaboración de Pociones del profesor Baruti y James se alegraba de ver que habitualmente parecía estar con buen ánimo. Al parecer, Izzy estaba adaptándose bien al campus de la escuela primaria, a la que asistían mayoritariamente hijos de otros profesores y administradores. Ambas vivían en un pequeño apartamento de la planta superior de una de las casas del Paseo del Profesorado. James las veía en ocasiones durante la cena en la cafetería y se sentaba con las dos cada vez que podía.

Por algún extraño motivo, esos eran los momentos en los que sentía más nostalgia de Hogwarts, incluso más que cuando hablaba con Rose, Scorpius y el resto, a través del espejo. Sentarse con Petra e Izzy, Ralph y Zane, riendo y conversando, le recordaba casi dolorosamente sus días en el Gran Comedor y la sala común de Gryffindor. A veces, en algunas ocasiones le florecía el más extraño sentimiento de pérdida y desasosiego, como si nunca más pudiera regresar a esos lugares, como si nunca más pudiera volver a ver a todas aquellas caras y lugares



familiares. Desde luego que era una tontería. Estaría de regreso muy pronto. Aún así, el sentimiento persistía y a veces, especialmente a altas horas de la noche, se encontraba a sí mismo pensando en la última conversación que había entablado con la profesora Trelawney. Evocaba la mirada poseída y distante de la mujer, y sus aterradoras palabras:

Los destinos se han alineado. Caerá la noche, y a partir de entonces, no habrá amanecer...

De vez en cuando, James veía a sus padres y a su hermana Lily. Llegaban para asistir a algunos de sus partidos de Clutchcudgel, aunque no a tantos como hubieran querido, de acuerdo con su padre. El trabajo de Harry Potter se estaba volviendo cada vez más agitado, había dicho él, y James podía notarlo tanto en el rostro de su padre como en el de su madre. Se reflejaba una tensión serena y una preocupación tácita en ellos. Ningún periódico externo incursionaba en el campus de Alma Aleron, pero James presentía que las cosas no iban del todo bien en el mundo exterior.

—No te preocupes —le contestó Harry cuando James le había preguntado al respecto. Sonrió a su hijo, pero James podía decir que había sido más bien una sonrisa forzada, simulada prácticamente para su beneficio. —No dejes de hacer tus deberes escolares y persevera en Clutchcudgel. Tampoco pierdas de vista a tu hermano. Tu madre y yo estamos un poco preocupados por él y esos nuevos amigos de la casa Hombre—lobo.

James se encogió de hombros y asintió. Su padre estaba enmascarando sus angustias más grandes con la preocupación de saber cómo Al podría estar encajando con sus compañeros Hombres—lobo. Era bastante inquietante, pero James había determinado no hacerlo su problema. Se había preocupado por él lo suficiente durante los últimos dos años.

—He oído hablar de este tipo, el profesor Magnussen —le comentaba James a Ralph y a Zane el fin de semana siguiente, caminando por los adoquines del frío sendero y pateando montículos de hojas muertas. —Durante nuestro primer año. ¿Recordáis cuando os conté que me escabullí con la capa invisible y seguí a mi padre y al rector Franklyn durante su reunión a medianoche? Franklyn habló algo



sobre Magnussen, y dio la impresión de que era una persona bastante problemática, comparado con lo que nos contó papá sobre la bruja Umbridge que estuvo en su propio tiempo.

—No suena nada bien —consideró Ralph, frunciendo ligeramente el entrecejo. —Me acuerdo de esas historias.

—¡Pero Magnussen es la clave de todo el asunto! —insistió Zane. —Fue quien encontró la llave de la cortina de Nexus. ¡Podríamos buscarlo en el Archivo, y tal vez averiguar cómo fue que lo logró! ¡Si hiciéramos eso, entonces tal vez podríamos seguirle y atravesar el lugar entre los mundos y encontrar a quien quiera que haya atacado la bóveda de los destinos! —los ojos de Zane parecían anonadados por la emoción, pero James suspiró.

—¡Estás completamente loco! —dijo obstinadamente. —Hemos terminado con ese tipo de cosas, ¿vale? Ralph y yo nos quitamos de encima las aventurillas el año pasado, persiguiendo a esa horrible cosa llamada Guardián. Rose también. Si estuviera aquí probablemente te abofetearía, incluso por sacarlo a relucir.

—¡Ah! —dijo Zane, imperturbable. —Ya he hablado con Rose de eso a través del espejo. Piensa que por lo menos valdría la pena echar un vistazo. ¡Vamos!

Ralph habló con incertidumbre.

—Dice que deberíamos contarle todo al papá de James y dejar que él mismo se encargue. A fin de cuentas, es su trabajo.

—El señor Potter ya tiene suficiente trabajo —respondió Zane con astucia. —He oído que está recibiendo un aluvión de críticas de parte de las autoridades locales, en especial de la Oficina de Integración Mágica. Le están haciendo las cosas muy difíciles, manteniéndolo al margen.

—¿Qué? —exclamó James con cierta rabia en su voz. —¿Dónde escuchaste eso?

—Escuché a hurtadillas a tu padre y al rector Franklyn en Cometa y Llave después del último partido de Quidditch de Al. *Algunos* de nosotros no necesitamos capas invisibles para lograr tal hazaña...

James se sintió dolido.

—Pero ¿por qué las autoridades locales lo rechazaron? Fue enviado aquí para ayudarles, ¿no?

—Aparentemente, sospechan de él —aclaró Zane. —Recuerda, aquí en Estados Unidos, el Elemento Progresivo está por todos lados. No todo el mundo cree en toda esa basura sobre cómo Voldy era un simple pensador revolucionario y un defensor, alguien que promovía la causa de los pueblos, sofocado por los poderes mágicos dominantes del día, pero sólo los suficientemente idiotas sí creen que eso le cause problemas a personas como tu papá. Piensan que él mismo incluso podría estar detrás de algunos asuntos del FULEM. Al parecer, le preguntaron acerca de la desaparición de ese político muggle y el edificio Chrysler. Y hasta creen que podría haber estado implicado con el ataque en la bóveda de los destinos, especialmente desde que la hebra faltante logró desvanecerse sin dejar rastro alguno y no han tenido la suerte de dar con su paradero, a pesar de que había dejado atrás un vestigio mágico de una milla de ancho. Piensan que tu padre no ha encontrado la hebra todavía, porque tal vez en realidad no *pretende* encontrarla. Como si tal vez estuviera cubriendo a sus propios cómplices o algo así.

—¡Qué estupidez! —atañó James. —¡Vino aquí para desarticular a la banda que perpetró tales hechos y encerrarlos a todos en Azkaban!

Ralph se quedó pensativo.

—Bueno —dijo lentamente, —no estoy diciendo que tengan razón, por supuesto, pero si *estuvo* involucrado con un grupo como el FULEM, probablemente sería la coartada perfecta para que pudiera estar en el equipo en que supuestamente fue asignado a investigar. Si lo piensas bien, desde el punto de vista del Elemento Progresivo, de eso se trata.

Zane estaba impresionado.

—Lo asimilaste realmente todo ese tiempo que pasaste en el equipo de debate de Corsica, ¿no, Ralphinator? Puedes pensar como ellos cuando sea necesario.

—Es una completa estupidez —dijo James de nuevo, pateando en particular una gran pila de hojas.

—El Elemento Progresivo es una estupidez —replicó Zane. —Una vez que hayas creído en ese tipo de cosas, otras cosas estúpidas se vuelven mucho más fáciles de digerir.

—Pero ¿por qué iban a pensar que mi padre se uniría a semejante pandilla de gente peligrosa?

—Oh —dijo Zane, sonriendo con remordimiento. —Eso es fácil. Muchos estadounidenses piensan que el FULEM es sólo una marioneta disfrazada de organización, dirigida por el Ministerio de Magia y, en concreto, por el Departamento de Aurores como tal. Ellos piensan que no es más que una gran táctica destinada a amedrentar a las personas, mantenerlas todo el tiempo con pánico, y que está dispuesta a seguir viviendo con las antiguas leyes de separación muggle—mágica y todo eso.

Ralph sacudió la cabeza.

—Entonces deben pensar que personas como el padre de James son una panda de idiotas realmente retorcidos.

Zane asintió.

Los tres chicos se detuvieron al acercarse a la Octósfera. El gran orbe negro flotaba en su lecho acuático, a la cual ahora se le adherían en su superficie hojas muertas. Un retumbo amortiguado, casi inaudible venía desde una parsimoniosa y rotatoria piedra.

—Según la leyenda, el profesor Magnussen inventó este artefacto —comentó Zane, apoyando el pie en el muro de piedra que rodeaba el estanque. —¿Sabíais eso?

—¿Cómo puedes concebir una gran bola negra? —preguntó Ralph de manera irónica y burlona.



—No es sólo una pelota grande, cabeza de chorlito —contestó Zane. —Es una máquina de respuestas. Tú preguntas cualquier cosa que quieras saber y ella te dirá la respuesta.

—Eso ya es magia bastante profunda —reconoció James reticentemente. —¿Te da siempre las respuestas acertadas?

—Siempre —confirmó Zane. —Pero nunca son útiles. Eso es probablemente la causa de que esté justo aquí al aire libre, para que cualquiera la use. Si las respuestas fueran útiles, esta cosa sería probablemente la herramienta más valiosa de todo el mundo mágico. Puedes apostar que eso fue lo que el viejo profesor Magnussen tuvo la intención de hacer, si las leyendas sobre él son ciertas.

—¿Por qué las respuestas no son útiles? —preguntó Ralph, mirando de cerca la esfera de piedra que giraba lentamente.

Zane se encogió de hombros.

—Es todo cuestión de quantum. Magnussen fue presidente de la casa Igor hace más o menos un siglo, y por lo que parece fue súper genio en tecnomancia. Era un gran creyente de esta cosa llamada «la gran unificación mágica» o algo por el estilo.

—Sí —dijo James, calentándose con el tema. —Franklyn habló de eso cuando nos llevó a conocer el Archivo. Se le llama teoría de la gran unificación mágica. Dijo que la gente solía creer que si pudieras medir todo por todos lados, entonces serías capaz de predecir el futuro. Y si se pudiera predecir el futuro, entonces básicamente...

—Se le podría controlar —terminó Zane. —Sí, así fue como lo escuché. Por lo visto se trataba de algo que enloquecía a Magnussen. Invirtió toda su vida perfeccionando la teoría, tratando de hacer que funcionara. La leyenda cuenta que utilizó algunos métodos realmente terroríficos, aunque nadie parece saber exactamente cuáles fueron. En cualquier caso, esta es una de las cosas que inventó sobre la marcha. Utiliza la gran unificación como—se—llame para decirte la respuesta a tu pregunta. Aunque hubo gran defecto en el diseño, así que si bien la

respuesta que obtienes es técnicamente correcta, casi siempre resulta totalmente inútil. Observad.

Zane se giró hacia el orbe de piedra que giraba lentamente. En voz alta y enunciando cuidadosamente, dijo:

—Oh, gran Octósfera mística, ¿ganará la casa Zombi el torneo de Quidditch de este año?

James y Ralph se inclinaron sobre el muro bajo que rodeaba el estanque, observando detenidamente a la esfera. Después de unos segundos la esfera se paralizó y algo parecía moverse dentro. Borrosas formas blancas nadaban desde las oscuras profundidades del orbe, solidificándose hasta llegar a la superficie y transformarse en palabras. Los tres chicos se las quedaron mirando pensativamente. Luego leyeron:

«COMO LAS LUNAS DE KTHULL SE ALINEAN CON EL GRAN CUERNO DE IPSUS»

Después de unos instantes, Ralph preguntó:

—¿Entonces eso... es un sí o un no?

—Nadie lo sabe —dijo Zane animadamente. —Ese es el punto. Mi conjetura es que «Kthull» es un planeta de alguna galaxia desconocida. «Ipsus» es, probablemente, una constelación o algo así. O tal vez es incluso una verdadera bestia con un cuerno en la vida real. En cualquier caso, es imposible para nosotros saber si las lunas de algún loco planeta se alinean con él o no, así que si incluso la respuesta es correcta, sigue siendo completamente inútil para nosotros.

—¿Y cómo es que sabes que es la correcta? —le preguntó Ralph. James pensó que esa era una pregunta bastante razonable.

Zane movió la cabeza.

—Mirad esto —Se giró de nuevo hacia la Octósfera. —¡Eh, tú!, ¿quién ganó el partido de Clutch de la semana pasada entre la casa Igor y los Zombis?

James y Ralph observaron que las letras se destiñeron de la superficie de la Octósfera y comenzó a girar de nuevo, retumbando débilmente.

—En realidad no tienes que pronunciar la parte de «oh gran Octósfera mística» —admitió Zane mientras esperaban. —Simplemente pensé que de algún modo sonaría más, ya sabéis, imponente.

En el centro del estanque el orbe negro dejó de girar de nuevo. Dos palabras brotaron desde sus profundidades.

CASA ZOMBI

—¿Lo veis? —dijo Zane, haciendo un gesto hacia la bola de piedra flotante. —Si se trata de una respuesta que ya conocéis, entonces sólo te da la verdad. Y siempre es la correcta.

—Ya veo a qué te refieres —Ralph frunció el entrecejo. —Eso no resultará muy útil que digamos.

Zane asintió.

—Me han dicho que estaba enloqueciendo al profesor Magnussen tratando de averiguar cuál era el problema. Dicen que eso fue lo que lo condujo a buscar y abrir la cortina de Nexus, aunque nadie sabe por qué. ¡Si tan sólo pudiéramos seguir sus pasos, también podríamos encontrar la respuesta a ese misterio!

—De ninguna manera —soltó James resueltamente, suspirando. —Mamá tenía razón. Tenemos suficiente en nuestras manos con la escuela, el Clutch y todo lo demás. Quién sea que haya sido Magnussen, si hay algo en torno a él que averiguar, apuesto a que mi papá ya está trabajando en ello. Encontrará esa cortina de Nexus y localizará a quien haya atacado la bóveda de los destinos. Ya lo veréis.

Zane parecía reacio a permitir que el asunto acabara, pero no dijo nada más al respecto esa tarde; incluso no tocó el tema por el resto del fin de semana.

En la mañana del lunes, el profesor Bunyan llevó a la clase hasta el museo que reposaba en la cima de la Torre del Arte, donde les mostró retratos de muchos de los personajes históricos que estudiaron allí. Agachándose bajo el pórtico del museo, el gigante profesor señaló pinturas de famosas batallas de América, exponiendo cómo el contingente secreto mágico del ejército de los Estados Unidos, dirigido por un mago estadounidense llamado Quenton Harrow, había ayudado en la lucha. Cuando James pasó junto al retrato del general George Washington, comentó a Ralph que era una lástima que el retrato no pudiera hablar.

—¿Quién dice que no puedo hablar? —preguntó el retrato, sintiéndose agraviado.

James, Zane y Ralph giraron de inmediato, sorprendidos. Zane habló primero.

—Pero... ¿usted era un muggle, ¿verdad?

—¿Qué, dígame por favor, es un muggle, jovencito? —preguntó Washington con severidad.

—Hum —dijo James, tartamudeando. —¿Alguien que no es mágico? ¿Cómo puede no...? —Hizo un gesto hacia el marco dorado del retrato. —¡Es usted una pintura que habla!

—¿Y qué hay de malo en ello? —reaccionó Washington, alzando la barbilla.

Ralph sacudió la cabeza.

—Quedé confundido.

En ese momento, el profesor Bunyan colocó una de sus enormes manos sobre los hombros de los chicos, alejándolos del retrato.

—Tratemos de no hablar con retratos de personajes históricos muggles —les dijo con voz serena. —Alguien pensó que sería buena idea preservarlos

mágicamente para la posteridad, pero al estar vagamente conscientes del mundo mágico, muchos de ellos encuentran la experiencia un tanto... ambigua.

James asintió, lanzando una fugaz mirada al retrato de Washington. El antiguo presidente lo observaba estoicamente. James sabía que la figura sólo estaba pintada sobre lienzo, pero sentía un poco de lástima por él. Determinó que volvería más tarde y le haría compañía a la pintura a pesar del consejo del profesor de Bunyan.

Esa tarde, James, Zane y Ralph entraron a la cafetería para descubrir que había sido decorada para Halloween. Flotando sobre las largas mesas había docenas de calabazas con caras talladas y encendidas, sonriendo y mirando maliciosamente, y en ocasiones descendiendo para mascar un trozo de pizza de la mano desprevenida de un comensal. El esqueleto del aula de Economía Mágica Doméstica de Mamá Newt había sido requisado, le habían lanzado un maleficio que lo dejó en un verde más bien horripilante, y lo habían instalado cerca de la entrada principal, donde se distribuían bandejas a los estudiantes mientras se ponían en fila para la cena. El profesor Cloverhoof, el fauno presidente de la casa Zombi, estaba de pie al fondo de la salón, dirigiendo un par de chicas que estaban colgando diligentemente banderines color naranja en el techo bajo.

—¡Hola, profesor! —saludó Zane cuando los tres chicos se sentaron debajo de las calabazas flotantes. —¿Cómo van los preparativos para el baile de disfraces?

—Viento en popa —contestó Cloverhoof distraídamente. —Un poco más alto, señorita Worrel. No hay nada tan deprimente como un banderín torcido. Ahí vamos otra vez con lo mismo.

—Seguro que Jersey Devil se está tomando muy en serio su trabajo este año —dijo Zane en un susurro discreto, girándose hacia James y Ralph. —Es el presidente del comité del baile de Halloween de este año. El año pasado fue Mamá Newt quien estuvo a cargo, y estuvimos inundados por todos lados de blondas y encajes.

Ralph levantó la vista hacia una calabaza flotante que parecía estar ojeando su plato.

—¿Celebran el baile de disfraces en la cafetería?

Zane negó con la cabeza.

—No, no, este es simplemente el lugar donde guardan todas las bebidas y refrigerios. Siempre termina siendo más un banquete. La auténtica fiesta se efectúa arriba en el salón de baile principal. Es enorme, con lámparas de araña del tamaño del wocket y un gran escenario en un extremo. No se lo digáis a nadie —añadió, inclinándose hacia adelante como en plan de mantener el secreto, —¡pero conseguimos que Rig Mortis y los Stifftones tocan en el espectáculo! ¡Es que estará estupendo!

—Nunca he oído hablar de ellos —dijo James, volteando una rebanada de pizza y mordiendo el final.

—Ni yo —añadió Ralph, —¿son algo así como Los Hermanos Boggart? Me gustan muchísimo.

—No —respondió Zane con brusquedad, claramente contrariado. —Los Stifftones son sólo como la banda americana mágica más popular en radio e internet de Estados Unidos. Vosotros dos me dais ganas de llorar, lo digo en serio.

—Yo sí los he escuchado —dijo la voz de una niña. James miró a un lado y vio a Izzy sentándose junto a Zane, colocando con ruido su bandeja sobre la mesa que estaba delante de ella. —Me gustan. «Hechiza mi corazón» es mi canción preferida en este momento.

—Al fin alguien con un poco de clase —suspiró Zane.

—¿Cómo estás, Iz? —le preguntó James a la chica más joven.

—Estamos bien —respondió Izzy, asintiendo con la cabeza hacia Petra, que se acercaba con su propia bandeja. —Mi maestra dice que ya estoy leyendo a un nivel de cuarto grado, lo que sea que eso signifique. Por lo visto eso es muy bueno, tomando en cuenta que nunca antes había asistido a la escuela.

Zane a punto estuvo de atragantarse con un trozo de corteza de pan.



—¿Nunca has ido a la escuela? ¿Hablas en serio? ¿Por qué no?

—Por culpa de mi madre —respondió Izzy estoicamente. —No creía que era lo suficientemente inteligente como para ir. Dijo que sería una pérdida de tiempo para mí y para todos los demás.

Petra se instaló junto a James.

—Cuéntales lo que te dijo la señora Quandary hoy, Iz —la apremió.

Izzy sonrió forzosamente.

—Conseguí interpretar el papel de la «Princesa de la Nieve» durante el espectáculo de navidad de este año.

—¡Qué genial! —Zane sonrió con entusiasmo. —¿Ya escogiste las alas y la aureola que usarás?

—Nos queda mucho tiempo para eso —dijo Petra, lanzando una radiante sonrisa a su hermana. —De momento, apenas se está acostumbrando a su varita.

—¿Su varita? —repitió James, parpadeando. —Pero... Izzy no... eh.

—¿Cómo van las cosas en la casa Pie—grande? —preguntó Petra, mirando de soslayo a James y sonriendo.

—James está enseñándole magia al equipo de Clutch Pie-grande —interpuso Ralph con un deje de orgullo. —Parece que los Pie-grande podrían ganar un partido por primera vez en... no lo sé. Quizás sería la primera.

James procuró restar importancia a este detalle, pero al instante se dio cuenta de la forma en que Petra lo miraba, evidentemente impresionada.

—Me parece excelente, James —dijo ella, propinándole un codazo cariñoso. —He notado cómo el equipo Pie-grande ha estado jugando últimamente. Parece estar con más confianza de la que tenía cuando empezó la temporada. ¿De verdad eres responsable de eso?

James se encogió de hombros y apartó la mirada, con su cara ruborizándose.



—Bueno... ya sabes. Yo... sí. No es nada, de verdad.

—Nada, dice. ¡Já! —terció Zane, sonriendo malévolamente. —James llevó a esa casa de nada a afortunada en un abrir y cerrar de ojos.

—Aún no hemos ganado un partido siquiera —aclaró James, intentando reprimir una sonrisa de orgullo. —Pero ya logramos empatar un partido.

—¿Os dais cuenta? —insistió Zane, haciendo caso omiso de las protestas de James. —Se está haciendo cada vez más ambicioso. ¡Tal vez incluso se haga profesional! Había un tipo el año pasado, un Hombre—lobo de nombre Stubb, que consiguió pertenecer a la plantilla de los Hobgoblins de Hoboken. ¡Apuesto a que James es incluso mejor de lo que él fue!

—¡Basta ya! —exclamó James, con sus mejillas sonrojadas. —Escuchad, no es nada, ¿vale? Lo que hago es sólo enseñarles hechizos básicos, eso es todo. Por algún motivo, Wood no estaba fomentando al equipo un entrenamiento con base en el juego mágico. Apenas es que estamos poniendo a todos al tanto.

—Qué modesto es, ¿no? —dijo Zane con voz empañada, gesticulando hacia Petra. —Rayos, me rompe el corazón. De hecho, lo hace.

James torció los ojos, como muestra de impaciencia.

Quince minutos más tarde los cinco se encaminaron hacia las puertas de la cafetería, hablando excitadamente sobre el inminente baile de Halloween, mientras James se estaba preparando para hacer algo. Se sentía tan lleno de tensión que pensó que todo el mundo debiera haberlo notado, como si estuviera físicamente vibrando. Había un grupo de gente cerca de la puerta, pululando con cierta desapercibida curiosidad, y James tocó el codo de Petra al momento en el que se detuvieron para observar.

—Petra —la llamó, tratando de no sonrojarse, —me preguntaba...

La chica giró hacia él y se apartó el pelo de la cara con la mano.

—¿Sí?

—Eh —comenzó, furioso consigo mismo por lo torpe que sonaba. Inspiró hondo. —¿Sabes del baile de disfraces que se va a celebrar?

Ella le sonrió con ironía.

—¿Aquél del que estábamos hablando hace un momento? Claro. ¿Qué pasa con eso?

James se pasó una mano por el pelo.

—Sí. Bueno, sé que no eres en realidad estudiante, vale, pero nos conocemos desde hace algún tiempo, y... pensé que tal vez podríamos...

Cerca de la entrada, la multitud se separó en ese mismo momento y alguien tropezó con Petra, dándole un leve golpe.

—Todos, abran espacio —anunció una voz. Era el profesor Cloverhoof, con las manos levantadas en el aire.

James dio otro paso hacia Petra, procurando llamar su atención de nuevo.

—Bueno, estaba pensando, que tal vez tú y yo podríamos...

—Hágase a un lado, señor Potter —dijo Cloverhoof, tocando a James en el hombro. James alzó la vista, enfurecido, y luego se movió con disimulo hacia Petra una vez más.

—Continúa, James —dijo Petra, sonriéndole ligeramente con sus ojos parpadeantes. —Estoy escuchando.

James le devolvió la sonrisa, sintiéndose agobiado pero al mismo tiempo alentado. Abrió la boca para hablar, pero otra voz lo interrumpió, perforando el aire como si fueran uñas arañando una pizarra.

—¡Tú! —exclamó la voz tan alta y exaltada que silenció la habitación entera al instante. James se sobresaltó y giró hacia el dueño de aquella chirriante voz. Un hombre delgado y viejo con la piel demasiado blanca y pelo negro con calvicie estaba parado en el centro de la entrada de la cafetería, escoltado por dos brujas



que vestían túnica verde claro, y que le servían de agarre en cada lado. James lo reconoció vagamente, pero no podía recordar dónde lo habría visto antes.

—¡Túúúúú! —chilló el hombre de nuevo, alargando la palabra como en un aullido, su voz desfallecía mientras el aliento se le agotaba. James sintió un escalofrío de pánico cuando el hombre levantó una mano temblorosa y extendió el dedo índice. Estaba señalando a Petra.

—Señor Henredon —habló una de las brujas vestidas de verde, reafirmando su agarre sobre el brazo del hombre. —Intente no alterarse demasiado. Aún está muy debilitado. Sólo ha sido descongelado lo suficiente como para que pueda caminar por unas cuantas horas.

—¡Fue *ella*! —gritó Henredon, tambaleándose sobre sus piernas. —¡*Ella* era *una*!

James cogió la mano de Petra, tratando de alejarla de allí, pero estaba estática en el piso, entrecerrando los ojos y arrugando el ceño.

—Soñé contigo —dijo ella, con su voz apenas en un susurro. Todo ojo en la abarrotada sala se había girado para mirarla fijamente y con expresión de extrañeza.

—Está confundido, señor Henredon —le tranquilizó la segunda bruja vestida de verde, obviamente conmocionada. —Usted ha pasado por una dura experiencia. Quizás deberíamos regresarlo al centro médico.

—¡ELLA... ME CONGELÓ! —gritó Henredon, con la voz quebrada por la emoción y los ojos saltones en su pálido rostro. —¡Era *ella* la de la bóveda de los destinos! ¡Estaban ella y otra mujer horrible, sí, pero *ella* es quien lo hizo! ¡Fue ella! —Luego se desplomó, y las enfermeras de túnicas verdes trajinaron para sostenerlo. Los otros se apresuraron a ayudar mientras se desataba el pandemónium. Voces cuchicheaban mientras los estudiantes se apartaban de Petra y de James, formando un círculo cada vez más amplio de rostros con miradas perspicaces y atemorizadas.



—Me congeló —continuó Henredon, poniéndose a llorar, su voz cada vez más perdida entra la creciente muchedumbre. —Ella salió de la bóveda, sonriendo como un demonio... y me congeló...



Al cabo de una hora, Harry Potter había llegado al campus y una reunión se había convocado en una sala de profesores en la planta principal de la Residencia de Administración. A ella asistieron Harry, el rector Franklyn, el profesor Cloverhoof, Petra, James y un hombre que James jamás había visto, y que se había hecho presente apenas unos cuantos minutos antes de que llegara Harry Potter. El desconocido vestía túnica completamente negra, guantes y un sombrero también negro de ala muy ancha y plana. Tenía un rostro agradable, aunque James pensó que había algo vagamente inquietante en él. En cuanto el hombre se hubo sentado en el taburete que reposaba junto a la oscura ventana, James se percató de que parecía carecer casi totalmente de pelo. Su cara lucía tan rosada y lampiña como la de un bebé, con su sombrero apretándole sobre su cuero cabelludo con tanta firmeza que se apoyaba en sus orejas. Mientras alisaba su túnica le sonrió a James, pero éste apartó la mirada.

—Cabe señalar —comenzó el rector Franklyn, aún de pie y avivando el fuego con un atizador largo, —que se trata de una acusación sumamente seria e impactante.

James dirigió una mirada a su padre, pero el rostro de Harry Potter se tornaba tan inescrutable como el atizador que poseía Franklyn en la mano. James advirtió que el hombre del sombrero de ala ancha estaba mirando directamente a Harry también con una sonrisa agradable dibujada en su cara. Franklyn encajó el atizador en su lugar y giró en redondo.

—El señor Henredon es uno de nuestros custodios más antiguos y fiables. Su servicio para con la escuela ha sido totalmente impecable. Por ende, su alegato no puede ser desestimado. Si la confrontación que acaba de tener lugar no hubiera ocurrido frente a la mayor parte de la escuela, entonces este asunto resultaría un tanto más sencillo de abordar. Y como fue así que sucedió, se deberá tomar una acción directa y decisiva.

—Pero no pude haber sido yo quien congeló a ese pobre hombre —discrepó Petra. —No estaba por ningún lado cercano al Archivo cuando se produjo el ataque. ¡Estaba durmiendo en mi habitación!

—Usted se encontraba dentro del campus —aclaró imparcialmente el hombre del sombrero de ala plana, —lo que la sitúa en la proximidad inmediata del sitio del crimen, independientemente de su ubicación específica. Y estar dormida no es lo que uno tendería a llamar una coartada hermética.

—Disculpe —interrumpió Harry, volviéndose hacia el desconocido. —Aún no sé su nombre, señor.

—No lo he dado —contestó el hombre, sin dejar de sonreír cordialmente. —Asumí que el honor de presentarnos le correspondía al rector. Odiaría transgredir mis límites.

—Perdonadme —dijo Franklyn con una nota de impaciencia en su voz. — Señor Potter, le presento al honorable Albert Keynes, árbitro general de la Corte Mágica de los Estados Unidos. Señor Keynes, Harry Potter es un representante del Ministerio Europeo de Magia, quién nos visita en el ejercicio como aurore jefe de esa entidad.

—Es un placer —asintió Keynes con engreimiento, escondiendo su rostro durante un segundo detrás del ala negra de su sombrero.

—Me impresiona que haya podido llegar ahí en tan poco tiempo —contestó Harry, sin sonreír. —Árbitro general suena como a un cargo más exigente e importante.

El hombre soltó una risita.



—Me temo que el título suena más grande de lo que es. Hay de hecho muchos de nosotros, posicionados a lo largo y ancho del país, cumpliendo con nuestras obligaciones otorgadas de forma completa y en la medida de nuestras posibilidades. Mi jurisdicción abarca únicamente Pensilvania, pero debo admitir que las zonas del área metropolitana de Pittsburgh y Filadelfia ocupan la mayor parte de mi tiempo. Estaba en las cercanías cuando recibí el mensaje del rector Franklyn.

—¿De modo que ustedes representan el tribunal mágico norteamericano? —inquirió Harry, pero antes de que el hombre pudiera responder, el canciller Franklyn se le adelantó.

—Adoptamos un enfoque bastante pragmático en los asuntos legales del mundo mágico americano, señor Potter. Un remanente de una época en que las personas mágicas estaban repartidas cuidadosamente por toda la extensión del país, de modo que era necesario que la ley fuera hasta ellos, en lugar de lo contrario. El señor Keynes, en efecto, *personifica* el tribunal mágico norteamericano.

—Es juez, jurado y ejecutor —bromeó el profesor Cloverhoof enigmáticamente, puliéndose las uñas en la solapa de su camisa.

Keynes asintió.

—Método primitivo y ordinario, pero lo suficientemente preciso, profesor —dijo, y luego se giró hacia Harry. —Soy árbitro, señor Potter. Mi trabajo consiste en emitir juicios imparciales basados en el análisis de las evidencias y en entrevistas hechas a todos los involucrados en un caso determinado. Esa es la razón por la cual he solicitado que su hijo se una a nosotros. Tengo entendido que el joven ha sido testigo presencial de gran parte de los sucesos ocurridos en relación con el ataque al Salón de Archivos. No necesita temer por su implicación en los hechos. Estoy capacitado para ser plenamente justo y objetivo.

—Me complace escuchar eso —respondió Harry. —En vista de ponerle fin a este asunto, ¿podemos confiar que será un proceso rápido?

Keynes chasqueó la lengua.



—El papel que desempeña el árbitro es simple, señor Potter, pero hemos recibido adiestramiento con la finalidad de trabajar con sumo cuidado. Este es un caso particularmente difícil, pues se trata de la palabra de la señorita Morganstern contra la del señor Henredon. El veredicto en estos casos ha sido conocido por tomar meses o incluso años en ser dictaminado.

—¡Pero esto es una completa estupidez! —incredó James, con un enrojecimiento en la cara. —¡Petra estaba con Izzy cuando fue atacado el Archivo! Ahí está la prueba que realmente no fue ella quien congeló el señor Henredon.

—La «prueba» es un concepto delicado, muchacho —enfaticó Keynes, sacudiendo la cabeza con pesadumbre. —La pequeña en cuestión es la hermana de la acusada, por lo cual hace a su testimonio sospechoso, como mínimo. Para complicar aún más las cosas, se me ha dado a conocer que este no es su primer encuentro con la ley, ¿no es así, señorita Morganstern?

La expresión de Petra ensombreció ligeramente mientras miraba al hombre de sombrero negro.

—No sé de qué está hablando.

—Podría haberse escabullido de su memoria —admitió Keynes con una inclinación de la cabeza. —Después de todo fue la policía muggle. Tengo entendido que dichas autoridades vulgares no podrían exigir el respeto de alguien como usted. No obstante, como ya he mencionado, nosotros los árbitros somos muy minuciosos en nuestras labores. Cuando venía hacia aquí, examiné cuidadosamente el informe de la policía que detallaba lo ocurrido durante su último día de estancia en la granja de su abuelo. Por supuesto, tuve que leer un poco entre líneas, pero no cabe duda de que los acontecimientos de esa mañana causaron al menos una muerte, y posiblemente dos, aunque admito que la segunda muerte es una mera conjetura de mi parte. ¿Lo puede recordar ahora, señorita Morganstern?

Petra miró al hombre, con los labios apretados en una fina línea. Después de un instante, asintió una vez, parcamente.

—Es la primera vez que escucho tales cosas —dijo Franklyn, mirando a Petra y luego a Harry. —¿Puedo inquirir por qué una criminal conocida fue admitida para que ocupase un puesto en esta escuela?

Harry no le quitaba la vista al hombre del sombrero negro.

—Petra no es una criminal conocida —replicó con tranquilidad. —El Departamento de Aurores gestionó una investigación de los hechos en la granja Morganstern, y no se hallaron indicios de que se hubiera producido un acto delictivo. Warren Morganstern se quitó la vida, incluso el informe de la policía muggle lo debe indicar. Su esposa, Phyllis Morganstern, anteriormente apellidada Blanchefleur, ha desaparecido de escena, pero oportunamente desde que fue solicitada para ser interrogada en relación con la muerte de su primero y segundo marido; eso no constituye ninguna sorpresa.

Keynes alisó su túnica de nuevo cuando tomó la palabra:

—A pesar de que habéis realizado vuestra propia investigación, señor Potter, esos factores deben ser considerados al momento de dictar sentencia en esta delicadísima situación. Voy a recurrir a muchos recursos e interrogaré al número de personas que sea necesario, tanto aquellos que estén en calidad de testigos como los que mencionan las referencias. Puede que incluso la viuda del señor Morganstern tenga que comparecer ante mí si, como usted dice, permanece aún entre nosotros. Podrían pasar meses antes de llegar a mi veredicto final.

A James no le gustaba Keynes en lo más mínimo y estaba bastante convencido de que, independientemente del tiempo que tardara en llegar el veredicto, ese hombre declarararía a Petra culpable al final.

—¿Qué sucederá con Petra si concluye que ella ha cometido lo que el señor Henredon afirma?

Keynes se inclinó hacia atrás y entrelazó los dedos sobre su pecho.

—Por desgracia, la ley es muy clara en mencionado caso —dijo con regocijo no disimulado. —Un intento de asesinato puede significar una condena que vaya de los veinte años a cadena perpetua. A esto se añadiría el uso de magia oscura, el

ataque a la bóveda de los destinos y el robo de una reliquia de valor incalculable en la forma de la hebra carmesí desaparecida... y sí, tengo experiencia en estas situaciones, y como miembro del tribunal mágico norteamericano, nada pasa inadvertido y no mucho logra escapárseme... y por los vientos que soplan parece inevitable que la señorita Morganstern pasará el resto de sus días en la prisión mágica de máxima seguridad de Fort Bedlam. Su hermana, Izabella, pasará a estar bajo la tutela del estado. Siendo muggle, le corresponderá a la Oficina de Integración Mágica encontrarle un nuevo hogar dentro de la comunidad no mágica. Afortunadamente, es menor de edad, lo que significa que las autoridades de la Montaña de Cristal seguramente se dispondrán a desmemorizarla con el encantamiento de *obliteración*. Con toda probabilidad, esto sería lo mejor para todos los involucrados.

—¿Qué clase de cruel persona es usted? —exclamó James airado. —¡Actúa como si no hubiese nada que prefiriera ver!

—¡James! —lo atajó Harry Potter severamente, poniendo firmemente una mano sobre el hombro de su hijo.

Keynes sonrió de nuevo a James e inclinó la cabeza con tristeza.

—Es muy cierto, joven. No hay nada que prefiera ver más que para que se haga justicia. Es una bondad errónea mimar a los culpables. Algún día espero que descubras la verdad de todo este asunto. Aunque tengo mis dudas.

Lanzó una mirada a Harry y suspiró. James percibió que el labio superior de Keynes estaba sudando ligeramente.

Entonces Petra habló con voz extrañamente serena.

—¿Qué será de mí e Izzy durante su investigación?

Keynes se animó un poco.

—Es habitual que el acusado sea entregado al árbitro encargado de su caso hasta el momento en que un juicio se puede llevar a cabo. Por consiguiente, a partir de ahora hasta que decida mi veredicto, usted estará bajo mi custodia. Su hermana, sin embargo, será enviada al orfanato mágico de Pittsburgh.



—Mi hermana —dijo Petra con frialdad, —se quedará conmigo.

—Me temo que no está en posición de hacer tales peticiones —aseveró Keynes, ampliando su sonrisa. —Es una tradición estadounidense muggle considerar al acusado inocente hasta que se demuestre su culpabilidad. Es una pintoresca noción que no tiene cabida en el tribunal mágico. Hasta que pueda corroborar que es inocente, es usted sospechosa de un delito capital, por lo tanto se la considera un peligro potencial y existe un riesgo razonable de huida. Estará feliz de cumplir con los estatutos impartidos.

Franklyn carraspeó.

—Creo que no podemos precipitarnos demasiado —comenzó, pero Petra lo interrumpió, aun fijando su atención en Keynes.

—A dondequiera que yo vaya, va Izzy —dijo ella. —No es una petición. —Su voz sonaba tan calmada que se tornaba casi surrealista, y aun así, James sintió un súbito vapor gélido en la sala, haciéndolo tiritar. Un oleaje de frío parecía provenir desde el mismo interior de Petra, que estaba sentada a su lado.

—Tal obstinación la favorecerá tomando en cuenta que yo proceso su caso, señorita Morganstern —dijo Keynes, su sonrisa adoptaba una frialdad parecida a la del lugar. —Es posible que desee modificar su tono, no sea que yo decida considerarla un riesgo aún mayor de lo que había imaginado hasta el momento.

—Dudo que sea un error —rebató Petra. James estaba casi seguro de que distinguía su aliento saliendo como espirales de niebla mientras hablaba.

La tensión en el aire parecía bullir y James sintió un súbito e inexplicable temor que le decía que algo terrible estaba a punto de acontecer. Imágenes parpadeaban detrás de sus ojos: apareció un castillo oscurecido, enorme y desolado, encaramado en el borde de un acantilado; luego surgieron unos ojos observando ocultos entre las sombras para luego darle paso a una mano blanca que sostenía una daga singularmente grotesca, con sangre goteando de la hoja. Estas eran las visiones de los sueños de Petra. Ahora lo acosaban a él, destellando en gélidos rayos como si fueran carámbanos. De alguna manera, ella se los estaba transmitiendo, aparentemente sin intención alguna, a través de aquel cordón

plateado invisible que aún lo mantenía conectado a ella. Era como si Petra estuviera pedaleando, como en una especie de generador mágico. Lo podía sentir, y era espantoso, aterrador. ¿Qué era ella? ¿Cómo podía ser tan misteriosamente poderosa? James miró al otro lado de la habitación, hacia donde se encontraba Albert Keynes, y de pronto ardió en deseos de gritarle al hombre que se callara, que dejara causarle hostilidad a Petra. No sólo porque James la quería, sino también porque tenía miedo de ella.

Pero entonces, sorpresivamente, el padre de James habló.

—Entiendo perfectamente su dilema, señor Keynes —validó, y su tono de voz parecía minar la tensión del ambiente. —Después de todo, soy un hombre que conoce las leyes. Me hice responsable de la presencia de la señorita Morganstern aquí. ¿Sería posible que yo pueda asumir la responsabilidad de ella y de su hermana Izabella en el transcurso de vuestra investigación?

Al igual que Petra, James giró para mirar a su padre, pasmado.

—Es una oferta muy amable de su parte, señor Potter —dijo Keynes con rigidez, sentado muy erguido en su asiento. —Pero estoy obligado a rechazarla. La ley, como ya lo he mencionado, es bastante clara.

—Y como *yo* ya lo he dicho, señor Keynes —recalcó Harry con un tono de voz más alto, —también soy un hombre que conoce las leyes. Y me gustaría recordarle que la ley mágica *internacional* ofrece subsidio para que la custodia de extranjeros detenidos sea otorgada al representante de su propio país durante la ejecución de los procedimientos judiciales necesarios.

Keynes miró fijamente a Harry, con los ojos entrecerrados. El sudor en su labio superior brillaba. James se dio cuenta de que sin embargo el semblante de su padre estaba perfectamente neutral, tan sereno como una piedra de río.

—¿Está usted seguro, señor Potter —cuestionó Keynes con docilidad, —que este es el procedimiento que verdaderamente desea emprender?

—Para ser un hombre que conoce las leyes —replicó Harry, —no veo ninguna otra opción.



Keynes sonrió de nuevo, con mesura.

—Entonces que así sea. Como representante del tribunal mágico norteamericano, dejo a Petra e Izabella Morganstern bajo su custodia. No obstante, sepa que esto significa que tanto las autoridades judiciales mágicas como la Oficina de Integración Mágica estarán vigilándolo muy de cerca. Habrá centinelas instalados cerca de su casa prácticamente a toda hora.

—Entonces podrán unirse a los que ya están allí —replicó Harry con un suspiro. —Mi esposa los ha estado invitando a tomar el té, aunque todavía no han querido aceptar la oferta.

—Señor Potter —susurró Petra, acercándose a él. —No tiene que...

—¿Hay algún otro asunto que atender? —la cortó Harry, pasando rápidamente su mirada por todos los presentes. —¿No lo hay? Entonces propongo que sea yo quien escolte a la señorita Morganstern y a su hermana a su piso, para que puedan reunir cualquier cosa que necesiten.

La reunión se disolvió y se produjo un correteo de pies y un crujido cuando la puerta se abrió de golpe. El profesor Cloverhoof estaba parado cerca de la entrada, permitiendo a los demás dejar la sala antes que él. Su rostro lucía inescrutable cuando dirigió una mirada a James y le guiñó un ojo. James siguió a su padre por el pasillo principal que corría directamente a través del centro de la Residencia de Administración. Petra volvió a reunirse con su hermana, que estaba aguardando cerca de las escaleras del vestíbulo con Zane y Ralph. Cuando James y su padre alcanzaron la entrada principal, Albert Keynes avanzó furtivamente hacia Harry, con actitud amable aunque un poco condescendiente.

—Se me ha informado, señor Potter —dijo en voz queda, —que ya ha proporcionado refugio a la señorita Morganstern y su hermana anteriormente. Eso ocurrió, de hecho, inmediatamente después de los funestos acontecimientos del último día de las chicas en la granja Morganstern. ¿Sería posible que sepa usted un poco más de lo que está dejando entrever con respecto a los eventos acaecidos?

—Le aseguro, señor Keynes —contestó Harry, —que usted sabe tanto como yo sobre esta cuestión, y quizás más. Su información parece no conocer fronteras en absoluto.

Keynes empezó a reírse, como si Harry y él fueran amigos entrañables.

—Hmm, ojalá ese fuese el caso. Aunque simplemente me lo preguntaba, pues voy a averiguarlo. Si persiste algún secreto que usted pudiera desear revelar en este instante, eso podría ahorrarnos a ambos algunos inconvenientes más adelante. Me temo que las cosas podrían tornarse un poco menos... cívicas.

Harry se detuvo por un largo rato, y James levantó la vista hacia él, contemplándolo. Por un momento, James pensó que su padre le confesaría a Keynes lo que sabía: que de hecho Petra había sido avistada saliendo del Salón de Archivos la noche en que fue atacado, y que era posible que el propio Merlinus Ambrosius acogiera inquietudes sobre el estado mental de Petra, e incluso que le hablaría de su bondad general. Al final, sin embargo, Harry se limitó a sacudir la cabeza.

—Siéntase libre de interrogarnos a mi familia y a mí, señor Keynes —dijo Harry, mirando a James de refilón. —Tenemos la costumbre de andar con la verdad. A veces, sin embargo, tendrá que hacer las preguntas adecuadas.

Keynes asintió con la cabeza, como si ese fuera exactamente el tipo de respuesta que esperaba recibir.

—De acuerdo. Iniciaré mis pesquisas esta misma noche, y de ser necesario, le tomaré la palabra. Por ahora, le deseo buenas noches. Y, eh, buena suerte. Sospecho que la necesitará.

Dicho esto, Keynes empujó una de las pesadas puertas frontales y se desvaneció en la oscuridad más allá, tarareando para sí alegremente.

—Tipo odioso —dijo Franklyn con un suspiro. —Pero estos individuos son, podría decirse, la grasa que lubrica el eje de la civilización.

El profesor Cloverhoof asintió.

—Y de la misma manera, uno siente la necesidad de restregarse las manos de después de haber entrado en contacto con ellos.

Murmurando asentimiento a lo propuesto, el grupo se abrió camino en la fría oscuridad.

Caminando entre James y su padre, Petra preguntó:

—¿Está seguro de que quiere hacer esto, señor Potter? Sólo le complicará las cosas a usted y su familia. Puedo arreglármelas yo misma, si necesitase hacerlo.

—No es nada —respondió Harry apresuradamente, pero luego le dirigió una mirada a la muchacha mientras se movían a través de la tempestad del campus. En voz baja, le dijo—: Pero perdóname por preguntar esto, Petra, y sé que sólo tendré que hacerlo una sola vez: *¿hiciste* lo que alega el señor Henredon? ¿Participaste, por algún motivo, en el ataque a la bóveda? Porque el señor Keynes, siendo aún y todo desagradable, es una persona bastante recta. Tarde o temprano la verdad saldrá a la luz. Será mejor hablar ahora que averiguarlo más adelante. ¿Eres culpable?

Petra miró a Harry, y luego a James.

—No lo soy. Se lo juro. Sé que demasiadas cosas extrañas han sucedido a mí alrededor, pero estoy tan desconcertada por ello como todos los demás. Quiero descubrir la verdad tanto como el señor Keynes quiere. Por favor, créame.

James, que estaba a un lado de ella, tomó la palabra.

—Yo te creo, Petra —afirmó, mirándola directamente a los ojos. Ella le sonrió, con cierta tristeza.

Harry Potter, sin embargo, no declaró nada al respecto.



Capítulo 14

Los enigmas de Magnussen

—Pensé que me habías dicho —que si hubiera alguna conexión entre la vieja historia del profesor Magnussen y el ataque a la bóveda, tu padre y Merlín o cualquiera ya estarían al tanto —dijo Zane al siguiente día.

James sacudió la cabeza.

—Venga —urgió. —Son diez para las dos. El horario de la oficina de Franklyn está a punto de finalizar.

—Sí —dijo Ralph, entibiando el asunto. —Sea lo que sea que suceda con todo ese lío, ¿qué hay con que seamos más que un simple grupo de estudiantes con un montón de cosas por hacer, queriendo involucrarnos en algunas grandiosas aventuras?

James sujetó la manga de Ralph y empujó al gran muchacho hacia la esquina de un descomunal pasillo con puertas parcialmente abiertas.

—Eso fue antes, ahora es distinto, ¿vale? Papá tiene las manos ocupadas con sus propios problemas, especialmente ahora que logró que Petra e Izzy permanezcan con ellos mientras el idiota de Keynes realiza su investigación. No estamos haciéndonos cargo de su trabajo, sólo estamos ayudando. Si *hay* algo en todo este asunto sobre el profesor Magnussen y la cortina de Nexus, se lo haremos saber en su momento.

—Ya veo de qué va —dijo Zane con una sonrisa. —Ahora que el destino de Petra Morganstern está en juego, estás deseando romper la vieja *Primera Directiva*, ¿no?

—Ni siquiera sé lo que eso significa —suspiró James impaciente. —Daos prisa, la puerta de la oficina de Franklyn aún está abierta.

Los tres muchachos se pararon amontonados justo fuera de la puerta alta de madera y se asomaron al interior. La oficina era sorprendentemente pequeña, dominada por un garrafal escritorio de roble, un juego de sillas para visitantes y una estantería colmada de enormes libros y un artilugio de un reloj. Franklyn estaba sentado al escritorio de cara a la puerta, sosteniendo un gran volumen en sus manos. Levantó la vista hacia los tres cuando los estudiantes se apretujaban en el marco.

—Jóvenes —dijo acogedoramente. —¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Hola rector —dijo James, entrando en la pequeña sala y mirando alrededor. —Eh, ¿es esta su oficina?

—Por lo menos una de ellas —dijo Franklyn, sonriendo. —Esta es la que me sirve como lugar de reunión con los alumnos y el profesorado. ¿Por qué lo preguntan?

James se encogió de hombros mientras se dirigía a pararse detrás de una de las sillas para visitantes.



—Por ninguna razón en especial. Simplemente me esperaba algo un poco más... ostentoso.

—Pensamos que lo veríamos de nuevo con su aparato de acumulación de luz—agregó Ralph.

—Ah, claro, eso —contestó Franklyn, cerrando su libro de un golpe. —Lo atesoro en mi estudio personal. Es muy grande y complejo para dejarlo en las oficinas de la facultad. Al fin y al cabo, seguimos siendo víctimas de ocasionales bromas estudiantiles, aunque esas cosas son más raras en estos tiempos gracias a Madame Laosa.

—¿Se refiere a la *arpía* Laosa? —preguntó Zane con los ojos muy abiertos. —¿Así que realmente existe? Algunos de los Zombis estuvieron diciendo que era un invento para espantarnos y que no fuéramos a explorar los sótanos.

—¿En qué puedo ayudarlos muchachos? —preguntó Franklyn, mostrando un sonrisa torcida, obviamente evitando contestar la pregunta de Zane.

—Hum —empezó James, apretando el respaldo de la silla que tenía frente a él, —tenemos una pregunta rápida. Es acerca de la historia de la escuela. Pensamos que usted sería la persona indicada a la cuál preguntar.

Franklyn movió la cabeza hacia adelante en señal de aprobación.

—Siempre es un placer ver que los estudiantes toman interés por la institución. Y supongo que soy el único cualificado para dialogar sobre su historia, considerando que he morado durante mucho tiempo en ella. ¿Cuál es su pregunta?

James miró de reojo a Ralph y a Zane, súbitamente reacio a empezar.

—Es... eh... acerca de uno de los profesores.

—Uno de los de hace mucho tiempo —agregó Ralph.

La silla de Franklyn crujió cuando se acomodó en ella.

—Tenemos una larga e impresionante lista de maestros que han pasado a través de los años, continuando hasta el presente. El señor Bunyan, el gigante. Es

una de nuestras más recientes incorporaciones y, créanme, no fue una tarea sencilla convencerlo de que asumiera el puesto. Él prefiere los espacios abiertos, amplios, y los disfruta junto con su gran buey azul, Babe.

—Es sobre el profesor Magnussen —escupió Zane, dando un paso hacia el frente.

La expresión de Franklyn se congeló en su rostro. Hizo una pausa, clavando los ojos en los tres muchachos.

—¿Lo recuerda? —instigó James, tentativamente. —Lo buscamos en la biblioteca, pero no encontramos casi nada. Su nombre completo es Ignatius Karloff Magnussen y fue el jefe de la casa Igor hace como ciento cincuenta años o algo así.

Franklyn continuaba escrutando a los muchachos con ojos repentinamente cautos. Se removió nuevamente, produciendo otro prolongado crujido en su silla.

—Existen leyendas sobre este tipo Magnussen. Dicen que abrió algo llamado la cortina de Nex... —dijo Ralph.

—Chicos —interrumpió Franklyn, —me temo que el profesor Magnussen es un nombre que estuvo durante un período de tiempo que esta escuela preferiría olvidar. Quizás sea muchísimo mejor que no investigasen más de él.

—Bueno —replicó Zane lentamente, mirando de reojo a sus amigos, —por mucho que me gustara estar de acuerdo con eso, sospecho que ahora estamos unas diez veces más curiosos.

Franklyn suspiró profundamente.

—Supongo que aprendieron sobre esto en la clase de Tecnomancia del profesor Jackson, ¿cierto? —Asintió para sí, sin esperar respuesta. —El profesor y yo hemos discutido el asunto. Tenemos diferentes puntos de vista con respecto a las ventajas de la seguridad frente a las revelaciones. Quizás, simplemente deseo hacer mi trabajo como rector un poco más fácil. Seguramente el buen profesor estaría de acuerdo.

James se arriesgó a ahondar más en el asunto.

—¿Qué puede usted decirnos, rector? ¿Es verdad que Magnussen abrió la cortina de Nexus y se adentró en el mundo entre los mundos?

Franklyn se levantó y enderezó su chaleco. Se volvió hacia la ventana y se inclinó para contemplar fijamente el campus.

—Solía vivir en la más prominente facultad de Alma Aleron, la que originalmente perteneció a John Roberts, uno de los fundadores de la escuela. Era un hombre brillante, Magnussen, y sí, le conocí. De hecho, era el más raro de los hombres. Era científico y a su vez amante de los relatos. Su mente calculadora se igualaba a la del mejor tecnomántico que haya vivido nunca, pero su amor por los cuentos le permitió pensar de una manera creativa e ingeniosa que ninguno de sus colegas pudo jamás soñar. Las características que lo hicieron grande, de cualquier modo, también le llevaron a inclinarse por... las obsesiones. Fue esto desafortunadamente lo que le condujo a cometer actos que fueron al mismo tiempo, infames y en última instancia absurdos.

Franklyn hizo una pausa, aparentemente para determinar cuánto más debía contar. Finalmente, prosiguió, aún contemplando hacia el otro lado de la ventana.

—Fue un tiempo de gran interés en la exploración mágica y la experimentación. Escuelas como Alma Aleron tenían prácticamente permitido una cantidad ilimitada de autonomía y recursos para sus profesores, todo en nombre del progreso. Muy tarde aprendimos que algunas veces el progreso significa decadencia. Al profesor Ignatius Magnussen le fue permitido consumir sus experimentos y perseguir sus ambiciones, incluso aunque las consecuencias fueran mayores de lo que hubiéramos sabido en aquél tiempo y que los peligros resultaran... bueno, incalculables. Para cuando nos dimos cuenta, ya era demasiado tarde para detenerlo. Al final cayó rendido ante sus propios designios y ese, desgraciadamente, es el final de la historia.

—¿Qué fue lo que hizo, señor? —insistió James, empeñado en saber.

Franklyn parecía pensativo. Después de un momento, volvió la mirada hacia los chicos, con sus ojos empequeñecidos.

—¿Por qué, sí se puede saber, están ustedes tres tan interesados en ello?

—Eh... —comenzó James, pero Zane impidió que continuara.

—Sólo tenemos curiosidad, señor. Está en nuestra naturaleza. Ya sabe cómo somos los jóvenes.

Franklyn estudió a Zane durante un largo momento.

—De hecho lo sé. La curiosidad es algo bueno, mis jóvenes amigos. Es el combustible del motor de la invención. Pero como cualquier combustible, puede ser peligroso. Puede quemarles si no tienen el debido cuidado.

James preguntó:

—¿Fue eso lo que le pasó al profesor Magnussen?

La cara de Franklyn permanecía impávida mientras turnaba su mirada a James. Al cabo de un rato habló.

—Magnussen vivió en el hogar que perteneció alguna vez a uno de los tres fundadores de esta escuela, como ya he dicho. Es la casa que ahora permanece en ruinas al otro extremo del paseo. —Meneó la cabeza en dirección a la ventana. —El profesor Magnussen es la *razón* por la cual esa edificación quedó reducida a escombros. Su laboratorio estaba ahí y fue escenario de cosas terribles. Cuando ese asunto fue del conocimiento público, el campus estalló en disturbios. Cientos se apresuraron hacia la mansión, intentaron arrastrar a Magnussen fuera y presentarlo ante la justicia. Por supuesto, un árbitro había sido ya asignado a Magnussen, la justicia se había puesto en marcha, pero debido al prestigio que gozaba Magnussen, se le otorgó el privilegio de preservar su puesto y su hogar mientras se llevaban a cabo las investigaciones. Esto exasperó a la población de la escuela, incluyendo, lamento decirlo, a la gran mayoría del cuerpo docente. Durante la refriega que siguió, Magnussen escapó de la mansión. Inmediatamente después de desertar, ésta fue quemada hasta los cimientos. Hasta la fecha nadie sabe si el fuego fue producto de un accidente o una acción deliberada. Algunos afirman que el mismo Magnussen provocó el incendio, con la intención de distraerlos a todos y así poder escapar. De cualquier modo, el fuego no solo destruyó la mansión, sino que también arrasó toda la evidencia de lo que Magnussen había cometido. Y francamente, tal vez eso haya sido lo mejor.

Zane estaba impresionado.

—¿Y qué sucedió con él después de todo aquello? ¿Vivió por el resto de sus días en alguna isla desconocida de Sudamérica?

—Nunca volvimos a saber o escuchar nada sobre Ignatius Magnussen —respondió Franklyn bruscamente, sentándose nuevamente frente a su escritorio. — La explicación más congruente que se dio fue que escapó a través de la grieta que él mismo creó hacia alguna realidad que ninguno de nosotros podría siquiera imaginar.

—¡Entonces sí que tuvo éxito en abrir la cortina de Nexus! —soltó Ralph.

Franklyn fulminó a Ralph con la mirada.

—Tuvo éxito en abrir *algo*, señor Deedle. Infelizmente, no tuvimos tiempo para preguntarle antes de que se diera a la fuga y el fuego arruinara cualquier pista que pudiéramos haber obtenido durante su ausencia. Por tanto, nadie ha sabido realmente lo que llevó a cabo o a dónde pudo haber ido. Todo lo que sabemos es que su «éxito» resultó en un costo muy alto y arruinó muchas vidas. Yo les sugiero que dejen esto hasta ahí.

James quería preguntar más, pero la expresión de Franklyn le permitió darse cuenta que el tema se había agotado. Los tres chicos le dieron las gracias al rector y se despidieron tan rápido como les fue posible.

—Bueno —dijo Ralph una vez que estuvieron fuera de la Residencia de Administración, —no fue más que un embuste.

James se enredó en su capa cuando el viento arreció.

—Por lo menos confirmamos que Magnussen realmente abrió la cortina de Nexus —replicó. —Lo que significa que algo debe haber de cierto en la teoría de Zane. A lo mejor quien en realidad robó la hebra carmesí la utilizó para abrir la cortina de nuevo, y sigue escondido allí, en el mundo entre los mundos. Si pudiéramos descubrir cómo hizo Magnussen para cruzar, entonces tal vez también podremos hacerlo nosotros.



—¿Creéis que deberíamos dejar todo esto en manos del gran Harry Potter y su escuadrón de súper amigos aurores? —dijo Zane, fingiendo sorpresa.

—¿Por qué no te callas ya? —rezongó James, enfadado. —Papá tiene suficientes líos que manejar por el momento. Y no nos hacemos ningún daño al seguir algunas pistas, ¿o sí? Eso le ahorrará algo de tiempo. Además, nosotros ya estamos en el campus. Podemos hacer el trabajo de seguimiento con mayor facilidad de la que él dispone. Sólo hubiera deseado que Franklyn no hubiera sido tan parco en todo. Apenas sí nos dio algo para avanzar.

Zane inspiró hondo y dejó de caminar. Un segundo después, Ralph y James también se detuvieron y se giraron a mirarlo.

—Tal vez —apuntó el muchacho rubio con una sonrisa torcida, —¿pudiéramos intentarlo ahora a *mi* manera?



James tenía mucha curiosidad en saber lo que realmente Zane tramaba, pero como después pudo comprobar, los siguientes días resultaron ser tan ajetreados como para que a los chicos les fuera posible intentar cualquier cosa.

Un viernes por la tarde, James se unió a Zane, Albus, Lucy y Ralph en la Duna Pepperpock, para asistir a un encuentro de Clutchcudgel de los Vampiros contra los Hombres—lobo. Albus alentaba fervientemente a su propio equipo en tanto que Lucy lideraba fogosas porras y agitaba una pancarta rojinegra en sus manos enguantadas. Aunque a James, Ralph y Zane no les gustaba ninguno de los dos equipos, y vitoreaban exclusivamente cuando cobraban penalizaciones o alguien resultaba herido, ganándose algunas miradas furibundas y desaprobatorias por parte de aficionados que les rodeaban en las tribunas. Al finalizar el partido, la casa Hombre—lobo había derrotado a los Vampiros con un marcador de ochenta y ocho a sesenta y cinco, dejando a Lucy con un muy mal

humor que se prolongó hasta que se hubo bebido su segundo tarro de refresco de regaliz en el Cometa y Llave.

James pasó casi toda la tarde del sábado en el ático de la casa de Hermes, acompañado por Zane, en busca de un atuendo para el baile de Halloween de esa noche. Juntos, se decidieron por un disfraz de momia confeccionado en su mayoría de retazos de viejas y andrajosas sábanas las cuales habían sido, por alguna extraña razón, anudadas y teñidas con los colores del arcoíris.

—Te llamaremos el chico «fiebre de sábado por la noche» —proclamó Zane alegremente examinando a James dentro de su disfraz. —¡La momia disco! Serás un rotundo éxito. Para ser franco, estoy un poco celoso.

Habiendo fracasado desastrosamente en su intento por lograr que Petra fuera su pareja durante el baile, James trató de buscar y tuvo que pedirle a Lucy que fuera con él, figurándose que podían divertirse más juntos que separados. Ella aceptó al instante y con muchísimo más entusiasmo del que James habría esperado. Cuando llegó a la mansión Érebus esa noche a recogerla y escoltarla al baile, ella bajó las escaleras principales disfrazada de princesa vampiro, resplandeciente en un muy llamativo vestido negro, botines y un frasquito de sangre atado al cuello con un lazo negro.

—No es sangre real —sonrió avergonzadamente, mostrando sus dientes caninos que por medio de un hechizo habían sido alargados para esa noche. —Es jugo de mora roja, así que lo puedo beber si quiero. La profesora Rémora me prestó los botines. ¿Puedes creer que calza casi tanto como yo?

James le dijo que no podía creerlo y que honestamente prefería pensar en los pies de la profesora Rémora como los más pequeños posible. De camino a la Residencia de Administración se encontraron con Ralph, que iba vestido como un fantasma con una triste sábana apolillada sobre su cabeza. Juntos, los tres se dirigieron a la cafetería por algunas bebidas y después subieron al salón principal de baile, donde la banda, Rig Mortis y los Stifftones, ya habían empezado a tocar su primer set de canciones.



Todo apuntaba a una amena pero estrepitosa velada. La música sonaba muy alta y después de algunos intentos fallidos, Lucy finalmente persuadió a James para que se uniera a ella en la pista de baile. Zane ya se encontraba allí, girando y brincando salvajemente al palpitante ritmo de la banda; disfrazado, por supuesto, de zombi. Su cara estaba pintada en tonos verduzcos, había añadido puntadas que simulaban unas costuras con marcador mágico negro, e iba ataviado con un decrepito y polvoriento esmoquin azul que no le entallaba correctamente. Frente a él estaba Cheshire Chatterly luciendo tan atractiva como su acompañante zombi en el baile, encajada en un vestido de tafetán rosa con motas de sangre impregnadas y cada centímetro de piel expuesta encantado para que pareciera manchada por un azul rojizo sepulcral.

—¡Menuda fiesta!, ¿eh? —gritó Zane al momento en que pasaba bailando, meneando los hombros y moviéndose.

—¡Ya lo creo! —soltó James en respuesta, sonriendo ampliamente. Delante de él, Lucy bailaba feliz, luciendo sorprendentemente hermosa con su cabello ordenado en un complicado peinado con forma de nido. Le comentó lo mucho que las luces centelleaban y giraban a su alrededor. Incluso en la parpadeante oscuridad pudo notar que el rubor se posaba en las pálidas mejillas de la chica y ésta le sonrió, obviamente complacida.

No fue sino hasta el siguiente miércoles por la tarde que Zane finalmente congregó a James y a Ralph y les aconsejó que debían prepararse para una pequeña «operación de recopilación de datos» una vez que terminaran las clases ese día. A las cinco en punto, los tres muchachos se encontraron en la mansión Apolo para una cena rápida.

La comida había sido preparada por el mayordomo de la casa; un mago calvo, encorvado y dolorosamente delgado, cuyo comportamiento usualmente oscilaba en algún punto entre velada irritabilidad y abierta hostilidad. Conocido únicamente como Yeats, el mayordomo aparentemente había pertenecido a la mansión Apolo por alrededor de setenta años y no parecía tener ni la más mínima intención de jubilarse. Era tan viejo que parecía necesitar de una buena desempolvada, pero se movía con una especie de nefasta prudencia que implicaba



que si alguna vez surgía la necesidad, probablemente podría enfrentar a cualquier individuo miembro de la casa Pie-grande con una de sus nudosas manos mientras estuviera salteando crepes con la otra.

—Espero que sea del agrado del jovencito —alegó con la mandíbula tensa mientras colocaba los platos frente a ellos. —Hamburguesas de queso y patatas fritas caseras. La piedra angular de cualquier cena nutritiva.

—Gracias, Yeats —dijo Ralph atacando el plato y zampándose la comida.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —preguntó Zane en voz baja cuando Yeats se hubo retirado a la cocina. —Cada vez que le pedimos algo, me da la impresión de que apenas se puede frenar para no hechizarnos y meternos dentro del salero y el pimentero.

James se encogió de hombros y masticó una patata frita. Aún estaban calientes y salpicadas con alguna especie de queso azul que se desmenuzaba.

—Yeats es muy agradable —dijo. —Me recuerda a casa. Es como una versión humana adulta de Kreacher.

—Sí, lo es —asintió Ralph, con la boca llena. —*Sabía* que me resultaba familiar. Tienes razón. Me trae recuerdos del entrañable número doce de Grimmauld Place.

Veinte minutos después, los tres chicos se habían internado en la tarde oscurecida, con Zane a la cabeza. James notó que se dirigían al Salón de Archivos.

—Sólo haremos una pequeña investigación, amigos —les dijo Zane a los estudiantes Hombres—lobo que aún permanecían haciendo guardia alrededor de los escalones del Archivo. —¿O acaso necesitamos tres permisos firmados por el rector?

—Pero aligerad el paso, Walker —arreó uno de los Hombres—lobo. —El salón se cierra a las ocho en punto, hayáis salido o no, y fin del asunto.

—Oye —rió Zane socarronamente mientras trotaba por los escalones en dirección a la gran puerta, —¡eso rimó! A que lo has estado ensayando, ¿no es así? Vosotros los Hombres—lobo sois tan apestosamente inteligentes.

—Búrlate mientras puedas, Walker —conminó otro de los chicos. —Veremos si te sigues riendo este viernes por la noche cuando tu equipo se enfrente al nuestro en el campo de Clutch.

—Bueno, eso sí no rimó para nada —le reprendió Zane, —habrá que devolveros a la perrera.

Los Hombres—lobo se erizaron, pero aparentemente estaban muy comprometidos con sus labores de vigilancia como para querer abandonar sus posiciones. James y Ralph se acercaron furtivamente a los escalones detrás de Zane, evitando el contacto visual con los chicos más grandes a cada lado.

—Y bien, ¿qué vamos a hacer aquí? —preguntó James una vez que estuvieron dentro del circular y oscurecido salón donde se encontraba el *focomagnetófono revelador*. —Aunque hubieran algunas reliquias de los tiempos de Magnussen, deben de estar en la sección restringida del Archivo. No podemos entrar ahí, no importa a cuántos Hombres—lobo insultes.

—*Au contraire* —anunció Zane en francés, extrayendo una delgada llave dorada de su bolsillo. James la reconoció.

—Esa es una llave maestra del Archivo —constató asombrado. —Justo igual a la que Franklyn usó cuando bajamos con él a la bóveda de los destinos. ¿Cómo la obtuviste?

Zane se encogió de hombros.

—He estado planeando las cosas desde hace algún tiempo. Supuse que tarde o temprano estaríais listos para lanzaros a una aventura extracurricular. ¿Por qué creéis que acepté ser la pareja de Cheshire Chatterly en el baile de disfraces?

—¿Porque se la ve excelente en un vestido rosa de tafetán? —sugirió Ralph.



—Bueno, sí. Eso es cierto —contestó Zane pensativo, —pero eso no fue todo. Ella pertenece al personal de mantenimiento que trabaja en el Archivo y siempre ha sido de las predilectas de Henredon.

—Puedo entender por qué —asintió Ralph.

James movió la cabeza, sorprendido.

—¿Le has robado la llave?

—¡No! —exclamó Zane, ofendido, —se la pedí simplemente. ¿A poco crees que soy un canalla sinvergüenza?

—Lo siento —respondió James, parpadeando.

—Le dije que necesitaba buscar una bailarina con buena reputación para poder practicar mis pasos para el baile. Fue inútil que se resistiera, acabó siendo atrapada y me entregó la llave de inmediato.

Ralph silbó impresionado.

—¿Bailaste con una chica sólo para poner tus manos en esa llave?

—Todo por una buena causa —suspiró Zane. —Venga, en marcha.

Usando la llave, los muchachos abrieron la puerta del archivo interno. Después de algunos nerviosos y apresurados intentos, al fin encontraron una sección de entrada bloqueada con una gran cadena y candado. Pese a ello, con una veloz vuelta de la llave maestra y un golpecito de la varita de Zane, desatascaron el candado y los tres se arrastraron lentamente dentro de la lúgubre cámara delante de ellos.

—Está muy oscura y llena de polvo —comentó Ralph, manteniendo la voz muy baja inconscientemente. —¿Cómo vamos a encontrar lo que estamos buscando entre todo esto?

—Cheshire me dijo que todo aquí lo catalogan —refirió Zane sosteniendo su varita encendida sobre su cabeza. —Fecha primero y luego el nombre, el evento o

la persona. Fijaos en la parte alta de los pasillos, Magnussen enseñó entre 1830 y 1859.

—Por acá —llamó James, echando un vistazo hacia las repisas. Los otros dos se le unieron y empezaron a hurgar entre los entrepaños de la estantería, examinando la infinidad de extraños objetos y soplando el polvo de las amarillentas fichas bibliográficas.

Un sonido de pies siendo arrastrados sorprendió a los chicos. Se paralizaron en sus lugares, con ojos bien abiertos, mirándose unos a otros.

—¿Fue alguno de vosotros? —musitó James.

Ralph engulló en seco.

—No fui yo, vino del pasillo detrás de nosotros.

—Probablemente no fue nada —susurró Zane, mirando alrededor. Pasados apenas unos segundos, un ruido sordo casi imperceptible se escuchó cerca. Los tres chicos saltaron. Lentamente, James se volvió hacia el sonido, alzando su varita. Apenas respiraba. Los tres se inclinaron a la vez, dirigiendo su mirada al fondo del pasillo, atisbando la oscuridad de más allá.

Algo emergió de la repisa justo al lado de la cara de James, estrujándose contra sus mejillas y haciendo un ruidito como el de un pequeño bote a motor. Bramó y salió disparado de ahí, dejando caer su varita y rascándose la mejilla.

—¡Patches! —profirió Zane en tono áspero, con sus ojos desorbitados.

James se dio la vuelta, con el corazón casi saliéndosele del pecho, y miró. Patches, el gato, se detuvo en la repisa, ronroneando ruidosamente y dando cabezazos. Había telarañas prendidas en sus bigotes.

—¡Patches, eres un granuja! —declaró Zane, estirándose para acariciar al gato detrás de las orejas. —¿Qué estás haciendo aquí? ¡Casi le ocasionas a James un paro cardíaco! —Rió nerviosamente.

—A mí me pareció que *tú* también estabas bastante despavorido —gruñó James, agachándose para recoger su varita del suelo. —Quisiera ver que algo peludo y de nariz húmeda se apriete contra tu cara en medio de la oscuridad, a ver cómo reaccionas.

—¿Qué está haciendo aquí abajo? —preguntó Ralph, mientras se acercaba para acicalar al gato él mismo. —Pensé que siempre merodeaba por los alrededores de la Residencia de Administración.

Zane asintió.

—Y así es. Nunca lo había visto en otro lugar.

—¿Soy solo yo —dijo Ralph con miedo, mirando alternadamente entre Zane y James, —o me da la impresión de que esto se trata de un mal augurio? Tal vez deberíamos poner fin a todo este asunto, ¿no creéis?

James aspiraba a que Zane se mofara de dicha sugerencia, pero cuando giró hacia el chico rubio, lo encontró estudiando al gato críticamente.

—¿Qué pasa, Patches? —le preguntó al gato mientras éste aún ronroneaba sobre la repisa. —¿Estás aquí para concedernos tu bendición o vas a ir de rata a delatarnos a los peces gordos de la Residencia de Administración?

El gato paró de ronronear casi al instante. Se acurrucó y observó detenidamente hacia el alfeizar de la repisa. Un momento después brincó suavemente al suelo y se echó a andar arrogantemente, acechando y manteniendo la cola erguida.

—Bueno —parpadeó Zane, —perdóname la vida.

Ralph dijo:

—Tal vez se ofendió cuando mencionaste la palabra «rata».

—Vamos —sugirió James, regresando a las estanterías. —Olvidadlo. Es sólo un gato. Si os acordáis, pensó que supuestamente estaríamos en la casa de Igor.

Zane miró a James.



—¿Te has preguntado si quizás estaba en lo cierto?

James cruzó la mirada con su amigo y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? La casa Pie-grande nos queda perfecta. ¿Qué puede saber un viejo gato que nosotros no sepamos?

—Sólo digo —replicó Zane. —Hay una razón para que estuviera aquí. Tal vez valdría la pena pensar en ello.

James se impacientó. Se detuvo y levantó la mirada al oscuro techo por un momento.

—Desde luego —dijo, volviendo a mirar a Zane y a Ralph. —He estado pensando al respecto. ¿Pero ya podemos continuar? Este lugar me pone los nervios de punta.

Zane se encogió de hombros. Una vez descartado el gato, los tres regresaron a su búsqueda en las estanterías. Unos minutos más tarde, Zane los llamó en voz alta. James y Ralph trotaron por el pasillo para reunirse con él.

—Es... —comenzó Ralph, y después tragó saliva densamente. —Es... un cráneo.

James acercó la varita. Dos objetos habían sido arrojados dentro de un armario pequeño y uno de ellos era, sin duda, un cráneo humano al que le faltaba el hueso maxilar. El otro objeto era una bota femenina, muy raída, deslucida y llena de rozaduras, hecha en cuero negro. La tarjeta adherida en el frente del estante rezaba: «5 DE OCTUBRE DE 1859, PRIMERA INTERROGACIÓN DE I. K. MAGNUSSEN.»

—Tal vez no sea real —propuso James, echando una ojeada al cráneo amarillento.

—Pues de seguro *parece* real —dijo Ralph, estremeciéndose.



—Es sólo un hueso viejo —repuso Zane, poniendo los ojos en blanco y agarrando el cráneo. —Yo lo llevaré. Vosotros coged la bota y acabemos con esto de una vez por todas.

Tan rápido como les fue posible, los tres chicos cargaron sus adquisiciones de vuelta al salón donde se hallaba el *focomagnetófono revelador*. James dejó escapar un suspiro de alivio cuando caminaban entre la angosta y pequeña ventana empotrada en el techo abovedado. Fuera ya había oscurecido, pero resultaba agradable contemplar el débil resplandor azul de la noche que se alzaba en la cúpula celeste.

—¿Quién quiere hacer los honores? —preguntó Zane, sosteniendo en alto el cráneo mientras le echaba una ojeada. —¿Qué opinas tú, *señor Huesos*? —Movi6 el cráneo como si fuera una marioneta y contestó en un tono más alto—: Creo que tú deberías, *cerebro*—Zane, ya que eres tan buena onda y bien parecido. Y después de todo, esta fue idea tuya.

James suspiró con aire de cansancio.

—¡Déjalo ya! Estás asustando a Ralph.

—No estoy asustado —objetó Ralph con el rostro pálido. —Quiero decir, bueno, sí lo estoy... pero sólo un poquito.

—Vayamos al grano entonces —bramó Zane, manejando de nuevo el cráneo como una marioneta. —¡Upaaa!

Con un golpecito, Zane instaló el cráneo dentro del recipiente cóncavo del *focomagnetófono revelador*.

Automáticamente, el cuarto cambió. Resplandeció y se hizo mucho más reducido. James, Ralph y Zane giraron al instante y se encontraron en un rincón poco iluminado, atisbando una especie de estudio estrecho. El fuego crepitaba en la chimenea de ladrillo y la oscuridad presionaba contra las altas ventanas. Tres hombres estaban sentados a una mesa, dos de un lado encarando al tercero en el otro. James no estaba precisamente sorprendido de ver que el rector Franklyn era uno de ellos. Lucía ligeramente más joven, un poco menos rollizo. El hombre a su



lado llevaba puesta la túnica negra y el sombrero que solía usar un árbitro; aunque su piel tenía una tonalidad oscura y exhibía una delgada barba. En el centro de la mesa, pareciendo una decoración alusiva a Halloween, yacía el amarillento cráneo carente de mandíbula. El hombre moreno había acabado de toquetearlo con las manos.

—Douglas Treete, árbitro general de la Corte Mágica de los Estados Unidos. Sede de Filadelfia —informó con tibieza. —Observando el interrogatorio preliminar a Ignatius Karloff Magnussen, detenido por diversos cargos que se le imputaron, incluyendo hurto y uso indebido de cadáveres, tortura y sospecha de asesinato. He escogido utilizar este cráneo como vestigio para el interrogatorio ya que sirve como «prueba A» para el caso en cuestión. Estoy acompañado por Benjamin Amadeus Franklyn, jefe del Departamento de Tecnomancia de Alma Aleron y superior inmediato del acusado. Profesor Magnussen, por favor proporciónenos su nombre completo para el acta.

James centró su atención en el hombre sentado frente a Franklyn y al árbitro. Magnussen era grandulón con un pecho en forma de barril y cabeza cuadrada coronada con un flequillo de cabello gris corto. Su expresión era sombría, su oscura frente se arrugaba bajo una afilada y finamente esculpida nariz.

—Soy el profesor Ignatius Karloff Magnussen Tercero —alegó y James se sorprendió de la culta y placentera voz del hombre. A diferencia de la gran mayoría de los estadounidenses, Magnussen hablaba con un distinguido acento británico.

Zane se inclinó hacia James y Ralph y musitó:

—Escuché que nunca dio su aprobación a la separación de América e Inglaterra. En protesta, siempre habló en lo que él llamaba el «inglés del rey».

James frunció el ceño y escuchó mientras Treete, el árbitro, tomaba la palabra nuevamente.

—¿Ha sido advertido sobre las acusaciones hechas en su contra, profesor Magnussen?



Magnussen no respondió. Simplemente se limitó a echar un vistazo al otro lado de la mesa, sus ojos como mármol acerado. Treete se aclaró la garganta con discreción.

—Para el acta, profesor, está siendo acusado, por lo menos, de experimentar con prácticas prohibidas que amenazan la estabilidad de la jerarquía dimensional. ¿Es cierto que usted ha descubierto cómo controlar el futuro por medio de la explotación de la teoría de la gran unificación mágica?

Magnussen permaneció completamente impávido. James se dio cuenta de que el hombre estaba escuchando por la manera en que observaba a los hombres frente a él en la mesa, como si tuviera la intención de clavarlos a un tablero de colección, como si fuesen las mariposas. Simplemente parecía no tener la necesidad de responder a las preguntas. A Franklyn, por su parte, se le veía completamente deprimido. Su rostro estaba empalidecido detrás de sus gafas cuadradas.

—Así sea, pues —dijo Treete, ajustando sus propios anteojos y contemplando un pergamino frente a él. —Usted está siendo legalmente acusado de abrir una fisura entre las dimensiones, algo legendario referente a la cortina de Nexus, sin estimar las consecuencias. ¿Cómo responde a tal acusación?

Magnussen no se inmutó. Podría haber pasado con facilidad como una estatua extremadamente realista.

Treete aparentemente se había resignado al silencio de Magnussen.

—Junto a eso, señor, es usted acusado de robar cuerpos del cementerio del campus y realizarles disecciones ilícitas. Este cráneo, como he mencionado, es la *prueba A* que apoya ese alegato. Fue hallado en el sótano de esta misma casa, junto con una especie de herramientas que uno podría esperar fueran usadas para tales propósitos. Es más, es sospechoso del rapto y tortura de al menos ocho ciudadanos muggle originarios de la ciudad de Filadelfia. La evidencia de la ejecución de un apresurado encantamiento desmemorizante ha tenido suerte solamente en destruir la habilidad de estas víctimas para identificar a su torturador, pero han quedado rastros de recuerdos de esta escuela y del mundo mágico en general.

Treete se quitó las gafas y fulminó con la mirada a Magnussen.

—Semejantes hechos, si se llega a comprobar que en verdad sucedieron, rompen un gran número de leyes relevantes, profesor; eso sin mencionar la ley de la mínima decencia humana a la que todos hemos manifestado adscribirnos. No obstante, ninguna de estas es tan grave como la acusación final. Como ya ha sido advertido, el cuerpo de una joven mujer muggle, una empobrecida costurera local llamada Fredericka Staples, fue recientemente encontrada en un callejón cercano a la entrada de esta institución. Su cuerpo estaba tan desfigurado que casi no pudo ser reconocido y le faltaba una bota. Esa bota faltante, señor, fue descubierta hace dos noches en el sótano de esta casa. Debo preguntarle una vez más: ¿Cómo responde ante estas acusaciones?

Magnussen habló por primera vez, pero cuando lo hizo se dirigió a Franklyn.

—¿Fuiste tú quién convocó a las autoridades? —preguntó en un tono de voz meramente conversacional.

—No me dejaste ninguna opción —replicó Franklyn apaciblemente. —La investigación es una cosa, Ignatius. Esto... —Sacudió la cabeza.

Magnussen sonrió tirante.

—Siempre fuiste demasiado débil para apreciar los riesgos asociados a cualquier gran reto. Tú, Benjamin, eres un académico. No eres como yo. No eres un explorador.

—El tuyo no es un sueño de exploración —replicó Franklyn, con el rostro adusto ensombreciéndose. —Es una obsesión por el poder. Esta no es una de tus elegantes e imaginativas historias del héroe incomprendido y marginado luchando contra sus enemigos. Tus acciones han afectado personas reales. Debí haber intervenido meses atrás cuando descubrí que estabas experimentando con la teoría de la gran unificación mágica. Lo de la Octósfera fue lo suficientemente desastroso, pero al menos resultó no ser perjudicial. Intentar observar y medir todas las cosas al mismo tiempo, en nombre del dominio, sólo puede ser fantasía de un desquiciado.

—He cometido un error, concuerdo —contestó Magnussen, como si él y Franklyn estuvieran simplemente discutiendo el asunto como amigos. —Estaba



preocupado con lo microscópico. Me hundí en la convicción de que observar todas las cosas significaba desglosar el mundo en pequeñas y cada vez más pequeñas piezas, archivando las acciones incluso hasta del más infinitesimal detalle: el movimiento de los glóbulos de la sangre a través del camino a las arterias; la descarga de neuronas en el cerebro del individuo humano. Estudié estas cosas con todos los detalles, asimilando lo que pude de los muertos, adquiriendo cada vez más conocimiento partiendo de mi estudio sistemático de los vivos. Habéis decidido llamarlo «tortura», y sí, tal vez incluso asesinato, porque habéis fracasado en encontrar la naturaleza monumental de la meta final. ¿Qué significa una mera imposición de dolor ante el hallazgo del perfecto entendimiento? ¿Qué significa una irrisoria vida perdida en nombre de la total unificación del cosmos?

—Ignatius —le interrumpió Franklyn. —¡Detente! ¡Sólo estás empeorando las cosas para ti!

—Con el paso del tiempo —continuó Magnussen, ahora apoyándose ligeramente sobre la mesa, con los ojos brillantes, —determiné que estaba pensando demasiado similar a mis colegas, fallando donde todos los demás habían fallado antes de mí. Al comprender eso, rememoré mi lema heráldico; «El que no ve los tropiezos en la montaña, se cae de cabeza sobre las piedras.» ¿No lo veis? El secreto no yacía del todo en lo microscópico, Benjamin. ¡El secreto estaba en lo *macroscópico*! ¡No en lo diminuto sino en lo monumental! ¡La totalidad de la medición solamente puede completarse cuando uno puede ver la totalidad de las *realidades*! Entonces supe lo que tenía que hacer. Debía sobrepasar los confines de esta dimensión y encontrar un lugar donde pudiera observar *todas* las dimensiones *a la vez*. Lo que llamáis una mera leyenda, yo lo he caminado con mis propios pies. He atravesado la cortina de Nexus. He pisado el mundo entre los mundos y he presenciado la senda dentro de cada dimensión.

Treete sacudió la cabeza, con los ojos empequeñecidos.

—¿Debo entender entonces, profesor, que está usted admitiendo todos los alegatos formulados en su contra?

—Por favor, Ignatius —dijo Franklyn, casi suplicándole al gran hombre frente a él. —Tu obsesión te ha llevado a la locura. Cualquier cosa que hayas hecho,



cualquier cosa que hayas visto, obviamente te ha afectado de algún modo espantoso. Hay ayuda aquí para ti, si decides pedirla. Ten cuidado con lo que dices, no pierdas esta oportunidad.

Magnussen se rió entre dientes secamente.

—¿Crees que debería importarme lo que este hombrecillo pudiera hacerme? Déjalo que intente detenerme. Ya he sobrepasado el borde, Benjamin. He traspasado el horizonte de sucesos del destino, incapaz de regresar aún si lo deseara. Y *no* lo deseo. He abrazado mi misión. Y voy por ella con perfecto deleite.

Treete empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Me temo que entonces no tengo opción, señores. Por respeto a su posición, profesor Magnussen, y conforme su petición personal, profesor Franklyn, les dejo en este momento para poder formular mi veredicto. Pueden esperar mi regreso durante la semana, junto con un escuadrón de la policía mágica, para escoltar al acusado a la Montaña de Cristal con la intención de que sea procesado. Profesor Franklyn, entretanto, ¿ratificará usted su deseo de asumir la completa responsabilidad de la custodia del acusado?

Los ojos de Franklyn permanecieron fijos en los de Magnussen.

—Asumo la completa responsabilidad por el acusado.

—Entonces que así sea —dijo Treete enérgicamente. Sacó su varita de la manga, extendió la mano y le dio un toquecito al cráneo amarillento que tenía sobre la mesa frente a él.

Al instante, la habitación desapareció dejando a James, Zane y Ralph parpadeando en la oscuridad del salón del *focomagnetófono revelador*.

—¡Caramba! —exhaló Zane, bajando la vista hacia el cráneo amarillento.

Ralph sacudió la cabeza lentamente.

—Franklyn no bromeaba cuando dijo que ese episodio era algo que a la escuela le gustaría olvidar.



—Bueno, por lo menos ahora ya sabemos *por qué* Magnussen atravesó la cortina de Nexus —señaló James con un suspiro. —Estaba convencido que tenía que medir todo en cada *dimensión* para poder conocer el futuro y controlarlo. ¿Eso fue lo que vosotros también entendisteis?

Zane asintió.

—Magnussen era un auténtico demente. Ya veo por qué era el jefe de la casa Igor. Pero donde la mayoría de esos chicos fanfarronea sobre querer dominar el mundo, *él* sí que realmente se salió con las suyas e *hizo* algo al respecto.

—Pero seguimos sin saber *cómo* logró cruzar la cortina de Nexus —comentó Ralph. —Y eso es exactamente lo que nosotros necesitamos saber, ¿cierto? ¿De qué otra manera vamos a poder entrar al mundo entre los mundos y ver si los tíos malos están escondiéndose ahí?

Zane tomó el cráneo cautelosamente del receptáculo del *focomagnetófono revelador*.

—Según el profesor Jackson, la cortina de Nexus sólo puede ser abierta con una llave de alguna otra dimensión. Quienquiera que haya atacado a la bóveda de los destinos tiene la hebra carmesí del telar, el cual podría hacer el truco, ya que viene desde una colindante realidad. ¿Qué podría haber usado Magnussen como llave?

James se encogió de hombros y asintió hacia Ralph, quien estaba sosteniendo la segunda reliquia, la vieja bota.

—Intentemos con eso otro. Tal vez nos diga lo que necesitamos saber.

Ralph bajó la vista a la bota que sostenía en las manos.

—¿Creéis que esta sea la bota de la que hablaban en la visión? La que pertenecía a aquella mujer muggle que Magnussen, eh...

—Sólo ponla en el lugar, Ralph —dijo Zane, sacudiendo despacio la cabeza.

Ralph se adelantó y colocó la pequeña bota sobre el pedestal de piedra delante de él. En respuesta, la iluminación del salón del *focomagnetófono revelador* se atenuó, pero permaneció relativamente inalterado. Por un momento, James pensó que había algo mal con la reliquia, pero después escuchó una voz que producía un callado eco. Siguió el sonido, se dio media vuelta para mirar por el salón y vio una flama solitaria que ardía en una pequeña lámpara de sobremesa. Junto a ésta estaba Benjamin Franklyn sentado en una silla de madera con un escritorio acoplado, escribiendo. A diferencia de la visión anterior, que había sido brillante y sólida, esta imagen de Franklyn parecía casi una proyección entre humo. La pluma de Franklyn rascaba el pergamino mientras hablaba en voz alta, dictándose a sí mismo. Su voz parecía provenir de algún lugar muy lejano.

—Estas son las anotaciones del profesor Benjamin Amadeus Franklyn —decía lentamente, inclinándose hacia el pergamino, —detallando el final de los acontecimientos acaecidos esta noche, ocho de octubre de mil ochocientos cincuenta y nueve, la última noche del profesor Magnussen, anteriormente un invaluable maestro en esta institución, y un amigo...

Franklyn se detuvo y levantó la mirada, casi como si hubiese escuchado el correteo silencioso de los muchachos al llegar. James se paralizó en el lugar, pero luego se dio cuenta de que en la visión Franklyn estaba haciendo sólo una pausa para pensar. Sus ojos chispeaban a través de sus gafas cuadradas. Después de un buen rato, soltó un suspiro y se inclinó otra vez sobre el pergamino.

—Las llamas aún arden en los cimientos de la casa que Ignatius Magnussen alguna vez llamó hogar. ¿Cómo se inició el fuego? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Yo mismo sospecho que fue una causalidad deliberada, quizás instaurada por el mismo profesor. La turba que precedió al incendio estaba enloquecida más allá de toda racionalidad y no hizo nada para extinguir las llamas una vez que éstas aparecieron. Estoy consternado al anunciar que hubo muchos en la asamblea de anoche que deseaban ver el cadáver de Magnussen sacado de entre las llamas agonizantes, tan muerto como las llamas que habían destruido su casa. No obstante, las observaciones preliminares de las ruinas no han revelado ningún rastro del cuerpo del profesor. No me cabe la menor duda de que las pesquisas adicionales que darán comienzo durante los próximos días serán igualmente



infructuosas. Magnussen ya no está entre nosotros. Ha escapado, probablemente durante el apogeo del incendio, mientras una avalancha de buscadores de venganza se agitaba en un frenético disturbio.

Franklyn detuvo su escritura de nuevo. Dejó la pluma a un lado y metió las manos bajo sus gafas, frotándose los ojos con cansancio. Parecía no tener ganas de continuar, pero al cabo de un instante tomó la pluma y reanudó su trabajo, pronunciando en voz alta las palabras mientras las iba caligrafiando.

—Sea cual fuere el paradero de Ignatius Magnussen, ni siquiera puedo imaginarlo. Seguramente ya ha cumplido lo que juró que era su destino: caminó a través de la cortina de Nexus, dentro de cualquier reino misterioso que se encontrará más allá. Creo probable que es ese reino del que jamás regresará, por lo tanto quisiera dejar constancia de lo que ahora sé de sus más recientes esfuerzos. Por desgracia, mis entrevistas con el profesor los pasados dos días, revelaron muy poca información útil. Hay sólo dos detalles que vale la pena recordar. El primero es el enigma de cómo aprendió a abrir la cortina de Nexus. Me dijo, y cito...

Franklyn se detuvo de nuevo y sacó otro pergamino de la mesa que estaba junto a él. Lo examinó de cerca, ajustando sus lentes. James se percató que la bota de mujer estaba colocada en la oscuridad debajo de la mesa, apoyada contra una de las largas y delgadas patas de la silla.

—Y cito —continuó Franklyn, poniendo la pluma en el pergamino frente a él, —«La verdad caminaba por los pasillos del castillo Érebus. Ha estado ahí todo el tiempo, para que cualquiera la pudiese ver». Yo mismo he caminado por esos pasillos durante más de una centuria, y no he conocido a nadie ni nada que hablase de los caminos que llevan a la cortina de Nexus. Si hay algo de cierto en la afirmación de Magnussen, entonces está cuidadosamente escondido y requerirá un estudio más profundo.

—El castillo Érebus es el hogar de la casa de los Vampiros, ¿verdad? —susurró James, volviéndose hacia Zane, con los ojos como platos.

Zane asintió.

—Podemos entrar y explorar un poco si Lucy nos lo permitiera.



—Guardad silencio —cuchicheó Ralph, acercándose más a la visión fantasmagórica de Benjamin Franklyn.

—El segundo detalles es, me temo, un enigma aún más oscuro. Cuando se le preguntó dónde se encontraba la cortina de Nexus, Magnussen se limitó a sonreír, sin pronunciar una palabra. Este, por supuesto, es el pormenor que más me inquieta puesto que si lo que afirma el profesor es cierto, entonces ha logrado abrir una brecha hacia el mundo entre los mundos. No tengo tanto temor por la inestabilidad dimensional que podría ser desatada por tal ruptura. Pero temo más por lo que pueda atravesar nuestra propia dimensión desde aquellas que se encuentren más allá. Mis súplicas a Magnussen, de que los límites entre los mundos están allí por una buena razón, para establecer barreras entre las realidades incompatibles, cayeron totalmente en saco roto. Finalmente, sin embargo, ayer por la noche, el profesor Magnussen dio una respuesta a mi pregunta, aunque sospecho que es tan inútil como cualquier cosa que pudiera ser proporcionada por su maldita Octósfera. Cuando presioné acerca de la localización de la cortina de Nexus, finalmente me sonrió y declaró... —Aquí, Franklyn hizo una hastiada pero aceptable imitación del acento de Magnussen—: Se halla dentro de los ojos de Rowbitz.

Hizo una pausa una vez más, releendo lo que había escrito. Con un suspiro, comenzó a escribir de nuevo.

—El enigma es intencionalmente engañoso y, con mucha probabilidad, irremediabilmente tenebroso, y aún así conocía al profesor lo suficientemente bien como para saber que no necesitaba mentir. Es demasiado arrogante como para no ofrecer una pista válida, incluso si ésta pudiera ser imposible de resolver. Con el tiempo, analizaré estas dos citas, con la esperanza de encontrar la cortina de Nexus y cerrarla para siempre. Por ahora, no obstante, me parece que mis obligaciones deben girar en torno a las preocupaciones más inmediatas que son aplacar los ánimos en la escuela y explicar todo ante el árbitro Douglas Treete. He fallado en mis obligaciones... en más de un sentido.

Franklyn suspiró profundamente, colocó la pluma en la mesa y con meticulosidad dobló el pergamino en el que había estado escribiendo. Cuando

hubo terminado, tomó la pequeña bota que estaba junto a él en el suelo, deslizó el pergamino doblado dentro de ella y después le dio un toquecito a la bota con su varita.

La visión se evaporó en una nubecilla de humo seco, regresando el salón del *focomagnetófono revelador* a su normal y tenue iluminación.

Inmediatamente, Zane se metió el cráneo bajo su brazo, se dio la vuelta y recogió la vieja bota que yacía encima del pedestal de piedra. Miró en su interior.

—¡Todavía está! —dijo sonriendo. —¡La antigua nota de Franklyn! Aunque se siente como si el pergamino fuera a desmoronarse en pedazos si lo saco. Cheshire y su equipo de registro probablemente lo hubieran preservado de alguna manera si se hubiesen enterado que estaba acá metido.

—La cortina de Nexus se halla dentro de los ojos de Rowbitz —apuntó Ralph pensativamente, — ¿alguna idea de quién pueda ser Rowbitz?

Zane arrugó su cara debido a la concentración.

—Me suena de algo, de hecho. Iré a ver qué puedo averiguar.

—Y podemos pedirle a Lucy que nos deje darnos una vuelta por los pasillos del castillo Érebus —agregó James. —Tenemos dos acertijos que descifrar. Nada mal.

—No tan rápido —repuso Ralph, sacudiendo la cabeza. —Si estas pistas fueran posibles de resolver, ¿no creéis que el rector Franklyn ya las habría resuelto?

—¿Cómo sabemos que no lo ha hecho? —Zane miró a Ralph de reojo, pensando.

—¿A qué te refieres? —preguntó James.

—Bueno, no sería la primera vez que alguien haya descubierto algún terrible secreto y luego simplemente lo oculta. Ya lo habéis escuchado en esa escena. Aún si de verdad hubiese averiguado el secreto de la cortina de Nexus, creo que no



tendría ganas de salir a compartirlo con el resto del mundo. Sólo querría cerrarla o guardarla, de manera que nada pudiera atravesar desde ningún otro lado.

—¿Incluyéndonos, tal vez? —dijo Ralph, levantando las cejas.

James sacudió la cabeza.

—Tal vez, pero lo dudo. Si Franklyn había averiguado la verdad sobre la cortina de Nexus, creo que nos lo hubiera dicho cuando se lo preguntamos. Quiero decir, obviamente él no quiere que nadie esté husmeando, ¿vale? Si la hubiera encontrado y cerrado, eso es lo que nos hubiera dicho.

Ralph puso ceño.

—¿Y cuál fue el motivo?

—Porque —contestó Zane, —apenas somos una panda de críos curiosos, ¿no? Si hubiera podido amainar el misterio diciéndonos que él ya había *encontrado* la cortina de Nexus y que la había cerrado para siempre, entonces no nos habría dejado nada por lo cual sentir curiosidad. Así de sencillo. Buen punto, James.

Ralph recogió la bota nuevamente.

—Devolvamos las reliquias a la zona restringida y salgamos de aquí. Ya he tenido suficiente de misterios escalofriantes por ahora.

Zane asintió.

—De acuerdo, larguémonos. Aún tenemos tiempo para buscar a este tipo Rowbitz esta noche.

—Si no os importa, yo espero aquí —anunció James, arrastrando un poco los pies.

Zane miró hacia atrás, con una ceja enarcada.

—Claro, está bien. ¿Cuál es el problema? ¿Aún estas perturbado por lo de Patches escondido entre los estantes?

James sacudió la cabeza.

—No. Es sólo que... Son solamente las dos reliquias. No vais a necesitarme. Daos prisa, ¿vale?

Ralph asintió.

—Cuanto más rápido, mejor. Vamos.

Un momento después, la puerta de los niveles inferiores del Archivo se cerró con suavidad, dejando a James solo en el salón del *focomagnetófono revelador*.

Esperó por un momento aguzando sus oídos y a continuación, cuando estuvo seguro que Zane y Ralph habían comenzado su descenso al área restringida, metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Había estado cargando la historia del sueño de Petra en el bolsillo durante días, doblada dentro de su paquete sin costuras y protegida por una bolsa plástica que había hallado en la cocina de la mansión Apolo. No estaba seguro de por qué había empezado a llevarla consigo, salvo que de algún modo parecía más seguro. Sostuvo cautelosamente la bolsa de plástico entre los dedos índice y pulgar y se giró hacia el *focomagnetófono revelador*.

La idea le había surgido mientras estaban observando la visión de Franklyn. Se suponía que el *focomagnetófono revelador* funcionaba solamente con objetos que habían sido especialmente encantados, por supuesto, pero James no dejaba de preguntarse. Desde que salvó la vida de Petra mientras viajaban en el *Gwyndemere*, la historia del sueño se había vuelto demasiado mágica como para que él pudiera tocarla directamente. Sin embargo, tal vez, era lo suficientemente mágica para desencadenar algo en el *focomagnetófono revelador*, algo a lo que James pudiera dar sentido. No podía adivinar por qué Petra y la historia de su sueño parecían poseer aquella extraña intensidad mágica, pero tenía la intención de averiguarlo. Incluso si eso significaba que él, esencialmente, espicara en los sueños de la chica. Con mucho esmero, colocó la bolsa boca abajo sobre el recipiente de piedra.

El paquete del pergamino salió disparado y cayó dentro del receptáculo con un ligero golpecito.

De repente una ráfaga de viento seco pasó empujando a James, alborotándole el cabello y forzándolo a entrecerrar los ojos. Giró en redondo y notó que un brillo opaco llenaba su visión. Se hallaba bajo plena luz diurna, de pie en lo alto de una meseta cubierta de hierba. El edificio del Archivo se había desvanecido por completo. Incluso el pedestal de piedra del *focomagnetófono revelador* había desaparecido. James se percató de que ésta no era una visión difusa; se sentía completamente sólida y por otro lado surrealista, como si cada brizna de hierba muerta lo estuviera observando y cada nube en el bajo y agitado cielo como si estuviera resplandeciendo amenazante sobre él, fríamente enojado. La hierba uniforme de la meseta se extendía en todas direcciones y James se dio cuenta de que la meseta era en realidad una isla, rodeada de acantilados escarpados. Muros de olas grises chocaban contra los desfiladeros, rociando con espuma el aire ventoso.

Y, por supuesto, estaba el castillo, emergiendo en la distancia cercana. Estaba construido con piedra negra, pequeño pero bastante alto, tan incrustado de torres y torreones que parecía arañar el cielo nublado. La estructura se asomaba inclinada sobre el borde del acantilado, como si las rocas hubieran erosionado por debajo, y aún así el castillo permanecía en pie, sostenido por pura empecinada determinación.

Alguien observaba desde la penumbra del castillo. James sintió el peso de aquella mirada como piedras hirviendo en su piel. Avistó hacia el castillo, cubriendo sus ojos de la luz grisácea. Una figura estaba parada en un balcón alto, oculta entre sombras.

He venido, decía una voz. Las palabras retumbaron por toda la verde altiplanicie como un trueno. *Observo y espero. Mi tiempo está muy cerca. Soy la reina hechicera. Soy la princesa del caos.*

James forzó la vista, tratando de ver más allá de la imprecisa oscuridad del balcón. Apenas si podía distinguir algo de la figura, excepto que parecía ser una mujer. Su cabello fluía en el viento enigmáticamente. Cuando volvió a hablar, un súbito estremecimiento envolvió a James, congelándolo en el acto. Sus ojos se abrieron bastante y la visión comenzó a intensificarse, a sangrar y a vibrar, a

fragmentarse, pero las palabras resonaron, produciendo un eco cada vez más fuerte, lastimando los oídos de James hasta el punto en que sintiera dolor.

Observo y espero, repitió la voz. Mi nombre será conocido a través de todos los destinos. Mi nombre... es Morgana. Esa que avanza a grandes pasos entre los mundos.

La visión tembló y voló en pedazos. La oscuridad se arremolinó, se comprimió y se desvaneció en un único punto oscuro que se cernía sobre el receptáculo del *focomagnetófono revelador* como un agujero en el espacio. Un momento después, desapareció de la vista parpadeando.

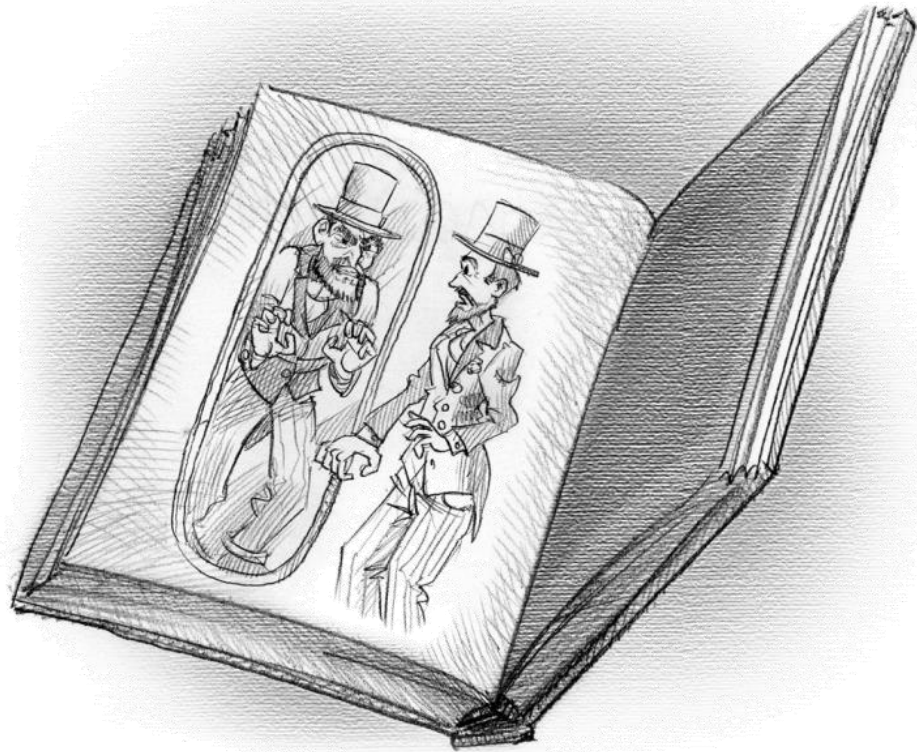
James permanecía anclado al suelo del recinto, con el pelo revuelto y el corazón palpitando.

Es sólo un sueño, se dijo a sí mismo, repitiendo las palabras una y otra vez. Es sólo una parte de la mente de Petra —la parte de Morgana— queriendo salir. Petra la ha bloqueado, aprisionándola, poniéndola bajo control. Eso es todo. Eso debe ser todo...

James se estremeció violentamente, recordando el deje de desesperanza de esa voz del sueño.

Pasos se aproximaban, acompañados por un eco de voces: Zane y Ralph estaban de regreso. Rápidamente, James se adelantó para recuperar la historia del sueño, pero se detuvo, con los ojos casi salidos de sus órbitas.

El receptáculo del *focomagnetófono revelador* estaba vacío. La historia del sueño de Petra se había disipado por completo.



Capítulo 15

La Estrella de la Convergencia

Ahora que el baile de Halloween en Alma Aleron había llegado e ido oficialmente, el campus se dedicó a la seria tarea de relajarse para las vacaciones de invierno.

Rápidamente las calabazas flotantes en la cafetería fueron reemplazadas por una colección de pavos de cartón y extraños sombreros con hebillas. El día de Acción de Gracias, fiesta que, según el profesor Sanuye, celebró el éxito de la cosecha de los primeros peregrinos americanos (con la ayuda y la cooperación de los nativos americanos a los que habían conocido allí), parecía ser un gran problema entre los estudiantes de Alma Aleron. La mayoría de ellos estaban haciendo planes para ir a casa el fin de semana largo, donde aparentemente



comerían porciones de pavo asado, puré de papas y pastel de calabaza y escucharían o asistirían a una gran cantidad de eventos deportivos conmemorativos, incluyendo un partido profesional de *Clutchcudgel* conocido como Superbrawl.

Curiosos por los detalles de un día de fiesta esencialmente estadounidense, James y Ralph descaradamente se invitaron a sí mismos a la casa de la familia de Zane cerca de St. Louis, Missouri para la cena de Acción de Gracias de los Walker. El padre de Zane, comunicándose a través del búho de James, Nobby, felizmente aceptó acoger a los chicos.

Así, en el último fin de semana de noviembre, los tres chicos viajaron en tren a una pequeña y vieja estación en la angosta y pintoresca ciudad de Kirkwood, que Zane orgullosamente proclamó como “el primer suburbio oficial de St. Louis”. Este hecho lamentablemente fue sin importancia para James y Ralph, sin embargo, quienes sí estaban preocupados, eran los que caminaban por las calles estrechas cubiertas de nieve e iluminadas por decoraciones navideñas que adornaban las farolas de la ciudad. Como los tres chicos esperaron hasta el crepúsculo por los padres de Zane para recogerlos, ellos observaban por la calle en donde una manada de muggles alegremente vestidos, hacían cortes limpios alrededor de los pinos de un bosque artificial. De vez en cuando, una minivan o un coche, salía a la calle con uno de los árboles atados al techo por un cordel.

—Las personas de por acá comenzaron temprano con sus navidades, ¿no? — Dijo Ralph con una sonrisa feliz— Apuesto a que podría acostumbrarme a eso.

—Eso no es nada—replicó Zane. —Hay una familia en el bloque de al lado de mi casa que dejan su árbol de Navidad todo el año. De verdad.

James frunció el ceño. —¿Son personas mágicas?

—Nah, —respondió Zane—Son simplemente extraños. Aquí viene mi mamá!

Los chicos saludaron y guardaron sus bolsas de lona en un coche blanco que se encontraba en el aparcamiento enfrente de la estación del tren. A James todavía le daba una extraña sensación cada vez que veía a alguien conduciendo del lado izquierdo del coche, pero Zane, por supuesto, no lo pensó así. Se metió en el

asiento delantero con su madre, una atractiva mujer rubia con gafas de carey. Ella les devolvió una sonrisa a Ralph y James cuando subieron a la parte trasera.

—Hola chicos—dijo ofreciendo a cada uno una galleta de una bolsa de papel.
—Bienvenidos a Kirkwood. Espero que tengan hambre.

—Yo sí—Aceptó Ralph con entusiasmo. —¡Mmm! Galletas de chocolate. ¿Y esos son trozos de cereza?

—¡Todavía calientes también!—Asintió Zane con la boca llena.

—Acaban de salir del horno hace diez minutos—Agregó la madre de Zane, dirigiendo el coche de vuelta a la calle—Greer se quedó en casa con tu padre, viendo la última hornada, pero ella está tan emocionada porque vamos a tenerte para todas las vacaciones.

James observó la pequeña y esparcida ciudad más allá de las ventanas del coche hasta que llegaron a un barrio de pequeñas casas y patios aseados, no muy diferente a la zona que rodea la puerta de Alma Aleron. La madre de Zane desaceleró y dobló una esquina de corto trayecto hacia una sencilla casa de piedra situada sobre una colina.

—¡Hogar dulce hogar!—Zane anunció con entusiasmo, abriendo su puerta. — ¡Apuesto a que papá tiene el fuego encendido!

—Eso no es muy difícil—comentó su madre. —Es una chimenea de gas. Pero estoy segura de que tienes razón.

Cuando los cuatro se bajaron del coche, la puerta trasera de la casa estaba abierta y una cabeza de pelo rubio rizado se asomó, iluminada brillantemente por la luz del techo.

—Papá está cortando el pavo—llamó la chica, —pero no puedo hacer que deje de comer a medida que avanza. Será mejor que entren de inmediato.

La madre de Zane suspiró con afecto cansado.



—Hola Greer—Zane saludó a su hermana menor y luego se volvió hacia James y Ralph, sacudiendo la cabeza alegremente. —Algunas cosas nunca cambian. Entremos, ¡les voy a mostrar mi habitación!

El día de Acción de Gracias en la casa de la familia Walker, resultó no ser muy diferente a cualquier reunión familiar que James había conocido de regreso a Marble Arch. El comedor era bastante pequeño, y los tíos de Zane habían llegado a tiempo con sus dos hijos menores, la casa sonó con una cacofonía de ruidos superpuestos: la risa y la conversación, el ruido metálico de platos, el murmullo de los villancicos de la radio en la cocina, los pasos de los primos y hermana de Zane corriendo en la pequeña casa. Zane y Ralph gastaron una buena cantidad de tiempo jugando videojuegos en la televisión de la familia, aunque James nunca pudo adecuarse a ellos. La comida era excelente y aparentemente sin fin, ya para la noche de Acción de Gracias, James se sintió completamente lleno. La familia se reunió alrededor de la mesa para jugar juegos de mesa y James se les unió, a pesar de que nunca había oído hablar de alguno de los juegos, y no tenía idea de cómo jugar con ellos.

—Lo siento James, —anunció felizmente Zane cuando James marcó su puntaje en el tablero —Me debes doscientos dólares. Disfruta de tu viaje, y gracias por patrocinar al Ferrocarril de Reading.

—Él es despiadado sobre dichos ferrocarriles, —comentó Ralph cuando James contó lo último de su dinero de juguete de colores brillantes. —Si hubiera sabido cuánto dinero podría hacer, no habría desperdiciado todo el mío en estas estúpidas utilidades.

James no tenía idea de nada de lo que quería decir eso, pero no le importaba. Fue un momento excelente, sin importar la razón. Él sonrió mientras le entregaba el dinero de juguete a Zane, y cogió una de las últimas galletas de un plato que estaba cerca. Un bocado más no hacía daño. Decidió que tomaría las galletas de chocolate y cereza sobre el dinero falso cualquier día.

En el transcurso del fin de semana, James y Ralph compartieron el dormitorio para invitados de los Walker, durmiendo en un par de viejas y estrechas camas. El domingo por la tarde, mientras que Ralph, Zane y Greer jugaban videojuegos,



James exploró solo la pequeña casa. En la pequeña oficina de la esquina, se encontró con el Sr. Walker encorvado sobre su escritorio, golpeando furiosamente un ordenador portátil. Su rostro estaba tenso y con el ceño fruncido, como si estuviera luchando con las diminutas teclas.

—¿En qué está trabajando? —Preguntó James, apoyándose en la puerta.

Walker miró hacia arriba, con los ojos muy abiertos y sorprendido, y James se dio cuenta de que el hombre no se había dado cuenta de su pregunta.

—¡Ah! —Dijo él y sonrió. —Lo siento. Algunas veces me enredo bastante con esto. Hola James.

—No quería interrumpirlo en algo —dijo James rápidamente. —Sólo tenía curiosidad.

Walker suspiró y se recostó en su silla, estirándose —Está bien. A veces necesito gente que me recuerde para tomar un descanso. La madre de Zane dice que cuando estoy escribiendo, es como si yo estuviera un centenar de metros bajo el agua. Se necesita mucho tiempo para llegar allí, y mucho tiempo para nadar de vuelta a la superficie, por lo que cuando estoy allí, es fácil olvidarse de todo lo demás.

—¿Pensé que usted hacía películas? —Preguntó James, frunciendo el ceño.

Walker se encogió de hombros y asintió con la cabeza. —Hago cosas— dijo. — A veces hago cosas para películas, a veces dibujo, a veces escribo historias.

James estaba curioso. —¿Las personas leen lo que usted escribe? ¿Al igual que, las historias en las librerías y esas cosas?

Walker rió y negó con la cabeza. —No, mis libros no terminan en cualquier estantería de las tiendas. Afortunadamente, me pagan por las *otras* cosas que hago. Bastante bien, de hecho, tengo la libertad de hacer *algunas* cosas sólo por el gusto de hacerlo. Eso es lo que la escritura es.



James frunció el ceño con curiosidad. —¿Usted escribe para divertirse?

—No hay mejor razón —Walker suspiró, flexionando los dedos.

—Entonces, ¿qué está escribiendo ahora?

Walker frunció los labios y negó con la cabeza. —Sólo un poco de historia.

James entrecerró los ojos en el hombre. Por alguna razón, sospechaba que el Sr. Walker estaba evitando deliberadamente cualquier otra explicación. James miró hacia la pantalla de la computadora portátil. Sin las gafas, la imagen era meramente una mancha de líneas, pero pensó que podía distinguir un grupo de palabras en negrita. El título, ¿tal vez? Por un momento, creyó ver su propio nombre. Sacudió la cabeza y parpadeó. Eso era ridículo, por supuesto.

El Sr. Walker movió ligeramente el computador e hizo clic en un botón. El texto en la pantalla desapareció.

James notó un pequeño volumen en el extremo de la mesa. Hizo un gesto hacia él. —¿Es uno de sus libros?

Walker alcanzó el libro. —¿Éste? No. Este es un clásico. Lo estaba utilizando para la investigación. Llamado “El Dr. Jekyll y el Sr. Hyde”. ¿Has oído hablar de él?

James negó con la cabeza.

—Es una vieja historia, —Dijo Walker, sosteniendo el libro abierto en su palma—Una historia de terror, pero psicológica. Eso es lo que la hace tan temible, realmente.

—¿Qué quiere decir? —Preguntó James, mirando el libro.

Walker pasó las páginas hasta que llegó a una ilustración. En ella, un hombre en un traje de ceremonia y sombrero de copa, estaba de pie frente a un espejo largo. Estaba mirando con terror a su propio reflejo, y no era de extrañar: el reflejo en el espejo era un hombre completamente diferente. La figura en el espejo estaba

mirando de reojo, sonriendo, con las manos enganchadas en garras y sobresaltado con ojos locos.

—Porque, —Walker respondió pensativo, —esta no es sólo una historia sobre un loco causando caos al inocente. Esta es una historia en la que el villano y el héroe no pueden luchar físicamente entre sí, donde no hay un momento claro de confrontación entre ellos, donde se puede ganar sobre el otro.

James se quedó mirando la imagen de la página y sintió una sombra de inquietud asentarse en él. —¿Por qué no? —Preguntó en voz baja.

—Bueno, es muy simple, —dijo Walker, mirando a James seriamente. —Es porque el villano y el héroe... son la misma persona.

James asintió lentamente, incapaz de apartar sus ojos de la ilustración de la página. En ella, dos personalidades diferentes miraron el uno al otro desde dentro del mismo cuerpo, dividido sólo por el cristal del espejo.

En el calor de la pequeña sala de la oficina, James se estremeció.

Un momento después se despidió y fue a buscar a Zane y Ralph. De repente, quería nada más que estar cerca de sus amigos, escuchar su risa estridente, y olvidar esa extraña y vieja ilustración.

El viaje de regreso a Alma Aleron, como todo viaje después de las fiestas, era melancólico y tranquilo. Zane pasó el viaje en tren con la nariz enterrada en un grueso libro llamado *La Guía Varney de Quién es Quién en el Mundo Mágico*. James trató de leer sobre su hombro en un punto, pero casi de inmediato encontró el libro imperdonablemente aburrido. En cambio, él desafió a Ralph a una partida de ajedrez mágico, usando un set de diminutas piezas de ajedrez de la caja que Ralph había tomado para llevar con él a dondequiera que iba. James odiaba jugar al ajedrez con Ralph ya que casi siempre perdía con el chico más grande, pero aún perdiendo era mejor que simplemente mirar pasar por las ventanas, las tristes ciudades y el cielo lluvioso.

Al día siguiente, Zane acorraló a Ralph y James en el pasillo fuera de Mageografía.

—Sé quién es Rowbitz, —dijo, con ojos saltones en su rostro.

—¿Qué? —Ralph frunció el ceño. —¿Creí que habías dicho que él no estaba en cualquier libro?

—No estaba, —Zane estuvo de acuerdo. —Fue una completa pérdida de tiempo. Ahora, mi cabeza está toda repleta de nombres inútiles y curiosidades, y todo por nada. Al igual que, ¿sabían que el mago que inventó las Skrim era un tipo loco llamado Vimrich que sólo estaba buscando una manera de dormir una siesta mientras montaba su escoba? Nunca tuvo que inventarla—la escoba aplanada seguía volteándose una y otra vez derribándolo—pero después de su muerte, algunos de sus sobrinos encontraron las escobas hechas en casa en su taller y trataron de ponerse de pie en ellas. El resto es historia.

—Fascinante, —dijo James con impaciencia. —Ve a la parte de Rowbitz.

—Oye, si tuve que aprenderla, tienen que aguantar para oír hablar de ella, —Proclamó Zane, empujando a James en el pecho. —Pero de todos modos, cuando regresé el libro a la biblioteca esta mañana, me di cuenta de algo colgado en la pared. Ya saben cómo las niñas Vampiro siempre están haciendo esos dibujos al carboncillo de las lápidas del cementerio de la escuela? Bueno, un montón de ellos están colgados por el escritorio del bibliotecario; debe haber sido algún tipo de proyecto de la clase de arte o algo así. El punto es, adivinen el nombre que vi al observar estos dibujos.

—¿Rowbitz? —Ralph parpadeó, sorprendido.

Zane asintió con entusiasmo. —Justo ahí, claro como el día! Fue escrito un poco diferente de lo que esperaba —R—O—E—bitz, pero lo suficientemente cerca para jugar *Clutch*, como decimos los Zombis. No era más que un tipo viejo que llegó de día, vivió y trabajó aquí en el campus, al parecer. ¡Probablemente él era como el sirviente o jardinero o algo de Magnussen!

—“La Cortina de Nexus se encuentra dentro de los ojos de Roebitz,” —citó James, asintiendo con la cabeza. —¡Tal vez la llave de la Cortina está enterrada con el tipo!

—OH no, —Ralph alzó las manos con las palmas hacia fuera. —Yo no voy a desenterrar viejas tumbas.

Zane puso un brazo alrededor de los hombros de Ralph, poniéndose de puntillas para alcanzar. —No te preocupes, Ralph, —dijo dulcemente. —No vamos a necesitar desenterrar a nadie, ¿de acuerdo?

—¿No?—El chico más grande respondió con escepticismo.

Zane negó con la cabeza. —Nah. Me di cuenta por el grabado que se trataba de un mausoleo. No necesitamos cavar del todo. Sólo tenemos que forzar la puerta abierta con una palanca.

—Oh, —Ralph suspiró con sarcasmo. —Bueno, eso es muchísimo mejor.



Durante los siguientes días, James, Ralph y Zane exploraron el cementerio de la escuela, que era sorprendentemente grande, ubicado en la esquina noroeste del campus y rodeado por una valla alta de hierro forjado. Afortunadamente, la puerta principal estaba casi siempre abierta, incluso por la noche, lo que significaba que no tendrían que subir la valla si tuvieran que colarse con la luz de la luna. Después de varios intentos, los tres finalmente encontraron el mausoleo perteneciente a un mago llamado Leopold Cromwel Roebitz, que se hallaba incrustado en una colina a la sombra de un viejo roble. La puerta del mausoleo era de cobre, cubierta con una capa fina de óxido. Zane agarró la manija y le dio un tentativo tirón, pero la puerta no se movió.

—Bueno, mucho para el Plan A, —dijo, asintiendo con la cabeza. —La puerta está cerrada. ¿Alguien quiere probar con un hechizo de desbloqueo? ¿Qué hay de ti, Ralphinator? Eres el maestro de los hechizos del grupo.

Ralph hizo una mueca, pero sacó su varita. Apuntó con la punta verde en la puerta. —*Alohomora*, —dijo tentativamente.

Hubo un destello dorado, pero la puerta permaneció firmemente cerrada. Zane tiró de la manija una vez más en vano.

—Supongo que eso significa Plan C, ¿eh? —dijo James.

Ralph preguntó esperanzado, —¿No podemos probarlo ahora?

—¿Y arriesgarse a ser transportados a la oficina como vándalos? —Zane respondió, golpeando a Ralph en el hombro. —Confía en mí, una cosa es que te atrapen hechizando tu nombre en una estatua. Jugar un poco con los muertos significa un tipo totalmente diferente de problemas. Ya viste lo serio que se lo tomaron cuando Magnussen estaba robando cuerpos para diseccionarlos.

Ralph suspiró. —Bien. Pero si tenemos que hacerlo por la noche, no voy a entrar. Voy a estar esperando aquí junto a este viejo árbol mientras ustedes dos van tropezando por ahí con los esqueletos. ¿De acuerdo?

James estuvo de acuerdo. —No lo haríamos de ninguna otra manera, Ralph.

Fue el fin de semana siguiente antes de que los tres chicos pudieran reunir el valor para hacer la caminata nocturna al cementerio. Incluso Zane, cuya audacia normalmente parecía no tener límites, lucía nervioso acerca de la operación. El sábado por la noche, James y Ralph se quedaron hasta tarde en la sala de juegos de la Mansión de Apolo, jugando ping pong y soportando las críticas constantes de Heckle y Jeckle. Finalmente, cuando el reloj de pie en la esquina dio la medianoche, los chicos se arrastraron por las escaleras y abrieron la puerta principal. Miraron del uno al otro, de pie entre el frío de la noche y el calor de la sala detrás de ellos.

—¿Estás listo para esto, Ralph? —preguntó James en un susurro.

—No, —admitió Ralph. —Pero vamos a hacerlo de todos modos, ¿no?

James asintió y tragó saliva. —Recuerda por qué lo estamos haciendo. Es por una buena causa. No podemos dejar que Petra asuma la culpa por algo que no hizo. Tenemos que encontrar a las personas que realmente entraron al Salón de Archivos y atacaron la Bóveda de los Destinos.

Ralph sacudió la cabeza. —Pero... la vimos, James. ¿Qué te hace estar tan seguro de que en realidad no era ella?

En el pasado, James se habría sentido molesto por tal pregunta, pero ahora conocía mejor a Ralph. Él sabía que Ralph era pragmático. Además, Ralph no sentía lo mismo que James por Petra y no sabía lo que James sabía.

—Porque ella me lo dijo, —James dijo simplemente, encontrando la mirada de su amigo. Después de un momento, añadió, —Cuando estábamos en el barco, papá me dijo que lo mejor que podía hacer por Petra era ser su amigo. Los amigos confían entre sí, y eso es lo que estoy haciendo por ella. ¿Confías en mí?

Ralph se encogió de hombros. —A veces, —respondió seriamente. —Pero generalmente acabo cayendo en tus juegos. Esa es la mejor manera que *yo* sé cómo ser un amigo. Eso es lo que es esta noche. Espero que sea lo suficientemente buena.

James sonrió a pesar del frío y la quietud de la noche. Lentamente, abrió la puerta de la Mansión de Apolo y la cerró tras ellos. —Eso es más que suficiente, Ralph. Vamos.

Como James y Ralph se escabulleron en la oscuridad, se encontraron con el campus inquietantemente tranquilo, cubierto por lo bajo, de rizados de niebla. El aire era tan frío que James inmediatamente comenzó a temblar. En lo alto, brillaba la media luna, cubriendo el césped y senderos con su luz ósea.

—Allá, —susurró Ralph, su aliento haciendo bocanadas de niebla en el aire. —¿Ese es Zane agachado bajo la Octósfera?

En respuesta, una mala imitación de un búho se hizo eco a través del césped oscuro. James rodó los ojos.

—No hicieron la seña, —la voz de Zane sonó áspera en cuanto James y Ralph corrieron a reunirse con él. —Yo ululo, *ustedes* aúllan como lobos. Lo practicamos esta tarde.

—Y yo te dije entonces, —susurró James, mirando a su alrededor en el campus vacío, —estamos en una burbuja de tiempo en medio de la mayor ciudad de América. ¡No hay lobos por millas y siglos en todas las direcciones!

—No habría habido si hubieras hecho la seña, —Zane se quejó.

—¿Trajiste el Grint? —Preguntó James, mirando al chico rubio.

Zane se abrazó, temblando. —¿Te refieres a la herramienta Zombi estándar para partir mágicamente cerraduras que cualquier Zombi que se precie lleva consigo cada vez que sale en una noche furtivamente? ¿*Ese* Grint? No, lo dejé en el cajón de calcetines de tu abuela. Tonto de mí.

James asintió. —Muy bien, entonces. Parece que la costa está despejada. Vámonos.

Juntos, los tres chicos corrieron a lo largo de una línea de olmos sin hojas, manteniéndose agachados y bajo la sombra tanto como fuera posible. Rodearon el frente del teatro, cruzaron la plaza frente a la Residencia de Administración, y se encogieron en el laberinto de senderos que corría a través de un bloque de apartamentos de estudiantes de la universidad. Finalmente, sus pulmones les dolían por el aire frío de la noche, James miró hacia arriba y vio ante él las enormes puertas del cementerio del campus abiertas. Tentáculos de niebla se deslizaron como fantasmas perezosos entre las lápidas más cercanas, más allá de que era una oscuridad impenetrable.

—¿Por qué ahí tiene que haber tantos sauces y grandes arbustos y esas cosas? —Ralph susurró cuando entraron de puntillas por las puertas. —Quiero decir, es un cementerio, no un laberinto de setos.

—La culpa es del viejo jardinero, Balpine Bludgeny, —James respondió, castañeteando sus dientes. —Es lo que se llama un tradicionalista. Se asegura de que todas las puertas chirreen, todos los árboles estén cubiertos de musgo español, y las lápidas se inclinen bastante. Tienes que amar a un hombre que toma esa clase de orgullo en su trabajo.

Los tres muchachos se acurrucaron juntos inconscientemente mientras seguían el camino sinuoso a través de las colinas del cementerio. Brevemente, doblaron una curva y se encontraron fuera de la vista de la entrada principal. Estatuas y obeliscos cubiertos de musgo se alzaban en la silueta de sombras brumosas. No tanto como un soplo de viento movía los árboles o la omnipresente niebla del suelo.

—Creo que es por ahí, —susurró Ralph, señalando una colina cercana. —¿No podemos iluminar con nuestras varitas?

Zane negó con la cabeza. —Alguien nos verá. Tus ojos pronto se acostumbrarán suficiente a la oscuridad.

James lideró el camino hasta la colina, bordeando las lápidas inclinadas. De pronto, espontáneamente, se acordó de las historias poco frecuentes de su padre acerca de los últimos días antes de la Batalla de Hogwarts, cuando él y el director Dumbledore habían irrumpido en una cueva donde Voldemort había escondido uno de sus muchos Horrocruxes. Específicamente, James se encontró pensando en los malditos muertos que estaban en el lago profundo de la cueva, saliendo a la superficie como bestias y abriendo la boca como un pez: *Inferi*. James se estremeció y trató de no imaginar manos muertas blancas escarbando hasta fuera de la tierra, aferrándose a sus tobillos. En realidad se encontró con la esperanza de un buen fantasma pasado de moda, sólo para romper la tensión. Desafortunadamente, por alguna razón, Alma Aleron aparentemente no tenía ningún fantasma. Respiró profundo y se estremeció mientras lo dejó salir.

—Ahí está, —asintió Zane, dirigiéndose hacia la cima de la colina. —Roebitz. Yo sólo puedo leerlo por la luz de la luna. Vamos.

James vio como Zane sacó una pequeña y complicada herramienta de un bolsillo en los recovecos de su capa. El chico rubio examinó el ojo de la cerradura debajo de la manija de la puerta del mausoleo y luego miró hacia abajo para hacer la trampa con el Grint.

—¿Cómo funciona? —Preguntó Ralph, acercándose.

—Tiene un poco de hábil cerrajería en él, —respondió Zane. —Huele qué tipo de bloqueo está tratando y sabe cuál herramienta es la mejor para conseguir abrirlo.

Ralph frunció el ceño y miró a James. —¿Está haciendo eso?

—Nunca se sabe, ¿verdad? —respondió James, sacudiendo la cabeza.

Zane se acercó a la puerta, miró de soslayo en el ojo de la cerradura, y luego apretó el oído en el frío metal. —Nadie se mueve en el interior, —dijo, mirando de nuevo a James y Ralph. —Siempre es una buena señal.

James estaba impaciente. —¿Puedes abrirla?

—No hay problema, —asintió Zane. —Nada especial aquí. Parece una estándar Rosa Mortuoria de doble rosca. La busqué esta tarde en la biblioteca. Es un bloqueo básico homúnculo mortuorio. La clave es lágrimas.

—¿Cómo, uno de nosotros tiene que llorar? —Preguntó James, parpadeando.

Ralph frunció el ceño. —¿Cómo se puede llorar a una orden? Tal vez deberías probarlo, James. Tú eres el actor, ¿no es así?

—Sólo he estado en una obra, —James protestó. —Y no se requiere ningún tipo de abastecimiento de agua. No sé cómo hacerme llorar.

Los ojos de Ralph se abrieron con inspiración. —¡Sólo piensa en la cosa más triste que te ha pasado! Como cuando tu primera mascota muere o algo así! ¡Es fácil!

—Nunca se me *ha* muerto una mascota aún, —respondió James. —Si es tan fácil, hazlo entonces.

—¿Vienen o qué? —Preguntó Zane, empujando la puerta de cobre abierta. Crujía pesadamente, revelando la oscuridad de más allá.

James se sobresaltó. —¿Cómo hiciste eso?

—Sólo la abrí, —Zane se encogió de hombros, embolsándose el Grint. — Pensé que eso sería más rápido que esperar que ustedes tuvieran los ojos llorosos. Creo que rompí la cerradura un poco, pero podemos arreglarla en el camino, ¿eh? Vámonos.

—Voy a, er, vigilar, —Ralph susurró nerviosamente, retrocediendo. James asintió con la cabeza, suspiró, y luego siguió a Zane en la húmeda oscuridad del mausoleo.

Hacía mucho frío en el interior con un techo bajo y un piso arenoso que raspó ruidosamente bajo los pies de los chicos. Zane levantó su varita lentamente.

—*Lumos*, —susurró con dureza. La varita se encendió, llenando el pequeño espacio con su duro resplandor. El interior del mausoleo estaba completamente intacto. Telarañas llenaban las esquinas, flotando con los movimientos de los chicos. Los únicos objetos en el espacio reducido eran un viejo calentador de piso con una vela restante y un banco de piedra bajo, sobre el cual se encontraba la forma inconfundible de un ataúd de madera.

—Abrí la puerta de entrada, —dijo Zane en voz baja, los ojos muy abiertos. — Ahora que estamos adentro, puedes hacer los honores.

James tragó saliva y dio un paso adelante. El ataúd estaba frío al tacto. Lentamente, él cerró los dedos alrededor del mango de metal de la tapa del ataúd y comenzó a levantarla. Crujía al abrirla, y James se preguntó por un momento si Balpine Bludgeny había estado aquí también, hechizando las bisagras de la urna para que ellas hicieran el profundo y adecuado gemido cuando se abrieran en medio de la noche. James se inclinó hacia un lado y se asomó a la estrecha abertura que había creado. Un claro alivio lo inundó.

—Está vacío, —respiró. —Sólo oscuridad. Debe ser una tumba falsa, creada como un escondite para el...

James se interrumpió con un pequeño grito cuando Zane dio un paso adelante, con lo que su varita lo iluminaba. El ataúd no estaba vacío después de todo; el interior sólo había sido oscurecido por la sombra. Adentro había un esqueleto carcomido, vestido con un traje pasado de moda con una corbata de lazo y un clavel desecado acostado en el ojal. Las manos esqueléticas se cruzaban limpiamente sobre el delgado pecho. Un diente de oro brillaba en la escabrosa sonrisa de la calavera.

—¡Ugh! —Dijo James, casi dejando caer la tapa del ataúd. —¡Urk!

Zane sacudió la cabeza con impaciencia. —Es sólo un cuerpo muerto, James. ¡Diablos!. Pensé que habías visto uno de esos que vienen a la vida como esa vez en la cueva de Merlín.

James tragó saliva de nuevo. —Eso fue diferente, de alguna manera. No estaba más que ahí a la intemperie. ¿No crees que éste va a... ya sabes...?

—¿Volver a la vida? —Preguntó Zane, sonriendo. —Nah. No a menos que estés realmente loco, de todos modos. Vamos a seguir adelante. Como Magnussen dijo, la Cortina de Nexus se encuentra dentro de los ojos de Roebitz. Vamos a echar un vistazo, ya.

James abrió completamente la tapa del ataúd y Zane se inclinó sobre la parte superior de la misma, bajando su varita. El cráneo sonrió a la luz. Una mata de pelo gris aún estaba enmarañado en el cráneo, peinado prolijamente alrededor de las sienes.

—Nada en las cuencas de los ojos, —dijo Zane, inclinándose. —Sólo el polvo y las telarañas. Tal vez alguien se nos adelantó.

—El acertijo dijo que la Cortina de Nexus estaba *dentro de los ojos* de Rowbitz, —James reflexionó. —¿Tal vez significa que es un lugar donde el esqueleto podría verla?

Zane se encogió de hombros. —Los esqueletos no pueden ver nada, técnicamente.



James ignoró a Zane y se asomó a la seda acolchada de la parte interior de la tapa del ataúd. La tocó tentativamente, palpando alrededor por alguna forma oculta.

—¡Hey! —Zane anunció de repente, inclinándose nuevamente a baja altura sobre el ataúd. James se quedó sin aliento y se inclinó sobre el esqueleto, siguiendo la mirada intensa de su amigo. Zane señaló a la mano izquierda del esqueleto.

—Se graduó en 1810! ¡Mira! Está justo allí en su anillo de graduación. Él estaba en la Casa de Afrodita. Guau, no hubiera creído que era un Duende.

James suspiró y se enderezó de nuevo. —Grandioso. Bueno, esto parece otro callejón sin salida.

—Hah hah, —Zane sonrió, empujando a James con el codo.

—Vámonos. Me estoy congelando, —dijo James, bajando la tapa del ataúd con otro largo crujido. —Tal vez no hay nada en todo esto, después de todo. Quizás Magnussen sólo estaba jugando con Franklyn, dándole consejos sin sentido.

Zane se encogió de hombros y apagó su varita. Ambos muchachos se volvieron y regresaron de vuelta a la noche.

—¿Ralph? —Zane habló alto con una voz áspera, mirando a su alrededor.

—¿Dónde está? —Preguntó James, mirando alrededor también. —Pensé que iba a estar sentado aquí bajo este...—Se detuvo, dándose cuenta de una forma oscura que yacía aplastada en el suelo helado bajo el olmo. Era la capa de Ralph. Zane también lo vio y miró a James, con los ojos muy abiertos.

—¿Ralph? —James susurró, mirando alrededor en las sombrías lápidas. De repente, el cementerio parecía estar lleno de escondrijos y recovecos oscuros, podía mirar cualquier cantidad de cosas horribles, preparándose para atacar. Nervioso, James con voz áspera dijo, —Esto no es divertido, Ralph!

Un ruido venía detrás del olmo cercano: un golpe sordo. Ambos chicos saltaron y se agarraron el uno al otro.



—¿Ralph? —preguntó Zane con voz temblorosa.

Otro golpe sonó, esta vez más cerca. James y Zane comenzaron a retroceder, buscando alrededor la fuente de los ruidos extraños. El cementerio permaneció inmóvil, como si los observara. Un búho ululó de repente, sonando muy fuerte y terriblemente triste. James miró a su alrededor salvajemente, su pelo le picó.

—¿Ralph? —Zane susurró una vez más, sin soltar el codo de James. —¿Eres tú?

De repente, los dos muchachos chocaron con un objeto grande y sólido. Se detuvieron con los ojos saltones. Poco a poco, aterrorizados, se dieron la vuelta y miraron hacia arriba.

Una forma muy alta, vagamente humana se cernía sobre ellos. La piel de su rostro era como de papel, en parte podrida, revelando el cráneo moteado debajo. Dos grandes manos huesudas se levantaron lentamente en el aire, enganchadas en garras, y una voz profunda y agitada emanó de la garganta de la cosa.

—¡Salgan... de... mi... *jaaaardín!* —Dijo amenazadoramente.

James y Zane casi colapsaron de terror, corriendo lejos de la horrible figura. Justo en ese momento, sin embargo, otra voz habló a cierta distancia.



—Charles Straidthwait, —el zombi se presentó una vez que los tres chicos estaban sentados dentro de su mausoleo. A pesar de su apariencia mórbida, el lenguaje de la figura tenía un rítmico acento meridional que Zane afirmó más tarde era un acento de Charleston, Carolina del Sur. —Ex presidente de la Casa de Hermes, profesor de Aritmancia, retirado, a su servicio. Tendrán que disculparme por todo lo vil, golpes y mal humor. Viene con el paquete, me temo.

—Él es del que les hablé chicos, —dijo Zane felizmente entusiasmado, aceptando una taza de café caliente de la figura desgarrada —¡Él es el Presidente de la Casa Zombi que viajó a las selvas más oscuras y se convirtió en el auténtico!

—Un consejo, —Straidthwait asintió, aliviado al caer en una silla, —cualquier fumador nunca debe aceptar “pociones de paz” de un médico brujo cuya choza has quemado accidentalmente. Es una larga historia. Basta decir, aquí estoy, muerto y me encanta.

—He visto su mausoleo muchas veces, —dijo Zane, sonriendo, —pero la puerta siempre estaba cerrada y todo estaba tranquilo. Todos asumimos que pasó todo su tiempo durmiendo o algo así. Como ser un zombi en la vida real era sólo una larga siesta, como ¡Rip Van Winkle!

—Si eso fuera así, —el profesor no—muerto se lamentó. —He tenido problemas para dormir durante la última década más o menos. No tengo ningún problema para conciliar el sueño, pero me levanto temprano, por lo general después de sólo tres o cuatro meses. La edad pasa factura. Er, pido disculpas, —dijo Straidthwait, inclinándose hacia adelante y cogiendo algo desde el borde del platillo de Zane. —dedo meñique,—dijo en tono de disculpa, manteniéndolo arriba. —Se sale últimamente. ¿Tal vez ustedes, muchachos, serían tan amables de traerme alguna masilla de fontanero y cinta si deciden venir de nuevo?

Ralph asintió. —Un bonito lugar el que tiene aquí, tengo que decir. Me sorprende.

—No hay razón para que no lo estén, —respondió Straidthwait, mirando a su alrededor en el espacio reducido. Fue, de hecho, más bien distribuido, con cuatro sillas tapizadas (aunque un poco mohosas), una pequeña y adornada mesa de café, y dos lámparas de queroseno, todas dispuestas sobre una raída alfombra oriental.

El ataúd de Straidthwait estaba abierto sobre su plataforma, pulcramente hecho como una cama. En la esquina más cercana a la puerta había una pequeña y curvada estufa, sosteniendo una tetera y una pequeña cafetera de estaño. Era casi

un calor insoportable en el interior del mausoleo de piedra, pero ninguno de los chicos les importó.

—Dicté exactamente cómo deseaba ser enterrado, —Straidthwait continuó con orgullo. —Incluyendo un suministro de galletas, helado, café, té y leche condensada después de la muerte. Las cosas pasan directamente a través de mí en estos días, pero no me importa. Es difícil experimentar indigestión si uno ya no tiene un estómago. ¡Digo que se vayan!. Así que, ¿puedo preguntar, a los tres, que los trae a mi lado de los bosques a esta hora?

En los siguientes minutos, los chicos se presentaron y explicaron su misión al pacientemente decrepito cadáver del profesor Straidthwait, describiendo el ataque a la Sala de los Archivos, la supuesta participación de Petra, y sus intentos de encontrar a los verdaderos culpables. Una vez que James había terminado de relatar las visiones en el focomagnetófono revelador del profesor Magnussen y sus dos enigmas, Straidthwait asintió para sí mismo de manera significativa.

—Lo recuerdo muy bien, en realidad, —dijo, mirando hacia el techo con su único ojo que le quedaba. —Yo era todavía un estudiante cuando se produjo el escándalo Magnussen. Mis amigos y yo, así como la mayoría de la escuela, enloquecimos completamente por ello. Una cosa era romper el código del secreto y la tortura de personas. Pero matar a una indefensa mujer Muggle, y una tan joven como Fredericka Staples... —Straidthwait negó con la cabeza lentamente. —Abominable. Imperdonable.

James preguntó, —¿La conoció?

—No, no, —admitió Straidthwait. —No fue sino hasta después de que había terminado, cuando su nombre apareció en todos los periódicos de ambos mundos Mágico y Muggle. Después de la huida de Magnussen, había una larga investigación en la Oficina de Integración Mágica, meses y meses de interacciones muy delicadas entre los Muggle y poderes mágicos fácticos. Al final de eso, ninguno de nosotros jamás olvidaría el nombre de la pobre mujer o la de su asesino, ese horrible psicópata, Ignatius Magnussen.

Zane se inclinó hacia delante en su silla. —¿Qué pasa con todo este asunto del enigma de Roebitz? ¿Cree que hay algo en eso?

Straidthwait dejó escapar un suspiro sonoro y pulsó su taza de café con un óseo dedo índice. —yo apenas sabía del Profesor Magnussen como algo más que un profesor para temerle, y luego como un famoso asesino escapado, pero yo no creo que él dejaría pistas sin sentido. Era demasiado arrogante para eso. Aún así, yo tendría dificultad para creer que el pobre y viejo Leo Roebitz tuviera algo que ver con eso. Él ni siquiera había muerto aún cuando Magnussen desapareció. No, me temo muchachos que su búsqueda es infructuosa.

James decepcionado soltó un suspiro. —Ahora nunca sabremos donde está la Cortina de Nexus, —murmuró.

Straidthwait lo animó un poco en eso. —¿Realmente crees, —dijo, mirando a James, —que la Cortina de Nexus se encuentra en el interior del ataúd de un asistente de profesor de literatura muerto?

James se erizó un poco. —Bueno, es mágico, ¿no es así? Podría estar en cualquier parte. Estábamos siguiendo las pistas.

—Sí, —Straidthwait rió secamente. —Supongo que es una forma de hacerlo. Siguiendo pistas. Por supuesto, si se tratara de mí, en lugar de Magnussen, me seguiría a mí mismo.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —Preguntó Zane, inclinando la cabeza. —Sólo ha desaparecido durante ciento cincuenta años más o menos.

—Sí, —Añadió Ralph. —Y nadie vio adónde fue de todos modos. Todos estaban demasiado ocupados viendo su casa quemarse.

—No era su casa, —respondió Straidthwait presumiendo, levantando un dedo esquelético. —Fue la casa de John Danforth Roberts, uno de los tres fundadores de esta escuela, que en paz descanse. Y yo no me apresuraría sobre quién vio qué en esa particular noche.

James entrecerró los ojos al descompuesto profesor. —¿Qué quiere decir?



—Me imagino que era bastante obvio en este punto, —dijo Straidthwait, haciendo una sonrisa bastante espantosa. —Fui testigo de la fuga de Magnussen.

—Pero, —Ralph comenzó, entrecerrando los ojos, pensativo. —Pero, Franklyn dijo, en la visión del focomagnetófono revelador, que nadie vio el escape de Magnussen. Dijo que estaban muy distraídos por el fuego.

—Por desgracia, yo tenía mis propias razones para mantener mis observaciones en secreto, —Straidthwait admitió, reclinándose en su silla. —No es que hubieran hecho ningún bien a nadie, sospecho.

Zane preguntó, —¿Hay una historia que va con eso?

—No hay mucho, me temo, —Straidthwait suspiró. —Ya ven, me había recientemente enamorado de una dama joven con el nombre de Charlotte. Ella vivió en la Mansión Érebus y tenía una mente deliciosamente perversa. Ella me ocupó durante muchas horas ese otoño—horas que habrían sido mucho más responsables gastarlas en mis estudios. Como resultado bastante desastroso, estaba fallando en Mageografía. Mi maestro, el profesor Howard Styrnwether, me confrontó sobre mis reprobatorias calificaciones, exigiendo que no tirara mi futuro lejos por alguna “maquillada prostituta”, como él la llamaba.

—Tenía razón, por supuesto, pero yo estaba *lívido*. Furioso, abandoné el ensayo de Mageografía apenas había comenzado y en vez escribí un ensayo totalmente nuevo que consistía precisamente en seis palabras, que brillaron verdes en el pergamino y leían lo que sigue: “Querido Profesor Styrnwether— Váyase al carajo”.

Zane soltó una risa. —¡Eso es excelente! Veo por qué fue el Presidente de la Casa Zombi.

Straidthwait asintió, sonriendo a su pesar. —Sí, bueno, puede ser que nunca haya conseguido una posición tal si no hubiera sido por los acontecimientos que siguieron. Ustedes vean, yo entregué el ensayo después de una noche de furia ofendida, envalentonado por la misma Charlotte y no pocos zumos Draconianos en el Cometa y Llave. Casi al instante, sin embargo, me arrepentí en el acto. Si Styrnwether me reprobaba en Mageografía, lo más probable era que nunca iba a

ser aceptado en la escuela de posgrado, y si no era aceptado en la escuela de posgrado, nunca habría recibido mi doctorado en Aritmancia avanzada, lo que significaba que no podía convertirme en un maestro y crecer para ser el profesor distinguido y respetado no—muerto que ven ante ustedes ahora.

—Por lo tanto, yo ansiaba una forma de recuperar el ensayo antes de que fuera demasiado tarde. Desafortunadamente, El Profesor Styrnwether ya había comenzado la clasificación de los ensayos. Rondaba cerca de la puerta de su oficina, mirando adentro a escondidas, buscando cualquier oportunidad para entrar y robar de nuevo el ensayo insultante. Styrnwether, por desgracia, no se detuvo tanto como para ir al baño, y empecé a temer lo peor.

—Muy pronto, sin embargo, escuché el alboroto de afuera en el césped. Miré por una ventana cercana y vi la multitud y a las llamas que comenzaban a lamer desde las ventanas inferiores de la residencia de Magnussen. Había oído hablar de la burla de los crímenes de Magnussen, por supuesto, y sabía que las tensiones habían ido en aumento desde que se había tomado la decisión de permitirle mantener su puesto durante la investigación.

—Inmediatamente corrí para unirme a la multitud, tanto por curiosidad como por malicia, aunque, admito, *había* un poco de malicia en mis propios pensamientos también. Mientras avanzaba la noche y las llamas se hicieron más brillantes y más calientes, envolvieron la desafortunada casa del fundador John Roberts, espíe, en la multitud acordonada, las características sin sentido del humor del profesor Styrnwether. Estaba observando desde la distancia, con los brazos cruzados con desaprobación.

—Tal vez es un testimonio de mi propio sentido de auto—preservación, pero me encontré inspirado inmediatamente. A la vez, me lancé lejos de las llamas, en las oficinas de la cercana facultad. Los pasillos estaban completamente desiertos, por supuesto, y yo suspiré con gran alivio cuando recuperé mi ensayo, sin clasificar, de la pila sobre el escritorio del profesor Styrnwether.

—Inmediatamente saqué mi varita y borré la condenatoria del pergamino. Encontré un nuevo pergamino en la mesa del profesor, rápidamente escribí una disculpa por el hecho de que mi ensayo llegaría un día tarde y prometí aceptar de



buen grado cualquier pena que él considerara que merecía por la tardanza. Puse éste de vuelta a la pila de ensayos y, sintiendo un centenar de kilos menos, hice mi camino de regreso hacia la noche oscura.

—Fue entonces, cuando estaba bordeando los edificios, a cierta distancia de la conflagración, que yo lo vi. El Profesor Magnussen era una figura inconfundible, alta y sólida, con características ásperas y una corona de pelo gris muy corto. Temí por un momento que él me había visto y me escondí en los arbustos al lado de la casa de huéspedes. Sin embargo el profesor entró, con su andar decidido, y suspiré de alivio. Yo le temía, ya ven, en esa noche más que cualquier otra. Me consideré valiente, pero sólo por un momento. Yo sólo era un estudiante, por supuesto, y Magnussen era un mago muy temido, incluso antes de que él fuera conocido por ser un torturador y asesino. Por lo tanto, observé.

James estaba como hechizado. —¿Para dónde se fue? ¿Lo viste abrir la Cortina de Nexus?

Straidthwait negó con la cabeza. —No lo hice. La verdad es que, si en verdad Magnussen escapó a través de la Cortina de Nexus, entonces él no lo hizo inmediatamente. Primero dejó la escuela. Lo observé, incluso lo oí, porque mi escondite estaba bastante cerca del Sauce Zurcidor. Ahí es por donde él se fue. Cuando él estuvo bajo sus ramas, dijo una sola palabra. Un momento después, desapareció. Por lo que yo sé, ningún mago o bruja jamás lo volvió a ver.

Hubo un momento de tenso silencio mientras los chicos pensaban en esto. Por último, dijo James, —¿Cuál fue la palabra?

—La palabra fue “*Abitus*”, —Straidthwait respondió sombríamente. —Se trata de un simple hechizo que conjura una salida a una fecha importante en la actualidad y el tiempo—el ahora. Magnussen abandonó el campus esa noche y escapó al Filadelfia Muggle. Yo no sé a dónde fue, pero si todas las sospechas sobre él son verdad, tengo mis ideas.

—¿Cree que se fue por la Cortina de Nexus? —Preguntó James, con los ojos abiertos. —¿Cree que tal vez no estaba del todo en el campus?

—Quizás, —Straidthwait se encogió de hombros lentamente, y luego se inclinó hacia delante. En un susurro ronco, añadió, —O tal vez... se fue a conseguir la llave.

—La llave..., —Ralph repitió lentamente. —¿Al igual que, a lo mejor lo que fuera, era demasiado peligroso para él mantener en el campus?

—Lo que fuera, —Zane continuó, con el amanecer sobre él, —¡sería demasiado mágico para dejar en sus oficinas! ¡La gente sentiría algo tan poderoso, sobre todo si se trata de otra dimensión!

Straidthwait se recostó de nuevo, usando su dedo índice para tocar el lado de la nariz, donde solía estar. —Exactamente mis pensamientos, —estuvo él de acuerdo. —Porque hay una cosa que es cierta: lo que esta llave dimensional pudiera haber sido, Magnussen *no* la llevaba con él esa noche. Si fuera así, nunca había sido capaz de escapar sin ser notado. Bien pudo haber estado en su camino la Cortina de Nexus, *si* realmente existe tal cosa, pero si él fue... *entonces él va a recuperar primero la llave.*

—Entonces, —Anunció Ralph después de una pausa significativa, —si de alguna manera podemos encontrar una manera de seguir a Magnussen... podemos encontrar la llave.

—Encontrar la llave, —reflexionó Straidthwait, —y espero que la Cortina de Nexus sea revelada.

Zane negó con la cabeza. —Pero, ¿cómo seguimos a alguien que ha estado ausente durante un siglo y medio?

—Misericordia, joven, dices que eres un miembro de la Casa Zombi, —dijo Straidthwait, asintiendo a Zane. —Me sorprende que no haya adivinado la respuesta a esa pregunta.

—Ya, deme un segundo, —respondió Zane, despertado. —Sólo he tenido un minuto para pensar en ello.

—Y ahí está la solución, mi amigo.



—¿Cómo es eso? —Preguntó James, algo frustrado. —El tiempo es exactamente nuestro problema. Al igual que, ciento cincuenta años el valor de lo mismo.

Straidthwait suspiró con cansancio. —No, chico. El tiempo es tu *solución*. ¿Has olvidado, —dijo, ligeramente inclinado hacia adelante, con su abrir y cerrar de ojos agitados, —que esta escuela es, en esencia, una gigantesca *máquina del tiempo*?

Impresionados, los tres chicos se miraron entre sí, sus ojos se abrieron lentamente. En el calor del oscuro mausoleo, Straidthwait rió en silencio.



A raíz de la entrevista con Charles Straidthwait, James había conseguido una vaga idea de lo que tenían que hacer a continuación. Desafortunadamente, con las vacaciones de Navidad cerca, trayendo consigo una ola de exámenes de mitad de período, había muy poca libertad para planificar las aventuras viajando en el tiempo en busca de Ignatius Magnussen perdido hace muchos años.

—Díganme otra vez por qué, exactamente, están planeando hacer esto, —preguntó Rose desaprobando la práctica de Encantamientos Escudo de James y Ralph para el examen de Cursología del día siguiente. —Perdónenme por decir que todo parece un poco complicado y ridículo.

—Es muy simple, —dijo Ralph, su tono de voz implicaba que él mismo no entendía absolutamente el plan. —Quien irrumpió en la Bóveda de los Destinos robó un hilo carmesí de la versión del Telar de alguna otra dimensión. Normalmente, algo tan mágico sería fácil localizar ya que estaría enviando oleadas de poder como una especie de sirena. Por alguna razón, sin embargo, nadie ha descubierto el más mínimo rastro de ella, ni siquiera el papá de James y la policía local. Zane piensa que eso es debido a que las personas que robaron el hilo lo

utilizaron como una llave para abrir la Cortina de Nexus y esconderlo en el mundo entre los mundos, que es algo así como un centro que conecta todas las dimensiones.

—Correcto, —James estuvo de acuerdo. —Esa es la única forma en que los ladrones pudieron escapar sin ser rastreados. Necesitamos seguir a Magnussen en el pasado para robar *su* llave de la Cortina de Nexus. Si podemos encontrar la manera de llegar hasta el mundo entre los mundos, entonces podemos tratar de ver quién realmente robó el hilo y demostrar que Petra no está realmente involucrada.

—¿Y qué vas a hacer si todo esto se reduce a que Morganstern realmente es la culpable? —Scorpius frunció el ceño de su lado del Espejo. James se había preparado para esa pregunta.

—Ella no es culpable, pero aunque lo fuera, esto es lo que hacen los amigos. Ella dice que es inocente, y estamos haciendo lo que podemos para probar su caso.

Scorpius entrecerró los ojos y sonrió levemente. —Así que estás haciendo esto por amistad, ¿verdad?

—De todos modos no sólo puedes precipitarte en algo así, —Rose interrumpió. —Viajar en el tiempo es un negocio extremadamente peligroso. Podrías hacer mucho más daño que bien.

James suspiró y rodó los ojos. Él no había querido contarles todo a Rose y Scorpius, pero Ralph, siendo típicamente él, había sido incapaz de resistir contarles todo acerca de la conversación a medianoche con el no—muerto Profesor Stridthwait.

—Sabemos, Rose, —James proclamó, tratando de llamar su atención. —que en Tecnomancia es uno a uno, ¿de acuerdo? Accidentalmente cometes un error en el pasado y cambias todo el presente. Bla, bla, bla.

—Pero en realidad, ¿qué tan malo puede ser? —Comentó Ralph, sentándose en su cama. —Quiero decir, James saltó él mismo unos mil años en el pasado y se

topó con Salazar Slytherin. Él cambió un montón de cosas, pero todo sigue pareciendo muy bien aquí en el día de hoy.

Rose sacudió la cabeza con disgusto. —Uno, —dijo ella, apuntando con un dedo en el aire, —no sabemos que James *no* cambió el presente ya que todo lo que sabemos se basa en la historia que él afectó. Puede ser que *hubo* cambios, pero no fueron terriblemente importantes. Dos, —ella puso un segundo dedo en el aire, —sólo porque James tuvo suerte una vez, no quiere decir que alguno de los tres realmente no meterá la pata en esta interrupción del tiempo.

—Tendremos cuidado, Rose, —James insistió, bajando su varita y girando hacia el Espejo. —Sé que estás celosa porque no pudiste venir con nosotros y todo, pero eso no significa que tengas que tratar de asustarnos al hacerlo.

—No es eso en absoluto, —Rose echaba humo, cruzando los brazos y dejándose caer hacia atrás en el sofá de la sala común de Gryffindor. Junto a ella, Scorpius sonrió torcidamente, al parecer viendo la verdad en las palabras de James. —Yo soy más inteligente que tú, —Rose se puso de mal humor. —Sé cuánto daño puedes hacer, jugando con la historia. Y sé que apenas piensas algo de esto antes de hacerlo.

James negó con la cabeza. —Somos bastante inteligentes. Hemos pensado en la carga de eso.

—Ah, ¿sí? —Rose contestó, con sus cejas muy en alto. —¿Es eso así? Bueno, ¿entonces supongo que ya te has dado cuenta de que no hay ningún punto en absoluto en tu intento, sin antes saber lo *que*, precisamente, *es* realmente esta llave dimensional?

James puso los ojos en forma dramática y extendió las manos, como diciendo, *bien duh, por supuesto que ya nos dimos mucha cuenta de eso*, pero el efecto fue arruinado por la respuesta quejumbrosa de Ralph.

—Er, no, —dijo, frunciendo el ceño, y James se desplomó. —Sólo pensamos que sería mejor viajar de regreso al día en que Magnussen escapó y tratar de seguirlo en la Filadelfia Muggle. Él sólo nos conducirá a la llave, ¿no?

—Es bueno saber que le han dado a esto algún pensamiento serio, —dijo Rose con cansancio. —¿Se han preguntado incluso cómo van a reconocer la llave?

James miró a Ralph por un momento, y luego volvió a mirar el fragmento. —Bueno, quiero decir, es una llave. Va a ser obvio, eh, ¿no es así?

Scorpius habló ahora. —Podría ser cualquier cosa, Potter. Por ejemplo, si tu teoría es correcta—y no estoy del todo seguro de que lo sea—entonces los “verdaderos ladrones”, como tú los llamas, han accedido a esta Cortina de Nexus con un trozo de hilo rojo. No es exactamente el artefacto dimensional más obvio del mundo. La llave de Magnussen podría venir en cualquier forma. ¿Tal vez estabas pensando en simplemente caminar hasta él y decirle, “ey, Sr. Asesino, ¿podría por favor ser tan amable de darnos esta llave dimensional, y no nos importa que nunca sepamos la diferencia si sólo nos entrega un pedazo de pelusa que podría tener en su bolsillo”?— Scorpius sonrió con aire de suficiencia por su ingenio.

—Bueno, —James comenzó, pero no podía pensar de inmediato en algo para decir. Él miró a Ralph en busca de ayuda.

—Tenemos otra pista, —dijo Ralph, animándose. —Algo sobre el Castillo de Érebus. Magnussen dijo que el secreto de la llave caminaba por los pasillos del Castillo de Érebus, o algo por el estilo. Sólo tenemos que pedirle a Lucy que nos lleve en un tour. Si podemos averiguar el enigma, entonces tal vez sabremos cuál es la llave.

—¿Qué tan difícil puede ser? —James asintió, sonriendo tímidamente.

Scorpius miró significativamente a Rose cuando le preguntó a James, —¿Por qué necesitan el permiso de Lucy para entrar en el Castillo de Érebus?

—Esa es la Casa de los Vampiros, —respondió Ralph. —Son totalmente presuntuosos sobre a quiénes permiten a su alrededor. Tienes que contactar a un miembro de la Casa Vampiro para que te acompañe todo el tiempo por el lugar.

—O tienes que ser un vampiro en la vida real, —añadió James, rodando los ojos. —La Presidente de su casa, la Profesora Remora, dice que el Castillo de



Érebus es un “santuario para cualquier compañero errante de los Niños de la Noche”. Como si existiera alguno de *esos* en América.

Rose miró vagamente disgustada. —¿Ella realmente dijo eso? ¿Los Niños de la Noche?

—Ella dice un montón de cosas por el estilo, —James asintió. —Ella está completamente chiflada.

—¡Hah hah! —Ralph añadió, empujando a James con el codo. James gimió.



A medida que los días finales del semestre de otoño se desenvolvían, James pasó la mayor parte de su tiempo abarrotado (como Zane llamó) por sus semifinales. Sus compañeros Pie-grande fueron de gran ayuda en esta tarea, formando espontáneos grupos de estudio en la sala de juegos de la Mansión Apolo. Allí, Jazmine Jade, Gobbins, Wentworth, Norrick, Mukthatch, y cualquiera que se encontraba en las mismas clases trabajaba en todas sus notas y exámenes entre sí durante horas y horas, todo mientras consumían grandes cantidades de soda de regaliz y aperitivos de la cocina Apolo.

De vez en cuando, Yeats circulaba a través de la habitación con una bolsa de basura, recogiendo latas vacías, tazas y envolturas de dulces, siempre murmurando disculpas sinceras a través de sus dientes apretados por interrumpir los estudios de los alumnos. Heckle y Jeckle colgaban cerca de la bodega del refrigerador y gritaron las respuestas incorrectas a las preguntas de la prueba que oyeron por casualidad. James se enteró de que Heckle, la cabeza de ciervo, respondió erróneamente a propósito, con la esperanza de iniciar discusiones con los transeúntes. Jeckle, la cabeza de alce, sin embargo, dio las respuestas erróneas porque era, en esencia, una cabeza de alce.

Fue gracias a estas sesiones de estudio, que a menudo duraban hasta bien entrada la noche, que James terminó su última semana de clases antes de las vacaciones de Navidad con un sentido algo mareado de confianza. Su prueba final, práctica de tres páginas en Ingeniería Precognitiva, fue posiblemente la más difícil de todas. Para el período de dos horas de examen, a James y al resto de los estudiantes se les dio tres herramientas—una pequeña bola de cristal, una taza de hojas de té, y una selección aleatoria de octocartas—los instruyeron a relatar en su pergamino sus predicciones, siendo cuidadosos para asegurar que eran a) precisas, b) medibles, y c) esencialmente en acuerdo.

Esto significaba, James sabía, que la segunda mitad de la prueba, que se produciría en algún momento durante el semestre de primavera, sería un riguroso detalle de cómo las predicciones o no se hacían realidad. Si esto hubiera sido la clase de la profesora Trelawney, James habría estado menos preocupado porque las segundas predicciones para su clase siempre se esperaban que fueran deliberadamente vagas y bastante cómicamente desastrosas. Sin embargo, el profesor americano de Precognitiva, el Profesor Ham Thackery, era un hombre pequeño quisquilloso con un enfoque muy diferente a la “ciencia de la adivinación”, como él la llamaba. Él frunció el ceño a las principales profecías desastrosas, prefiriendo en lugar predicciones más pequeñas, más apreciables en relación a cuestiones como qué color de pájaro podría próximamente volar más allá de una ventana específica, o el número de Grajeas de todos los sabores, o qué platos de la cafetería podían elegir para servir la cena en cualquier noche.

Como resultado, los estudiantes habían gastado enormes cantidades de energía tratando de robar copias anticipadas del menú del escritorio del jefe de cocina en la Residencia de Administración. James se había unido a Jazmine, Gobbins, y Wentworth en una de esas escapadas y había logrado robar un plan completo del menú para todo el mes de diciembre, hasta opciones de postre. Por desgracia, se habían descuidado en saber hasta qué tanto planeó el cocinero. No fue sino hasta después de haber hecho sus predicciones notablemente detalladas en tiempo de clase que Wentworth había notado que el plan de menú era para diciembre del año *siguiente*



—Es bastante fácil, —había proclamado Gobbins, con inspiración. — ¡Simplemente decimos a Thackery que nuestras predicciones son súper avanzadas y en este momento no se harán realidad hasta el año que viene!

Contra toda probabilidad, el plan efectivamente había trabajado. Thackery había colocado las predicciones de los estudiantes en un muro de seguridad que había tenido instalado para tal propósito, explicando que él le pondría las asignaciones en exactamente un año, cuando las predicciones se pudieran medir.

Por ahora, sin embargo, James todavía tenía veinte minutos de tiempo de examen. Sintiendo sueño y vagamente hambre para el almuerzo, puso la bola de cristal a un lado y cogió un puñado de octocartas. Estaba muy quieto en el aula Precognitiva, la cual era alta y polvorienta, iluminada por una hilera de ventanas altas que iban a lo largo del lado izquierdo de la sala. Las ventanas estaban casi opacas con rizos de las heladas, reduciéndolas a la brillante ceguera. Los únicos ruidos en la habitación eran el roce de plumas en pergaminos, el suspiro de frustración ocasional y los ruidos sordos de los estudiantes arrastrando los objetos adivinatorios cerca de sus escritorios.

James miró a su alrededor. Dos escritorios a su derecha, Zane se inclinaba sobre su pergamino, escribiendo furiosamente. El extremo de la pluma se sacudía violentamente por encima del hombro, como si se estuviera ahogando sistemáticamente por la punta. James suspiró en silencio y puso la primera octocarta en su escritorio. Bajó la vista hacia ella.

La DAMA del MISTERIO

James parpadeó por la tarjeta. Por un momento, el rostro de la danzante y sonriente mujer en la tarjeta le había parecido familiar. Lucía, de hecho, como Petra Morganstern. James frunció el ceño y se inclinó sobre la tarjeta. Ya no se parecía a Petra, y sin embargo, todavía le resultaba familiar. Ahora, parecía a la extraña mujer que había visto en los pasillos a la medianoche en el Acúpolis y más tarde a

bordo del *Zephyr* disparando hechizos por las ventanas sin ninguna varita visible. ¿Quién era ella?

De repente el pelo de James se erizó. *Era ella*, pensó. *¡Ella era la otra mujer que salió de la Sala de Archivos justo después de que fue atacado! ¿Cómo pudo haberlo olvidado? Pero, ¿quién es ella?* Miró hacia abajo en la tarjeta, concentrándose furiosamente. La mujer en la tarjeta no se movió, y sin embargo casi parecía estar sonriendo hacia él. Por primera vez, James sintió un profundo sentimiento de consternación sobre lo que había visto esa noche. ¿Era posible que esta mujer y Petra realmente lo hubieran hecho? Estaba la mujer de alguna manera controlando a Petra? ¿De dónde había venido, y cuál era la fuente de su poder? ¿Era el mismo misterioso poder que Petra por sí misma parecía demostrar? En el calor de la sala de clase, James se estremeció.

Poco a poco, puso otra carta.

El HOMBRE de VARIADOS DESTINOS

Los ojos de James se abrieron mientras miraba hacia abajo en esta tarjeta. Nunca la había visto antes —habría jurado que, de hecho, no había tal carta en una baraja de octocartas. Peor aún, sin embargo, le pareció reconocer la cara en esta tarjeta: era la suya. La figura de la tarjeta era flaca, vestida con un traje negro pintoresco, con colas y una corbata naranja. Inquietantemente, sin embargo, en lugar de la cabeza tenía dos caras, una mirando a la derecha y sonriente, la otra mirando a la izquierda frunciendo el ceño con incertidumbre. Mientras James observaba, los rostros parecían cambiar de lugar, sin moverse. Hizo sus ojos agua y parpadeó. Con un escalofrío, puso otra carta, cubriendo las dos primeras.

La ESTRELLA de la CONVERGENCIA

James había visto esto antes, por supuesto —la estrella de cuatro puntos dorados. Él había dibujado una el año pasado, en la clase de la profesora Trelawney. En aquel entonces, no había parecido particularmente significativa. Ahora a la vista de la que estaba encima de las otras dos cartas hizo caer su estómago lentamente, como si estuviera de pie sobre una cornisa, balanceándose peligrosamente. Las puntas de la estrella eran como caminos, la fusión entre sí, formando algo nuevo y desconocido. Él tenía un extraño presentimiento de que él era uno de los cuatro puntos. La extraña dama, con su sonrisa enigmática y magia sin origen, era otro. ¿Pero quiénes eran los otros dos?

Petra, pensó. Por supuesto, ella es una de ellos.

Pero eso se sentía exactamente correcto. James se inclinó sobre la estrella, entrecerrando los ojos en ella, concentrándose. La estrella casi parecía latir, y un zumbido sordo vino con ella, el bloqueo de los otros ruidos tenues en la habitación.

Petra no es uno de los otros dos puntos, ahora se daba cuenta, y la sensación de hundimiento en el estómago empeoró, lo enfrió. Petra no es uno de ellos. Ella es ambos. Petra... y Morgana.

Él frunció el ceño. Eso no tiene ningún sentido en absoluto, ¿verdad? Petra y Morgana eran la misma persona, como dos partes de un mismo sentir, como el personaje de Jekyll y Hyde en el libro del Sr. Walker. El lado de Morgana era la parte influenciada por el jirón de la maldita alma que una vez perteneció a Lord Voldemort. La otra parte era la Petra que siempre habían conocido: inteligente, honesta, curiosa y peculiar. La buena Petra había sometido la parte Morgana de su personalidad—una vez en la Cámara de los Secretos, y de nuevo en la Granja Morganstern, cuando ella casi había (pero no del todo) sacrificado a su propia hermana en el lago.

Pero ¿qué pasa con los sueños misteriosos de Petra? ¿Qué significaba que Petra había estado plagada de visiones de su hermana que muere en ese mismo lago? ¿Fue el lado Morgana de la mente de Petra creciendo más potente? ¿Era el equilibrio de poder de inflexión? *Observo y espero*, la voz de Morgana había dicho, haciéndose eco en la torre oscura en el nuevo sueño de Petra en la extraña meseta



del océano sin litoral. *Mi tiempo está muy cerca. Yo soy la Reina Hechicera. Yo soy la Princesa del Caos...*

James miró de nuevo a la última octocarta, la Estrella; cuatro puntos de fusión hacia el centro, como caminos de encuentro, forjando un nuevo destino. *Los cuatro de nosotros convergen de alguna manera*, pensó, y aunque parecía vagamente loco, sabía que era verdad. *Petra y Morgana, la misteriosa dama, y yo—todo apuntando a algo. Pero, ¿es algo bueno o malo? ¿Es algo que debe ser detenido? ¿Es un destino? O una elección?*

James no sabía la respuesta a la primera parte de la pregunta, pero la segunda parte fue muy clara. Destino, como el Profesor Jackson había dicho una vez, no es más que el nombre que le damos a la suma total de todas las decisiones de nuestra vida. ¿Estaba James tomando las decisiones correctas? ¿Fueron las octocartas las que le ofrecieron la confirmación de sus recientes decisiones... o una advertencia?

—James, —una voz dijo, sorprendiéndolo. Levantó la vista y vio al Profesor Thackery de pie delante de él, su mano extendida. —El período de examen ha terminado, James. Su prueba, por favor.

James se sorprendió. ¿Cómo los últimos veinte minutos habían transcurrido en tan poco tiempo? Miró alrededor y vio que el resto del salón de clases estaba vacío. Todo el mundo había terminado y se dirigían a almorzar.

—Uh, claro, Profesor, —James balbuceó, mirando con aire de culpabilidad hacia su pergamino. Para su continua sorpresa, vio que la última página estaba cubierta con su letra. Él no tenía ningún recuerdo de escribir nada en absoluto. Sin ninguna posibilidad de leer su propia predicción, le entregó el pergamino al profesor.

—Muy bien, —dijo Thackery, mirando a través de sus gafas al pergamino. —Muy, er, a fondo.

James asintió con incertidumbre. —Gracias, Profesor.

Sintiendo temblor y un poco de susto, prácticamente huyó del salón de clases, siguiendo a sus amigos al almuerzo.





Capítulo 16

Navidad en Filadelfia

El viernes antes de Navidad, James, Ralph, Albus y Lucy emprendieron camino hacia el sauce zurcidor, con sus mochilas al hombro y respirando el frío aire de un día neblinoso. La primera nieve de la temporada había caído esa mañana, cubriendo el campus por completo y escondiendo efectivamente cada uno de los caminos, por lo que los cuatro dejaron el tortuoso camino siguiendo rastros de huellas a través del campo.

Una vez que estuvieron bajo el árbol, Lucy invocó el encantamiento que James había escuchado por primera vez proveniente del Profesor Stridthwait la noche que Ignatius Magnussen escapó.

—*Abitus* —dijo Lucy, golpeando con su varita el tronco cubierto de nieve. Se giró hacia James cuando el árbol comenzó a moverse alrededor de ellos —La Profesora Remora me enseñó eso.

James asintió, no explicándose que lo había escuchado previamente de un profesor diferente. Lucy se acercó a él, hombro con hombro, y tomó su mano entrelazando los dedos. James enrojeció y miró hacia otro lado, viendo como el campus se ocultaba detrás del movimiento de ramas del Sauce Zurcidor.

La transición hacia el exterior fue más rápida que cuando el Profesor Baruti llevó a su clase de Pociones a visitar a la señora Ayasha en la antigua ciudad india de Shackamaxon. Luego de unos segundos, una ráfaga de aire invernal hizo temblar las ramas del árbol, y James vio el pequeño patio amurallado. La nieve aún congelaba el suelo, convirtiendo el patio lleno de basura en algo tan mágico como la escuela que acababa de dejar.

—Feliz Navidad amigos —dijo una voz profunda y áspera cuando los cuatro salieron a la opaca luz del día. Pedreolo estaba de pie junto a la puerta con una sonrisa torcida en su rocosa cara y sus ojos de diamante brillando alegremente.

—Hey Pedreolo —gritó Albus avanzando lentamente para acariciar su enorme codo, que estaba tan alto que el chico apenas alcanzaba. —¿No tienes frío?, se sienten como 50 grados bajo cero acá afuera.

—¿Frío? —Repitió el Troll lentamente —Supongo que ha bajado un poco la temperatura, ¿no es así? Apenas me había dado cuenta.

—¡¿Apenas te habías dado cuenta?! —Se burló Albus —La última vez que te vi en el verano, podría haber freído un *gusarajo* en tu frente al mediodía.

El troll se encogió de hombros haciendo un sonido como de rocas rodando por el suelo. —Me he dado cuenta que a los humanos les afecta mucho más los pequeños cambios climáticos que a mí. Es posible que no sepan que yo nací en el crisol del horno de la Tierra, donde los lagos de lava se bañan en las playas de piedra pómez. Solo lo recuerdo vagamente, pero con cariño. Cuando la temperatura supere los 5000 grados, entonces recién hablaré del clima como lo hacen ustedes.

—No me lo estarás comentando a mí, te lo aseguro —dijo Albus negando con la cabeza.

El Troll asintió y se echó a reír, con un movimiento lánguido llegó a la puerta abriéndola ruidosamente. Un auto largo y café estaba esperando junto a la acera con una nube de humo bailando detrás. La ventana del vehículo estaba parcialmente abajo y James vio que su Tío Percy estaba sentado en el asiento del conductor.

—Vamos Todos —llamó —El maletero está abierto, tiren su equipaje ahí y ordénenlo. Hola querida Lucy, Feliz Navidad a todos.

—Feliz Navidad Papá —dijo Lucy, soltando finalmente la mano de James dirigiéndose al maletero del auto. James suspiró con una mezcla de emociones.

Hacía mucho calor dentro del auto mientras el Tío Percy conducía por las estrechas calles cubiertas de nieve blanda, murmurando para sí mismo e irritado por la lentitud del tráfico Muggle y ocasionalmente tocando la *bocina*. James se quitó el gorro de lana y comenzó a mirar por la ventana, viendo cómo la ciudad iba pasando.

El viaje tardaba más de lo que James había esperado, y vagamente reconocía que iban pasando por el casco histórico de la ciudad. Deseaba que Zane hubiera venido a pasar la Navidad con ellos, aunque sea para que les hablara acerca de los edificios que iban pasando, su contagioso entusiasmo hubiera iluminado de cierta forma el viaje bastante aburrido. La realidad era, que el chico rubio había dejado la escuela el día anterior tomando el tren de vuelta a casa de sus padres en Kirkwood, Missouri. Pero antes que Zane se fuera, James había decidido compartir con él y con Ralph algunas de las cosas que había mantenido en secreto.

Había empezado a hablarles sobre su extraña predicción que había tenido lugar en medio de su examen de Ingeniería Precognitiva, cuando él había visto la extraña e inminente convergencia entre la dama misteriosa, él mismo y las entidades gemelas de Petra y Morgana, separadas de alguna forma a pesar de que eran la misma persona.

Luego había descrito el encuentro que tuvo con la Profesora Trelawney en los pasillos de Hogwarts el día que comenzó su viaje, dado que ambos hechos estaban vagamente conectados.

Zane y Ralph habían estado escuchando atentamente con los ojos bien abiertos, entendiendo la importancia del asunto de esa inquietante profecía sonando cómicamente de los labios de la vieja profesora.

Por último, James les recordó lo que había pasado en el *Gwyndemere*, cuando milagrosamente había conjurado ese misterioso hilo de plata que le había



permitido salvar la vida de Petra. Les explicó que el hilo permanecía ahí, conectándolo con ella de alguna forma, y gracias a esto podía saber que ella era confiable.

—Puedo ver sus sueños y sentir sus pensamientos, a veces —dijo James, sin contarles nada sobre el sueño escrito que había conjurado la isla siniestra y el castillo negro antes de desaparecer por completo. Había jurado a Petra no contar a nadie sobre su sueño y pretendía cumplir su promesa. —Yo sé que está diciendo la verdad acerca de no estar involucrada con el ataque a la *Bóveda de los Destinos*, no importa lo que vimos esa noche. No pudo haber sido ella, porque cuando ella dice que no estaba ahí, puedo sentir que dice la verdad. No creo que me pueda mentir, incluso si quisiera”.

James no sabía si esto era cierto o no, pero sí *sabía* que ella creía que era absolutamente inocente. Eso es lo que trató de inculcar a Zane y Ralph, ya que su creencia en ese hecho iba a ser esencial para el éxito en sus esfuerzos de limpiar su nombre.

—Trabajaremos en esto luego de las Vacaciones de Navidad —dijo Zane con entusiasmo —Debes pasar un tiempo trabajando con tu prima Lucy, después de todo Rose tiene razón, si no sabemos cómo es la llave dimensional, no la reconoceremos cuando sigamos a Magnussen al pasado. Por otra parte, Lucy está loquita por ti, así que no debería ser un problema que nos haga un recorrido dentro del Castillo Érebus en busca de pistas.

Las mejillas de James se enrojecieron un poco al oír eso. —Lucy no está loquita por mí. Ella es mi prima, ¿lo recuerdas?

—¿La has mirado con atención últimamente? —preguntó Zane ladeando su cabeza y apuntando hacia su cara —No se parecen mucho, incluso yo diría que la única sangre que comparten es la morcilla que comieron en el último picnic de la familia Weasley.

—Cállate —protestó James —No seas bobo

—Creo que tiene razón James. Incluso Rose y Scorpius lo han dicho, Rose dice que Lucy está cariñosa contigo desde el año pasado —dijo Ralph encogiéndose de hombros.

James no había sido capaz de argumentar en contra. Él sabía que era verdad, tan incómoda como podía serlo, sin embargo, le dolía el hecho de haber sido la última persona en descubrirlo. De todas formas, no podía manipular los sentimientos de Lucy para conseguir una visita al castillo Érebus, aunque si podría solamente preguntar amablemente, quizás solo eso bastaría. Después de todo, ella era su prima, y siempre se habían llevado bien, incluso más que con cualquiera de sus otros primos, particularmente Louis. ¿Por qué Lucy diría que no?

En silencio, James maldijo por haberle pedido a Lucy que fuera al baile de Halloween con él. ¿Por qué Zane y Ralph no le habían advertido desde que supieron lo que ella sentía por él?

—Ya casi llegamos —dijo Lucy desde el asiento delantero del auto, girándose a sonreírle a James —Todos nos quedaremos en el departamento de tus padres en esta víspera de Navidad, ¿No será divertido?

—Claro, Lu —dijo James asintiendo con la cabeza y forzando una sonrisa.

Junto a él, Albus comenzó a hacer ruidos molestos de besos y James lo golpeó con tanta fuerza que botó su sombrero.

El Tío Percy estacionó el auto en un estacionamiento subterráneo y guio a la tropa hacia las puertas plateadas de un ascensor.

—Condominios Muggles —dijo con desdén pulsando el botón de arriba —Se restauró para su ocupación mágica, al menos en el piso 13.

Las puertas se abrieron precipitadamente y el grupo se acomodó en el interior. No existía el número 13 entre los botones pero a Percy parecía no importarle. Blandiendo su varita, tocó los números 1 y 3 e inmediatamente las puertas se cerraron de nuevo, el ascensor se tambaleó y salió disparado hacia arriba mucho más rápido que cualquier ascensor que James hubiera montado



antes. Sus pies se elevaron del suelo por un momento ya que el ascensor se detuvo repentinamente.

—Aquí estamos —dijo Percy rápidamente, viendo cómo las puertas se abrían una vez más. James había esperado aparecer en un pasillo pero el ascensor apareció directamente en el departamento de sus padres. Era bastante grande y abierto, con el techo alto, trabajos sobre madera bruta y una gran lámpara de estilo barroco colgando en la entrada. Desde la perspectiva del ascensor, los espacios parecían estar juntos, formando una mezcla aireada de cocina, comedor y salón. La hermana de James, Lily, estaba sentada en la mesa del comedor frente a Izzy, una colección de medio decorado de galletas y glaseados de colores estaba entre ellas.

—Ya están aquí —dijo Lily, mirando hacia arriba y sonriendo.

Detrás de James, Percy suspiró —Ser Jefe de Aurores tiene sus beneficios —murmuró entrando en el alto vestíbulo.



Poco después de la llegada, el Tío Percy se fue nuevamente para ir a buscar a Molly a una cercana escuela primaria mágica y a tía Audrey a su departamento. Ralph se unió a Izzy y Lily en las tareas de formación de hielo, usando la varita para cambiar el color de los glaseados con rayas, chispas y ocasionalmente un Rudolph rojo. Izzy se reía en voz alta, lo cual no era lo que acostumbraban a hacer las niñas que estaban alrededor de Ralph.

Él parecía muy satisfecho de sí mismo, lo que alegró a James. Lucy y Albus subieron al piso de arriba a explorar los dormitorios y escoger las mejores camas para sí mismos, mientras James se sentó en un taburete cerca de la cocina con un plato de pasteles de carne para él solo.

—Tu padre aún está en el trabajo —dijo Ginny con voz preocupada mientras estaba en la cocina, preparando la comida con locura, como lo hacía cada vez que se inquietaba. Albus le había puesto un apodo a su madre cada vez que se ponía así —Cuidado —decía, por lo general, cerrando la puerta detrás de él —El Huracán Ginny se aproxima. Amarren todo antes que ella sople todo y haga una buena limpieza.

—Eso es un tremendo montón de postres —comentó James, mirando por sobre la encimera —¿Estamos esperando a los *Harriers* para la cena?

Ginny suspiró y se sacudió las manos en el delantal, mirando alrededor que estaba lleno de gente por todos lados. —Sabes —respondió ella —cada vez que llega Navidad, me olvido que ya no soy una niña que vive en la madriguera, donde yo y mi mamá teníamos que hornear todo bajo el sol y mis hermanos se comían todo tan rápido como salían las cosas del horno. Algunos hábitos son difíciles de romper.

James deseaba que estuvieran teniendo una buena Navidad en la madriguera, como normalmente era —¿Vamos a ver a la Abuela, a tío Ron, a tía Hermione y a todos? —preguntó.

—Probablemente hablaremos con ellos por la red Flu —contestó Ginny, utilizando su varita para detener una enorme cuchara de palo que revolvía un plato de pasta. —Pero no hasta mañana después del desayuno, siempre es tan difícil recordar el cambio de hora y todo eso. Tenemos suerte de estar conectados a la red Flu Internacional después de todo. Si no fuera necesario por el trabajo de tu padre... —Su voz se apagó distraída, abrió la puerta del refrigerador tan fuerte que las botellas de leche quedaron resonando, y luego se quedó fijamente mirando como si hubiera olvidado lo que buscaba.

—¿Dónde está papá a todo esto? —Preguntó James frunciendo el ceño —¿Y Petra?

Ginny dejó que la puerta del refrigerador se cerrara y miró a James con el rostro tenso. —Está trabajando —dijo con un leve suspiro —No le he dicho nada de esto a tus hermanos James, y te juro que si les dices algo, pondré cucarachas en

tus huevos. De todas formas, si yo no le digo esto a *nadie*, creo que voy a reventar. La verdad es que tu padre está en una redada.

—Ah —dijo James, asintiendo —¿Y tú estás preocupada por él?

—Tonterías —mintió ella poco convincente —Tu padre puede cuidar de sí mismo, y con un poco de suerte, estará aquí dentro de una hora. Es una gran noche para él, si es que todo va bien...

—¿A quién están allanando? —Preguntó James en voz baja con curiosidad — ¿Están siguiendo a los locos del FULEM?—

—“Ssshhh!!” —jadeó Ginny bruscamente y luego se calmó —Lo siento —dijo acercándose a la mesa de desayuno donde estaba James —Últimamente he estado muy nerviosa. Esos hombres del Departamento de Integración Mágica son muy malos, están siempre al acecho en sus coches negros, parados en cada esquina, mirando nuestras ventanas, siguiendo a tu padre cuando va a comprar leche o pan. Además, ahora hay gente de la Administración Legal de Estados Unidos flotando alrededor nuestro como murciélagos con sus sombreros y chaquetas negras. Son de lo peor, porque nunca se sabe dónde están. Si hoy le va bien a tu padre, entonces...”

—¿Qué ha encontrado? —Dijo James con los ojos muy abiertos —¿Encontró a quienes nos atacaron en el tren?

Ginny negó con la cabeza, con más asombro que negación —Es enorme —susurró —Este movimiento por la Liberación Mágica. No sólo fue el ataque al *Zephyr*, también fueron los que contrataron a esos piratas para que nos acecharan en nuestro viaje, han estado totalmente en contra de nuestra presencia aquí y con una buena razón. Titus Hardcastle y tu padre los han estado siguiendo durante meses, incluso llamando a Draco Malfoy para que les haga algunos favores en Gringotts. Incluso, me ha sorprendido la ayuda que ha prestado Draco, considerando los problemas que pudiese tener si sus Jefes Goblins se enteran. Hay apoyo para el FULEM en todas partes del mundo, pero la base está aquí en Estados Unidos. Titus y tu padre han estado siguiendo esos dineros y finalmente

han encontrado la sede de la organización. Hay policías mágicos con ellos y con suerte ya han detenido a los cabecillas.

—Wow —dijo James respirando emocionado —Me gustaría poder verlo.

—Yo no, apenas puedo soportar pensar en ello, imagina...todas esas personas malas y tu padre metido entre ellos —dijo Ginny estremeciéndose.

—Papá puede cuidar de sí mismo —dijo James sonriendo e imitando las palabras de su Madre —Nadie es mejor Auror que él, esos idiotas del FULEM pasarán la Navidad en Azkaban.

Ginny asintió —Estoy segura de que tienes razón, pero tengo dudas respecto a que hayan querido enviarlo de vuelta a casa solo por eso. Van a estar un tiempo aquí en Estados Unidos. Sólo espero que puedan encontrar luego a ese senador Muggle y rescatarlo. ¿Quién sabe con qué le habrán llenado la cabeza ahora, suponiendo que él está...er...?. —

—¿Aún vivo? —sugirió James.

—No hables de esa manera —su madre se estremeció nuevamente —Ve a saludar a Petra mejor ¿quieres? Está en su habitación, es la primera puerta a la derecha.

James asintió y bajó lentamente de su taburete. Subiendo por las escaleras, oyó a Lucy y Albus hablando cerca, sus voces hacían eco en el pasillo. La segunda puerta a la derecha estaba abierta, pero la habitación estaba a oscuras. James tocó ligeramente a la puerta.

—Hey Petra —llamó suavemente, sin querer despertarla en caso de que estuviera tomando una siesta —Feliz Navidad, por qué no bajas y me ayudas a comer algunos de esos postres ¿eh?

La puerta se abrió un poco con el golpe de James y él se asomó levemente en la habitación. Dentro pudo ver dos camas cómodas y una de ellas estaba toda revuelta con las almohadas juntas y desordenadas.

—¿Petra? —dijo James, empujando aún más la puerta. La habitación estaba vacía, aunque evidentemente la cama había sido ocupada recientemente. Frunció el ceño y luego salió de la habitación siguiendo las voces de Lucy y Albus hasta que los encontró en una habitación al final del pasillo, arrodillados en el suelo junto a un montón de regalos envueltos.

—Oh —dijo Albus, mirando a James y luego bajando la frente —Eres tú, pensamos que mamá venía hacia nosotros.

James frunció el ceño, viendo como su hermano apuntaba su varita hacia uno de los regalos más grande —¿Qué estás haciendo?

—¿Qué es lo que parece? —Respondió Albus —Echando una mirada, vete si no quieres saber si recibirás una nueva Skrim o un paquete de calzoncillos.

James negó con la cabeza —¿Alguno de ustedes ha visto a Petra?

—No —respondió Lucy inclinando la cabeza —¿Por qué?

—Solo preguntaba, venía a saludarla, solo eso.

Lucy se encogió de hombros y meneó la cabeza, con los ojos todavía sobre James.

—OK —respondió James —Como sea, prosigan entonces.

—No le digas a Mamá —advirtió Albus cuando James se dio la vuelta —Te lanzaré un buen maleficio si lo haces.

Caminando por el pasillo, James se asomó nuevamente al dormitorio de Petra e Izzy. Todavía estaba oscuro y vacío, aunque daba la extraña impresión que alguien había estado acostado sobre la cama revuelta solamente hace unos instantes. James sacudió la cabeza nuevamente y comenzó a bajar las escaleras.



La cena llegó y se fue, y el padre de James aún no llegaba a casa.

El resto de los adultos trató de mantener un ambiente festivo, pero se respiraba mucha tensión en el aire. Audrey y Percy se sentaron junto a la chimenea a asar castañas mientras Ginny y Denniston Dolohov limpiaban la cocina, hablando en voz baja. Petra no se había presentado a cenar con todos, lo que a James le resultaba un poco extraño.

Petra ha estado rara a momentos desde el desastre con el Sr. Henredon —Ginny había admitido a James —Creo que la pobre está asustada y preocupada, pero no la culpo, está recién llegando a un nuevo país y ya se encuentra en problemas legales, todo un caso de identidad equivocada. Quiero decir, me siento mal por el hombre que fue atacado, pero acusar a una adolescente es distinto...

—Pero ella no estaba arriba cuando fui a saludarla. Su cuarto estaba vacío —dijo James, frunciendo el ceño.

—Probablemente estaba en el baño, tonto —dijo Ginny encogiéndose de hombros.

James frunció el ceño nuevamente, estaba casi seguro que el baño estaba vacío cuando él había pasado por ahí, pero no quiso insistir en el asunto. Poco después, Petra había bajado sonriendo y saludando a todos medio adormilada.

—Hola James —dijo ella, uniéndosele en el sofá —Lo siento, estaba tomando una siesta, lo he estado haciendo mucho últimamente. Creo que es por falta de hacer algo más.

James parpadeó perplejo —Pero tú... —comenzó a decir, arrepintiéndose luego y negando con la cabeza ligeramente —No importa. ¿Cómo has estado?

—Todo bien, leyendo la mayor parte del tiempo —respondió ella, mirando hacia el fuego —El profesor Baruti viene a veces por las noches a ayudarme con mi Francés. Él es muy amable y comprensivo con todo esto.

James pensó por un momento y luego en voz baja dijo —Creo que hemos encontrado la forma de limpiar tu nombre Petra.

Petra lo quedó mirando con el ceño fruncido ligeramente —¿Cómo? —preguntó.

James movió su cabeza hacia atrás y adelante, sin saber mucho qué poder decir —Es complicado, pero Zane y Ralph están ayudando y creo que estamos en lo cierto. Si todo funciona bien, creo que encontraremos a quienes atacaron la *Bóveda de los Destinos* y robó la hebra roja. Siendo así, entonces estarás limpia.

Para sorpresa de James, Petra lo miraba dubitativa —¿Estás seguro que es una buena idea, James? Suena un poco... —se detuvo, escogiendo sus palabras cuidadosamente. —Peligroso.

—Puede ser —admitió James —Pero vale la pena, ¿no es cierto? Estás en un grave problema Petra. Si ese árbitro, Keynes, te declara culpable del ataque a la bóveda y el congelamiento del Sr. Henredon, pasarás un largo tiempo en la Cárcel. Y si hay algo que pueda hacer para evitar esa situación...

Petra sonrió a James como si éste fuera bien tonto —No iré a prisión, James. Izzy y yo estaremos bien, hemos superado problemas muchos más serios.

—¿De verdad? —Dijo James con incredulidad —Petra, el idiota de Keynes va en serio. Mamá me ha dicho que hay más de una especie flotando en la calle, vigilando nuestro departamento y asegurándose que tú no lo abandonas. No puedes simplemente ignorarlo, Izzy te necesita y también...otras personas. Si te envían a la prisión mágica...

Petra suspiró profundamente —No lo estoy ignorando James. Solo...que no puedo preocuparme de eso, no ahora, hay otras cosas. Mucho más importantes que esto.



—Petra —exclamó James exasperado —¿Qué cosa es más importante que te estén acusando de un intento de asesinato y el robo de un loco artefacto dimensional?

En respuesta, Petra miró a James con una sonrisa un poco torcida —Dímelo tú, James. Aún estamos conectados, ¿cierto? La hebra plateada que conjuraste aún sigue ahí hasta ahora, ¿No lo sientes?

James miró su mano derecha, abriéndola lentamente. En realidad, sí podía sentir la hebra en su palma ahora que Petra lo había mencionado. Incluso, podía verla ligeramente (aunque podría haber sido su imaginación).

—No —mintió —Creo que se ha desvanecido, ya no puedo ver tus sueños.

Petra alzó su propia mano mientras James miraba hacia la chimenea —No puedes mentirme James, aunque quisieras —dijo Petra en voz baja y en tono divertido. Poco a poco bajo su mano hacia la de él, cuando estuvieron juntas, James sintió una mezcla de frío y calor que se le extendió hacia el brazo haciéndolo temblar y sin embargo, no quería retirar su mano. Bajo el zumbido de energía del cable mágico, podía sentir la emoción pragmática en la mano de Petra descansando sobre la suya, sus dedos fríos y delgados enlazando los suyos. James la miró sin palabras.

—La hebra sigue ahí —dijo en voz baja —Nos conecta, probablemente para siempre, ahora lo sé James. Pero en vez de hacer un trueque de tu vida por la mía (como lo dictan las leyes de magia antigua) tu provocaste algo aún más profundo, algo más allá que la magia normal, ¿Sabes lo que es?

James realmente no lo había considerado, no desde aquella noche en la popa del *Gwyndemere*, pero ahora mirando los ojos de Petra, pensó que sabía la respuesta después de todo. Él asintió.

—Viene desde *ti*, de alguna forma —dijo con poco asombro en su voz —Me aproveché de tu poder, el mismo poder que utilizaste para unir la cadena del ancla en el barco sin necesidad de una varita. El poder que casi utilizaste con Keynes cuando él intentó separarte de Izzy ese día en la Residencia de Administración.



Petra asintió, con el rostro solemne —Te aprovechaste de mi poder, sí. No sé cómo lo hiciste. Puede ser por lo que sientes por mí y por lo que hemos vivido juntos o quizás solo por la intensidad del momento. Estuviste dispuesto a cambiar tu vida por la mía, pero la magia fue más grande que eso, nos mantuvo vivos a los dos. Pero James, ese tipo de cosas no suceden sin un precio. Me temo que algún día... —Petra sacudió la cabeza y miró nuevamente hacia las llamas de la chimenea. —Quizás algún día puedas arrepentirte.

James se sorprendió —¡De ninguna manera! —susurró con dureza, notando que su Tía Audrey estaba mirándolos desde el otro lado de la habitación. Bajó la voz nuevamente y continuó —Petra, es una locura, lo haría de nuevo ahora mismo si fuese necesario. Y haré lo que sea para encontrar a los responsables de la maldición al Sr. Henredon y así puedas ser libre nuevamente. Pero Petra... —se detuvo y frunció el ceño, bajando aún más la voz, continuó —¿Cómo puede pasar esto? ¿Porque de repente eres más poderosa?

Petra exhaló un largo y profundo suspiro, pensando. Luego de un momento, miró nuevamente a los ojos de James —Siempre he tenido ese poder —admitió finalmente —Nunca lo he entendido, ni yo ni nadie, especialmente mis abuelos. Ellos me temían porque mi magia era mayor que la de ellos. No creían que yo pudiera saber cómo utilizarla, que pudiera crecer hasta convertirse en algo terrible y cruel. Pero ese miedo me avergonzó, y como resultado, me entrené para no usar mis poderes, obligándome a utilizar la varita en lugar de solo mis manos. La varita era como un embudo, haciendo la magia más pequeña y más débil, pareciendo como la que todos hacían. Finalmente, para el momento en que me conociste, me había acostumbrado tanto a utilizar la varita, que me había olvidado de cómo hacer magia sin ella.

Las cejas de James seguían fruncidas mientras la escuchaba, y Petra ahora miraba más allá de él ahora, con sus ojos desenfocados y su mano aún sobre la de él.

—Sin embargo, ahora mis dos abuelos están muertos —dijo débilmente —No hay razón para seguir ocultándolo, rompí mi varita la última noche que estuve en la granja de Papá Warren, aunque no lo hice a propósito. Sólo dejé sentir todo el



peso de mis poderes, la varita se rompió justo en la mitad, igual como mi primera varita cuando era niña y aún no sabía controlar mis poderes. Ahora no necesito la varita, estoy aprendiendo a utilizar mis poderes tal como estaba destinado. De eso te has aprovechado James —dijo ella, centrándose en él nuevamente —Para bien o para mal, nos encerraron juntos. Cuando conjuraste esa hebra plateada, nos uniste, quizás para siempre, alma con alma. Y eso, James, es algo que algún día podrías lamentar. Algún día, podrías maldecirte a ti mismo por esto o quizás a mí.

Los pensamientos de James nadaban mientras miraba a la pequeña niña a su lado. Todo sonaba perfectamente tonto para él, y sin embargo, sentía la honestidad en sus palabras. Ella creía todo lo que estaba diciendo. Si ella no lo hubiera estado tocando, poniendo su mano sobre él, y haciendo vibrar la hebra de plata, haciéndola parecer un dinamo, quizás podría haber dudado de ella. Sin embargo, ahora pequeños fragmentos de recuerdos vinieron a su cabeza, directamente desde los pensamientos de Petra.

La veía como una chica joven, cerrando las cortinas de la ventana con un gesto de su mano pequeña. Otro recuerdo la mostró en un bosque iluminado, moviendo rocas a través del aire apuntando con su dedo y formando torres misteriosamente tristes.

Por último, la vio como una niña de 10 años de pie en la oscuridad de una bodega, con varias ratas que yacían muertas a sus pies. Ella había pensado como las ratas morían, simplemente enviando sus pensamientos hacia sus pequeños corazones palpitantes y exprimiéndolos, reventando los pequeños órganos como globos. Ella odiaba a las ratas y les temía, pero allí tendían muertas a sus pies, sus pies se curvaron y sus ojos negros miraban como gotas de aceite, en ese instante, Petra se sintió muy mal por lo que había hecho. Trató de pensar de nuevo en la vida, pero ahí era donde sus prodigiosos y misteriosos poderes acababan. Ella podía matar, pero no devolver la vida. La joven Petra gritó en la oscuridad de la bodega y lloró por las ratas que había temido primero, y luego, cuando ya era demasiado tarde, se había compadecido. Lloró por su propia inocencia perdida. Ella era, después de todo, una asesina de ratas.



Y luego, enterrado debajo de todas esas visiones secretas, acurrucándose debajo y a través de ellos como una serpiente, era un recuerdo de la voz de una mujer, gritando de terror y una suerte de locura, y un tono vengativo — *Siempre supe que serías mi muerte horrible chica — la voz chilló — Y estaba en lo cierto, yo estaba en lo ciertooooo.*

James se sacudió involuntariamente, y sacó su mano sobre la de Petra. Inmediatamente las visiones y la loca y chirriante voz se detuvieron de inmediato. Petra parpadeó, y luego tímidamente retiró su mano hacia atrás.

—Petra —susurró James — ¿Cómo es posible? ¿Qué...clase de bruja eres?

Petra suspiró una vez más y negó con la cabeza —No soy una bruja, James.

En el calor de la habitación, James se sintió repentinamente frío. Recordó la visión del Castillo Negro y la extraña Isla Muerta. Al igual que las visiones que tuvo cuando Petra lo había tocado previamente, que también había sido una mirada en los sueños y pensamientos de Petra. Y en *esa* visión, la parte Morgana de la mente de Petra, separada y encarcelada de alguna forma, había dicho en voz alta — *Soy la Princesa del Caos, yo soy la Reina Hechicera.*

La reina Hechicera.

James abrió la boca, sin estar seguro de qué iba a decir, cuando Lily, Molly e Izzy pasaron corriendo repentinamente, sus pies golpeando salvajemente y riendo como una bandada de pájaros.

—Pinta —dijo Izzy, tocando a James en el hombro — ¡Tú las traes!

Con una oleada de gritos y risas, las tres chicas se escabulleron. James las miraba y luego se dio vuelta a mirar a Petra.

—Tú las traes —dijo Petra sonriendo y encogiéndose de hombros —Será mejor que vayas a alcanzarlas.

—Petra —comenzó a decir James, pero ella negó con la cabeza.

—Nada más por ahora —dijo y James podía sentir que lo decía en serio — Además, creo que corrieron hacia el estudio de tu Padre. Mejor trae al rebaño de vuelta antes que estropeen algo.

James apenas se atrevía a interrumpir su conversación en voz baja con Petra, especialmente cuando estaba tan cerca de una revelación importante, pero parecía no tener ninguna opción. Petra se había puesto de pie, dándole la espalda y caminando hacia el fuego de la chimenea y con un gran suspiro, James se puso de pie también.

—Ok, ustedes... —comenzó a decir cuando entró en la puerta del estudio — Ustedes saben que se supone que no deberían estar aquí, sobre todo tu Lil...

Sus palabras fueron ahogadas por una cacofonía de risas y gritos de las niñas que revoloteaban entre las sillas y debajo de las mesas. Corrieron por delante de él, con la esperanza de que las persiguiera. James miró alrededor con un disgusto cansado, asombrado de ver como su hermana jugaba con niños más pequeños al mismo nivel que ellos, y luego miró alrededor del estudio para ver que nada hubiera sido alterado.

La habitación era más bien como una pequeña biblioteca, repleta de sillas, mesas y lámparas. Al final de la habitación, había un gran escritorio con una silla giratoria de respaldo alto, la silla era tan “Harry Potter” como nunca antes había visto James. En sus hombros, la silla tenía remaches plateados y puntiagudos, haciéndolo parecer como un objeto perteneciente a la mansión Érebus. Obviamente, el departamento había sido entregado ya amoblado, porque su padre (tal como James lo conocía), jamás habría elegido un objeto así por sí solo.

Moviéndose hacia el escritorio, James se acercó y le dio un empujón a la silla tentativamente, haciéndola girar en silencio y con un poco de malevolencia. Detrás de la silla y apoyado en un estante bajo la ventana, estaba el fragmento del espejo *Amsera Certh* que Merlín le había dado a su Padre. James sabía que el espejo conectaba mágicamente a la oficina de Aurores en el Ministerio de Magia y que lo utilizaba para mantener estrecho contacto con Titus Hardcastle y otros aurores.



Debajo del espejo, a la sombra de la plataforma había una caja de seguridad de hierro resplandeciente. Los ojos de James se abrieron impresionados, ya que sabía que en esta caja su padre había guardado la Capa de Invisibilidad y el Mapa del Merodeador el año pasado cuando habían sido robados desde su baúl por Scorpius Malfoy. James pasó rápidamente alrededor del escritorio y se sentó en la silla de su padre, su curiosidad estaba sacando lo mejor de él. Saco su varita y tocó la caja.

—*Alohomora*— susurró rápidamente.

Hubo un destello de luz dorada y por un momento James pensó que su hechizo básico de desbloqueo había funcionado. Sin embargo, el flash no disminuyó y rodeó la caja de seguridad como repelido por el hierro. Finalmente, como con un crujido de energía mágica, el cerrojo escupió de vuelta hacia James, empujándolo con la silla hacia atrás y golpeando la mesa, produciendo un sordo traqueteo.

James se sacudió alarmado y rápidamente guardando su varita en el bolsillo, tratando de ponerse de pie. Debería saber que cualquier hechizo producido por él, podría ser repelido por los hechizos protectores de su padre.

Se oyeron pasos en las afueras del estudio y una sombra apareció en la puerta parcialmente abierta. Sin pensarlo, James se dejó caer nuevamente en la silla del escritorio haciéndola girar, y puso los pies en el suelo hasta detener el movimiento. Se quedó mirando con furia por la ventana a oscuras frente a él y contuvo la respiración.

La puerta se abrió tras él, y James pudo darse cuenta que podía ver toda la habitación a través de la ventana más alta. La forma de la silla tapaba la mayor parte del reflejo, pero aun así podía ver la parte alta de la puerta y sombras imprecisas sobre las estanterías cercanas de quien había entrado a la habitación dejando la puerta abierta.

—¿Qué diría Dumbledore?— la figura murmuró en voz baja y James se dio cuenta con una mezcla de alivio y temor, que era su padre. Harry Potter ya había vuelto de su allanamiento. Suspiró en voz baja para sí mismo —Piensa Potter,



¿Qué diría Dumbledore? ¿O incluso Snape? —y luego en voz más alta —Por aquí caballeros, cierren la puerta detrás de ustedes, si es que pueden.

Poco a poco, James se agachó sobre la silla negra, plantando sus pies firmemente al suelo para evitar que ésta se moviera y lo descubrieran. Más pasos se acercaban y James pudo ver en el reflejo de la ventana que dos hombres habían entrado con el traje negro de la Oficina de Integración Mágica.

—Creo que es mejor que nos interroguemos de inmediato —dijo Harry, moviéndose hacia su escritorio y apoyándose en él, frente a los dos hombres — Gracias por aceptar entrar a mi casa.

—No teníamos otra alternativa —dijo uno de los hombres con frialdad. La imagen en el reflejo estaba un poco distorsionada, pero James reconoció al hombre. Él era el que habían conocido fuera del *Zephyr* cuando se estrelló en las calles de Nueva York después del ataque. Su nombre era Price, recordó James.

—Pues bien —comenzó a hablar Harry enérgicamente —aparentemente nuestra información era bastante precisa. Esa es una buena cosa que podemos tomar del ejercicio de esta noche. El FULEM está en camino y podemos esperar que sean mucho más torpes esta vez, dado que fueron descubiertos desde su sede central.

—¿Y eso parece ser bueno para usted? —dijo Price lisamente —No sé ustedes, pero prefiero acabar con todo el nido de arañas, en vez de ir persiguiendo de a una en la oscuridad, ¿Tu no, Espinosa?

—Estoy seguro que esta noche no la llamaría una victoria para los chicos buenos —respondió Espinosa fríamente —Ya saben que estamos sobre ellos ahora, ya no habrá más factor sorpresa.

—Tenemos ojos en toda la ciudad —dijo Harry —Ahora que los agentes de Tarrantus están en carrera, seguramente sentiremos todos sus movimientos. Y si tenemos que seguirles la pista uno por uno, es lo que haremos. No sería la primera que el Departamento de Aurores desmonta una red de magos oscuros de un ladrillo a la vez.



—Hubiera sido mejor si hubiésemos podido detener a Tarrantus con vida — comentó Espinosa.

—Seguramente —asintió Price, y James pudo ver que estaba mirando a Harry de cerca —Supongo que no tienen la capacidad de extraer la información de un muerto, ¿Cierto? ¿No? Es una vergüenza. Y aquí los “Muggles” pensábamos que tenían métodos más avanzados que esto.

—La nigromancia es un arte prohibido —respondió Harry —No es que alguna vez fuera exacto, incluso para los que destacaron en eso.

—Muy conveniente —dijo Price —Tarrantus fue encontrado muerto en su recientemente abandonado cuartel general y nosotros no podemos entrevistar al fallecido para saber dónde escapó su gente o qué planes tenían.

—Y no hay señales del Senador extraviado tampoco —agregó Espinosa — *Muy* conveniente.

—¿Conveniente para *quién*, exactamente? —dijo Harry y James oyó la ira apenas contenida en su voz —Desde que he estado liderando la búsqueda internacional de estos villanos, puedo decir que la falta de una pista clave o el aparente asesinato de su líder es definitivamente incómodo. Como bien ustedes saben, tenía grandes esperanzas de que todo este lío concluyera esta noche.

—Insistes en lo mismo —contrarrestó Price —Y sin embargo, no hay duda alguna que *alguien* alertó al FULEM de nuestra incursión solo minutos antes de nuestra llegada, dándoles el tiempo suficiente para escapar. Por no mencionar el hecho condenatorio que su nombre, Señor Potter, estaba garabateado en la pared con la propia sangre de la víctima.

—Es una advertencia —dijo Harry fríamente —Quieren que me vaya, precisamente porque estamos más cerca de capturarlos. Ellos han estado tratando de frustrar nuestros intentos desde que intentaron hundir nuestro barco contratando una flota de piratas. Además, el mismo Tarrantus lideró el ataque al tren y personalmente entregó el aviso diciéndonos que saliéramos inmediatamente de aquí o que enfrentáramos las consecuencias.

—Y ahora Tarrantus yace frío en la morgue mágica del centro de Nueva Ámsterdam —respondió Espinosa —O sea, el nombre en la pared *podría* ser una advertencia para que vuelva corriendo a casa, Señor Potter, pero también podría ser la forma que la víctima está identificando a su asesino.

—Eso es ridículo Señor Espinosa, si me perdona por ser franco —dijo Harry con frialdad —Incluso considerando que yo estaba *con usted* en el momento que fue asesinado. He visto maldiciones asesinas en acción y la maldición que acabó con la vida de Tarrantus no solo fue brutal, sino que también instantánea, no solo lo mató, lo destruyó. Se lo prometo, no hubo momentos finales donde el hombre podría haber garabateado el nombre de su asesino en la pared con su propia sangre. Tarrantus murió antes de tocar el suelo y alguien escribió mi nombre en la pared con su sangre.

—¿Y porque el FULEM asesinaría a su propio líder solo momentos de su escape a nuestra redada? —preguntó Espinosa.

—Tal vez por ser descuidado —sugirió Harry secamente —Después de todo, era su propio rastro el que nos llevó hacia ellos. Organizaciones como el FULEM no perdonan fácilmente tanta ineptitud.

—Podría ser —Price aceptó de mala gana —Por otra parte, podría ser que Tarrantus estaba dispuesto a hablar. Quizás estaba tomando conciencia sobre las tácticas de la organización y planeaba decirnos todo lo que sabía. Tal vez alguien más decidió que él era una amenaza y planeaba derrocarlo como líder. Pero ¿Quién les avisó de la redada inminente? parece probable para mí que quien haya sido, sea la misma persona que sea responsable ahora ¿Qué te parece, Espinosa?

—Tiene sentido —estuvo de acuerdo Espinosa —Encontramos al soplón, encontramos al asesino. Encontramos al asesino, encontramos al nuevo jefe del FULEM.

—¿Y ustedes creen que esa persona soy yo? —dijo Harry con un suspiro.

Price negó con la cabeza —Nos pagan por encontrar sospechosos, Señor Potter. No se ofenda, si tuvieras alguna evidencia que lo involucre, no estaríamos parados aquí teniendo esta pequeña conversación. Pero seré honesto con usted,



hay un montón de pruebas circunstanciales amontonadas en contra suya y el nombre con sangre en la pared no ayuda mucho.

La voz de Harry ya no se contuvo —Eso es una locura —proclamó sombríamente.

—Un montón de cosas son una locura, Señor Potter —estuvo de acuerdo Price —El querer mantener el poder sobre las personas no—mágicas, no compartiendo su mundo con ellos, también parece una locura para algunos de nosotros. Crear villanos oscuros como el FULEM para asustar a su propio pueblo que vive bajo obsoletas leyes de secreto, eso también pareciera ser una locura. Por supuesto, todas estas cosas son solo una conjetura en este momento, lo admito. Pero si alguna vez dejan de ser conjeturas, bueno...

—El FULEM *no* es una creación del Departamento de Aurores —dijo Harry con frío énfasis — ¿Ha pensado siquiera que podría haber sido uno de *sus* hombres que declinaron participar de nuestra redada inminente? Francamente, si el Frente Unido de Liberación de la Entidad Mágica cree lo que indican, entonces su propia gente tiene mucha más simpatía con ellos de lo que tiene el Departamento de Aurores.

—De verdad, Señor Potter —reprendió Price —eso es un poco infantil ¿no cree? Percibe que lo estamos acusando y entonces nos acusa en respuesta. Me esperaba algo mejor de usted.

—*Alguien* los alertó que veníamos —insistió Harry —Y por mi parte, las únicas personas que sabían de la redada eran Titus Hardcastle y yo.

—Y tenemos su palabra solo por eso —dijo Price con un tono de voz ensalzador —Sea razonable, señor Potter ¿Quiere decir que no se lo dijo a nadie más en el Ministerio de Magia? ¿O incluso a su esposa y su familia?

—Quiero decir que la gente que sabía de mi lado acerca de la redada, son personas de mi completa confianza —gruñó Harry —Los miembros de esta redada, incluyéndome, podríamos haber sido asesinados por el FULEM hoy si hubieran escogido tendernos una emboscada en vez de correr ¿Por qué mi propia gente tendría que haberse arriesgado a eso?.



—Si su gente y el FULEM fueran lo mismo —sugirió Espinosa —entonces no sería un riesgo en lo absoluto ¿Verdad?

Harry respiró hondo componiéndose a sí mismo —Señores, si esta es la situación en donde estamos, entonces no veo cómo podemos seguir trabajando juntos. O me arrestan por conspiración o déjenme trabajar a mí y a mi equipo solos.

—No se ponga susceptible, Harry —dijo Price, suavizando su tono y levantando las manos en un gesto conciliador —Espinosa y yo estamos haciendo nuestro trabajo. La tarea del Departamento de Integración Mágica es proteger las interacciones entre lo mágico y el mundo no—mágico y ver que los dos coexisten con la mayor armonía posible. Su gente ha escogido ocultarse y vivir entre nosotros, en secreto, lo que siempre ha representado una actitud sospechosa para el Departamento de una forma superficial. No se nos puede culpar por hacer nuestros deberes con un poco de escepticismo saludable ¿verdad? Mire, si es inocente, entonces no tiene nada que temer de nuestra participación. Si es culpable, entonces por supuesto no podemos permitir que pueda trabajar sin nuestra supervisión. De cualquier forma, Harry, está junto a nosotros. Vamos a tratar que este hecho sea lo más agradable posible ¿bueno?—

Hubo una larga pausa mientras Harry parecía considerar esto. En el reflejo de la ventana, James podía ver a Price de pie a su lado, con el rostro de piedra, esperando. Frente a él, miró a Espinosa vagamente aburrido mirando el oscuro techo, con las cejas levantadas inescrutablemente.

—Que así sea —dijo Harry finalmente —Pero si sospecho que su desconfianza está entorpeciendo nuestras investigaciones, o peor aún, poniéndonos en peligro. Entonces den por hecho que voy a abandonar esta misión sin importar las consecuencias ¿Entendido?

—Debidamente —dijo Price con una sonrisa —Me alegro que podamos conversar sin tapujos, todo sobre la mesa. Esa es la forma que me gusta ¿Correcto, Espinosa?

—Tienes razón, Price —estuvo de acuerdo el otro hombre con sobriedad.

—Supongo que pueden encontrar la puerta por su propia cuenta —respondió Harry —Feliz Navidad, señores, y buenas noches.

James oyó pasos arrastrando los pies y vio el reflejo de la puerta que se abrió de nuevo. Pocos momentos más tarde, las puertas del ascensor en el pasillo se abrieron también para que Price y Espinosa comenzaran su camino de regreso al estacionamiento.

Sin girar la silla, James preguntó en voz baja —Sabes que estoy aquí, ¿verdad?

Harry, todavía apoyado en la parte frontal de la mesa, se rió secamente — Nunca dejo mi silla mirando hacia la ventana. Me imaginé que eras tú o Albus. Francamente, apostaba por esta última opción.

—Que buenos hechizos protectores en la caja fuerte —dijo James, girando la silla para mirar a su padre —No estaba tratando de robar la capa y el mapa, por si acaso. Sólo estaba...revisándolos.

Harry asintió con la cabeza mirando a su hijo por encima del hombro y con un suspiro se dio vuelta, dejándose caer sobre una de las sillas de visitantes.

—Entonces, ¿Qué opinas James? —Preguntó —¿Es toda esta investigación una causa perdida?

—¿Por qué ellos creen que estás involucrado con los mismos chicos malos que estás intentando capturar? —Exclamó James con incredulidad —O sea, ¡No tiene ningún sentido!

—Tiene sentido para su punto de vista —dijo Harry tristemente —Tú estuviste en la asamblea de Neville, y escuchaste lo que pensaba la gente que estaba alrededor. Muchos de ellos realmente creen que el Ministerio de Magia estaría dispuesto a crear villanos, desde Voldemort hasta el FULEM, solo para mantener el mundo mágico bajo sus pulgares. Si eso es cierto, entonces haría perfecto sentido que yo esté involucrado, e incluso que pudiera ser uno de los autores intelectuales del plan.



—Eso es lo que dice Ralph también —James reconoció a regañadientes —
¡Pero nada de eso es verdad! ¿Cómo pueden creer ese montón de tonterías?

Harry frunció el ceño pensativamente —Una vez que se abandona el concepto de verdad, James, todo se convierte en una mera cuestión de *perspectiva*. Para el Elemento Progresivo, no hay bien o mal, sólo hay lados. Cuando uno de esos lados derrota al otro, ellos no lo ven como un triunfo del bien sobre el mal o viceversa. Ellos lo ven simplemente como un lado ejerciendo el poder injusto sobre el otro. Sin verdad, sin ningún tipo de creencia en lo correcto e incorrecto, lo mejor que se puede esperar en la vida es una especie de concepto de tibia equidad, donde ambas partes en cualquier pelea simplemente eligen vivir y dejar vivir. Ellos creen que lo que llamamos “bien” debe simplemente aprender a tolerar lo que llamamos “mal”, ya que el bien y el mal son filosofías de vida igualmente válidas.

—Pero, —James comenzó, arrugando la cara tratando de entender —Pero, eso es obviamente loco. Esto no es algo como si las alfombras voladoras sean legales o no. Voldemort era un villano sediento de sangre que mató a la gente sólo por el bien de su propio poder. Deteniéndolo fue la única forma de salvar un sin número de otras vidas ¿no?

—No es como el Elemento Progresivo lo cree —respondió Harry, sacudiendo la cabeza —Ellos piensan que si sólo hubiéramos detenido la lucha contra él, bajando nuestras armas y le hubiéramos dado el derecho a vivir como él quisiera, entonces todos hubiéramos estado en paz, de alguna manera.

James lo consideró por un momento con sus ojos entrecerrados y luego se encogió de hombros —Pero entonces él los hubiera matado a cada uno de ustedes.

Harry asintió con la cabeza —Probablemente, Voldemort no era la especie de mago que “Vive y deja Vivir”, especialmente teniendo en cuenta la profecía. Uno de nosotros tenía que matar al otro para poder sobrevivir. Pero en realidad, con profecía o no, eso es lo que pasa en todos los rincones del mundo, en cada lucha entre el mal y el bien, entre el poder y el amor. Los dos no pueden estar juntos porque se anulan entre sí. Siempre habrá una lucha entre ellos hasta que uno se imponga al otro. No hay alternativa.



—Entonces, ¿Todos los del Elemento Progresivo son completamente idiotas?
—dijo James levantando sus manos.

—No todos —replicó Harry con un suspiro —Ellos *están* en lo cierto en un montón de horribles cosas que se han hecho a lo largo del tiempo en el nombre del bien. El mismo Merlín ha contado las batallas ocurridas entre personas mágicas y no—mágicas en sus días, no del todo correctas o incorrectas, como ellos pretendían hacerlo, pero si con un mero prejuicio y miedo, la intolerancia y el odio. Estas son las cosas que debes tener cuidado a cualquier precio. Y sin embargo, para negar algunas luchas, de hecho, es necesario luchar para convertir una verdad pragmática en una ilusión peligrosa. Esto, James, es por lo que el Elemento Progresivo es culpable. Muchos de ellos no son malos, y muchos de ellos no son muy bien intencionados. Pero eso no significa que al final, su filosofía no es en el fondo mortal.

James pensó en esto por un momento y finalmente preguntó —¿Entonces quién crees tú que los delató?

Harry negó con la cabeza nuevamente con su rostro cada vez más oscuro — No lo sé. Casi nadie sabía de la redada. Pero sospecho que Espinosa y Price están en lo cierto. Quien les advirtió acerca de nosotros también ha matado a Tarrantus y dejó su cuerpo para que podamos encontrarlo. El FULEM tiene un *nuevo* líder ahora, alguien que bien puede saber mucho más acerca de nosotros y como planeamos detenerlos, como Tarrantus nunca pudo. Sospecho que la primera orden del día es encontrar quién es esa persona. Entonces, tal vez sepamos cómo proceder.

—Pero, ¿Quién podrá ser, Papá? —preguntó James honestamente, inclinándose hacia delante sobre el escritorio. —O sea, Mamá sabía, y quizás Lil...

—Incluso si le dijeron a alguien más —respondió Harry, entrecerrando los ojos —nadie envió ningún mensaje fuera del departamento, ya sea a través de la red Flu o incluso a través del Espejo. He creado encantamientos que me informen cada vez que exista una comunicación entre el espejo y el mundo exterior, solo para asegurarme que nadie está espiando y si algún mensaje ha sido enviado, ya me habría enterado —de repente Harry miró a su hijo con una mirada aguda —

James ¿Desde que llegaste, alguno de ustedes ha llegado o salido durante las últimas horas? Además de Percy, quiero decir. Desde que llegaste, ¿Alguien salió? ¿Incluso para un pequeño paseo alrededor del barrio?

—No, Papá —dijo James, pero luego se detuvo. Inesperadamente, se encontró pensando en la cama vacía de Petra en el piso de arriba cuando había ido a buscarla. Había buscado por todo el piso de arriba, pero no había visto ninguna señal de ella y, sin embargo, un tiempo después, ella había bajado como si hubiera estado en su habitación todo el tiempo. James todavía estaba sacudiendo la cabeza pero sus pensamientos no paraban, tornándose fríos y temerosos. Petra había tenido conocimiento de la redada pero *seguramente* no advirtió a los villanos, incluso si hubiera podido desaparecer de alguna manera desde el piso de arriba sin que nadie lo notara, ¿Podría?

—Bueno, no lo sé en realidad —dijo Harry, recostándose en su silla —Pero voy a averiguar, quienquiera que haya filtrado la información sobre la redada y haya matado a Tarrantus, lo sabré. Y cuando lo haga, se arrepentirán de haberle hecho eso. Me aseguraré de eso.

James asintió con la cabeza, pero por dentro se sentía aturdido y profundamente asustado.

Yo soy la Princesa del Caos, pensó, recordando la visión de Morgana, la sombría figura que había hablado con la voz de Petra. *Yo...soy la Reina Hechicera...*



La Navidad en el departamento parecía concurrir agitadamente, haciendo malabares entre las vacaciones más cortas de Alma Aleron, las demandas constantes de trabajo de Harry y Percy, los pensamientos de James acerca de Petra, el FULEM, el profesor Ignatius Magnussen, y el Departamento de Integración Mágica.

El día de la Navidad fue el único día relajado de las vacaciones, donde la familia abrió sus regalos y conversaron con la abuela Weasley, Tío Ron, Tía Hermione y el resto a través de la red Flu. De su madre, James consiguió una caja de nuevos calzoncillos y una nueva capa de invierno. Su padre, había comprado a James un nuevo par de guantes de *Clutchcudgel* en una tienda de artículos deportivos mágicos en Nueva Ámsterdam. Los guantes eran de cuero, coloreados de naranja y azul haciendo referencia a la casa Pie—Grande, con una manga forrada con gamuza para dejar la varita en la muñeca izquierda. Denniston Dolohov le había regalado a Ralph, un nuevo ajedrez mágico con piezas encantadas que podrían jugar solas si así quisiera. Las piezas habían sido especialmente encantadas por un campeón de ajedrez mágico para que Ralph pudiera practicar solo si no encontraba al rival adecuado. Petra, para sorpresa de James, había logrado adquirir una nueva casa de muñecas y una muñeca de porcelana, que Izzy había bautizado inmediatamente como Victoria Penélope.

—Pero nunca Vicky Penny —advirtió, mirando con severidad a James, a lo que asintió solemnemente de acuerdo.

Petra, por supuesto, al no tener padres o abuelos sobrevivientes, no recibió regalo alguno y Ginny le había confiado a James que la chica había insistido en que no le compraran nada tampoco.

—Ella dice que es más que suficiente que la dejemos vivir con nosotros durante la investigación —dijo mientras secaban los platos cerca del fregadero de la cocina —Yo respeto sus deseos, pero parece tan deprimente que no tenga ningún regalo que abrir en Navidad. Especialmente desde que perdió ese broche que ella utilizaba. Ella le resta importancia, pero creo que ese broche tenía un significado muy especial. Ella dice que fue un regalo de su padre para su primera Navidad ¿Sabías?

James no lo sabía, y admitió que nunca la había visto utilizándolo hasta el verano pasado. El suponía que el broche había llegado en la caja de cosas del padre de Petra, que fue enviado por el Ministerio de Magia cuando había cumplido su mayoría de edad.



Luego de no haber hecho ningún tipo de contacto con Petra, James salió fuera en la noche de Navidad y encontró un montón de hierbas secas atrás de unos contenedores de basura y los transformó en un bonito ramo de rosas y tulipanes, que los encerró en un encantador florero para evitar que se marchiten. Llevó las flores al departamento y los ató con una cinta navideña. Por último, mientras todos estaban reunidos alrededor de la chimenea en el piso de abajo, James se metió en la habitación de Petra y dejó el ramo de flores sobre el velador junto a una pequeña nota que decía simplemente “Feliz Navidad Petra”.

Contento con su obra, James se fue a la cama esa noche y cayó dormido casi inmediatamente. Soñaba con sus nuevos guantes de *Clutchcudgel*, la risa hueca del profesor Straidthwait, el misterioso enigma de las salas del Castillo Érebus, con una fantasmal figura del profesor Magnussen acechando desde la penumbra, con los ojos negros como petróleo. Finalmente, en el abismo más profundo de la noche, James soñaba con la isla rodeada de olas rompiendo y nubes de hierro. Soñaba con el castillo negro, tan antiguo y firme, y la figura mirando desde el balcón, con su mirada pesada y caliente, observando, esperando ¿Ella había alertado a los miembros del FULEM del ataque inminente? ¿Morgana había matado de alguna forma a Tarrantus dejando a Petra, su alter ego, asumir la culpa? En la oscuridad de la noche, envuelto en la lucidez inocente de sus sueños, James pensaba que era totalmente posible.

No recordaría nada de eso a la mañana siguiente, pero sus sueños intentaban enviar el mensaje hacia afuera, tratando de advertir a su subconsciente de lo que estaba por venir. *Mi trabajo no es salvar a Petra de Keynes*, se dio cuenta mientras flotaba en el sueño de la isla, contemplando el sombrío balcón. *Mi trabajo consiste en salvar a Petra de Morgana*.

Mi trabajo, pensó en las profundidades del sueño, *es salvar a Petra de ella misma*.





Capítulo 17

La Balada del Jinete

Cuando las vacaciones parecían ir y venir como un relámpago, el semestre de primavera se desplegó ante James como una alfombra interminable sin final a la vista. Albus, en particular, parecía volver a la escuela con una disposición bastante amarga.

—Pensé que íbamos a salir de este basurero por ahora, —gruñó cuando cruzaban por el campus hacia las clases de la mañana. Pesadas nubes y un viento helado recorriendo bajo el campo, hacían que las capas de los chicos se movieran como velas de barco.

—Hey, —dijo Zane, su propia disposición normalmente alegre era humedecida por el clima ártico, —es de Aleron de quien estás hablando. Entiendo por qué podrías odiar a todos tus amigos Lobito de regreso en la Mansión Ares, pero ahí están. Odia al jugador, no odies el juego.

—Odiaré lo que desee maldecir, —Albus murmuró sombríamente.

—Estoy sorprendido, —comentó Ralph. —Pensé que habías encajado muy bien con los Hombres Lobo. No parecen como nuestros lejanos compañeros de Slytherin.

Albus se burló sin humor. —Hah. Me quedo con Tabitha Corsica que con Olivia Jones cualquier día. Tabitha pudo haber resultado un poco fuera de su escoba al final, pero al menos la gente *la* odiaba por *principio*. Estos cretinos simplemente odian a cualquiera cuyos tata-tata-tata-tata abuelos no tuvieron la suerte de haber estado en algún estúpido barco que desembarcó en la maldita Roca Plymouth.

James se sorprendió ante la repentina sinceridad de su hermano. Sabía que probablemente se acabaría apenas tuviera la oportunidad de establecerse nuevamente en la rutina de la escuela, pero por ahora se aprovechó de ello.

— ¿Quieres decir, —dijo con la mayor serenidad posible, —que te dan un tiempo duro sólo porque no eres un Americano?

Albus apretó los labios con fuerza y sacudió la cabeza. —Ellos están bien con el hecho de que No soy un americano, siempre y cuando no desee jugar *Clutch* o ser parte de las Matutinas Calistenias de Preparación del Cuerpo o unirme a su preciosa Milicia Libre de Salem—Dirgus. No es que yo *quiera* hacer ninguna de esas cosas, pensarán ustedes, pero aun así, se pone un poco anticuado ser constantemente recordado que estoy fuera, quiera o no.

—¿Qué dice el viejo Cara de Piedra Jackson al respecto? —Preguntó Zane, levantando su mochila contra el viento helado.

—Oh, él habla de un gran juego sobre cómo la Casa Hombre—lobo, como América en general, es el gran crisol de razas, “la bienvenida a todos los brazos de la libertad, la vigilancia, y el servicio civil”, pero los estudiantes son otro caldero de tritones del todo. Supongo que si presionaba el tema con Jackson, se aseguraría de que me metiera en cualquier club o equipo que quisiera, pero luego sólo tendría que vivir con los Hombres Lobo quienes habían intentado congelarme para



empezar. Es más fácil simplemente mantener un perfil bajo y esperar a llegar a casa para Slytherin.

—Caray, —comentó Ralph. —Después de tu actuación en la torre del reloj en la aventura de cambiar la bandera, habría pensado que serías el chico dorado de los Hombres—lobo.

—Sí, —Albus acordó con amargura. —Eso los impresionó bastante. Dijeron que mostré mucha promesa “para ser un Cornelius”.

—Hmm, —James asintió, reticente a decir nada más. Alguna pequeña y mezquina parte de él estuvo vilmente contenta de que Albus estuviera teniendo dificultades con su casa. *Siempre le sirve bien estar del lado de cualquier grupo que parezca el más fiable y malo*, pensó. *Primero los Slytherin, y ahora estos nacionalistas tontos cabezas huecas de Hombres—lobo*. Sin embargo, al ver lo aparentemente infeliz que era Albus, a James le duró poco.

—Tal vez puedas venir a pasar el rato con nosotros en la Mansión Apolo, —ofreció. —Tenemos una sala de juegos bastante decente y Yeats hace una medio pizza, si le puedes hablar de ella.

—Sí, eso es justo lo que quiero, —respondió Albus, rodando los ojos. —Para empezar a salir con el club de perdedores del campus. Gracias pero no, gracias. La casa Hombre—lobo puede ser un montón de gruñones de mente estrecha, pero sobresalen en el orgullo. Y por lo menos puedo esperar un trofeo *Clutchcudgel* este año. Ustedes tendrán suerte si consiguen una sola victoria.

—Él tiene razón, James, —Zane acordó inútilmente. James estaba demasiado frío para discutir el tema y los chicos caminaron el resto del camino a la clase en silencio.

Dentro de la primera semana de clases, James se dio cuenta de que había olvidado por completo preguntarle a Lucy acerca de que él, Ralph y Zane tomaran un recorrido por el Castillo Érebus para que pudieran tratar de resolver el enigma de la llave dimensional de Magnussen.



Zane rodó los ojos hacia los tres chicos apiñados en torno a una mesa en la biblioteca cerca de la parte superior de la Torre del Arte. —Es fácil, —susurró. — Sólo le pides a Lucy que sea tu cita de baile de San Valentín. Entonces, *tendrá* que decir que sí cuando añadas en que deseas que ella nos muestre los alrededores del castillo de los Vampiros.

James negó con la cabeza. —Es Lucy, —dijo. —No necesito *engañarla* ni nada. Sólo voy a preguntarle. Por supuesto, ella dirá que sí.

Zane se encogió de hombros y se recostó en su silla. —Hazlo a tu manera. A mí, me gustaría un poco de seguridad. He oído que estuvo bastante desanimada por todo lo cursi que hubo entre tú y Petra en Navidad.

La cara de James se calentó con vergüenza mezclada con sorpresa. —¿Qué? ¡Eso es ridículo! ¡No pasó nada en absoluto!

Ralph hizo una mueca incómoda. —Los vi a los dos cogidos de la mano en el salón, —admitió. —Así como Lucy. Ella no pretendía molestarse por eso, pero se escondió en su habitación un rato después.

—No era como *eso*, —James suspiró. —Estábamos hablando. De hecho, de cómo vamos a tratar de limpiar su nombre.

—Me parece que deberías de haber estado hablando con Lucy de eso, —reprendió Zane. —*Ella es* la que necesitamos para que nos guíe dentro del Castillo Érebus.

—Mira, Lucy no es Cheshire Chatterly y yo no soy tú, —dijo James, lanzando una mirada a Zane. —No puedo engañarla de esa manera.

—No hubo ningún tipo de trucos que nos implicaran a mí y a Cheshire, —Zane respondió un poco a la defensiva. —Conseguí la llave para el Archivo y Cheshire fue conmigo al baile de Halloween. Era ganar—ganar para todos.

James cruzó los brazos sobre la mesa de la biblioteca y apoyó la barbilla. —Es diferente para ti. Cheshire no era... *dulce* para ti, para empezar.

Zane frunció el ceño pensativamente. —Ella lo fue después, —respondió con un encogimiento de hombros.

—Tal vez Ralph puede hacerlo, —James ofreció, sentándose de nuevo. —¿Cómo podría alguien decir que no a esa cara?

Ralph miró de Zane a James, con ceño fruncido.

Zane negó con la cabeza. —Es tu juego, James. A menos que conozcas algún vampiro de la vida real, Lucy es nuestra única opción. Hazlo como quieras, pero es mejor que lo hagas rápido. Ese Keynes no esperará por siempre para realizar su juicio a Petra.

James sabía que Zane estaba en lo cierto. También sabía que probablemente le estaban dando mucha más importancia a la tarea de la que se merecía. Lucy era su prima, después de todo. Sin embargo, su aparente enamoramiento por él tendía a complicar las cosas de una manera que no podía predecir. Para estar seguro, determinó que le preguntaría después del partido *Clutchcudgel*. El equipo Pie-grande estaba programado para enfrentar nuevamente a la Casa Vampiro y las probabilidades eran que a pesar de los mejores esfuerzos de James, los Vampiros ganarían fácilmente. Esto pondría a Lucy en un buen estado de ánimo, lo que haría más receptiva la petición de James. Después de haber decidido esto, James desestimó el asunto por el momento.

El viernes por la tarde James se dirigió a la Duna Pepperpock. Allí, se ubicó con su equipo *Clutchcudgel* junto a Jazmine, Gobbins, Wentworth, y el resto del equipo Pie—grande.

—Lindos guantes, —dijo Jazmine con aprecio. —¿Regalo de Navidad?

James asintió con orgullo. —Sí, de mi papá.

—Todo lo que conseguí fue un montón de pociones de pelo y una caja de horribles novelas de Remora, —dijo Jazmine, frunciendo el ceño. —Mi madre está loca por ellas. Esperaba que fuera a terminar en la Casa Vampiro, o incluso Duende. Ella dice que Pie-grande no es muy “Veela”.



James no sabía cómo responder a eso. —Una de mis tías es parte Veela, —se aventuró. —No vale la pena, te prefiero a ti que a ella la mayoría de los días.

Jazmine le sonrió mientras se ató sus canilleras.

—Vamos, equipo, —Wood llamó a mitad de las escaleras del pórtico. —Espero que todos lleven su ropa interior. Esta noche está muy fría.

James agarró su Skrim y siguió al equipo por las escaleras a la noche agitada. El cielo sobre los pórticos estaba despejado, oscureciéndose hacia la puesta del sol con un polvo de estrellas que estaban empezando a brillar por encima. A su alrededor, los parapetos de las tribunas estaban llenos de vítores y estudiantes burlones, ondeando las banderas rojas y negras de la Casa Vampiro.

—Este partido es nuestro, —Wood llamó por encima del ruido, atrincherándose en el centro de los jugadores reunidos. —Si los Vampiros ganan esta noche, nos dan un golpe limpio y sellan su clasificación. Esta noche, la mayoría de las personas quieren ver una final del campeonato entre Hombre Lobo —Vampiro, por lo que el sentimiento se apila muy fuertemente en contra de nosotros. Ustedes han jugado de manera excelente este año equipo, la magia ha sido mucho más ofensiva de la que yo haría, y francamente, estoy cómodo. Sin importar cómo, podemos caminar con la frente en alto después del partido de esta noche. Como siempre, vamos a mantenerlo limpio por ahí y hacerlo condenadamente mejor. ¿De acuerdo?

El equipo retumbó en acuerdo y juntaron sus manos sobre el puño extendido de Wood para el grito de guerra tradicional. —¡Vaaamos PIES!, —Gritaban al unísono, y luego se separaron, alineándose a lo largo del borde de la plataforma.

—No sé ustedes, —Norrick murmuró a James, —pero no pienso dejar que los Vampiros ganen esto sin luchar.

James asintió. —¿Estuviste practicando ese pequeño *Solarflack* que Wentworth trajo?



—Pasé la mitad de mis vacaciones de Navidad en eso, —Norrick respondió con una sonrisa triste. —En esta oscuridad, cegaré a cualquiera que trate de emboscarme desde la parte posterior y tal vez forzar uno o dos de ellos a abandonar el *Clutch* si tratan de pasarme.

—Genial, —James estuvo de acuerdo. —Por lo menos ya hemos conseguido un juego empatado en nuestro haber este año, ¿eh? Si no hubiera sido por eso, apuesto a que la mitad de estas personas se habrían quedado en casa esta noche. Ahora saben que estaremos haciendo que esos Vampiros trabajen por el triunfo.

En el aire entre los pórticos, el profesor Sanuye flotaba como una semilla de diente de león en su escoba oficial. Sopló fuertemente su silbato y James vio a Jazmine bajar a la plataforma, dirigiéndose hacia el anillo central. El resto del equipo la siguió, cayendo en su posición.

—Nada por acá, —Norrick sonrió. —¡Al agujero!

Un momento después, ambos chicos se lanzaron desde la plataforma, que se inclinaba hacia el viento frío y bajaron encogidos sobre sus skrim.

Sesenta segundos más tarde, después de una intensa vuelta de calentamiento, Sanuye sopló una nota larga en su silbato. James se precipitó hacia adelante en su Skrim, lanzándose en una aceleración de cohete, y pasó inmediatamente a dos Vampiros. Pasó a través de la pista central y, antes de darse cuenta, había cogido una de las *Clutches*. La puso bajo el brazo izquierdo y sacó su varita del estuche.

—¡Potter! —Gobbins llamó desde atrás. —¡Dos Agresores a las doce, cayendo rápido!

James se agachó sobre su Skrim y se echó hacia atrás, desacelerando tan rápidamente que la *Clutch* trató de salirse debajo de su brazo. Casi al instante, desde la oscuridad, dos jugadores Vampiro cayeron por delante de él, chocando entre sí y rebotando fuera del camino. James saltó hacia arriba, tirando de su Skrim, y dio un salto mortal sobre los Protectores, apenas pasando por el anillo más cercano.

Artis Decerto, pensó con una sonrisa. *¿Quién habría pensado que había estado practicando el curso de la Clutch? Voy a tener que empezar a enseñarle al equipo también.*

Aun acelerando, James esquivó a través del juego, completando sus vueltas necesarias, antes de lanzar la *Clutch* a través del anillo de meta. Tan pronto como la lanzó, apuntó su varita hacia ella.

—*¡Diplicitous!* —gritó, y hubo un destello de color púrpura. Fuera del flash, tres *Clutches* parecían girar hacia la meta en lugar de una. El Vampiro Guardián dudó por un momento, y luego golpeó su Garrote en el medio de las tres bolas. El Garrote atravesó la *Clutch* fantasma, lo que permitió que la verdadera pasara a través del anillo de meta. Un rugido surgió de la multitud mientras James volaba, su pelo azotado por el viento frío, y no podía decir si los espectadores aplaudían o abucheaban, pero no le importó.

Para el medio tiempo, James se sorprendió al darse cuenta de que los Vampiros estaban liderando al equipo Pie-grande por sólo cuatro puntos. Los Pie-grande fueron alentados en gran medida por este hecho y entraron en la segunda mitad del partido con una firme determinación de al menos terminar el juego en un empate. De todas formas implicaría una victoria técnica para la Casa Vampiro, pero al menos los Pie-grande podían volver a casa sintiendo que habían logrado una victoria simbólica, sin nada más.

Fue muy difícil hacer un seguimiento de la puntuación real, mientras que el partido estaba en marcha ya que había, en un momento dado, tres *Clutches* en juego. James miraba el marcador de vez en cuando y vio que en el último cuarto, los Pie-grande habían, de hecho, emparejado a los Vampiros casi exactamente a lo largo de la segunda mitad del juego. La puntuación se cernía en 46—45, con el Equipo Vampiro aferrándose a una ventaja muy frágil.

—¡Jazmine tiene una *Clutch!* —Norrick llamó, planeando junto a James. — ¡Asegúrate de que llegue a la meta! El resto de nosotros caerá sobre sus Goleadores como una tonelada de ladrillos, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —James llamó con un gesto brusco. Miró a un lado y vio a Jazmine esquivando a través del juego detrás de él, su capa naranja destellaba en



las luces del estadio. James se arrodilló en su Skrim, agarrándose adelante con ambas manos con el suelo a solo un paso debajo de él. Jazmine giró y lo vio esperando. Ella asintió con comprensión.

—Es hora de cortar el césped, —anunció James, lanzándose a toda velocidad nuevamente y moviéndose directamente en frente de Jazmine. Sacó su varita y se enfrentó a los Agresores Vampiro. Una rápida gravedad succionó a los dos fuera de los anillos, permitiendo que James y Jazmine se elevaran hacia allá, sin desviarse siquiera de su curso. Los anillos brillaron y James moviéndose de nuevo, encantó una Cuerda de Seguridad atada al final de la Skrim de otro Vampiro, provocando que perdiera el control y virara fuera de los anillos. James levantó la vista a tiempo para ver que Norrick había logrado someter a uno de los Goleadores Vampiro fuera del curso utilizando su Maleficio *Solarflack*. Los estallidos de luz brillaban en su estela mientras bombeaba su puño triunfante en el aire.

—¡Estamos casi allí, Jazmine! —James volvió a llamar. —¡Clava el tiro y podemos empatar el partido!

James rodeó la última duración del curso en forma de ocho y se preparó para dar espacio a Jazmine para apuntar. Sin embargo, mientras se movía, una sombra osciló al final de su Skrim. Al levantar la mirada, vio que el segundo Vampiro Goleador había alcanzado a Jazmine. El Goleador levantó su propia *Clutch*, preparándose para disparar a la meta exactamente al mismo tiempo que Jazmine. Sin pensarlo, James levantó su varita una vez más, diciendo en voz alta su hechizo exactamente en el mismo momento en que ambos Goleadores lanzaban sus *Clutches*.

Lo que pasó después fue casi demasiado rápido para ver, y sin embargo, en la mente de James, tardó horas. Vio el arco de la *Clutch* de Jazmine a través del aire, seguido del disparo del Goleador Vampiro, pero el objetivo de Jazmine era demasiado bajo; su *Clutch* estaba perdiendo la meta por completo. James encantó la Cuerda de Seguridad, capturando perfectamente la *Clutch* del Vampiro. Con un movimiento de su varita, James giró hacia abajo la *Clutch* del oponente, forzándola a caer y subir de nuevo. La *Clutch* del Vampiro chocó en el aire con la de Jazmine, alterando su curso. Una fracción de segundo más tarde, las dos *Clutches* se



dispararon a través del anillo de meta, más allá de los dos Guardianes, que se habían trasladado a un lado en un esfuerzo para no bloquear accidentalmente el disparo de su propio equipo.

James se disparó por debajo del anillo de meta en repentino silencio. Miró hacia atrás, vio la mirada de Jazmine de incredulidad, y luego de sorpresa al ver cómo las gradas estallaban en vítores ensordecedores y salvajes alrededor.

—¡Marcamos un Knockpoint! —Jazmine gritó con asombro, alcanzando a James y pegándole en el hombro. —¡Un Knockpoint, James! ¡Ni siquiera puedo recordar la última vez que pasó!

—¿Qué es un Knockpoint? —James gritó por encima del ruido de la multitud. El resto del equipo estaba con ellos ahora, formando un círculo a su alrededor.

—¡Chocaste nuestra *Clutch* contra la de ellos y las dos pasaron a través de la meta! —Jazmine gritó, riendo. —¡Eso hace que *ambos* puntos sean nuestros! ¡Tenemos el doble de la puntuación, James!

—¿Quieres decir, —dijo James, zarandeado por el equipo que se lanzó alrededor de él y de Jazmine, —que ganamos?

—¡Ganamos! —Norrick gritó, riendo. —¡Santos Hinkypunks! ¡Ganamos!

El resto del equipo se unió al grito, proclamando su victoria y lanzando a James y a Jazmine entre ellos. Con una salvaje agitación, el equipo se desvió hacia su plataforma y se distribuyó en la parte superior de la misma, rugiendo de alegría triunfante.

—Y en un impactante record, —gritó la voz de Cheshire Chatterly, haciendo eco en la cabina del locutor, —¡El Equipo Pie-grande consigue su primera victoria en casi doce años, con un increíble gol Knockpoint para ganar el partido con los esfuerzos combinados de la capitana del equipo Jazmine Jade y el recién llegado James Sirius Potter! Con eso, las esperanzas eliminatorias del Equipo Vampiro se ponen en espera durante al menos un partido más, mientras que el Equipo Pie-

grande se niega a ser sacado de la temporada. ¡Qué partido, amigos! ¡Qué... partido!

Fuera de la oscuridad de la plataforma, una figura casi rodó sobre James, llamando su nombre. —¡James! ¡Eres un gran genio! ¡Un Knockpoint para ganar! ¿¡Cómo hiciste eso!?

—¡Zane! —James se rió, luchando por mantenerse en pie. —¡No lo sé! ¡Ni siquiera sabía lo que era un Knockpoint hasta que sucedió! ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Ralph y yo llegamos hace diez minutos, cuando pensábamos que sólo ibas a empatar el partido, —Zane respondió con entusiasmo.

—Wood dijo que podíamos ver el resto del partido desde aquí arriba, —Ralph añadió, sonriendo. —¡Qué fiesta!, ¿eh?

—Primera victoria en más de una década, —Gobbins anunció, aplaudiendo efusivamente en las hombreras de James. —¡Gracias a nuestro nuevo entrenador de magia, James Potter! ¡Vamos, todo el mundo! ¡Fiesta de la victoria en el Cometa y Llave en veinte minutos! Vamos a ver si todavía recordamos cómo hacerlo, ¿eh?

Con gritos estridentes de placer y grandes pisadas de pies, el Equipo Pie-grande bajó por las escaleras de la bodega del casillero, cantando el himno de la Casa Pie-grande y prácticamente llevando a James y a Jazmine sobre sus hombros.

No fue sino hasta una hora y media después que James recordó su intención de preguntarle a Lucy en hacer un recorrido por el Castillo Érebus. Ya estaba saliendo del Cometa y Llave cuando la vio en una mesa poblada por una pandilla de taciturnos estudiantes Vampiro. No pensó en nada de eso—después de todo, los estudiantes Vampiro hacían todo un espectáculo siendo taciturnos casi en todo momento—hasta que ella se levantó y se reunió con él cerca de la puerta.

—Felicitaciones, primo, —dijo con cierta rigidez. —¿Querías hablarme de algo?

—Sí, —James asintió, recordando que le había pedido que lo encontrara tras el partido. —Er, ¿te diriges al castillo ahora? Podríamos caminar juntos.

Lucy lo miró por un momento, y luego asintió con la cabeza sombríamente. James abrió la puerta trasera del Cometa y Llave, dejando entrar una ráfaga de aire invernal y nieve como cristales de arena.

—Er, —dijo cuando los dos entraron en la oscuridad de la escuela, —esto es un poco incómodo. Exactamente no esperaba ganar esta noche, ya sabes.

—Lo hiciste muy bien, —dijo Lucy con frialdad. —Un Knockpoint. Los Vampiros dicen que eso no siempre sucede. Dicen que tuviste suerte, pero me atacan por ti. Les he dicho que eres muy talentoso en muchos sentidos.

James se alegró de que estuvieran caminando en la oscuridad. De repente se sentía muy incómodo.

—Gracias, Lu, —dijo. —Quería pedirte un favor.

Lucy se detuvo y miró hacia él, sus ojos se estrecharon con desconfianza. —¿Cuál?

—Yo, —James comenzó, y luego tragó saliva. —Er, sólo estaba pensando. Ralph, Zane y yo, estamos muy interesados en explorar el Castillo Érebus. Hemos escuchado algunas cosas al respecto y pensamos que sería estupendo hacerlo una vez más, ¿sabes? Pero de acuerdo con las reglas de la casa, no podemos entrar a menos que estemos acompañados por un estudiante Vampiro o un vampiro real. Entonces, tú estás en la Casa Vampiro...

—¿Por qué de repente estás tan interesado en el Castillo Érebus? —Preguntó Lucy, sus ojos se estrecharon aún más en la oscuridad, mirando a James críticamente.

—No es nada, realmente. Quiero decir... —Se detuvo, tragó saliva de nuevo, y entonces decidió, en el calor del momento, cambiar su táctica. —¿Pensé que te gustaría ir al baile de San Valentín conmigo?

La cara de Lucy lució afligida por un momento muy breve, pero rápidamente lo escondió. —Esto tiene algo que ver con Petra Morganstern, ¿no es así?

James parpadeó, aturdido. —¿Qué...? —Tartamudeó. —Quiero decir, ¿Cómo...? No, claro que no, no seas tonta.

—Los vi hablando en Navidad, James, —dijo Lucy, mirando a otro lado. — No sé qué es lo que estás planeando o qué tiene que ver con el castillo, pero podrías al menos hacerme el favor de ser honesto. —Negó con la cabeza un poco, y cuando lo miró de nuevo, había lágrimas en sus ojos. —¿De verdad, James? ¿Baile de San Valentín? Igual me gustaría ir contigo de todos modos.

Ella apartó la mirada de nuevo, deslizando una mano con rabia en su rostro.

—Mira, Lu, —dijo James, dando un paso más cerca. —Lo siento. Fue idea de Zane. Te voy a decir la verdad, si realmente quieres saber. No es lo que crees que es, realmente.

—No creo nada de nada, grandísimo imbécil, —dijo Lucy, su voz gruesa. — Y no quiero saber, de cualquier manera. Sea lo que sea que estés buscando en el Castillo Érebus, puedes encontrar a alguien más para tu boleto de entrada.

Se dio la vuelta y se alejó antes de que James pudiera responder. Después de una docena de pasos, se volvió de nuevo, apenas una forma de sombras en la oscuridad.

—Y para que lo sepas, —gritó, —hay un *montón* de gente que quiere llevarme al Baile de San Valentín. Qué, ¿crees que sólo he estado *esperándote* a que vinieras a pedírmelo? Eres mi primo, James. No seas tan miserable.

Después de haber liberado su reserva final, ella giró sobre sus talones nuevamente y casi corrió hacia los árboles, haciendo rasguños negros en la acera con costra de nieve.

James la vio irse, sintiéndose completamente tonto y miserablemente enojado consigo mismo. Consideró perseguirla, pero alguna sabia y profunda voz interior le dijo que eso sólo empeoraría las cosas.

Con un suspiro desconsolado, James se dio la vuelta. Caminó en la oscuridad mucho más lento, en dirección a la forma distante de bloques de la Mansión Apolo.



En el transcurso de la semana siguiente, un repentino golpe de presión caliente descendió sobre el campus, derritiendo el hielo y la nieve de los senderos y reduciendo la carga de grandes pedazos de cristal que constantemente caían por el campus. James, Ralph y Zane pasaron la mayor parte de su tiempo libre tratando de pensar otra manera de entrar al Castillo Érebus, pero no tuvieron éxito. Su último esfuerzo había sido escabullirse después de clase de Cursología del jueves por la tarde, que se realizó en el castillo en la sala lunar de cristal. Sin embargo este había fracasado casi de inmediato, cuando un pequeño retrato de un mago muy severo con una barba puntiaguda los había arrinconado en el rellano de la escalera principal.

—*Alto* ahí, caballeros, —el retrato pronunció cuando pasaron. —¿A dónde creen que van?

—Shh, —Zane silbó, devolviéndose. —Estamos mirando un poco alrededor. No te irrites.

El retrato sonrió un poco desconcertante. —Sólo a los residentes del castillo Érebus se les permite ir al piso superior, mis amigos, —dijo de repente en una voz sedosa. —Pero ¿qué puedo hacer al respecto? Yo, una mera pintura. Hagan lo que deseen, pero considérense advertidos.

—Eso me gusta más, —Zane murmuró, volviéndose hacia las escaleras. Los muchachos ya iban a mitad de camino en el segundo rellano cuando repentinamente las escaleras se estremecieron bajo sus pies. Con un fuerte *golpe seco*, los pies de James se apartaron a la pared al momento de subir el primer escalón, dejando un agujero negro enorme en su lugar. El siguiente paso fue hacia abajo, casi lanzando a James adelante a la oscuridad bajo las escaleras. Se arrastró hacia atrás, chocando con Zane y Ralph, y las escaleras empezaron a retraerse más rápidamente, persiguiéndolos de vuelta por donde habían venido. Los tres chicos



bajaron violentamente, cayendo unos sobre otros, hasta llegar al rellano principal una vez más estrellándose y jadeando en el piso de madera.

—¿Qué fue todo eso? —Zane exclamó con enojo, luchando por sus pies.

—Fueron advertidos, —el retrato suspiró ligeramente.

—¡Advertido nada! —Dijo James. —¡Pudiste habernos dicho que estábamos a punto de ser arrojados a nuestra condena!

El retrato chasqueó la lengua con indignación. —La caída no los habría matado, —dijo. —Aunque las ratas podrían haberlo hecho. Allí se han convertido en una pequeña y avanzada tribu viciosa, después de haber vivido durante tantos años en un castillo mágico.

James se asomó a la oscuridad debajo de las escaleras. Le pareció que podía oír rasguños claros e incluso el chasquido de dientes pequeños.

—Guau, —Ralph se estremeció. —Eso no es *tan* bueno.

Con un fuerte *estruendo*, de repente los escalones regresaron de golpe a su lugar, cubriendo el agujero.

—Tal vez la próxima vez ustedes tres consideren acatar las normas, —comentó el retrato con severidad. —Y el respeto a sus mayores, pintado o de otra manera. Ahora salgan antes de que alerte la Casa Presidencial.

Eso hizo que los chicos pensarán que la última cosa que querían era algún enredo con la profesora Remora.

—No puedo creer que no conozcamos a nadie en la Casa Vampiro, —Zane gimió mientras se abrían camino hacia la cafetería para el almuerzo. —Quiero decir, seamos sinceros: Soy un chico adorable. Todo el mundo se lleva bien conmigo.

—Quizás deberíamos tratar de seguir a Magnussen en el pasado sin saber cómo es la llave dimensional, —James ofreció pensativo. —Tal vez si nos quedamos atrás para vigilarlo, vamos a ser capaces de averiguarlo, ¿verdad?



—Puede ser, —dijo Ralph, encogiéndose de hombros. —Pero odiaría que saliera mal. Sólo tenemos una oportunidad. Rose dice que el viaje en el tiempo es realmente delicado de esa manera.

—¿Qué quieres decir?, —Zane preguntó mientras abrían las puertas de la Residencia de Administración, seguido de una pandilla de estudiantes de más edad que se dirigían a la cafetería. —Creo que yo no estuve en esa conversación. No es que no ame las intimidantes predicciones de Rose acerca de todas las maneras en que podríamos destruir el tejido del universo y todo eso.

James suspiró. —Ella dice que esa es la razón por la que los Gira—tiempos han sido declarados ilegales. Los chicos de Tecnomancia como Jackson han descubierto que es súper peligroso para una persona ocupar el mismo espacio de tiempo más de una vez. Algo de que materias idénticas que accidentalmente llegan juntas y causan “catastróficas pluralidades” o algo cuántico. El punto es que si no capturamos la llave dimensional de Magnussen la primera vez, no tendremos otra oportunidad sin causar potenciales problemas de los que esperamos prevenir.

—Entonces, ¿cómo estás seguro de que realmente *tenemos* que hacer esto de todos modos?— Preguntó Ralph, ubicándose en la fila y agarrando una bandeja. —¿Todavía crees que los verdaderos chicos malos se esconden en el Mundo Entre los Mundos?

—No hay duda en mi mente, —James respondió con un poco más de convicción de la que en realidad sentía. —Ese hilo carmesí faltante es demasiado poderoso como para que desaparezca sin dejar rastro. Si fue en nuestro mundo, alguien en algún lugar habría percibido su rastro. El único lugar que podría estar oculto está fuera de nuestra dimensión. Sólo eso tiene sentido.

—Bueno, entonces, supongo que estamos de vuelta al punto de partida, —dijo Zane, agarrando dos tazones de pudding verde y colocándolos en su bandeja ya llena. —Para entrar en el Mundo Entre los Mundos, tenemos que conseguir la llave dimensional de Magnussen, lo que significa que necesitamos entrar de alguna manera al Castillo Érebus para que podamos averiguar el enigma de lo que la llave realmente *es*. —Suspiró con fuerza. —Tal vez deberíamos hechizar los dientes de

Ralph en puntas y tratar de hacerlo pasar como el Conde Rálfhula, el Empalador. ¿Qué dices, Ralphinator? ¿Vale la pena probarlo?

—Ni siquiera comiences, —dijo Ralph, sacudiendo la cabeza.

Los chicos encontraron un lugar en una de las largas mesas abarrotadas en frente de Wentworth, que estaba distraído por una serie de quisquillosos estornudos.

¿Qué te pasa, Went? —Preguntó James, hurgando en su guiso con un tenedor.

—Ajo, —Wentworth respondió, limpiándose la nariz. —Es mi dieta especial. Ni siquiera estoy comiéndolo, pero todavía puedo olerlo en el almuerzo de todos los demás. Me hace estallar.

Zane agitó su propio plato. —Sí, esto es bastante pesado con eso. Demasiado malo para ti, Went. Esto está muy rico para la panza.

Wentworth sollozó. —Sí, bueno, podrías mostrar un poco más de sensibilidad. No puedo dejar de ser así, ya sabes. Está en mis genes, todo el camino de vuelta a lo que llaman mis padres “el viejo país”. —Rodó los ojos y negó con la cabeza. James vio cómo el chico pequeño alcanzó una taza grande de arcilla. Wentworth se apretó la nariz y bebió de ella con cuidado.

—Sólo por curiosidad, —dijo Zane de repente, con el ceño fruncido a Wentworth, —¿Dónde, exactamente, es “el viejo país”?

Wentworth miró por encima de su taza a Zane con un poco de cautela. —En algún lugar de Europa, —respondió. —Una pequeña región en Rumania, si debes saber.

—Realmente, —dijo Zane, todavía con el ceño fruncido. —¿Comienza con una “T”, tal vez?

—Se supone que no debo hablar de ello, —Wentworth anunció, bajando la taza pero sosteniéndola cerca de su pecho. —Mi madre dice que ya no somos eso. Ella dice que mientras menos hablemos de eso, mejor.



—¿Qué estás bebiendo ahí, Went? —Preguntó James, mirando por encima de la mesa.

—No es nada, —dijo Went. —Es para mi dieta especial. No es como si la quisiera beber, ya sabes. Diez onzas al día es todo.

—¿Eso es jugo de tomate? —Dijo Ralph, usando su altura para echar un vistazo en la taza de Wentworth. —Parece... demasiado oscuro, de alguna manera.

—¡Es jugo! —Wentworth proclamó, cubriendo el vaso con la mano. —Er, algo así. ¡Eso es todo lo que necesitan saber! ¿Qué?

Zane miró de Ralph a James. —Wentworth, hazme un favor, —dijo suavemente, de repente con comprensión en su rostro astuto. —Danos una de las grandes sonrisas del “viejo mundo”, ¿eh?

—Sí, Went, —James agregó con curiosidad. —Veamos esos dientes.



—¡Por la entrada! —Zane gritó, empujando a Wentworth por la puerta principal de la mansión Érebus como si fuera un ariete. —Un Vampiro aquí! ¡Tienes que dejarnos entrar!

—Detente, —insistió Wentworth, sonrojándose furiosamente —¡Se supone que nadie sabe!

—Está bien, —James llamó a la calma, siguiendo de cerca. —Aquí estás entre tus compañeros de “criaturas de la noche”.

—¿Qué está pasando? —Un muchacho alto exigió con voz imperiosa, moviéndose para bloquear a los cuatro intrusos en el vestíbulo. —No se puede irrumpir aquí. Esto es solamente para los miembros de la Casa Vampiro y sus huéspedes.

—Y vampiros reales, —Zane añadió, palmeando a Wentworth en la parte superior de la cabeza. —Lo dice en el lema de su casa. “Cualquier vampiro vagando en busca de asilo o socorro es bienvenido dentro de estas salas.” Miré hacia arriba para estar seguro. Pensé que la palabra “socorro” era un bonito juego de palabras. Eso tiene Remora escrito por todas partes, ¿no es así?

—Este chico no es un vampiro, —el chico se burló, mirando hacia abajo a Wentworth. —Fuera de aquí antes de que llame a la profesora.

—Lo siento mucho, —dijo Wentworth, con las mejillas ardiendo. —No tuve nada que ver con esto. Se supone que nadie debe saber, realmente. Mis padres hicieron arreglos especiales con la escuela...

—Oh, déjalos entrar, Harding, —dijo una chica en un sofá cercano. —¿A quién le importa? Remora ni siquiera está aquí.

—Este chico no es un vampiro, no importa lo que digan estos cretinos, —el muchacho, Harding, declaró, entrecerrando los ojos, con sus fosas nasales dilatadas. —Sin vampiro, *no* hay acceso.

—Pero mira sus dientes, —Ralph insistió, ubicando a Went bajo la lámpara más cercana. —Puede que no sea el tipo de colmillos que lees en los libros de la Profesora Remora, pero están muy puntiagudos si nos fijamos en ellos en la luz correcta. Muéstrales, Went. ¿Ves?

—Cualquiera puede hechizar un par de colmillos, —Harding respondió, rodando los ojos.

—Déjenme echar un vistazo al chico, —dijo otra voz, su tono cortés pero de mando. James miró a su alrededor. El retrato del hombre de rostro severo, con la barba puntiaguda estaba mirándolos hacia abajo desde el rellano inferior. Harding miró desde el retrato a Wentworth, considerándolo. Finalmente, a regañadientes, el chico más alto asintió hacia el rellano.

—Que sea rápido y luego desaparecen, ¿de acuerdo? —Gruñó.

James, Zane y Ralph siguieron a Wentworth de cerca, hacinados hasta al rellano. El retrato entrecerró los ojos en el chico pequeño. James miró a la pequeña

placa de bronce colocada en la parte inferior del marco redondo del retrato. Decía: “Niles Covington Érebus III”.

—Sólo moderadamente desarrollado en los caninos, —dijo pensativo el retrato. —Pero lo suficientemente real, sospecho. Hmm. Sólo hay una manera de saberlo con certeza. Señor Harding, deme la vuelta, por favor.

Obedientemente, el chico burlándose subió al rellano y se deslizó hacia la pintura. Con los ojos todavía entornados en Wentworth, levantó la pintura de Niles Érebus de la pared. Cuando se dio la vuelta, James se sorprendió al ver que la parte posterior de la pintura era un espejo.

—Mírese usted mismo, joven, —Érebus dijo, al parecer hablando con Wentworth.

Cómicamente, todo el mundo en el rellano se inclinó hacia el espejo.

—¡SANTOOOS HINKYpunks!—Zane respiró con asombro. —¡Went! ¿Dónde estás?

Aun mirando en el espejo, James llegó a un lado con la mano derecha. Sus dedos palmearon la cara de Wentworth, golpeando los lentes torcidos del chico. En el espejo, sin embargo, los dedos de James se movieron sobre el espacio vacío.

—Hey, —Wentworth dijo, molesto, enderezando sus gafas. —Déjalo, ya.

—¡Él no está ahí! —Exclamó Ralph. —¡Es invisible en el espejo!

—No veo cuál es el gran problema, —Wentworth anunció con cansancio. — No es como una especie de superpoder ni nada. ¿Tienen idea de lo difícil que es peinar tu cabello si no puedes verte a ti mismo en un espejo?

—Bueno, Señor Harding, —el retrato de Érebus dijo desde la cara posterior del Espejo, — parece que este joven es, en efecto, real. De acuerdo con las reglas de la casa, a él y a sus invitados se les debe conceder entrada.

—Pero, —dijo Harding disgustado, —¡Míralo! ¡Se supone que un vampiro no luce así!



—Y usted es un experto en estas cosas, por supuesto, —Érebus suspiró. — No temas. Voy a acompañar a nuestros huéspedes durante su visita y asegurar que no vayan donde no son bienvenidos. Después de todo, la entrada concedida no equivale a *carta blanca* para acceder a cualquier lugar si así lo desean, ¿cierto?

—Seguro que no, —Harding asintió hoscamente. Se burló de Zane nuevamente y entonces, rígidamente, le entregó el pequeño retrato. —Disfruten de su estancia, *caballeros*.

—Gracias, Harding, —Zane sonrió, tomando el retrato. —Tu vigilancia es inspiradora. Hablaré bien de ti con todos los otros vampiros que conozco. —Le guiñó un ojo al chico mayor.

—Pues bien, mis amigos, —dijo Érebus enérgicamente cuando Harding se escondió de nuevo en la sala, —ahora que han logrado al parecer una entrada *legítima*, creo que estaban de camino hacia el pasillo superior. ¿Vamos a continuar juntos esta vez con mejor suerte?

En el transcurso de la siguiente hora, James, Ralph, Wentworth y Zane deambulaban por los innumerables pasillos, rellanos, escaleras secretas, cámaras ocultas, guaridas, baños, y diversos espacios comunes del castillo, a la vez que escuchaban un monólogo informe, ligeramente pedante de Érebus acerca de los detalles de cada espacio. Aparte de estar un tanto sorprendidos por el gran número de habitaciones hacinadas en el castillo, los chicos no encontraron nada que los iluminara del enigma de la llave dimensional de Ignatius Magnussen.

—No lo entiendo, —Zane finalmente proclamó, dejándose caer en una silla en el rellano del tercer piso. —¿Cómo va la cita? “La verdad caminaba por los pasillos del Castillo Érebus,” ¿no? Bueno, hemos caminado más salas de las que puedo contar y no encuentro ninguna verdad. ¿Y ustedes?

James negó con la cabeza. —No me imaginé que sería así de duro. Pensé que una vez que entráramos, acabaría teniendo sentido, de alguna manera.

—¿Puedo preguntar, —el retrato de Niles Érebus dijo con un resoplido un poco impaciente, —de que están hablando caballeros?



—Me han cogido, —Wentworth anunció, moviendo la cabeza y rodando los ojos. —Yo sólo soy el vampiro instrumento. Decidí que estos tres estaban totalmente locos hace tres plantas.

—Es este enigma que oímos, —Ralph admitió, inclinando el retrato en una ventana para que pudiera verlo. —Algún viejo profesor desde hace mucho tiempo lo dijo: la verdad caminaba por los pasillos del castillo de Érebus. Parece saber mucho acerca de este lugar. ¿Alguna idea de lo que podría significar?

—*Construí* este castillo, —dijo Érebus, erizado. —Diría que me gustaría saber todo lo que posiblemente podría ser sabido. Su enigma, sin embargo, es más bien irremediamente obtuso sin ningún tipo de contexto, podría significar nada en absoluto.

James suspiró. —Qué desperdicio de tiempo completo. Probablemente sólo fue algo que Magnussen hizo después de todo, solo para sacarlos a todos de su rastro.

—¿Magnussen, dijiste?—preguntó el retrato, arqueando una ceja. —¿Ignatius Magnussen?

—Sí, —respondió Ralph, animándose un poco. —¿Sabe algo de él?

—Prácticamente nada, —Érebus respondió con desdén. —Era más bien después de mi tiempo como aparentemente no han notado. En mi estado actual, sin embargo, recuerdo haberlo visto visitar el castillo de vez en cuando. El hombre tenía un poco de fascinación, o eso parecía.

—¿Cómo entró? —Preguntó James. —Él no era un vampiro, ¿verdad?

Érebus puso los ojos con impaciencia. —*Obviamente* las reglas de entrada no aplican al personal docente y administrativo, joven. Cada casa es frecuentada regularmente por los profesores de las diferentes sociedades, tanto por razones sociales como académicas.

—Entonces, ¿a dónde fue Magnussen cuando estuvo aquí?—preguntó Zane con impaciencia.



—No hice de chaperón durante sus visitas, —Érebus respondió con desdén.
—Pero sí recuerdo que tomó abundantes notas sobre algunos de los tapices.

Zane miró fijamente a James, con las cejas arqueadas. —Tapices, —repitió.
—¿Podemos, tal vez, ver estos tapices?

Érebus suspiró dramáticamente. —El segundo piso, —dijo arrastrando las palabras. —Corredor Norte. Y trata de no llevar mi marco de esa manera, joven. Puede haber puntos de vista menos agradables en el mundo de tu axila, pero estoy en apuros para pensar en alguno en este momento.

—Lo siento, —Ralph murmuró, tomando el marco debajo de su brazo.

Cuando por fin llegaron al pasillo del segundo piso, James se sorprendió al descubrir que se habían perdido de alguna manera esta área durante su gira anterior. El pasillo era bastante alto, lleno de ventanas de un lado y muy viejos tapices largos hasta el suelo, por el otro. Las ventanas estaban cubiertas con gruesas cortinas doradas, cerrándolas herméticamente.

—Está muy oscuro, —dijo Ralph, moviéndose lentamente por el pasillo. —Apenas puedo ver aquí.

—*Luminos*, —el retrato de Érebus dijo en voz baja. En respuesta, una serie de lámparas de cristal comenzaron a brillar, con llamas creciendo silenciosamente desde sus velas previamente sin luz.

—Los tapices son bastante antiguos, —Érebus explicó cuando los chicos caminaban por el pasillo, viendo cómo la luz de la vela parpadeaba sobre las imágenes tejidas. —Tesoros de la familia Érebus, de hecho, pasaron de generación en generación. La luz del sol los ha desvanecido a lo largo de los siglos, por lo que ahora se mantienen aislados en la oscuridad, así pueden ser preservados.

James dio un paso más cerca del primero de los enormes tapices. El bordado era muy fino, recordándole el tejido limpio del *Telar de los Destinos*. A diferencia del Telar, sin embargo, las imágenes que se mostraban aquí no eran abstractas. Cada ilustración fue hábilmente representada, aunque realista. James casi los hizo esperar para comenzar a moverse.



—Parece que cuentan una historia, —comentó Wentworth, su voz inconscientemente baja.

—Una observación astuta, mi amigo, —respondió Érebus. —Estos son, de hecho, una serie completa, contando un antiguo cuento conocido como la Balada del Jinete.

—Nunca he oído hablar de ella, —comentó Zane.

Érebus rió sin humor. —No me sorprende. No es la clase de historia del mundo mágico que tiende a repetirse. Es una tragedia, de hecho, y una muy oscura.

James miró hacia el tapiz más cercano de nuevo. En él, un hombre alto y serio, con barba negra estaba sentado en un caballo. En una inspección más cercana, James se dio cuenta de que el caballo era, de hecho, un unicornio, moteado de gris, con las patas delanteras de gran alcance y una melena de oro brillante. Cada línea e hilo de la imagen hacían que el jinete y el unicornio lucieran reales, solemnes, casi gloriosos. Detrás de ellos, una explosión violenta adornada de colores se extendía desde un borde del tapiz al otro. En la parte inferior había docenas de manos y rostros, todos mirando de reojo hacia el Jinete, señalando, gritando, con lágrimas azules de placer o terror cuidadosamente tejidas.

—¿Qué está pasando en éste?—James preguntó, un poco sin aliento.

—Eso, —Érebus entonó solemnemente, —es la llegada del Jinete. De acuerdo con la Balada, su venida fue marcada por una cortina de luz cegadora, como si una de las mismas estrellas hubiera descendido del cielo nocturno y se hubiera establecido, por un momento en una colina. El Jinete apareció dentro de la luz, que se desvaneció detrás de él. Esto fue en la Edad Media de Europa, y como se pueden imaginar, su llegada causó gran temor entre los que lo presenciaron. El Jinete explicó, sin embargo, describiendo su hogar en una realidad diferente, una similar a la nuestra, pero totalmente pacífica y avanzada tanto en la curación como en las artes mágicas. Para probar sus afirmaciones, describió el proceso por el cual las más importantes brujas y magos de su mundo descubrieron la existencia de otras realidades y aprendieron cómo estaban todos unidos por un núcleo central: el



Nexus. Con el uso de sus artes, crearon un portal en el Nexus con la esperanza de llegar a otras dimensiones. Su propósito, según él, era aventurarse en realidades menos afortunadas y compartir la riqueza de su aprendizaje.

—El Nexus, —Zane susurró, asintiendo con la cabeza. —Esto encaja perfectamente con todo lo que hemos oído hablar de la Cortina de Nexus y el Mundo Entre los Mundos.

Juntos, los cuatro chicos se desviaron hacia el próximo tapiz. Éste mostró al Jinete barbudo que se colocaba a la cabecera de una mesa, rodeado por brujas y magos sentados. La postura del Jinete daba a entender que él estaba hablando, con el brazo levantado en un gesto de conjuro. Sobre la mesa se cernía una representación imaginaria de un globo, cubierto de selvas, montañas, cascadas y océanos plácidos. Los continentes del globo estaban salpicados de magníficas ciudades, sus océanos cubiertos por buques de vela color azul brillante. La visión artificial parecía que estaba extendiendo haces de luz alrededor del cuarto, pero los oyentes en la mesa parecían no darse cuenta. Sus rostros eran caricaturas de maldad: porcinas e hinchadas, sonriendo con ojos entornados, algunos con sus cabezas inclinadas juntas en una evidente conspiración.

—Ohhh, —dijo Ralph, asintiendo con comprensión. —Él está describiendo su dimensión a todos.

—Aunque no muchos parecen estar escuchando, —añadió James.

Érebus frunció el ceño dentro de su marco. —De hecho no. El Jinete sucumbió al consejo de magos y brujas codiciosos, quienes estaban mucho menos interesados en los dones de su iluminación de lo que estaban de la magia oscura que creían podía deducirse de él y su unicornio. Hasta entonces, no habían estado tales bestias en nuestro mundo, como ven, y estas brujas y magos astutos instintivamente comprendieron que esta era una criatura de poder fabuloso. Por lo tanto, ellos esperaron su momento, fingiendo escuchar, al mismo tiempo conspirando cómo robar la magia del hombre y usarla en su contra. En verdad, su horrible intención, era aprender el uso del portal del Jinete e invadir su realidad, tomar lo que quisieran por la fuerza y la dominación.



—Algún comité de bienvenida, —dijo Wentworth con amargura.

Zane preguntó. —¿Entonces estaban de acuerdo en hacerlo?

—Afortunadamente para nosotros, no, —respondió Érebus. —De haber tenido éxito, nuestra propia realidad seguramente habría experimentado horrores, teniendo muchos más, tal vez incluso la destrucción. Sin embargo la balanza de los Destinos prevaleció, deteniendo sus malvados planes, pero con algunos costos.

El grupo se puso delante del tercer tapiz ahora. En él, los hombres con túnicas oscuras se apiñaban alrededor del unicornio, quien estaba pateando en el aire con sus pezuñas traseras, sus dientes al descubierto en desesperación. Alrededor de su cuello y conectado con los puños de sus oscuros adversarios había una colección de cuerdas de restricción. Peor aún, una daga torcida se elevaba en la mano de uno de los magos oscuros, apuntando hacia el flanco moteado del unicornio. En primer plano, el Jinete parecía estar en un duelo con varios de los magos oscuros, con el rostro noble pero resignado, ya que irremediamente fue superado en número por sus enemigos.

Érebus habló, continuando su relato de la Balada. —Una vez que el horrible plan fue puesto en acción, el Jinete fue encarcelado. Su unicornio fue forzado a criarse con caballos comunes, todo ello en un intento de crear más de su tipo. Esto, por supuesto, es el origen de los pocos unicornios que todavía deambulan por los bosques profundos de hoy en día, menos poderosos que su noble antepasado, pero aún gloriosos. Al final, el Jinete logró reunir sus poderes para escapar. Siendo pacífico, intentó salvar la vida de sus captores, pero vieron su misericordia como debilidad. Al final, lo localizaron a él y a su unicornio, vencidos en número. No pudieron arrebatarle el secreto del Nexus, finalmente lo mataron e irremediamente hirieron su unicornio al mismo tiempo.

James negó con la cabeza. —Eso es perfectamente bestial, —dijo en voz baja.

—Pero hay algo peor, —Érebus admitió estoicamente.

La reunión se trasladó al último tapiz. Brillaba a la luz de las velas, de alguna manera tanto más vibrante y más espantoso que los otros. La escena



mostraba un bosque iluminado por la luna, dominado por un corrillo de brujas y magos con túnicas oscuras. Parecían estar inclinados sobre algo, oscureciéndolo.

—¿Qué están haciendo? —Ralph preguntó tentativamente, frunciendo el ceño ante la alta imagen. —¿Qué es todo eso plateado corriendo por el suelo?

—Por desgracia, —Érebus respondió sombríamente, —de acuerdo con la Balada, las brujas y magos malvados se dieron cuenta de que su plan había sido frustrado. Habían asesinado a su única esperanza de conquistar las otras dimensiones y herido de muerte a la criatura que podría haberles otorgado poderes más allá de sus sueños. En un horroroso intento final para aprovechar la magia de ese reino oculto, cayeron sobre el unicornio herido y consumieron su sangre, aún caliente de su debilitado corazón. A medida que se daban un festín con ella, lastimosamente, el pobre animal murió.

—Impasibles ante la extremidad de sus crímenes y con un poder cruelmente crecido por su dosis de sangre de unicornio, estos magos y brujas se convirtieron en leyendas de terror durante décadas a partir de entonces. Se volvieron prácticamente imparables, ya ven, oscuramente mágicos e inhumanamente fuertes. Eran conocidos por sembrar el terror en los corazones de todos los que conocían, ya que sus ojos y bocas brillaban con una luz plateada pálida, manchados por siempre de la sangre de su presa. Para cubrir ésto, crearon máscaras de metal, aún más terribles que sus rostros humanos, y las utilizaron como signos de su fraternidad. Durante casi un siglo, estas bestias con forma humana gobernaron con la mutilación, la tortura y el asesinato, universalmente conocidos por el nombre que habían elegido para sí mismos, un nombre que explica tanto la fuente de sus poderes como la profundidad de su depravación. “Mortífagos”, una palabra que se convirtió en sinónimo de ambición oscura, inhumanidad, y poder a cualquier precio.

—¿Ellos fueron los Mortífagos originales? —Preguntó James débilmente, mirando la horrible imagen. —¿Pero... Voldemort...?

—El diablo no puede crear, —dijo Érebus serenamente. —solo puede pervertir. El villano que conoces como Voldemort adoptó las políticas de éstos, sus



hermanos espirituales. Tomó su nombre y lo reclamó para sí mismo, pero no lo inventó.

Temblando, Wentworth preguntó, —Entonces, ¿qué ha sido de aquellos chicos?

—Durante décadas, los héroes con coraje y corazón fuerte los cazaban, —respondió Érebus, asintiendo gravemente en su marco. —Muchos caballeros murieron en el intento, pero uno por uno, los Mortífagos fueron despachados, con las cabezas cortadas de sus hombros y enterrados, mientras que sus cuerpos fueron quemados vueltos ceniza. Al final, sólo quedaba uno, una mujer llamada Proserpina. Ella fue finalmente acorralada en su ciudadela secreta, en lo profundo de un tramo del bosque. Allí, en lugar de enfrentar a sus perseguidores, se quitó la vida, dejando su propia cabeza cortada sonriente en la puerta, con los ojos todavía brillando con mortal malevolencia. Su cuerpo, las leyendas afirman, nunca fue encontrado.

Ralph se estremeció. —Hoooola, pesadillas, —chilló.

—¿Qué pasa con el cuerpo del unicornio? —Preguntó Wentworth, sacudiendo la cabeza. —¿No trataron de preservarlo de alguna manera?

Érebus se burló a la ligera. —Los Mortífagos no fueron cuidadosos para preservar el cadáver de su víctima. Sin embargo, según la leyenda, los exploradores eventualmente encontraron el esqueleto de la pobre criatura, con su cuerno mágico. En lugar de enterrarlo o traerlo de regreso, decidieron dejarlo como un memorial, oculto dentro de un manto transparente ilocalizable, siempre en reposo. Sin embargo trajeron de vuelta una cosa, como prueba de su descubrimiento: una sola herradura de plata, que, según ellos, era de la pata derecha delantera del animal, brillante e incorrupta. Durante siglos, la herradura era un símbolo de humildad y arrepentimiento, salvaguardada por un consejo de caballeros cuyo único trabajo era velar por la aparición de más delegados de la dimensión del más allá. Si tal delegado aparecía, la herradura iba a ser devuelta a ellos con homenaje, una disculpa insuficientemente humilde por el crimen que se había cometido contra su pueblo.



—Guau, —Zane dijo en voz baja, por una vez sombrío. —Entonces, ¿están todavía esos caballeros por ahí en algún lugar, guardando la herradura y vigilando a cualquier persona de otra dimensión?

—Por desgracia, no, —Érebus suspiró. —Mi familia fue la última de esos caballeros, y yo era el último de mi familia, vinieron a este nuevo país con la esperanza de encontrar un escondite permanente de la reliquia. Como resultado, se le concedió la herradura a esta universidad, una herencia y un deber sagrado. Desafortunadamente, para entonces, su importancia se había casi perdido. Durante muchos años, se conservó en el museo de la cima de la Torre del Arte, bien vigilada, pero olvidada. Ahora, sospecho, ninguno siquiera recuerda que alguna vez estuvo allí.

—¿Por qué? —Preguntó James, parpadeando repente. —¿Qué pasó con ella? ¿Dónde está ahora?

Érebus rió con tristeza. —Que, como se decía en mi tiempo, es la pregunta mil Drummel. Parece que en algún momento después de mi propia muerte, la herradura fue tomada del museo y nunca regresó. Obviamente, yo mismo soy menos claro en los detalles—los retratos tenemos más bien dificultades para absorber gran parte de lo que sucede más allá de nuestras propias muertes—pero creo que la herradura entró en la biblioteca de un coleccionista de confianza privado. Supongo que debería cuidar más al respecto, ya que yo era el último de una larga lista de aquellos cuyo deber era proteger la reliquia. Pero como ya he dicho, la muerte ofrece su propia perspectiva única, una de las facetas de las cuales es que se vuelve extremadamente fácil no importar un comino. Sólo puedo esperar que la herradura haya sido bien cuidada. O, por lo menos, sido arrojada a un muy, muy profundo pozo.

Los ojos de James habían crecido ampliamente mientras escuchaba. En silencio, se volvió para mirar a Ralph, y luego a Zane. Ambos volvieron su mirada de comprensión sin hablar.

—¿Qué? —Dijo Wentworth, frunciendo el ceño. —Ustedes tres miran como si alguien acabara de disparar Hechizos de Congelación en sus calzoncillos.



—¿Están pensando lo que estoy pensando? —James preguntó en voz baja.

Zane asintió. —Estoy pensando que apuesto a que sé quién es el misterioso mecenas que ha “prestado” la vieja herradura de la suerte.

—Pero, ¿cómo pudo Magnussen haber imaginado todo? —Preguntó Ralph.
—*Tenemos* el retrato que explica todo, pero Magnussen no consiguió nada de él, al parecer.

—¡Magnussen no habría *necesitado* a nadie para que se lo explicara! —James susurró, ruborizado de entusiasmo. —¿Recuerdan lo que Franklyn nos dijo? ¡Magnussen era un hombre que amaba las historias! ¡Probablemente ya había leído todo acerca de la leyenda del Jinete!

Zane asintió. —Luego, más tarde, cuando estuvo rondando los pasillos aquí en el castillo, él espía estos tapices y comienza a juntar todo. Asocia los tapices con la herradura de plata en la Torre del Arte y ¡bam!, ¡consigue la llave dimensional que ha estado soñando todo el tiempo!

—Guau, —Ralph se rió un poco nervioso. —Así que el enigma estaba en lo cierto después de todo. La verdad caminaba por los pasillos del Castillo Érebus, aquí mismo. ¡La verdad era *Magnussen* y los *tapices* juntos!

Hubo una larga pausa significativa cuando los tres chicos se miraron del uno al otro, absorbiendo la gravedad de lo que acababan de descubrir. Por último, Wentworth habló, rompiendo el silencio.

—Bueno, todo esto es maravilloso, —suspiró, rodando los ojos y tirando a James por el codo. —No sé nada de lo que eso significa o por qué debería preocuparme, bien por ustedes tres. Ahora, ¿puedo tal vez volver y terminar mi almuerzo?



Capítulo 18

La Llave Dimensional

La llegada de la primavera en el campus de Alma Aleron, estuvo marcado por días muy tormentosos. Los cálidos vientos derritieron la nieve restante aun existente y posteriormente secaron el césped, de modo que la semana antes del día de San Valentín se veían grupos de estudiantes practicando con la *Skrim* y lanzando *Clutches* por sobre la plaza central y los jardines de flores vacíos. Después de casi una semana de días grises, el sol finalmente apareció rompiendo un montón de nubes obstinadas y bañando la Residencia de Administración con rayos de una cambiante luz dorada.

En los días posteriores a la revelación de los tapices del Castillo Érebus, James, Ralph y Zane habían comenzado a planificar la próxima etapa de su aventura, que era utilizar de alguna manera la naturaleza de la escuela viajando en el tiempo para ir de nuevo a la fecha de la huida del Profesor Magnussen y seguirlo a través de la esclusa de tiempo hacia la Filadelfia Muggle. Ahí, intentarían robar la llave dimensional (la herradura del unicornio plateado), al

villano profesor antes que él pudiera utilizarla para desaparecer para siempre a través de la Cortina de Nexus.

—Si tenemos suerte —Zane susurró una mañana en Artilugios Mecánicos mientras el Profesor Cloverhoof asistía a otro estudiante con su reloj cucú mágico —tomaremos la herradura *y* veremos dónde está la Cortina de Nexus al mismo tiempo.

James se tambaleó hacia atrás cuando de repente su propio pájaro cucú de madera surgió de las pequeñas puertas de su reloj a medio terminar. El pájaro extendido en un complicado acordeón de pilares de madera, comenzó a retraerse hacia atrás *y*, a continuación, se tambaleó hasta detenerse chirriando, balanceándose adelante y atrás sobre el hombro de James.

—No hay suficiente cera de abejas en las articulaciones —trinó el pájaro irritado —Y sus medidas están todas fuera de lugar.

—Cállate pájaro —gruño James, metiéndolo a la fuerza de nuevo en su compartimiento. Luego le susurró a Zane —¿Quieres decir que si sólo seguimos a Magnussen sin ser vistos, podemos esperarlo para que nos lleve a la Cortina de Nexus *y* luego tratar de robar la herradura del unicornio antes de que la utilice?

—Pareciera ser un poco arriesgado, —admitió Ralph.

—Si —su propio pájaro cucú trinó desde donde yacía en la mesa junto a él, rodeado de una gran variedad de engranajes de bronce *y* madera, *y* herramientas —Y la delicadeza no parece ser uno de tus puntos fuertes.

—Cállate, pájaro —dijeron los tres chicos al unísono.

Sólo para estar seguros de su información, James había sugerido que tomaran un viaje rápido hasta el museo de la cima de la Torre de Arte para averiguar lo que pudieran sobre la herradura del unicornio. Durante su período libre del miércoles por la tarde, subieron los cientos de escaleras hasta la cima de la Torre *y* pasaron algún tiempo vagando las salas del museo en busca de alguna información acerca de la herradura aparentemente desaparecida. El conservador del museo no estaba en su escritorio, por desgracia, *y* un vistazo rápido por las salas del museo no



reveló vitrinas misteriosamente vacantes o marcos vacíos donde podría haber sido mostrada originalmente la herradura.

—Ha desaparecido hace mucho tiempo —insistió Zane, aburrido —el retrato dijo que ni siquiera sabían el verdadero significado de esa cosa de todos modos ¿Recuerdas? Por lo que el conservador sabía, era sólo una herradura de plata de la colección de la familia Érebus. Que era vieja y todas esas cosas, pero aún así, era sólo una herradura. Una vez que desapareció, probablemente hayan sacado la exhibición y pusieron un nuevo recipiente de escarabajos de oro. Ahora que lo menciono, volvamos a verlos de nuevo, aún tengo algunas de esas virutas de cobre en el bolsillo que les gusta comer.

—Tenemos que estar seguros —dijo James obstinadamente —El propio Érebus dijo que todo lo que ha pasado está bastante difuso desde su muerte. Quiero saber a ciencia cierta que la herradura estuvo alguna vez aquí y que desapareció alrededor de la época de Magnussen. Esperen...

—¿Qué? —Preguntó Ralph mientras James tiraba de él hacia un pasillo lateral —¿Has visto algo?

—Son solo más retratos —dijo Zane, girando sus ojos —¿Vas a revisar la mitad medio cocida de las pinturas con la otra mitad?

—Si sus historias coinciden, entonces sí —replicó James —Además, me he enterado que uno de estos chicos fue conocido por no decir nunca una mentira.

—Una cita que ha sobrevivido a su contexto —uno de los retratos dijo con un resoplido —Era dirigida a la señora Washington, de hecho, con motivo de una rebanada de pastel de manzana perdida. Y, yo podría agregar, que estaba destinado a ser bastante sarcástico.

—¿George Washington? —Preguntó Ralph mirando el gran retrato de la pared del pasillo —¿Qué podría saber él sobre una herradura de un unicornio mágico?

—Nada en absoluto con una actitud como esa, joven —Washington respondió malhumorado —Los he visto a ustedes tres caminando penosamente



alrededor del museo y no puedo imaginar porque aún no nos han preguntado a alguno de los retratos por lo que están buscando, especialmente si el conservador está ausente. No digo que la ausencia sea del todo inusual.

—Con certeza —añadió otro retrato. James miró hacia arriba y vio el rostro pintado de un hombre con cara redonda y mechones de pelo gris que sobresalían de los lados de la cabeza, “*John Adams*” se podía leer en la placa —Nuestra Señora Conservadora gasta casi tanto tiempo en su puesto como un vigilante nocturno de Virginia.

—Me escandalizan comentarios como ese —comentó otro retrato de más abajo en el pasillo.

—*Sí lo sabemos, Thomas*, —dijo Washington rodando los ojos —Es por eso que Adams sigue haciéndolo. Él ha estado tratando de hacerte enojar durante siglos y no puedo entender porque sigues haciéndoselo tan fácil.

—Igual que pescar peces en un barril —dijo Adams sonriendo.

—Algunos de nosotros preferimos más concursos deportivos —dijo el retrato de más abajo en el pasillo. James se inclinó hacia un lado y pudo leer en la placa “*Thomas Jefferson*” —Nosotros los virginianos aspiramos a retos más elevados que simples insultos coloquiales.

—Date cuenta, John, que yo también era un Virginiano —añadió Washington cuidadosamente.

—Sí, pero tú puedes dar tanto como obtienes, George, tú tienes sentido de humor después de todo —respondió Adams jovialmente.

—Espera un minuto —interrumpió Ralph —George Washington. Tú eres el tipo que inventó la mantequilla de maní ¿Verdad?

—Ejem —otra voz tosió ligeramente —Usted está pensando en George Washington *Carver*, joven. Un error muy común, supongo.

—Oh —dijo Ralph, su rostro enrojecía mientras miraba a un lado el retrato de un hombre guapo con piel oscura y cabello gris —Lo siento, Sr. Carver.

—No es necesario —dijo el retrato sonriendo —A pesar de hacer correr la voz, si se me permite el juego de palabras: he inventado más de cuatrocientos usos para el maní común. Ser recordado principalmente por la creación de un aperitivo tiende a ser un poco de un legado asesino.

—Voy a tratar de recordar eso, señor —dijo Ralph asintiendo.

—Entonces —dijo Adams, recostándose en su silla pintada —¿Qué podemos hacer por ustedes caballeros?

Zane dio un paso adelante —Muy bien —dijo, mirando hacia los retratos a su alrededor —Estamos buscando información acerca de algo que podría haber estado aquí en el museo hace mucho tiempo. ¿Alguno de ustedes recuerda una herradura de plata?

—Herradura de plata —reflexionó Washington pensativo —Me suena muy débil, me atrevo a decir, aunque la idea parece poco práctica en la superficie de la misma.

—Quizás es mejor que le preguntes a la señorita Sacajawea —sugirió Jefferson —Ella tiene una mejor vista del resto del museo, está en el extremo cerca de la entrada.

James caminó a lo largo de la línea de retratos hasta que llegó a una gran pintura de una alta mujer nativa americana en una túnica de color piel con flecos. Su largo cabello negro le caía sobre un hombro brillando a la luz de una puesta de sol en el bosque.

—Um —comenzó James —Hola, Señorita. El Sr. Jefferson dijo que podría saber algo sobre una herradura vieja que solía estar aquí en el museo ¿Recuerda algo así?

La mujer en el retrato no se movió durante varios segundos. Finalmente, parpadeó ligeramente como si estuviera despertándose de una especie de sueño. Ella miró a James solemnemente y luego asintió con la cabeza por delante de él hacia la amplia entrada del pasillo —El talismán de la montura del jinete —dijo ella

en voz baja —Lo recuerdo. Su voz cantó una vez desde el pasillo detrás de ti, desde su lugar de descanso cerca de la ventana.

Zane frunció el ceño —Er, creo que no estamos hablando de lo mismo —dijo respetuosamente —Esto era una *herradura de plata*. Ya sabes, no es el tipo de cosas que canta, por lo general.

—No era una reliquia común —dijo el retrato y había un dejo de tristeza en su voz —No pertenecía a este mundo y la pezuña de la que provenía no pertenecía a ninguna bestia ordinaria. Su voz era pequeña, casi desvanecida en el silencio, pero era tal el encanto de su origen que todavía contaba su historia, incluso después de que habían pasado tantas temporadas por encima. Sólo yo escuché su canción y marcó su desaparición.

Con una voz asombrada, James preguntó —¿Se acuerda de lo que pasó con la herradura, señorita?

Sacajawea asintió lentamente —El hombre con el bastón de hierro la tomó —dijo ella —Él encantó a la conservadora de ese tiempo, haciéndole creer que se le había dado privilegios especiales. Ella le ayudó a desbloquear el contenedor del talismán. Cuando el hombre tocó el talismán, su canción, débil como era, finalmente cesó. Se la llevó con él y desapareció desde entonces.

—El hombre con el bastón de hierro —susurró Zane, empujando a James —Magnussen, ¿Te parece?

James asintió —¿Quién más podría ser?

—Ignatius Magnussen —la voz de Jefferson hizo eco desde el pasillo —Lo recuerdo, y a su bastón también.

James miró hacia atrás —¿Usted lo vio aquí también?

—No era el tipo de hombre que uno probablemente olvide —respondió Jefferson sobriamente —Tenía una cara como si fuera tallada en granito y una lengua como una espada de doble filo.



—Lo observamos con sus clases, en ocasiones —agregó Washington — Thomas tiene razón. El Profesor Magnussen tenía una forma de crueldad que era casi una forma de arte. Conocí hombres como él en mis días, hombres cuyas palabras podrían construir las confianzas más fuertes y cortar las heridas más profundas.

—Y su bastón con punta de hierro, podría añadir —dijo el retrato de George Washington Carver —no era un bastón normal. Su poder estaba oculto, pero no era un gran secreto. Donde otros parecen depender de varitas mágicas, el Profesor Magnussen blandía su horrible bastón y fue reverenciado con mucho miedo.

—Recuerdo haber visto ese bastón —dijo James pensativamente —En la visión del *focomagnetófono revelador*. Estaba apoyado sobre una mesa justo al lado de él. Su mango parecía ser algo así como un halcón o una gárgola o algo así.

—De hecho, eso era el compañero inseparable de ese hombre —dijo el retrato de Adams, asintiendo con la cabeza —Alégrese señores de que sus días han pasado y no hayan tenido que sentarse bajo su ojo frío.

—Claro —dijo Ralph malhumorado mientras se abrían camino por el pasillo en dirección a la salida —Hurra por nosotros.



Fue la noche previa al Día de San Valentín donde los tres muchachos finalmente se atrevieron a intentar el viaje a través del tiempo en la búsqueda del infame profesor Magnussen. La localización de la fecha de la desaparición del profesor fue la parte más fácil, ya que, como todos decían, coincidió con el incendio que destruyó su antigua casa. Pero encontrar la forma de que el Sauce Zurcidor los llevara a la fecha exacta, resultó ser un poco más desafiante. Al final, Zane había pedido a sus compañeros Zombis, incluyendo a Warrington, que lo

ayudaran a escribir el verso adecuado que, con un poco de suerte, los llevara de vuelta a la noche del 8 de Octubre de 1859.

El día previo a la aventura fue sumamente lento. James encontró que era muy difícil prestar atención en clase de Zoología Mágica de Georgia Burke a pesar de que estaban estudiando Velocípedos en vivo, que tendían a requerir una observación constante y reflejos muy rápidos. A la mitad de la clase, James había conseguido ser prolijamente arrollado por uno de los enormes insectos de cien patas. Como resultado, la criatura lo había retorcido juguetonamente con un abrazo fuerte alrededor y lamió su cara varias veces con larga lengua prensil.

—Vas a estar bien —dijo la profesora Burke desde fuera de la pluma fangosa —Son como grandes cachorros, de verdad. Sólo relájate y se aburrirá de ti en un minuto. No tiene sentido tratar de zafarte a ti mismo, confía en mí.

James se dejó caer en el barro y entrecerró los ojos mientras el velocípedo resopló con emoción en su rostro, su lengua como una miniatura y un látigo de goma.

Las clases de James en la tarde apenas habían terminado cuando tuvo que apresurarse hacia la Duna Pepperbock, comiendo un bocadillo en el camino y arrastrando su uniforme de *Clutch* con él. El partido de la tarde era en contra la Casa Duende, y sorprendentemente, el Equipo Pie-grande estaba empatado en puntuación con ellos. Francamente, James estaba demasiado preocupado con la aventura que ocurriría esa noche para estar pendiente del partido, pero el resto del equipo Pie-grande estaba salvajemente alentados por su reciente victoria sobre el equipo Vampiro. Como resultado, entraron en el partido con una firme determinación que era, a pesar de la distracción de James, bastante inspiradora. Por lo tanto, no fue una gran sorpresa cuando el Equipo Pie-grande dominó todo el partido terminando el partido con un emocionante y estrecho triunfo sobre el Equipo Duende. Las tribunas llenas rugían ruidosamente cuando sonó el pitido final, y James se dio cuenta con cierto grado de asombro que el Equipo Pie-grande había pasado de ser los perdedores olvidables a los admirables desvalidos. Toda la escuela (con la obvia excepción de la casa perdedora) parecía estar alentándolos a ellos, aunque sólo fuera como una novedad.



Luego de cambiarse su uniforme de *Clutch*, James se dirigía a la Residencia de Administración para cenar cuando se encontró con Zane y Ralph. No fue sino hasta que estaban llegando a la cafetería cuando James recordó que era la noche del baile de San Valentín. Corazones de papel y cupidos revoloteaban a través de la parte alta de las salas y de vez en cuando caían hacia abajo sobre un desprevenido estudiante persiguiéndolo a su alrededor, provocando explosiones repentinas de risas y gritos felices.

—¿Qué es todo esto? —preguntó James cuando una chica pasó de largo, riendo y bateando un cupido de papel que iba girando su cabeza.

—Es el Día de San Valentín —dijo Zane encogiéndose de hombros —¿No tienen Día de San Valentín en *Hoggies*?

—Si —asintió Ralph —Supongo, pero es mucho menos, eh, gritón.

Zane giró sus ojos y se metió en la cafetería —Es muy sencillo en realidad. Si uno de los cupidos o corazones aterriza en ti, tienes que ir a buscar una chica que tenga un corazón o un cupido pegado en ella. La besas y luego los cupidos y corazones se alejan de ti.

—Ah —dijo Ralph, incómodo —Quizás deberíamos volver a cenar a la Mansión Apolo.

—Anímate Ralph —dijo James sonriendo y empujando al chico más grande —Si juegas bien tus cartas, podrías obtener un beso de Jazmine.

Ralph se sobresaltó y su cara se enrojeció —¿Tú crees? No, eso es... —Se detuvo pensando la idea firmemente en su mente. Sus ojos empezaron a recorrer la habitación, mirando los fugaces símbolos de papel.

—Es todo cuestión de sincronización —asintió Zane, pasando un brazo alrededor de los hombros de Ralph —Mantén tu cabeza agachada hasta que uno de ellos atrape a Jazmine. Es obvio, pero no demasiado ¿sabes? Esos cupidos pueden oler oportunidades, así que debes tomártelo con calma.

James dejó de escuchar mientras llenaba su bandeja y medio minuto después los tres chicos encontraron asiento en una de las largas mesas llenas de gente. La



cafetería vibraba con el ruido generado por el partido de *Clutch* creando una atmósfera vertiginosa que casi hacía vibrar las paredes.

—¿Está todo listo para esta noche? —pregunto Zane a James mientras comía un sándwich de queso a la parrilla.

—Supongo —dijo James encogiéndose de hombros —He estado pensando en eso todo el día, mientras más rápido lo hagamos, mejor.

—Fui a ver al viejo Straidthwait al cementerio nuevamente —dijo Zane en voz baja —Solo para asegurarme que tenemos todo finiquitado. Él dijo que vio a Magnussen irse alrededor de las 8 de la noche del incendio. Si lo hacemos bien, llegaremos a la puerta amurallada alrededor de media hora antes que él. Entonces, solo tenemos que escondernos y seguirlo cuando aparezca.

—¿Qué pasa con Pedreolo? —Preguntó James de repente —¿No nos reconocerá como estudiantes de ese tiempo? ¿Qué pasa si piensa que somos intrusos o algo así?

—Lo gracioso de los Trolls de Roca —dijo Zane sonriendo y tocando su nariz —es que ellos no ocupan el tiempo de la misma forma que nosotros lo hacemos ¿Sabías que cuando ellos nacen, en realidad ellos envejecen *al revés*? Se van haciendo más jóvenes a medida que pasa el tiempo. Es verdad, Rose lo buscó para mí en la Biblioteca de Hogwarts, ella es como nuestro propio departamento de investigación privado ¿Sabías?

—¿Qué quieres decir que envejecen al revés? —James frunció el ceño — ¿Quieres decir que Pedreolo es más joven ahora de lo que era cuando llegó a América hace cientos de años?

Zane se encogió de hombros y asintió con la cabeza —Es difícil de decir. Una gran cantidad de trolls han intentado *envejecer* hacia adelante como nosotros lo hacemos, especialmente si ellos viven y trabajan con humanos. Quieren adaptarse a nosotros ¿entiendes? El punto es que las garras de Pedreolo actualmente son bastante resbaladizas. Incluso en 1859 él nos recordará desde el día de hoy.

—Eso es totalmente extraño —dijo Ralph con la boca llena de jalea.



—Si —estuvo de acuerdo Zane —Pero el asunto es que si se llega a dar cuenta que se supone que no debemos estar en ese tiempo, nosotros probablemente ya estemos lejos persiguiendo al viejo Iggy Magnussen.

James respiró para responder cuando de repente algo se agitaba violentamente en su oído sorprendiéndolo —¿Qué es esto?! —gritó, golpeándose a un lado de la cabeza —¡¡ Sal de aquí!!

—Cálmate —dijo Zane riendo —Es un cupido rojo. Has sido marcado James, así que es mejor que vayas a buscar a alguien a quien besar.

James se detuvo agitado y el cupido de papel lanzó una cadena de papel rojo y rosa alrededor de su cuello y la sostuvo con fuerza.

—¿Qué? —exclamó James, tratando de mirar hacia la figura de su hombro — De ninguna manera, yo no tengo novia ni nada parecido.

—Ese es el punto —insistió Zane, empujándolo hacia arriba de la mesa — Así es como se consigue una novia.

La cara de James se sonrojó —Pero yo no necesito ninguna ayuda en eso.

Ralph se encogió de hombros y sonrió —Cupido no está de acuerdo —¿Qué sucede si yo la arranco?

Zane negó con la cabeza en señal de advertencia —No se puede romper el hechizo de esa manera, compañero. Pueden ser de papel, pero son *tercos*. En cinco minutos, empezará a tirarte los pelos una hebra a la vez. Después de eso, las cosas se pondrán feas.

James sacudió la cabeza irritado y con vergüenza permitiendo que Zane lo empujara desde su asiento. Echando un vistazo alrededor del lugar, vio a varias chicas con corazones de color rosa y cupidos aferrándose al pelo, collares y cuellos. De inmediato aparto la mirada de ellos, negándose a hacer contacto con sus ojos.

—Ohh —Zane animó —¡Julie Margoliss tiene un corazón de color rosa! Ella es una estudiante de último año, *podría* enseñarte una que otra cosa acerca de los besos ¡Anda por ella!

—¡No! —dijo James entre dientes. Se dirigió hacia afuera pasando entre las mesas manteniendo la mirada baja y tiró del cupido, lo que solo provocó que renovara su control sobre la cadena de papel alrededor de su cuello —Vamos a ver si te gusta el agua caliente salpicando tu cadena pequeño diablillo —advirtió dirigiéndose al baño con la cabeza hacia abajo —Solo trata de aferrarte a mi cuando estés empapado como un...

Se detuvo de repente cuando chocó con alguien más casi botando a ambos al suelo.

—¡James! —dijo la voz de una chica, y James gimió para sus adentros sorprendido.

—Eh, Hola Lu —dijo, el rubor de su cara se profundizó pasando de rosado a rojo ladrillo —Lo siento, no te vi.

—Yo tampoco —admitió ella, echando un vistazo y tirando de su hombro. Un corazón rojo estaba pegado ahí, al parecer por una especie de magnetismo mágico —Yo iba de camino a...eh...

James vio la mirada de miserable vergüenza en la cara de su prima, vio sus ojos mientras ella se rehusaba a mirarlo a él.

—Oye Lu —dijo James en voz baja y ella por fin lo miró. Respiró rápida y dijo —Lo siento por el otro día, fui un completo idiota. Debería haberte preguntado precisamente lo que necesitaba ¿Me perdonas?

Estudió sus ojos durante un momento y luego se dejó caer ligeramente —Yo te perdoné esa misma noche —admitió tímidamente —No puedo estar enojada contigo, no importa lo mucho que quiera estarlo. Y esa noche realmente lo quería.

James miró a su alrededor para asegurarse que nadie estuviera mirando y luego se inclinó hacia la chica más pequeña —Yo *no estaba* tratando de engañarte cuando te pregunté si querías ir al baile de Halloween conmigo, Lu —dijo con sinceridad —Yo te pregunté porque sabía que sería divertido ir contigo, y así lo *fue*. Tú también te divertiste ¿cierto? No era mi intención que fuera...eh...confuso.

Lucy negó con la cabeza y bajó los ojos —No digas nada más, James. Ya estoy mortificada Sólo déjame ir al baño de chicas y ver si puedo quitarme este estúpido corazón fuera de mí.

James sonrió tímidamente —Yo iba a hacer lo mismo —admitió —Quiero decir, no en el baño de chicas, sino que iba a...eh... —hizo una pausa, mirándola y una idea completamente inesperada se le ocurrió. Probablemente era estúpida, pero de repente parecía no importarle mucho.

—Eh —comenzó y ella lo miró. Sus ojos eran enormes y muy oscuros, con cautela inquisitiva —Eh —dijo de nuevo y se lo tragó —Quiero decir, sé que somos primos y todo, pero no estamos realmente ligados de *sangre*. Podríamos tal vez solo...

Pero de repente Lucy fue apartada y atrapada por una masa de estudiantes que se abrió paso, gritando y riendo.

—Has perdido tu oportunidad con *esta* pequeña Vampiro, Potter —dijo Gobbins sonriendo y tomando a Lucy por el hombro —Te duermes y pierdes.

Repentinamente, *besó* a Lucy en la esquina de su boca. Inmediatamente, el corazón de papel revoloteó fuera de su hombro y se fue de vuelta a la cafetería. Lucy tocó la comisura de su boca, con una mezcla de furia y diversión.

—¡Feliz Día de San Valentín, Lucy! —dijo Gobbins con una sonrisa mientras se alejaba. Lucy se sonrojó y sonrió un poco nerviosa.

James suspiró profundamente, con su rostro caliente —Sí —estuvo de acuerdo sombríamente —Feliz Día de San Valentín.

Antes de que Lucy pudiera responder, se metió al baño de hombres, tirando del cupido que todavía se aferraba a su cuello.



—Te *dije* que no podías simplemente arrancártela —susurró Zane algunas horas más tarde cuando los tres chicos caminaban por la oscuridad hacia el Sauce Zurcidor.

—¡No me lo recuerdes! —Dijo James con voz áspera —Vamos a hacer que todo esto nunca ha pasado ¿De acuerdo?

—Que bueno que Mamá Newt te vio en el pasillo y sabía cómo convocar un corazón de papel para si misma —dijo Zane sacudiendo la cabeza —De lo contrario es probable que estarías calvo en este momento. Entonces ¿Es una buena besadora?

James echaba humo en silencio

—He oído que era bien guapa en sus días —reflexionó Ralph.

Zane lo consideró y dijo —*Bieeeeeen* atrás en sus días, tal vez.

—¿Podrían dejar de hablar de eso? —James exclamó con un fuerte silbido — Estamos cerca. ¿Conseguiste la nota?

—Aquí —dijo Zane, sacando un trozo de pergamino doblado del bolsillo — Aquí está la esperanza de que funcione.

En silencio, los muchachos se deslizaron por debajo de las bajas ramas del Sauce Zurcidor. Todo alrededor estaba oscuro y tranquilo, dominado por una luna enorme y una pizca de estrellas brillantes.

—Se supone que debes leer primero —dijo Ralph empujando a Zane —Y luego lo dejas caer en el nudo de la madera del tronco.

—Lo sé, lo sé —murmuró Zane — Todo listo, aquí va.

El chico rubio abrió la nota y la miró a la luz tenue de la luna, respiró hondo y leyó en voz alta —Sauce Zurcidor, a un día en particular necesitamos que nos lleves...en el siglo XIX...al 8 de Octubre del cincuenta y nueve.

Girando sus ojos, Zane arrugó la nota y la dejó caer en el agujero en el tronco del sauce.

—¿Día particular? —repitió Ralph con curiosidad.

—*Intenta* encontrar una frase que rime completamente —respondió Zane lacónicamente —*Ve lo* que ocurre.

—¿Crees que funcionará? —preguntó James mirando a su alrededor.

A modo de respuesta, las ramas del árbol comenzaron a balancearse y susurrar a su alrededor. Muy lentamente, las estrellas más allá de las copas de los árboles comenzaron a moverse como puntos pintados en un monstruoso domo negro.

—Vamos a ir a *alguna parte*, al menos —dijo Zane —Esperemos que lo hayamos hecho bien y no terminemos en la edad de piedra o algo así.

—Estás bromeando ¿cierto? —preguntó Ralph nervioso. Ni Zane o James respondieron.

Acompañado por el silencioso movimiento de las ramas del sauce, el tiempo comenzó a desmoronarse a su alrededor. La noche se convirtió en día solo para luego convertirse rápidamente en noche una vez más. El sol y la luna se perseguían uno a otra cada vez más rápido a través del cielo, convirtiéndose en rayas como los días pasaban a ser un parpadeo desenfocado. Llegó el invierno y se fue otra vez y luego las hojas crecieron en los árboles de alrededor, cambiando de otoño de color naranja a verde vibrante del verano. Las estaciones juntas aceleraban en décadas, en espiral de forma constante hacia atrás. Finalmente, las ramas del Sauce Zurcidor comenzaron a relajarse y el relincho de las hojas se transformó en un susurro, el sol apareció más allá del horizonte descendiendo en una noche fría y la luna se arrastró hacia el cielo, dejando una delgada hoz en el cielo hasta detenerse.



—Bueno —dijo Zane, con su voz inconscientemente silenciosa —Estamos aquí, creo.

—¿Cómo sabemos qué año es? —preguntó James mientras salían de debajo del árbol hacia el patio amurallado con maleza donde se formaba la entrada a la Filadelfia Muggle —¿Sólo nos queda aguardar y esperar lo mejor?

Ralph asintió —No creo que tengamos mucha elección, ¿Estás seguro del encantamiento que nos llevará de vuelta a la escuela?

—Ese es fácil —susurró Zane —lo he oído cerca de un millar de veces y nunca cambia, siempre que sepas el tiempo que Aleron está utilizando en un día determinado. Warrington lo estuvo trabajando conmigo, así que no hay problema.

—¡Sshhhh! —dijo James con voz áspera de repente empujando a Ralph y Zane hacia atrás de él. James apuntó con la cabeza hacia la puerta y susurró — ¡Miren!

Ambos chicos se miraron y vieron la forma agachada de Pedreolo, estaba en su forma de descanso, pareciendo ser sólo un montón de grandes rocas musgosas cerca de la puerta cerrada. Mientras observaban, el ruido de unos cascos se oía más allá de la puerta, mientras que una sombra pasaba por fuera seguido por el traqueteo de las ruedas.

—Bueno —susurró Ralph —Caballos y carruajes, eso es una buena señal, supongo.

James asintió y junto a los chicos se atrincheraron en la maleza cerca del rincón del patio.

Mientras esperaban, los sonidos de la ciudad Muggle llenaban el pequeño patio, haciendo eco entre las paredes de piedra. James oyó distintas voces y risas como así también a un grupo de hombres que trabajaban posiblemente junto al río. Sonidos metálicos y silbidos marcaron el paso de los barcos en el canal oscuro y la fresca brisa llevaba el aroma de humo, estiércol de caballo, y pescado podrido. Después de unos pocos minutos, una campana comenzó a anunciar la hora



sonando claramente en la oscuridad. Ocho campanadas repicaban a cabo, disminuyendo poco a poco en el silencio.

—En cualquier momento —susurró Zane mirando el Sauce Zurcidor cuidadosamente.

—Espero que venga rápido —Ralph contestó en voz baja —Mi trasero pronto se dormirá.

Varios minutos transcurrieron, tan largos como para parecer más de una hora. James comenzó a preocuparse de que se habían equivocado en la fecha prevista de alguna manera y abrió la boca para señalarlo cuando el árbol comenzó a crujir levemente frente a ellos.

—Aquí está —dijo Zane con voz ronca y sus ojos saltones de expectación — Manténganse agachados para que no nos pueda ver.

James se agachó en la maleza esperando que la oscuridad y el crecimiento excesivo fueran suficientes para ocultarlos. Dentro de poco, el movimiento del árbol aumentó, ocultando el espacio debajo. James contuvo el aliento, observando. Con un estremecimiento y una especie de suspiro, las ramas se relajaron y una figura comenzó a salir de debajo del sauce.

No había ninguna duda de quién era la figura. Incluso en la oscuridad, la franja de pelo corto y gris y los rasgos cincelados de Ignatius Magnussen eran claramente visibles. Además y para disipar cualquier duda, el hombre golpeó el suelo con su bastón y James vio brillando la luz de la luna en la cabeza de hierro del mango de su bastón.

—Despierta, amigo mío —anunció Magnussen con un inconfundible acento británico hablándole a Pedreolo. —Tengo un último deber que hacer esta noche y luego no me verás nunca más.

Poco a poco, Pedreolo se agitó, sus movimientos eran como un deslizamiento de tierra en miniatura a la inversa —Profesor —dijo el troll, observando al hombre delante de él —Me temo que no puedo permitirle el paso. Tengo órdenes directamente del propio Rector Franklyn.

Magnussen bajó la cabeza y dio un paso adelante de una manera amistosa — Estoy seguro que lo harás, amigo mío — dijo él — Pero mira aquí...

Con eso, Magnussen levantó su bastón manteniendo la cabeza de hierro en alto y cerca de los ojos del troll. Una luz verde iluminaba la cara del troll, centelleando en sus ojos de diamante lo que provocó que Pedreolo dejara de moverse.

— Abre la puerta — ordenó Magnussen sin ninguna amabilidad en su voz — O te desharé y te devolveré a las entrañas de la tierra como un montón de piedras sin memoria de la forma que alguna vez tuvieron.

Bruscamente, casi como si estuviera siendo operado por titiritero descuidado, Pedreolo alcanzó la puerta abriéndola con un movimiento rápido y arrancando las viñas que habían crecido a través de los barrotes.

— Gracias amigo mío — dijo Magnussen con facilidad bajando su bastón. Con un movimiento de su abrigo, pasó a trancos por la puerta y desapareció en la oscuridad de la calle.

— Eso fue un Maleficio *Imperio* — dijo Zane respirando preocupado. — ¡Él manipuló con *Imperio* a Pedreolo!

— ¡Vamos! — susurró James, poniéndose de pie.

— ¿Pero y qué pasa con Pedreolo? — Preguntó Ralph — ¿Qué ocurre si trata de detenernos?

Zane se acercó al gran troll de madera cuidadosamente y luego le dio una palmada en la rodilla — No creo que se dé cuenta de nada por un tiempo — dijo con un estremecimiento.

James levantó la vista hacia el troll al pasar. Los ojos de Pedreolo miraban hacia el frente, brillando débilmente bajo la luz de la luna, parecía como una máquina que había sido apagada.

— Vamos — asintió Zane con seriedad — Mags fue a la derecha. Tenemos que apresurarnos o lo perderemos de vista.

Con un renovado sentido de urgencia, los tres muchachos se lanzaron a través de la puerta abierta hacia las calles de la Filadelfia Muggle del Siglo XIX.



Ante los ojos de James, la Filadelfia Muggle no parecía ser muy diferente a pesar de haber pasado cerca de dos siglos.

Las calles eran estrechas, empedradas y sin pavimentar y las veredas estaban hechas de losas irregulares de piedra inclinándose hacia las canaletas de ladrillo forrado. Las farolas en la calle parpadeaban con llamas de gas en lugar de la incandescencia brillante de las luces modernas. Las casas se alineaban en las calles, sin embargo, parecían sin cambios salvo la falta de televisores intermitentes detrás de las ventanas. De vez en cuando, un carro o taxi negro pasaba remolcado por grandes caballos con sus ojos detrás de anteojeras negras, con arneses crujiendo y tintineando.

—Esto sería mucho más fácil si hubiera más gente en la calle —susurró Ralph mientras iban siguiendo a Magnussen —Si se da la vuelta, nos verá de inmediato.

—Sólo camina normal —murmuró Zane —y trata de mantenerte en las sombras.

Magnussen se dirigía rápidamente con su capa ondeando al viento como alas de murciélago en brisa fría. Los tres muchachos tenían que trotar de vez en cuando para no perderle de vista mientras zigzagueaba a través de las estrechas calles residenciales. Obviamente, Magnussen sabía exactamente donde iba y no perdía tiempo en llegar allí. Dentro de poco, los chicos seguían al hombre grande dentro de un barrio de casas mucho más grandes, rodeada por muros de piedra más bajos y puertas de hierro forjado. Las farolas de gas eran más prominentes aquí y las ventanas de las casas brillaban intensamente haciendo más difícil que los chicos



podrían permanecer ocultos en las sombras. Magnussen ni una sola vez miró hacia atrás, incluso cuando giró bruscamente y descendió en un estrecho callejón.

—Nos dirigimos hacia el río —susurró Zane mientras se metían en el callejón —Lado equivocado de las vías.

—¿Qué significa? —Preguntó Ralph —No he visto ninguna vía.

—Significa que hay que estar atento Ralphinator —dijo Zane con gravedad — Esta zona es bien peligrosa en la actualidad. No espero que sea mejor en este periodo de tiempo. Cuida tu espalda.

Afortunadamente, fue mucho más fácil para los chicos seguir a Magnussen dado que las calles eran estrechas y llenas de carretas, pilas desiguales de cajas y barriles, y carruajes estacionados. Las figuras se movían en los oscuros recovecos de las puertas o se escondían a lo largo del camino empedrado, sus pies chapoteando en los charcos que escurrían cuesta abajo hacia el río. James se dio cuenta de que habían conseguido acercarse lo suficiente a Magnussen como para escuchar los tacones de sus botas golpeando sordamente sobre los adoquines.

—¿Hasta dónde va a ir? —susurró Zane, lanzándose detrás de una fila de carretas vacías —Estamos casi llegando a la costa, esos de allá son los muelles. Después de eso, no hay nada más que río.

De repente, Magnussen se detuvo y se dio la vuelta. James se agachó detrás de la carreta más cercana con su corazón saliendo por la garganta. Tanto Ralph como Zane se atrincheraron junto a él. Después de un largo y tenso momento, los tres se atrevieron a mirar hacia fuera debajo de la carreta y con la barbilla casi tocando la calle mojada.

Magnussen estaba tocando su bastón mientras miraba alrededor de la estrecha intersección, con los ojos entrecerrados. Por último, aparentemente satisfecho, se volvió y dirigió hacia un callejón más estrecho.

—Eso parece ser un callejón sin salida —susurró James —¿No es así?

Zane asintió —Vamos, podemos estar más cerca si nos escondemos detrás de esa pila de cajas rotas.

Tan silenciosamente como pudieron, los tres chicos se arrastraron a lo largo del borde de la calle en la sobra de la irregular pila de cajas. Trozos de madera crujían bajo los pies mientras los tres se reunían frente a la esquina de un depósito de ladrillo.

—Sí, es un callejón sin salida —susurró Ralph, mirando con cautela en la esquina. —Hay una pequeña escalera al final y creo que una puerta. Parece como un pequeño departamento barato o algo similar.

Zane estiró la cabeza en la esquina entrecerrando los ojos en la oscuridad — ¿Alguna señal del viejo Mags?

—No —dijo Ralph sacudiendo la cabeza —Debe de haber entrado en la casa ¿Crees que sea *su* departamento? ¿Como si tuviera un lugar especial arrendado fuera de la escuela?

James asintió —Necesitaba un lugar para ocultar la herradura, donde nadie mágico pueda sentir su poder. Cuando estaba en el museo, probablemente se perdió entre todo el sonido de fondo de las otras reliquias mágicas que existen. Pero una vez la tomó tenía la necesidad de mantenerla oculta, probablemente es el lugar perfecto.

—Entonces —susurró Ralph, mirando alrededor y apoyándose sobre los ladrillos mugrientos —¿Cómo vamos a quitarle la herradura?

Zane acurrucó sus manos para combatir el frío —Verdad. ¿Cuál es el plan James?

—¿Yo? —dijo James con voz áspera —Pensé que ustedes estaban a cargo de esos detalles.

—¡Yo conseguí el verso para llevarnos a través del Sauce Zurcidor! —dijo Zane a la defensiva.

Ralph miró preocupadamente de Zane a James —Y...eh... ¡Yo fui quien encontró al viejo profesor zombi Straidthwait! Sin él, no habiéramos ido a ninguna parte después de todo.

—Alto —dijo James levantando un dedo —Hemos llegado hasta aquí y *ninguno* de nosotros tiene un plan para *conseguir* realmente la herradura del unicornio de Magnussen.

—Bueno —Zane se encogió de hombros —Podríamos enviar a Ralph allá con su varita de Godzilla. Podrías poner esa varita en contra de ese bastón malévolos en cualquier momento, Ralphinator.

—De ninguna manera me iría a duelo con un tipo así —respondió Ralph sacudiendo la cabeza con fuerza —No después de la forma en que los retratos hablaban de él. No olvidemos que el hombre es un asesino sangriento.

James asintió con seriedad —Eso es cierto. Tenemos que ser cuidadosos.

—O simplemente morir —Zane tragó saliva.

—No se asusten todavía —dijo James razonablemente —Todavía tenemos que seguirlo a la Cortina de Nexus. Podemos pensar algo en el camino.

—Si —asintió Zane —Averiguar cosas en el camino, eso siempre nos funcionó de maravilla en el pasado.

—¡Sssshh! —silbó Ralph, mirando hacia atrás en la esquina —¡Aquí viene!

Una puerta se cerró ruidosamente en la oscuridad y fue seguida por el sonido de botas en las escaleras chirriantes. James se asomó por la esquina, seguido de Zane. Juntos, los tres chicos vieron la forma oscura del profesor Magnussen mientras caminaba por el callejón, con los pies chapoteando en los charcos y su reluciente bastón en la oscuridad.

—Ey —una voz de hombre gritó de repente. James se sorprendió, al igual que Zane y Ralph. Magnussen se detuvo en seco, cauteloso como un chacal. Después de unos tensos segundos, la voz habló de nuevo, con timidez, pero con la resolución obstinada.

—Ella sabía que volverías —dijo y hubo un atisbo de una risa incrédula —Yo le dije que estaba loca, que nunca volverías aquí, no después de lo que pasó. Pero aquí estás, con mucha confianza y apareciendo repentinamente.

Magnussen no se había movido. Su voz salió de la oscuridad sedosamente — Me tiene en desventaja amigo — dijo — Ven a la luz para que pueda verte.

—¿Para que puedas hacerme lo que le hiciste a ella? —la voz se burló con nerviosismo. A pesar de sus palabras, una figura apareció en la entrada del callejón. Era un hombre joven, apenas veinte años de edad, muy delgado y con un sombrero. Tenía suspensores colgados sobre los hombros, sosteniendo un par de mal ajustados pantalones de franela. Estaba a menos de quince metros de distancia de donde James, Zane y Ralph se habían escondido a la sombra de las cajas rotas.

—¿Nos conocemos buen señor? —preguntó Magnussen calmadamente y dando un paso hacia adelante.

—Oh, claro que nos conocemos —escupió el hombre — Aunque no creo que me recuerdes. Fredericka te habló de mí. Ella estaba preocupada de que tuvieras una idea equivocada sobre ella, un hombre elegante como usted viniendo desde las Alturas a contratar los servicios de una costurera común. He oído todo acerca de cómo la miró fijamente cuando le entregó sus abrigos y capas reparadas, que la veía como si la estuvieras midiendo con los ojos, como si ella fuera un pedazo de carne y tu un carnicero. Ella le dijo que tenía un novio solo para que supiera donde estaba. A mí me dijo que no me preocupara, que podía manejarlo ella sola y que necesitaba el dinero que estaba pagándole. Pero resulta que ella estaba en lo cierto acerca de usted ¿no? Pobre Fredericka que nunca hubiera herido ni una mosca. Usted *era* un carnicero después de todo. La mataste, la *mutilaste* y la dejaste en la calle para que pudiéramos encontrarla. Y ahora estás aquí, de vuelta en la escena, con tanta audacia para hacerlo.

—Esto es un malentendido, buen hombre —dijo Magnussen con dulzura, aún caminando hacia adelante. Para James, parecía ser un gato arrastrándose hacia su presa. En silencio, James sacó su varita de su bolsillo. Junto a él, sintió a Ralph y Zane haciendo lo mismo.

—Helen dijo que volverías —dijo el hombre y luego rió un poco histérico — Helen es la hermana pequeña de Fredericka. Ella tiene un sentido especial para estas cosas. Yo no le creí, al menos no completamente. Pero ¿sabes? le creí lo suficiente como para estar atento a este callejón. Cuando te vi esta noche, te vi

parado justo aquí en este lugar, mirando alrededor como si fueras el dueño y apenas creí lo que mis ojos veían. Pero Helen tenía razón, volviste.

El hombre comenzó a avanzar, levantando la palanca. Se veía como si apenas supiera lo que haría con eso.

Magnussen no se movió —Ahora mira aquí, mi buen hombre —dijo con una sonrisa en su cara.

De repente, el hombre voló desde la acera, agitándose violentamente en el aire y dejando caer la palanca. Cayó estrepitosamente en los adoquines, rebotando en un charco. Un momento después, el hombre se estrelló contra una pila de barriles en la parte trasera del callejón. Los barriles cayeron uno sobre el otro, enterrando al hombre.

—Mucho más feo —suspiró Magnussen volviéndose hacia la parte trasera del callejón —Cuándo van a aprender estas personas...

Un barril cayó a un lado cuando el hombre delgado se puso de pie de nuevo, con el rostro pálido pero con determinación en la penumbra —No sé *quién* o *qué* eres, demonio —respiraba —pero no estás saliendo de este callejón. Por Fredericka...

—Sabes —dijo Magnussen con benevolencia —la joven *hablaba* de usted, ahora que lo menciona. Su nombre es William ¿cierto? Si, ella gritó su nombre, de hecho, cerca del final de su vida. No hubiera pensado que era capaz de algo tan extenuante en ese punto, pero sólo sirvió para demostrar la diferencia entre teoría y realidad. Fue muy instructivo de hecho. Te diré que, en agradecimiento, le voy a conceder su mayor deseo. Voy a enviarle a unirse a su querida difunta Fredericka. Tal vez usted grite *su* nombre también.

El hombre delgado apenas pareció oír a Magnussen. Se puso de pie, cojeando patéticamente, y comenzó a avanzar hacia el hombre de más edad, con las manos delante de él, en forma de garras. En la oscuridad, Magnussen levantó su bastón, sonriendo malévolamente.

—¡No! —gritó James, saltando al callejón y blandiendo su varita. Su voz, sin embargo, fue ahogada por un *grito* casi ensordecedor en el espacio confinado del callejón.

¡Demasiado Tarde! —pensó James frenéticamente, todavía apuntando con su varita salvajemente a la espalda de Magnussen. *¡Lo ha matado!* El hombre delgado, William, no se cayó sin embargo. James parpadeó en la oscuridad del callejón, esperando a que el malvado hechizo de Magnussen surtiera efecto. En cambio, Magnussen bajó el bastón y luego lo dejó caer. Un momento después, el propio Magnussen cayó de rodillas.

—¿Cómo...? —preguntó, mirando a William. Poco a poco, casi pesadamente, Magnussen cayó hacia adelante, de bruces en el centro del callejón, muerto.

—Por Fredericka. —dijo la voz de una niña débilmente. James miró a un lado y una mujer joven, apenas mayor que el propio James, estaba cerca. Se quedó mirando el cuerpo muerto de Magnussen, con su cara como una máscara pálida de resignación. En su mano extendida, humeando vagamente, había una pequeña pistola.

—Por Fredericka —repitió débilmente —de parte de su prometido, William. Y de mí, su hermana, Helen.



La chica, Helen, había visto a los tres chicos, pero no parecía particularmente interesada en ellos. Zane, siendo lo suficientemente sabio como para optar por la verdad cuando era más apropiado, simplemente le dijo que el hombre muerto en el callejón había robado algo de su escuela, por lo que él y sus amigos lo habían seguido con la esperanza de recuperarlo.

William, aun cojeando, se había sorprendido de ver a Helen y su pistola, pero sólo un poco. Se arrodilló sobre el cuerpo de Magnussen y tomó el bastón mágico y malévolo del hombre. Con un rápido movimiento rompió el bastón con su rodilla, el extremo largo lo lanzó a la cuneta, pero el mango lo mantuvo entre sus manos estudiando el brillo en la cara lasciva del metal, lo que hizo que se estremeciera.

—Sus bienes robados podrían no ser el tipo de cosas que caben en una bolsa de terciopelo ¿no? —preguntó hoscamente, mirando hacia el cuerpo.

—Podría ser —respondió James asintiendo, dando un paso hacia delante con cautela. Cuando se acercaba a la figura tendida de Magnussen, vio una bolsa con un cordón que yacía junto al cadáver, todavía enganchado sobre la muñeca izquierda. Sintiendo una oleada de repulsión, James tiró el lazo de cuerda de alrededor de la muñeca del hombre muerto. La mano golpeó de nuevo en la calle con un golpe leve.

—Ustedes tres... —dijo William débilmente, mirando a los chicos —Ustedes son como *él* ¿verdad?

James tragó fuertemente y negó con la cabeza, pero Ralph, sorprendentemente fue quien habló. —Sentimos lo sucedido a Fredericka —dijo solemnemente —Este hombre pudo haber sido parte de nuestro mundo...pero no somos como él.

William miró a Ralph con sus ojos muy abiertos y brillantes en la oscuridad. Lentamente, él asintió con la cabeza. Helen se movió a su lado y le pasó un brazo alrededor de los hombros, sin dejar de mirar hacia el cuerpo de Magnussen, como hipnotizada por él. Su rostro estaba muy pálido y James tenía la sospecha de que la chica había estado enferma solo momentos antes, y probablemente detrás de las mismas cajas rotas donde él, Zane y Ralph habían estado escondidos.

—No sé qué es lo que hay en esa bolsa de terciopelo —dijo William estremeciéndose —Y tampoco quiero saberlo. Esto ha terminado, ustedes vayan por su camino y Yo y Helen, trataremos de ir por el nuestro ¿Les parece justo?

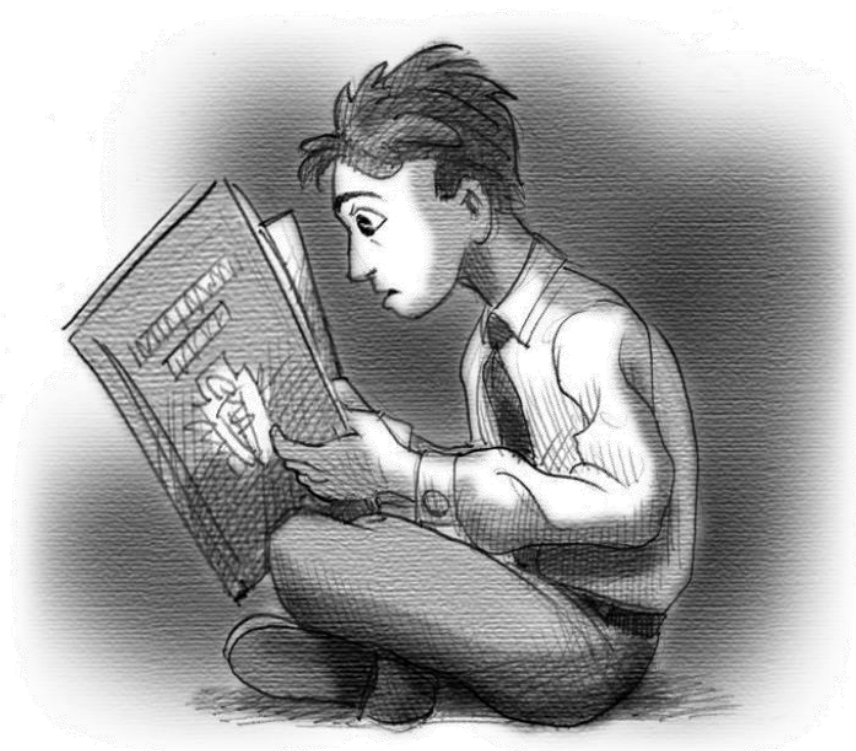
James asintió. Podía sentir el peso frío de la herradura a través del terciopelo de la bolsa. Lentamente, él se apartó del cuerpo de Magnussen. Zane y Ralph lo



siguieron y un momento después, los tres muchachos se volvieron y salieron corriendo del callejón. Corrieron casi todo el camino de regreso a la puerta de Alma Aleron, donde Pedreolo apenas comenzaba a salir del trance que Magnussen le había lanzado. El troll se acordaba de ellos de esa forma nebulosa en tiempo inverso que Zane había predicho y les permitió acercarse al Sauce Zurcidor. Zane recitó el encantamiento que los devolvería a la escuela y el árbol comenzó a temblar a su alrededor. La luna y las estrellas empezaron a rodar delante nuevamente, llevándolos de vuelta a la escuela y su propio tiempo.

A lo largo del viaje de regreso, James sostuvo la bolsa de terciopelo, tocando la forma distintiva en su interior. Ni él, ni Zane, ni Ralph dijeron una palabra.

Ellos no tenían que hacerlo.



Capítulo 19

Revelaciones Inútiles

—¿Lo *mataron*? —Rose les preguntó al día siguiente, hablando a través del espejo en la parte posterior de la puerta de la habitación del dormitorio. —¿Lo mataron a tiros, allí mismo, en la calle?

—Fue como una película, —Ralph asintió con seriedad. —Sólo que en la vida real, no se siente tan emocionante. Fue triste y terrible y... una especie de final. No *solucionó* nada de lo que ya estaba hecho. Solo detuvo más cosas malas que pudieran suceder.

—Pobre chica, —Rose dijo con tristeza, sacudiendo la cabeza. —Tal vez Magnussen obtuvo su merecido, pero ella va a tener que vivir con lo que hizo por el resto de su vida. Para eso son los tribunales de justicia.

—Boohoo, —Scorpius se burlaba, sentado en el otro extremo del sofá en la sala común de Gryffindor. —¿Creen que algún tribunal Muggle sería capaz de capturar y condenar a alguien como Magnussen? No se engañen. De todos modos estoy más interesado en la herradura. Veámosla, ¿pueden?

James tragó saliva y volvió hacia su litera. Un momento después, recuperó la bolsa de terciopelo negro debajo de su colchón.

—Aún no hemos encontrado un escondite decente para ella, —dijo, aflojando el cordón y deslizando la forma de frío metal en su mano derecha. —Si ya era demasiado mágica para Magnussen mantenerla en el campus, entonces, probablemente es lo mismo para nosotros. Seguramente alguien va a sentir su poder y venir olfateando alrededor para ver lo que es.

Se acercó al Espejo y sostuvo la herradura ante él, acunando el peso plateado con cautela en su palma. El metal se apagó con arañazos innumerables, pero su forma era inconfundible. La luz violácea brillaba a lo largo de sus bordes curvos.

—Es más grande de lo que habría esperado, —dijo Rose, al acercarse al espejo en el lado de Hogwarts. —Parece... pesada, de alguna manera.

—Lo es, —admitió James. —Casi como si viniera de un lugar donde la gravedad es menos importante. Y brilla un poco también. No pueden verlo a menos que todas las luces se apaguen y esté totalmente oscuro, pero está ahí, con un débil púrpura, al igual que la última parte de la puesta del sol.

—Casi puedo sentir la magia desde aquí, —dijo Rose en voz baja. —Tienes razón, definitivamente hay que esconderla en algún lugar seguro.

—Al menos hasta que podamos encontrar una manera de utilizarla para entrar al Mundo Entre los Mundos, —Ralph asintió.

—Pero ahora *ese* es nuestro principal problema, —dijo James, volviéndose y regresando la herradura a su cama.

En el otro lado del espejo, Scorpius suspiró. —Ah, sí. Hasta ahora, todo el mundo creía que su profesor Magnussen había escapado al Nexus con la ayuda de

su llave dimensional. Ahora que saben lo que fue del hombre, de hecho, asesinado por una bala Muggle, no hay manera de saber dónde está actualmente la Cortina de Nexus.

—Se suponía que iba a ser la parte fácil, —Ralph reconoció, dejándose caer de nuevo en su cama. —Pensamos que sólo tendríamos que seguir a Magnussen a la Cortina. Conseguir su herradura se suponía que era la parte difícil.

James terminó de guardar la herradura bajo su colchón y nuevamente se levantó. —No estamos completamente perdidos, —dijo tercamente. —Todavía tenemos otro enigma de Magnussen. La de la Cortina de Nexus bajo los ojos de Roebitz. Zane está trabajando en eso otra vez, aunque es bastante sombrío. No hay muchos Roebitz en el mundo.

—Voy a buscar por mi parte, —dijo Rose enérgicamente. —Tal vez no es del todo una persona. Nunca se sabe.

James suspiró. —Gracias, Rose. Apreciamos tu ayuda. Petra también.

—Estoy haciendo esto para ayudarte a ti y al tío Harry a averiguar la verdad, James, —dijo Rose, encontrando su mirada a través del cristal. —Si ayuda a Petra, entonces es lo mejor. Sin embargo no estoy tan segura de ella como tú lo estás. Lo siento.

James suspiró y asintió. Desde atrás de Rose, Scorpius miró a James, sus ojos agudos se estrecharon. Scorpius estaba menos convencido de la inocencia de Petra, y James lo sabía. Scorpius simplemente sospechaba de ella.

En el fondo, a pesar de sus propios sentimientos en contra, James no podía culparlo.



Cuando la primavera se estableció firmemente sobre la escuela, tulípanes, narcisos y bocas de dragón comenzaron a llenar los senderos que se alineaban en el campo. Las bocas de dragón, por ser de una variedad mágica, de vez en cuando se inclinaban perezosamente y mordisqueaban los gordos abejorros que patrullaban los senderos. Los días se hacían más largos y más cálidos, y James finalmente guardó su capa de invierno, feliz de relegarla a la parte superior de su armario junto con sus ropas de vestir y otro par de lentes que su madre había insistido en que empacara, que eran, en realidad, los de su padre.

Los partidos Clutchcudgel pasaron de agotadores asuntos oscuros y helados a estimulante saltos a través de las noches templadas, iluminados más tarde por la luz dorada y rosácea de las puestas de sol. El equipo Pie-grande continuó su obstinada negativa a ser eliminado de las finales del torneo, ganando un par de partidos, empatando aún más. Afortunadamente, desde sus posiciones habían mejorado gradualmente en el transcurso de la temporada, los juegos empatados a menudo significaban victorias técnicas para el equipo naranja y azul. Nadie esperaba que los Pie consiguieran realmente entrar en la final del torneo, pero al menos tampoco que quedara eliminado con facilidad. James estaba discretamente muy orgulloso del equipo y de su única participación con él. Incluso si todavía terminaran en el último lugar en la clasificación general de la temporada, sería muy estrecho. Más importante aún, los otros equipos ahora respetaban al Equipo Pie—grande. O, por lo menos, no se burlaban abiertamente.

Oliver Wood todavía mostraba una obstinada reticencia para fomentar el uso de nada más que la magia básica durante los partidos de su equipo. Sin embargo, permitió la continuación de las reuniones del equipo de juego mágico y James comenzó a mostrar a sus compañeros algunos de los trucos *Artis Decerto* que había aprendido durante las clases de Defensa Contra las Artes Oscuras de su último año con el profesor Kendrick Debellows.

—No se trata sólo de vencer la magia de la otra persona con tu propia magia, —trató de explicar. —Se trata de golpear su magia con tu *mente*, saber lo que va a hacer incluso antes de que lo haga y estar preparados para ello.

—Leer la mente, —Gobbins frunció el ceño con escepticismo. —Nunca entendí ese loco vudú.

—No es *vudú*, —dijo Ralph, sacudiendo la cabeza. —Es solo saber cómo las personas suelen actuar y adivinar lo que van a hacer antes de que lo hagan. Es más fácil de lo que piensas. Las personas son mucho menos impredecibles de lo que nunca te imaginarías.

James asintió con entusiasmo. —Mira los Igor, —dijo, poniéndose de pie. —Digamos que es el tercer cuarto y están abajo por diez. Ves a tres de sus Goleadores alineándose en torno a la segunda vuelta. ¿Qué estarán tramando?

Jazmine se rió y negó con la cabeza. —Se están agrupando para una maniobra de *martillo*. Su Goleador líder tiene la Clutch y si la pierde de alguna manera, simplemente se la lanza de nuevo al hombre detrás de él. De esa manera, tienen un seguro de dos hombres que llegarán a la meta.

—De *eso* es lo que estoy hablando, —James asintió con la cabeza, señalándola. —No tenemos que esperar a ver lo que van a hacer en esa situación. Ya *sabemos* cuál es su procedimiento estándar, por lo que *actuamos primero*, enviando algunos Agresores entre ellos incluso antes de que se alineen. ¡*Eso es Artis Decerto!*

—Pero eso no es *todo* lo que es, —dijo Wentworth, inclinando la cabeza. —Es también esas locas acrobacias que haces allá en la Skrim. Pareces uno de esos tipos de Cirque de Blasé.

—Mi madre me llevó allá el año pasado, —Norrick intervino.

Wentworth se volvió hacia él. —¿Te gustó?

—Bah, —Norrick se encogió de hombros. —Cuando pienso en el circo, pienso en chicos caminando la cuerda floja, domando tigres y haciendo pirámides de docenas de elefantes y esas cosas. No suelo pensar en un montón de tipos en

mallas de terciopelo que giran alrededor de las cuerdas y hacen yoga sobre alfombras voladoras.

—Suena bastante interesante para *mí*, —admitió Jazmine.

Norrick rodó los ojos. —Eso es porque eres una chica.

—Gracias por notarlo, —Jazmine respondió con acritud. —Por lo menos cuando *Ralph* lo dice, suena como una cosa *buena*. —Sonrió a Ralph por la habitación y sus mejillas se enrojecieron. Él tosió ligeramente y miró impotente a James.

—Sí, —James asintió con la cabeza, luchando por permanecer en el tema. —*Artis Decerto* es también del tipo de cosas acrobáticas. Es sólo cuestión de usar todo tu cuerpo como una especie de herramienta, un arma o un torpedo, lo mejor que se adapte a la situación. Pones dos ideas juntas, y no sólo vas a saber lo que el otro chico está a punto de hacer, ya estarás obteniendo en sí mismo la posición para derrotarlo.

—¡Como lo que hiciste entre ese Goleador y Agresor Zombi en el último partido! —Exclamó Wentworth, sentado adelante. —¡Fingiste tener una Clutch bajo el brazo por lo que el Agresor te tendría como objetivo principal, pero entonces te diste la vuelta hacia arriba sobre el otro chico en el momento justo y el Agresor le disparó su hechizo a su propio Goleador y lo sacó fuera del camino y luego se topó con él porque estaba tan sorprendido que ni siquiera *vio* al otro tipo detrás de ti hasta que se fue todo al revés y ambos se estrellaron en el anillo como un par de Rafewrangers ciegos! —Sus ojos se agrandaron con entusiasmo al recordar y luego suspiró profundamente, inclinándose hacia atrás de nuevo. —Eso fue hermoso.

—Zane seguro que no creyó que fuera divertido, —Ralph murmuró. —A pesar de que admitió que se trataba de un muy buen movimiento.

—Sí, —James, asintió de acuerdo con Wentworth. —Al igual que eso.

—Pero, ¿cómo practicamos cosas de ese estilo? —Otro jugador, Luca Fiorello, preguntó desde la esquina cerca de la ventana.

James asintió con decisión. —Buena pregunta, —admitió. —Y no les gustará la respuesta, pero... bueno... Yo, Ralph, Zane y el profesor Cloverhoof hemos puesto algo en el patio trasero. No es ni de lejos tan bueno como el de Hogwarts y Zane y el profesor Cloverhoof sólo nos ayudaron a construirlo porque nos pusimos de acuerdo para permitir al Equipo Zombi usarlo también, pero confíen en nosotros, es la mejor manera para aprender *Artis Decerto*. Vamos y échense un vistazo.

James lideró al equipo al rellano del tercer piso, donde todos se agolparon alrededor de la ventana que daba al amurallado jardín trasero de la mansión. Hubo un momento de tenso y desconcertado silencio. Por último, Jazmine habló.

—¿Qué es? —Preguntó, frunciendo el ceño.

James suspiró ante la ironía de todo esto. Abajo en el patio había un descuidado y monstruoso reloj con dientes de madera, cintas de correr, pomos, pesos volando, y cañones de barras tachonadas.

—Se llama El Guante, —admitió. —Y se trata de su peor enemigo.



Las clases en Alma Aleron, que primero habían parecido exóticas y extrañas, por ahora cultivaban una rutina e incluso aburrimiento.

Las clases favoritas de James eran Artilugios Mecánicos, Transmutación Elemental Avanzada (que era el equivalente estadounidense de Transformaciones), Gravedad Teórica (que todavía estaba siendo impartida por Oliver Wood), e Historia de la Magia Americana con el profesor Paul Bunyan. Después de haber vivido la larga y sorprendente vida de un gigante en días de la frontera del país, el profesor enseñó mucho de sus clases a través de historias de primera mano. Algunas de las historias, es cierto, estaban adornadas con obvios cuentos exagerados, tales como los detalles que rodean el origen de las Montañas Rocosas



(supuestamente montones de rocas desechadas y peladas por los pasos de un gigante con un tronco de madera roja) y la creación de los Grandes Lagos (afirmó haber sido excavado por las huellas del gigante cuando estaba luchando con Babe, el gigante buey azul, por el último panqueque de un particular y delicioso desayuno). Un chico Vampiro una vez se había dignado a desafiar los cuentos del profesor Bunyan, confrontándolo con el hecho de que él era en realidad bastante grande, lo suficientemente como para dejar huellas del tamaño del Lago Superior.

—¿Usted fue grande en aquel entonces, tal vez? —Preguntó el chico, con una sonrisa alzándose en la comisura de la boca.

El Profesor Bunyan simplemente se burló y agitó una mano. —Siempre *fui* del mismo tamaño, —dijo, sus ojos oscuros parpadeando. —Pero el *mundo* era mucho más pequeño en aquellos días. Es un hecho conocido. Pregúntale al Profesor Wimwinkle.

James tenía la sospecha de que Bunyan sabía que nadie realmente haría tal cosa, siendo generalmente aterrorizados por el profesor de Mageografía, por tanto, sus alegatos eran, nominalmente, seguros.

Mageografía estaba, de hecho, en el top de la lista de clases menos amadas por James. Sólo marginalmente peor, estaba Prácticas Prohibidas y Cursología con la insufrible Persephone Remora. Remora había, al parecer, desarrollado un poco de fijación con James y su famoso padre. Como resultado, su actitud hacia él parecía oscilar entre favoritismo cariñoso y celos rencorosos. James nunca supo, cualquier jueves por la tarde, si la profesora hacía gestos para que se sentara junto a ella en la primera fila—donde le favorecería con guiños conspirativos y palmadas exasperantemente condescendientes en la cabeza—o le fruncía el ceño, molesta e impaciente en su aparente falta de respeto por sus logros y sus autoproclamadas “artimañas oscuras”. El último ensayo de James le había sido devuelto con la incomprensible nota de “INSÍPIDO +” garabateada en la parte superior en rojo, seguida por el comentario escrito a mano: “*Muestra leve promesa SI recibe la tutela adecuada. Conoce mis horas de oficina. Véame*”.



—O está enamorada de ti o quiere envenenarte, —susurró Zane, mirando la escritura a mano encima del ensayo de James. —Y nunca se sabe. Con ella, puede ser ambos.

—De ninguna manera estoy buscando su “tutela adecuada”, —James susurró detrás de su mano. —Voy a tomar el “insípido más” para el resto del año si tengo que hacerlo.

Desde el frente de la clase, Remora entrecerró los ojos hacia él, con los rojos labios presionados en una mueca apretada.

El resto de las clases del semestre se prolongaron con diversos grados de aburrimiento, desafío y la ocasional rareza. Ocupaciones Muggles, por ejemplo, parecía ser la versión de Alma Aleron de Estudios Muggles, pero con un énfasis específico en aprender acerca de las carreras Muggles y condiciones de trabajo. La mayoría del tiempo de las clases fue en discusiones sobre la diferencia entre conceptos tales como “el agua congelada se rompe” y “el café se evapora”, “cubículos” versus “oficinas de la esquina”, etiqueta en el ascensor, uso discreto de la magia en un entorno Muggle, y cómo conversar sobre el tipo de cosas que la mayoría de los Muggles parecieran estar interesados, como deportes Muggle, la televisión y el clima. James no entendió muy bien el propósito de la clase ya que planeaba convertirse en un Auror como su padre, pero la maestra, una mujer muy gorda con el nombre de Heather Wocziak (que, por alguna razón, casi siempre llevaba un traje deportivo color rosa) insistió que la familiaridad ocupacional Muggle era “absolutamente esencial para todos los magos y brujas en la diversificación del clima social de mágico—Muggle”. James aceptó esto con un suspiro, en secreto prometió olvidarse de todo lo que estaba aprendiendo una vez que los exámenes finales terminaran.

La clase de Elaboración de Pociones continuó siendo un desafío interesante a pesar de la notable falta de Petra como asistente del Profesor Baruti. Además de enseñar tradicionales formas de elaboración de pociones de los Nativos Americanos, a través de visitas a la antigua ciudad de Shackamaxon, Baruti pasó mucho tiempo demostrando técnicas de poción de muchas de las culturas mágicas del mundo, incluyendo tés orientales, criaturas africanas al vapor y tónicos de sopa

fría de Rusia, la mayoría de las cuales se hicieron con un muy potente y claro licor llamado Stortch, conocido por derretir calderos si no estaban completamente lubricados con un grueso recubrimiento de mucosa de anguila.

James una vez se había acercado al Profesor Baruti después de clase y le preguntó cómo iban las cosas con Petra.

—La señorita Morganstern está saliendo muy bien, —respondió Baruti fácilmente, mostrando una de sus sonrisas asombrosamente brillantes. —La veo una vez a la semana, la mayoría de las veces. Echa de menos su libertad, pero su Francés es *très magnifique*.

James asintió. —¿Alguna información sobre la investigación con ese Keynes? No he oído ni una palabra de mis padres al respecto. Creo que están tratando de impedir que me preocupe por ella, pero no puedo manejarlo.

Baruti chasqueó la lengua y sacudió la cabeza con desdén. —No te preocupes por eso, joven Maestro James. ¡La señorita Morganstern no está preocupada! ¿Por qué deberías estarlo? Si el mañana trae problemas, traerá la solución también. —Le dio unas palmaditas en el hombro con su gran mano callosa y James asintió con desconsuelo.

La única clase que James estaba realizando particularmente mal, era Aritmancia. Impartida por un joven profesor llamado Plumvole con mucho más entusiasmo por el tema que la capacidad real de enseñanza, James simplemente no pudo envolver su mente alrededor de las largas y densas fórmulas y símbolos garabateados en la pizarra mágica. Como resultado, fue presionado para asistir a las sesiones de tutoría ocasionales con el Profesor Plumvole en su oficina en el quinto piso de la Residencia de Administración. El profesor fue completamente paciente con James, explicando los conceptos una y otra vez en el pergamino mientras que James se inclinaba sobre la mesa, con la frente acunada en sus manos sin poder hacer nada. Todavía no entendía las ecuaciones, pero Plumvole estaba tan enamorado de sus propias explicaciones que no se dio cuenta de la completa falta de participación de James.



Como resultado, Plumvole completó todas las tareas de James mientras que éste simplemente observaba. Al final de la última sesión, Plumvole aplaudió efusivamente a James en el hombro, con la promesa de que estaban haciendo un excelente progreso. Tímidamente, James asintió con la cabeza, se encogió de hombros y le dio al profesor las buenas noches.

Afuera de las altas ventanas de la Sala de Administración estaba oscureciendo cuando James hacía su camino a la planta baja. Pasando un conjunto de puertas abiertas del auditorio, sin embargo, escuchó una voz familiar. Era el Profesor Wood dando una conferencia a una audiencia de estudiantes de nivel universitario. James recordó que Wood enseñaba una asignatura llamada Ética de la Magia, que Zane había prometido ser “mortalmente aburrida”. Sin embargo, James estaba curioso. Se detuvo para escuchar, permaneciendo justo dentro de la puerta abierta.

—Así, —Wood estaba diciendo, volviendo a una enorme pizarra y apuntando su varita hacia ella, —la cuestión de la intervención gira en torno a estas tres preguntas principales: motivo, el beneficio y repercusión.

—Antes de considerar cualquier intervención en los asuntos de nuestros semejantes Muggle, debemos *honestamente* preguntarnos: Uno: ¿por qué lo estamos haciendo? ¿Es realmente bueno para los Muggle? ¿O por otra razón más egoísta? Dos: ¿cuál es el *beneficio real* que podría ser adquirido por una intervención de este tipo? ¿Vale la pena los riesgos involucrados? No podemos juzgar esto en solo sentimientos; debemos responder a esto con imparcialidad y honestidad. Por último, ¿cuáles son las posibles repercusiones de tal acción? Por ejemplo, si un mago está siendo atacado por ladrones Muggle en un callejón y aturdimos al líder a la vista de su cohorte, ¿es el daño de esa revelación mágica lo que le da valor al dinero que los atacantes podrían haber robado? Este es un ejemplo seguro que implica sólo el dinero y por lo tanto es más fácil de considerar. Pero la ecuación bien podría implicar vidas en lugar de monedas. Eso éticamente nos corresponde considerar: si salvamos una vida pero dañamos la integridad de los mundos mágico/Muggle para miles de personas, ¿es eso digno de intervención?



—No hay conclusiones obvias, pero como hemos visto en los ejemplos, cualquier interacción entre el mundo Muggle y mágico que falla en cualquiera de estas consideraciones amenaza, como mínimo, la integridad de los involucrados, y potencialmente, la misma estabilidad de nuestras culturas individuales. Respuestas fáciles son tentadoras, como todos sabemos—respuestas que se basan en la emoción, la buena voluntad y conceptos básicos de la justicia inmediata—pero respuestas fáciles pueden llevar a consecuencias terribles. Este es el peso de la responsabilidad que nosotros, a diferencia de nuestros hermanos Muggle, soportamos. No es una carga fácil, pero eso no nos da una excusa para encogerse de hombros. Debemos tener en cuenta el hecho de que, a pesar de lo que podamos sentir, *algunas veces* es mejor—y profundamente más responsable—no hacer nada. A veces no podemos confiar solo en nuestros sentimientos. A veces, el corazón es un mentiroso.

James no entendió absolutamente todo lo que Wood estaba diciendo, pero la última parte lo tocó: *a veces el corazón es mentiroso*. Petra Morganstern había, en efecto, dicho algo así casi exactamente como James recordaba. Meses antes, cuando habían hablado, aunque parezca extraño, sobre la historia de la Biblia de Adán y Eva. Eva había nacido con la misma clase de carga de responsabilidad de la que Wood estaba hablando—la responsabilidad de considerar que a veces lo que se juzga correcto, de hecho, exactamente es el mal que se hace. *No era malvada*, Petra había dicho ese día, mientras caminaban hacia el Sauce Zurcidor bajo el brillante paraguas del profesor Baruti. *Solo estaba... mal informada. Estaba haciendo lo que sentía era mejor.*

A veces... el corazón es mentiroso, Petra le había dicho ese día, con sus ojos solemnes. En la memoria de James, sin embargo, Petra no sonaba bastante en serio. Sonaba más como si estuviera *probando* el concepto, de la forma en que alguien podría probar un zapato o un sombrero sólo para ver si encaja.

Por alguna razón, la idea hizo estremecer a James. Sin esperar a que el Profesor Wood terminara su conferencia, se volvió y siguió por el pasillo hacia las escaleras en el otro extremo, negando con la cabeza con preocupación.



Estaba completamente oscuro afuera por el tiempo en que James cruzó el campus, en dirección a la Mansión Apolo. La plaza estaba prácticamente desierta, iluminada de vez en cuando por el farol y el resplandor de las luces de las otras casas. La luz se reflejaba en un gran orbe oscuro cuando James pasó una piscina. Parándose, veía lo que era la Octósfera. Se movía lentamente, brillando en la luz de la luna y creando su suave, casi inaudible ruido. James frunció el ceño en la oscuridad, pensando.

El Profesor Magnussen había creado la Octósfera, su primer intento en la lectura de todas las cosas del universo a la vez y, por tanto, predecir—y controlar—el futuro. Todo el mundo creía que Magnussen finalmente había tenido éxito, de alguna manera: creían que se había escapado al Mundo Entre los Mundos, dejando esta dimensión para siempre. Sin embargo James sabía la verdad. Magnussen había sido abatido en venganza por los actos que había cometido en la búsqueda de su horrible plan. Pudo una vez haber recorrido el Mundo Entre los Mundos, como había afirmado en la visión del focomagnetófono revelador, pero ciertamente no había terminado ahí. Como Kendrick Debellows había dicho una vez durante las clases del año pasado, el guerrero que confía sólo en la grandeza de su magia se disparará sobre la piedra más pequeña. Magnussen había sido extremadamente arrogante, y había tropezado con la piedra más pequeña imaginable—una, el tamaño de una sola bala Muggle.

De repente, James recordó que él mismo había casi interferido con esa realidad. Había saltado fuera de su escondite en el callejón, varita en mano, dispuesto a batirse en duelo con Magnussen en lugar de ver matar al hombre Muggle, William. Si hubiera intervenido sólo un segundo antes, probablemente habría interrumpido a Helen en el acto de apuntar su pistola. ¿Qué habría pasado? ¿Magnussen los habría derrotado a todos ellos? ¿Podrían James, Ralph y Zane haber vencido de alguna manera al profesor y salvado a Helen del acto de dispararle? ¿Cómo habría afectado eso la historia y la vida de todos los involucrados?

James sacudió la cabeza y se estremeció. Wood tenía razón: era el miedo a considerar las repercusiones de tales cosas. El propio James casi había cambiado la historia, y de una manera dramática. De algún modo, sabía que lo mejor era que no

lo había hecho—que su intervención había sido una fracción de segundo demasiado tarde. Tal vez no era la mejor realidad posible que Helen hubiera disparado y matado a Magnussen, pero James estaba secretamente seguro de que si las cosas hubieran sido de alguna otra forma, podría haber sido mucho peor el fin.

Pero ¿qué pasa ahora? ¿Estaba él, James, interfiriendo de nuevo? Su propia madre y su padre le habían advertido de no involucrarse en ninguna aventura más grandiosa. Incluso Patches el gato, parecía haber dado advertencias, primero sugiriendo que eligieran la Casa Igor y luego apareciendo en el Archivo, aparentemente advirtiéndoles nuevamente de ver las visiones del profesor Magnussen en el focomagnetófono revelador. ¿Debería haber hecho caso a esas advertencias? Había intentado al principio. Y sin embargo, ¿cómo podía permitir que Petra fuera a la cárcel por algo que tal vez no había hecho? ¿No era su responsabilidad ayudarla? O, al menos, ¿hacer lo que pudiera revelar la verdad de lo que había sucedido esa noche, cuando la Bóveda de los Destinos había sido atacada?

No hay respuestas fáciles, Wood había dicho. James negó con la cabeza lentamente, sabiendo que el profesor tenía razón. Respiró hondo y se dejó caer sobre la pared baja que rodeaba la piscina de la Octósfera. El gran orbe negro se movía hipnóticamente, retumbando débilmente.

—Dime, Octósfera, —dijo James en voz baja, mirando la enorme forma de piedra, —¿estoy haciendo las cosas mal? ¿Debo dejar las cosas como están?

El orbe seguía girando, como si no tuviera la intención de responder a una pregunta tan vaga. Luego, sin embargo, comenzó a desacelerarse. Las nubosas letras nadaron desde las oscuras profundidades del orbe. James se acercó más y entrecerró los ojos con las palabras formadas, brillando tenuemente en la luz de la luna.

MEJOR NO HABLES AHORA.



James frunció el ceño. Sabía que de la Octósfera se rumoreaba que nunca daba respuestas útiles, pero se suponía que *siempre* daba una respuesta *correcta*, no importaba lo indescifrable. Decidió probar otra vez, siendo más específico.

—Muy bien, —dijo. —¿Voy a hacer que suceda algo terrible por tratar de ayudar a Petra?

Inmediatamente, las palabras blancas desaparecieron de la superficie del orbe. Comenzó a girar de nuevo, primero lentamente, y luego más rápido arrastrando el agua por los lados de la esfera, corriendo en riachuelos. Finalmente, después de casi un minuto, el astro volvió a desacelerarse. Tenues formas nadaron dentro de ella, en lenta resolución. James se acercó más, mirando las letras flotar en la superficie, como si fuera un pozo profundo y oscuro.

NO LO HARÁS.

James leyó las palabras varias veces y luego soltó un largo suspiro de alivio. Tal vez las leyendas sobre la Octósfera estaban equivocadas. Después de todo, se trataba de una respuesta clara, útil y sencilla. Mientras que era verdad, entonces no había nada de qué preocuparse. Y de acuerdo con Zane, las respuestas de la Octósfera eran *siempre* ciertas, aunque no eran obvias.

James se estremeció de nuevo, sintiendo una oleada fresca de brisa sobre el campus y silencio en los árboles cercanos. Se puso de pie nuevamente y continuó su camino a la Mansión Apolo, renovado en su misión aún si no sabía exactamente lo siguiente que tenía que hacer. Ni él, Ralph, ni Zane sabían la ubicación de la Cortina de Nexus o el significado que quedaba del enigma de Magnussen. Aun así, al menos podía sentir cierta confianza de que no iban arruinar todo, incluso si no lo entendieran del todo.

En la oscuridad detrás de él, las palabras brillantes comenzaron a desplazarse lentamente en las profundidades de la Octósfera y comenzaron a girar de nuevo, lentamente, reanudando su ruido sordo. No había nadie allí para verlo,

pero la palabra "Tú" permaneció visible durante casi un minuto después de que las otras se habían desvanecido, casi como si tuviera algún especial y secreto énfasis.

Después de todo, la Octósfera siempre decía la verdad. Pero nunca era útil.



En el tercer sábado de abril, James, Zane y Ralph subieron su camino a la biblioteca en la Torre del Arte, con el pretexto de hacer la tarea, pero también con la esperanza de la investigación de un nuevo avance en el Enigma Roebitz.

La biblioteca ocupaba el espacio inmediatamente por debajo del ático del museo y tomaba el equivalente a tres pisos llenos con sus estanterías vertiginosamente altas, escaleras rodantes, largas mesas pulidas cubiertas de verdes Lámparas de Banqueros, balcones colgantes, escalinatas y rellanos. Muy alto en el centro del espacio, visible desde casi todos los ángulos, colgaba una araña de cristal monstruosa, sus miles de colgantes parpadeaban un prisma irisado por el brillo de la luz de las velas.

Alrededor de esto, un tanto inquietante, libros de todos los tamaños volaban como murciélagos, batiendo sus portadas, sus cintas marcadoras se arrastraban tras ellos como colas de cometas. James había estado en la biblioteca varias veces antes de que se diera cuenta que los libros voladores eran en realidad parte del sistema de estanterías de la biblioteca. Tomos sueltos de vez en cuando se disparaban desde los carros frente a la recepción y en círculo por la lámpara de araña, casi como si se tratara de una especie de rotonda. Uno a la vez, los libros eventualmente se abatían hacia abajo a las monolíticas estanterías inclinadas, sus portadas se aferraban con un *golpe* suave, y se deslizaban en su lugar con sus compañeros.



James tuvo la extraña sospecha que parte de la razón de que los libros pasaran tanto tiempo dando vueltas a la araña, era porque estaban (siendo libros mágicos) muy ligeramente con vida y les gustaba el ajetreo y el bullicio de lo que el bibliotecario conocía como “la nube de clasificación”. La ondulación de sus páginas y el aplauso suave de sus portadas cuando los libros rodeaban la araña sonaba vagamente a un discurso susurrado y James no pudo evitar preguntarse si los libros pasaban su tiempo en la nube, comerciando historias chismosas sobre los estudiantes y profesores de abajo.

Teniendo en cuenta la forma en que James a veces trataba sus propios libros de la biblioteca, esto no era un pensamiento muy reconfortante.

—Esto realmente parece una posibilidad remota, —Ralph susurró mientras se acomodaban en una mesa al borde de uno de los balcones superiores. —Quiero decir, ¿huevos de peces?

—*Roe* (Huevas), —Zane contestó, molesto. —Los huevos de peces se llaman huevas. ¿*Roe*—bits (alimento de huevas)? Al menos vale la pena echarle un vistazo. Tal vez Magnussen estaba realmente en acuarios o algo. Tal vez escondió el secreto de la Cortina de Nexus en alguna comida para peces y alimentó a su pez mascota, que entonces tenía peces bebé... y... eh.

James apretó los labios tentativamente. —Es una remota posibilidad, —dijo, de acuerdo con Ralph.

—No veo que a los dos les lluevan ideas geniales, —Zane se quejó, tirando de un enorme libro de imágenes hacia él. En el frente de éste había una fotografía en movimiento del monstruo del Lago Ness rompiendo sus mandíbulas prodigiosas. El título estaba en relieve dorado: “*PECES MÁGICOS y LA VIDA DEL MUNDO MARINO*”

—Vuelvo en unos minutos, —dijo James, deslizándose fuera de su asiento. —Necesito encontrar un libro para mis teteras y calderos de papel de Economía Mágica Doméstica.

—No me lo recuerdes, —dijo Ralph, rodando los ojos. —Tengo que escribir un párrafo sobre la diferencia entre pastelitos y panecillos.

—Debes ser un experto en eso, —dijo Zane, sin levantar la vista de su libro.
—Te comiste tres de cada uno en el desayuno esta mañana.

Ralph frunció el ceño. —Era una investigación, —dijo un poco a la defensiva.

James hizo su camino de regreso por las escaleras hasta el piso principal y luego serpenteó por varias filas de estantes altos y torcidos. Los niveles más elevados parecían tambalearse precariamente sobre él, con sus libros amenazando con derramarse de sus estanterías a la menor provocación.

Después de varias vueltas, James finalmente encontró la sección de referencia. Enormes volúmenes polvorientos se alineaban en las estanterías, inclinando la madera bajo su peso acumulado. Finalmente, casi al final del pasillo, James encontró lo que estaba buscando. Una sección entera fue dedicada a una antología de grandes enciclopedias, todo organizado por letra y tema. Parecía haber miles de volúmenes en la colección, cada uno encuadernado en tela en color beige deshilachado, sus lomos casi dos metros de altura. James estiró el cuello para ver los niveles superiores de la librería y luego sacó una de las escaleras de ruedas hacia él. Los peldaños chirriaron mientras comenzaba a subir.

Se detuvo a mitad de la escalera y llegó con cuidado a un determinado volumen. Una enorme letra *S* en relieve decoraba la parte superior del lomo. Debajo de ésta estaban las palabras "*SNYXPORIUM a través de SORDHISIUS*". Agarrando el pesado libro contra su pecho, James bajó la escalera. Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo en la base de ésta y acunó el enorme volumen en sus rodillas. Tras una breve pausa, lo abrió.

El libro olía a moho y polvo, pero sus páginas eran gruesas y cremosas, ligeramente amarillentas sólo a lo largo de los bordes. Páginas llenas de ilustraciones junto a campos densos de letra pequeña.

Normalmente, por supuesto, esto era el tipo de cosas que Rose se ofrecería a hacer. Como Zane había dicho, ella realmente era como un propio departamento de investigación personal. Sin embargo, James había estado reacio a compartir algunas cosas, incluso con sus compañeros más cercanos. El tema que estaba buscando hasta ahora era una de esas cosas. Pasó rápidamente a través de las



páginas de la enciclopedia lo más silenciosamente posible, hasta que llegó a una parte determinada, casi a la mitad. Se quedó mirando las palabras, con los labios apretados en una delgada línea.

HECHICERA: *Femenino de Hechicero. Ver Hechicero.*

Poco a poco, James regresó una página. Inclinandose ligeramente sobre el libro, empezó a leer.

HECHICERO:

Definido de manera simplista como un varón humano mágico, un hechicero no debería ser confundido con un mago. Mientras ambos son determinados principalmente por su predisposición a hechizos, elaboración de pociones y el uso de objetos mágicos, hay una marcada diferencia en la fuente fundamental de esos poderes. Mientras que las brujas y los magos utilizan los recursos mágicos dentro de sus propios cuerpos (ver: *Magia Intrínseca*), los hechiceros recogen sus poderes de recursos externos, como las cosas que crecen, las reservas de energía cinética (océanos), o incluso el paso del tiempo (ver: *Magia Elemental, tipos y usos*). Por esta razón, los hechiceros son potencialmente mucho más poderosos que una típica bruja o mago dependiendo de los recursos mágicos residuales de su entorno. Así mismo, donde el poder de un típico individuo mágico es constante, el poder de un hechicero puede disminuir hasta el punto de la debilidad extrema si se le corta esos recursos mágicos.

Es interesante notar, sin embargo, que en cada caso registrado, un hechicero solamente deriva su poder de *un tipo* de fuente extrínseca. Por ejemplo, un hechicero que saca su fuerza de las cosas que crecen, se



encontrará considerablemente debilitado cuando se ubica dentro de un entorno desértico. Teóricamente, este es un ejemplo de la ley de la conservación de poderes, que predice que el poder *absoluto* siempre será prohibido dentro de un mundo natural equilibrado.

Orígenes y explicaciones:

Si bien hay muchas teorías sobre los orígenes de los hechiceros, ninguna ha sido probada de forma concluyente. Todas estas teorías, sin embargo, se pueden dividir en dos categorías predominantes: la *Serendípica* y la *Causal*.

La teoría Serendípica establece que un hechicero *siempre* es creado cuando se cumple cierta serie de variados requisitos. La más bien conocida Teoría Serendípica es la premisa de “séptimo hijo de un séptimo hijo”, que se limita a establecer que cualquier séptimo hijo varón de un mago quien es, así mismo, un descendiente de un séptimo varón, sin excepción, es un hechicero. Otras teorías son mucho más complicadas, desviaciones en épocas del año, las fases de la luna, edades y linaje de los padres, e incluso el número de ventanas en la habitación del nacimiento del niño.

Los partidarios de la teoría Causal, sin embargo, postulan un muy diferente origen, debido en sí mismo a que no todo se determina a variables del azar, sino al equilibrio del mundo mágico en general. En resumen, la teoría Causal establece que cuando las escalas del cosmos requieren un hechicero (ya sea para mantener el equilibrio o para destruirlo), entonces, por pura necesidad, aparecerá un hechicero.

En particular, una variación de la teoría Causal añade que nunca puede haber *un* sólo hechicero. A fin de que las polaridades del destino permanezcan bajo control (la teoría de las reclamaciones), siempre tiene que haber una dualidad: o bien no hay hechiceros de ningún tipo o dos.

Esta teoría, sin embargo, como todas las demás, nunca ha sido probada o refutada.

Ejemplos históricos:

Aunque una gran cantidad de hechiceros legendarios han aparecido en los anales de la historia, hay muy pocos casos documentados de la existencia de tales individuos. El ejemplo más conocido y comprobado es Merlinus Ambrosius, cuyos poderes, orígenes misteriosos y desaparición legendaria describen el arquetipo del hechicero clásico.

Durante su vida, era conocido por conjurar hazañas de tan devastadora ferocidad natural, incluyendo (pero no limitados) terremotos, inundaciones, tifones, bosques caminantes y maremotos, siendo venerado y/o vilipendiado por todos los que lo conocían. Desde su época (aproximadamente 935 a 980 D.C) no ha habido evidencia indiscutible de otro hechicero con vida.

Variaciones— Elfos, Duendes, Hechiceras

Mientras tanto elfos y duendes también derivan sus poderes mágicos de fuentes extrínsecas, técnicamente *no* son considerados hechiceros (a pesar de argumentos de larga data de los líderes duende y defensores de los derechos de las especies). Dado que ambos duendes y elfos sólo pueden *contener* el equivalente de poder de cualquier persona mágica promedio, no cumplen con el “requerimiento Ilimitado de Expresión Mágica” (establecido por las *Características Mágicas Definidas en el Censo de 1177*) para el status de hechicero.

Por el contrario, no ha existido una teoría desde hace mucho tiempo que afirme que la existencia de hechiceros implica, por necesidad lógica, la posibilidad de hechiceras, es decir, una mujer cuya fuente de poder es extrínseca y que es capaz de convocar expresiones ilimitadas con base en la disponibilidad de recursos externos. A pesar de ello, ningún ejemplo irrefutable de tal persona nunca ha sido verificado.

James bajó el libro y se inclinó lentamente, dejando que su cabeza golpeará la estantería detrás de él. Durante varios segundos, simplemente miró más allá del espacio de las estanterías inclinadas hacia los libros que aleteaban en silencio a través de los niveles superiores de la biblioteca, volando hacia sus estantes.

Tiene perfecto sentido. Esa fue la parte más terrible. El pasaje de la enciclopedia era como la pieza central de un rompecabezas, la que trajo todas las partes separadas para juntarlas y formar el cuadro completo. Por increíble que pareciera, Petra Morganstern... era una hechicera.

James negó con la cabeza lentamente, apenas capaz de captar el concepto.

Recordó la primera vez que había conocido a Petra, de regreso a su primera noche en Hogwarts. Ted se la había presentado junto con el resto de los Gremlins. Entonces le había parecido simplemente bonita e inteligente, el complemento ideal para la insolencia descarada del resto de los Gremlins. James había tenido clases con ella a lo largo de ese año. En honor a la verdad, había comenzado, incluso entonces, a sentir los indicios más débiles del magnetismo romántico hacia ella. Ciertamente, había algo único acerca de ella—algo raro y un poco oscuro, inspirador y solemne. Aun así, ¿cómo podría esta delicada e inteligente chica—una con la tendencia a devorar libros de texto y a la vez, garabatear duendes en los márgenes—¿cómo podría esa chica posiblemente ser tan poderosa, tan rara y potencialmente tan aterradora como una hechicera?

Y, sin embargo, James sabía que era verdad. *Tenía* que ser cierto. Todo apuntaba a ello, a partir de los misterios que rodearon su último día en la Granja Morganstern, a la increíble magia que parecía llevar a cabo sin ningún tipo de varita, al extraño hilo de plata que había aparecido cuando se había caído de la

parte posterior del *Gwyndemere*—conjurado por James, pero elaborado, al parecer, de su propio poder.

Merlin, por supuesto, era un hechicero. ¿Por eso estaba tan interesado en Petra? ¿Era por eso que estaba preocupado por lo que podría hacer? ¿Era su igual? ¿Su *opuesto*?

James se estremeció violentamente, y la enciclopedia casi se cayó de su regazo. Instintivamente, la agarró y luego la cerró con un golpe suave.

Por primera vez, seriamente, se preguntó si realmente Petra *había* estado involucrada en el ataque a la Bóveda de los Destinos. Hasta el momento, James había sido capaz de convencerse de que realmente no podía haber sido ella la que vio esa noche saliendo del Archivo junto a la mujer espeluznante con las ropas negras. Se había convencido a sí mismo que tenía que haber sido un truco, alguien usando la Poción Multijugos, por ejemplo, o tal vez incluso un encantamiento *Visum—ineptio*. ¿Pero si nada de eso era cierto? ¿Qué pasa si Petra realmente *estaba* aliada con la misteriosa y oscura mujer, y había estado mintiendo todo el tiempo sobre su inocencia? Peor aún, ¿y si la parte de Morgana de la mente de Petra, la parte influenciada por el jirón final del alma de Lord Voldemort, se había liberado de la prisión mental que Petra había erigido para ella—el castillo negro en sus sueños—y si la había *poseído* de alguna manera?

¿Y si James, Ralph y Zane lograran entrar al Mundo Entre los Mundos sólo para encontrar una prueba irrefutable de que *había* sido Petra (Morgana) quien había irrumpido en el Salón de Archivos, maldecido al señor Henredon y, a continuación, robado el hilo carmesí de la extraña dimensión de la Bóveda de los Destinos? ¿Qué, entonces? ¿Los tribunales enviarían a Petra a la prisión mágica?

Tal vez lo que es peor, ¿serían incapaces de hacerlo?

Por un claro y horrible momento, James imaginó a la chica de cabello oscuro (Petra/Morgana) caminando encorvada resueltamente al centro de un ancho camino, atacada de verdes Encantamientos Asesinos y, sin embargo imperturbable, la frente baja con fría furia, sus ojos brillantes de chispas negras y el rayo crepitante entre sus dedos con garras.



Ella no es malvada, se dijo con firmeza. Era casi un mantra, un encantamiento. En lo más profundo de su corazón, creía completamente y dudaba irremediablemente. La fricción entre las dos condenas en guerra era casi abrumadora, casi como un corazón roto.

—Petra no es malvada, —susurró, sus ojos muy abiertos y brillantes en la oscuridad del pasillo de la biblioteca. —Ella es sólo... —Se interrumpió con un grito ahogado, dándose cuenta de lo que estaba a punto de decir. De repente, sintió mucho frío, enfriado casi hasta el hueso. Esta vez, cuando la enciclopedia trató de deslizarse fuera de sus piernas cruzadas, James la dejó. Apenas la notó.

No es malvada, pensó sin poder hacer nada. *Sólo... está mal informada*.

Como Eva. Sólo mal informadas.



—¿Qué pasa contigo, James? —Zane preguntó al siguiente jueves, mientras los tres salían de la clase de Cursología y caminaban en una brillante y cálida tarde.

James levantó sus libros y entrecerró los ojos en la luz del sol. —Nada. ¿Por qué?

—Has estado muy callado últimamente, —Zane presionó. —Incluso Ralph lo ha notado.

Ralph asintió. —Es verdad. Ni siquiera te presentaste a la práctica mágica de Clutch, el otro día. Yo mismo tuve que controlar el Guante. No estuvo tan bien.

Zane se rió y le dio una palmada a Ralph en el hombro. —Eso es porque todavía no has aprendido a frenar ese varita Godzilla que tienes. Oí que el Guante estaba corriendo tan rápido que algunas partes estaban borrosas. ¿Es cierto?

—El equipo seguro que no pensó que fuera divertido, —Ralph admitió, pasando sus dedos por el cabello. —Pero definitivamente agudizó los reflejos de todos. Te lo juro, en un momento, parecía que Fiorello estaba en dos lugares al mismo tiempo tratando de evadir uno de los brazos mecánicos.

—Estoy bien, —James suspiró, acercándose a las ruinas esparcidas de la mansión quemada de Roberts. Se dejó caer en una pared rota y miró a lo largo de la plaza iluminada por el sol. —Estoy molesto porque todavía no nos hemos dado cuenta de esto último. Quiero decir, no podemos mantener la herradura oculta para siempre. Alguien va a sentirla y luego vamos a estar totalmente hundidos.

Zane se encogió de hombros y se unió a James en el extremo roto de la pared. La alta hierba se agitaba alrededor de los pies de los chicos donde colgaban por un borde. —No lo sé, —respondió. —¡Ocultar el zapato del unicornio en las raíces del Sauce Zurcidor fue totalmente genial! Esa herradura puede tener alguna poderosa salsa en ella, pero si es más fuerte que el Sauce, me comeré una Clutch. Esa fue una gran marca para Ralphinator.

—No fue nada, —dijo Ralph, tratando de no sonreír con orgullo. —Estaba recordando nuestro primer año cuando Delacroix escondió muy bien el trono de Merlin en los terrenos de Hogwarts, ya que era el único lugar en el país que era lo suficientemente mágico y protegido como para opacar esa clase de poder. Si funcionó para ella, pensé que podría funcionar para nosotros.

Zane asintió. —Es una excelente idea no importa el qué. Apuesto a que si el viejo Mags hubiera pensado en ello, realmente habría podido *entrar* al Mundo Entre los Mundos y no ser derribado en un callejón como un vaquero en pleno día.

James negó con la cabeza, no compartía las actitudes despreocupadas de sus amigos. —Es sólo que está *tomando* demasiado tiempo, —dijo, golpeando su mano en la piedra de al lado. —Ese idiota de Keynes, el árbitro, está casi terminando con su inspección. Papá me envió una nota diciendo que se encontró con él en la Montaña de Cristal. Keynes le dijo que no necesitaba entrevistar a ninguno de nosotros, después de todo, dijo que había encontrado toda la información que necesitaba en otra parte. Eso sólo puede significar una cosa, ¿no? ¡Está a punto de



hacer su juicio y ha encontrado justo lo que necesitaba para condenar a Petra y enviarla a la cárcel!

—Pero, ¿quién podía haber hablado? —Preguntó Ralph, dando patadas a las malezas cerca de un pedazo caído de la pared de piedra. —Éramos los únicos testigos de lo sucedido. ¿Quién más le diría que alguien que se parecía muchísimo a Petra salió después? Quiero decir, las únicas personas que sabían eran Rose y Scorpius a través del Espejo. Si Keynes hubiera hablado con ellos, sin duda nos habrían dicho.

James frunció el ceño hoscamente. Ralph puede estar en lo cierto acerca de Rose, pero el propio James no estaba tan seguro de Scorpius. —De cualquier manera, si vamos a averiguar este estúpido acertijo, será mejor hacerlo bien rápido. De lo contrario, no habrá ningún punto. Ellos juzgarán a Petra y se la llevarán e Izzy terminará en alguna casa Muggle de acogida, probablemente con todos sus recuerdos de nosotros completamente Borrados.

—Pero hemos probado todo lo que podíamos pensar, —dijo Zane, levantando las cejas y las manos al mismo tiempo. —¡No tenemos nada! Si la Cortina de Nexus se encuentra dentro de los ojos de Roebitz, entonces Roebitz seguro no está hablando de ello. *Estoy* sin ideas y sé por experiencia que eso significa que *ustedes* dos están también completamente vacíos. —Suspiró y sacudió la cabeza.

—Hey, *soy* el que pensó en ocultar la herradura bajo el Sauce Zurcidor, —Ralph recordó al chico rubio, frunciendo el ceño con molestia. Zane se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

—Odio sentirme atrapado de esta forma, —se quejó James sombríamente. —Estamos tan *cerca* y estamos completamente bloqueados. Me siento como ese tipo Roberts, quien tiene que vivir en la cima de la hundida Acúpolis como un naufrago, tan cerca de la civilización, pero separado de ella, solo en la parte superior con nada más que las olas y las gaviotas para hacerle compañía. —Se inclinó hacia delante y cruzó los antebrazos sobre las rodillas, exhalando severamente. Un momento después, se dio cuenta de que Zane lo estaba mirando duramente.



—¿*Qué* acabas de decir? —El chico rubio le preguntó con enfática y baja voz.

James se encogió de hombros. —Era este tipo que conocimos en el viaje para acá. Vivía en la parte superior de la Acuápolis, la parte que sobresalía del océano como una isla cada vez que la ciudad se hundía bajo la superficie...

—No, no, —Zane dijo, con los ojos cada vez más agudos. —¡Antes de eso! ¿*Cómo* dijiste que se llamaba?

James miró con curiosidad hacia atrás de Zane, pero era Ralph quien respondió.

—¿Roberts? —dijo. —¿Qué tiene eso de raro?

Lo ojos de Zane se hincharon. Miró hacia atrás y adelante entre James y Ralph en aparente asombro. —¿*Qué tiene eso de raro?* —Exclamó. —¡Ustedes dos acaban de *decirlo!* ¡*Roebitz!* ¿En serio me están diciendo que el nombre de este tipo que estaba en la isla era *Roebitz?*

James miró a un lado de Ralph. —No *dijimos* Roebitz, —respondió con voz perpleja. —*Dijimos Roberts.* ¿No oyes?

—¡Deletréenlo! —Zane exigió, casi vibrando de emoción.

Ralph suspiró, y deletreó el nombre. Los ojos de Zane se hincharon aún más.

—¡Es su acento! —Dijo, como para él mismo. —¡El acento Inglés! ¡Cuando ustedes dicen Roberts... *suenan* como *Roebitz!*

—No tenemos ningún tipo de acento, —Ralph frunció el ceño. —Ustedes los Americanos sí.

—¿No lo ven? —Dijo Zane, empujando a James lo suficientemente duro para casi sacarlo de la pared de piedra. —¡Magnussen habló con el mismo acento que ustedes dos! ¡Él nunca aceptó la ruptura del país de Inglaterra e insistió en hablar de la misma manera que los británicos lo hacen! Lo llamó “el Rey Inglés”, ¿recuerdan?



Los propios ojos de James comenzaron a ensancharse lentamente. —En la visión del focomagnetófono revelador, —dijo, —cuando Franklyn estaba explicando los enigmas de Magnussen, ¡imitó el *acento* de Magnussen! No lo reconocimos, aunque Franklyn es un americano. Lo oímos mal porque no reconocimos que estaba imitando la forma de *hablar* de Magnussen. No dijo “Roebitz” en absoluto!

Ralph terminó el pensamiento por todos ellos. —Dijo Roberts, —el chico grande sopló en voz baja, mirando a sus amigos. —¡La Cortina de Nexus... se encuentra dentro de los ojos de Roberts!

Los tres chicos se miraron, atónitos. Poco a poco, se volvieron hacia la ruina detrás de ellos, mirando hacia arriba a través de los trozos rotos de la pared del jardín, las escaleras ahogadas de malezas y hacia los restos de la gran fachada. El dintel de la puerta todavía llevaba el nombre grabado del propietario original: “ROBERTS”

Al frente, prominente y torcida sobre la hierba alta, al igual que siempre, estaba la estatua del hombre mismo, su rostro severo resistido con la edad, con la varita sujeta a su lado a propósito.

—Los ojos de Roberts, —James dijo en voz baja, de repente ruborizado de adrenalina.

—*No puede* ser tan fácil, —Ralph murmuró, sacudiendo la cabeza. —¿Puede?

—Sólo hay una manera de saber, —dijo Zane, saltando desde la pared de piedra y aplaudiendo. —¿Qué dices, Ralph? ¿Quieres darme un poco de impulso?



Tres minutos más tarde, James estaba a la sombra de la estatua de Roberts, mirando hacia Zane mientras este permanecía de pie encima de los hombros de Ralph, luchando para llegar a la parte posterior de la cabeza de la estatua.

—Es bueno que el pedestal de esta cosa esté enterrado en su mayoría en la tierra, —Ralph gruñó. —De lo contrario nunca seríamos capaces de llegar a la parte superior.

—¡Hay agujeros en la parte posterior de la cabeza! —Zane llamó abajo. — Dos de ellos, al lado del otro, ¿ves? Empújame un poco más arriba, Ralph.

—Estoy empujando tan alto como puedo, —Ralph gimió, luchando por permanecer de puntillas. —¿Qué ves?

—Nada, —dijo Zane, con la voz ahogada mientras presionaba sus ojos a la parte posterior de la cabeza de la estatua. —Los agujeros de la estatua claramente tienen la forma de los ojos, por lo que puedo decir. Pero no hay nada aquí adentro en absoluto.

James frunció el ceño, y luego una ráfaga de inspiración lo golpeó. — ¿Puedes ver por el frente? —Le llamó. —Como, ¿qué pasa si el secreto no está, literalmente, *en* sus ojos? ¿Y si es lo que está mirando?

Zane se quedó en silencio por un momento mientras luchaba para alinear sus ojos con los orificios en la parte posterior de la cabeza de la estatua. Por último, negó con la cabeza.

—No es bueno, —respondió. —Está todo borroso. No puedo alinear los agujeros, de alguna manera. Es como estar totalmente miope.

—Date prisa, —Ralph gruñó. —Tus talones son como yunques. ¿Cómo puede un pequeño y flaco imbécil como tú pesar tanto?

—¡Espera un minuto! —Dijo James de repente. —¡Tengo una idea!



Rápidamente, dejó caer su mochila y la abrió. Buscó durante varios segundos y finalmente recuperó algo de lo más hondo de la bolsa.

—Aquí, —dijo, saltando y volviendo a Ralph. —Entrégaselos.

—¿Tus lentes? —Ralph frunció el ceño, mirando el objeto en sus manos. —
¿Hablas en serio?

—¡Podría funcionar! —James insistió. —¡Sólo entrégaselos!

—Vamos a ver, Ralph, —dijo Zane. —Nunca se sabe. A James le corresponde una buena idea algunas veces.

Ralph se acercó y le entregó las gafas a Zane. Con cuidado, Zane se estiró de nuevo, envolviendo su brazo alrededor del cuello de la estatua y colocando las gafas en la cara de piedra.

—Oh oh, —dijo de repente.

—¿Qué? —James llamó.

—Oí un crack, —el chico rubio volvió a llamar. —Creo que el viejo Roberts tiene una cabeza más grande que tú, James. Creo que se rompió la parte del frente. Lo siento.

James suspiró. —Tengo un repuesto, —dijo, rodando los ojos. —¿Puedes ver mejor?

Zane apretó nuevamente los ojos a la parte posterior de la cabeza tallada de Roberts. Hubo un largo y tenso momento mientras ajustaba las gafas y luchaba por mantenerse en posición. Estaba casi a cuestas en la estatua inclinándose ahora hacia atrás.

—¡Funciona! —Finalmente anunció. —Sorta.

—¿Qué significa “sorta”? —preguntó Ralph.

Zane ajustó las gafas en la cara de la estatua de nuevo. —Bueno, —dijo, — Puedo ver bien a través de los ojos de Roberts. Las gafas funcionan casi como un telescopio. Es sólo que no hay mucho que ver. Al menos, no todo es muy útil.

—¿Qué es? —James preguntó, casi saltando de impaciencia.

—Roberts parece sólo estar mirando directamente hacia abajo a la plaza central hacia la Residencia de Administración, —Zane contestó, todavía mirando a través de la parte posterior de la cabeza de la estatua. —De hecho, está mirando derecho a las puertas delanteras. Están abiertas, por lo que puedo ver a través del pasillo principal. ¡Hey! ¡Ahí están Albus y Lucy! Probablemente van a cenar temprano.

James negó con la cabeza. —Eso *no puede* ser la entrada secreta a la Cortina de Nexus. Hemos estado allí un centenar de veces.

—Bueno, eso es lo que está en los ojos de Roberts, —Zane volvió a decir. — Tal vez deberíamos ir a husmear por ahí un poco más. ¿Quién sabe lo que podría ser...? —Él se detuvo de repente y se apretó con más fuerza contra la parte posterior de la cabeza de la estatua, frunciendo el ceño ligeramente.

—¿Qué? —Ralph preguntó con impaciencia. —¿Qué podría ser qué?

—Espera, —dijo Zane. —Ahora alguien está abriendo las puertas en el otro extremo del corredor principal. Puedo ver a través de todo el edificio. Tranquilo.

James esperó. Él sabía lo que estaba en el otro extremo del campus, detrás de la Residencia de Administración. La Colina de la Victoria era el honorable hogar del ganador del torneo Clutchcudgel de cada año. Según la tradición, la noche de la final estaba marcada por la Marcha mágica de las Casas, cuando la residencia del equipo ganador sería mágicamente levantada de su cimiento en un círculo en el campus, viniendo a descansar en la base permanente sobre la cima de la colina cerca a la Duna Pepperpock. Por desgracia, el propio Zane no había sido testigo de una Marcha de las Casas, ni había nadie más en los últimos diez años más o menos, desde que el Equipo Hombre Lobo había ganado cómodamente el torneo Clutchcudgel durante más de una década, manteniéndose así en esa posición de honor.



—Es solo la Mansión Apolo, —dijo Zane. —Sólo puedo ver la base de la misma a través de la parte posterior de la Residencia de Administración, arriba en Colina Victoria. *Hombre*, odio a esos tipos.

—¿Es todo? —Preguntó Ralph, exasperado.

—Es todo, —respondió Zane. —Sólo la fundación arriba de la Colina de la Victoria con ese grande mausoleo de la casa de ellos. La única parte que es realmente visible es la piedra con esa pequeña y extraña “U” grabada en ella.

James frunció el ceño. —¿Pequeña y extraña “U”?

—Sí, —Zane suspiró. —En la piedra de la fundación permanente, sólo es este símbolo extraño como una pequeña letra “U”. Nadie sabe lo que significa. ¿“Universidad” tal vez? O ¿“Ustedes están aquí”?

James entrecerró sus ojos, muy pensativo. —¿Estás seguro de... —le preguntó lentamente, —que es una “U”?

Miró hacia Zane. El chico rubio lo miró. Poco a poco, sus cejas se levantaron en la frente mientras sus ojos se abrían.

Las rodillas de Ralph se doblaron ligeramente. En voz tensa, dijo, —Esto significa que puedes bajarte de mis hombros ahora, ¿verdad?



—¿Qué quieren *ustedes* tres?—Un chico mayor Hombre Lobo llamó desde el alto pórtico de la Mansión Ares cuando James, Zane y Ralph se acercaron. James reconoció la voz de Clayton Altaire, el capitán del equipo Hombre Lobo de Clutch.

—Oh, sólo estamos aquí para tomar el sol en su gloria por un minuto, —Zane respondió desde el sendero que rodeaba la Colina de la Victoria. —No nos hagas caso.

Altaire frunció el ceño con suspicacia. —¿Entonces qué es eso que tienes en la bolsa?

—¿Oh, esto? —Preguntó James, su rostro enrojecido. Miro la bolsa de terciopelo negro en su mano derecha. —Simplemente, er...

—Es su tarea de Tecnomancia, —Ralph ofreció. —Cosas totalmente peligrosas. Magia estrictamente experimental. Ni siquiera miraría directamente si fuera usted.

Altaire asintió con escepticismo hacia Zane. —Te conozco, Walker. Si estás tratando de hacernos una broma...

—¿Yo? —Preguntó Zane, poniendo una cara de herida inocencia. —¡Nunca! Este de aquí es James Potter! Su hermano es Albus, uno de sus hermanos Hombre Lobo. *Nunca* haríamos algo para causar algún problema al pequeño Al, ¿verdad muchachos? —Miró hacia atrás y adelante entre James y Ralph, quien asintió en silencio.

—Albus, —Altaire sonrió. —Sí, nuestro pequeño Cornelius. Le diré que ustedes “aparecieron para charlar”. —Se dio la vuelta y entró a la sombra de la puerta, riéndose.

—Sí, claro, cabeza hueca, —Zane murmuró, rodando los ojos. Se volvió hacia James. —Muy bien, vamos a ver si encaja.

—No me gusta tener esa cosa en plena luz del día, —dijo Ralph, siguiendo de cerca a James y Zane en ángulo hacia la esquina de la Mansión Ares, pasando por una gran estatua de bronce de un hombre lobo feroz gruñendo con ojos de color ámbar y blanco incrustados en su cara. James sabía que la estatua había sido un regalo de un ex alumno, erigida hace unos diez años. Albus le había dicho que los miembros del equipo Hombre Lobo de Clutchcudgel frotaban el hocico gruñendo de la estatua en cada juego mientras se abrían camino a la Duna Pepperpock como un ritual. James se estremeció cuando pasó ante la figura de bronce reluciente, no le gustaba ese gélido gruñido de dientes.



Mientras los tres se acercaban a la piedra angular de la casa, James vio que era un gran bloque de granito sólido. En la parte superior de la misma, grabada hasta el borde, estaba una gruesa forma de U.

—Sólo tomará un segundo, Ralph, —dijo James, sintiéndose bastante nervioso. —Sólo tenemos que ver si se trata de la misma forma. Si la herradura es la llave dimensional, entonces esto podría ser el ojo de la cerradura. Si no es así, entonces sólo la retiraremos y ocultamos bajo el Sauce Zurcidor de nuevo.

Ralph tragó saliva. —¿Te refieres a que si cabe, vamos a ir a través del Mundo Entre los Mundos en este *momento*?

—Relájate, Ralphinator, —siseó Zane impaciente. —Sólo vamos a ver si funciona. Volveremos más tarde para nuestra gran entrada si todo va según lo previsto.

Mirando alrededor para asegurarse de que nadie estaba mirando, James extrajo la herradura de plata de la bolsa. Los tres muchachos se agruparon alrededor de la piedra cuando él la sostuvo en alto junto a la forma grabada.

—Bueno, —dijo Ralph vacilante, —encaja... un poco.

—La forma grabada es demasiado corta, —dijo Zane, sacudiendo la cabeza.
—La parte superior está cortada.

James miró a la herradura cuando la sostuvo en alto contra la forma de U grabada. —El inferior encaja a la perfección, —estuvo de acuerdo. —Es casi como si la mitad superior de la piedra faltara.

—Eso tiene sentido, —dijo Zane. —Ninguno de los edificios están en sus cimientos originales. Cada vez que hay un nuevo ganador del torneo Clutchcudgel, las casas se intercambian. Apuesto a que nadie se acuerda de que la casa fue construida originalmente en este espacio.

—Así que si podemos averiguar dónde está la mitad *superior* de la herradura de la piedra angular de la casa, —Ralph aventuró, —entonces sabremos dónde está la entrada a la Cortina de Nexus, ¿verdad?



—Tal vez, —dijo James, deslizando la herradura de nuevo en su bolsa de terciopelo. —Pero tengo la sensación de que la única forma en que la llave dimensional funcionará, es si encontramos la casa correcta en la base correcta.

Zane se encogió de hombros con optimismo. —¡Eso es fácil! Como Ralph dijo, sólo tenemos que averiguar qué casa tiene el resto de la herradura en su piedra angular y luego asegurarse de que la casa gana el torneo de Clutch. Si tenemos suerte, será la Mansión de Hermes. Nosotros los Zombi conseguiremos la victoria este año. Puedo sentirlo.

James se bajó con la certeza apoderándose de él. Negó con la cabeza lentamente.

—No creo, —dijo malhumorado, —que vaya a ser la Mansión de Hermes.



—Guau, —dijo Ralph poco tiempo después cuando los tres estaban en los arbustos en frente de la Casa Pie—grande. —¿Cómo lo sabes?

—No podría decir, —James respondió con un suspiro. —Sólo tiene un cierto tipo de sentido hacia atrás, ¿no es así?

Zane asintió con firmeza, sus labios apretados en una línea mientras miraba hacia abajo en la piedra angular de la Mansión Apolo. Efectivamente, el borde inferior de la piedra mostró las marcas gemelas de la parte superior de la herradura de plata. —Entonces, —dijo de todo corazón, aun asintiendo, —con el fin de abrir la Cortina de Nexus y potencialmente demostrar la inocencia de nuestra buena amiga Petra Morganstern, el *peor* equipo de Clutch en una década tiene que ganar el torneo contra el *mejor* equipo de Clutch de una década. ¿Es eso? ¿Tengo que aclararlo?

—Me temo que sí, —respondió James con seriedad.

Zane asintió un poco más. —Bueno, entonces, —dijo, —una cosa es absolutamente segura.

—¿Qué es? —Preguntó Ralph, un poco vacilante.

Zane miró gravemente tanto a James como a Ralph y luego respondió, — Vas a necesitar un Guante más grande.



Durante las semanas siguientes, James se enfocó en las prácticas mágicas de Clutch del equipo Pie-grande con renovado vigor. De hecho ampliaron el Guante, añadiendo una sección de parches de vuelo giroscópico donde los jugadores podían montar una Skrim con viento simulado, giros, y, lo más importante de todo, atacando a los oponentes mecánicos. Usando esto, los jugadores practicaron *Artis Decerto* en vuelo, aprendiendo a realizar volteretas, giros, inclinaciones horizontales, y una nueva maniobra, conocida como la Gota, en la que un jugador cae de plano sobre la longitud de su Skrim, sus dedos se cierran sobre el borde delantero, reduciendo su área objetivo y la resistencia al viento, y efectivamente transformándose en misil. En esta postura, el jugador era capaz de utilizar su Skrim como escudo, desviando hechizos tirando del borde delantero hacia arriba, forzando a éstos a rebotar en la parte inferior.

—¡Guau! —Gobbins vitoreó cuando Jazmine realizó un impresionante giro a través de un grupo de Agresores mecánicos con Garrotes. —¡Como si enhebraras una aguja, Jaz!

—Tengo que admitir, James, —dijo Norrick, sacudiendo la cabeza, —que no estaba muy seguro en toda esta cosa del *Artis Decerto* al principio. Pero entre la nueva magia que hemos estado practicando y estos locos y nuevos movimientos, creo que sólo podría haber una oportunidad de entrar al torneo.

—Entrar en él no es nada, —Wentworth exclamó, con los ojos sobresaltados tras sus enormes gafas. —¡Tenemos la posibilidad de *ganar* ese bebé! ¡Especialmente ahora que los Duende e Igor se han eliminado en los desempates! Se reduce a los Licántropos, Vampiros, Zombis y nosotros! Y ni siquiera hemos empezado a utilizar alguno de estos nuevos movimientos todavía!

—No nos confiemos demasiado, —advirtió James a pesar de su propia confianza cautelosa. —Una cosa es hacer estas maniobras en el Guante. Otra es sacarlos completamente del curso. Además, el próximo partido es la muerte súbita contra los Zombis y *han* estado practicando en el Guante lo mismo que nosotros, gracias al hecho de que necesitamos la ayuda de Zane y del Profesor Cloverhoof para construirlo.

—Los vi practicando en él ayer, —Jazmine jadeó, saltando de su Skrim cuando Ralph detuvo el Guante a su alrededor, —desde la ventana en el piso de arriba. No lo están tomando tan en serio. No usaron la plataforma de vuelo en absoluto.

—Graarph, —Mukthatch acordó, saltando de su Skrim y pilotando en su posición para su turno en el parche. —Wurgh raffwabffle.

—¿Qué dijo? —Preguntó James a Norrick detrás de su mano.

—Él dice que la debilidad de los Zombis es que no toman nada en serio. Prefieren trucos y sorpresa a la disciplina y la práctica.

—Guau, —Ralph dijo, parpadeando. —¿él dijo todo eso?

—El Sasquatchian es un lenguaje muy económico, —Norrick respondió, asintiendo sabiamente. —He estado estudiándolo desde la escuela primaria. Tiene un centenar de palabras para la suciedad, pero ninguna palabra para limpiar. La clase te dice todo lo que necesitas saber sobre ellos, ¿cierto?

James asintió.

Más tarde, en la noche, antes del último partido de los Pie-grande contra el equipo Zombi, James se reunió con Zane en el porche de la mansión Hermes.

—¿Has intentado hablar con ellos de esto? —Le preguntó al chico rubio, quien negó con la cabeza tristemente.

—Es una cuestión de orgullo, —Zane explicó en voz baja, mirando hacia atrás a la casa. —El equipo Zombi no ha sido derrotado por los Pie hace siglos. Ese empate que les dieron en el último partido fue bastante malo. ¡Y este es un partido de desempate a muerte! ¡El ganador avanza, el perdedor se va a casa! No puedo decirles, “Hey chicos, ¿por qué no dejan ganar a los Pie—grande, ¿eh? ¡No puedo decirles por qué, pero evitara a una chica que no conocen, ser enviada a Fort Bedlam y quién sabe, tal vez incluso salvar al universo de colapsar sobre sí mismo a causa de algún hilo perdido! ¿Qué dicen?” Lo siento James, sabes que estoy a bordo contigo, pero no hay manera de que la Bludger vuele.

James sacudió la cabeza con exasperación. —¿Puedes, como añadir una dosis de Suero Weasley de Imbecilidad en sus cafés de la mañana o algo así? ¿O hechizar algunos pesos invisibles en sus Skrim?

Zane miró horrorizado. —¿*Sabotaje* a los *Zombis*? —Dijo entre dientes, mortificado. —Mira, compañero, estoy de tu lado y todo, pero la regla número uno de la Casa Zombi es que *nunca* jamás bromees con tu propia casa. —Zane se detuvo y miró a un lado, pensativo. —Bueno, en realidad, la regla número *uno* es mantener siempre la puerta del sótano bloqueada desde el exterior para que el ghoul no se salga por la noche para tener fiestas con todos los otros ghouls domésticos. *Hombre*, ellos hacen un lío terrible. ¿Y lo que comen? Diablos. La última vez no habían dejado nada sino una caja de sanguijuelas masticables secas y la mitad de un frasco de El Salsa Grenado. Pero no hacer travesuras a tu propia casa es, *definitivamente* la regla número *dos*. Sin lugar a dudas.

—¡Pero...! —James comenzó, pero Zane le interrumpió con una mano levantada.

—Lo siento, James. Simplemente no puedo hacerlo. Nosotros, los Zombis no tenemos un código de ética, pero los pocos que sí, nos adherimos a él como pegamento. ¿Capiche? Ustedes sólo tienen que ganarlo en una buena batalla.



James suspiró profundamente y asintió. Cuando se dio la vuelta para irse, sin embargo, Zane le dio un golpecito en el hombro.

—Pero voy a hacer campaña por ustedes, —susurró con una sonrisa torcida. —Pueden hacerlo. Mantenerse entre Warrington y Hurst, ¿eh? No te puedo decir por qué, pero si lo hacen—pegarse entre los dos como escarabajos de mantequilla entre dos rebanadas de pan blanco—entonces lo harán muy bien. —Le guiñó un ojo con complicidad y luego se volvió a su casa, silbando una melodía inocente.

La tarde del partido resultó ser luminosa y cálida, resultando en una participación muy exuberante de espectadores. Las tribunas estaban llenas a rebosar de banderas ondeando y señales hechas a mano. Para sorpresa de James, parecía que había casi tantos colores Pie-grande y pancartas como partidarios Zombi. Las dos facciones se empujaban amigablemente en las gradas altas amuralladas, compitiendo entre sí con pequeñas demostraciones de hechizos de fuegos artificiales en colores del equipo.

—¡Eso es, equipo! —Wood gritó mientras los jugadores se agrupaban a su alrededor sobre la plataforma. Su voz casi se perdió en el rugido de la multitud emocionada. —¡Sé que este es un partido de muerte súbita, pero no dejen que los asusten! ¡Hemos jugado una temporada increíble y estoy orgulloso de todos y cada uno de ustedes! ¡Hagan su mejor esfuerzo, manténganlo limpio, y traten de divertirse! ¡Si perdemos, podemos estar fuera de la clasificación, pero aún tendremos el mejor registro que el Equipo Pie-grande haya acumulado en más de diez años! Todos ustedes son ganadores en mi libro, ¿eh? Así que vamos a mantener el mentón arriba! ¿Listo?

El equipo se unió, apilando sus manos sobre el puño extendido de Wood. — ¡VAAMOS PIES!

A medida que el equipo se reunía a lo largo del borde de la plataforma, Wentworth se trasladó junto a James, con su Skrim a su lado.

—Si no lo conociera, —murmuró en voz baja, —Creería que Wood *espera* que perdamos.



James miró al muchacho a su lado. Wentworth miró hacia arriba. —Sólo estoy diciendo, —se encogió de hombros.

—Bueno, espero que ganemos, —respondió James. —Recuerda, mantener un ojo en Warrington y Hurst. Si se alinean...

—Sí, sí, —Gobbins acordó con gravedad desde el otro lado de James. —Nos apretamos entre ellos como Mamá Newt acompañando un baile de San Valentín.

Un silbido agudo atravesó el aire sobre el curso de la figura de ocho. El Profesor Sanuye flotaba sobre el anillo central en su túnica oficial, su silbato sobresaliendo entre los dientes.

—Número Seis Hipogrifo, —Jazmine anunció, lanzándose en una vuelta a la plataforma. El resto del equipo comenzó a transmitir a sus espaldas, el montaje de la formación Hipogrifo.

—¡Esto es, —Norrick llamó seriamente, dejando caer su Skrim y preparando el lanzamiento de la plataforma. —la muerte súbita! ¡Todo el mundo, ¡Ganar o morir!

—¡Ganar o morir! —Los otros se hicieron eco, como si fuera un grito de batalla. James se unió a ellos, sintiendo en secreto una mezcla de ebria emoción, temor, y confianza. —¡Ganar o morir! ¡Vamos!

Un minuto después, Sanuye sopló una nota larga en su silbato. El partido comenzó.



Dos horas más tarde, el equipo Pie-grande se reunió en el Cometa y Llave, empujándose estridentemente en torno a dos mesas que habían pegadas.

—¡Victoria! —Exclamó Norrick, izando su Cerveza de Mantequilla. El resto imitó su brindis, asegurándose de gritar lo suficientemente alto para que los Zombis que se reunían amargamente en cabinas en el otro lado de la barra, oyeran. —¡Victoria! —Gritaron con júbilo, haciendo sonar juntos sus tazas y jarras de cerveza, derramando toda su bebida sobre las mesas entre ellos.

—Estuvo cerca, —Gobbins admitió a James cuando los aplausos se dividieron en charla entusiasta. —Estaba un poco preocupado al medio tiempo con ellos por cuatro puntos.

James asintió con la cabeza y se encogió de hombros, pero la verdad era que sabía que en realidad nunca había sido un partido cerrado en absoluto. Un minuto antes del pitido del medio tiempo se había estropeado, el Equipo Zombi había logrado imponerse en una serie de goles rápidos, gracias a los esfuerzos combinados de Warrington y Hurst, quienes, a pesar de los esfuerzos de los Pie, habían logrado agruparse en una formación de martillo, llevando las tres Clutches entre ellos y flanqueados por el resto de su equipo.

James se había afligido por el fracaso de su equipo por evitar la maniobra, pero también sabía que la formación de martillo era una táctica de una vez en un partido. El equipo Zombi había estado nervioso por perder el partido y ya entonces había comenzado a recurrir a maniobras desesperadas. En cinco minutos de la segunda mitad, el equipo Pie-grande ya había recuperado el liderato. Wentworth había sido reemplazado por Mukthatch con un gol, dejando a Mukthatch a la sombra de Warrington para el resto del juego, su simiesco e intimidante comportamiento fácilmente previnieron cualquier repetición de la maniobra martillo legendaria. Al final, utilizando una confiada mezcla de juego mágico y acrobacias aéreas de *Artis Decerto*, el Equipo Pie-grande había derrotado a fondo a los Zombis por un marcador de 82 a 60.

—¡Vamos al torneo! —Norrick gritó exuberantemente, y el resto se unió, aullando y gritando, pero James estaba menos confiado. A pesar de que sus compañeros de equipo vitoreaban, miró alrededor y vio una mesa cerca de la chimenea rodeada de suéteres y bufandas de color gris pizarra de la Casa Hombre Lobo. Clayton Altaire se sentaba en la cabecera de la mesa, mirando a James con

una pequeña sonrisa torcida. Mientras James observaba, el chico mayor levantó una mano y señaló discretamente a James. Él hizo el gesto de dispararle y pronunció la palabra “pow”. El resto de los Hombres Lobo vieron el gesto. Se volvieron y sonrieron con malicia a James, sus ojos brillando estrechamente.

James suspiró, la celebración saliendo de su corazón. *Pueden llegar al torneo, pequeños Squibs, parecían decir las sonrisas de los Hombres Lobo, pero entonces tendrán que enfrentarse a nosotros, y somos un caldero de tritones totalmente diferente. Comemos Squibs como tú para el desayuno.*

James miró hacia otro lado, no le gustaban esas secretas y confiadas sonrisas. En su lugar, miró hacia los Zombis en el otro lado de la sala, reunidos ásperamente en torno a sus propias mesas. Zane se sentó entre ellos, luciendo igualmente malhumorado, y sin embargo, cuando vio a James, le guiñó un ojo y se encogió de hombros un poco. Al igual que las sonrisas de los Hombres Lobo, el gesto de Zane parecía hablar ampliamente. *Enhorabuena, amigo, el pequeño guiño parecía decir, ahora viene la parte divertida.*

James rodó los ojos, perplejo. Incluso los gestos de Zane lograron ser sarcásticos.



Durante los siguientes días, James, Ralph y Zane lucharon para formular un plan. Salvo cualquier desastre imprevisto, parecía que los Pie—grande—increíblemente—jugarían en el partido final del torneo. Para la mayor parte del equipo, este logro fue suficiente éxito. James, por supuesto, tenía un objetivo diferente en mente. Era esencial que los Pie-grande no sólo se *enfrentaran* con el Equipo Hombre Lobo en el torneo, tenían que derrotarlos. Sólo entonces la Mansión Apolo se reubicaría en la Colina Victoria, reemplazando a la Mansión Ares y completando así, el ojo de la cerradura dimensional. Pero, ¿cómo podría hacerse?

Habría ayudado si el registro de los Hombres Lobo hubiera sido incluso ligeramente imperfecto. Cuando el Equipo Pie-grande (una sorpresa mayor para ellos que para nadie más) había logrado reunir un registro de cuatro victorias y tres derrotas, apenas aferrándose a un segundo puesto, el Equipo Hombre Lobo estaba todavía invicto. Peor aún, todas menos una de las victorias Pie-grande habían sido increíblemente cerradas, incluyendo dos victorias técnicas por empate. Los Hombres Lobo, sin embargo, habían dominado con facilidad todos los partidos, por lo general liderando el doble de dígitos en el entretiempo y procediendo a enviar sus jugadores de segunda línea para el último cuarto, mientras que los de primera en realidad, salían de la plataforma, descendían a su bodega y se quitaban sus almohadillas y jerseys. La pura arrogancia de todo añadía sal a la herida y formaba el aguijón final del juego psicológico y guerrero de los Hombres Lobo—un juego que solo jugaron con casi inquietante facilidad.

—*Cada* equipo tiene una debilidad, —insistió Zane, golpeando el brazo de uno de los sofás de la sala de juegos Pie—grande. —Incluso los Lobos.

—Probablemente, pero nadie la ha encontrado todavía, —dijo Ralph con un suspiro. —Ellos sólo parecen jugar un juego totalmente sólido. No hay grietas, no hay eslabones débiles.

James negó con la cabeza mientras miraba hacia el suelo entre los sofás. El desarmadillo se contoneaba de brazos cruzados delante de una mesa de café cerca, olfateando la alfombra, dos botellas de regaliz vacías balanceándose divertidamente en su chapada espalda. Zane se sentó y agregó su propia botella vacía a la colección.

—Eso no quiere decir que no *tienen* una debilidad, —dijo sombríamente. —Sólo significa que la están escondiendo detrás de toda esa estúpida arrogancia. Su mejor ofensiva es mucho más psicológica hacia otros que lo que ganan incluso antes de que comience el partido.

—Tal vez, —admitió James. —Pero, tal vez esa es su debilidad. Quizá realmente no son tan buenos como el equipo que todos *creen*. Tal vez Altaire y sus matones sólo han logrado convencer a todos que los Hombres Lobo son tan



buenos, que los otros equipos sólo se ponen nerviosos y caen en el juego. ¿Alguna vez se te ocurrió?

Zane lo consideró. —Es una teoría, al menos, —reconoció. —¿Así que estás diciendo que si se puede convencer a los Pie que el Equipo Hombre Lobo es más ruido que nueces, entonces tal vez puedan tomar la mejor arma de los Lobos justo fuera de sus garras?

—No se podría lastimar, —Ralph asintió. —De cualquier manera, ¿no? Quiero decir, psicológicamente puede funcionar en ambos sentidos. Si es cierto que el equipo Hombre Lobo puede con la psique de otros equipos para jugar peor, entonces también es cierto que podemos con *nuestra* psique para jugar aún *mejor*. Lógico.

Zane apretó los labios, pensativo. —Pero necesitarán más que palabras para convencer a sus chicos que los Hombres Lobo son sólo un montón de ovejas con piel de lobo. Necesitarán algo concreto, algo que pueden apoyar. Algún arma secreta o algo, incluso si es sólo un símbolo.

—Como ese estúpido bronce de la estatua que el equipo Hombre Lobo frota en su camino a todos los partidos, —Ralph estuvo de acuerdo, con emoción. — Pero diferente. Algo que realmente hará que el equipo crea que tiene un as bajo la manga.

James se quedó pensativo, con los ojos entrecerrados cuando el desarmadillo se movió pesadamente bajo sus piernas extendidas, golpeando las botellas a su espalda. Zane y Ralph lo miraron.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Zane, levantando las cejas.

James reflexionó, —Estoy pensando que tal vez los Hombres Lobo *tienen* una debilidad después de todo. Quiero decir, además de su exceso de confianza.

—¿Cuál es? —Preguntó Ralph.

James sonrió lentamente con un poco de malicia. —¿Creen que hay *alguien* en el campus, aparte de sus propios compañeros, que quiere que el Equipo Hombre Lobo gane el torneo?



Zane resopló con los labios fruncidos. —¿Después de una década de ser invictos? ¿Y después de todas las humillaciones que han repartido por las últimas temporadas? No es probable. De hecho, apostararía que todo el mundo en todas las demás casas pagaría buen dinero para ver a los Lobos recibir una paliza este año. ¿Por qué?

James seguía sonriendo con picardía. —¿Creen, —preguntó en voz baja, — que ellos estarían dispuestos a ayudar a hacer que suceda?



Era un plan muy sencillo, y James admitió, algo a regañadientes, que él era la persona indicada para llevarlo a cabo.

Dos años antes, durante su primer periodo en Hogwarts, James había aprendido algo sobre sí mismo. Él no era como su padre. No era algo malo, realmente (aunque desde hace algún tiempo se había creído profundamente que lo era). Tenía sentido, sin embargo, que James tuviera que buscar otros métodos para hacer las cosas. Su padre, cuando era joven, había tenido éxito al correr atropelladamente directo a las manos del peligro, por lo general sólo flanqueado por sus compañeros, Ron y Hermione. Esto había funcionado para él porque era, en pocas palabras, el niño del destino. Él era Harry Potter, el Niño Que Vivió.

James, por otro lado, era sólo un niño. Sus intentos de gestionar aventuras totalmente por su cuenta, más bien habían fracasado miserablemente. Como el Equipo Pie—grande, James sólo lo había conseguido por poco, a menudo por el menor de los márgenes, y siempre con la ayuda de las personas que lo rodean. Esto último lo había convencido de la realidad de la clase de persona que era. En lugar de intentar manejar las cosas totalmente por su cuenta como su padre, James había aprendido (al menos en algunos casos) pedir ayuda.

Lo había hecho por primera vez pidiendo ayuda a los Gremlins, Ralph y Zane en el gran lío del palo de escoba, cuando habían creído que la escoba de Tabitha Corsica había sido el legendario báculo de Merlín disfrazado. La acrobacia había fracasado (en el sentido fundamental de que el palo de escoba, de hecho, no había sido el báculo de Merlín), pero había trabajado de manera excelente en la práctica real; James había conseguido hurtar la escoba, al menos durante unos minutos. Más tarde, por supuesto, James le había pedido a Merlin ayuda para librar a Hogwarts del molesto (pero peligroso) reportero Muggle, Martin Prescott. Eso, aunque parezca increíble, había trabajado excepcionalmente bien. De mala gana, durante el siguiente año, James se había enterado de que este era su destino. Él no era un héroe tanto como era un director. Él pedía ayuda. No siempre, por supuesto, y probablemente ni siquiera tan a menudo como debería, pero cuando lo hacía, las cosas parecían funcionar mucho mejor.

Ahora, sólo estaba un poco más cómodo con eso. Y, sin embargo, cuando visitó la primera casa en su lista (que era el Altozano de Afrodita, en la colina cerca del teatro), descubrió que esta tarea, a diferencia de sus experiencias anteriores con pedir ayuda, iba a ser bastante e inquietantemente fácil.

—Claro que sí, —Ofelia Wright, capitana del equipo Duende, asintió con decisión, haciendo que sus rubias coletas volaran. —Esos Hombre Lobo cabezas huecas tuvieron el descaro de jugar Winkles y Augers en su plataforma durante nuestro último partido. ¡Para el último cuarto, el profesor Jackson ni siquiera vio el partido! ¡Jugaba su propio juego Winkle con una vieja Clutch alrededor de la plataforma! Haremos más que compartir nuestros mejores hechizos con ustedes. ¡Les mostraremos cómo usarlos! *Eso* les enseñará a esos viejos Lobos de mal gusto, la vergüenza de los Duendes.

Diez minutos más tarde, James dejó el Altozano de Afrodita en una especie de aturdimiento. Ralph caminó junto a él, con la nariz enterrada en un bloc de notas, sus páginas repletas de ilustraciones dibujadas a mano y ordenadas, letra cursiva y todas las “i” salpicadas con caras sonrientes y corazones.

—Guau, —Ralph respiraba, sin levantar la vista de las páginas. —Esos Duendes son sólo lindos en el exterior. Este material es *despiadado*.



James asintió con la cabeza, pero su trabajo no había terminado todavía. Aún tenían tres casas más para visitar, y sin embargo, se acercó a la tarea con un renovado sentido de propósito. Ofelia Wright había respondido casi como si los dos jugadores Pie-grande estuvieran *haciéndoles* un favor, en lugar de al revés.

—Póngalos en su lugar, —había dicho ella con gravedad cuando los acompañó hasta la gran puerta de entrada del Altozano de Afrodita. —Elimínenlos de sus exasperantes, incoloras y grises skrimis y díganles que es del Equipo Duende, al menos en parte.

James asintió, sonriendo torcidamente. Esto iba mucho mejor de lo que esperaba.

Al final del día, él y Ralph habían conseguido la ayuda entusiasta de los capitanes de los equipos de todas las demás casas.

Los Igor habían acordado dar a las skrimis del Equipo Pie-grande un impulso secreto antes del juego, utilizando una batería de mejoras de tecnomancia que habían formulado en algunas anteriores temporadas y que hasta ahora, había sido un secreto bien guardado. Estas mejoras (si se practican), el capitán Igor prometió algo maniático de risa, harían que las skrimis de los Pie—grande, fueran más rápidas y más maniobrables que ninguna otra del arsenal de los Hombres Lobo.

Warrington, el capitán del Equipo Zombi, todavía estaba dolido por la derrota de su equipo por los Pie—grande, pero con el ánimo de Zane, esto fue fácilmente compensado por el odio a largo plazo de éstos a los Hombres Lobo. Estuvo de acuerdo en compartir técnicas ofensivas más eficaces de su equipo con los Pie—grande, que no era poca oferta, teniendo en cuenta que los Zombis habían logrado anotar más puntos contra los Hombres Lobo durante toda la temporada.

James se había preparado trayendo a Wentworth con el fin de garantizar una entrevista con el capitán del Equipo Vampiro, pero resultó que el capitán era Anton Harding, el muchacho que había intentado inicialmente evitar su entrada en el Castillo de Érebus, y ya había oído acerca de James y la misión de Ralph. Él les dirigió al campus mientras se abrían camino a través de la calidez de la tarde.



—He oído que están buscando la ayuda de las otras sociedades para vencer a Altaire y a sus Hombres Lobo en el torneo, —dijo sin preámbulos.

James asintió y tragó saliva. —Er, sí, —admitió. —Comprobamos la carta del Equipo Pie-grande y vimos que no hay ninguna regla en contra de ella. Solo pensamos que los otros equipos pueden, er, quieren ver finalmente a los Hombres Lobo ser golpeados después de todos estos años. Con todas las de la ley, por supuesto. Nada solapado.

Los ojos de Harding se estrecharon. —Bueno, *eso* es una vergüenza, —frunció el ceño con disgusto. —Pero debería haber sabido que el Equipo Pie-grande no tendría las agallas para hacer algo *realmente* malo para poner a esos perros irritantes en su lugar. Estaba dispuesto a compartir con ustedes nuestras maldiciones de juego más secretas. ¿Estarían dispuestos a aceptar algunos leves Maleficios Plaga al menos?

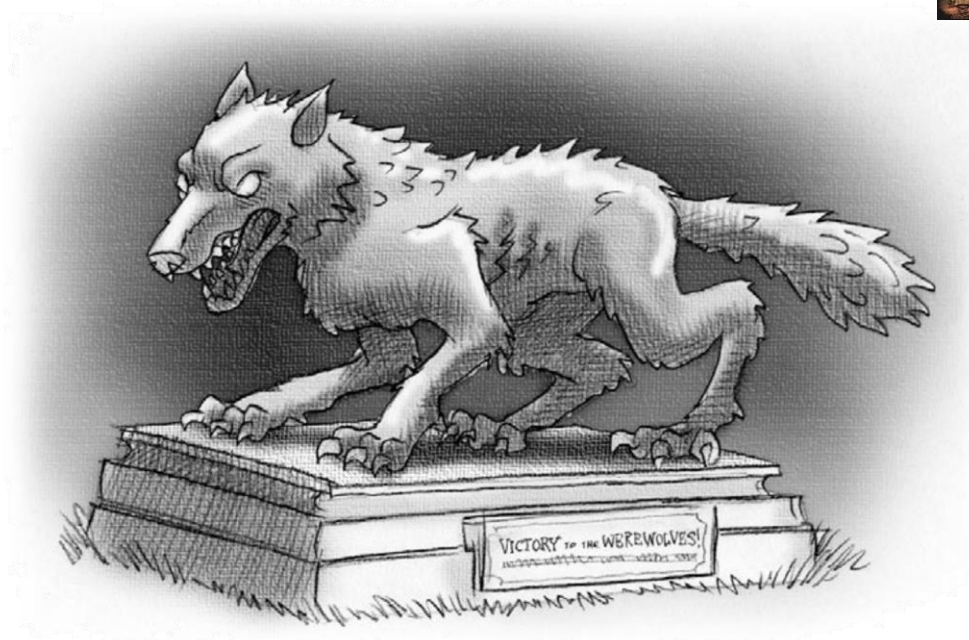
Ralph dio una sonrisa que conmocionó un poco a James y luego pasó el brazo por los hombros de Harding. —¿Sabías, —dijo con complicidad, —que vengo de un pequeño lugar conocido como la Casa Slytherin? Los Maleficios Plaga son una especialidad para nosotros. Cuéntame.

Harding se encontró con la sonrisa de Ralph. Durante los siguientes veinte minutos, los tres hablaron en voz baja, situándose cerca del orbe centelleante de la Octósfera. Al final de la misma, tanto Ralph y Harding se rieron. Después de un momento, James se unió, un poco nervioso.

Todas las casas estaban respaldándolos ahora. Con su ayuda, el Equipo Pie-grande sería más formidable de lo que había sido antes y que nunca podría volver a ser. James sabía, sin embargo, que el verdadero secreto de su éxito potencial no estaba en las skrimis mejoradas con Tecnomancia, el juego mágico ampliado o incluso en las terribles maldiciones de juego de los Vampiros. El verdadero secreto estaba en el impulso psicológico que estas cosas darían al Equipo Pie—grande. Toda la escuela estaba detrás de ellos, unidos por ellos, y dando su mejor apoyo. Aparte de los miembros de la Casa Hombre Lobo, toda la escuela creía que los Pie-grande podrían ganar el torneo.



Esto, más que nada, era su arma secreta. Tentativamente, James sólo comenzó a pensar que podrían lograrlo.



Capítulo 20

La Historia de Albus

Albus no odiaba Alma Aleron a pesar de sus burlas y quejas. Tampoco le disgustaba necesariamente la vida en la mansión Ares con sus compañeros Hombres Lobo. En muchos sentidos, ellos eran confortablemente similares a sus compañeros de la casa de Slytherin. Había una crueldad familiar en ellos, un sentimiento mezclado de orgullo y ambición que Albus compartía de todo corazón. Al igual que Zane, Albus era un tipo simpático lo que provocaba que la gente gravitara hacia él y quedara atrapada en su órbita, atraídos por su contagioso (aunque puntiagudo) ingenio y su perspicacia cínica. Hubo momentos en que Albus se sintió como en casa con sus nuevos compañeros, aun en esta extraña nueva escuela, que era muy diferente a Hogwarts.

Por otra parte, hubo un refrescante candor de los Hombres Lobo, una sencillez típicamente americana que fue algo impactante para sus sensibilidades inglesas. Cuando los Slytherin (al menos en sus días y época) eran más bien políticos y sutiles con sus tácticas, los licántropos eran totalmente abiertos acerca

de sus objetivos. Eran militantes, hambrientos de poder, arrogantes y despiadados, y no tenían absolutamente ninguna vergüenza por eso. Albus agradeció la franqueza sanguinaria pura de Clay Altaire, Olivia Jones y el resto de los Lobos mayores, incluso si su dura mirada de repente lo dejara un poco frío.

La única cosa que arruinaba todo, por supuesto, era el sentido patriótico casi absurdo de los Hombres Lobo. Albus entendía el patriotismo (Él mismo había expresado su irritación acerca de venir a los Estados Unidos), pero la forma de nacionalismo practicada por muchos de los más viejos estudiantes Hombres Lobo era una experiencia desagradable.

Había empezado con el apodo de “Cornelius”, al parecer un término americano para cualquier persona con acento británico, derivado de algunos discursos famosos de décadas anteriores dadas por algunos Ministros de Magia. Albus podría vivir con eso, supuso. Él mismo había puesto unos pocos apodos despectivos en su tiempo, y sabía que la mejor manera de manejar una así, era abrazar el apodo en lugar de evitarlo. En consecuencia, respondió al apodo como si fuera una fuente de orgullo. Después de todo, él era británico y este compañero “Cornelius” había sido Ministro de Magia. Difícilmente era algo para sentirse avergonzado.

Los Hombres Lobo, sin embargo, parecían inmunes a la ironía de Albus aceptando voluntariamente su apodo burlón. Ellos lo vieron como una debilidad más que una especie de audacia. Albus se enteró que los Hombres Lobo no apreciaban la astucia o la sutileza, al menos fuera del campo de batalla. Lo que ellos querían ver de sus otros compañeros Lobos era fiereza, querían que Albus les mostrara los dientes metafóricamente, para probar su dureza (y su americanismo adoptado) rugiendo a sus burlas e incluso devolviéndoselas un poco. Por el momento, se había dado cuenta de esto, pero ya era muy tarde como para hacer algo al respecto. Como cualquier manada de lobos, los perros alfa mantenían su posición de querer pisar las gargantas de los animales inferiores y por jugar relajado y sutil, Albus les permitió decidir (erróneamente) que él no era un perro alfa. El hecho de que él se aferraba a su identidad británica (y más aún, su identidad Slytherin) sólo consolidó su opinión de que era un intruso.



Como resultado, el entusiasmo rabioso inicial de Albus por su casa y sus compañeros se había enfriado a una frágil tolerancia a regañadientes. Extrañaba la Casa Slytherin, donde era apreciado y (tenía que admitirlo, al menos para sí mismo) un poco reverenciado. Después de todo, él era el hijo de Harry Potter y se le había ordenado en la casa del enemigo mortal de Harry Potter. Si eso no era una deliciosa ironía, entonces nada lo era. Los Slytherin, políticos como podrían ser, entendían la ironía y disfrutaban de ella.

Por lo tanto, a medida que pasaba cada día, dejaba a Albus un paso más cerca para volver a casa con sus compañeros, y además, lo ponía más descontento e inquieto.

Él habló con James sobre el asunto un poco, pero James no podía entender realmente. James tenía a Ralph y a ese idiota insufrible de Zane Walker para el rato como siempre. Además, James estaba obviamente obsesionado con un proyecto u otro, como siempre parecía estar. Albus no sabía nada al respecto, se había limitado a enterarse desde las conversaciones en voz baja de su hermano y su pequeño círculo que andaban por el campus como un montón de pequeños idiotas engreídos, pero supuso que fuera lo que fuera, tenía algo que ver con Petra Morganstern.

Albus suponía que estaba un poco celoso de ellos. Después de todo, Petra era su amiga también, al menos un poco. Ella y su hermana habían vivido en la casa de los Potter por varias semanas durante el verano, y Petra y Albus habían desarrollado una especie de camaradería afilada. Había algo decididamente anti—Gryffindor sobre Petra, a pesar de ser su casa de origen. Ella podía ser sorprendentemente oscura a veces, tanto en sus actitudes y su humor, y para su gran sorpresa, a Albus realmente le gustaba. No sentía lo mismo que James por la niña mayor, por supuesto. Todo el mundo sabía que James estaba completamente empapado de amor perruno por Petra. Albus, por el contrario, la veía como una versión más joven y una versión femenina de su tío George. Para él, Petra era una especie de colega, un espíritu afín cínico, incluso si ella tendía a ocultar todo bajo un bonito exterior de *chica dulce*.

Albus no sabía si Petra realmente era culpable de maldecir al viejo señor Henredon o no. A su manera, pensó que la conocía mejor que James lo hacía, ya que la opinión de James de ella estaba irremediadamente sesgada por los lentes color rosa de enamoramiento. Albus entendía que Petra bien podía haber sido uno de los que entraron al Salón de Archivos. No sabía qué había sido todo ese alboroto que lo envolvía en realidad. ¿Y qué si ella realmente había maldecido a algún viejo comisario Muggle y robado alguna reliquia misteriosa en la parte inferior del Archivo? incluso si lo había hecho, Albus imaginaba que había tenido una buena razón para ello.

También entendió (sólo instintivamente) que si las autoridades de magia americanas intentaban poner a Petra en prisión, podrían tener más dificultades para hacerlo de lo que podrían esperar. Albus tenía cierta experiencia en el trato con las personas singularmente únicas, mágicas. Su padre, después de todo, fue el gran Harry Potter. Albus sabía que había algo inusual en Petra, algo que era a la vez potente y en silencio (tal vez más importante aún) profundamente feroz. No importa lo que haya pasado entre ella y ese árbitro mequetrefe, Keynes, Albus tenía el sentimiento que Petra se las arreglaría para quedarse a cargo de su propio destino. Y de Izzy también.

—Oye Cornelius —lo llamó Altaire una noche cuando Albus volvía a la Mansión Ares, interrumpiéndole justo cuando comenzó a subir ruidosamente por la ancha escalera —Tu hermano y su losa de amigos andaban gateando por verte.

Albus se detuvo, sorprendido y miró por encima de la barandilla a Altaire, que descansaba en el salón principal con algunos estudiantes Hombres Lobo de más edad que pretendían estudiar, pellizcando una botella de Whisky de Fuego escondida detrás del sofá.

—¿James estuvo aquí? ¿Qué dijo?

Altaire se encogió de hombros con indulgencia —¿Quién sabe? Él y su pequeña chusma Pie-grande se estremecieron cuando los recibí en la puerta y les dije que no estabas aquí. Les sugerí que golpearan antes de que les enseñara un poco de respeto. Perdón si arruiné la hora del té o algo así —dijo sonriendo



maliciosamente y dándole un codazo a la chica a su lado quien sonrió torcidamente.

Albus giró los ojos y se alejó, subiendo el resto de las escaleras.

Había oído hablar sobre los planes de James en el campus ese día y Lucy había corroborado los rumores en la hora de almuerzo. Al parecer, James y Ralph estaban visitando las otras casas, pidiendo un poco de ayuda para el próximo partido del torneo. Albus negó con la cabeza mientras se abría camino hacia el rellano del segundo piso y abrió la puerta de la pequeña habitación compartida. Era como si James recorriera todo el campus con la mano estirada rogando ayuda, como si su problema fuera el problema de todos los demás. Irritantes como podían ser los Hombre Lobo, al menos ellos entendían el concepto de auto respeto. Ganaran o perdieran, lo harían con sus propios pies y lo harían con orgullo, no importaba como.

Por supuesto, en la experiencia de Albus, los Hombres lobo siempre ganaban, por lo que no podía estar seguro de la reacción que tendrían si es que perdieran. Asumía que lo aceptarían con la misma amargura estoica que mostraban en casi todos los demás casos.

Albus dejó caer su mochila sobre la cama y se acostó a su lado. Apoyó la barbilla en sus manos y miró por la ventana alta.

El hecho era que le dolía un poco que James ni hubiera intentado pedirle ayuda. A decir verdad, Albus sabía que no le dio a James ninguna indicación que estaría dispuesto a ofrecer cualquier ayuda, pero aun así. Eran hermanos ¿O no?

En el fondo, a pesar de toda su bravuconería y su aparente lealtad social, Albus en cierta medida quería ver a los Pie-grande ganar el torneo. No sólo porque James era parte del equipo, y ni en lo más mínimo porque los Pies eran los célebres desvalidos. Albus no era el tipo de chico que le atraía la difícil situación de un desvalido. El hecho era, que Albus estaba inquieto por la naturaleza aparentemente imparable del equipo Hombre Lobo.

Había empezado unos meses atrás, justo antes de Navidad.

Albus se estaba abrigando para seguir al equipo a Duna Pepperpock para un partido contra la Casa Igor cuando Altaire lo detuvo.

—Espera, espera, espera, ¿Dónde crees que vas? —le preguntó el chico más grande poniendo una mano en el centro del pecho de Albus y empujándolo ligeramente hacia atrás en el vestíbulo.

—Voy al partido —respondió Albus, resistiendo con cierta dificultad, las ganas de sacar su varita y dar a Altaire un empujón de los suyos.

Altaire sacudió la cabeza con impaciencia —No, no irás —respondió —Tienes un trabajo que hacer. No me digas que lo has olvidado.

Albus frunció el ceño con cansancio —¿Estás bromeando? ¿Qué tengo que hacer ahora? ¡Pero el partido...!

—Espero que nos las arreglemos para jugar bien la primera mitad sin ti en las graderías agitando la banderita de Hombre Lobo —dijo Olivia Jones sonriendo, pasándolos mientras se ataba sus guantes.

—Todo el mundo tiene que hacer su parte —añadió Altaire condescendiente —Nuestra parte es ir a patear los traseros escuálidos del equipo Igor. El *tuyo* es pulir la plata para que tengamos algo bueno para comer cuando volvamos. Puede que no parezca muy importante para ti, Cornelius, pero vamos a tener hambre cuando volvamos. Nos merecemos un poco de buena plata brillante ¿Correcto? ¿Qué pasaría si te fueras gateando al partido y eludieras tus deberes? No nos gustaría volver aquí y no encontrarnos nada más que una irregular plata vieja, ¿Qué tan terrible sería eso?

—Respóndele, cadete —el guardián Hombre Lobo, un bruto veterano llamado Dunckel, salió a su paso chocando a Albus con el hombro.

—Eso sería bastante horrible —murmuró Albus, tratando de no sonar demasiado sarcástico.

Altaire asintió —Seguro que lo sería, ahora manos a la obra. Si trabajas el doble puede que alcances a llegar al segundo tiempo del juego. Y si llegas antes

que eso, sabré que hiciste trampa y utilizaste magia. ¡No hay magia para las tareas de la casa! Ya conoces las reglas.

—Sí —dijo Albus sombríamente, quitándose la bufanda y tirándola sobre el gancho junto a la puerta —Conozco las reglas.

Sin embargo, Altaire ya había ignorado a Albus. Se golpeó en sus hombros acolchados, primero el derecho y luego el izquierdo y dejó escapar un entusiasmado ladrido ronco de tipo animal (que fue respondido por el resto del equipo mientras se abrían camino a través de la gran puerta de entrada) y trotó por el camino principal de la fría tarde.

A diferencia del resto de las casas, el Equipo Hombre Lobo vivía lo bastante cerca de Duna Pepperpock como para prepararse para sus partidos en su misma casa, haciendo caso omiso de la bodega debajo de su plataforma hasta el final del partido. Albus miró sombríamente como el equipo corrió a lo largo del camino, ladrando y gritando a la tempranera luna amarilla. Cuando pasaron por la estatua de bronce del lobo agazapado, le dieron unas palmaditas en el hocico para la buena suerte. Era una tradición casi obligatoria. Albus negó con la cabeza, no era lo bastante supersticioso para creer en la suerte. Él creía en hacer su propia suerte.

O no.

Todavía con el ceño fruncido, se volvió hacia la sala principal de la Mansión Ares y caminó hacia el comedor donde estaba la vitrina de plata.

Él usó magia para limpiar la plata, por supuesto, a pesar de las reglas de la casa Hombre Lobo. Le tomó cerca de 3 minutos y los restantes los pasó llenando unos trapos viejos con esmalte de plata y dejándolos sobre la mesa para aparentar.

Había un televisor en la Mansión Ares, la cual había ofendido mucho a Albus en primera instancia (la idea de una tv en Hogwarts era completamente absurda por supuesto, pero Alma Aleron no era Hogwarts y en tiempos como este, estaba secretamente a gusto por la diversión. Utilizó su varita para hacer clic en el aparato y se dejó caer sobre el sofá.



Había canales de magos dedicados en Estados Unidos y Albus observaba uno de ellos desconsoladamente, esperando su momento hasta que pudiera ir al partido sin levantar sospechas. El programa era una especie de show de entrevistas, el anfitrión, un mago con una túnica a rayas naranjas, estaba entrevistando a un tipo de la Montaña de Cristal, sobre el aun desaparecido senador Muggle. La teoría, aparentemente, era que el senador de nombre Filmore, estaba aún vivo y había sido secuestrado por el FULEM en un lugar secreto. El hombre de la Montaña de Cristal estaba impresionantemente engominado y frío, vistiendo un traje gris pizarra y un pañuelo de color burdeos. “Formado en la Casa Hombre Lobo” pensó Albus con una mezcla de orgullo y molestia.

—De acuerdo a algunos expertos, el nuevo jefe del FULEM es una mujer — dijo el hombre con tono grave —Ella reemplaza al ex líder, Edgar Tarrantus, que prefirió ser una figura pública a pesar de la naturaleza clandestina de su grupo. Esta nueva líder, sin embargo, ha mantenido un perfil muy bajo, y sabemos casi nada sobre ella. Simplemente parece haber aparecido de la nada, arrebatando el control del grupo de sus fundadores y llevándolo, dicen algunos, en nuevas direcciones peligrosas.

—¿Y que sería este buen presentimiento para el senador Muggle Filmore? — preguntó el anfitrión de manera significativa, inclinándose ligeramente hacia adelante en su silla.

El hombre del traje gris se encogió de hombros —Si él todavía está vivo, entonces asumiremos que el plan es conjurarle *Obliviate* e *Imperio*. Entonces podría ser liberado bajo su estructura de poder Muggle probablemente con una historia inventada para explicar su ausencia. Suponiendo que todo esto tiene éxito, debemos esperar entonces que actuará sobre la voluntad de sus antiguos captores.

—¿Y qué podría ser? —preguntó el anfitrión ladeando la cabeza.

—Los objetivos del FULEM son bastante bien conocidos —respondió fácilmente el hombre del traje gris —Igualdad completa entre el mundo mágico y Muggle. El primer paso probablemente sería la divulgación del mundo mágico, al menos de una manera relativamente pequeña, sólo para preparar al público Muggle para los cambios venideros. Por supuesto, esto es sólo una conjetura.



El anfitrión asintió hoscamente —Nobles objetivos de hecho, incluso si sus métodos son un poco cuestionables. Recientes encuestas de opinión muestran que casi el 52% de las brujas y magos estadounidenses están a favor de la relevación mágica completa al mundo Muggle. ¿Alguna idea de por qué el FULEM y su nueva misteriosa líder han esperado tanto tiempo para actuar? Después de todo, el senador ha estado desaparecido desde hace varios meses.

—Puede que ya estén actuando —respondió el entrevistado despreocupadamente —Las autoridades internacionales están trabajando con la Oficina de Integración Mágica para seguirles la pista, y hay rumores que la agencia internacional ha actuado imprudentemente, permitiendo que el FULEM se pueda reubicar. Incluso hay sospechas de que algunos policías internacionales están secretamente involucrados con el FULEM, incluso trabajando con ellos o, más aun, tratando de tomar el control del grupo para sus propios fines nefastos.

—Mierda de escreguto —dijo Albus con disgusto, sentado en el sofá y agitando su varita hacia la tele. Salió disparado con un pequeño chillido — Malditos inconformes e ingratos. Les serviría bien que Papá dejara el trabajo y se fuera a casa dejándoles con su estúpido FULEM y sus malditas encuestas de opinión.

Se levantó, guardó su varita y se dirigió hacia la puerta, sin importarle si llegaría temprano o no al partido. Por el momento, Albus pensó que Altaire podría meter su plata en donde los nargles no muerden. Agarró su bufanda y cerró de golpe la puerta al salir.

Estaba prácticamente oscuro y Albus podía oír el grito y el rugido de Duna Pepperpock mientras pasaba a lo largo del camino. Pasó la brillante estatua de bronce del Hombre Lobo agazapado. La placa incrustada en la base de la estatua era legible a la luz de la luna llena:

VICTORIA DE LOS HOMBRE LOBO

Regalo del Sr. Stafford N. Havershift, Presidente de la Tropa de Aliento Hombre Lobo,

Clase de 1992



—Púdrete Havershift — gruñó Albus —Tú y tu estúpida estatua.

Un momento después, se detuvo en seco con un estremecimiento de sorpresa que se escabullía por la espalda. Poco a poco, con los ojos muy abiertos, se volvió de nuevo a la forma de bronce gruñendo.

No se había movido. Y sin embargo, Albus estaba muy seguro de que acababa de gruñir. Frunció el ceño ante la forma agazapada. Sus dientes desnudos brillaban a la luz de la luna. Sus ojos reflejaban la luz ámbar oscura y parecían brillar débilmente. Albus estaba a punto de continuar su camino cuando el sonido se repitió, una especie de pequeño ladrido. Era casi demasiado débil para darse cuenta, pero definitivamente venía desde la estatua. Con un poco de miedo, Albus se acercó más a la estatua. El ruido de Duna Pepperpock hacía eco a través de la Colina de la Victoria. Una alegría estalló repentinamente desde las tribunas. Albus se concentró en la estatua de bronce, resistiendo un miedo irracional por que la estatua congelada volviera a la vida repentinamente y se abalanzara sobre él con sus mandíbulas chasqueando y sus ojos de color ámbar brillando.

Estaba haciendo ruidos.

Era tan tranquilo, tan débil, que Albus tuvo que poner la oreja directamente delante del hocico, tratando de escuchar, pero no había ninguna duda al respecto. Más de los débiles gruñidos sonaron y Albus los reconoció repentinamente. Había oído los mismos sonidos media hora antes cuando el equipo Hombre Lobo caminaba hacia el partido. Fue su propio equipo, ladrando triunfante por haber anotado un gol. Él los escuchó por la boca de la estatua de bronce, como si hubiera una frecuencia inalámbrica mágica secreta. Y entonces, pequeña pero reconocible, escuchó sus voces.

¡Buen tiro, Lantz!

¡Bótala de su skrim!

¡De acuerdo equipo, formación de pinza! ¡Vamos a darles de nuevo!

¡Róbales la Clutch! ¡Eso me gusta más!

Albus reconoció las voces: Altaire, Jones y todos los demás. Mientras escuchaba, oyó el rugido de la multitud viniendo desde la boca gruñendo de la estatua y el aire sobre su cabeza. No había ninguna duda al respecto: estaba escuchando el partido, escuchando todo lo que sus compañeros se decían como un intercomunicador mágico.

Dio un paso atrás y se quedó mirando la estatua. Los ojos ámbar brillaban débilmente y Albus se preguntó si tal vez no era la luz recogida de la luna llena que veía brillando en esos orbes amarillos. Tal vez brillaban por su cuenta, impulsados por la misma magia secreta que comunicaba la estatua hacia el partido incluso cuando era jugado a menos de 100 metros de distancia.

Y si estaba conectado al partido, ¿Estaba conectado el partido a la estatua de alguna manera? Albus sabía muy bien que la magia en el juego estaba permitida en el Clutchcudgel, pero la magia desde afuera estaba estrictamente prohibida. Nada fuera de los límites de la figura de ocho estaba permitido para influir en el partido de ninguna forma.

Y sin embargo...

Albus negó con la cabeza lentamente, todavía frunciendo el ceño ante la estatua de bronce. "VICTORIA DE LOS HOMBRE LOBO", se leía en la placa y Albus no podía evitar preguntarse.

¿Era simplemente un eslogan? o, tal vez, sólo tal vez, ¿Era un conjuro?

Él no lo sabía, pero tenía la intención de averiguarlo.

Por el momento, se volvió y corrió el resto del camino a las tribunas cercanas, su aliento orgulloso detrás de él en el frío y oscuro aire.





Una vez que Albus decidió descubrir el secreto de la estatua del Hombre Lobo, le tomó menos de una semana para resolverlo.

Sin duda, James se habría sorprendido por esto (y más tarde lo fue, cuando Albus le contó), pero su prima Rose no se habría sorprendido del todo. Mientras Albus era conocido principalmente entre su familia como un pícaro de lengua afilada y un poco descontento, era además, en el fondo, un chico muy fuerte con excelentes instintos. Rose había reconocido estas cualidades porque ella misma las tenía. De hecho, la principal diferencia entre ambos era que al igual que su madre, a Rose le encantaba leer y por lo tanto había complementado su brillo innato con una riqueza de conocimientos. Albus, por desgracia, odiaba leer, por tanto, su inteligencia natural había sido más bien abandonada del combustible que necesitaba para prosperar. Por esta razón, era fácil para aquellos que lo conocían (incluyéndose a sí mismo) llegar a la conclusión que era un poco menos inteligente que su hermano y hermana, a pesar de su ingenio verbal. Sin embargo, la verdad fue más bien al revés.

Lo primero que hizo Albus fue investigar a un tal Sr. Stafford Havershift, cuya generosidad era aparentemente responsable de la estatua que estaba delante de la Mansión Ares.

Esto resultó ser bastante más fácil de lo que Albus había esperado. El pasillo fuera de la sala de comedor de la Mansión Ares estaba dominado por una vitrina de trofeos llena de placas, fotos, recortes de diarios y objetos varios. Una sección entera de la vitrina estaba dedicada al Sr. Havershift, cuyo rostro sonreía torcidamente en una gran foto enmarcada en el centro.

Era un hombre casi absurdamente bien parecido, con una prominente barbilla hendida, pelo grueso y de color ceniza, nariz cincelada y brillantes ojos verdes.

Un rápido vistazo alrededor de las estanterías cercanas dijo mucho a Albus. El hombre había jugado de Goleador para el equipo Hombre Lobo a lo largo de su carrera en la escuela hace unos veinte años y había llevado al equipo a una serie de campeonatos. De acuerdo con los recortes de los periódicos, Havershift había sido a la vez un excelente atleta y un estudiante dedicado, destacado en la Fabricación de Pociones e Ingeniería Precognitiva.

Albus creyó por un momento que el hombre había llegado a jugar Clutchcudgel profesional, pero luego sus ojos se posaron sobre otro recorte de periódico en la parte superior derecha de la vitrina: “Accidente de estrella Hombre Lobo”. La foto en blanco y negro en movimiento que acompañaba el artículo mostraba a dos jugadores de Clutch chocando con fuerza en el aire, girando fuera de la pista central con sus protectores y gafas volando. Albus revisó las primeras líneas del artículo, viendo lo suficiente para enterarse que la muñeca derecha de Havershift había sido destrozada en el choque, golpeado por la Skrim del otro jugador. Al parecer, no había habido conjeturas de que el otro jugador, un chico llamado Benoit de la Casa Vampiro, había golpeado deliberadamente a Havershift en un intento de sacarlo del partido.

Intencional o no, el resultado fue el mismo: la muñeca de Havershift había sido sanada lo mejor posible, pero había sufrido daños permanentes en los tendones de su mano, lo que reducía drásticamente su capacidad de utilizar una varita. De un solo golpe, su carrera como jugador Clutchcudgel se había arruinado.

De todas formas, el equipo aparentemente había ganado y le había otorgado el premio de “Jugador más valioso” a pesar de las vendas que aún cubrían su muñeca.

Mientras Albus escaneaba el resto de la vitrina en busca de más pistas, una sombra cayó sobre él. Al levantar la mirada, vio al Profesor Jackson, Presidente de la Casa Hombre Lobo, de pie junto a él, con sus cejas oscuras y metalizadas como siempre.

—Es bueno verle interesado en la historia de la casa, Sr. Potter —dijo estoicamente el hombre alto.

Albus asintió —Si, eh, he estado pasando cerca de un año frente a esta vitrina y nunca me había detenido a mirarla —Miró a los estantes de cristal y señaló la gran foto enmarcada —¿Sabe algo de este tipo?

—¿Stafford Havershift? —dijo Jackson sonriendo un poco incrédulamente. Él se rió y negó la cabeza —Por supuesto, siendo de Inglaterra, es posible que no esté familiarizado con él como el resto de nosotros. El Sr. Havershift es el fundador de Pociones Pandora, la fábrica de elixir y pociones más grande del país. Sus productos son enviados a todo el mundo, todo, desde tónicos de coloración para el cabello a ácido mágico usado por los militares. Me atrevo a decir que probablemente tiene algunos de sus productos en su propio baño.

Albus se encogió de hombros —Tal vez, así que es un tipo de celebridad en la Casa Hombre Lobo ¿Eh? Él es un ex Hombre Lobo y todo eso.

—De hecho lo es —asintió Jackson, poniéndose serio —Su perseverancia frente a la adversidad es un ejemplo para todos nosotros. Como Goleador para el Equipo Hombre Lobo, nos llevó a nuestra primera serie de victorias en torneos en muchos años. Yo era presidente de la Casa Hombre Lobo en ese entonces y lo recuerdo muy vívidamente. Después de su desafortunado accidente, juró que iba a dedicarse al apoyo del equipo durante toda su vida, a pesar de su incapacidad para jugar. Se graduó, fundó Pociones Pandora con la ayuda de su padre y se convirtió en un éxito mundial. Y, sin embargo, a pesar de su riqueza y sus obligaciones comerciales internacionales, todavía encuentra tiempo para seguir participando aquí en Alma Aleron. Fue presidente de la Tropa de Aliento Hombre Lobo durante muchos años. Hace poco más de una década, donó la estatua de bronce de Hombre Lobo que puedes ver frente a esta misma casa.

—¿Es así? —respondió Albus de manera uniforme.

—Él vino por dedicación —agregó Jackson, enderezando la espalda y asintiendo con orgullo —Fue un día glorioso, al que asistieron alumnos de décadas pasadas. Tenía que haber sido trescientas personas en la ladera de la Colina de la Victoria, que acabábamos de recuperar después de una impresionante victoria en el torneo sobre el Equipo Duende. El Sr. Havershift pidió al actual equipo de Clutchcudgel que se presentara para poder sacarse una foto con ellos y la estatua.



“Toquen su hocico” les dijo mientras se reunían alrededor de la estatua, y todavía puedo recordar el orgullo en su sonrisa, el brillo en sus ojos “Toquen y vean si les trae la victoria” les dijo. Ese fue el inicio de una tradición que usted ya ha visto. ¿No es así, Sr Potter?

Albus asintió lentamente, volviéndose hacia el hombre sonriente en la fotografía. Era una fotografía en movimiento, por supuesto. En ella, la sonrisa de Havershift era petulante, confiada, incluso un poco mezquina.

Los instintos de Albus estaban calzando perfectamente en su lugar. No sabía tantas cosas como Rose, pero él fue rápido.

Aquí estaba un hombre, Stafford Havershift, cuya oportunidad de victoria en el torneo de su último año había sido arrancada lejos de él, junto con parte de la utilización de su mano derecha, su mano de la varita. Esto no lo detuvo, sin embargo, incluso apenas le frenó. El hombre aparentemente renunció a su varita mágica y se sumergió en su segundo amor: la fabricación de pociones. Impulsado y probablemente despiadado, él tuvo un éxito salvaje, todo el rato a fuego lento en la ira de lo que había sido arrancado de él, de esa última victoria en el torneo que había sido incapaz de probar. En respuesta, él había prometido ayuda al equipo hasta el día de su muerte, ayudarles a lograr muchas victorias como sea posible, y como muestra de ese apoyo, había donado una gran estatua de bronce con ojos misteriosos de color ámbar.

¿Era posible que nadie más se haya dado cuenta? ¿O es que ellos saben y solo pretenden no hacerlo? Para Albus, parecía muy obvio: un partidario adinerado del equipo que pasa a ser un experto en elaboración de pociones a nivel internacional le da al equipo un talismán que ellos frotan antes de cada partido, y desde ese día...nunca pierden. ¿Coincidencia?

—Debe ser una broma —murmuró Albus en voz baja, mirando por la ventana frente a la estatua en el césped, brillando en la luz de la luna —Quiero decir, en serio. Nadie es tan bueno.

Unos días más tarde, cuando regresaba de clases, Albus fue hacia la estatua. Miró furtivamente alrededor y luego miró de cerca los ojos de color ámbar puestos

en la cabeza de la estatua al lado de la boca gruñendo. Vio a su propio reflejo en ellos, nebuloso, pero brillante, teñido de oro. Tentativamente, extendió la mano y tocó el frío metal de la nariz del lobo. Fue hábilmente hecho, suave y duro bajo sus dedos, brillante y desgastado por las manos que lo habían frotado a lo largo de los años.

Sintiendo un ligero estremecimiento, Albus acarició su palma a lo largo del hocico tallado del lobo. Un momento después, se retiró a la casa, prácticamente corriendo por las escaleras a su dormitorio.

Una vez dentro, cerró la puerta y corrió a su cama. Puso su mochila sobre la cama, abrió la cremallera, y rebuscó en el interior hasta que encontró una hoja de pergamino de color rosa, casi tan fino como un tejido. Acababa de llegar de la clase de Fabricación de Pociones con el profesor Baruti y había sacado en secreto el endeble trozo de pergamino del escondite en el armario de pociones. Entre los estudiantes de Pociones, las hojas de pergamino de color rosa eran conocidas como *Reveladores*, debido a la forma en que el profesor Baruti los utilizó para medir los ingredientes de los proyectos de las clases. Él simplemente sumergía una esquina en sus calderos, examinaba críticamente, y luego sugería más ojo de tritón o una pizca menos de polvo de bilis de araña.

Con cuidado, Albus apoyó el delgado pergamino en su mano derecha, que todavía estaba fresca del metal de la estatua de bronce. Con la mano izquierda, presionó el *revelador* con fuerza con su palma. Esperó diez segundos contando lentamente en voz baja, y luego separó sus manos otra vez. Llevó el pergamino rosado a la ventana para que pudiera examinarlo en la luz del sol.

Poco a poco y débilmente, una escritura cursiva comenzó a encresparse hacia fuera en el papel, como si estuviese escrita por una mano invisible. Albus comenzó a leer las palabras tan pronto como se fueron aclarando.

Aceite de menta (traza)

Polvo slagbelly (133 partículas)

Esencia de anguila (minúscula)

Raíz Wreakramble (degradado; 0 potencia)

Albus se inclinó sobre el pergamino, frunciendo el ceño ante las palabras. Podía rastrear los orígenes de todos los ingredientes. La mayoría de ellos eran los restos de su reciente clase de Pociones y su almuerzo antes de eso. La raíz Wreakramble fue desde la semana pasada, cuando el profesor Baruti había llevado a la clase a Shackamaxon para una lección especial con la mujer nativa, la señora Ayasha. Albus recordó que probablemente debería lavarse las manos un poco más a menudo. Suspiró. El *revelador* no parecía haber recogido algo de la estatua de bronce en el exterior.

Pero entonces, muy débilmente y poco a poco, otra línea comenzó a escribirse en el pergamino. Albus se inclinó de nuevo, tratando de distinguir las palabras borrosas.

Compuesto: Felix Felicis (híbrido derivado; memoria)

Albus casi se quedó sin aliento. Sus ojos se abrieron mientras miraba el pergamino y sus tenues palabras. Él sabía lo que “memoria” significaba en términos de pociones. Esto significaba que no había ningún remanente detectable del ingrediente en la lista, sino una especie de halo o aura de lo restante, impresa sobre el pergamino como un eco.

—Felix Felicis —susurró a sí mismo, asombrado. Un momento después, una sonrisa torcida se deslizó sobre su cara y negó con la cabeza lentamente. Estaba familiarizado con la sustancia, aunque él nunca había encontrado nada de eso en la vida real.

—Es probable que en esos ojos ámbar —reflexionó en voz alta —Después de todo, es un líquido, ¿no es así? Podría ser infundido en el metal, pero no tendría que estar almacenado en algún lugar del interior, de otra forma, la memoria de la poción sería inútil.

Albus entrecerró los ojos. Recogió el *revelador* utilizado, lo dobló y se lo metió en el bolsillo interior de su chaqueta gris pizarra. No estaba del todo seguro de lo



que iba a hacer con lo que había aprendido, pero se alegró de esto de todas formas. Tal vez le diría a James. No es que eso haría algún bien, por supuesto, pero se sentiría bien revelar un jugoso chisme.

Felix Felicis, pensó sonriendo con tristeza. *Mejor conocido como Suerte Líquida*.



Albus podría haberle contado a James esa misma noche de no haber sido por la detención de Petra Morganstern.

En retrospectiva, James y Albus entendieron que ese había sido el evento que pondría todo en movimiento, como una palanca que fue tirada y puesto en marcha una especie de carrusel mágico, que comienza lentamente, pero poco a poco gira más y más rápido, convirtiéndose en un borrón imparable.

Caminaban a la biblioteca después de la cena en la cafetería, Albus, James, Ralph, Zane y Lucy el martes antes del último partido del torneo Clutchcudgel, cuando la palabra cayó. Una chusma de voces flotaba en el aire a principios de verano, distrayendo a Albus de la Quaffle que él y Ralph habían estado lanzando alrededor. El lanzamiento de Ralph golpeó a Albus en el pecho y rebotó en el suelo, sin ser visto, mientras el grupo se giraba hacia el ruido creciente.

—¡Es esa chica! —gritó alguien en una especie de grito silencioso —¡La que maldijo al Sr. Henredon! ¡Finalmente la han condenado!

—Pero ¿Por qué la traen aquí? —preguntó un chico vampiro, trotando y pasando a Albus, en dirección a unirse a la multitud congregada.

—¿Petra? —preguntó Ralph, volviéndose para mirar a James y Zane —¿Han oído algo de esto?

James negó con la cabeza, con el rostro en creciente alarma —No, ninguna cosa, ¡Vamos!

Todos a la vez, el grupo echó a correr, Albus y Lucy siguiéndolos de cerca. En el momento en que llegaron a la multitud de estudiantes, una voz de mando resonó desde el centro sustituyendo al balbuceo.

—Todo el mundo por favor un paso atrás —dijo la voz, su tono de una autoridad incuestionable. Albus vio a un hombre muy severo con una túnica gris oscura y un chaleco corto, con las manos levantadas. La mano izquierda con la palma en el aire y la derecha con la varita agarrada. —Por su propia seguridad y para la seguridad de la escuela, regresen inmediatamente a sus casas y aulas. Cualquiera que sea sorprendido interfiriendo con los asuntos de la Corte Mágica, incluso por accidente, será procesado ¿Está claro?

Lo último no era realmente una pregunta y las facciones de la cara del hombre hicieron ese hecho muy evidente. Los estudiantes comenzaron a retirarse, aunque ninguno parecía tener ninguna prisa para volver a sus casas y aulas. A medida que la multitud se deshizo, Albus vio un conjunto de hombres y mujeres vestidos con túnicas grises y chalecos, casi todos inexpresivos. El árbitro, Albert Keynes, estaba entre ellos, sonriendo débilmente con el sombrero calado con fuerza hacia abajo sobre su cabeza calva. La tropa comenzó a caminar lentamente hacia un edificio (la escuela médica del campus) levitando algo cuidadosamente entre ellos. Albus se dio cuenta de lo que era en el mismo momento que James y el resto lo hicieron.

—¡Petra! —dijo James, casi gimiendo. Comenzó a avanzar de nuevo, tratando de alcanzar su propia varita, pero Ralph y Zane lo agarraron de los hombros y lo detuvieron con sus rostros pálidos y graves.

Petra Morganstern flotaba en posición vertical en el centro de las brujas y magos reunidos, con la cabeza hacia abajo, con el pelo colgando como una cortina oscura sobre su cara. Albus adivinó por la forma en que colgaban sus brazos y sus dedos como rizos colgando que ella estaba inconsciente y sintió una propia punzada de lástima y miedo. Sus pies descalzos colgaban seis pulgadas por encima

de su sombra mientras flotaba a lo largo del sendero, suspendida en el centro de nada menos que ocho varitas apuntando.

—¡Petra! —llamó nuevamente James, como si quisiera despertarla. Albus sabía que era un esfuerzo inútil. Ella no estaba solamente dormida, ella estaba inmovilizada e inconsciente. Probablemente había sido la única forma en que los funcionarios judiciales pudieron detenerla. Aun así, le dolía un poco el corazón verla así. Fue un poco como ver un dragón noble sin garras y colmillos, o una princesa capturada con todo su pelo cortado. Había algo vergonzoso en ellos y algo más profundamente aterrador. No sólo porque Petra era tan silenciosa en su inconsciencia, sino porque Albus sabía que no iban a ser capaces de mantener su inconsciencia para siempre. Eventualmente, ella se despertaría.

Poco a poco, con cuidado, el grupo de policías y mujeres de la corte maniobraron el cuerpo de Petra dentro de las amplias puertas de entrada de la Facultad de Medicina. Keynes sostuvo una de las puertas abiertas para ellos, sonriendo con una exasperante sonrisa de suficiencia. En el interior, Albus sabía, que había pociones que podían poner a alguien en un sueño profundo, prácticamente sin sueños.

Pero no van a ser capaces de mantener su inconsciente para siempre, Albus pensó de nuevo y se estremeció ligeramente. Finalmente Petra se despertaría. Quizás Izzy se habría ido para entonces, desanimada a su nuevo hogar en el mundo Muggle, con su memoria de Alma Aleron, el mundo mágico y la misma Petra completamente borrada. Tal vez podrían lograr encarcelar a Petra para entonces, por el bien de todos (o quizás no). A diferencia de James, Albus no sabía que Petra era una hechicera, pero él sentía que ella no era una bruja típica. Con el tiempo, en algún momento, Petra seguramente despertaría. Era inevitable.

Y cuando lo hiciera, Albus estaba seguro de una cosa: Cuando se despertara, estaría muy, muy enojada.





Capítulo 21

Alianzas Inverosímiles

—¡Petra! —gritó James, aun sintiendo las manos de Ralph y Zane en sus hombros, sujetándole para que volviera. A lo lejos, cuando se dio cuenta de que había sacado la varita de su túnica, se levantaba como si fuera a atacar a Albert Keynes y a los funcionarios de la corte. Era ridículo, por supuesto, pero por el momento no lo consideraba como tal. Se la habían llevado, inconscientemente aturdida cual animal salvaje, y la arrastraron para encarcelarla.

Las puertas de la Facultad de Medicina se cerraron lentamente, cortándole la vista de la patética chica y su grupo de guardias. Keynes miró a James durante el cierre de puertas con cierta expresión paternal. *¿De verdad creíste que podría descubrir la verdad?* Parecía decir su mirada. Y entonces, con un suave ruido, las puertas se cerraron.



—No, —se quejó James. —¡No debería suceder de este modo! ¡No deberían condenarla todavía! ¡Estamos muy *cerca*!

—Esto no ha terminado todavía— dijo Zane en voz baja, con seriedad, liberando el hombro de James. —Todavía podemos poner las cosas en orden.

Ralph asintió. —Exacto, todavía no está terminado.

James apenas les oyó. Aún podía sentir el hilo de plata invisible que le conectaba con Petra. Era frío, fluía por su brazo cual vena que transporta hielo, llenando su cabeza con visiones tenebrosas y destellos de sueños, transmitidos directamente de la dormida mente de Petra. Ella soñaba con su captura, una y otra vez. James, impotente y enojado, entrevió a los fantasmas de sus padres en la calle donde regentaba su casa. Lily estaba allí, de pie junto a Izzy. Estaban cogidos de las manos. Ambos se miraron sorprendidos, incrédulos. En el centro de la calle, Keynes y su séquito llamaban a Petra, rodeándola, levantando sus varitas y apuntando hacia donde estaba. Oyó la voz de Petra desde su memoria, confusa y consternada, alegando que debería ir en silencio, que todo se trataba de un error...

No es un error, dijo suavemente Keynes, su varita apuntó hacia ella, *y por supuesto que deberás venir en silencio*.

De repente hubo un sinfín de destellos, venidos desde todas partes como si fueran uno. Petra había intentado luchar con todas sus fuerzas, pero no estaba preparada. Había sido muy precipitado y no se había enfrentado a muchos de ellos. Fue entonces cuando la oscuridad se apoderó de ella, y en su inconsciente mente empezó a repetirse una y otra vez, cual aguja que salta en un viejo vinilo.

La ira crecía en el pecho de James, abrumándolo. Antes de darse cuenta, estaba corriendo hacia la Facultad de Medicina, varita en mano, sujetándola con tal fuerza que salían chispas rojas de la punta. Oyó como Ralph y Zane le llamaban repetidamente así como los gritos de advertencia de Albus y Lily, pero eso daba igual. Él siguió el hilo de plata invisible como el que busca un faro.

Entró por las puertas de la Facultad y siguió por el vestíbulo, dónde sus pasos resonaban con fuerza en el mármol. Unos pasos más adelante, un estallido



de luz le sobresaltó. Del susto, su varita saltó de la mano y cayó al suelo, girando por el pasillo.

—Déjala, —ordenó rápidamente una voz, haciendo que James se sobresaltara. James se detuvo y se dio la vuelta, jadeando. Albert Keynes estaba de pie en una esquina de la puerta principal, y su varita se levantó sin dificultad como si hubiera estado esperando a James.

—Buena elección, —dijo Keynes sin sonreír. —No te culpo por estar molesto, jovencito, pero no me gustaría verte hacer nada precipitado. Deberías aprender a controlar tus emociones.

— ¡Ella es inocente!— dijo James gritando de rabia y frustración. —¡Usted *debe* saber eso!

Keynes ladeó la cabeza con lástima. —Mi consejo es que se vaya ahora, señor Potter. Voy a entregar su varita al Rector, para que pueda recogerla posteriormente, una vez que se haya calmado.

— ¡Ella no lo hizo!— repitió James avanzando hacia Keynes, abriendo y cerrando sus manos impotentemente vacías.

—La señorita Morganstern es culpable, señor Potter— dijo Keynes con calma, con una voz exasperante y suave que apenas se podía oír. —He agotado todas las posibilidades de su inocencia. Es mi trabajo. La justicia se debe llevar a cabo.

— ¿Con quién ha hablado?— preguntó James, sacudiendo la cabeza con furia. —Sea quien sea, ¡mintió!

Keynes levantó la barbilla ligeramente, mostrando un rostro pálido. — Cuidado con lo que usted pregunta, mi joven amigo, —dijo fríamente. —Puede obtener respuestas que no desea escuchar.

— ¡Usted no sabe nada! —escupió James justo en el centro del vestíbulo. Unas lágrimas de frustración querían salir por las comisuras de sus ojos, pero las hizo volver adentro. —Usted no sabe nada. Todo lo que ha *podido* escuchar, ¡todo es mentira!



—Me temo, —dijo Keynes con una voz tan suave y tranquila que James tuvo que esforzarse para oírle, —que son *ustedes* los que han sido engañados, señor Potter. Engañados por la propia señorita Morganstern.

La cara de James se volvió roja de ira, como si supiera que Keynes era el que tenía razón. —No sé de qué está hablando, —dijo dejando caer su propia voz.

—Yo sé lo que pasó en la Granja de los Morganstern, —dijo Keynes con los ojos clavados en James. —¿Y usted?

—Sé lo suficiente, —dijo James con las mejillas aún ardiendo. —Sé que se escapó de una vida horrible junto a su madrastra, al igual que su hermana.

Keynes sacudió la cabeza. —Usted sabe lo que la señorita Morganstern desea que sepa. Pero ella le ha omitido lo peor del suceso.

—¿Y cuál es la peor parte?, —preguntó James, pero Keynes le interrumpió con unas palabras tan calculadas que cortaban cual navaja de afeitar.

—La señorita Morganstern *mató* a su madrastra, —dijo cuidadosamente Keynes, asegurándose de que James escuchara cada palabra. James lo miró fijamente sin articular palabra y Keynes continuó su discurso con un suspiro triste. —Ella era una Muggle impotente e indefensa para luchar contra tal ferocidad. La señorita Morganstern mató a la mujer utilizando magia, de forma sorprendente e inexplicable. Se ayudó de un árbol para hacerlo. Suena increíble, ¿verdad? Al parecer, la señorita Morganstern revivió al árbol, le obligó a coger a su madrastra, y le ordenó ahogarla en un lago cercano. Pero aún hay algo peor: todo ello lo hizo delante de la hija de la mujer, Izabella Morgastern. La verdad es que apenas me lo creí, pero las evidentes pruebas de la escena del crimen corroboran este hecho de manera bastante convincente. El cráter del árbol aun sigue ahí y el testigo del suceso es *muy* persuasivo.

Cuando James intentó hablar, su voz salió como un graznido seco. —¿Qué testigo?

Keynes apretó los labios de forma pensativa y James dio por hecho que no respondería, pero al momento sus miradas se encontraron. —Una bruja, —contestó

en voz baja. —Usted no debe conocerla, ella vivía en esa zona y siempre daba largos paseos matinales alrededor del lago en cuestión. Ella es una amante de la naturaleza, y del agua en particular. Se esforzaba en no ser descubierta durante esos paseos matutinos por temor a ser arrestada, ya que el lago forma parte de la Granja de los Morganstern. Aun así, su conciencia creyó adecuado dar su testimonio. De hecho, fue ella quién me buscó. Si no hubiera sido por ella y por la veracidad de su historia, la señorita Morganstern *podría* haber salido airosa del crimen. Y como puede imaginar, dichas declaraciones reafirmaron la veracidad de las denuncias del señor Henredon sobre lo que pasó en el Salón de los Archivos.

James se sintió clavado en el suelo, frío y rígido como una estatua. —¿Quién era? —preguntó, sin esperar respuesta pero con temor ya que creía saber cuál era la respuesta. Por supuesto que sí. Incluso ahora en su memoria podría imaginársela con un pelo largo de color rojo, oculto bajo una capucha oscura, de brillantes ojos verdes, y con una piel pálida anormalmente perfecta. *La gente tiende a no fijarse en mi* le había dicho a James la noche que se la encontró por primera vez en los pasillos del Acuápolis. *A menos que lo busquen, o que yo quiera.*

—Usted no la conoce, —dijo Keynes sonriendo condescendiente a James. — Ella es más bien una mujer reservada, incluso solitaria, aunque atractiva a su manera.

—Ni siquiera le dije su nombre, ¿verdad? —Susurró James sacudiendo la cabeza, —ella es ese “secreto”, ¿me equivoco? Estaba mintiendo, *tenía* que estarlo.

—Ella no mintió— dijo Keynes con frialdad, entrecerrando los ojos. —Y ciertamente me dio su nombre, señor Potter. *No* es algo de su incumbencia pero su nombre es... — se detuvo, considerando si continuar. Finalmente bajó la voz a un tímido murmullo y continuó —su nombre es *Judith*. Eso es lo que necesita saber. Ahora váyase, ¡rápido!, antes de que me impaciente.

James se quedó inmóvil, con los ojos y el ceño fruncido con consternación. *Judith*. Había escuchado ese nombre antes, pero ¿dónde? Su pensamiento corría mientras trataba de recordarlo.



— ¡Vete! —mandó Keynes agitando su varita. James se tambaleó hacia atrás como si una fuerza invisible lo hubiera empujado suavemente. Se dio la vuelta, haciendo caso omiso de la orden de Keynes, y recogió su varita del suelo. Al momento, una brisa de aire cálido le estalló en la cara y vio a Zane, Ralph y Lucy que le esperaban con los ojos abiertos y preocupados. James sacudió la cabeza ante ellos y se dirigió a través del campus hacia la Mansión Apolo.

— ¿Qué ha pasado? —exigió Zane trotando para alcanzarle. — ¿La viste?

—No, —contestó James a paso ligero y pensando con rapidez. —Id hacia la biblioteca. Yo, erm... necesito coger un par de libros. Nos veremos allí en unos minutos. Podemos hablar de ello luego.

Ralph, Zane y Lucy accedieron, aunque de mala gana.

James no necesitaba ninguno de sus libros. Lo que realmente necesitaba eran unos minutos para pensar. Fue terriblemente difícil. Las palabras de Keynes sonaron como pesas de plomo en la memoria de James, borrando sus propios pensamientos. ¿Algo de eso era verdad? ¿Ha cambiado algo? ¿Es demasiado tarde para ayudar a Petra? ¿Se *merece* realmente Petra la ayuda? Había tantas preguntas y tan pocas respuestas... James siguió andando sin atender a su alrededor. Se encontraba en el sendero que conducía a la Mansión Apolo cuando finalmente, de forma inesperada, recordó dónde había oído el nombre de Judith antes. Se detuvo, con el ceño fruncido, perplejo.

Judith era el nombre de la prometida de Merlín, miles de años atrás. James recordó a Rose cuando le explicó toda la historia el año pasado. Merlín nunca se había casado con Judith, por supuesto, debido a una serie de eventos trágicos que habían terminado con su muerte de la propia mano de Merlín, siendo él desconocedor de ello. ¿Podría haber algún tipo de conexión?

James pensó en la mujer que conoció en los pasillos del Acuápolis, luego en el *Zephyr*, después fue testigo de su salida en la Sala de Archivos el día del ataque, al parecer, en compañía de Petra. ¿Podría ser esa la misma mujer que había ido en busca de Keynes y decirle el suceso terrible que tuvo lugar en la Granja de los Morganstern? ¿Por qué haría algo así? ¿Cómo es que ella lo sabía? Peor aún, ¿era



cierto su testimonio? ¿Realmente habría Petra matado a su madrastra? Y por último, de la forma más molesta posible, ¿había alguna conexión entre la misteriosa mujer y la Judith del pasado de Merlín?

Eso era imposible, por supuesto. Y sin embargo, James no podía evitar dicha sospecha. Una parte de su cerebro lo creía así ya que, después de todo, Judith no era un nombre muy común.

Y luego, de la nada, James recordó una cosa más que Rose le había dicho: al igual que los Morganstern, Judith había tenido un lago en su finca. De hecho, debido a ello, ese era su apodo entre los ciudadanos del pueblo.

—*Judith*, —susurró James para sí, meditando. —La Dama del Lago.

Al son de sus propias palabras, un escalofrío recorrió la espalda de James. Pese a que estábamos a principios de verano y era una noche calurosa, le sacudió todo el cuerpo hasta los pies.



Los últimos días del curso escolar pasaron rápidamente, cual grano en un reloj gigante de arena. Se veía a los estudiantes mayores enterrados en sus libros y estudiando con gran tensión por todo el campus. Los exámenes finales se avecinaban cual buitres y llenaron el horario de la semana. James se sorprendió de lo rápido que había pasado el curso escolar. Mientras se dirigía a sus clases, de vez en cuando miraba al Sauce Zurcidor, situado cerca de la esquina suroeste de la plaza, a la sombra de la casa de los huéspedes, y se recordó para sí de que en breve lo utilizaría para volver a casa. Se alegró de ello, y a su vez todo parecía lejano y remoto —la casa de la familia Potter en Marble Arch, Kreacher e incluso Hogwarts, aunque había visto la casa común de Gryffindor muchas veces durante este año a través del espejo.

A veces le parecía a James que apenas habían pasado unos pocos días desde su llegada a Alma Aleron. Recordó sus primeras noches en la escuela, durmiendo en la residencia con el espeluznante reloj del mono con botones. Recordó (con un poco de vergüenza) la gran debacle de la aventura del cambio de bandera, que ellos mismo habían hecho y que tanto él como Ralph se quedaron sin la posibilidad de pertenecer a la Casa Zombi. El gato Patches les había advertido de contribuir al respecto, y al parecer había estado en lo cierto. Además, y pese a que le costaba admitirlo, James era bastante bueno en Tecnomancia. Les gustara o no, Patches sabía de estas cosas, aparentemente.

Al mismo tiempo que avanzaban los exámenes de la última semana, llegaba una ola de calor veraniega, haciendo brillar mucho más los senderos y las recientemente nuevas hojas de los árboles. Los estudiantes se aflojaban las corbatas y llevaban sus chaquetas desconsoladamente bajo el brazo o el hombro. Anticuados ventiladores mágicos fueron colocados en las entradas del edificio, con sus grandes hélices tarareando en voz alta, empujando el aire caliente por todos los pasillos y haciendo crujir los papeles de los tablones de anuncios. Muchos estudiantes se colocaban en frente de los ventiladores y mantenían conversaciones desinteresadas o hacían un repaso de última hora de sus apuntes.

A pesar de todas las distracciones, James se sentía bastante orgulloso de cómo estaba realizando sus exámenes. A través del espejo, Rose se había ofrecido, aunque con cansancio, para ayudar a Ralph, Zane y a James con sus tareas, ya que el curso escolar de Hogwarts era un poco más largo.

—Os *pido* que me devolváis el favor en unas semanas, —había dicho ella con los ojos en blanco. —Aunque creo que eso sería como preguntar sobre la sangre de una piedra.

— ¿Es probable que salga eso en un examen? —preguntó de repente Ralph, levantando la vista de su cama en donde había estado estudiando detenidamente Transmutación Elemental Avanzada. —Ya hemos hecho mariposas de piedra pero no recuerdo acerca de la sangre de la piedra. —Pasó varias páginas mientras Rose suspiraba sin poder hacer nada.



Después de estar el jueves estudiando hasta tarde, James tuvo tiempo de explicarle todo a Rose. Scorpius no estaba presente, gracias a Dios, de otro modo él no lo habría podido hacer.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Rose con semblante serio, se encontraba de pie junto a la chimenea de la Sala Común de Gryffindor para que pudieran hablar en voz baja. —Quiero decir, si es culpable, es culpable. No puedes interponerte en el camino de la justicia.

James suspiró profundamente y le preguntó a su prima, —¿de *verdad* crees que es culpable?

Rose se encogió de hombros, como si la pregunta fuera demasiado importante como para responder. —No lo sé— respondió sobriamente. —Scorpius piensa que ella lo hizo, al igual que Damien y Sabrina. Quiero decir, a todos nos cae *bien* Petra, pero no parece estar bien, ¿no crees? Ese Árbitro habló con ellos, ya lo sabes, y también con Ted. Vía la Red Flú. Se dio cuenta de que todos estaban allí cuando todo, er, *pasó* en la Granja de los abuelos de Petra. Le dijeron que se fuera al carajo, de distintas maneras, pero parecía saberlo todo. Me escondí detrás del sofá durante la charla. Se comportó como un engreído.

—Eso es cierto, —comentó Zane desde la cama de James, donde descansaba en medio de un montón de libros y apuntes. —Nadie disfruta tanto haciendo “justicia” como él. Es como un matón con una insignia, si quieres saber mi opinión.

—¿Qué creéis que harán con Petra?— preguntó Rose en voz baja.

Zane se encogió de hombros con fuerza. —Todavía sigue detenida en la Facultad de Medicina, a tan solo unas puertas de la habitación de Madame Delacroix, por lo que tengo entendido. A veces Lucy hace el voluntariado por allí, por lo que nos ha estado informando. Casi nadie tiene permiso para estar a menos de 50 metros de la puerta de Petra. Han puesto guardias por todos lados a pesar de que Petra ha estado inconsciente todo este tiempo. Le dieron el tratamiento Manzana Envenenada.

— ¿Manzana envenenada? —Rose parpadeó y frunció el ceño. —¿Es una broma?

—No, —dijo Zane con el semblante serio. —Mamá Newt lo hizo. Con tan solo un mordisco estás fuera para siempre, o al menos hasta que alguien dice la palabra mágica para que te despiertes. Se la tuvieron que administrar a Petra ya que cuando llegó ya estaba inconsciente. Incluso saben cómo hacer que se mueva para poderla encerrar y allí es donde se quedará, hechizadamente dormida. Ella puede ser muy poderosa, pero *nadie* se despierta por sí solo con este hechizo.

—¿Y qué pasa con Izzy? —presionó Rose. —¿El tío Harry y la tía Ginny no pueden, simplemente, adoptarla? ¿Por qué en La Corte dicen que tienen que aplicarle *Obliviate*?

—Así es la ley, —dijo James. —Izzy es Muggle, ¿recuerdas? Mientras ella ha vivido en una mágica y libre vida familiar, se le ha permitido vivir junto a magos. Pero ahora Petra ha sido condenada por un delito, por lo que Izzy ya no puede formar parte del mundo mágico. Si ella hubiera sido mayor de edad, la historia cambiaría, pero al ser menor la ley dice que tiene que ser enviada al mundo Muggle.

—¡Es horrible! —dijo Rose abrazándose a sí misma. Luego, con una voz diferente, preguntó, —¿Todavía planeas seguir adelante con tus planes respecto Al Mundo Entre Mundos?—

James asintió con la cabeza. —Sí, —dijo tercamente. —Si podemos ganar el torneo el próximo lunes. Y si realmente podemos abrir la Cortina de Nexus, una vez la Mansión Apolo sea trasladada a Colina de la Victoria y los pilares se unan.

Rose negó con la cabeza lentamente, observando el rostro de su primo a través del espejo. —¿Estás realmente seguro de que es buena idea? ¿Qué pasa si encuentras el camino hacia ese lugar—El Mundo Entre Mundos—y descubres que Petra realmente lo *hizo*?

La cara de James se endureció ligeramente. —Si realmente lo hizo Petra, entonces estaba siendo engañada o utilizada de algún modo. Vamos a demostrarlo.

Rose era persistente. —¿Pero cómo se puede *saber* eso? —preguntó con seriedad, casi con un susurro.



—Debido al Hilo de Plata— respondió mirándola a los ojos. Después de un momento, miró a Zane y a Ralph. —¿Recuerdas que te hablé mucho sobre eso? ¿Desde qué Petra estuvo en el *Gwyndemere* y casi cae al océano?

Ralph asintió, acordándose. —Sí, dijo que ese hilo apareció y os conectó a los dos. Es lo que la salvó.

—Sí, —James se mostró de acuerdo con gravedad. —Bueno, mi padre me habló de ello después. No recuerdo todo lo que dijo pero sí *recuerdo* lo siguiente: todo lo que pasó entre tú y Petra es algo así como lo que pasó entre mi madre y yo, cuando ella estaba dispuesta a morir por mí. Se creó algo realmente profundo, un tipo de magia que le protegió, pero a la vez le conectó con Voldemort. Cuando Petra cayó del barco... —Hizo una pausa, buscando las palabras. Después de un momento, respiró hondo. —Yo estaba... dispuesto a hacer lo que tenía que hacer para salvarla. Estaba incluso dispuesto a ir en su lugar a pesar de que apenas estaba pensando en ese momento. Todo sucedió muy rápido para pensar. Papá dice que debido a que estaba dispuesto a negociar con el destino de Petra, hizo que la magia se volviera profunda, al igual que pasó entre su madre y él. Solo...diferente.

—Porque *no* moriste, —dijo Rose, asintiendo lentamente. —Y sin embargo, de algún modo, la salvaste.

—Entonces, esto cambia el trato, ¿no? —sugirió Ralph. —Quiero decir, es como hacer trampa, ¿verdad?

James miró a su amigo. —Tal vez lo es, no lo sé. La magia fue tan fuerte, tan... irreal. Pero la cosa es, donde la magia conectó a mi padre y a Voldemort, cuando él era un bebé y su madre se sacrificó por él, para mí y Petra ocurrió de un modo distinto. De algún modo, nos conectó. Ese Hilo de Plata, el que apareció y la salvó, nos conectó de modo en que pude levantarla... y sigue allí. Cuando estoy cerca de ella... a veces incluso cuando no lo estoy... la puedo sentir en el otro extremo. Puedo sentir, más o menos, los ecos de sus pensamientos así como sus sueños. No es como si pudiera leer su mente ni nada parecido, pero sí puedo sentir sus pensamientos. Y, probablemente, a la inversa también. Una cosa que sé con certeza es que, independientemente de lo que Keynes y el resto de personas dicen,

Petra cree que ella es inocente. Está verdaderamente convencida de que no irrumpió en el Salón de Archivos *ni* maldijo al señor Henredon. En su mente, ella es totalmente inocente. —Hizo una pausa y frunció el ceño, pensativo. —Por lo menos, ella cree que es inocente de todo esto.

Rose miró muy seria al otro lado espejo. Frunció el ceño. —James, —dijo en voz baja, —tengo miedo de decir esto pero,... eso es una locura.

James la miró parpadeando. —Bueno, —respondió defensivamente, —tal vez, pero es cierto.

—Hilo de Plata o no, —anunció Zane, poniéndose en pie. —*Solo* quiero ver cómo todo este lío funciona. Hemos puesto mucho en esto para parar ahora.

—Eso es una buena razón, —dijo Rose, pero Zane se acercó al espejo y la acarició, como si fuera a darle una palmadita en la cabeza.

—Rose, cariño, eres una chica. No lo entenderías. Existe una especie de inercia en este tipo de cosas. Tenemos la Herradura Mágica. Nos dimos cuenta dónde está la Cortina de Nexus. No hay modo de detenerse ahora. El peso de nuestra propia curiosidad nos aplastaría. ¿Es eso lo que quieres, ser aplastados por nuestra propia curiosidad?

—Esto es *peligroso*, —insistió Rose con el rostro endurecido. —Por lo *menos* díselo a tu padre, James.

James sacudió la cabeza. —Papá está completamente hundido. Desde la detención de Petra, ha estado enterrado en un importante plan secreto. Titus Hardcastle está en él, e incluso Viktor Krum y los Harriers. Papá no suele confiar mucho en la gente local, y ellos tampoco en él, así que pensó que lo mejor sería tener a esa gente alejada de este asunto. Es por ello que no voy a contarle nada para que encima también cargue con este peso.

—¿Es el FULEM?— preguntó Rose interesada. —¿Los ha encontrado tío Harry? ¿Y ese político Muggle que desapareció?

James sacudió la cabeza y se encogió de hombros. —Lo único que sé con certeza es que todo sucederá en estos próximos días, ya que papá ni siquiera



vendrá al torneo de Clutchcudgel. Tanto él como Titus Hardcastle van a estar en Nueva Ámsterdam haciendo un “reconocimiento de último minuto”, o eso me dijo. Va a haber un importante desfile Muggle esa noche –algo así como el festivo de América.

—El día de los caídos— intervino Zane.

—Eso mismo, —afirmó James. —Papá dice que será el momento perfecto para hacer unos arreglos de última hora, ya que todos estarán distraídos con el desfile y posteriores festividades. La última vez que los intentó atacar, los tipos malos se enteraron de algún modo y por ello escaparon horas antes. Papá no quiere que vuelva a suceder.

Rose suspiró. —Bueno, —admitió, —me siento un poco mejor sabiendo que todo esto podría terminar pronto. ¿Volverías a casa después de que todo estuviera dicho y hecho, suponiendo que la incursión de tío Harry saliera bien?

—¡Oh, va a ser un éxito! —asintió Zane con confianza. —Quiero decir, ¿él es Harry Potter, no? ¡El Niño que Vivió! ¡Y tiene al Equipo A con él! Hardcastle, Krum, ¡lo mejor de lo mejor! Los alocados del FULEM junto a su nueva líder femenina triturando piedras en Fort Bedlam la próxima semana. Espera y verás.

Rose aceptó con indiferencia. —Bueno, siento que tu padre no pueda estar para ver el torneo, James, —dijo con cierta rigidez, —y yo te deseo lo mejor, no importa lo que pase.

James se encogió de hombros, como si no le importara que su padre no fuera a estar allí. —No pasa nada, —mamá dice que lo más seguro es que venga Viktor Krum, ya que papá no le va a necesitar en Nueva Ámsterdam ese día. Además, estará Lily, Izzy, el tío Percy y todos los demás. Eso sería genial. Quiero decir, ¿cuántos jugadores llegan a tener la oportunidad de tener a un ex jugador de Quidditch y concursante del Torneo de Los Tres Magos dándole su apoyo desde las gradas?

—No muchos, supongo, —admitió Rose. —Es extraño que tu padre no necesite a Viktor en su “reconocimiento de último minuto” cuando siempre se ha



ofrecido para ayudar. De todos modos, no importa cómo se desarrolle todo, prometedme, los tres, que vais a tener cuidado.

—Tendremos cuidado, —dijo Zane con dulzura. —Cuidaremos el uno del otro, Rosy. No dejaré que nada le suceda a tu primo.

Rose suspiró ásperamente y sacudió la cabeza. —Estoy menos preocupada por vosotros tres, —dijo con gravedad, —que de lo que estoy por el universo en general.



Cuando llegó el día del Torneo de Clutchcudgel, la escuela se convirtió en un hervidero de emoción y anticipación. La ironía del peor equipo de la década enfrentándose a los campeones desde hace muchísimos años era un constante tema entre los estudiantes. Sinfín de carteles colgaban de los balcones de las mansiones, proclamando su apoyo al Equipo Pie—Grande. —¡PISOTEAR A LOS LOBOS! —ponía en letras verdes brillantes en un cartel que colgaba de la Mansión Hermes, acompañado de un (y animado) dibujo de un pie gigante que pisaba la cabeza de un hombre lobo. En todo el campo los miembros del Equipo Pie-grande fueron recibidos con aplausos y vítores alentadores, lo que hacía que los jugadores más tímidos sonrieran.

James se dirigió hacia su último examen—Artilugios Mecánicos con el Profesor Cloverhoof—en un estado de euforia y nerviosismo. Por un lado, porque albergaba, de forma confidente, que el Equipo Pie-grande podría ser el ganador del Torneo, con la ayuda de las cuatro casas ya que su rencor hacia el Equipo de los Hombres Lobo les había hecho ayudar a los Pie-grande en todo lo que podían. Por otro lado, porque James sabía que si perdían no habría mucho más en juego que el orgullo de su casa y un lugar en la Colina de la Victoria.

—Buena suerte esta noche, Señor Potter— le deseó el Profesor Cloverhoof mientras echaba una ojeada a su examen. —¿Completamente preparado, verdad?

James asintió con la cabeza. —Preparados como nunca lo hemos estado, creo.

—Me dieron a entender que mis propios estudiantes les han enseñado algunas de nuestras mejores tácticas— dijo Cloverhoof, inclinando un puñado de alpiste en la tolva del reloj. Los engranajes de la máquina empezaron a girar y hacer ruido laboriosamente. —Confío en que va a mantener este tipo de cosas entre ustedes mismos, ¿es así?

James volvió a asentir la cabeza con rapidez —¡Claro que sí, señor!

—Excelente, —sonrió el profesor. —Pero esta noche, joven...,—Cloverhoof se inclinó sobre el escritorio, con una sonrisa depredadora, —úsalos bien y envía a esos perros a su caseta. Con nuestra bendición.

—¡Lo haré, señor! —estuvo de acuerdo James, y dio un paso atrás alejándose de la sonrisa sin alegría del Profesor. Diminutos resoplidos sonaban desde los engranajes del reloj. Al momento, depositó una pequeña cantidad de semillas en un plato de cobre y dejó escapar un *ding* feliz.

—Excelente trabajo, Señor Potter, —dijo Cloverhoof despreocupadamente, recostándose en su escritorio. —En *todos* los aspectos.

Mientras James se dirigía hacia el calor del campus, en dirección a un almuerzo tardío en la Mansion Apolo, pensó en lo que había dicho Cloverhoof. La verdad es que estaba un poco nervioso por toda la ayuda que habían ofrecido las cuatro casas. Gran parte de las enseñanzas —al igual que los hechizos de Clutch de los Zombis, los cuales James consideraba los más experimentales y arriesgados— eran ese tipo de cosas que deberían haber considerado a lo largo de la temporada pero nunca se tuvo el valor (ni la audacia) para tratarlos. Los Igor, por ejemplo, habían instalado pequeños relojes en las espaldas de algunos componentes del Equipo Pie—Grande. James sabía lo que hicieron—incluso había sido prácticamente su idea, aunque en un tono nada serio—y sin embargo él estaba



preocupado ya que era algo técnicamente ilegal. Incluso peor, el Equipo Vampiro había ofrecido a los Pie, viles maldiciones y pociones.

—Totalmente deportivos, —había dicho el entrenador de Los Vampiros, un chico llamado Ellis Alekzander, totalmente serio. Tenía los ojos entrecerrados y su sonrisa apretada decía todo lo contrario. —Yo mismo las he envasado en pequeñas bolsitas. Su equipo puede llevar una en su cuello y cuando llegue el momento idóneo, se tira de la cuerda que lo une. El viento hace el resto.

Norrick había estado especialmente complacido por las tácticas de juego del Equipo Vampiro.

—Lección doce del Equipo de los Vampiros— declaró, levantando una pequeña bolsa. —“Todo vale en el amor y la guerra”.

Sin embargo, pese a la preocupación de James respecto a lo cuestionable de la legalidad de las tácticas de ataque de los equipos, el plan general había funcionado muchísimo mejor de lo imaginado. Los miembros del Equipo Pie—Grande, desde Jazmine Jade a Muktatch, parecían completamente convencidos de que podían ganar el torneo y destronar a los Hombres Lobo. Incluso habían empezado a hablar acerca de lo que sería la vida en la Colina de la Victoria.

—¡He oído que la Mansión Apolo no ha estado en la Colina durante más de cien años! —dijo un alto muchacho de los Pie-grande llamado Troy Covington cuando James se reunió con ellos para almorzar. —Me lo dijo Yeats. Él estaba aquí por aquél entonces, haciendo sándwiches de queso a la parrilla, al igual que hoy en día.

—Vamos a tener que mover toda la Sala de Juegos nosotros mismos, —comentó Wentworth conforme daba un bocado a su sándwich. —Las bodegas no se mueven, por supuesto, y estamos de acuerdo en que no queremos que esos matones de los Hombres Lobo se queden nuestra mesa de Ping Pong.

—O el armadillo. O Heckle y Jeckle— añadió Jazmine.

—¡Wraagh Arbphle!— coincidió Mukthach, asintiendo con la cabeza.

Norrick frunció el ceño. —Es verdad. Esa nevera pesa como un muerto. Vamos a tener que levitarla.

—No nos precipitemos, —interrumpió James, alzando las manos. —Vamos a concentrarnos en ganar esta noche, ¿eh? El resto vendrá por sí solo.

Cuando James se acabó su almuerzo y se dirigió a su última clase, se encontró con el Profesor Wood en el pasillo.

—James, —dijo Wood, y por el tono de voz del profesor, James dedujo que le estaba buscando. —Ven conmigo a mi oficina un momento, ¿quieres? Quiero hablar contigo de algo.

James tragó saliva. —Er, claro, Profesor, —le respondió y le siguió hasta la escalera.

Wood no habló hasta que estuvo sentado en su escritorio en la esquina de la casi vacía Sala de Juegos. James se sentó en uno de los viejos sillones reclinables frente al torcido escritorio del Profesor. Se hundió profundamente en su asiento neumático, pero no se inclinó hacia atrás. Heckle y Jeckle colgaban a cada lado del refrigerador, aparentemente dormidos. El armadillo había logrado subir a la esquina de la mesa de Wood, donde estaba acurrucado en una especie de bola, con su estrecha nariz entre sus patas delanteras. James esperó que Wood empezara. Después de una pausa reflexiva, tomó aire y miró hacia el techo.

—El Equipo Pie-grande de Clutchcudgel ha tenido muy buenos resultados esta temporada, ¿verdad?— preguntó con una forzada indiferencia.

James asintió con la cabeza. —Sí, señor.

—*Excepcionalmente* bien, dirán muchos, —continuó Wood, sin dejar de mirar al techo y con las manos cruzadas sobre el pecho. Él negó lentamente con la cabeza, pensativamente, y luego bajó la mirada hacia él. Con una pequeña sonrisa, dijo, —Sabes, James, he sido presidente de la Mansión Apolo durante varios años. Tomé el relevo del anterior presidente Pie—Grande, Maxwell Greenfield, cuando él decidió retirarse y yo me convertí en tutor. Lo recuerdo como si fuera ayer. El Rector Franklyn me llamó a su oficina y Greenfield estaba allí cuando llegué. Entre los dos

me explicaron la historia de la Casa Pie-grande de cómo, a pesar de lo que muchos creían, era la verdadera columna vertebral de toda la escuela. La Casa Pie—Grande, dijeron, es la verdadera fusión de Alma Aleron. En aquél entonces, por lo que se ve, la Mansión Apolo fue el lugar de dos Pies Grandes del Ártico, una mujer lobo, un medio goblin, dos chamanes indios americanos de Shackamaxon y un tritón que tenía que dormir en una bañera gigante y utilizar un casco de agua en las clases. Como usted sabe, la Casa Pie-grande goza de la misma diversidad hoy en día, no como eslogan o truco, sino como un aspecto básico de la vida. Tal y cómo me dijo Franklyn ese día, hace ya muchos años, los Pie-grande representamos al verdadero ideal americano.

James asintió de nuevo, preguntándose qué tenía que ver esto con el Equipo Pie-grande de Clutch. —Por supuesto Profesor, quiero decir, tenemos a Jazmine que es parte Veela, aunque casi nunca actúe como tal. Y también a Mukthacht y Went, cuyos...a...er...

—Está bien, —dijo Wood. —Conozco al Sr. Paddington. Los padres de Wentworth hicieron trámites con la escuela para mantener su, er, *herencia* en secreto. Ellos mismos son parte de la Liga Carmesí de Abstemios. Eso significa que ellos han sido entrenados para no recibir transfusiones. Están extremadamente dedicados a su nueva vida, por lo que creían que es muy importante que Wentworth recibiera una educación mágica normal. Uno podría pensar que habría sido seleccionado en la Casa de los Vampiros pero como se puede imaginar, la Mansión Apolo es la mejor elección para él.

James asintió significativamente. —Sí, hemos pasado bastante tiempo en la Casa de los Vampiros. Piensan que los vampiros de verdad tienen que ser como esos estúpidos libros escritos por Remora: increíblemente guapos y trágicamente románticos, y basura por ese estilo.

—Con toda justicia, —dijo Wood, como si sintiera que era su deber. —Algunos vampiros *son* así. —Aquí se detuvo, y asintió con la cabeza, pensativo. —Aunque no muchos, la verdad. Entonces, ¿entiendes por qué muchos vampiros *de verdad*, hombres lobo, ocasionalmente duendes, se les selecciona para la Casa de los Pie—Grande?



—Porque aquí pueden ser *quienes* son, no lo *que* son. —James se detuvo y frunció el ceño. —¿Me equivoco?

Wood asintió de buen grado. —Bien dicho, James. Es exactamente eso. Pero hay una cosa más que el ex Presidente y el Rector Franklyn recalcaron sobre mi cuando ocupé este puesto. —Se inclinó hacia delante y cruzó los brazos sobre el escritorio, ahuecando sus codos. Estudió a James con semblante serio. —Me dijeron que la Casa Pie-grande es el centro moral de todas las sociedades del campus. Y como tal, su conducta está entre las mejores. La justicia, la honestidad, el respeto, el valor, son aspectos que se ejemplifican con la bandera de la Casa, y éstos deben ser aplicados en todos los ámbitos de la vida. Más específicamente, al menos en lo que concierna a usted y a mí, estas cualidades se deben demostrar en lo deportivo. El Rector Franklyn fue muy claro cuando me pidió que solicitara ser el Presidente de la Casa. Él sabía que yo había jugado al Quidditch profesionalmente y, preocupado por si mi amor a la victoria podía nublar mi juicio, me dijo que ganar siempre debe ser secundario a la autoestima y el coraje de uno. Juré mi acuerdo con esta filosofía. Y en los años posteriores, he intentado muy duramente, James, mantener dicho registro, no uno de victorias y derrotas, sino con juegos honrados, de estrategia, con justicia y respeto.

Wood se detuvo, y James se dio cuenta de que los ojos del Profesor estaban completamente abiertos. No estaba mirando a James, más bien a la oscuridad en la Sala de Juegos. James esperó, temiendo lo peor —que le iba a prohibir que el Equipo Pie-grande usara los trucos recientemente adquiridos en el partido de esta noche.

—Hemos perdido cada año, —dijo finalmente Wood, parpadeando y volviendo la mirada a James. —No solo el Torneo, incluso casi todos los partidos. Siempre hemos tenido un buen equipo, sólido, pero nunca hemos ganado. Aunque estábamos construyendo carácter en el juego. Al menos, eso es lo que me decía a mí mismo. Y el adquirir carácter es importante, sin duda.

Wood se detuvo de nuevo, como si luchara consigo mismo.

—El carácter es importante, —empezó James, pero Wood le hizo un gesto de silencio.



—He permitido que enseñaras al Equipo Pie-grande algunas tácticas mágicas, James, —dijo seriamente. —Realmente fue en contra de mi juicio, pero lo permití. Y lo hice porque conforme enseñabas al equipo estas nuevas tácticas, muy diferentes a las que han manejado los Pie-grande durante años, seguías manteniendo el respeto, honor y justicia en el juego. Er, *en general*. Además de la introducción de los conceptos mágicos de artes marciales—*Artis Decerto*. Usted construyó, con la ayuda del Profesor Cloverhoof, ese aparato de relojería en la parte trasera del jardín junto a algunos estudiantes de la Casa de los Zombis. Esto, de nuevo, estaba en contra de mi juicio y, sin embargo, lo permití. Tal vez fue un error, pero me di cuenta de que *podría* haber algo bueno en ello. *Artis Decerto* es una disciplina respetada, si se usa con prudencia y control.

Wood asintió ligeramente, pensativo. James tenía miedo de hablar por lo que le podía caer encima. Contuvo el aliento. Wood le miró a los ojos una vez más, en esta ocasión con gravedad.

—He recibido la visita del Rector esta mañana, James, —dijo cuidadosamente. —Él está... preocupado. Ha estado observando el progreso del Equipo Pie-grande muy de cerca y pese a no decir que se estaba haciendo algo incorrectamente, mostró especial interés en conocer las nuevas técnicas alejadas de las tradicionales. Le ha llamado mucho la atención que usted visitara el resto de casas—excepto la de los Hombres Lobo, por supuesto—en busca de ayuda para ganar a los Lobos esta noche. James, ¿es esto correcto?

James se sintió clavado en la silla. Apretó los labios con tanta fuerza que se convirtieron en una delgada línea blanca en la cara. Asintió con la cabeza una vez.

Wood suspiró y se reclinó en su silla. —El Rector Franklyn lo dejó muy claro, James. No solo está preocupado por la integridad de la Casa Pie—Grande, sino por la escuela en general. Él cree que usted ha roto el código táctico de la Mansión Apolo y recalcó en la moralidad que se supone que debemos mantener por el bien del campus.

—¡Pero...! —empezó James, solo para ser agitado de nuevo por el silencio del Profesor Wood.



—Él no me dijo qué hacer, James, —continuó el profesor. —Él me dejó la decisión a mí, y he estado pensando en eso todo el día.

Wood se detuvo una vez más. Parecía estar estudiando a James con el rostro serio y solemne. Pasaron casi treinta segundos. El armadillo resopló, se agitó y se levantó. Se le contoneó a Wood, que le acarició en su plateada cabeza, sin apartar los ojos de James.

—He tomado mi decisión, —dijo finalmente el Profesor en voz baja pero con énfasis. —Ya ves, soy plenamente consciente de las cosas que se dicen de mí en el campus. Soy consciente de que creen que en mi corazón no cabe la victoria, debido a que perdí la pasión por ganar al jugar a Quidditch en el Reino Unido. Tal vez tengan parte de razón. Después de la Batalla, fue bastante duro pensar en ese modo respecto a la magia, incluso en un juego deportivo. Y sin embargo *creo* en la profunda misión de los Pie—Grande. Me he comprometido, no importa a qué. Por lo tanto, James, después de mi conversación con el Rector Franklyn esta mañana he tomado mi decisión. He decidido hacer...nada.

James parpadeó. Negó con la cabeza ligeramente, como para despejarse, y luego estiró la cabeza hacia el hombre que había detrás del mostrador. — ¿Disculpe, señor?

—Yo no voy a hacer nada, —dijo simplemente Wood, levantando la cabeza y girando sus palmas sobre la mesa. —Le he estado observando muchísimo, James. He visto las mismas cosas que el Rector, sin embargo las he interpretado de forma distinta. Ha aprendido a jugar muy bien el juego, todos ustedes, y a luchar por la excelencia *sin* sacrificar la dignidad ni la integridad de sus oponentes. Usted les ha entrenado para ser superior únicamente en sus habilidades y disciplina. Han tratado de ser creativos e inteligentes en el campo de Clutch sin dejar de jugar con honor. Ahora, ustedes han sabido cómo hacer que toda la escuela les apoye — incluso ganándose su ayuda de forma honesta y justa. En donde el Rector Franklyn ve un equipo con potencial corrupto, *yo* veo un equipo que ha jugado muy bien y de forma tan justa que incluso aquellos a los que han derrotado les han ayudado a posteriori. Si esto no ejemplifica a la perfección el tipo de moral que siempre ha intentado mantener la Casa Bigfoot, me atrevería a decir que nada lo hace.



Conforme Wood acabó de hablar, una enorme sonrisa apareció en el rostro de James. Wood no iba a prohibir las nuevas estrategias adquiridas, es más, parecía que les animara a ello.

—¿De verdad, Profesor? —preguntó James, incapaz de contenerse y aferrándose a los brazos reclinables de su silla tirándola hacia arriba.

—De verdad, James, —contestó Wood, satisfaciendo la sonrisa de James. — Pero con una condición.

—¿Cuál, señor? —preguntó James con cautela.

—El Rector Franklyn no me dijo qué hacer, —dijo seriamente. —Él simplemente compartió sus preocupaciones, asumiendo que yo haría el resto. No lo voy a hacer. Sin embargo, he compartido con usted las mismas preocupaciones para que asuma la correspondiente responsabilidad. Cualquier cosa que el resto de casas les haya enseñado para ayudar a la Casa Pie—Grande, úsenlas bien. Utilícenlo con honor e integridad, o no lo utilicen. Yo mismo podría obligarles a cumplir dicha regla, pero como sabe, y si algo he aprendido en el transcurso de este año, una lección aprendida por uno mismo es mucho más efectiva que una impuesta. ¿Van a ser sabios con lo que saben? ¿Tanto usted como el equipo en general?

James asintió con la cabeza. —Lo haré, profesor. Pero Jazmine es la capitana del equipo. ¿No debería estar teniendo esta conversación con ella también?

Wood sonrió torcidamente. —Ya la he tenido, —dijo. —Y ella dijo lo mismo que usted, James. Estoy contento. Gracias. Estoy seguro de que tienen un sinfín de estrategias preparadas para hacer de esta noche un gran evento. Puede retirarse.

James sonrió y asintió con la cabeza. Saltando, corrió hacia las escaleras, abriéndose paso a través de los sofás, mesas y lámparas. Justo cuando empezaba a bajar por las escaleras, Wood le llamó una vez más.

—¿Sí, señor? —contestó James, deteniéndose y mirando al otro lado de la Sala de Juegos.



Wood seguía sonriendo, pero era distinta a cualquier otra sonrisa que James hubiera visto en su rostro. Era amplia, fuerte, y muy poco aterradora.

—*No he olvidado lo que significa ganar, James,* —dijo con una voz calmada pero enfática. —Pero me había olvidado de lo *excelente que se siente* ello. Si el Equipo Pie-grande va a ganar el Torneo esta noche, entonces debemos entregarnos totalmente con el corazón, las entrañas y el orgullo.

—Sí, señor, —estuvo de acuerdo James con entusiasmo. Por primera vez, pensó que estaba viendo a Oliver Wood como su padre lo había visto, en la época en que había sido estudiante y capitán del equipo de Quidditch de Gryffindor, impulsado con la excelencia y el hambre de victoria.

Wood asintió con la cabeza y entrecerró los ojos. —Vamos, entonces, —dijo con contenido fervor. —Y vamos a poner a esos lobos en su lugar.

James corrió el resto del camino por las escaleras con el corazón a punto de estallar por la emoción y la alegría.

No fue hasta más tarde, por la tarde, mientras estaba recogiendo su equipo de Clutch de debajo de su cama, que se le ocurrió que el Rector Franklyn podría haber tenido motivos suficientes y demostrables para ir a hablar con el Profesor Wood sobre la táctica de juego del Equipo Pie—Grande. Tal vez—solo tal vez—Franklyn se había enterado del enigma secreto de Magnussen de los ojos de Roberts. Franklyn era, después de todo, muy inteligente. Tal vez sabía que si la Mansión Apolo volvía a formar parte de la Colina de la Victoria, completaría la piedra angular para activar la Cortina de Nexus. Si así fuera, probablemente habría hecho todo lo posible para asegurar que eso no pasara, incluso llegando al extremo de inventarse una estrategia para desalentar al Presidente de la Casa Pie-grande para que no ganara el Torneo.

Si ese hubiera sido el objetivo de Franklyn, James le dio crédito: casi lo consigue.

Si el Presidente de la Casa Pie-grande hubiera sido otro y no Oliver Wood, la estrategia habría funcionado.

Pensando en esto, James cogió sus guantes, muñequeras, jersey y hombreras. Un minuto más tarde, se encontró con el resto del Equipo Pie—Grande, junto a Ralph y Zane en las escaleras de la Mansión Apolo. Ruidosamente, con entusiasmo, acompañados de un sinfín de aplausos a lo largo del camino en dirección a la Duna Pepperpock y hacía la historia del Clutchcudgel.



Capítulo 22

Destinos Cruzados

A medida que el encuentro se acercaba en la Duna Pepperpock, se aglomeraron los aficionados estudiantes de otras casas, formando algo así como una escolta. En el momento en que pasaban por la Residencia de Administración, había más de un centenar de personas caminando junto al equipo Pie-grande de Clutch, gritando alegremente, vitoreando, ondeando banderas y lanzando viejas Clutches. James estaba casi a rebosar de emoción mezclada con temor. El estímulo de las otras casas (todas, menos la Casa Hombre Lobo, por supuesto) era a la vez emocionante y un poco aterrador ya que James sabía que probablemente disminuiría rápidamente si el Equipo Pie-grande no humillaba inmediatamente al monstruo del Hombre Lobo.

Al pasar por la Facultad de Medicina, James se sorprendió al ver al tío Percy de pie cerca de la puerta, con el rostro tenso y distraído. Lucy estaba a su lado, así como un pequeño grupo de enfermeras, médicos, y (James notó con cierta consternación) funcionarios de la Corte Mágica. Los reconoció al segundo por sus túnicas grises de pizarra y expresiones graves.

—¿Qué está pasando allí? —Preguntó, empujando a Ralph y señalando.

Ralph miró y negó con la cabeza. —No lo sé. ¿Tal vez están aquí para el partido?

—Tal vez el tío Percy, —dijo James dubitativo, alzando la voz sobre la multitud que los acompañaba, —pero no esos tipos de la Corte Mágica Americana.

Zane miró por encima de la multitud hacia las puertas de la Facultad de Medicina. —Al menos no veo a Keynes.

James asintió con la cabeza, frunciendo el ceño. —No. Pero aun así... —Se detuvo, estirando el cuello para mirar cuando parte del público lo empujó hacia adelante, más allá del complejo médico. Una chica de pelo rubio se movió junto a Lucy en el centro del grupo de los agentes judiciales. Era Izzy, con el rostro pálido y preocupado, mirando a las severas manifestaciones de aquellos a su alrededor. James sintió una sensación de hundimiento repentino en la boca del estómago.

—Izzy está con ellos, —dijo Ralph, notando lo mismo. —No crees que...

—Ellos no lo harían, —dijo Zane, no muy convincente. —No mientras el partido esté en curso. Keynes y sus matones pueden que tengan planes de Borrar la memoria de Izzy y enviarla al mundo Muggle para que sea adoptada, pero no lo harían ya. Er... creo.

James no estaba tan seguro. Mientras la multitud obligó al equipo a dirigirse hacia la Duna Pepperpock, perdió de vista la reunión en la escalinata de la Facultad de Medicina. El hecho de que Keynes no era visible, eso no significaba que no estaba allí. Podría muy bien estar en el interior, haciendo los arreglos. Para James, el árbitro no era el tipo de hombre que permitiría que un evento deportivo interviniera sus planes. Aun así, no había nada que James pudiera hacer al respecto por el momento. No obstante, sintió un profundo sentimiento de recelo. Al menos el tío Percy estaba allí, y Lucy. Ellos no permitirían que nada malo le sucediera a Izzy.

Si pudieran evitarlo, por lo menos.

James negó con la cabeza, aclarando sus pensamientos. Tenía otras dificultades en el momento.

La Duna Pepperpock apareció a la vista cuando el equipo se ubicó en ángulo alrededor de la Residencia de Administración. Ya estaba casi llena, tamborileando con el rugido de la multitud, que animaba ondeando banderas y haciendo estallar Hechizos de Fuegos Artificiales. El corazón de James dio un vuelco y luego se aceleró. Sonrió cuando parte del público acompañó al equipo en la sombra de los terraplenes de las tribunas. Un aplauso comenzó en apoyo a los Pie-grande que se acercaban. Palpitaba en el aire, borrando todos los otros ruidos, y James no pudo evitar mirar hacia atrás a sus compañeros de juego, exultante y con nerviosa excitación.

—¡Vamos Pies! —Jazmine Jade gritó de repente, apenas alzando la voz por encima del ruido de los aplausos.

—*¡Vamos Pies!*— el resto del equipo se hizo eco atrás, agitando sus puños en el aire. Mukthatch hizo un rugido sorprendentemente fuerte, y luego sonrió un poco tímidamente cuando todo el mundo se sobresaltó.

Un momento después, el equipo cruzó el campo y desapareció en la bodega del vestuario, donde sus skrim y el Profesor Wood los aguardaban.

—¡Eso es equipo! —Gritó, aplaudiendo con entusiasmo. —¡Prepárense y nos encontramos en la plataforma para una práctica de vueltas en diez minutos!

Wood se encontró con los ojos de James cuando subió las escaleras. Hizo un guiño y una sonrisa torcida, casi con picardía. James sonrió al profesor y luego comenzó a atar sus nuevos guantes.

Para el momento en que el equipo se agrupó en la plataforma, el sol ya había bajado a una enorme bola de bronce en el horizonte, lanzando sus últimos rayos sobre las ondeantes banderas y estandartes de las tribunas. La multitud estaba de muy buen ánimo, produciendo un rugido casi constante de feliz regocijo. James parpadeó al final del resplandor de la tarde y acarició su Skrim.



Unos minutos antes, mientras el equipo aún se congregaba en la bodega del sótano, James había convocado al grupo rápidamente. Allí, había anunciado un cambio en el juego mágico de Clutch para la tarde.

—Sin maldiciones, —había dicho con firmeza, produciendo un coro de objeciones por parte de los miembros del equipo.

—¿Por qué no? —Norrick había preguntado con estridencia. —¡Vamos a necesitar usar todo lo que tenemos contra los Lobos!

—Sin maldiciones, —James había repetido. —Dejen las bolsas de pociones aquí en sus casilleros. Pueden ser legal y no serlo, pero ese no es realmente el punto, ¿no? Los Pie juegan un juego limpio. Nada sucio, ¿correcto? ¡Vamos a ganar este partido, pero lo haremos con la frente en alto como siempre! ¿Entendido?

—James tiene razón, —Jazmine había añadido con decisión, quitando la bolsa de poción de su cuello. —¡Vamos a ganar este partido honradamente! No necesitamos recurrir a maldiciones Vampiro. Por ese tipo de cosas es que los equipos no juegan, así como los Pie—grande! ¿Estoy en lo cierto?

Para sorpresa y deleite de James, el equipo había respondido con una ovación calurosa. A su alrededor, los jugadores Pie-grande habían sacado las bolsas de pociones de alrededor de sus cuellos y las apilaron en el estante junto a sus skrim.

Ahora, de pie en la luz del atardecer y mirando a través de los anillos hacia la plataforma de los Hombres Lobo, James sintió una punzada de duda. Las maldiciones en polvo podrían haber sido astutas y un poco diabólicas, pero de repente James estuvo de acuerdo con Norrick: iban a necesitar todo en su arsenal para vencer a los Lobos.

De espaldas a la puesta de sol, el Equipo Hombre Lobo parecía estar bordeado de oro fundido. Clayton Altaire estaba en el frente, sonriendo malévolamente, su Skrim de pie junto a él, decorada con el rostro de un lobo gruñendo. Flanqueándole estaban Olivia Jones y Jeremiah Dunckel. Todos ellos miraban a través del espacio abierto del campo, sonriendo con confianza.



—No dejen que los asusten, —Wood llamó, convocando al equipo en un corrillo. —El Equipo Hombre Lobo es un buen equipo, un excelente equipo, pero muchos son tan hábiles y algo más. ¡Su exceso de confianza será su perdición! Ellos esperan ganar este partido con facilidad sin apenas esforzarse. Piensan que la Colina de la Victoria es su derecho de nacimiento. ¿Tienen razón?

—¡No! —El Equipo Pie-grande gritó al unísono ruidosamente.

—¿Van a encogerse y dejarlos ganar sólo porque son los Hombres Lobo?

—¡No! —el equipo volvió a gritar, más fuerte.

Wood gritó a la multitud, —¿*Van* a tomar el partido y mostrarles que su arrogancia es su mayor debilidad!?

Esta vez, el equipo explotó en un grito tan fuerte que la gente a su alrededor pudo oírlos. —¡SÍ!

—¿Quiénes somos? —Exigió Wood.

—¡Los Pie—grande!

Wood preguntó de nuevo. —¿QUIÉNES somos?

—¡LOS PIE—GRANDE! —Esta vez, el grito se disolvió en una ovación ensordecedora cuando parte del público reunido tomaron el grito, convirtiéndolo en un cántico: —¡PIE—GRANDE! ¡PIE—GRANDE! ¡PIE—GRANDE! —Fuegos artificiales aparecieron desde las tribunas por todas partes y las banderas ondearon frenéticamente contra el cielo púrpura.

—¡En fila!—Gritó Wood, sonriendo forzosamente. —¡Práctica de vueltas! ¿Capitana?

—Formación de Víbora, —Jazmine ladró, dejando caer su Skrim y saltando sobre ella. —¡Vamos Pies!

El resto del equipo regresó el grito y siguió a Jazmine por los anillos, deslizándose fácilmente en formación. James fue uno de los últimos en salir. Por un instante, sintió una punzada de preocupación mortal. *Esto no va a funcionar,*



pensó, el pánico pasando sobre él como un maremoto. *¡No podemos hacer esto! ¡Ellos nos masacrarán!* Por una fracción de segundo, estaba convencido de que se había olvidado de todo—toda la magia del juego que habían practicado, todas las formaciones y maniobras, todo lo que les habían enseñado el resto de equipos de las otras Casas, incluso la forma de volar una Skrim. Se quedó mirando la escoba extraña que flotaba junto a él, uno de sus pies plantados en su parte media, manteniéndolo estable. Se sentía congelado en su lugar.

Una mano le dio una palmada en el hombro suavemente. Cuando James levantó la mirada, vio que era el Profesor Wood.

—No te preocupes por eso, James, —sugirió Wood, asintiendo alentador. — Solo diviértete, ¿eh? Para esto fuiste hecho.

James miró al profesor, con la esperanza de que tenía razón. Asintió con la cabeza, tragó saliva, y luego giró su otro pie sobre la viga de su Skrim. Un momento después, la plataforma había desaparecido, reemplazada por el espacio abierto.

James recordó todo.

Menos de un minuto más tarde, el Profesor Sanuye sopló su silbato oficial. A partir de ese momento, no había vuelta atrás.

El partido fue borroso por el movimiento salvaje, definido sólo por el silbido de los anillos, el golpe de jugadores al pasar, y el ocasional ruido y llanto cuando los Agresores chocaban con los Goleadores. Los hechizos crepitaban por el aire a su alrededor y James pensó que nunca había experimentado tanta intensidad y ferocidad instantánea. Era como si los Lobos estuvieran sacando todas las paradas desde el mismo momento que sonó el silbato, es decir, para aplastar el espíritu del equipo Pie-grande incluso antes de que tuviera la oportunidad de echar raíces. Cuando James pasó a través de la pista central en la búsqueda de un Goleador Hombre Lobo, fue golpeado desde arriba por lo que parecía un tren de carga pasando. Giró sobre su Skrim, se agarró a ella en cuanto cayó, y luego volvió de nuevo en el otro lado—una maniobra que había practicado tantas veces en El Guante que era casi una segunda naturaleza. Cuando él se reorientó, miró a un



lado. Pentz, el chico que había tratado de sacarlo de su Skrim la primera vez, que James había intentado volar, se lanzó lejos, sonriendo por encima del hombro.

Furioso, James negó con la cabeza, y se lanzó de nuevo en los anillos, reuniéndose con el flujo del partido.

Era difícil no perder de vista el partido, ya que estaba en marcha. James trató de estar consciente de lo que estaba haciendo el resto de su equipo, pero la crueldad y la velocidad de las tácticas de los Hombres Lobo, lo hacían un desafío simplemente para mantenerse en su Skrim. James estaba seguro de que nunca había volado tan rápido durante tanto tiempo, y sin embargo, apenas se mantenía arriba. En un momento durante el primer cuarto, vio a Jazmine y a Gobbins realizar uno de los dos hechizos ofensivos que los Duende les habían enseñado, con algo de éxito aparente. Más tarde, siguió a Wentworth en la formación de Goleador y vio al chico más pequeño activar uno de los ingeniosos artilugios de los Igor desde la parte trasera de su Skrim. Una pequeña caja se abrió y un Boggart se desplegó de ella, tomando inmediatamente la forma de un payaso volador espantoso. Clayton Altaire, quien había estado ganando a Wentworth en posición de Agresor, casi se cae de su Skrim cuando el payaso se cernió sobre él. James pasó y disparó el hechizo *Riddikulus* que su padre le había enseñado para convertir el payaso en una nube de pelotas de ping pong, que cayeron en la oscuridad de abajo.

En general, el equipo parecía estar poniendo todo lo que sabían a buen uso, y sin embargo, cuando el partido se acercaba al medio tiempo, James notó con consternación que el equipo Hombre Lobo estaba liderando por un marcador de 52 a 44.

Y luego, a quince segundos antes del final del segundo cuarto, James oyó un golpe seco y un grito de dolor. La multitud rugió ensordecedora, ya fuera de ira o de estímulo, y James miró a su alrededor, en busca de la fuente del grito. Su corazón se embistió hasta la garganta cuando vio a Norrick caer en la oscuridad del campo, con los brazos y las piernas agitándose violentamente en el aire vacío. Lejos de él, su Skrim giraba perezosamente, tejiendo un rastro a lo largo de una de las tribunas. La varita del Profesor Sanuye destelló al instante.



—¡*Wingardium Leviosa!* —gritó, su voz clara en la distancia.

Norrick se balanceaba hacia arriba, a tres metros de la hierba del campo. Se cernía sobre su sombra, su brazo derecho colgaba lánguidamente.

La multitud, que se había quedado en silencio durante unos segundos, estalló en vítores y abucheos mezclados. Desde la cabina del locutor, la voz de Cheshire Chatterly sonó.

—Pie-grande número seis, Willem Norrick, parece estar lesionado después de un *devastador* choque lateral por el Hombre Lobo número nueve, Parker Pentz, —ella gritó, obviamente enojada. —Sanuye, el Oficial del Partido escolta a Norrick a la plataforma Pie—grande. ¡A menos que escuchemos lo contrario, parece que el señor Norrick estará fuera por el resto de este partido, dejando al Equipo Pie-grande con un jugador menos!

James gritó a Norrick cuando Sanuye le hizo levitar a la plataforma, — ¡Norrick! ¿Qué tan malo es?

—¡Bastante mal! —Norrick dijo a través de los dientes apretados. —¡Pero voy a seguir jugando! ¡Ese granuja no puede deshacerse de mí tan fácilmente!

James volvió a mirar al “granuja” en cuestión. Pentz volaba en un arco perezoso alrededor de la plataforma Hombre Lobo, con una sonrisa ladeada.

—¿Tenemos jugadores de reserva? —Preguntó Gobbins, flotando hasta unirse a James, cerca de la pista central.

—¡Rrrarpgh! —Mukthatch respondió con tristeza desde su lugar por el anillo de meta.

—Sólo teníamos a Kleinschmidt, —dijo James. —Y se enfermó de *eructos con rugido* por comer demasiados dedos de dragón de Yeats.

—No habría ayudado de todos modos, —Gobbins observó con tristeza. —Kid vuela una Skrim como un pez vuela una cometa.

—¿Entonces, ¿qué vamos a hacer? —Preguntó James.

Gobbins se encogió de hombros. —Jugamos con un hombre menos a no ser que podamos encontrar un reemplazo. ¿Puedes pensar en alguien más que pueda adaptarse en la posición de Norrick?

James sacudió la cabeza seriamente.

Desde la plataforma Pie—grande, el Profesor Sanuye se apartó de Norrick y sopló su silbato.

—Pena para el Equipo Hombre Lobo, —gritó, usando su varita para amplificar su voz. —Golpes Maliciosos. Tres minutos en el banquillo.

James miró de nuevo a la plataforma Hombre Lobo al momento de ver a Pentz caer fácilmente en la misma. El entrenador Hombre Lobo, un estudiante de nivel universitario con una cabeza de bloque y un corte de pelo militar, recogió la Skrim de Pentz y sonrió con fuerza.

—Lo planearon, —Gobbins comentó con admiración. —¡Pentz lo hizo a propósito! ¿Ven lo fácil que están tomando la pena?

James suspiró airadamente. —Bueno, al menos nuestros números estarán aún para los próximos tres minutos.

—¡Tres minutos son nada! —Dijo Gobbins, mirando hacia él. —¡Son sólo trece segundos hasta el medio tiempo! ¡Todas las sanciones se cancelarán en ese momento! ¿Por qué crees que esperaban para hacer esto ahora? ¡Llegará el siguiente medio tiempo, van a tener un equipo completo y vamos a estar abajo por uno! A menos que Norrick pueda seguir jugando.

Como si fuera una señal, Cheshire Chatterly volvió a hablar, su voz haciendo eco en la caja del locutor.

—Y Willem Norrick es escoltado hasta el campo por el equipo médico, al parecer sufre una luxación de hombro a manos del equipo Hombre Lobo. Por lo tanto, sin reservas, el Equipo Pie-grande se encuentra con un jugador menos. Las desalentadoras probabilidades de hecho, son para los constantes desvalidos.



La cara de James estaba caliente por la ira y la frustración. Cuando Sanuye hizo sonar su silbato de nuevo, anunciando la reanudación del juego, se sentía torpe en su Skrim. Los jugadores Hombre Lobo tronaron al pasar, recogiendo rápidamente las tres Clutches. En el momento en que sonaba el cuerno para el medio tiempo, dos de las Clutches se habían convertido en puntuaciones. El Equipo Hombre Lobo circulaba como avispa, ladrando alegremente y bajando a su plataforma en señal de triunfo.

—¿Cómo está Norrick? —Jazmine preguntó con desánimo cuando aterrizó en la plataforma Pie—grande.

—Él va a estar bien, —respondió Wood, suspirando, —mañana por la tarde. Por ahora, me temo que está fuera del partido.

—¿Tenemos que renunciar? —Preguntó Wentworth, con sus ojos enormes y enojados detrás de sus gafas.

—No legalmente, no, —respondió Wood inmediatamente. —Pero estamos en una clara desventaja. Decidámoslo a votación. ¿Muchos de ustedes desean seguir con el partido? ¿O debemos empacar las maletas y bajar al Cometa y Llave para celebrar una temporada bien hecha?

—De ninguna manera, —Gobbins anunció en voz alta. —Voy a ganarles a todos, incluso si el resto de ustedes se va a casa. ¡Pésimos Tramposos! ¡Voy a enseñarles a jugar sucio como eso!

—También estoy dentro, —dijo Jazmine, reafirmando su mandíbula.

—¡Wraak Rubffthuth! —Mukthatch, asintió vigorosamente en acuerdo.

—Todavía podemos ganarles, —añadió James, sonando con mucha más confianza de la que sentía. —¡Este es nuestro partido para ganar!

—Oigan, oigan, —Wood convino cuando el resto del equipo aplaudió en acuerdo. —Entonces nos quedamos y jugamos. Lo están haciendo muy bien, todos ustedes. No tengo nada más que decirles que simplemente lo mantengan. Sin embargo ahora que estamos con un jugador menos, todos tendremos que estar aún más alerta. Concéntrense en la ofensiva, hagan tantos puntos como puedan. Van a

tener que acostumbrarse a jugar Goleador y Agresor al mismo tiempo siempre que sea necesario. Podemos hacer eso porque todos ustedes saben todas las posiciones, ¿no?

—¡Bien! —El Equipo Pie-grande respondió con un poco menos de su fervor inicial.

—Muy bien, —Wood estuvo de acuerdo. —Ahora a conseguir algo de beber y ejercicios de calentamiento. Estamos de vuelta en el aire en tres minutos.

Ahora era casi completa oscuridad sólo con un borde rosáceo extendiéndose por el horizonte occidental. James tomó un momento para mirar alrededor de las tribunas, con la esperanza de ver alguna señal de su familia. Efectivamente, vio a su madre en la tribuna directamente detrás de la plataforma Pie—grande. Ella lo vio mirando y saludó con la mano, con la cara pálida y tensa, como si estuviera deseando desesperadamente que el partido fuera más en lugar de limitarse al medio tiempo. Junto a ella estaba Lily, tía Audrey, la prima Molly y Viktor Krum, que se sentó erguido, con el rostro grabado con rabia contenida.

Únete al club, James pensó con amargura. Y entonces: ¿dónde está todo el mundo?

Echó un vistazo a los asientos alrededor de su mamá. No había ninguna señal de Albus. Ni a la vista estaban el tío Percy, Lucy o Izzy. James fue visitado de nuevo por esa sensación de hundimiento pavor. *No puedo pensar en eso ahora, se recordó. Ganar primero el partido de Clutch. Entonces enfrenta a todo lo demás.*

Wood llamó al equipo hasta el borde de la plataforma. El medio tiempo a punto de terminar. James le dio la espalda a su familia y Viktor Krum, volviendo a la cuestión que lo ocupaba.

Pero ¿dónde están?, pensó preocupado. ¿Qué en el mundo podría ser tan importante que Lucy, Izzy y Albus no estuvieran aquí para ver el partido?

Poco a poco, sin embargo, los equipos se lanzaron desde sus plataformas y se unieron en la figura de ocho. El Profesor Sanuye hizo sonar su silbato una vez más y el partido se lanzó de nuevo en marcha, salvaje y feroz.

En medio de esto, James se olvidó de su hermano, amiga y prima completamente.



De hecho, Lucy *estaba* viendo el partido, por así decirlo.

—¿Cuál es el resultado? —Preguntó Izzy, con su voz pequeña.

—No sé, —Lucy contestó en voz baja. —El marcador es demasiado pequeño para verlo desde aquí.

Las dos chicas se sentaron en una pequeña sala de espera en el cuarto piso de la Facultad de Medicina. Cerca de allí, un escritorio redondo estaba dominado por una representación fantasmal en miniatura del actual partido del torneo Clutchcudgel. Los pequeños jugadores espectrales se abalanzaron y ampliaron en silencio a través de los anillos no más grandes que los platos de la cena. La bruja que trabajaba en el mostrador era regordeta y pálida, su pelo rojo tan corto y rizado que parecía un casco. Estaba viendo el partido cada vez que no estaba mirando furtivamente a los funcionarios de la Corte Mágica reunidos cerca de la sala.

—¿Cuál es James? —Izzy preguntó por tercera vez. Ella apoyó la cabeza en el hombro de Lucy.

—Uno de los que llevan azul y naranja, —Lucy contestó pacientemente. — Con el pelo oscuro. Es difícil seguirlo con las cosas moviéndose tan rápido.

Izzy asintió contra el hombro de Lucy.

Desde el cercano pasillo, las voces se aproximaron. Lucy miró hacia arriba, sintiendo un abismo de nerviosismo en su estómago. Había sido voluntaria en la Facultad de Medicina en los últimos dos meses, en su mayoría para el crédito

adicional, pero también le gustaba estar cerca de los pacientes en recuperación y ayudar a las personas que estaban muy agradecidas por la más mínima cosa. Esta noche, sin embargo, ella no estaba trabajando. No se le habría permitido estar aquí en absoluto si su padre no hubiera sido quien era. Como subdirector de alto nivel en el Ministerio de Magia, era lo más parecido a un representante oficial del gobierno del hogar de Izzy como era probable que se encontrara. No había mucho que él pudiera hacer más que observar, pero se había comprometido a hacerlo, sin nada más y Lucy lo amaba por ello. Ella misma estaba allí sólo para hacerle compañía a Izzy hasta que llegara el momento en que los hombres llamarían a la chica rubia de nuevo en la habitación más allá de las puertas dobles de la sala. Cuando Izzy saliera de esas puertas nuevamente, no sabría quién era Lucy o cualquier otra persona que importara. En ese momento, Izzy estaría tan sola como nadie en el mundo podría estar. Hasta que eso sucediera, significaba que Lucy permanecería a su lado.

—¿Qué van a hacer conmigo? —Izzy preguntó sin levantar la cabeza.

Lucy apretó los labios con fuerza y luego dijo, —Ellos van a hacer que olvides.

Izzy asintió de nuevo. —Hay algunas cosas que va a ser bueno olvidar.

Lucy consideró esto cuando miró al amplio escritorio redondo y los pequeños y fantasmales jugadores de Clutch que se arremolinaban sobre ella.

—¿Olvidaré a mi madre? —Preguntó Izzy.

Lucy comenzó a responder y luego se detuvo. —En realidad, —respondió en voz baja, —puede que no. Ella no era una bruja.

Hubo otra pausa. Las voces en el pasillo seguían hablando, en voz baja y con intensidad. Lucy oyó a su padre entre ellas. No podía decir lo que estaban hablando, pero pudo ver sus sombras en la pared del pasillo, gesticulando animadamente



—¿Olvidaré el lago? —Izzy preguntó en voz baja. Levantó la cabeza y miró directamente a Lucy con intensidad. —¿Olvidaré el mirador y el Árbol de los Deseos?

Lucy no sabía lo que eso significaba. —Probablemente, —se aventuró. —Espero que así sea.

Izzy asintió. —Bien. Eso es bueno. No quiero recordar eso.

Lucy suspiró profundamente. Los hombres en la sala habían dejado de caminar mientras hablaban, pero ahora se acercaron de nuevo. Lucy sintió que por fin vendrían por Izzy. Por su parte, Izzy no estaba poniéndoles ninguna atención.

—Cuando todo esté terminado, —preguntó ella, inclinando su cabeza en el hombro de Lucy de nuevo, —¿Petra y yo iremos a casa nuevamente? ¿Regresar a nuestra pequeña casa aquí en la escuela?

Lucy contuvo la respiración, abriendo lentamente los ojos. Supuso que podía mentirle a Izzy. Después de todo, en pocos minutos, nada de eso importaría. Izzy no recordaría que ella nunca tuvo una gran hermanastra, y mucho menos los detalles de esta conversación. Y, sin embargo, Lucy no se atrevía a decirle a Izzy otra cosa nada más que la verdad.

—No, Iz, —ella dijo en voz muy baja. —Lo siento. No.

—¿Dónde vamos a ir, entonces? —Preguntó Izzy, y cuando levantó la cabeza una vez más, Lucy vio la primera nube de duda en el rostro de la chica.

—Irás... a otro lugar, —respondió Lucy, sin apartar la mirada de los ojos de Izzy.

Izzy susurró, —Pero ¿qué pasará con Petra?

Lucy negó con la cabeza y trató de sonreír alentadoramente. Era muy difícil. —Va a estar bien, Iz, —dijo ella. —No te acordarás de ella.

El rostro de Izzy empezó a oscurecerse. Sus labios se movieron hacia abajo en un gesto lento y su frente se nubló. Sus ojos se empañaron con repentinas

lágrimas. —Recordaré a Petra, —dijo ella, la certeza y la duda mezclándose en sus palabras. —*Nunca* podría olvidar a Petra.

—Lo siento, Iz, —dijo Lucy, maldiciéndose por arruinar los últimos momentos de conciencia de la pobre chica.

—No me olvidaré de Petra, —Izzy dijo otra vez obstinadamente. Una lágrima se derramó sobre su mejilla derecha y miró hacia la puerta y los hombres entraron apareciendo en ese instante. El que estaba a la cabeza era el árbitro, Albert Keynes. Detrás de él, mirando perfectamente miserable, con su rostro en un gesto impotente, estaba el padre de Lucy.

—Izabella, —Keynes dijo, ladeando un poco la cabeza y sonriendo, —vamos por aquí, cariño. Ya estamos listos para ti.

—No, —Izzy respondió de inmediato, regresando de nuevo a su silla. Su labio inferior sobresalía en desafío.

Keynes se detuvo frente a Izzy. Sin dejar de sonreír, se agachó sobre una rodilla frente a ella.

—Me temo que no puedo aceptar un no por respuesta, querida, —dijo el hombre, inclinando la cabeza hacia ella, como si fuera a jugar. —Ven conmigo, y cuando todo haya terminado, te voy a dar un chupete.

—No voy a recordar los chupetes cuando todo haya terminado, —Izzy respondió inmediatamente. —Y no te voy a recordar. O a Lucy. O cualquiera del resto de ustedes. Y no voy... a recordar... a *Petra*.

Lucy se dio cuenta de que Izzy estaba llorando. Las lágrimas corrían por sus mejillas rosadas en brillantes riachuelos. No eran lágrimas de tristeza, al menos no del todo. En su mayoría, Lucy se dio cuenta, eran lágrimas de rabia.

—Sin embargo, no olvidarás los chupetes, —Keynes sonrió, llegando a tomar la mano de Izzy. —Esos los recordarás muy bien.

De pronto, inesperadamente, Izzy volvió la cabeza y dejó escapar un grito. No era un grito; era un nombre.

—¡Petra! —Izzy llamó tan fuerte que su voz se quebró.

—Ahora escucha aquí, —dijo Keynes, y agarró la mano de Izzy. Ella se zafó lejos de él y abrazó sus rodillas contra el pecho.

—Dale a la niña un momento, —Percy espetó con rabia, dando un paso entre Izzy y Keynes. Sin embargo, Keynes estaba demasiado cerca de ella. Alargó la mano hacia ella de nuevo, su rostro ya pálido creciendo aún más con fastidio.

—¡PETRA! —Izzy llamó de nuevo. Su voz resonó en la sala de espera. La enfermera detrás de la mesa redonda estaba de pie, con una mano tapándose la boca y la otra contra su garganta.

—Ven en seguida, —Keynes exigió, agarrando a Izzy. Lucy no pudo soportarlo más. Se levantó, ni siquiera consciente de lo que estaba haciendo. Sostenía la mano de Izzy y esta empezó a trepar por ella.

—Oh no tú no... —Keynes gritó, pero fue interrumpido cuando Izzy extendió ambos pies a la vez, hacia el pecho delgado del hombre. Cayó hacia atrás, golpeando de lado a Percy. Los dos hombres cayeron al suelo.

—¡Deténgala! —Keynes llamó, de rodillas, hurgando en el aire cuando los guardias de la corte se apresuraron a ayudarlo a levantarse. —¡Olvídense de mí! ¡Vayan por la chica!

—¡Lucy, no! —Percy llamó.

Lucy oyó su voz, pero no miró hacia atrás mientras corría con Izzy a su lado. Varias manos las agarraron cuando corrieron a través del arco en el pasillo principal, pero las chicas eran jóvenes y rápidas. Se agacharon entre los dos guardias que flanqueaban la entrada y se dirigieron al pasillo de la puerta forrada, para subir más allá de las escaleras.

Era completamente imposible, por supuesto. Ellas nunca saldrían del edificio e incluso si lo hicieran, ¿a dónde irían? Y, sin embargo, Lucy no podía detenerse. Siguió corriendo con Izzy a su lado, cuando un perno rojo golpeó el suelo de mármol, a sus pies, enviando una ráfaga de chispas.

—Petra, —Izzy dijo, casi para sí misma, aún en marcha. —Tenemos que encontrar a Petra...



No muy lejos, Albus seguía el torneo Clutchcudgel, de forma indirecta.

Se había quedado atrás en la Mansión Ares cuando el Equipo Hombre Lobo se preparaba para el partido, y salía deteniéndose sólo para su roce ceremonial de la estatua de bronce del hombre lobo en el jardín delantero. Nadie le preguntó por qué seguía allí, ni siquiera sus compañeros, Greunway y Shrum, ya que se habían ido una hora antes para conseguir un buen asiento en las tribunas. Albus observó a través de la pequeña ventana en el centro de la sala del tercer piso, hasta que el equipo estuviera completamente fuera de la vista, con sus ladridos perdidos en el creciente clamor de la multitud. Entonces, con toda la paciencia que pudo, Albus había esperado.

Había oído a Altaire y a Jones hablando en el salón más temprano esa tarde. Altaire había oído todo sobre las propuestas de James a las otras casas, en busca de ayuda para los Pie-grande en un intento de derrotar a los Hombres Lobo. Ambos se habían reído maliciosamente de esto.

—No es solo que los Pie pidan ayuda a los *perdedores* en la batalla contra los *ganadores*, —Olivia Jones había observado, sacudiendo la cabeza. —Deberían haber venido a nosotros. Les habríamos dado el mejor consejo de todos: váyanse a casa y escóndanse debajo de sus camas, pequeños Pie.

Altaire se había reído. —Les debemos dar una lección, —le había dicho, endureciendo su voz, —sólo por tener el descaro de tratar de reunir a toda la escuela en contra de nosotros. Debemos vencerlos en la tierra como piquetas incluso por intentarlo. Hacer un ejemplo con ellos.

—Tengo una idea, —Jones había acordado y luego bajó la voz. Medio minuto después, Altaire había cantado una risa de puro despecho. A Albus no le había gustado el sonido de esa risa aunque no había escuchado los detalles del plan de Jones. No importaba, en realidad. Las tácticas del Equipo Hombre Lobo nunca fueron particularmente sutiles. Probablemente, se referían a sacrificar unas cuantas sanciones a favor de sacar un jugador Pie-grande o dos. Albus sólo esperaba que uno de los jugadores que eliminaran no fuera James.

Albus no sabía a ciencia cierta lo que pretendía hacer, pero en ese momento, se había decidido por un plan. Puede que no funcione, pero, de nuevo, tal vez sí.

Además, no era como si estuviera saboteando su propio equipo. Él simplemente sería uno más en la noche de las probabilidades.

Desde su dormitorio, había escuchado el flujo y el rugido de la multitud cerca a la Duna Pepperpock. Había visto el reloj con impaciencia. Por último, cuando se había acercado la oscuridad lo suficiente como para ocultar sus movimientos, se había deslizado por la puerta principal de la Mansión Ares y se acercó a la estatua del hombre lobo gruñendo.

Al igual que antes, podía escuchar los gritos y las órdenes del Equipo Hombre Lobo haciendo eco desde el hocico de la estatua como si se tratara de una frecuencia inalámbrica distante. Albus se puso en cuclillas en la oscuridad, esperando su momento para actuar. La gente todavía se movía a lo largo de los senderos cercanos—recién llegados al partido, corriendo hacia la Duna Pepperpock. Ninguno de ellos se dio cuenta del chico escondido en la sombra de la estatua del hombre lobo, pero Albus no quería correr ningún riesgo. Él esperó y escuchó, mirando para el momento en que nadie observaría sus acciones.

Débilmente, a través de la misteriosa estatua, escuchó las instrucciones de Altaire, gritó a sus compañeros de equipo cuando el partido se acercaba al descanso. Incluso podía oír los golpes sordos y exclamaciones cuando los jugadores chocaron en el aire o el zumbido fuerte de los hechizos del juego mágico. Albus podría decir que el equipo Pie-grande estaba dominando su batalla contra los Lobos, aunque no lo suficiente como para llevar la delantera.



Por supuesto que no, Albus pensó con amargura, no tienen Suerte Líquida de su lado. Miró hacia la estatua de hombre lobo mientras escuchaba. Sus ojos brillaban débilmente, en la última luz cobriza del atardecer.

Por último, al igual que Albus estaba preparándose para actuar, oyó a Altaire dando una orden, dirigida a ese imbécil cabeza de bloque, Parker Pentz.

¡Número nueve! ¡Hazlo ahora! Fase uno, ¡Operación Aquiles!

Un momento después, un golpe sordo y un grito de dolor emanaban de la boca de la estatua. Albus oyó la risa malvada de Altaire cuando el desafortunado jugador Pie-grande gritó, cayendo lejos de su agresor.

Cerca de allí, ahogando la fina emisión de la estatua, la multitud rugió en las tribunas de la Duna Pepperpock.

Albus no supo lo que pasó después, pero supuso que el jugador Pie-grande estaba bien, más o menos, ya que el partido siguió poco después.

Era casi medio tiempo. Albus pensó que ese era probablemente el mejor momento para actuar. Esperó a que el cuerno del medio tiempo sonara y luego se levantó con cuidado, sacando su varita de la vaina en la manga. Se puso de pie delante de los ojos brillantes de la estatua, oyendo los gritos y ladridos lejanos de su equipo, ya que se congregaron para el medio tiempo, y luego levantó su varita.

Abrió la boca para decir el encantamiento—*Convulsis* era el hechizo que había elegido después de cierta consideración—pero las palabras se detuvieron en la garganta cuando la estatua hombre lobo *parpadeó*. Se movió, sacudiendo su cuello peludo de bronce y girando muy ligeramente, de cara a Albus directamente. Los ojos de color ámbar se estrecharon con un gruñido bajo, casi como el ronroneo de un gato muy grande, emanando de las profundidades de la garganta de metal de la cosa.

Albus se congeló. Esto no lo había previsto. Su boca se movió, enmarcando las palabras del hechizo, pero no podía hablar. El miedo había cerrado su aliento. Los ojos de la estatua se encendieron más brillantes y Albus sintió que se preparaba para abalanzarse sobre él, para aplastarlo bajo su peso. Él tuvo tiempo

para pensar, *¿Acaso Havershift lo encantó para reconocer cuando estuviera siendo amenazado, y para defenderse? ¿Es eso posible?* Obviamente, lo era. La verdad frunció sus labios de bronce detrás de sus dientes y el gruñido se hizo más fuerte, al anunciar su intención de atacar.

Y luego, de repente, una mano se cerró sobre la muñeca de Albus, empujando el brazo en posición vertical.

—Detente ahí, Cornelius, —ordenó una voz estridente. —Tira la varita. ¡Ahora!

Albus no obedeció. Apenas escuchó las palabras. Continuó mirando salvajemente a la forma de hombre lobo agazapada ante él, pero la mayor parte de la luz de repente parecía haberse ido de sus ojos. Ya no estaba moviéndose o gruñendo.

—¡Dije que la sueltes! —La voz ordenó de nuevo. La mano que sostenía la muñeca de Albus se tensó dolorosamente y la mano de Albus tuvo un espasmo, liberando su varita. Cayó silenciosamente en el césped en frente de la estatua. Albus finalmente miró a un lado y se encontró mirando el rostro de Dayton Englewood, un estudiante mayor Hombre Lobo y miembro de la Milicia Libre de Salem—Dirgus del Profesor Jackson. El corto pelo de Englewood se erizó y su cara picada de viruela adquirió un sudoroso brillo de triunfo.

—Parece que cogí un espía, —dijo con alegría sombría. —Un espía y saboteador.

A pesar de su miedo y frustración, Albus rodó los ojos. —Grandioso, —dijo con cansancio. —Justo lo que siempre has querido.





—¡Gobbins! —James gritó con voz ronca. —¡Arriba! ¡Pared de ladrillo!
¡Ahora!

Gobbins actuó de inmediato, deteniendo su Skrim en el aire como si hubiera golpeado una pared sólida y cayendo de plano sobre la superficie de ella con la Clutch debajo de él, protegiéndola. Los Agresores Hombres Lobo se abalanzaron sobre él, cuando apenas agachó la cabeza. Al instante, Gobbins surgió de nuevo, disparado hacia adelante, ahora seguido por los Agresores y los refuerzos de estos. Ellos se quedaron detrás después de que fueran enviados hacia arriba por la influencia del pozo de gravedad de Wentworth.

No había tiempo para celebrar incluso cuando Gobbins se dirigió a la meta. Las otros dos Clutches estaban en posesión de los Hombres Lobo. James se inclinó sobre su Skrim, conduciéndola hacia adelante tan rápido que los anillos brillaron como postes de cercas al pasar. Alcanzó a uno de los Goleadores Hombre Lobo, Olivia Jones, y le disparó una maldición Zombi. De alguna manera, misteriosamente, Jones se movió a la izquierda en el momento justo, haciendo que el hechizo se desviara al anillo central al pasar a través de él. James maldijo en voz alta y se agachó al pasar por el anillo, todavía persiguiendo a Jones.

Estaban a sólo cinco minutos de la segunda mitad cuando James se abalanzó al pasar Clayton Altaire, quien soltó un ladrido gutural de triunfo.

—¡Número cuatro! —gritó, al parecer, a uno de sus compañeros de equipo.
—¡La segunda fase! ¡Ahora!

James no sabía lo que significaba la llamada. Unos segundos más tarde, sin embargo, un aullido penetrante sonó en el campo. James se sorprendió tanto que casi se cayó de su Skrim. Se abalanzó fuera del juego y se dio la vuelta en estrecha espiral. Sólo había una persona en los anillos que podría hacer un sonido como ese. Efectivamente, Mukthatch se había caído en su Skrim, su rodilla derecha colgando



de dolor. Su Garrote de Guardián daba vueltas perezosamente mientras caía hacia el campo mucho más abajo.

—¡Oh no! —Jazmine lloró de impotencia, con consternación y rabia evidente en su voz. —¡Muk no! ¡Qué hicieron!

—¡Le pegaron, —Troy Covington gritó desde el extremo opuesto del campo. —a propósito!

James voló hacia la plataforma y saltó de su Skrim, aterrizando junto al Profesor Wood, cuyo rostro estaba con ceño fruncido.

—¡Atacaron a Muk! —James declaró airadamente, señalando. —¡Y eso no fue un accidente! ¿Qué hechizo era?

—El Encanto Inercia, —respondió lacónicamente Wood. —Fantástico para lanzar Clutches, terribles para los huesos humanos. O huesos Sasquatch en este caso.

El Profesor Sanuye estaba llevando a Mukthatch hacia la plataforma utilizando una Cuerda de Seguridad Encantada con el silbato entre los dientes. Mukthatch gimió en su Skrim, sin soltar su rodilla derecha.

—A la Facultad de Medicina, de inmediato, —Sanuye anunció cuando Wood ayudó a Mukthatch a bajarse de la Skrim.

—Lo hicieron deliberadamente, —dijo Wood a Sanuye. —Usted sabe eso, ¿verdad?

—La señorita Brazil dice que fue un accidente, —Sanuye respondió de manera monótona.

—¡Linton Brazil es una tramposa y una mentirosa! —Exclamó James, pero Wood levantó una mano para hacerlo callar.

—Tu palabra contra la de ella, —dijo Sanuye, sacudiendo la cabeza lentamente. —De cualquier manera, están abajo por dos jugadores, Profesor. Usted no tiene la intención de terminar el partido, ¿verdad?

—¡Absolutamente! —exclamó Gobbins, aterrizando en el otro lado de la plataforma. Jazmine y el resto del disminuido equipo estaban cerca. Cuando llegaron allí, dos estudiantes de medicina en túnicas verdes aparecieron en la plataforma para examinar la rodilla de Mukthatch. Negaron con la cabeza gravemente y comenzaron a entablillar la rodilla preparándola para el viaje de regreso a la Facultad de Medicina.

—Les aconsejo encarecidamente que renuncien, —dijo Sanuye, todavía hablando con Wood. —Pueden optar por impugnar los resultados más tarde. Francamente, yo testifico a la junta de que se merecen un empate. El Equipo Hombre Lobo todavía recibiría una victoria técnica, pero salven su equipo de la vergüenza de perder más miserablemente. Me temo que un escuadrón con dos jugadores menos es una causa perdida.

Wood consideró esto estoicamente. Miró por encima al resto del equipo.

—De ninguna manera, —declaró James, sacudiendo la cabeza. —¡No podemos renunciar! ¡Están tratando de obligarnos, uno por uno, porque saben que no pueden vencernos en un partido limpio!

—Claro que puede ser, James, —asintió Wood, —pero el Profesor Sanuye tiene razón. Somos dos jugadores menos. No veo que tengamos mucha opción.

—¡Pero *no podemos* renunciar! —James insistió, mirando a su alrededor al equipo. —¡Eso es lo que ellos quieren que hagamos!

—Tal vez deberíamos, aunque, —Jazmine sugirió tristemente. —Quiero decir, si al menos podemos conseguir un juego de empate técnico como el Profesor Sanuye dice...

Troy Covington asintió. —Por lo menos, es mejor que ser completamente destruido en los anillos. Claro que no quiero correr el riesgo de tener más “accidentes” a manos de esos maniáticos. —Lanzó una mirada oscura a la plataforma de enfrente.



—Acéptalo, —Wentworth añadió, quitándose los guantes y tirándolos al suelo de la plataforma. —Jugar un juego limpio simplemente no es un partido de “todo se vale en el amor y la guerra”.

El resto del equipo murmuró en acuerdo.

—¿Votamos? —Preguntó Wood, levantando la voz.

—¿Cuál es el punto? —Gobbins declaró airadamente, mirando a su alrededor a sus compañeros de equipo. —Salgamos de aquí.

Se dirigió hacia las escaleras que descendían por el centro de la plataforma y el resto del equipo lo siguió, desanimado en silencio.

Sin embargo Gobbins se detuvo en el segundo escalón, cuando el sonido de pisadas fuertes sonó desde abajo. James vio cómo Gobbins regresaba por las escaleras nuevamente, abriendo paso al recién llegado. Una cabeza con el pelo oscuro muy corto apareció desde abajo seguida por un cuerpo robusto, con brazos como troncos de árboles. La figura llevaba la Skrim de Mukthatch vistiendo una camiseta de Pie-grande mal ajustada.

—¿Necesitan un jugador de reserva? —La figura preguntó seriamente, mirando alrededor a los miembros del Equipo Pie-grande con los ojos abiertos.

—¡Eres Viktor Krum! —Wentworth exclamó de repente, señalando con el dedo al hombre grande. —¡Tengo tu tarjeta de rana de chocolate en mi habitación!

Krum sonrió con gravedad.

—Viktor, —Dijo Wood, dando un paso adelante y estrechando la mano del hombre. —Es bueno verte. Especialmente en estas circunstancias.

—¿Es legal? —Preguntó James con impaciencia, mirando a su alrededor al Profesor Sanuye. —¿Puede realmente jugar con nosotros?

Sanuye asintió pensativamente. —Cada casa tiene sus propias reglas de quienes pueden jugar en su equipo, —dijo. —Sólo el reglamento oficial de Alma Aleron establece que una mayoría simple de cualquier equipo deben ser



estudiantes de la casa de ese equipo de origen. El señor Krum de hecho, puede jugar si lo desea y si ustedes también.

—Pero, ¿puede jugar? —Preguntó Covington. —Quiero decir, sin ofender, señor Krum, pero ¿Sabe cómo volar una Skrim?

—¿Acaso eres *excremento de escreguto*? —Wentworth exclamó, casi fuera de sí. —Es Viktor Krum! ¡Él puede hacer *cualquier cosa*!

Sin decir una palabra, Viktor arrojó la Skrim de Mukthatch en el aire. Cuando estuvo a su lado, el gran hombre saltó fácilmente sobre ella. La Skrim se balanceaba con él y la dirigió con un rápido movimiento en espiral, terminando encorvado con sus manos extendidas a ambos lados.

—Una vez jugué para las Ligas Menores del Clutchcudgel Búlgaro, —admitió con una sonrisa. —No es Quidditch, pero el deporte es el deporte, ¿no?

—El deporte es definitivamente el deporte, —acordó Wood, sonriendo al hombre grande. —¿Profesor Sanuye? Al parecer, los Pie-grande no están dispuestos a renunciar por el momento. —A su alrededor, el Equipo Pie-grande aplaudió con fervor.

Sanuye asintió. Un momento después, se alejó de la plataforma con su escoba y voló a lo largo de la pista central. Hizo sonar su silbato y la multitud quedó en silencio.

—Pena para el Equipo Hombre Lobo. Uso descuidado de la magia. Cinco minutos en el banquillo.

La multitud rugió su aprobación cuando los miembros del Equipo Hombre Lobo gritaron con enojo, denunciando el anuncio. James sonrió mientras saltaba de nuevo en su Skrim. El uso descuidado de la magia lleva a una pena mucho más dura que el mero golpe accidental, que hace cumplir sólo dos minutos en el banquillo. Linton Brazil estaría fuera del partido para el resto del tercer cuarto, haciendo que los equipos jugaran incluso una vez más, al menos por el momento.

—Y en un *sorprendente* giro de los acontecimientos, —Cheshire Chatterly habló desde la cabina del locutor, —El Equipo Pie-grande gana un jugador

sorpresa de reserva en forma del Señor Viktor Krum, Harrier de renombre mundial, atleta y participante en el famoso ¡Torneo de los Tres Magos! El Equipo Hombre Lobo se enfrenta a una fuerte multa, pero justa a manos del oficial Sanuye, y el partido se reanuda con los Lobos que lideran por un marcador de ¡76 a 65!

James oyó el silbato cuando el partido estuvo de nuevo en movimiento. Observó cómo Viktor Krum inmediatamente enganchó una de las Clutches y la puso bajo el brazo enorme.

Este partido aún no ha terminado, pensó, y se lanzó con entusiasmo en la disputa.



Lucy e Izzy descendieron por el hueco de la oscura escalera. Las voces resonaban detrás de ellas, pero se hacían eco por lo que Lucy no podía decir qué tan cerca estaban sus perseguidores.

—¡No podemos seguir corriendo, Iz! —Lucy jadeaba, pero Izzy no prestaba atención. Las dos chicas se movieron en torno a una esquina y empujaron una pesada puerta. No había ventanas ahí y por encima había una señal iluminada de rojo: *“Medicina Experimental y Elixires-¡Prohibido el paso!”*

Izzy corrió, con sus rubios rizos volando. Lucy siguió mirando hacia atrás por donde habían venido.

—Petra, —Izzy gimió de nuevo, mirando a su alrededor salvajemente. — ¡Ella está aquí! La siento. ¡Está soñando!

—Izzy, Petra tiene encantamiento del sueño! —Lucy insistió. — ¡Le dieron la manzana envenenada! ¡Nada va a despertarla hasta que ellos lo *hagan!*

Izzy no pareció oír a Lucy. Se dio la vuelta y empujó a través de un conjunto de puertas dobles oscilantes.

—¡Ahí! —Una voz se hizo eco detrás de Lucy. Miró hacia atrás y vio a dos de los agentes judiciales entrando por las puertas de las escaleras. Sus rostros resplandecían carmesí a la luz de la señal de arriba. Uno de los hombres apuntó con su varita y gritó. Un Hechizo Aturdidor estalló contra la pared de ladrillo de color verde pálido al lado de Lucy, bañándola con chispas rojas.

—*¡Lubricus!*— Lucy gritó, apuntando su varita.

Ambos hombres de repente, se agitaron violentamente, como si el suelo de mármol debajo de ellos estuviera cubierto con hielo. Se deslizaron en las paredes, uno a cada lado, sin dónde apoyarse, y luego cayeron, colapsando desordenadamente por el suelo del pasillo.

Lucy giró y corrió de nuevo, siguiendo a Izzy por las puertas dobles giratorias.

Las paredes allí eran azules y negras, con luces brillando en el techo. La habitación en sí era baja y ancha, llena de pasillos de estanterías. Lucy había estado en el Ministerio de Magia muchas veces y recordó el Departamento de Misterios. Aquí, sin embargo, las estanterías estaban repletas de frascos con tapón con líquidos de color, cada uno marcado con tinta verde brillante. Izzy estaba mirando alrededor de los estantes, sin poder hacer nada.

—Ella está cerca, —gimió. Miró a Lucy con sus ojos suplicantes. —Puedo sentirla. Está cerca. Está soñando. ¡Está soñando con nosotras!

—Detente, Izzy, por favor, —Lucy suplicó. —Es inútil. No puedes despertarla incluso si la encuentras. ¿Lo entiendes? Tal vez podamos hablar con la gente, intentar una vez más para convencerlos de no quitarte tu memoria. Mi padre puede ayud...

Una explosión de color rojo destrozó uno de los viales en un estante cercano, sorprendiendo bastante a las niñas. Se agacharon y se encaramaron a medida que más hechizos cruzaban el aire. Izzy se fue al final de uno de los pasillos y agarró un frasco grande. Su rostro se dibujó de miedo y rabia mientras lo arrojaba. El frasco se arqueó sobre la cabeza de Lucy y se hizo añicos estruendosamente sobre el suelo de mármol, situado en frente de los agentes



judiciales que se acercaban. El fuego salió del contenido del frasco y envolvió a los hombres. Ellos gritaron al unísono mientras trataban de avanzar, sacudiendo sus ropas para extinguir las llamas rojas. Lucy tuvo sólo un momento para darse cuenta de que las llamas no eran fuego, sino hojas. Vides rojas y flores de color rojo brillante crecieron a gran velocidad desde el líquido liberado, entrelazando los brazos y las piernas de los hombres, adhiriéndose a sus túnicas grises.

—¡Paren! —Uno de los hombres gritó, tirando de las vides. —¡Paren en el nombre de la ley de los magos de los Estados Unidos!

—¡Váyanse al carajo!—Lucy gritó. Un momento después, ella e Izzy regresaron de nuevo a la puerta principal, golpeando a través de ella cuando los agentes judiciales dispararon Hechizos Repelentes en las vides rojas, para liberarse.

—Si la ves, —Lucy preguntó mientras corrían, —si ves a Petra, Iz, ¿vas a dejar de correr?

—¡Sí! —Izzy gritó con entusiasmo.

Lucy asintió. —Sé dónde está, —dijo. —Sígueme.

Izzy tenía razón, después de todo. Petra estaba muy cerca. Había estado exactamente un piso debajo de ellas, en el sótano más bajo de la Facultad de Medicina.

Mirando hacia atrás sólo una vez, las dos chicas encontraron el hueco de la escalera trasera y comenzaron a descender hacia la oscuridad de abajo.



—¿Qué estabas planeando hacer? —Dayton Englewood exigió, poniéndose tan cerca de Albus que bloqueó completamente la vista de la pequeña mazmorra de la Mansión de Ares.

—Te lo *dije*, —Albus respondió con irritación, —le estaba dando al viejo Lobo un poco de corte de pelo. Eso es todo. Un lanudo pelaje como el año pasado.

—Ríete todo lo que quieras, Cornelius, —gruñó Englewood, entrecerrando los ojos. —No te reirás cuando el profesor Jackson llegue. Él te clavará a la pared. He visto que sucede, ya sabes. Él no toma amablemente a los saboteadores.

—Estoy seguro que no es así, —Albus estuvo de acuerdo. —¿Qué has hecho con mi varita?

Englewood sonrió levemente. —La confisqué. Es probable que nunca la vuelvas a ver. No permiten varitas donde tú vas.

—¿En serio? —Dijo Albus, desplazándose al banco duro en la esquina de la mazmorra. —¿Así que ustedes, los norteamericanos tienen la costumbre de enviar tipos a Fort Bedlam sólo por apuntar varitas a las estatuas? Suena bastante delicado si me preguntas. Tal vez deberías considerar el crecimiento de un pelaje un poco más grueso.

—Cállate, Cornelius, —sugirió Englewood, bajando su propia varita un poco, pero no del todo. —Qué suerte que volviera tarde de mi último examen. ¿Quién sabe lo que podrías haber hecho?

—Es bastante tarde para un examen, ¿no? —Respondió Albus, incapaz de detenerse. —El extremo puntiagudo de la pluma se *cae*, lo sabes. El extremo esponjoso apunta hacia *arriba*. Difícil de recordarlo.

—¡He dicho que te calles! —Englewood ordenó, levantando su varita de nuevo. —¿Crees que quiero estar aquí protegiendo tu triste trasero Inglés? ¡Me estoy perdiendo el partido del torneo!

Albus rodó los ojos y se dejó caer en el banco de madera. —Ah, no te estás perdiendo nada, —murmuró. —La misma vieja canción y baile.

En ese momento, un ruido sordo y una serie de fuertes pisadas sonaron por encima. Englewood miró hacia arriba y luego mostró a Albus una amplia sonrisa.



—Ese es el Profesor Jackson, —dijo con aire de suficiencia. —Envié por él con una paloma, fue interrumpido en medio del partido. *Chico*, va a estar enojado contigo.

—Sí, —Albus asintió. —Un preso peligroso como yo definitivamente no podría haber esperado hasta después de que el torneo hubiera terminado. Apuesto a que te dará una medalla.

La sonrisa de Englewood titubeó por un momento. Pasos sonaron con fuerza en las escaleras de piedra de la mazmorra cuando el Profesor Jackson descendió, su chaleco negro abotonado hasta el final de la barbilla. Englewood se dio la vuelta para mirarlo. Saludó con eficiencia feroz.

—¡He capturado a un espía, General! —Gritó, con enérgica atención. —Él estaba ocupado en el acto de sabotaje cuando lo descubrí y lo he aprehendido. Lo he estado asegurando desde entonces, a la espera de instrucciones.

Jackson miró a Englewood y luego desvió la mirada hacia Albus, su expresión inmutable. Poco a poco, volvió a mirar a Englewood nuevamente.

—Este es Albus Potter, Englewood, —dijo Jackson, aparentemente luchando por contener su voz. —Él es un miembro de esta casa.

—¡Señor! ¡Él es un espía, señor! —Englewood ladró, saludando de nuevo. — ¡Lo atrapé tratando de sabotear la estatua de hombre lobo en el frente!

Jackson cerró los ojos y apretó los labios. Cuando los abrió de nuevo, estaba mirando a Albus.

—¿Es esto cierto, señor Potter? —Preguntó con voz cansada.

—Sí señor, —Albus respondió honestamente. No parecía haber ningún punto para mentir al respecto. —Estaba planeando golpearle duro justo entre los ojos. Estaba a punto de atacarme.

—Atacarte, —repitió Jackson. —La estatua, que usted dice, lo estaba atacando.



—Señor, sí señor, —Albus asintió fácilmente.

Jackson sacó un largo y profundo suspiro. Cuando lo dejó salir, volvió su atención a Englewood. —¿No podría, tal vez, haber esperado para el final del partido, Soldado?

—¡El espía presentaba un claro y presente peligro, señor! —Englewood declaró, con la cara roja de ira. Miró por encima del hombro a Albus. —¡Él, eh, se dedicaba a actividades encubiertas!

—Estaba tirando una broma, Soldado, —Jackson suspiró. —Es más. No puedo imaginar por qué lo estaba haciendo, pero admito que nunca he acabado de entender los procesos de pensamiento de la familia Potter. Pueden ser frustrantes, pero son relativamente inofensivos, se lo aseguro.

Englewood juntó los talones y se quedó tan recto que lucía como un cohete a punto de ser lanzado al techo de la mazmorra. —¡Señor! ¿Cuáles son sus órdenes, señor?

Jackson cerró los ojos y se los frotó con el pulgar y el dedo índice de la mano izquierda. —Ordeno que ambos, —dijo pacientemente, —me acompañen de regreso a la Duna Pepperpock durante el resto del partido del torneo. Eso si tal vez están interesados en conocer sólo lo bueno.

—¡Señor, sí señor! —Englewood ladró otra vez, sacando otro saludo.

—Tranquílese, Soldado, —Jackson gruñó. Un momento después, hizo una seña a Albus para que lo siguiera. En fila india, con Albus en el medio, los tres se dirigieron hacia las escaleras de las mazmorras y a través del salón principal de la mansión.

—No me atrevo a preguntar esto, señor Potter, —Jackson dijo cuando la puerta principal se cerró detrás de ellos, —pero ¿por qué, dígame, estaba apuntando su varita a la estatua del hombre lobo?

—Como he dicho, —respondió Albus, sin necesidad de mentir, —planeaba destruirlo. Al menos un poco.

Jackson negó con la cabeza lentamente. —Dudo que haya tenido éxito en todo caso, —dijo con ironía. —¿Pero por qué, joven?

Albus hizo una pausa y se detuvo. Englewood casi tropezó con él por detrás. Su varita aún estaba fuera, señalando a su prisionero, y Albus sintió que esta chocaba en su espalda. Englewood la dejó caer y se maldijo con urgencia, luchando para recogerla de nuevo.

A tres pasos de distancia, Jackson se detuvo también. Se volvió y miró hacia atrás, con los ojos impacientes pero curioso.

Albus inclinó la cabeza hacia la estatua de bronce. Se paró junto a ella sin moverse, su hocico congelado en su gruñido característico.

—¿De verdad, —dijo, volviéndose hacia el profesor, —quiere saber?



Al final del tercer cuarto del partido del torneo, el Equipo Hombre Lobo había logrado sacar a otro jugador Pie-grande. Esta vez, Troy Covington había recibido un sorprendente golpe con una Skrim, justo en el medio de la espalda. Covington había caído de su Skrim, completamente inconsciente, mientras que el Agresor Hombre Lobo, Pentz, había recogido y llevado la Clutch adelante sin mirar atrás.

Sanuye había conseguido levitar a Covington como lo había hecho con Norrick. La pena había sido anunciada—diez minutos más en el banquillo por maniobra peligrosa—y Pentz había descendido a la plataforma de los Hombres Lobo, sin sonreír, pero haciendo una mueca con aire de suficiencia.

—El Profesor Jackson ni siquiera está en las gradas, —Gobbins jadeó, en picada junto a James y señalando. —Los Lobos siempre juegan sucio, pero incluso

él no habría permitido un golpe tan descarado como ese. ¡Están aprovechando el hecho de que él no está aquí!

James maldijo en voz alta y volvió a mirar a su propia plataforma. Lo que vio allí alegró su corazón aun cuando el partido parecía cada vez más desesperado. Varios miembros de los otros equipos Clutch estaban de pie en la plataforma, rodeando al Profesor Wood. Cada uno de ellos llevaba una camiseta de Pie-grande y con sus skrim a su lado. Warrington estaba de primero en la fila. Cuando Covington se bajó con cuidado sobre una camilla que lo esperaba, Warrington saltó sobre su Skrim y se abalanzó hacia los anillos.

—¡Es su gran exuberancia! —James anunció valientemente.

—Bienvenido a la jungla, Warrington, —dijo Jazmine Jade. —¡Gracias por venir!

—No me lo perdería por nada del mundo, —dijo Warrington. —Zane dice Hola por cierto. Y si alguna vez me recuerdan que me puse una camiseta de Pie-grande, voy a pintar su casa con vómito de Plimpy. Verán que sí.

James asintió. —Buen punto.

—¿Es tiempo de descanso? —Viktor Krum llamó cuando pasó de largo. —¿O es un partido de corrido?

Warrington frunció el ceño. —¡A jugar! —Llamó, y se inclinó sobre su Skrim, siguiendo a Krum. Un momento después, James y Gobbins siguieron. Los Pie-grande aún seguían atrás—no importaba cuántos goles anotaran, los Hombres Lobo siempre, exasperantemente, mantenían una ligera y obstinada ventaja. James se negó a pensar en ello. Tal como lo había entendido varios minutos antes, el partido no había terminado todavía. Los Pie todavía tenían una oportunidad, no importaba lo leve que fuera.

James pasó por el anillo central y se apoderó de una Clutch flotante. Apuntó con su varita, gritó uno de los encantos de velocidad de propiedad de los Duende, y se disparó hacia adelante en un borrón.





Lucy e Izzy llegaron a la parte inferior de la estrecha escalera y empujaron la pesada puerta. Estaba muy oscuro en el pasillo y un par de guardias se encontraban de pie al final, flanqueando la última puerta. Miraron hacia arriba cuando se acercaron las dos chicas.

—Esta es un área restringida, cariño. —dijo uno de los guardias a Lucy. Era joven con un acento Sureño.

—No me llames cariño, —Ordenó Lucy, levantando su varita. Su Hechizo Aturdidor golpeó al joven guardia en el hombro y se desplomó como un saco de calderos. El otro vio esto con incredulidad, sin pensar en alcanzar su varita.

—Oh no, no lo harás, —dijo, mirando a Lucy con el ceño fruncido. Finalmente fue a coger su varita, pero ya era demasiado tarde.

—Oh, sí lo hice, —contestó Lucy. —Lo siento.

Ella hizo una mueca cuando su Hechizo Aturdidor golpeó al segundo guardia. Él se desplomó encima de su compañero, dejando caer su varita. A veces, pensó Lucy, ayudaba que fuera una niña.

—Están llegando, —dijo Izzy con urgencia. —Los siento. Petra está soñando con ellos.

—Ella está un poco más allá de esa puerta, —Lucy se encogió de hombros, señalando. —Adelante, Iz. Ve a verla. Haz lo que tengas que hacer.

Izzy trotó hacia delante, trepando fácilmente por los guardias caídos. Lucy pensó que la pesada puerta de metal estaría cerrada, pero cuando Izzy giró el picaporte se abrió fácilmente, moviéndose silenciosamente sobre sus goznes. Izzy desapareció rápidamente en el interior.

Lucy se acercó con cuidado a los guardias y se quedó junto a la puerta abierta. Estaba oscuro dentro de la celda. Las paredes eran de piedra blanca sin



ventanas. Una estrecha cama de metal estaba en el centro exacto de la habitación, debajo de una lámpara de luz tenue. Petra yacía en la cama, descubierta, vestida con el mismo traje gris que llevaba el día que la habían arrestado. Izzy estaba junto a la cama y agarraba una de las manos de Petra.

—¡Petra! —Dijo con fervor. —¡Despiértate! ¡Vienen a buscarme! ¡Van a hacer que me olvide de ti y de los demás! ¡Me van a mandar lejos de todos! ¡Tienes que despertar y ayudarme!

Lucy observaba, frustrada de ira y miedo como una jarra de agua fría. Petra yacía en la cama inmóvil como una piedra, con los ojos cerrados pacíficamente. Lucy podía distinguir la forma de los ojos de Petra bajo sus párpados. Ellos no lucían con tanto estremecimiento.

—¡Petra! —Izzy insistió en un susurro urgente. —¡Despiértate! ¡Por favor! ¡No dejes que me lleven! ¡Ya vienen! ¡Estás soñando con ellos! ¡Puedo verlo en tus pensamientos, incluso ahora!

—Izzy, —Lucy susurró, sacudiendo la cabeza. —Ella no puede. Ella lo haría si pudiera, pero no puede. ¿Lo entiendes? No es culpa de Petra.

—¡No! —Izzy gimió, alzando la voz, sin apartar la vista de su hermana. — ¡Ella *va* a despertar! ¡Ella *tiene* que hacerlo!

Una puerta se abrió de golpe al final del pasillo oscuro. Lucy miró hacia atrás por donde habían venido y vio figuras emergiendo en la penumbra. Keynes estaba a la cabeza, con el rostro duro. El padre de Lucy estaba cerca detrás de él.

—¡Lucy! —Él llamó, y su voz resonó en el corredor. —¡Baja tu varita, cariño! ¡Por favor, detente! —Entonces, a los otros, les dijo, —Si alguno de ustedes apuntan una varita a mi hija, voy a llevar sus insignias ante el Tribunal Mágico Internacional, lo juro.

—Sal, Izabella, —Keynes exigió. Toda la dulzura había desaparecido de su voz. —Solo estás haciendo las cosas más difíciles.

Lucy se volvió hacia la pequeña habitación. Izzy no había levantado la mirada de su hermana. Petra, por supuesto, no se había movido en lo más mínimo.



—Petra, —Izzy lloraba, todavía aferrándose a la mano de la joven mujer, — ¡no me dejes a solas con ellos! ¡No dejes que me olvide de ti!

—Hazte a un lado, jovencita, —Keynes exigió, empujando a Lucy a un lado. Su padre se detuvo al lado de ella y le puso la mano en el hombro. Negó con la cabeza hacia ella, con tristeza y advertencia.

—Izabella Morganstern, —Keynes dijo, caminando en la sala, —ven en este momento. No deseo Aturdirte.

La agarró con una mano en cada hombro. Izzy gritó y se retorció debajo de su agarre, pero para Keynes no suponía ningún esfuerzo. Su agarre en ella era como un tornillo. Le dio la vuelta, incluso cuando Izzy todavía se aferraba a la mano de su hermana.

—¡Petra! —Izzy se quedó sin aliento, las lágrimas corrían por su cara de nuevo. —¡No se lo permitas! ¡Petra, por favor!

Lucy vio con impotencia cómo Keynes la empujaba hacia la puerta. Sólo se detuvo para agarrar los dedos pequeños de Izzy y sacarlos de la mano de Petra. La mano cayó sin fuerzas y colgó al lado de la cama estrecha, los dedos se cerraron apretadamente en el sueño.

Izzy gritó en voz alta esta vez, sin palabras. La cara de Keynes era dura como una piedra mientras maniobraba a Izzy a través de la puerta, donde se aferraba inútilmente. Lucy se acercó a consolar a la niña, pero Keynes apartó la mano, dándole un aspecto malévolos. Un momento después, él arrastró a Izzy por el pasillo hacia la escalera del sótano. Los agentes judiciales lo siguieron de largo, cortando la vista de Lucy de la chica rubia. Uno de ellos se quedó junto a la puerta, con la varita en la mano, de pie sobre los guardias aturcidos.

—Lo siento mucho, Lu, —dijo su padre, su mano todavía en su hombro. — No hay nada que pueda hacer.

—¡PETRA! —Izzy gritó una vez más a través de sus lágrimas. El sonido de la misma sonó en la sala como un gong y Lucy se dio cuenta de que ella misma estaba llorando. Se volvió para mirar hacia atrás a través de la puerta abierta de la

celda de Petra. La chica yacía en la cama como un cadáver, con los ojos cerrados en paz, con la mano colgando inerte a un lado, pálida en la luz de la lámpara.

—¡PETRA! —La voz de Izzy chilló, agrietándose, y luego, frenéticamente, como haciendo eco cuando la chica fue empujada al hueco de la escalera — ¡MORGANA! ¡Ayúdame! ¡AYÚDAME!

Y en la cama, los ojos de Petra parpadearon. Se agitaron, se abrieron, y luego se movieron a un lado cuando Petra rodó la cabeza hacia la puerta, encontrando la mirada atónita de Lucy.

Un frío salió de la habitación como una ráfaga de viento, entrando por el pelo y la ropa de Lucy. Lucy se quedó sin aliento por el soplo gélido y levantó un brazo para protegerse los ojos de su fuerza.

Cuando volvió a mirar, la estrecha cama en el cuarto oscuro estaba vacía.



—¿Estás completamente seguro de esto? —Preguntó el profesor Jackson rotundamente, estudiando la cara de Albus.

—El *Revelador* no miente —dijo Albus, asintiendo con la cabeza hacia el papel color rosa en las manos del Profesor Jackson. Albus se había dado cuenta de que había estado llevando el pequeño papel en el bolsillo de su chaqueta desde el día en que lo había usado para hacer la prueba a la estatua. Parecía muy pequeño en los grandes y nudosos dedos de Jackson.

—De hecho no lo hace, —Jackson dijo con gravedad.

—¡Podría haberlo conseguido de cualquier parte! —exclamó Englewood. — ¡No hay forma de saber si eso vino de la estatua! ¡Es un truco! ¡Tiene que serlo!

Jackson entrecerró los ojos a Albus. Lentamente, bajó el *Revelador* y lo metió en el bolsillo de su chaleco. Cuando volvió a aparecer la mano del profesor, sostenía su varita.

—Puede que tenga razón, señor Englewood, —Jackson respondió en voz baja y suave. —Esto es, después de todo, una acusación muy grave.

—Exactamente, —Englewood acordó, dando a Albus una pequeña y brillante mirada.

Jackson levantó su varita. Albus sintió un momento de pánico crudo cuando la varita parecía dirigirse a él. Miró a su alrededor, recordando que su propia varita había sido confiscada por Englewood. Estaba indefenso. Y entonces, con un sentido monumental de alivio, vio lo que el profesor estaba realmente señalando.

—Sólo hay una manera de averiguarlo, —dijo Jackson, obviamente reacio a hacer lo que estaba a punto de hacer. Miró a lo largo de su varita y la apuntó en la cabeza de bronce del hombre lobo, justo por encima del hombro de Albus.

El lobo gruñó, en voz alta esta vez.

Albus se dio la vuelta, sus ojos mirando a lo ancho, y se agachó a un lado. Si la estatua pretendía ocuparse de su oponente, Albus *no* deseaba ser uno de ellos.

El Profesor Jackson pronunció su hechizo exactamente en el mismo momento en que el hombre lobo de bronce se abalanzaba.

—*¡Expulso!*— Jackson tronó, levantando el brazo instintivamente para que coincidiera con el movimiento de la bestia metálica. El hechizo hirió a la imagen en el aire, produciendo un destello púrpura cegador que era, curiosamente, silencioso.

Albus se tiró al suelo y se cubrió la cabeza con las manos. Trozos de la estatua llovieron como granizo, salpicándolo, ninguno más grande que su dedo meñique. Cuando la lluvia de trozos de bronce había terminado, Albus levantó la cabeza con los ojos desorbitados.

La mitad trasera de la estatua estaba casi intacta. Yacía de lado sobre la hierba, a seis pies de su base. El resto de la estatua se extendía alrededor del césped como una corona, miles de pequeños trozos brillando en la luz amarilla de la luna.

—Bueno, entonces, —dijo Jackson, sus propios ojos muy abiertos mientras se embolsaba su varita, —vamos a seguir el partido del torneo. Veremos cuál es el efecto, si lo hay, este giro de los acontecimientos conlleva un resultado.

—Er, ¿qué pasa con él? —Preguntó Albus, poniéndose de pie y mirando hacia atrás hacia Englewood.

Jackson miró por encima del hombro al chico. Este yacía de espaldas en la hierba, con los brazos y piernas extendidos desmayado.

—Déjalo, —Jackson suspiró. —Si él hubiera saludado una vez más, lo habría Aturdido yo mismo.



James sintió el cambio inmediatamente. No podía poner el dedo en lo que era, pero era evidente, no obstante.

Por un lado, Pentz dejó caer la Clutch. James lo había estado persiguiendo, tratando de lanzar un encanto de Cuerda de Seguridad, cuando la pelota de cuero simplemente había desaparecido debajo del brazo del muchacho. James apenas podía creerlo y casi se olvidó de agarrar la Clutch mientras aceleraba al pasar. Un instante después, la abrazó contra su pecho y se inclinó sobre su Skrim, sin dar crédito a su suerte. Salió disparado al pasar a Pentz, quien estaba mirando a su alrededor confuso y cómicamente.

—¿Qué pasó? —Warrington exigió, en picada junto a James para escoltarlo a través de sus vueltas.

—¡Él perdió el balón! —James gritó, deslizándose por la pista central y agachándose debajo de un Agresor Hombre Lobo. —¡Salió disparado hacia arriba! ¡Casi me golpea en la cara!

—¡Bueno, no lo pierdas! —Warrington aconsejó, lanzando una Maldición Fusiona Huesos a un Hombre Lobo Goleador. —¡Estamos a sólo cuatro puntos! ¡Todavía podemos tomar este partido!

James asintió mientras completaba su segunda vuelta. Esperó ser derrumbado por Agresores Hombre Lobo, pero al mirar a su alrededor, se sorprendió al ver que su camino estaba casi completamente despejado. De hecho, la mayoría de los Hombres Lobo parecían haber caído en una especie de confusión. Habían disminuido su camino a través de los anillos. Una de ellos, Olivia Jones, había perdido por completo uno de los anillos y se había visto obligada a renunciar a su Clutch. Ella se quedó en silencio al mirar sus manos y luego regresó al anillo que había pasado volando. No había absolutamente ninguno de los Pie-grande alrededor de ella. Simplemente había perdido el anillo.

—¿Qué pasó con ellos? —Warrington dijo con asombro, mirando a su alrededor. —¡Actúan como si alguien los hubiera desconectado!

—No va a durar, sea lo que sea, —respondió James, alzando la voz en el recio viento del curso. —¡Mantente al tanto de eso! ¡Si sacan un Pie-grande más, tendremos que perder el partido!

Warrington asintió con gravedad cuando James giró sobre su Skrim, lanzando la Clutch hacia el anillo de meta. Dunckel, el Hombre Lobo Guardián, ni siquiera estaba mirando. La Clutch pasó a través del objetivo y James miró hacia el marcador mientras volaba, viendo el cambio de los números.

—Con sólo noventa segundos por jugarse en este increíble partido de esta noche, —Cheshire Chatterly gritó exuberantemente, —¡El Equipo Pie-grande está a tres puntos de los actuales campeones! ¡*Qué partido*, amigos!

James aceleró. Sintió a los Hombres Lobo recuperarse de la misteriosa confusión que los había sorprendido. Altaire se abalanzó a su lado a su paso por el anillo central. Ambos agarraron la Clutch que quedaba sola, pero el cuerpo de



Altaire chocó a James, golpeándolo violentamente fuera del curso. El capitán Hombre Lobo miró hacia atrás con ira mientras aceleraba, sosteniendo la Clutch bajo el brazo. Mientras miraba hacia atrás, sin embargo, Jazmine Jade cayó junto a él. James se lanzó hacia adelante, para ponerse al corriente.

—Hey Altaire, —Jazmine gritó, dando a su voz un acento muy característico. James se sorprendió al ver a la chica grande colocar una mano detrás de su cabeza y la otra en su cintura. Ladeó la cadera hacia el capitán Hombre Lobo y le sonrió, mientras se mantenía a su lado, Skrim con Skrim. —Eres un gran lobo feroz, —ella trinoó, moviendo sus ojos a Altaire. —¿Qué te parecería soplar y resoplar debajo de *mi* casa?

Altaire miró con atención a Jazmine, aparentemente olvidando por el momento dónde estaba. Una fracción de segundo después, se lanzó de cabeza dentro de uno de los anillos, dejando caer la Clutch cuando su Skrim se lanzó al vacío. Jazmine atrapó la Clutch con facilidad, la metió debajo del brazo, y se inclinó en su Skrim.

—¡Guau! —James le dijo a ella con ojos llenos de incredulidad. —¡Lo de Veela es bastante increíble cuando lo enciendes! —Miró hacia atrás y vio a Altaire colgando valientemente del anillo con el que se había estrellado.

—Si lo tienes, —Jazmine dijo, sonriendo tímidamente, —haces alarde de ello.

Cuando Jazmine anotó, James vio que los Hombres Lobo estaban a sólo una ventaja de dos puntos. Diez segundos después, Viktor Krum anotó otro punto para la casa, lanzando la Clutch tan duro que golpeó limpiamente el garrote de la mano de Dunckel. La multitud estalló en vítores ensordecedores, saltando y agitando las banderas violentamente.

—¡Dos más y ganamos! —Gobbins gritó, con una sonrisa de incredulidad. —¡Vamos a hacerlo!

James asintió. Los Hombres Lobo habían sido implacables en su ataque al Equipo Pie-grande y al parecer, se habían enfurecido por la línea de jugadores de otras casas que se habían movido para jugar de reserva para el equipo perdedor.



Unos minutos antes, Wentworth había chocado fuertemente con un Agresor Hombre Lobo, lastimándose la mayoría de los dedos de su mano derecha. Había jurado en voz alta e incluso enseñó los dientes al Hombre Lobo Agresor antes de ser alejado por Jazmine y Gobbins. En ese momento, la capitana Duende Ofelia Wright reemplazó a Wentworth, y casi la mitad del equipo estaba compuesto por jugadores de otras casas. Si sólo uno más de los jugadores era retirado del partido, el Equipo Pie-grande tendría que renunciar.

James trató de no preocuparse por ello. Lo último que el equipo podía permitirse en estos momentos era ser cuidadoso.

Pensando en esto, James embistió a través del anillo central, recogiendo la Clutch que Krum había anotado. La arrojó a Gobbins y se ubicó detrás de este, para escoltarlo a través de su camino. Dos Agresores Hombre Lobo cayeron inmediatamente al lado, moviéndose para flanquear a Gobbins.

Ahora es un buen momento, pensó James, presionando sus labios con fuerza. Se inclinó gravemente contra el viento, conduciendo su Skrim violentamente hacia adelante, y tendió la mano hacia el botón de los Igor que habían instalado al final de su Skrim. Lo presionó con la palma de la mano.

Bajo su Skrim, una pequeña caja se abrió. James sabía lo que había en la caja: una pequeña fotografía de una espora *babelthrush* y un largo rizo de raíz de Bambulero que James había pedido al Profesor Longbottom que le enviara. Al abrirse la caja, el Bambulero se transformó en una nube de gordas esporas rosáceas de *babelthrush*. Los Agresores Hombre Lobo pasaron a través de las esporas, que salpicaron sus gafas y pecho. Inmediatamente, los Agresores cayeron fuera del curso en espiral, sacudiendo sus gafas y disolviéndose en un ataque de estornudos.

Ese fue el último de nuestros trucos, James pensó cuando Gobbins lanzó la Clutch a través del anillo meta, empatando el partido. *¡De aquí en adelante, es sólo nosotros!*

La multitud rugía constantemente ahora que los últimos segundos del partido se acercaban. James oyó la voz de Cheshire Chatterly haciendo eco ampliamente en la cabina del locutor, pero no podía oír ninguna de sus actuales

palabras. Se inclinó por completo de lado en su Skrim cuando pasó a través del curso en forma de ocho, con Hombres Lobo y Pies—grande por ambos lados. Cuando él voló por el anillo central, consiguió hacerse con dos Clutches, una en cada mano. Sorprendentemente, no había Hombres Lobo desafiándolo. Se metió una debajo de cada brazo, se inclinó sobre su Skrim, e hizo una mueca en el viento en dirección contraria. Completó la primera vuelta con facilidad, casi sin esfuerzo, y estaba a medio camino a través de la segunda, cuando una voz gritó.

—¡James! —Krum llamó a distancia. James apenas se detuvo a mirar. Cuando lo hizo, vio que Krum agitaba el brazo violentamente hacia él, señalando. —¡Detrás de ti!

James miró por encima del hombro. La totalidad del Equipo Hombre Lobo se apilaba detrás de él, alcanzándolo, sus rostros con líneas sombrías de determinación. La mayoría de ellos tenía sus varitas, apuntándole.

¡Ellos me van a sacar! James pensó, y el pánico lo atravesó. ¡No les importa si todo su equipo es penalizado! ¡Si me sacan del partido, no habrá suficientes Pie-grande para el equipo y vamos a tener que renunciar! ¡El Equipo Hombre Lobo obtendrá una victoria técnica!

A pesar de comprender esto, una ráfaga de chispas rojas crepitó por encima del hombro de James, apenas pasándolo. No había sido un encanto de Cuerda de Seguridad o un Pozo de Gravedad. Los Hombres Lobo estaban usando hechizos de duelo.

—¡James, cuidado! —Jazmine gritó desde algún lugar lejano, pero no sirvió de nada. James se agachó y se abalanzó hacia atrás y adelante, luchando por mantenerse dentro de los anillos, mientras que al mismo tiempo evitaba ser golpeado. Más rayos mágicos encendieron el aire a su alrededor. Sanuye soplaba su silbato en repetidas ocasiones, pero los Lobos no se detenían. Estaban desesperados, y en su desesperación, estaban dispuestos a hacer cualquier cosa. James sintió un repentino y real miedo. Se extendió a través de él como el hielo, congelándolo. Buscando con dificultad su varita, dejando caer torpemente una de las Clutches. Sacó la varita de su guante y luego la dejó caer también, cayendo en la oscuridad mientras James la miraba, petrificado.



Algo golpeó contra su pecho mientras se inclinaba. Se agitó, preocupado de que se tratara de un encanto de Cuerda de Seguridad, o algo peor. Con un poco de sorpresa, se dio cuenta de que se trataba de una pequeña bolsa de tela, a la vez suave y densa al tacto. Colgaba de su cuello en una larga cadena de cuero crudo: ¡la maldición del juego Vampiro! ¡Antes del partido, había estado tan concentrado en el equipo como para tomar la poción de polvos de los Vampiros, que había olvidado por completo retirar la suya!

Sin pensarlo, se aferró al aleteo de la corta cuerda de apertura. Tiró de ella, y sintió la bolsa abrirse. El polvo negro explotó de ella, rociándose hacia atrás al instante. Envolvió a los Hombres Lobo que venían detrás, cubriéndolos con zarcillos negros retorcidos. James miró hacia atrás, luchando por mantenerse en su propia Skrim mientras sostenía la última Clutch.

Los zarcillos de polvo negro se solidificaron alrededor de los Hombres Lobo, formando una especie de red flotante. Luego, con violencia, esta se contrajo. La red negra se tensó, atrayendo la totalidad del Equipo Hombre Lobo en una colisión monstruosa. Si la maldición de juego hubiera sido desplegada en un solo jugador, seguramente los habría forzado a perder momentáneamente el control de su Skrim, enviándolo fuera del curso. Desplegado en todo el equipo, sin embargo, el efecto fue tan enfermizo, divertido y completamente devastador. El equipo se estrelló al instante en el aire, tirados juntos por la fuerza de la red negra mágica. Un segundo más tarde, la red se desvaneció y los Hombres Lobo cayeron fuera de ella, luchando para permanecer en sus skrim, sosteniéndose el uno al otro, vertiginosamente en todas las direcciones.

Sin aliento, James volvió al curso. De alguna manera, se las había arreglado para no perder un solo anillo. Levantó la última Clutch, la sostuvo sobre su hombro, y la arrojó fácilmente a través del anillo de meta. Nadie lo vigilaba. La Clutch pasó tan limpiamente que James se sorprendió, llegando al otro lado.

La multitud estalló en una sola alegría desenfadada. El marcador parpadeó, reflejando el cambio en la puntuación: 97 a 98. El Equipo Pie—grande, incluyendo varios jugadores de reserva, se derrumbó alrededor de James, riendo salvajemente y elevándolo por encima de ellos.

El cuerno sonó, haciendo un eco ensordecedor sobre las tribunas. El partido había terminado.

El Equipo Pie-grande había ganado.



Capítulo 23

El Principio del Fin

Para los Pie-Grande, la mayoría de los partidos ganados habían terminado con una celebración de noche en el Cometa y Llave, abarrotado por unas pocas mesas en su rincón habitual, bebiendo cervezas de mantequilla y refrescos de regaliz. Sin embargo, la finalización del partido final puso en marcha un importante evento que casi todo el campus se dio vuelta a ver.

Gracias a la reciente racha de victorias de campeonatos de los Hombre Lobo (debido en gran parte a la estatua de Hombre Lobo ahora destruida), la Marcha de las casas no había tenido testigos por más de una década. Aparte de los profesores, casi nadie la había visto nunca. La Mansión Ares se había mantenido fija en la Colina de la Victoria, y muchos habían comenzado a pensar que nunca se movería de nuevo. Podrían haber estado en lo cierto si Albus no hubiera descubierto el secreto de la estatua hechizada de hombre lobo de Stafford Havershift. Incluso ahora, los rumores de que la estatua de bronce había sido destruida circulaban

entre la población estudiantil. James oyó fragmentos de ellos, aunque no quería escuchar nada hasta oír la historia completa de Albus después, durante el viaje a casa. Algunos estudiantes susurraban que la estatua había sido hechizada y había cobrado vida, forzando al profesor Jackson a destruirla. Otros afirmaban que había sido un amuleto de buena suerte que había sido abrumada por la pérdida del torneo de los Hombre Lobo, resultando en su destrucción espontánea.

Independientemente de la razón, como equipo Pie-grande se reunieron en la base de la Colina de la Victoria y James vio que la imponente estatua fue, de hecho, destruida. Su parte trasera estaba varios metros de distancia de su base, y mientras que James no podía estar seguro, parecía como si la postura de la otra mitad estuviera bastante diferente de lo que había sido cuando la había visto por última vez.

—La gente dice que la estatua explotó tan pronto como perdieron los Hombre Lobo —dijo Ralph, hacinado entre James y Jazmine Jade —Como si se hubiera “estatuasuicidado” por la vergüenza o algo así.

—No la culpo —comentó Zane desde el otro lado de James.

Junto a él, Warrington se burló —¿A quién le importa lo que le pasó a la estatua? Si hubiese sido yo, la hubiera dejado ahí como un trofeo, incluso después que la Mansión Ares se hubiera ido con el rabo entre las piernas —James se dio cuenta de que Warrington aún llevaba el uniforme Pie-grande que se había puesto antes para poder jugar de reserva.

Detrás del equipo, la multitud provenientes de la Duna Pepperpock seguía pululando, congregándose ruidosamente en el patio de la Residencia de Administración y la Colina de la Victoria, llenando los pastos con excitada expectación. El equipo Hombre Lobo no estaba a la vista y James asumió que simplemente estaban esperando en su bodega, negándose a ver el movimiento de las casas. Viktor Krum, por desgracia, se había marchado inmediatamente después del partido junto con la madre y hermana de James. Le habían dicho a James que habían recibido un mensaje urgente a través del Espejo, el cual Ginny había estado trayendo en su bolso esperando noticias de su marido.



El padre de James, por supuesto, estaba en su misión de reconocimiento en Nueva Ámsterdam, acompañado por Titus Hardcastle, preparando la redada para el día siguiente. El mismo Viktor había querido ir, pero Harry había sido inflexible en su negativa de llevar más de 2 espías en la misión nocturna dado que sería muy evidente y no tenía intención de alertar sobre la redada inminente a la nueva líder del FULEM. James estaba bastante contento de que su padre haya insistido en que Viktor se quedara por la noche. Si no lo hubiera hecho, el juego habría terminado en derrota incluso antes de la mitad.

Ahora, a raíz de la victoria Pie-Grande, los vítores todavía resonaban desde la multitud y estallidos de fuegos artificiales sonaban en el aire de la cálida tarde, parpadeando sus colores sobre la colina y la fachada de la Mansión Ares.

—Entonces ¿Cómo va a pasar esto? —Preguntó Ralph, mirando a la multitud de su alrededor —¿Franklyn o alguien tiene que salir y levitar las casas o algo así?

Gobbins negó con la cabeza —No lo creo. Creo que la Marcha de las Casas es magia vieja, creado por Pepperpock y Roberts y el resto cuando construyeron Aleron. Creo que sucede por sí solo. Hay que esperar y ver.

Incluso mientras hablaba Gobbins, por lo bajo surgió un gemido ominoso y James sintió el estruendo del mismo en el pecho y las plantas de los pies. Se palpitaba en el aire, opacando los otros ruidos más bien como una nota base en un amplificador mágico gigante. Inmediatamente, la multitud calló en silencio con los ojos brillantes. James miró hacia la Mansión Ares, pero simplemente estaba ahí, sin moverse, con sus ventanas sin encender y blancas como tercos ojos desorbitados.

—¿Esto es? —dijo James, alzando la voz por encima del estruendoso zumbido.

Zane negó con la cabeza, mirando a su alrededor —¡Debe ser! ¡Mira! —señaló a la Mansión Ares que estaba al revés sobre las cabezas de la multitud detrás de ellos. James y el resto del equipo Pie-grande se dieron vuelta y se quedaron sin aliento.

Se movía sobre la multitud, proyectando su gigantesca sombra sobre las caras que miraban la Mansión Apolo. Lucía exactamente igual que siempre excepto que



se podía ver dentro de la oscura huella de su origen, un cuadrado de ladrillos pesados, que rodeaba lo que fue, sin lugar a dudas, el techo de la sala de juegos del sótano antiguo. Terrones de tierra y cemento caían hacia la multitud mientras flotaba por encima, moviéndose como un globo gigante de desfile. Una forma redonda blanca se asomó desde una de las ventanas superiores y James vio que era Geoffrey Kleinschmidt, el jugador de reserva de los Pie-grande que había estado demasiado enfermo para acudir al partido. Se agitó animosamente, con una sonrisa y su cabello hurgado en un remolino ingobernable.

—¡¿Ganamos?! —gritó él hacia abajo, tanto como una pregunta y una exclamación, y la multitud rugió de nuevo, riendo y animando.

Poco a poco, pesadamente, la Mansión Apolo se acercó a la Colina de la Victoria, pasando por encima de la multitud y emitiendo ese profundo y palpitante estruendo. Cuando pasó por encima de James, casi pensó que podía llegar y tocar las vigas del techo del sótano. Se echó a reír a carcajadas al ver al armadillo agachado en la parte superior de una de esas vigas, agazapado en una especie de bola de alerta y parpadeando hacia la multitud de abajo.

Cuando la casa pasó sobre el césped de la Colina de la Victoria, proyectando su sombra sobre la estatua del Hombre Lobo roto, James se sorprendió al ver que la Mansión Ares todavía estaba allí, sentada obstinadamente sobre la base de la colina.

—¡Vamos! —dijo Zane sonriendo —¡Lárgate, Casa!

—¡Sí! —se unieron los miembros del equipo Pie-grande levantando sus puños. Pronto, toda la multitud se unió al grito, animando y burlándose con estruendo.

Sin embargo, la Mansión Ares no se movió, a pesar que la sombra de la Mansión Apolo se deslizó hasta estar al frente, proyectando su sombra en las altas ventanas. Finalmente y con suavidad, la Mansión Apolo empujó la esquina frontal de su contraparte. El sonido era de un suave traqueteo. En respuesta, la Mansión Ares se estremeció ligeramente y casi parecía que hubiese dejado escapar un



suspiro de resignación. Un momento después, se levantó de la base de la Colina de la Victoria, produciendo mucho desmoronamiento y ruido.

La multitud estalló en vítores de nuevo cuando las casas se cambiaron de lugar, moviéndose como baile de elefantes. Poco a poco, casi tímidamente, la Mansión Ares comenzó su larga marcha desde la Colina de la Victoria y hacia la base vacía en el extremo opuesto de la plaza central. En su lugar, la Mansión Apolo se asentó lentamente encima de la Colina de la Victoria, calzando perfectamente en los cimientos abiertos debajo de ella. El suelo se estremeció con el peso de la casa y una nube de polvo de albañilería surgió a su alrededor, pálida a la luz de la luna.

La multitud redobló sus aplausos, y los miembros del equipo Pie-grande miraron a su alrededor con asombro. Wentworth estaba allí para entonces con sus dedos envueltos en vendas blancas. Junto a él, también con varios vendajes y aparatos ortopédicos estaban Norrick, Mukthatch, Troy Covington, y el resto de los jugadores accidentados. Geoffrey Kleinschmidt irrumpió por la puerta grande en pijama, con las manos levantadas, como si la multitud vitoreara exclusivamente para él. Se abrió paso por la pasarela y se unió al equipo donde estaban sonriendo el uno al otro, feliz por el momento más allá de las palabras.

—¡Adelante! —gritó Ophelia Wright, empujando a James adelante —¡Echa un vistazo a los nuevos cimientos, anda a ver cómo es la vista desde la Colina de la Victoria!

—Tú también —dijo Jazmine, dirigiéndose a los jugadores de reserva de las otras casas —¡Todos ustedes, esta noche, todos son Pie-Grande!

—¡Cuida tus Palabras! —replicó Warrington, frunciendo el ceño, pero no discutió cuando la multitud lo empujó hasta el sendero que conducía hacia la Mansión Apolo.

James pensó que el edificio había sido transformado, de alguna manera. Se veía exactamente igual que siempre (sólo una mansión grande y cuadrada, quizás un poco demasiado simétrico y más bien carente de adorno) pero ahora, sentada en la cima de la Colina de la Victoria, las cosas que alguna vez habían sido aburridas ahora parecían de realeza. *Es el ángulo*, pensó, mirando mientras se

acercaba, sonriendo con orgullo y triunfo. *Aquí es donde se construyó originalmente, apostaría mis Skrim que sí. Esta es la forma que debería verse...*

Sin embargo, este pensamiento fue interrumpido cuando James puso un pie en el primer escalón de la entrada principal. Un muy fuerte y extraño ruido cayó sobre el campus entero, sorprendiendo a la multitud en silencio. James miró hacia atrás, alarmado.

—¿Pero qué...? —empezó Zane, pero sus palabras fueron ahogadas por el ruido que volvió a sonar. Era una especie de crujido metálico, largo y desigual, seguido de un estruendo y un tintineo lejano de rotura de vidrios.

—¿Eso es aún la Marcha de las Casas? —frunció el ceño Ralph, con sus ojos muy abiertos y nervioso.

Junto a él, Warrington negó con la cabeza —No, eso viene de allá, justo pasando la Residencia de Administración.

—Es en la Facultad de Medicina —una voz gritó entre la multitud —Algo está mal. ¡Estad atentos!

La multitud comenzó a moverse luego de manera alarmante y lentamente que sólo permitía a grandes grupos trasladarse asustados. Empujaron y treparon, alejándose de la esquina más cercana de ladrillos color beige que conformaba la Facultad de Medicina.

James miró, recordando lo que había visto antes, la pequeña reunión en frente de la entrada principal de la Facultad de Medicina compuesta por Tío Percy, Lucy, Izzy y el grupo de agentes de la Corte Mágica. El árbitro, Albert Keynes, no había estado a la vista, pero tenía que haber estado allí en alguna parte.

—¿Qué has hecho? —preguntó James en voz baja, con los ojos muy abiertos y se dio cuenta, sin sorpresa, que la pregunta no iba dirigida a Keynes.

Mientras observaba, las luces del edificio amarillento parpadeaban, brillaron y luego se apagaron. En el interior, monstruosamente, ese horrible ruido sonó de nuevo, crujiendo y gimiendo más bien como una bestia adolorida. Y entonces, sin

previo aviso, la mayoría de las ventanas en la parte más cercana del edificio explotaron.

El cristal tintineó y brilló como confeti, esparciéndose y cayéndose cerca de los árboles cercanos. Otro ruido le siguió (una especie de golpe seco y grande), y la fachada del edificio cambió. Se chupó hacia adentro, distorsionando la forma de la estructura como si hubiera sido golpeado por un puño gigantesco invisible. Los ladrillos y albañilería rota llovieron entre los arbustos.

—¡Está implosionando! —dijo Zane, un poco asustado y asombrado —¿Qué podría provocar eso?

No es un qué, pensó James, pero no lo dijo, sino un quién.

Los escombros llovieron desde la fachada de la Facultad de Medicina, pero el ruido se desvaneció. El evento parecía haberse acabado. Un momento después, James sintió un movimiento en el extremo más alejado de la multitud, en el punto más cercano del edificio deformado. El grupo se disipó, alejándose como de un núcleo en movimiento. James se puso en puntillas, tratando de ver quién o qué era. Desde su lugar en la Colina de la Victoria, pudo ver quien era finalmente.

Era, por supuesto, Petra.

Ella se alejaba de la Facultad de Medicina, con el rostro pálido y tranquilo. Acompañándole, una a cada lado, estaban Izzy y Lucy. Ambas chicas miraron a su alrededor a la multitud disipada, con sus ojos brillantes en la oscuridad.

James se separó de sus amigos, y se movió por el sendero de la Colina de la Victoria, encontrándose con Petra cuando ella salió de la multitud. Nadie había intentado detenerla o incluso para interrogarla. Un perfecto silencio se cernía sobre la escena mientras todos miraban, inexplicablemente sin aliento.

Petra se encontró con los ojos de James. Parecía cansada y exhausta pero por lo demás, perfectamente normal. Ella sostenía la mano derecha de Lucy y la izquierda de Izzy. Poco a poco, miró a un lado de la estatua rota donde yacía cerca, brillando en la luz de la luna.

—Enhorabuena, James —dijo ella débilmente, otorgándole una pequeña sonrisa afectuosa —Has ganado.



Una oleada de conmoción surgió sobre la multitud que se encontraba cerca de la parte frontal: esta era Petra Morganstern, la que había atacado el Salón de Archivos y maldecido al Sr. Henredon, la que había sido escoltada a la Facultad de Medicina inconsciente, preparada para ser encarcelada.

—¡Pero le dieron la manzana envenenada! —Susurró alguien con dureza —
¿Cómo se despertó?

—Ella es una criminal —dijo otro con voz áspera —¡Es peligrosa!

Y otro dijo —¡Mira lo que le hizo a la Facultad de Medicina!

Un bajo clamor surgió desde la multitud, extendiéndose hasta una chusma. Entonces, voces más fuertes comenzaron a aparecer. James miró hacia arriba y no sabía si sentirse aliviado o consternado al ver al Rector Franklyn acercándose y abriéndose espacio entre la multitud. El Profesor Jackson y Mama Newt le seguían de cerca con sus caras sombrías. Inexplicablemente, Albus parecía estar siguiendo la estela del Profesor Jackson, con los ojos brillantes de la emoción.

—Señorita Morganstern —dijo Franklyn en cuanto salió de la multitud —
¿Qué está haciendo? ¡Regrese a la Facultad de Medicina ahora! ¿Dónde están sus guardias?

—Lo siento, Rector —dijo Petra y James oyó en su voz que realmente era ella
—Lo siento por todo lo que pasó, pero no volveré. Tal vez podría reparar todo.
Pero no ahora. Hay asuntos más urgentes.

—No hay asuntos más urgentes, señorita —proclamó Jackson con gravedad. James vio que el profesor tenía su varita en la mano y lista. Albus miró ávidamente alrededor del codo de Jackson —Usted es una criminal convicta, entenderá que no podemos permitir que se vaya de este campus.

—Y comprenderá, creo, que no hay forma en que me puedan detener —respondió Petra, casi disculpándose.

Jackson levantó su varita y Franklyn al verlo, la levantó también con su cara tensa. Abrió la boca para hablar, pero Mama Newt le interrumpió.

—¿Qué es lo que tiene que hacer, querida? —preguntó ella, moviéndose por delante de los dos hombres y sonriendo con curiosidad a Petra.

Petra miró a un lado, hacia James —Tenemos un viaje que hacer —respondió ella —No muy lejos y, sin embargo, creo que muy lejos a la vez ¿Todavía estás conmigo, James?

James asintió —Pero ¿Cómo lo sabes? Nunca tuve la oportunidad de decirte.

—Lo sé porque tú lo sabes —dijo ella, y James comprendió: el hilo de plata. Funciona en ambos sentidos. Ella puede no haber entendido el plan antes de su arresto, pero lo hizo ahora. James podía verlo en sus ojos cuando ella lo miró.

—¿Y cuál, si me permite el atrevimiento, es el propósito de este viaje? —preguntó Mama Newt, aun sonriendo débilmente.

—Para saber la verdad, señora —respondió James esta vez.

Franklyn negó firmemente con la cabeza —No, no puedo permitir esto. Profesora Newton, usted no entiende qué es lo que piensan hacer. Se refieren a abrir la Cortina de Nexus. Usted puede ver que la Mansión Apolo se encuentra una vez más en la cima de la Colina de la Victoria. Teniendo la llave adecuada, pueden tener éxito en pasar hacia otra dimensión. La chicha se refiere a escapar a un reino donde nadie será capaz de seguirla.



—Eso no es cierto —gritó James, moviéndose hasta ponerse frente de Petra — ¡Petra no tiene que escapar porque ella no es culpable! —Se detuvo y luego miró por encima del hombro con su ceño fruncido —Em... ¿verdad?

Petra lo miró a los ojos, pero no respondió. Al menos, no con palabras.

—Rector —dijo Mama Newt —creo que me inclino a estar en desacuerdo con usted. Yo no creo que la Srta. Morganstern se refiera a querer escapar. Creo que ella nos está diciendo la verdad, sobre todo.

—Todo evidencia lo contrario, Profesora —dijo Jackson, con su varita aún levantada y señalando a Petra —¿Cómo es posible que creas eso?

La sonrisa de Mama Newt se amplió mientras ella seguía mirando a Petra — Llámalo intuición femenina —dijo ella con poco énfasis —Además, sospecho que ella tiene razón en una cosa más: no creo que podamos detenerla, aunque nos hubiese gustado. Ella es... —Mama Newt hizo una pausa y entrecerró los ojos — ...única.

—Profesora Newton —dijo Franklyn, moviendo la cabeza de nuevo y haciendo que sus gafas cuadradas parpadearan a la luz de la luna —no podemos simplemente permitir que esta mujer se vaya. Ella es una prisionera condenada por el Tribunal de Magia de los Estados Unidos.

—Pero ella no se está yendo, no técnicamente —respondió Mama Newt a la ligera —Si usted tiene razón, Rector, entonces la Srta. Morganstern estará simplemente entrando a la Mansión Apolo. Todavía se puede decir que está dentro del campus. Nadie puede negar este hecho. Por lo tanto, creo, podemos decir honestamente que hemos realizado nuestros deberes, así como podría esperarse, dadas las circunstancias.

—Madame —comenzó diciendo Jackson, pero Mama Newt lo detuvo con una rápida mirada hacia atrás.

—Baja tu varita, Theodore —dijo ella, con su voz repentinamente acerada — No sean tontos. Somos profesores, Esto está, como dicen, muy por encima de nuestro nivel de pago.

—Ella es una prisionera del Tribunal de Magia —insistió Franklyn con urgencia bajando su propia varita.

—Y nosotros no somos árbitros —respondió Mama Newt, suspirando —Deja que la joven haga lo que ella quiere hacer. Ella volverá, ¿No es así, querida? —preguntó, dirigiéndose a Petra.

—Si puedo —contestó Petra —Y me someteré a cualquier consecuencia que haya cuando lo haga. Tengo la esperanza de que las cosas vayan a ser un poco diferentes para entonces. Para todos nosotros.

El rostro de Franklyn estaba rojo de tensión. Jackson parecía estar en un precario equilibrio entre levantar su varita de nuevo o acatar la sugerencia de Mama Newt.

—Gracias, Profesora —dijo Petra a la mujer de más edad frente a ella.

—Por favor —dijo Newt, sonriendo como una abuela —llámame Mama Newt.

Petra se giró hacia James de nuevo y luego miró de reojo hacia Ralph y Zane, quienes también se habían acercado, con sus ojos muy abiertos y graves.

—Creo que voy a ir a buscar la herradura del unicornio —sugirió Zane en voz baja —Todavía está enterrado bajo el Sauce Zurcidor.

—No es necesario —dijo Petra. Soltó la mano de Lucy y metió la mano en su bolsillo en la parte delantera de su vestido gris. James habría jurado que el bolsillo era demasiado pequeño para contener algo tan grande, pero cuando Petra sacó la mano, estaba sosteniendo la herradura plateada. Brillaba débilmente y un murmullo de asombro y temor vibraba a través de la multitud.

—Dios mío —dijo una voz débil. James miró hacia atrás y vio al Rector Franklyn con la mirada fija en la herradura y palideciendo. *Se está dando cuenta de todo*, pensó James. Sólo así, *él es un tipo inteligente...*

—No esperaba que estaríamos haciendo esto en frente de toda la escuela —murmuró Ralph, aceptando la herradura cuando Petra se la entregó.

—No importa —dijo Petra, sonriendo débilmente. Se volvió hacia Lucy e Izzy —Ambas se quedarán aquí. No hay necesidad de que ustedes vengan.

Izzy no hizo ningún esfuerzo para soltar la mano de Petra y James comprendió que la sugerencia de Petra era meramente superficial. No había manera de que Izzy quisiera quedarse atrás.

—Quiero ir —dijo Lucy, mirando de Petra a James —Quiero ver. No sé nada de lo que va a pasar, pero estoy en esto ahora, sin importar lo que sea.

James esperaba que Petra se lo prohibiera a Lucy, pero la chica mayor se limitó a asentir. Miró de nuevo a Ralph, que aún sostenía la herradura ligeramente brillante.

—Vamos a hacerlo —anunció Zane estoicamente —Vamos a acabar de una vez.

Juntos, los tres chicos y las tres chicas se volvieron y caminaron hasta la Colina de la Victoria, acercándose a la esquina de la Mansión Apolo. El resto del equipo Pie-grande se reunió en silencio alrededor de ellos, guardando una distancia cuidadosa. Todos ellos pudieron ver la forma de herradura grabada en la piedra angular del edificio, dividido por la grieta entre la casa principal y los cimientos permanentes.

—¿Qué es todo esto, James? —preguntó Jazmine en voz baja mientras James la miró.

—Es...una larga historia —respondió después de un momento —Pero no es una mala historia. Petra es mi amiga y tengo que tratar de ayudarla.

—Vas a contarnos todo sobre ella cuando vuelvas, ¿verdad? —sugirió Wentworth, frunciendo el ceño ligeramente.

—Definitivamente —asintió Ralph, moviendo su gran varita. Su punta de color verde lima brillaba tenuemente bajo la luna.



—¿Quieres que vayamos también? —preguntó Gobbins —Porque podríamos, tú sabes —El resto del equipo, incluso los jugadores de reserva, murmuraron en acuerdo.

—No —respondió James, sonriendo —pero gracias.

—Menos mal —respiró Norrick —Buena suerte, entonces. Donde sea que vayan, y lo que vayan a hacer cuando estén ahí, buena suerte.

Mukthatch dejó escapar un ladrido alentador.

Ralph se dio vuelta y levantó la herradura, poniéndola en el lugar de la forma tallada en la piedra angular.

—Petra —preguntó James en voz baja, volviéndose a mirarla —¿Qué pasó ahí en la Facultad de Medicina? ¿Qué pasó con Keynes?

Petra lo miró a los ojos, pensativa —Él todavía está vivo —respondió ella con sencillez. James sintió sus pensamientos y sintió que estaba diciendo la verdad. No era toda la verdad, lo sabía, pero por ahora, era suficiente.

Se movió un paso más cerca de ella para que nadie más lo oyera —¿Es verdad, Petra? —Susurró —¿Eres una...Hechicera?

Sus ojos no se separaron de él —Sí —murmuró ella, y se encogió de hombros ligeramente. Las lágrimas estaban en sus ojos, brillando débilmente. Ella trató de sonreír, pero vaciló.

James asintió, por ahora. No había nada más que decir.

Con un suave sonido chirriante, Ralph empujó la herradura del unicornio en la forma grabada en la piedra angular. No había ruido de choque o una explosión de luz mágica, sin embargo, la multitud respondió. Un suspiro de asombro se apoderó del patio. James levantó la vista, al igual que el resto. Una luz de color rosa tenue brillaba desde todas las ventanas de la Mansión Apolo. Se movió suavemente, pareciendo hacer alusión a todos los colores del arco iris e incluso algunos colores que James nunca había imaginado.

—Creo que debemos entrar —sugirió Lucy, con su voz una octava más alta de lo habitual —¿Eso es todo?

James asintió y extendió las manos, sosteniendo a Lucy a su derecha y a Petra a su izquierda. Poco a poco, el grupo comenzó a caminar hacia la entrada principal de la Mansión Apolo.

—¡Chicos! —llamó una voz de repente. James se detuvo de nuevo con un pie en el primer peldaño. Miró hacia atrás y vio al Rector Franklyn mirándolo, con el rostro iluminado con la luz suave de color rosa.

—Si ven a Ignatius Magnussen —dijo Franklyn con seriedad —díganle...que se mantenga alejado. Díganle que no vuelva ¿Lo harán?

Con esas palabras, James pensó que finalmente entendía las razones de Franklyn por querer mantener la Cortina de Nexus cerrada para siempre. Magnussen, a pesar de ser amigo de Franklyn, había sido un monstruo. Si hubiera escapado por la Cortina de Nexus, entonces tal vez (con suerte) fue solo un viaje de ida. Tal vez la única manera de que el asesino pudiera regresar sería si la cortina se abría de nuevo desde este lado y Franklyn había hecho la misión de su vida el asegurar que esto nunca sucediera.

—Él no volverá, Rector —contestó Ralph impasible, alzando la voz sólo lo suficiente como para ser escuchado —Confíe en nosotros.

Franklyn estudió el rostro de Ralph por un momento y luego asintió lentamente.

Un momento después, Zane cogió la manija de la puerta encima de la corta escalinata de la Mansión Apolo. La agarró, pulsó el pestillo y la abrió. Una luz pulsante y misteriosa cubría cada superficie en el interior, cambiando hipnóticamente.

—Todos juntos —dijo Petra, apretando la mano de James —Que todos se aferren a alguien más. Creo que en el momento que crucemos el umbral, pasaremos a través de la cortina. Creo que toda la casa es el portal. ¿Listos?



James tragó saliva. Ralph se estremeció y Zane dijo —Adelántense, solo volveré a la Casa Hermes por mi cámara, ¿Está bien?

Ralph agarró la mano del chico rubio y Zane la apretó, riendo nerviosamente.

Como si fueran uno, los seis entraron por la puerta hacia la luz rosada débil, y desaparecieron.



El primer paso de James en el Mundo entre los Mundos casi lo tumbó sobre un acantilado rocoso negro. Petra y Lucy aún sostenían sus manos a ambos lados y lo tiraron hacia atrás cuando su pie se sumergía en el espacio vacío. Se quedó sin aliento cuando sacó su pie hacia atrás, y se tambaleó en la cornisa. Los seis viajeros miraban atentamente hacia abajo dentro de la distancia brumosa.

Parecían estar de pie en el borde de una cueva poco profunda dentro de un acantilado de piedra negra afilada. Un centenar de metros más abajo, las olas monstruosas estrellaban contra la cara del acantilado, enviando explosiones de agua blanca como en cámara lenta. Más allá de esto, el océano gris se extendía fuera hacia el horizonte.

James se estremeció —Casi me caigo ahí —comentó, con los ojos abiertos.

—Este no es el lugar más conveniente para poner un portal —asintió Zane — Incluso si sobreviviste la caída ¿Quién sabe qué clase de monstruos nadan alrededor en un océano de esa manera?

—Nada en absoluto —contestó Petra, con su voz tranquila pero enfática —No hay nada vivo en esa agua. Nada en absoluto. Se puede sentir ¿Puedes?

Lucy frunció el ceño. Era casi una mueca de disgusto —Sí —respondió ella — Es como si esto no fuera un lugar en absoluto. Es más como una especie de

escaparate, algo sólo para ocupar el espacio. No hay...sabor. Nada de vida o color en lo absoluto, es como masticar cartón.

—O como dar un vistazo detrás de la cortina de la realidad —acotó Ralph, con el rostro tenso —Como si aquí tuviera que pasar algo, pero se supone que nadie debiera verlo.

—Creo que tiene sentido —dijo Izzy, sin soltar la mano de Petra.

Petra estuvo de acuerdo —No es realmente un mundo después de todo — reflexionó —Es sólo el Mundo entre los Mundos.

—Miren —dijo Zane de repente, levantando su brazo hacia el lejano horizonte —No todo es sólo agua. Hay algo ahí fuera.

James siguió el dedo apuntando de Zane. Muy débil y distante, una forma oscura se aferró hasta el horizonte.

—¿Es un bote? —preguntó Lucy dubitativa.

Ralph sacudió la cabeza —Es una isla, creo. Pero no como cualquier isla que haya visto nunca. Se ve casi como un gran estrado gigante.

—Es una meseta —dijo Petra —Al igual que éste, creo. Mira a la derecha, hay otra.

—Hay más en este lado —añadió Zane, mirando alrededor de los cantos rodados del borde izquierdo de la cueva.

James se inclinó cuidadosamente sobre las rocas de la boca de la cueva, explorando la longitud del horizonte acuoso. Las formas eran grises en la niebla del océano, casi tan lejos como parecer invisibles, pero una vez que empezó a buscarlo, más y más de ellos parecían aparecer. Eran inquietantemente similar: mesetas rocosas, extrañamente plana en la parte superior, elevándose como escalones gigantes del océano monstruoso.

—¿Qué son? —preguntó Izzy en voz baja.

—Son portales —contestó Petra y James no dudaba de ella —Al igual que éste. Cada uno lleva a un universo diferente, o dimensión, o realidad. Algunos de ellos pueden ser exactamente igual que la nuestra. Otros deben ser tan diferentes, tan ajenos, que apenas podríamos mirarlos.

—Son horribles —proclamó Lucy con un escalofrío, abrazándose.

—No —contrarrestó Petra —Son lo que son. Ni buenos, ni malos. Son solo eso.

—¿Crees que todo este mundo está cubierto con esos? —preguntó Ralph

Petra sacudió la cabeza —No es un mundo, no es redondo y no tiene fin. Pero sí. Creo que todo está ahí. Uno a uno, hasta el infinito. Si uno tuviera un bote, piensen en los lugares que se iría, las cosas que se verían.

James volvió a estremecerse ante la idea de tomar un bote hacia ese extraño desastre, el océano anormalmente plano era horrible. Mirando a lo largo de esa distancia y esas interminables islas templadas, James quería nada más que volver a la poca profundidad de la cueva y apiñarse en una bola. Se dio la vuelta y se sintió sorprendido y aliviado al ver una puerta en las sombras de la caverna. Estaba enmarcada con madera y James la reconoció inmediato como la entrada principal de la Mansión Apolo vista desde el interior. Permanecía abierta y a través de ella, James todavía podía ver la pendiente de la Colina de la Victoria, la estatua del hombre lobo rota, y la multitud congregada con incertidumbre en el patio detrás de la Residencia de la Administración.

—Supongo que esa es la forma que volveremos cuando estemos listos —dijo, haciendo un gesto hacia la puerta. El resto se dio vuelta y miró, y provocó una palpable sensación de alivio. La vista del patio oscuro y el campus eran muy reconfortantes después de toda esa inmensidad en blanco brillante.

Lucy finalmente soltó la mano de James y dijo —Entonces, ¿Qué hacemos ahora?

James miró a su alrededor con nerviosismo —Supongo que sólo debemos buscar alrededor —se aventuró —La razón por la que vinimos aquí es porque este

es el único lugar que alguien podría ocultar algo tan poderoso como el hilo robado de la Bóveda de los Destinos. Si podemos encontrar el hilo, entonces tal vez podamos descubrir quién realmente irrumpió en el Archivo y probar la inocencia de Petra.

—Y para mencionarlo —añadió Zane de repente, como si la idea se le acabara de ocurrir —si encontramos el hilo perdido, ¡tal vez podamos ponerlo de nuevo en el telar! ¡Tal vez eso pueda volver a poner todo en orden! Después de todo, nuestro telar fue cambiado con uno de otra dimensión ¿verdad? ¡Se quedó atascado aquí en vez de volver de nuevo a nuestro propio universo porque quien irrumpió en la Bóveda robó el hilo carmesí de ella! ¿Recuerdan lo que dijo el profesor Jackson? ¡Dijo que el cambio de los telares entre nuestra dimensión y otra extranjera cambió todo, y tal vez incluso rompió el equilibrio de los destinos! Se refería a que si el hilo no es devuelto, con el tiempo las cosas se descomponen ¡en un completo caos! Tal vez si lo devolvemos...

—Entonces todos nuestros destinos se ajustarán de nuevo a la forma en que estaban antes de la ruptura —dijo James, completando el pensamiento de su amigo —Me pregunto ¿Será posible?

—¿Tal vez Petra nunca haya sido arrestada? —sugirió Izzy, con un pequeño rayo de esperanza en su frente.

—Tal vez, si reemplazamos el hilo carmesí —replicó Zane pensativo — entonces nada de esto hubiera pasado.

El grupo estuvo en silencio por un momento, ya que todos consideraban esto. Por último, James asintió con decisión.

—Está bien entonces —anunció —Todo el mundo a buscar. Vamos a ver si podemos encontrar alguna evidencia de que alguien de nuestro mundo estuvo aquí hace poco.

Ralph parpadeó —¿Cómo un envoltorio de caramelo o algo así, quizás?

—¿Por qué? —Preguntó Zane —¿Viste uno?



—No —dijo Ralph negando con la cabeza, y luego añadió —Pero hay una escalera tallada en las rocas por la saliente de allá. ¿Tal vez alguien dejó caer algo por ahí?

James miró alrededor del chico más grande hacia la esquina derecha de la boca de la cueva. Tal como Ralph había dicho, una serie de desgastados peldaños estrechos se curvaban alrededor de una roca, dirigiéndose hacia una luz opaca.

—¿Dónde creen que llevan? —preguntó Lucy

Petra dio un paso hacia las escaleras —Arriba —dijo simplemente. Ella soltó la mano de James, renovó su control sobre Izzy, y se dirigió hacia la escalera de piedra casi escondida. El resto le siguió en silencio.

Las escaleras, efectivamente subían. Mientras James seguía a Petra e Izzy dentro de la extraña luz plana del Mundo entre los Mundos, vio las escaleras que subía de forma desigual ante ellos, tallada en los riscos del acantilado. Los escalones tenían un leve desgaste por el tiempo y estaban mojados con rocío por lo que James tragó saliva mientras comenzaba a subir por ellos. Sintió el tirón de la distancia sobre su lado izquierdo y escuchó el choque de las olas estremeciéndose tratando de subir, intentando arrastrarlos a todos hacia abajo. Para compensar, se apoyó contra la pared del acantilado, a su derecha, casi abrazándolo mientras subía. Detrás de él, Lucy, Zane y Ralph lo siguieron de cerca, lanzando miradas preocupadas hacia las profundidades hambrientas.

Pasaron varios minutos. El acantilado era extraordinariamente alto y James sintió que los peldaños los había acercado un poco a la extraña isla. Por último y de forma inesperada, los seis viajeros llegaron a la cima. Petra e Izzy dieron unos pocos pasos sobre la meseta plata y el resto se reunió a su alrededor inconscientemente contra el enorme espacio blanco que había por todos lados.

James se dio cuenta de dónde estaban, incluso antes de ver el castillo negro. Recordó el sonido sibilante de la hierba amarilla y la marcha de las nubes que el viento empujaba. Lo había visto todo en visiones en sueños de Petra y había asumido que sólo había sido un producto de su subconsciente. Ahora, de pie sobre la roca sólida de este lugar, sintiendo la niebla salada en la cara y el viento que



peinaba su cabello como si tuviera dedos, sintió el cambio sutil de los destinos. Aquí, todo era posible. Los seis estaban de pie sobre la base de la cruda realidad, de la cual todas las dimensiones surgieron y crecieron. Aquí, cada paso tenía el potencial de sacudir universos. Y de alguna manera, en el fondo del sótano de la mente de Petra, ella lo había conocido. Había sentido que acabarían aquí, y porque ella lo había sabido, James lo sabía. Sólo que no se había dado cuenta.

—Estoy seguro que no me lo esperaba —dijo Ralph respirando y mirando con asombro el Castillo Negro. Estaba en la cornisa distante de la meseta, desafiando la gravedad, con torres incrustadas y techos cónicos. Sus ventanas eran altas y estrechas, sin cristal, negras como la fatalidad.

—Ahí es donde tenemos que ir —dijo James, no queriendo ir ahí pero sabiendo que era su destino. Junto a él, Petra asintió.

—Hay alguien ahí —dijo Lucy en voz baja

Zane miró hacia el castillo —Parece vacío para mí —comentó, un poco esperanzado —Al menos parece...más o menos...muerto.

—Que bien —gimió Ralph.

Petra habló con calma —Si hay alguien ahí, entonces nos está esperando. Esto es lo que vinimos a buscar ¿no es así? Vamos. Pero...mantengan sus varitas en mano. Nunca se sabe.

El grupo comenzó a caminar a través de una suave joroba de la meseta, vadeando a través de la hierba amarilla susurrante. James recordó que había dejado caer su propia varita en los últimos segundos del partido de Clutchcudgel y había olvidado por completo recuperarla después. Se maldijo en silencio, pero recordó a sí mismo que estaba caminando junto a una de las personas más poderosas del mundo mágico. Si Petra se mostraba incapaz de afrontar lo que estaba por venir, entonces su varita seguramente no sería de ninguna ayuda de todos modos.

Mientras pasaban los minutos, el castillo iba creciendo gradualmente a medida que se acercaba. Era bastante pequeño, por lo menos en comparación a



Hogwarts, pero casi increíblemente alto, raspando sus torres en las nubes grises. James se dio cuenta de que, así como en las visiones en sueños, el castillo estaba situado en la cornisa del acantilado, desafiando la gravedad. Tal vez la magia lo sostenía en su lugar o tal vez simplemente se equilibraba allí por hábito. De cualquier forma, era muy desconcertante al mirar. James sintió que el simple peso de su mirada podría ser suficiente para hacer colapsar la estructura hacia atrás hacia las olas que esperaban abajo.

—¿Qué es eso? —preguntó Izzy de repente, deteniéndose y señalando. James se giró y vio un objeto que sobresalía de la hierba a cierta distancia, a la sombra de unas rocas bajas. En silencio, el grupo se dirigió hacia el objeto, cautelosos pero curiosos.

James fue el primero en llegar y quedó mirándolo, tratando de dar sentido a la forma de la misma. Era bastante grande, pero bajo y aerodinámico, compuesto por madera y metal, cubierto con una fina maraña y cuerdas sedosas. Yacía inclinada sobre su lado, casi enterrado en la hierba.

—Parece ser un bote —sugirió Ralph con incertidumbre —¿Pero cómo podría haber llegado hasta aquí?

—No es un bote —dijo Zane desde cierta distancia —Mira la colina al lado de él. ¿Ves toda esa vieja tela?

James miró. Al lado de la “forma de bote” había un charco de tela azul arrugada, desvaneciéndose casi hasta estar blanco. Aferrándose a la colina rocosa como una piel, abriéndose paso en miles de lugares con matas de hierba.

—Fue una aeronave —dijo Lucy con su voz llena de asombro —Alguien vino aquí por vía aérea. Hace mucho tiempo, por el aspecto de la misma. Tal vez hace décadas.

—Tal vez incluso siglos —agregó Petra —No hay manera de saberlo con seguridad. Todavía no hay bichos aquí. Nada que pudra la tela o madera, nada que corra el metal. Se ve casi como el día que aterrizó a excepción de que el globo está plano y destruido por la hierba que sobresalía a través de ella.



—Los viajeros de una de las otras dimensiones en la isla, ¿Te parece? — preguntó James, acercándose al casco de madera y mirando. El interior estaba casi vacío a excepción de unos pocos asientos y un mango timón grande que sobresalía torcidamente desde la parte posterior.

—Un viajero, al menos —aventuró Petra —¿Me pregunto de qué dimensión venía? ¿Y si lo hizo en nuestro propio mundo?

James se dio cuenta de una serie de símbolos pintados en el casco de la nave, desvanecidos casi en el olvido. Entre ellos estaba la inconfundible forma de un unicornio, blanco y en la popa, con su cuerno de un púrpura pálido. Ralph y Zane se unieron a James allí y vieron la misma cosa.

—El Jinete —dijo James en voz baja —¡El de los tapices en el Castillo Érebus! Esta fue su nave. De él y del unicornio que venía con él.

—¿Cómo puede ser? —Preguntó Ralph en voz baja —Cuando el jinete llegó, él llegó a algún lugar de vuelta a casa, en Europa, en la Edad Media, ¿no?

James negó con la cabeza —Estos portales no son como puertas normales —respondió —No creo que el tiempo o la distancia hagan mucha diferencia con ellos. La Cortina de Nexus siempre puede estar ahí, conectando a nuestro mundo, pero es probable que parezca diferente cada vez que se abra. Puede ser abierta en su totalidad en diferentes momentos y lugares en nuestro mundo. No hay manera de saberlo.

Zane apenas escuchaba. Se movía a lo largo del casco del dirigible abandonado, estudiando los símbolos pintados en él —Miren —dijo, tocando uno de los dibujos —El unicornio que llegó con el jinete no era una bestia regular. Se puede ver solo con mirar la forma en que está pintado. Era inteligente. No era el sirviente del Jinete.

—Eran socios —agregó Ralph, inclinándose para mirar los dibujos —Eran los exploradores.

James sacudió la cabeza sombríamente —Lástima que sus exploraciones les trajeran aquí.

Ellos sabían del riesgo que sufrían, dijo una voz delgada y fantasmal en el oído de James.

Los tres chicos se sorprendieron y dieron la vuelta, con sus ojos saltones. Detrás de ellos, mirándolos con triste curiosidad había una forma gris tenue, casi invisible a la luz plana de la meseta. Era la figura de una mujer, joven y moderadamente bonita, con ojos grandes y una pequeña boca triste.

Perdón, dijo ella débilmente. No era mi intención asustarlos.

—¿Es usted un fan...fan... —tartamudeó Ralph, con el rostro blanco —un fantasma?

—Oh santo cielo, Ralph —dijo Lucy, acercándose y sacudiendo la cabeza — Tuviste un profesor fantasma los últimos dos años en Hogwarts.

—Sí —admitió Ralph un poco a la defensiva —Bueno, una cosa es tener una clase programada con uno y otra cosa es tener un susurro en el oído cuando estás explorando alguna extraña isla muerta.

Lo siento, dijo el fantasma de nuevo yéndose hacia atrás. Ha pasado tanto tiempo desde que no he visto a nadie. Me olvido de lo que es hacer frente a la vida.

—¿Quién es usted, señorita? —preguntó Petra, inclinando la cabeza, pensativa.

Mi nombre es Fredericka, respondió el fantasma e hizo una reverencia obediente con sus manos transparentes. Fredericka Staples. He estado aquí desde que...Hizo una pausa antes de terminar, como si estuviera avergonzada o reacia a admitirlo. Um, desde que morí.

—Fredericka Staples —dijo James, con los ojos muy abiertos —Tu ere la que...la mujer que Magnussen...Em.

El fantasma asintió y apretó los labios, obviamente no deseando discutir el tema.

—¿Quién? —preguntó Lucy, pero James negó con la cabeza.



—Ella murió en el campus de Alma Aleron —respondió en voz baja —Ella era una muggle y ella se involucró con el mago oscuro equivocado. Te contaré el resto más tarde si realmente quieres saberlo.

—No quiero —dijo Lucy rápidamente —Encantada de conocerla, señorita Staples. Creo.

—Pero pensé que no había fantasmas en Alma Aleron —comentó Ralph

Zane se encogió de hombros —Creo que ya no estamos en Kansas, Toto.

Ralph giró sus ojos —No sé qué significa eso.

Lucy dijo —Significa que no estamos más en Alma Aleron ¿Verdad? Las reglas normales no se aplican.

—Tal vez —reflexionó Petra, como para sí misma —Quizás este lugar es la razón por la que no hay fantasmas en Alma Aleron. Quizás el portal en el mundo entre los mundos es como un imán fantasmal, atrayéndolos o conduciéndolos, o incluso ambas cosas al mismo tiempo.

—Pero eso no puede estar bien —dijo James —Nadie puede entrar a través de la Cortina de Nexus sin la llave correcta.

—Creo que eso es cierto sólo para los vivos —comentó Izzy pensativa —Los muertos pueden pasar a través de todo tipo de puerta que estén cerradas mientras ellos estaban vivos.

El fantasma de Fredericka Staples asintió. *Cuando morí, hubo una gran luz blanca. Yo sabía que tenía que ir a ella, pero no quería. No estaba lista para irme aún. Estaba comprometida a casarme, ya ves. Mi vida apenas acababa de comenzar y no lo supe hasta que morí. No realmente. La luz me atrajo, pero me resistí. Y entonces, fui empujada de vuelta a la luz blanca...otra cosa comenzó a tirar de mí. Era como el opuesto a la luz blanca...era...un agujero negro, o algo así. Era fuerte y no podía controlarlo. Me tiraba y entonces...de repente...estaba aquí. Al principio, pensé que esta era la vida después de la muerte, pero no por mucho tiempo. No había cielo o infierno. Era sólo...aquí. Y hubo gente aquí, a veces.*

James parpadeó —¿Usted vio gente aquí?

Fredericka lo miró y luego gesticuló hacia la antigua aeronave. *Más de las naves vinieron una vez, hace mucho tiempo, dijo con su voz delgada y lejana. Parecía ser una sola, una bien grande. Ellos me vieron y me hablaron. Habían seguido la ruta de los que vinieron en esa nave y me preguntaron por ellos. Les dije que lo sentía, pero que no sabía nada acerca de sus amigos perdidos. Luego usaron sus herramientas para descubrir la verdad (que la malvada gente mágica habían capturado al hombre y al unicornio y los habían matado) y luego descubrieron que lo mismo me había sucedido a mí. Descubrieron mucho, sin embargo. Se enteraron de que no todas las personas de nuestro mundo son como las que cometieron esos actos. Que hay buenos entre nosotros, siempre luchando contra el mal, pero el balance del poder está constantemente cambiando. Determinaron que nuestro mundo era demasiado peligroso para que pudieran explorarlo, y construyeron el castillo negro como una advertencia. Ha estado allí desde entonces, vacío y silencioso. Hasta hace muy poco.*

—Usted vio a alguien más —dijo Petra. No era una pregunta, pero Fredericka asintió de todos modos, volviendo su atención a ella.

Vi, pero no me acerqué. Me escondí. Yo sabía que estaba más segura de esa forma. Ser un fantasma tiene sus beneficios. Difícilmente algo pueda asustarte. Pero algunas cosas son peores que la muerte. Me escondí y miraba.

Petra parecía entenderlo —Ellos fueron al castillo ¿Cierto?

Fredericka asintió, no queriendo o no pudiendo decir nada más.

—Ahí es donde iremos —dijo James, y tragó un nudo de miedo en su garganta —Deberíamos movernos antes que oscurezca.

Nunca se pone oscuro aquí, Fredericka instruyó blandamente. Nada cambia jamás aquí en absoluto. Ni siquiera el tiempo.

—Venga con nosotros, señorita Staples —sugirió Lucy —Quizás podamos ayudarle a volver a nuestro propio mundo.

Fredericka consideró esto con obvio anhelo y luego negó con la cabeza. *Yo no puedo entrar en el castillo, dijo. Tenía miedo de entrar incluso antes...de que ella...llegara. Ahora ni siquiera puedo soportar pensar en ello.*

Petra dijo —¿Sabes dónde está la escalera, Fredericka? ¿La que lleva hasta el portal de la cueva? —Cuando el fantasma asintió, Petra sonrió —Creo que usted será capaz de volver por si sola si así lo desea. Mientras estemos aquí, el portal está abierto y te llevará hasta nuestro tiempo y lugar. Tal vez usted pueda conseguir pasar y permanecer allí si lo intentas muy duro.

Fredericka miró con desgarradora esperanza. *¿De verdad lo crees?*

—No lo sé —contestó Petra, pero James pensó que lo sabía —De cualquier manera, vale la pena intentarlo. Buena suerte, Fredericka.

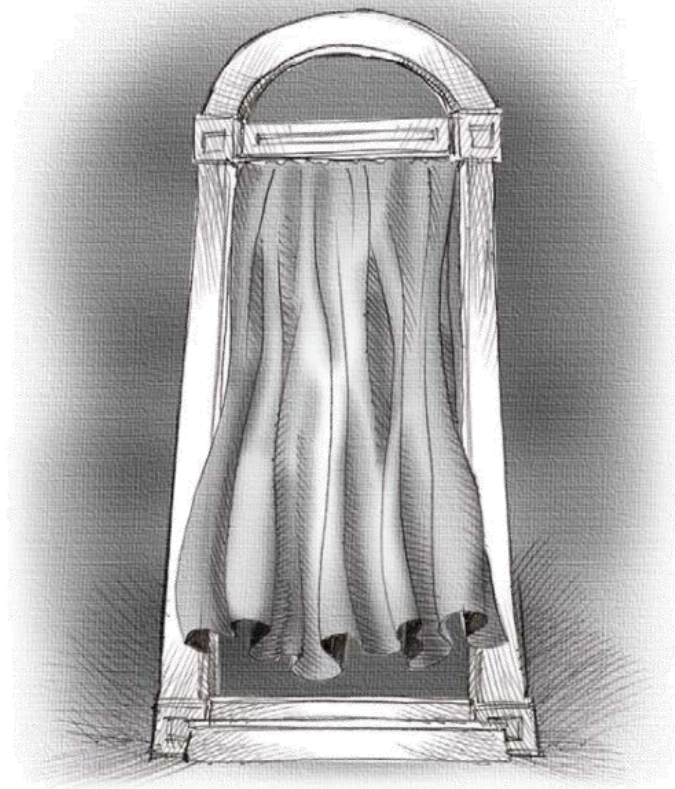
—Buena suerte —añadió James, y los demás se unieron

Gracias, dijo Fredericka débilmente. Creo que estoy lista para ir ahora. Dentro de la luz, si puedo y lo que está más allá de ella. Tal vez los veré a todos ustedes al otro lado.

—Más tarde que temprano —dijo Ralph rápidamente, y el fantasma sonrió comprendiendo. Un momento después, se volvió y pareció desaparecer de la vista mientras se deslizaba a través de la meseta.

El grupo vio al fantasma de Fredericka Staples desaparecer y luego se pusieron de pie en la constantemente silenciosa hierba por un largo momento, silenciosos y pensativos. Finalmente, aún sin palabras. James se giró hacia el castillo. Se erigía alto y siniestro en el cercano horizonte, no proyectando prácticamente ninguna sombra en la luz difusa del Mundo entre los Mundos. Los otros se giraron y miraron a la forma austera, con el peso de sus propios pensamientos secretos y miedos.

Poco a poco, los seis viajeros reanudaron su viaje.



Capítulo 24

A través de las cortinas

Cuando se acercaron al castillo, el silencio parecía que desarrollaba su extraña inercia. Al principio, James simplemente sentía que no había nada que decir. Y entonces, mientras pasaban los minutos, comenzó a sentir como si las palabras dichas de algún modo, estropearían el momento—no porque el momento fuera hermoso, por supuesto, ya que sin duda no lo era, sino porque había una fragilidad en el aire, una tensión como la seda de araña, que James se resistía a romper. Cuando el grupo finalmente se acercó a la orilla del acantilado donde el castillo negro se erigía, James finalmente se dio cuenta de la verdad de por qué todo se había vuelto tan tranquilo: todos tenían miedo de que realmente alguien *estuviera* dentro del castillo, alguien poderoso y terrible, que pudiera oír incluso el susurro suave y salir al encuentro de ellos.

Sin embargo, cuando se plantaron delante de las enormes puertas abiertas del castillo, hablar fue necesario.

James con voz ronca dijo, —¿Solo entramos? ¿Deberíamos... como llamar?

—Solo entremos, —Petra respondió, con su voz silenciosa. —Pero hay que tener un ojo agudo.

—Alguien nos está observando, —Lucy casi gimió, mirando para arriba a los balcones sobresalientes.

Petra asintió. —Lo sé. Nos están esperando.

James se acercó a su lado mientras se movían en la sombra de la entrada. —¿Sabes quién es?

Petra sacudió la cabeza y apretó los labios.

El interior del castillo estaba casi totalmente vacío. Una habitación enorme se abría delante de los viajeros, con bóvedas sombrías y extendiéndose más allá, en arcos con pilares. Los pasos del grupo hicieron ecos fuertes en la oscuridad, lo que hacía imposible el sigilo. El suelo de piedra estaba cubierto con decenas de grano estropeado y montones de hierba muerta. A medida que la tropa se deslizaba en el centro del espacio, moviéndose en un corrillo nervioso, James captó un atisbo de movimiento en la pared del fondo. Se asomó a la oscuridad, entrecerrando los ojos sin sus gafas, y distinguió una forma grande enmarcada. Era mucho más grande que un hombre y llena de sombras cambiantes: una suave y ondulante cortina.

—Tengo un mal presentimiento de esto, —Zane murmuró, mirando en la misma dirección que James.

Ralph asintió. —Hay más de ellas. Todas alrededor de la habitación. Veo por lo menos una docena.

—Son las vías de evacuación, —dijo Petra en voz baja. —Colocadas aquí por los que construyeron el castillo para aquellos aventureros desgraciados que podrían terminar abandonados aquí. Cada cortina llevará al viajero varado, de

nuevo a la dimensión de la que procede, aunque el dónde y cuándo podría ser un poco quisquilloso.

Con nerviosismo, Lucy preguntó. —¿Cómo sabes de estas cosas, Petra?

Petra se encogió de hombros. —No lo sé.

—Así que todas son como unas mini Cortinas de Nexus, —dijo James, mirando a su alrededor con asombro en los suaves y ondeantes portales.

Ralph parecía animado por esta noticia. —¿Así que *todas* nos llevarán de regreso a nuestro propio mundo?

—Yo tendría cuidado con ellas, —Petra advirtió. —Están bajo la influencia de aquella que ha tomado este castillo. Ellas harán para lo que fueron hechas, pero no sin los caprichosos trucos de ella. Pueden encontrarse en el fondo del Mar Muerto, o a cien metros por encima de un volcán activo. Cuidado con estos portales a menos que no haya otra esperanza.

—Un buen consejo de hecho, —dijo la intensa voz de una mujer. El sonido de la misma se hizo eco alrededor, haciéndola enorme y sin dirección. James se sorprendió, al igual que el resto del grupo. Todos los ojos escanearon el espacio oscuro, buscando la hablante, pero nadie era evidente.

—¿Quién es usted? —Petra llamó. —¿Y por qué ha atacado a nuestro mundo?

—Esa no es la pregunta que *realmente* quiero contestar, —la voz respondió, todavía resonando ampliamente por la cavernosa sala. —Aquí, el tiempo puede no significar mucho, pero te aseguro que, en el mundo del que vienes, todavía está en marcha, como siempre, y hay cosas que debemos atender tú y yo. No perdamos preciosos minutos en trivialidades.

James levantó la voz y se aventuró, —¿Dónde está el hilo carmesí?

—Una mejor pregunta, —contestó la voz de la mujer, sonriendo, y un delgado rayo de luz apareció a la vista, cortando a través de las alturas de la habitación, y brillando en una escena previamente desapercibida. James se volvió



hacia ella y se sorprendió de lo que vio. Una colección de muebles totalmente prosaicos, estaban colocados en una inconfundible disposición de un dormitorio. Había una cama, una estrecha mesa a un lado, una cómoda, un escritorio y una silla de respaldo alto, ubicados de forma que daba a los viajeros.

La mano de Petra apretó de repente la de James, casi lo suficiente para hacerle daño.

—El hilo está ahí, —la voz de la mujer se hizo eco en respuesta.

James entrecerró los ojos hacia la luz. Una pequeña caja de plata de joyería estaba abierta sobre el escritorio. Visible sólo por dentro había un broche de ópalo. Enrollado alrededor de este, brillando en la luz, había un trozo de hilo rojo metálico.

Zane se quedó sin aliento. —¡El hilo perdido!

Petra gimió, —¡El broche de mi padre!

James se separó del grupo. Armándose de valor, se acercó a la mesa, que se situaba más cercana de todos los muebles. Sin embargo, cuando llegó al broche, se le congeló la mano. Sintió las venas de los dedos frágiles por un momento, antes de que la carne crujiera blanca todo el camino hasta la muñeca. Zarcillos de vapor helado se arrastraban detrás mientras él tiraba su mano y la apretaba contra su pecho, gritando en estado de shock y miedo.

—Eso fue poco prudente, —dijo la voz de la mujer, con aire de suficiencia divertida. —Pero instructiva, estoy completamente segura. Sólo ella que es dueña del broche puede acercarse a él.

—¿Por qué hace esto? —Petra exigió, caminando hacia James y tomando su mano con la suya. Después de un momento, James volvió a gritar cuando la sensación regresó a ella. Flexionó los dedos de forma experimental y luego miró agradecido a Petra.

—No estoy haciendo nada, —respondió la mujer, y James finalmente pensó que la vio. Una figura se quedó disfrazada en las sombras más allá del haz de luz. Incluso en la oscuridad, reconoció la forma de ella—la túnica con capucha,



enmarcando esa hermosa y arrogante cara. Era la mujer que había conocido por primera vez en los pasillos de la Acuápolis al comienzo de su viaje. Era Judith, la Dama del Lago.

—Tienes razón, James, —dijo la mujer, como si hubiera leído sus pensamientos. Ella se adelantó un poco para que la luz iluminara sus rasgos. — Pero sólo un poco. He tomado la forma de la mujer que Merlínus una vez amó, pero también he adoptado un rastro de la mujer que tu amiga hechicera esperaba. Si ella me mira de cerca, la verá.

Petra miró más allá del haz de luz hacia la mujer en el otro lado. Su rostro palideció. — ¿Madre? —Susurró.

—Soy ambas y no soy ninguna, —la mujer respondió a la ligera, agitando una mano. —He tomado la forma de la Judith de Merlín y tu propia madre, querida, en parte porque me divierte y en parte porque era la condición del trato.

—El trato, —Petra dijo, todavía susurrando. —Pero... yo no maté a Izzy. Los sueños que tenía al comienzo de nuestro viaje estaban equivocados. Izzy *no* murió en el lago esa noche. Lo interrumpí. El trato nunca fue completado.

—No mataste a Izabella, —la mujer corrigió, —pero *mataste*. Enviaste a tu madrastra al lago en lugar de tu hermana. Al hacerlo, sólo cambiaste las *condiciones*. El trato en sí se cumplió. Tu destino insistió en ello. Así, más que recordarte a tu amada madre de otra vida, me tienes... a mí. *Me* levanté del lago la noche que mataste a tu madrastra. Me llamaste de las brumas del infierno, querida, en lugar de tu madre. Me gustaría poder decir que lo siento, pero por desgracia, no lo estoy.

— ¿Quién eres? —Petra volvió a preguntar.

—Esa todavía no es la pregunta que pide ser preguntada, —la mujer respondió con impaciencia, —pero si quieres saberlo, soy una Parca. Hay tres de nosotras, aunque no de la manera que podrías pensar. Las otras dos Parcas no conocen sus propias identidades, y por ahora eso me sienta muy bien. Mi verdadero nombre sería impronunciable para ti, así que me puedes llamar simplemente Judith o la Dama del Lago. Disfruto de ambos títulos.



—¿Por qué haces esto? —Esta vez, fue Lucy quien se acercó. Se puso de pie al lado de James.

—¿Por qué? —Dijo la mujer, alzando las cejas en una sonrisa de sorpresa. — Porque es *mi* destino. Y porque lo disfruto. ¿Necesitas alguna otra razón? —Ella se rió. —La verdad, es que he estado trabajando con este fin desde hace casi un año de su tiempo—casi desde el momento en que me levanté de la superficie del lago. Me tomó algún tiempo encontrarlos a todos ustedes, pero una vez que lo hice, sabía que me llevarían a donde tenía que estar. Incluso ayudé cuando era absolutamente necesario. Y, por supuesto, me llevaron a Alma Aleron y a ese delicioso dispositivo conocido como la Bóveda de los Destinos. El resto fue extrañamente fácil.

James sintió a Zane y a Ralph ahora junto a él. El grupo una vez más estuvo completo.

La voz de Petra se volvió fría cuando habló, —¿Qué es lo que quieres?

—Todavía la pregunta equivocada, —Judith regañó, con su frágil sonrisa. — Pronto voy a impacientarme contigo. Deja de perder nuestro valioso tiempo. Tenemos trabajo que hacer.

Zane tomó la palabra a continuación, su voz temblando ligeramente. — ¡Devuélvanos el hilo carmesí!

—Esa es una orden, no una pregunta. —Judith se burló un poco, girando su bonita y testaruda cara por un momento. —Y no puedo conceder tu demanda en cualquier caso.

Petra se acercó al broche, en torno al cual se enroscaba el tentador hilo, pero Judith la reprendió en advertencia.

—Yo no sería tan atrevida, querida, —bromeó. —El broche sólo puede ser tomado por aquella que es dueña.

—¡Pero *yo* lo soy! —Petra exclamó. Era casi una súplica

James dio un paso más hacia adelante, colocándose a la cabeza del grupo, con la mano aún entrelazada con la de Petra. —¿Lo harás? —Preguntó, enmarcando la cuestión con gran énfasis, —¿nos devolverás el hilo carmesí?

—¡*Esa* es la pregunta que he estado esperando! —Judith gritó, aplaudiendo con alegría —Y tengo una respuesta para ti, James Sirius Potter, maravilloso y audaz joven. La respuesta es no.

—¿Por qué no? —James exigió, moviéndose nuevamente para alcanzar el hilo entrelazado en el broche.

—¡Porque *ese no* es el hilo carmesí! —Exclamó Judith, con deleite. —¡Y porque el *verdadero* hilo carmesí no *desea* volver!

Mientras hablaba Judith, James percibió un movimiento dentro del haz de la luz. Se volvió hacia este y vio que había alguien más en el castillo con ellos, alguien que había estado allí todo el tiempo, sentada en la silla de respaldo alto, alejándose de ellos. Una pálida mano se movió en el brazo de la silla, agarrándolo para levantarse y darse la vuelta.

—Maravillosos tontos, —Judith respiró triunfante, mirando a la joven que ahora se encontraba en el haz de luz. —Ustedes no alcanzan a comprender el verdadero significado del Telar. Ese trozo de hilo que ven envuelto alrededor del broche es sólo un símbolo. *Ella* es el *verdadero* hilo carmesí, atraída por la Bóveda de los Destinos de su propia dimensión, así como el simbólico hilo en sí fue sacado del Telar. Siempre que el simbólico hilo quede aquí con nosotros, *así que... sí... es ELLA*.

James se quedó sin habla. Miró fijamente hacia el haz de luz, incapaz de apartar los ojos de la joven mujer de pie allí, sonriendo débilmente. Tenía el pelo largo y oscuro, enmarcando un rostro que conocía muy bien a excepción de los ojos. Allí, sólo vio una hueca falta de vida, acechando bajo un manto de miseria. A excepción de los ojos, la joven mujer de pie en el interior de la luz, en esa extraña habitación de esa casa, era Petra en sí misma.

—Izzy, —la otra Petra dijo, con la voz quebrada en llanto. —Lo siento mucho por matarte.

—Eras *tú*, lo soñé, —dijo Petra de repente, mirando fijamente a su gemela.
—No era yo. En tu mundo, ya era demasiado tarde. La mataste.

La otra Petra asintió lentamente, sin apartar los ojos de Izzy que estaba justo fuera de la luz.

—Así que ese es *tu* broche, —dijo James, asintiendo con la cabeza hacia la caja de joyería. —Nunca viniste en el viaje por el océano con nosotros, por lo que nunca se te perdió.

—Esta no es la Petra que conoces, James, —Judith respondió, finalmente moviéndose hacia la luz. —En el mundo de ella, nunca llegó a tu casa buscando refugio. En su lugar, ella se entregó al destino que la reclamó en la noche en que mató a su hermana. Ha abandonado el bien y renunciado al amor. No tiene nada que perder, por eso estaba tan dispuesta a unirse a mí. Y después de todo, ¿por qué no habría de hacerlo? Yo soy su madre. Ella pagó por mí. Ella pagó muy caro.

La otra Petra respondió a esto inclinando su mejilla sobre el hombro de Judith.

—Petra, —James gritó fuertemente, hablándole a la joven en la luz. —¡Esa no es realmente tu madre! ¿No has estado escuchando? ¡Ella es una bestia maligna del inframundo, empeñada en crear el caos! ¡Petra, ella ni siquiera es realmente humana!

—No me llames con ese nombre nunca más, James, —la joven mujer dijo con tristeza en la luz. —No es más Petra. Ahora sólo soy yo, Morgana.

Judith asintió lentamente y sonrió. —Mi “hija” y yo hemos estado muy ocupadas desde que la tomé de tu mundo. Verás, las reglas de la Cortina de Nexus no se aplican a cualquiera de nosotras. Ella no es de tu dimensión y yo no soy humana. Podemos atravesarla cuando deseemos, pero al hacerlo, trae sus consecuencias. Las dimensiones no responden bien a las dos partes de una persona que ocupan el mismo tiempo. Cada vez que mi Morgana pasaba a tu mundo, tu Petra se quedaba dormida. En verdad, sospecho que ella incluso se fue de tu mundo, y durmió aquí, en esta misma cama, cambiando de lugares con Morgana. Supongo que *podrían* existir en el mismo tiempo y en el mismo mundo—por una

vez, por lo menos—pero no sería sin sus propias y extrañas consecuencias. El tejido de la existencia rechazaría tal dualidad, y se esforzaría por aniquilar a uno de los gemelos dimensionales, todo en nombre del equilibrio. Pero esto no es lo importante. El hecho es que hemos pasado por ella en tu realidad, en varias e importantes ocasiones. Hemos, de hecho, tenido pequeñas vidas bastante ocupadas en tu mundo.

James de repente creyó entender. Entrecerró los ojos con rabia. —¡Tú! — Exclamó, señalando. —¡Tú mataste al líder del FULEM y te hiciste cargo! ¡Eres su nuevo líder!

—Oh mi niño, no, —Judith se rió de nuevo, con deleite. —No, no, no, niño tonto. *Yo no soy* la líder del FULEM —Hizo un gesto con afecto hacia Morgana. — *Ella* lo es. Ella mató a Edgar Tarrantus. Francamente, le estaba haciendo un favor al hombre. Él había crecido de manera muy *política* en su vejez que ya era casi una broma. Más importante aún, ella mató al político Muggle. Ellos habían tenido otros planes para él, por supuesto, pero Morgana aquí puede ser muy persuasiva. Muerto, el Senador Filmore servirá a un propósito mucho mayor. Y, además, los políticos Estadounidenses son, como lo dicen, muy comunes. —Ella se rió como si hubiera hecho una pequeña broma en una fiesta.

—¿Por qué no te quedaste en tu propia dimensión? —Lucy gritó de repente a Morgana, con el rostro pálido pero severo. —Siento que estropearas todo y mataras a tu propia versión de Izzy, pero ¿por qué quieres ir extendiendo tu miseria alrededor de la dimensión de otra persona?

—Porque, es muy simple, —dijo Morgana, levantando la mejilla del hombro de Judith. Sacudió la cabeza, como asombrada por la respuesta que no era completamente obvia. —Porque en tu mundo, Izzy sigue viva. Mi madre me lo dijo. Aquí, puedo *recuperarla*.

Y entonces, con terrible rapidez, Morgana hizo un movimiento de señas con la mano derecha. Izzy se apartó de Petra y voló hacia la luz. Morgana la atrapó y de inmediato posó una mano en el rostro de la joven, poniéndola en un sueño profundo. Izzy se desplomó.



—Lo siento, Iz, —dijo Morgana, casi sollozando de alivio. —Nunca dejaré que te vayas esta vez. Esta vez, te mantendré a salvo.

Petra se precipitó hacia la luz, pero no estaba preparada para el rayo que la golpeó, saliendo de la mano extendida de Morgana. Petra voló hacia atrás, derribando a James, Zane y Ralph, que estaban a su espalda.

—¡Detén esto! —gritó Lucy, corriendo hacia adelante con su varita en la mano, apuntando salvajemente delante de ella. Casi había llegado a Izzy, estaba llegando a la mano inerte de la joven, cuando Judith actuó.

James lo vio, pero no pudo hacer nada para detenerlo. Abrió la boca para gritar, pero sucedió incluso antes de que hubiera extraído el aire para gritar.

—Muere, pequeña, —Judith rió y movió un dedo a Lucy, como si ella no fuera más que una mosca. Un rayo de color verde estalló contra el costado de Lucy. Su cabeza se sacudió de lado mientras su cuerpo voló por el aire, girando casi con gracia. Lucy salió volando de la luz, muerta en el aire. Su varita cayó de su mano sobre la alfombra, sin hacer ruido. Hubo un golpe sordo rodando cuando la propia joven cayó al sombrío suelo de piedra, a quince metros de distancia.

Hubo una pausa de completo y sorprendente terror. Por un largo y terrible momento, James se negó a creer lo que acababa de ver. Luego, con perfecta resolución, la realidad se apoderó de él y exclamó, con el mismo aliento que había extraído para advertir a su prima muerta.

—¡NOOOO! —Chilló, gritando la palabra tan fuerte que el sudor le brotó en la frente y su visión se dobló. Vio a Judith riéndose de su horror, vio a Morgana sujetar a Izzy aún más cerca de ella, haciendo caso omiso de la chica muerta cerca del suelo. Zane y Ralph trepaban, moviéndose como si estuviera en un sueño. Entre ellos, Petra parecía demasiado aturdida para hablar. Sus ojos eran tan redondos, su expresión tan completamente paralizada por la sorpresa y la rabia, que se veía como si ella ni siquiera pudiera moverse.

Y entonces, cuando Morgana y Judith se llevaban a Izzy hacia una de las cortinas en espera, Petra se movió. Se abrió paso a través del dormitorio

improvisado, empujando muebles a un lado casi sin tocarlo, persiguiendo a las mujeres que salían.

—¡Espera! —James gritó desesperadamente, agarrando el brazo de Petra. —
¿Qué pasa con Lucy? ¡No podemos dejarla aquí!

Petra parecía no escuchar. Al otro lado de la gran sala, Morgana y Judith pasaron a través de una de las ondulantes cortinas portal y desaparecieron. Petra empezó a correr. Su vestido se movía detrás y la frialdad latía de ella en olas.

—¡Petra! —James gritó en una súplica ronca. —¡No podemos dejar a Lucy!

Alcanzó a Petra, agarrando su brazo con tanta fuerza que ella finalmente se detuvo y se dio la vuelta. Cuando volvió la mirada hacia James, él cayó hacia atrás. Sus ojos eran horribles—intermitentes como diamantes en un sol de invierno, aún oscuros como tumbas. Ella parpadeó y pareció reconocerlo, aunque su expresión no se suavizó.

—Lo siento, James, —dijo. —No hay nada que pueda hacer por Lucy. Está muerta. Pero Izzy sigue viva y me necesita. No puedo quedarme aquí.

James hundió la cara entre las manos para superar la impotente miseria. Miró hacia atrás y vio a Zane y a Ralph de rodillas sobre el cuerpo de Lucy, levantando sus manos como para ayudarla a levantarse. Ellos no entendían todavía, o simplemente se negaban a creerlo.

—¡Pero ella mató a Lucy! —Exclamó James, gritando con tan ofendida miseria que su voz se quebró.

—Entonces deben pagar por ello, —dijo Petra, y su voz sonó en la cámara alta de la sala, sobre la base de sus ecos hasta que sonaba como un coro. James miró hacia atrás y vio a Zane y a Ralph cruzando el piso para unirse a ellos. El cuerpo de Lucy colgaba inerte en brazos de Ralph y este, James vio con sorpresa, estaba llorando. Las lágrimas corrían por el rostro del muchacho grande, haciendo surcos brillantes en sus mejillas.

—Hicimos todo lo que pudimos, James, —dijo suplicante. —¡Pero nos quedamos sin ideas! ¡Incluso mi varita no va a hacer nada! ¡Y lo intenté! ¡Realmente lo intenté!

James se encontró asintiendo a su amigo. —Lo sé, Ralph, —dijo, y las lágrimas llenaron sus ojos, lágrimas de tristeza mezclada con rabia. —Te creo.

—Vamos por esas dos brujas, —Zane bullía en una feroz voz baja. Su rostro se había puesto pálido como una lápida.

—Ninguna de ellas es bruja, —dijo Petra, regresando de la tela flotando del portal de cortina. —Pero eso no va a ayudarlas cuando las encuentre.

Con un suspiro tembloroso, James se movió junto a Petra y se apoderó de su mano una vez más. Estaba tan fría que casi picaba. Juntos, con Ralph atrás, todavía llevando el cuerpo de Lucy, los cuatro se dirigieron hacia la cortina y se desvanecieron en sus pliegues.



Cuando la cortina se recogió detrás de ellos, James parpadeó en la oscuridad. Los ruidos de todos se escucharon alrededor—ataques y gritos, el zumbido y el crepitar de los hechizos, todos formando el clamor inconfundible de una lucha mágica. Una ráfaga verde iluminó el espacio y James vio a un hombre cercano, a duelo con una bruja que sonreía salvajemente.

—¿Dónde estamos? —Ralph llamó con voz asustada.

—El Departamento de Misterios, —Petra respondió sombríamente, caminando hacia adelante. —Pero no en nuestro tiempo. No toquen nada. Ni siquiera levanten sus varitas. Este no es nuestro destino. Es sólo un truco.

James se unió al paso de Petra, pero no pudo evitar mirar a su alrededor. Lo que vio envió un profundo escalofrío en su corazón. El hombre en duelo era el padrino de su padre y el que tenía el mismo nombre de James: Sirius Black. Su pelo negro se aferraba a su cara en enredos sudorosos mientras manipulaba su varita.

—Ríndete, Bellatrix, —Sirius gruñó, golpeando a la otra con un Hechizo Desarmador. —Siempre has sido mucho mejor con la lengua que con la varita.

La mujer con los ojos desorbitados se rió con entusiasmo, desviando el hechizo y defendiéndose con otra maldición verde.

—No somos reales para ellos, —Petra gritó, caminando directamente entre Sirius y Bellatrix cuando se enfrentaron. —Si no nos detenemos y no tomamos posesión de esta realidad, no nos van a reconocer. ¡No interfieran! Hay otra cortina al frente. *Esa* es donde la Dama del Lago y Morgana han ido. Tenemos que seguir.

James miró y vio lo que quiso decir Petra. Al frente de ellos, no más de quince pasos de distancia, estaba otra Cortina de Nexus, idéntica a la que ya habían pasado. Petra se dirigió hacia ella con propósito y James le siguió el paso.

—¡James! —Zane exclamó, agarrando el hombro de su amigo y señalando. —¡Mira hacia allá! ¿Ese es...?

James sabía la historia de dónde estaban. Sabía en qué punto de la batalla estaban y lo que iba a suceder. Sirius Black iba a ser asesinado, enviado a través del velo que flotaba aún ahora detrás de él—el velo por el cual, irónicamente, James y sus compañeros acababan de llegar. Y sin embargo, mientras miraba hacia donde Zane estaba señalando, James se quedó atónito casi paralizado.

Su padre se trasladó en el perímetro de la batalla, participando en su propia lucha. Sus gafas estaban torcidas en su rostro; la famosa cicatriz marcaba su frente. Parecía tener casi exactamente la misma edad de James.

—Podríamos detenerlo, —dijo, extendiendo la mano para agarrar el brazo de Petra. —Podríamos quedarnos aquí y detenerlo del todo. ¡Podríamos salvar a Sirius y parar todas las cosas terribles que sucedieron después!

—James, —Petra dijo, deteniéndose sólo por un momento, —has estado aquí antes. Es el trato del Guardián nuevamente. No podemos cambiar lo que se ha hecho, no importa lo mucho que podríamos quererlo. La historia encontrará una manera de que pase, no importa cómo. Nuestro destino está en otra parte. Ven.

De mala gana, James estuvo de acuerdo. La tropa se movió a través de la batalla, ileso y sin ser visto, y se metió en los suaves pliegues del segundo portal. A su paso, sin embargo, James no pudo evitar mirar atrás. Sirius estaba provocando a Bellatrix por su fracaso para golpearlo y ella estaba levantando su varita, sus dientes al descubierto con furia y negro regocijo. Y entonces, por suerte, la tela de la cortina se abalanzó alrededor de James y sintió que la realidad caía lejos detrás de él.

Esta vez, cuando la cortina pasó sobre los viajeros, se trasladaron al ruido y el calor de una batalla aún más grande. James reconoció su entorno inmediato: era Hogwarts, aunque no tanto como él la conocía. Las brujas y magos llenaban el salón, que participaban en una guerra abierta. En una distancia cercana, James vio a Bellatrix LeStrange de nuevo, sólo que esta vez estaba en duelo con su propia abuela, Molly Weasley, su rostro casi irreconocible por una sombría ferocidad. Más caras se hicieron visibles en la pelea: su alto y muerto Tío Fred, a quien conocía sólo en imágenes; La madre de Ted Lupin, Tonks; incluso una versión mucho más joven de Oliver Wood, luchando ferozmente junto a Horace Slughorn. El suelo vibraba bajo los pies de James y enormes piernas se movían más allá de las ventanas—un gigante estaba en las afueras, su creciente mazo daba un golpe al diezmado castillo. Una forma gruñendo saltó por encima de la multitud en un borrón y aterrizó junto a James mostrando sus dientes ensangrentados. Con una sacudida de terror, James se dio cuenta de que era el infame Fenrir Greyback, el hombre lobo.

—Nada de eso nos puede hacer daño, —Petra gritó, acercándose a una tercera cortina flotando. —Siempre y cuando no se involucren en lo que ven. Traten de no mirar. —James oyó la renuencia en la propia voz de Petra, sin embargo. Si no fuera por el secuestro de Izzy, ella misma podría haberse detenido y unirse a la batalla, sin importar las consecuencias.



Los viajeros entraron en la tercera cortina.

Gritos fueron al encuentro de ellos en esta ocasión. Era la voz de una mujer y James la vio casi al instante. Ella se puso delante de una cuna de madera, sosteniendo un bebé en el pecho, protegiendo la pequeña forma con sus manos y brazos. A sus pies yacía un hombre de cabello oscuro. Este se quedó mirando hacia el techo de la pequeña habitación, muerto, y James reconoció las características del hombre—era su abuelo, por supuesto, James Potter Primero. Una alta y fría voz, abrumó los gritos de la mujer y James se encontró caminando directamente en frente de la figura de Tom Riddle, todavía joven y lleno de malévolas fuerza.

—Hazlo fácil para ti, Lily, —el Señor Tenebroso instruyó, levantando su varita. —En un momento, no quedará nada porque vivir de todos modos.

—¡Vamos! —James gritó, empujando a Petra hacia el lado de la cortina, que flotaba en la puerta de un pequeño armario de la habitación. —¡Ya sea que lo detenga de asesinarla o seguir! ¡Vamos! ¡No quiero verlo!

Lily Potter continuó gritando y James huyó a través de la cortina, las lágrimas de impotencia y rabia borrando su visión. Un destello de luz verde cegador lo siguió, breve pero memorable.

Y luego estaban en una pequeña y sucia cocina. Una mujer estaba sentada en una mesa desvencijada al otro lado de un hombre que James reconoció: Lucius Malfoy, aunque mucho más joven que cuando James lo había visto la última vez. Estaba sosteniendo un objeto envuelto en tela de su túnica, colocándolo sobre la mesa al lado de su taza vacía.

—Desenvuélvalo, señora Agnelli, —dijo en voz baja. —Es para usted.

Ella lo hizo, y era un puñal singularmente feo, su hoja manchada casi negra, como si se hubiera frotado con hollín.

—¡No! —Petra gimió esta vez, haciendo una pausa. —¡No, mamá! ¡No lo hagas! ¡Está mintiendo!

James le tocó el hombro, acercándose a su espalda. —No va a cambiar nada, —pidió en voz baja, odiándose a sí mismo por hacerlo. —Tenías razón antes. Todo es un truco. Tenemos que salvar a Izzy.

Petra asintió, pero no apartó los ojos de la mujer en la mesa. James vio la semejanza entre las dos.

—Dolerá sólo un momento, —dijo Lucius con dulzura.

—Adelante, —dijo Zane, empujando suavemente a Petra. —Una cortina más. No hay nada que podamos hacer aquí y no querrás ver.

Petra asintió de nuevo, pero no se movió. Por último, lo hizo. Miró a Zane, Ralph y James, incluso al triste bulto del cuerpo de Lucy en los brazos de Ralph, y luego suspiró profundamente. Se dio la vuelta, vio la cortina ondeando en el rincón de la cocina, y se dirigió hacia ella. De alguna manera, James sabía que era el último de los portales. Habían pasado lo peor. Para mejor o peor, había que pasar, no había vuelta atrás.

Cuando la Cortina de Nexus final se desplegó alrededor de ellos, los viajeros una vez más se encontraron con el ruido de una multitud.

James parpadeó, sus ojos deslumbrados por luces intermitentes y estructuras descomunales y monstruosas. La gente presionaba sobre él desde todos los lados, en tropel y a empujones. Pasaron varios segundos para que James se diera cuenta dónde estaba y cuándo era.

—¡Nueva Ámsterdam! —Zane gritó, alzando la voz por encima del ruido.
—¿Por qué estamos aquí?

—¿Es el día de hoy? —Preguntó Ralph. —¿*Nuestro* día presente?

Junto a James, Petra se balanceó sobre sus pies por un momento, como desorientada. Ella agarró el hombro de James, y él cubrió su mano con la de él.

—¿Estás bien?

Ella asintió con incertidumbre, y luego pareció recuperarse a sí misma.

—Estamos de vuelta a nuestro propio día y tiempo, —dijo con profunda confianza. —Morgana está aquí. Las dos estamos aquí juntas. —De repente, se dio la vuelta y se dirigió al grupo a través de la multitud, dirigiéndose hacia las luces brillantes de delante.

Ralph alzó la vista hacia los rascacielos y la lluvia de confeti del desfile. — Pero ¿por qué estamos aquí, en Nueva Ámsterdam?

Petra se detuvo en el perímetro de la multitud, donde la vista se abría a una sección cerrada de la calle de la ciudad. —Porque aquí es donde *ella* quiere que estemos.

James empujaba para llegar junto a Petra y vio.

Se quedaron en el borde de la ruta del desfile del Día de los Caídos, que cortaba recto a través de la arteria principal de la gran ciudad. Varios camiones se alineaban en la avenida, cubiertos con decoraciones festivas y cuadros de gran tamaño, más decorados en colores rojo, blanco y azul. Las carrozas estaban detenidas ahora, por un helicóptero de la policía que estaba situado incongruentemente en el centro de una amplia intersección, sus rotores girando lentamente. La multitud del desfile observaba con ávido interés cuando los policías antidisturbios se movieron en un círculo urgente, sus armas plantadas, en torno a dos hombres. Los hombres estaban en el centro de la calle, iluminados con focos, sus brazos extendidos sobre la cabeza. James los reconoció a ambos. Uno era Titus Hardcastle. El otro era su padre, Harry Potter.

—¡Son ellos! —La voz de una mujer gritó, escuchándose por toda la multitud. James miró salvajemente hacia el sonido y vio a Judith, señalando con la barbilla levantada y los ojos brillantes. —¡Ellos mataron al Senador Filmore! ¡Yo misma lo vi en ese sótano de escondite justo detrás de ustedes! ¡Su cuerpo está ahí, incluso ahora, junto a sus nombres, escrito con su propia sangre! ¡Miren! ¡Son terroristas y asesinos! ¡Arréstenlos!

Cerca de allí, Morgana estaba de pie en el borde de la multitud, todavía acunando a Izzy contra su hombro, como si la chica se hubiera quedado dormida mientras esperaba el desfile.

La policía se acercó a Titus y a Harry con cautela, agachándose con las armas en alto. Cerca del helicóptero, dos hombres de traje negro hablaban con urgencia en una radio de mano y James los reconoció como los hombres de la Oficina de Integración Mágica, Price y Espinosa. Harry y Titus no intentaron huir de sus captores o utilizaron hechizos para escapar. Había demasiados observadores Muggles. Las cámaras de televisión rodearon la ruta del desfile, instaladas en pórticos altos, incluso ahora difundiendo el evento en directo a todo el país. James se asombró con odio de la perfección del plan de Judith.

—¡Ella pretende tener a tu papá arrestado, James! —Gritó Zane, empujando a James a la calle. —¡Detenlos!

—¡No puedo! —James gritó. —¡El mundo entero Muggle está mirando la TV! ¡El gran Hechizo Desilusionador que oculta a Nueva Ámsterdam de los Muggles no funcionará en la magia que realicemos justo en frente de ellos! ¡Se rompería la Ley del Secreto! ¡¿Por qué crees que Papá y Titus sólo van junto a ellos?!

—¡Miren! —Ralph gritó de repente, señalando en el aire sobre la calle.

James veía y se sentía como si el mundo entero se hubiera retirado debajo de él. Un centenar de metros por encima de la intersección de Nueva York, flotando como una nube de murciélagos y oculta de los observadores Muggles de abajo, había docenas de magos en escobas con túnicas negras. Era el FULEM, esperando su momento para atacar. Podrían ser sigilosos, James sabía. Simplemente tenían que esperar a que el helicóptero se elevara en el aire, llevando a su enemigo, Harry Potter, y podrían derrumbarlo hacia abajo fácilmente, tal vez congelando sus rotores o maldiciendo con la muerte al piloto en su asiento. Para los observadores de abajo, masivamente habitual en la ciudad, gracias al constante y renovado Encanto Desilusionador, la estampida aparecería como un extraño accidente.

Judith sabía que Harry Potter y sus Aurores eran su mayor enemigo en su búsqueda del caos. Para ella no sólo significaba verlo arrestado. Significaba verlo muerto.

—¡No podemos permitir que suceda! —Zane insistió, mirando hacia los magos oscuros arremolinados.

—¡Pero no podemos usar la magia! —James insistió. —¡El Juramento no nos va a dejar! ¡No podríamos hacerlo incluso si quisiéramos!

—Algunos de nosotros podemos, —dijo Petra, su voz plana y fría como el hierro. Con eso, ella salió a la calle y levantó la mano derecha, con los dedos extendidos. Un crujido de luz estalló de ella, pero Petra no tenía como objetivo el helicóptero. En cambio, se echó por encima de la avenida hacia la joven que sostenía a su hermana durmiendo.

Esta vez, era Morgana que no estaba preparada para el ataque. El rayo de Petra la golpeó en el hombro y la tiró hacia atrás en un poste de luz, que se inclinó ominosamente con la fuerza de la explosión. Izzy se agitaba en los brazos de Morgana, pero no se cayó. En cambio, flotaba en el aire, levitada por la misma Petra mientras se dirigía a la calle.

—Despierta, Iz, —dijo Petra, bajando a su hermana suavemente al suelo. — Vuelve a mí, cariño.

Izzy parpadeó cuando sus pies tocaron el suelo, y la multitud se apartó de su alrededor, asustada por la explosión y la visión de la chica mágicamente flotante.

—¡Petra! ¡El helicóptero! —Ralph gritó, alzando el cuerpo de Lucy en sus brazos. La multitud se estaba agitando, avanzando hacia el crudo pánico.

—¡Tiren sus armas! —Una voz amplificadora rugió. James se giró hacia ella y vio a un policía antidisturbios señalando a su padre con un megáfono eléctrico, quien tenía su varita en la mano levantada. Detrás de la policía estaba el agente de la Oficina de Integración Mágica llamado Price. Estaba señalando a la varita de Harry Potter, instruyendo al oficial para quitársela.

—Señorita Morganstern, —la voz de un hombre declaró de repente, llegando directamente junto a James. Levantó la vista y se sorprendió al ver a



Merlinus Ambrosius. El gran hombre estaba en el borde de la multitud, con los ojos fijos en Petra cuando Izzy se reunió con ella en medio de la calle.

—Director, —dijo Petra, tomando la mano de Izzy con la suya. Extrañamente, no parecía terriblemente sorprendida de verlo allí.

—Sé lo que está pensando, Señorita Morganstern, —dijo Merlín. —Y entiendo. He estado siguiendo su progreso—el de todos ustedes—muy de cerca. Aplaudo su ingenio y espíritu, pero esto debe terminar aquí.

—¡Usted grandísimo soplón! —Zane de repente exclamó, mirando hacia Merlín. —*Usted* conservó el tercer fragmento del Amsera Certh, ¿no? ¡Ha estado utilizándolo para escucharnos a todos!

Merlín no le hizo caso y a Petra le dijo, —Regresa, mi querida. Únete a nosotros. No podemos parar lo que va a pasar, pero no tenemos que verlo. Todos hemos visto suficientes cosas terribles.

—¡Pero tenemos que detenerlo! —James exclamó sobresaltado hacia Merlín. —¡Ellos quieren matar a mi papá! ¡Usted es *Merlín*! ¡Pare el motor del helicóptero con su magia! ¡Congélelo en el suelo o algo así!

—La mujer que se llama Judith ha previsto todas las posibilidades, —Merlín respondió gravemente en disculpa. —Su magia combinada es como un escudo alrededor del helicóptero, evitando incluso que yo mismo interfiera con él. *Va* a despegar, y tendrá a su padre en su interior, junto con el Señor Hardcastle. Lo que suceda después de eso, me temo, está más allá de nuestro control. Lo siento, James.

En la intersección, el zumbido del helicóptero comenzó a subir. Los rotores giraban más rápido a medida que se llevaban a Harry Potter y a Titus Hardcastle en él, ahora rodeados por la policía en su blindado equipo antimotines. Polvo y confeti comenzaron a moverse en espiral por la intersección, bajo la fuerza contracorriente del helicóptero.

Petra no se movió para unirse a Merlín en el borde de la multitud.

—¡Ralph! —James gritó de repente, volviéndose y agarrando el hombro del muchacho grande. —¡Dame tu varita!



James esperaba que Ralph pidiera una explicación, pero para su consuelo, simplemente aferró el cuerpo de Lucy a él con un brazo y con el otro, metió la mano en el bolsillo trasero. Sin mediar palabra, le entregó su varita de gran tamaño a James. No era la primera vez que las circunstancias habían requerido este tipo de intercambio.

James agarró la varita de Ralph y saltó a la calle. Señaló con la punta de color verde lima hacia el helicóptero de la policía, incluso cuando las puertas se cerraron, encerrando a Titus Hardcastle y a su padre.

—*¡Protego!* —gritó, poniendo tanta fuerza en la orden como fuera posible. Más que el rayo de luz azulado que había esperado, para envolver el helicóptero con un hechizo de protección, la varita de Ralph simplemente emitió un parpadeo silencioso, apenas más brillante que un flash de una cámara Muggle. James miró con furia cuando el helicóptero se estabilizó nuevamente.

—*¡Congelo!* —Era un Encanto de Congelación, con la intención de bloquear el helicóptero en el suelo o paralizar sus motores. En lugar de ello, se produjo sólo un soplo de aire frío, que sopló de regreso en la cara de James. Lo intentó de nuevo, gritando de frustración. —*¡Salvio Hexia! ¡Stupefy! ¡Confundo!*

Sintió la magia de cada hechizo apagado de la varita en el momento en que aparecía. Cerca de allí, los observadores del desfile lo observaron con preocupación y confusión, preguntándose por el chico extraño con el palo de punta verde.

—Déjame intentarlo, James, —dijo Petra firmemente. Ella levantó la mano otra vez, con los dedos extendidos.

—*¡Petra!* —Merlín advirtió severamente, pero el rayo de luz se disparó de su mano mientras hablaba. Saltó hacia el helicóptero, pero explotó después de sólo un par de metros, iluminando la calle alrededor de Petra brillantemente pero brevemente. La multitud retrocedió con alarma, pero la escena alrededor del helicóptero se mantuvo sin cambios.



—¡El poder de Morgana es idéntico al tuyo! —Merlín rugió. —¡Ella le impide interferir! ¡No hay manera de frustrar su plan! ¡Si lo hubiera, lo haría yo mismo!

—¡No le hagas caso, querida! —Judith gritó de repente, ahuecando las manos en la boca sonriente. —¡Él es débil! ¡Sólo tú sabes lo débil que es!

James miró con impotencia hacia Judith. Junto a ella, Morgana estaba nuevamente de pie. Había sido herida por el golpe con el poste de luz—sangre goteaba debajo de su pelo, manchando su cara—pero sus ojos eran claros y fríos, estudiando la escena ante ella.

Petra entrecerró los ojos pensativamente hacia Merlín.

—¡No dejes que hieran a mi papá! —James gritó, incapaz de contenerse. — ¡Por favor, Petra!

—No tengo intención de hacerlo, —respondió de inmediato, con los ojos todavía entrecerrados en Merlín.

—No hay nada que se pueda hacer, Señorita Morganstern, —el Director anunció, levantando la voz. Salió a la calle, moviéndose para llegar entre Petra y el helicóptero de la policía. —Horrible como esto puede ser, la magia de Morgana es demasiado grande para nosotros derrotarla por medios sutiles, y las consecuencias serían desastrosas si usted interviene utilizando métodos tan evidentes. Hay demasiados observadores. *Debe* reconocer eso.

Cuando Petra volvió a hablar, su voz era tranquila todavía anormalmente alta. —Usted se equivoca, —dijo rotundamente.

Y luego, para sorpresa y consternación de James, ella se dio la vuelta. Juntas, las dos chicas empezaron a caminar por el centro de la calle de Nueva York, lejos del helicóptero de la policía cuando sus rotores se movieron más y más rápido, convirtiéndose en un borrón.

—¡Petra! —James volvió a llamar, pero su voz fue ahogada por el creciente zumbido. La voz de Merlín, sin embargo, sonó tan clara como el trueno más agudo sobre la calle.



—Petra Morganstern, —llamó. —¡Deténgase! Vuelva a mí.

—Creo que la Dama tiene razón, —Petra declaró sin mirar atrás. —Su fuerza está en las vastas extensiones de la naturaleza. Aquí, en el corazón profundo de la ciudad, usted está desconectado de sus poderes. Está disminuido casi hasta el punto de la impotencia.

—Sería un error suponer eso, Señorita Morganstern, —Merlín advirtió, y sin embargo, Petra siguió caminando, aumentando su paso con propósito vertiendo de ella. A su lado, de la mano, Izzy igualó el ritmo de su hermana.

—Soy diferente de usted, sin embargo, —Petra llamó. —Soy una hechicera. Mi poder no proviene de los desechos de la naturaleza. Sentí esta verdad la primera vez que puse un pie en Nueva Ámsterdam. *Mi* poder viene de la red de la ciudad, del nudo interconectado de la humanidad que vive y se esfuerza aquí. Las vibraciones de sus vidas me dan el poder. Soy un *nuevo* tipo de hechicera y *este* es mi elemento. Aquí, usted no es rival para mí. Aquí, voy a hacer lo que nadie más puede hacer. Protegeré a los que me han protegido utilizando *cualquier medio necesario*. —Petra levantó la mano y uno de los flotadores del desfile se detuvo bruscamente hacia un lado, deslizándose fuera de su camino. Se estrelló contra una línea de contenedores de basura con un sonoro choque.

La multitud observaba esto con creciente alarma. Un tropel comenzó a salir a la calle, corriendo en todas direcciones. Ajeno a esto, el helicóptero de la policía primero se inclinó hacia adelante en sus patines de aterrizaje, y luego comenzó a flotar hacia arriba con sus motores emitiendo un constante rugido. Por encima de él, los agentes del FULEM se arremolinaban en su posición, levantando sus varitas.

—¡Usted se equivoca! —Merlín gritó, comenzando a seguir a Petra por la amplia avenida. —¡Petra! ¡Recuerda el error de Eva! ¡Vas a hacer mucho más daño que bien!

—*Suficientes* matanzas, —dijo Petra con calmada ferocidad. —*Suficientes muertes*. No más. No puedo permitirlo, no importa el precio.



—¡Petra! —Merlinus clamó y levantó su bastón para atacarla. Un rayo de luz blanca surgió de él, conectando con la delicada chica, pero no tuvo ningún efecto sobre ella. Ni Petra ni Izzy miraron hacia atrás.

Por encima del estruendo de la multitud y del ruido del helicóptero en aumento, James oyó a Judith riendo triunfalmente.

—¡Adelante, mi hermana Parca! —Gritó con voz aguda. —¡Haz lo que tengas que hacer! ¡Juntas, son más poderosas que la vida y la muerte! ¡Invoca el caos que te mereces! —Se rió de nuevo, y a su lado, Morgana parpadeó. Miró de reojo a Judith y frunció el ceño.

Ajeno a esto, Petra levantó la mano otra vez y una segunda carroza flotó en el aire, girando suavemente. Se estrelló en una gasolinera, golpeando el techo y rompiendo las ventanas de la pequeña tienda debajo de él. Otra carroza voló sobre la multitud y se estrelló contra las columnas de un banco antes de estrellarse en los escalones. Los Muggles neoyorquinos corrieron en todas direcciones, gritando de pánico.

James fue empujado por todos lados cuando parte del público huyó a su alrededor. Miró hacia arriba, en la dirección en la que Petra estaba caminando. La avenida se extendía ante él, ancha como un río, dirigiéndose hacia el brillante océano. Enmarcada entre los edificios, brillando con una red de focos, estaba la Estatua de la Libertad.

De repente, sin razón, James pensó en su paseo en el *Lincoln Zephyr* y en su conversación con el Rector Franklyn sobre los Muggles unidos a las ciudades mágicas que incluso entonces había visto pasar por las ventanas del tren. *El Departamento de Administración Mágica de Nueva Ámsterdam solicitó la ayuda de un aliado extranjero, Franklyn había dicho, bajo la apariencia de una bruja muy única y dotada...*

—¡Petra Morganstern! —Merlín rugió, deteniéndose en la calle, sosteniendo su bastón en alto junto a él y su mano izquierda levantada implorante. — ¡Deténgase! ¡Recuerde que el corazón es a veces un mentiroso! ¡No sabe lo que va a hacer!

Y para sorpresa de James, Petra se detuvo. Al lado de ella, sujeta de la mano, Izzy se detuvo también. Miraron hacia arriba a la enorme y brillante estatua en la distancia.

Una bruja extranjera con un talento excepcional, James pensó maravillado, sorprendido, a pesar de las circunstancias, cuyo único trabajo es mantener el mundo más perfecto con el Encanto Desilusionador.

Cuando Petra habló, su voz sonó tan fuerte como un ciclón tan limpio, como las campanas de plata. Habló en el idioma de la gigante detrás de ella.

—Chère Madame, —levantando la barbilla a la distante estatua, —baissez votre torche (Estimada Dama, baje su antorcha).

Toda la gente lo oyó, y se detuvo incluso con su pánico. Todos los ojos se volvieron hacia la estatua de la gran mujer cuando puso un pie sobre el océano, brillando verdoso en su red de luces. Cuando se movió, el gemir y crujir metálico se oyó por el claro aire. La Señora Libertad primero volvió la cabeza, mirando sobre su monstruoso hombro hacia la ciudad detrás de ella. Sus ojos tranquilos espionaron a Petra y a Izzy donde se encontraban en el centro de la avenida. Y luego, pesadamente, toda la acción pareció ocurrir en cámara lenta, el brazo derecho levantado de la estatua, comenzó a bajar, debilitándose la luz de la antorcha dorada.

La multitud se quedó sin aliento. Era un sonido largo y terrible, marcado por el gemido chirriante de la distante figura de cobre. El brazo bajó y bajó, y La Señora Libertad comenzó a agacharse, sus grandes túnicas agrupándose debajo de ella. Bajó la calmada mirada a las olas del mar a su alrededor y luego, irreversiblemente, con gracia de ballet, metió la antorcha en el océano, extinguiéndola.

Una silenciosa explosión de agua gris, llegó a su alrededor. A partir de esto surgió una especie de onda expansiva invisible y penetrante. Se extendió por toda la ciudad, dejando un entumecimiento impresionante con su estela.

A su alrededor, la multitud había caído en un completo silencio. Todos los ojos parpadearon, mirando a la ciudad como si la vieran por primera vez. Junto a James, un hombre con una gorra de tweed miró hacia un rascacielos cercano.

—Están..., —él respiraba, su voz en alto, con agitada preocupación. —
¡Están... *volando!*

James entendió. Toda la ciudad Muggle estaba viendo por primera vez la mágica ciudad que se cubría como una manta. Los ojos se abrieron hacia las autopistas de escobas voladoras, autobuses mágicos, las entradas no vistas hasta este momento, fachadas y puentes construidos directamente en los lados de los rascacielos Muggle.

Y cerca con deleite, la Dama del Lago se reía.

Las cámaras de televisión giraron en lo alto de sus pórticos, haciendo zoom sobre la mágica ciudad que había aparecido inexplicablemente de la nada. El helicóptero de la policía bajaba dramáticamente a medida que el piloto se daba cuenta del tráfico aéreo mágico repentino que rodeaba su camino. El zumbido de los rotores se elevó en un grito angustiado cuando la máquina se tambaleó atrás hacia abajo, hacia la intersección, luchando por evitar los cercanos semáforos y líneas eléctricas. El tren de aterrizaje tocó el pavimento y raspó a lo largo de este, enviando un chillido y una cortina de chispas. Un momento después, la máquina se apagó al igual que los rotores.

Las puertas se abrieron de golpe en los lados del helicóptero y ráfagas rojas de luz mágica brillaron desde dentro. Titus Hardcastle saltó, blandiendo su varita de repuesto y disparando inmediatamente a los FULEM asesinos. Ellos le arrojaron de vuelta maldiciones rojas y verdes, pero de repente lanzaban como locos una lluvia de disparos. Afortunadamente para Titus, la policía Muggle había recuperado la suficiente conmoción como para recordar sus armas. Los oficiales se apresuraron detrás de una línea de vehículos cercanos, disparando al azar en el aire a las figuras encapuchadas que venían en picada. Harry Potter siguió a Titus fuera del helicóptero y se dirigió resueltamente hacia Price, el agente de la Oficina de Integración Mágica, quien se apartó de él. Harry se enfrentó a él, pero para arrancar su propia varita del bolsillo de la chaqueta interior del hombre.

Un Pandemonium estalló en toda la calle, haciéndose eco del clamor que se levantaba en toda la ciudad.

En Times Square, el tráfico protestó por la desordenada interrupción generando alrededor decenas de accidentes. Los taxistas saltaron de sus vehículos atascados y volvieron sus rostros hacia arriba, hacia las decenas de enormes señales mágicas que habían aparecido de repente, cerniéndose sobre ellos. Dominándolos a todos, ocultando completamente la señal de neón Muggle de Coca-Cola, estaba una monstruosa y sonriente mujer con brazos mecánicos, subiendo y bajando un coche de hojalata con la Varita Mágica Polaca y Mejorada de Wymnot. Cada diez segundos, sus dientes brillaban mágicamente, apareciendo como una lámpara de flash gigantesco.

En Central Park, los caballos se asustaron y se desbocaron delante de las carrozas cuando un partido Clutchcudgel de aficionados, de repente apareció a la vista sobre el lago, produciendo gritos en los corredores y alimentadores de patos que estaban cerca.

A lo largo de la recientemente construida y elevada expansión del sistema de metro de Nueva York, un conductor se encontró con la vista impactante de un tren mágico como cañón directamente hacia él, saltando dentro de la misma vía. Presa del pánico, el conductor Muggle atascó los frenos. Las luces parpadearon por los compartimentos llenos de gente cuando las chispas volaron desde las ruedas bloqueadas. El tren subterráneo chilló, se sacudió, y luego se descarriló. Los vagones de los pasajeros saltaron en zigzag en las vías, todavía chirriando hacia adelante por la fuerza de sus inercias. Ventanas rotas y gritos llenaron los vagones, cuando el tren mágico en vez de saltar en el aire, giró hacia un lado, y desapareció debajo de las vías elevadas, apareciendo después.

El Túnel Lincoln tuvo un accidente múltiple de coches cuando los conductores de repente, se enfrentaron a la impactante vista de un hipogrifo volando y su jinete, planeando sobre el tráfico con la punta de las alas cepillando los techos de los autobuses.

En el aeropuerto LaGuardia, las alarmas se activaron en cada terminal. Las bocinas sonaron sobre las pistas de aterrizaje, obligando a los aviones a frenar

incluso a medida que se alineaban para el despegue. Los aviones de pronto se detuvieron en medio del aterrizaje cuando las señales de advertencia se encendieron, advirtiendo a los pilotos de los miles de objetos voladores no identificados que habían aparecido de repente, saturando el espacio aéreo de Nueva York.

A lo largo de toda la ciudad, los Muggles se lamentaban en las ventanas de sus apartamentos y edificios de oficinas, por las extrañas luces intermitentes, carteleras foráneas y el tráfico de vuelo mágico. Algunos se alarmaron lo suficiente como para sacar armas y caminar en las calles, exigiendo respuestas a las extrañas personas que habían aparecido de repente. Sonaron disparos, sobre todo dirigidos al aire, al misterioso tráfico de vuelo, aunque, afortunadamente, muy pocas balas les golpearon.

En todo el país, los televisores sintonizaron el evento. Los espectadores Muggle estaban asombrados, incrédulos a sus propios ojos cuando las redes interrumpieron sus emisiones normales, adelantándoles imágenes en directo de las increíbles escenas en la ciudad de Nueva York. En bares, salas de estar y habitaciones de espera de los hospitales, los televisores sonaron más alto cuando los espectadores se quedaron en silencio, con la boca abierta. CNN mostró una foto en directo de la Estatua de la Libertad, de repente y sorprendentemente agachada sobre su base, su antorcha hundida en el océano hasta la muñeca. El banner que recorre la parte inferior de la pantalla decía, "SENADOR CHARLES FILMORE DE NUEVA YORK ENCONTRADO MUERTO / UN FENÓMENO DE MASAS INEXPLICABLE ABRUMA LA CIUDAD DE NUEVA YORK..."

Merlín los examinó a todos gravemente y luego volvió la mirada hacia el caos que se estaba desarrollando a su alrededor.

—¿Qué pasó? —Harry gritó, examinando la multitud de disturbios.

Con sombría calma, Merlín respondió, —La señorita Morganstern le ha quitado al mundo su ignorancia.

Al igual que Eva, pensó James, frunciendo el ceño con tristeza. Ella no es malvada, simplemente está equivocada. Se comió el fruto prohibido del árbol del



conocimiento, y entonces se lo dio al resto del mundo. Se estremeció cuando otro pensamiento se le ocurrió.

Merlín bajó la mirada hacia él y su cara de repente parecía muy vieja. — ¿Qué pasa, James? ¿Qué sabe usted?

James suspiró. — Estaba pensando en Petra y Eva, — respondió, y luego miró a los ojos del anciano. — Estaba pensando en cómo la gente siempre ha llamado a esta ciudad “la Gran Manzana”.

Merlín asintió. — El fruto del conocimiento, — estuvo de acuerdo con aire taciturno, — se ofrece al resto del mundo. A partir de aquí, al igual que con Eva, no habrá vuelta atrás.

A su alrededor, la multitud Muggle rugió y se amotinó, sobresaltada por la mágica ciudad encima de ellos. Las alarmas de los coches sonaron cuando las personas abandonaron los caminos y treparon sobre los vehículos. Vidrios rotos cuando se rompieron las vitrinas de las tiendas, inundadas por personas buscando refugio de las señales aterradoras por todas partes. Harry Potter y Titus Hardcastle continuaron disparando sus varitas al aire, Aturdiendo a los restantes asesinos FULEM o persiguiéndolos en los escondites.

Merlín habló una vez más. — ¿Sabe usted cómo más le llaman a esta ciudad? — Preguntó. Sin esperar una respuesta, prosiguió. — La llaman... “La Ciudad que Nunca Duerme”.

Con eso, levantó su bastón en ambas manos, agarrando con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Él se cubrió, pronunció algo incomprensible en su antigua lengua materna, y bajó el bastón nuevamente, conduciéndolo al pavimento como una espiga.

Un masivo destello cegó a James. Parecía tan grande como el sol, pero sin calor y silencioso. Cuando James parpadeó y miró a su alrededor, vio aún el destello, como una cúpula de luz. Se extendió a lo largo del abismo de la calle, cada vez más grande, ondulando silenciosamente a través de los miles de Muggles allí reunidos. Al pasar por encima de ellos, iluminando por un momento con su resplandor óseo, se congelaron en sus pasos. En cuestión de segundos, la multitud



Muggle quedó en silencio e inmóvil, petrificada por la explosión del retroceso, como diez mil estatuas.

Las cámaras de televisión se apagaron. Cada luz eléctrica en la ciudad parpadeó, zumbó y se extinguió. Los semáforos se apagaron sobre las intersecciones y los coches arrollados se pararon suavemente, golpeando los parachoques débilmente en las calles llenas de gente. El silencio cayó sobre la ciudad cuando los magos de Nueva Ámsterdam inspeccionaron de repente, el cuerpo inerte de su hermana, la Nueva York Muggle, silenciosa y oscura como una cripta debajo de ellos.

James se volvió hacia Merlín y parpadeó sorprendido. James, Ralph, Zane, Harry Potter y Titus Hardcastle formaban un círculo alrededor del espacio donde Merlín había estado momentos antes, pero el gran mago no estaba a la vista. En su lugar, aun vibrando ligeramente con la conmoción, enterrado, estaba el bastón cubierto de runas. Las runas ya no brillaban con su tenue luz interior. Ahora estaban completamente oscuras.

—Oh no, —dijo Harry en el repentino silencio. Él negó con la cabeza en negación lamentable. James miró a su alrededor al cuadro congelado de la humanidad Muggle y luego miró impotente a su padre. Sin embargo Harry no estaba mirando a las estatuas humanas que llenaban las calles. Estaba mirando hacia abajo a la figura muerta de su sobrina, en los brazos de Ralph.

—Lucy, —dijo, su voz apenas un susurro. Suavemente, tomó el cuerpo de Ralph y la acunó en sus propios brazos.

—La mujer se ha ido, —Titus declaró sombríamente, examinando la multitud petrificada. —Y su protegida está muerta.

James parpadeó y siguió la mirada de Titus. Una figura yacía en el suelo en medio del mar de estatuas humanas. Sintió un tirón en el pecho cuando se separó del grupo y se acercó a la forma. Cuando llegó a ella, se arrodilló.

El cabello de Morgana había caído en su cara ensangrentada, oscureciéndola. James pudo ver inmediatamente que la chica estaba muerta justo como Titus había declarado. Sobresaliendo de su espalda, con el mango enjorado



brillando maliciosamente, estaba una daga de plata. Por tercera vez en la noche, los ojos de James miraron borroso por las lágrimas. Morgana—la Petra de alguna otra dimensión—había sido simplemente el peón de Judith, menos afortunada, después de todo. Petra e Izzy, desconocieron la inconsciente hermana Parca de Judith, siempre habían sido el verdadero premio. Una vez que la Dama del Lago había terminado de usar a Morgana, había dispuesto rápidamente de ella y sin pensarlo dos veces.

Los ojos de Morgana estaban abiertos, mirando con calma al talón de un hombre petrificado que había sido congelado en el acto de saltar por encima del cuerpo de ella. James se mordió los labios con tristeza y luego se inclinó hacia delante. Tan suavemente como pudo, cerró los ojos de Morgana.

—Tenemos que irnos, —Titus dijo detrás de él, dirigiéndose al grupo. —El Hechizo Petrificación de Merlinus solo puede durar un par de horas.

James se puso de pie lentamente y se volvió. Harry respiró hondo y luego, aun sosteniendo el cuerpo de Lucy en su hombro, levantó su varita a su garganta.

—Atención, todos los habitantes mágicos de Nueva Ámsterdam, —llamó, enviando su voz amplificadas haciendo eco hasta en los sótanos de los edificios. —Tienen que salir de este lugar inmediatamente. Ya no es seguro para ustedes aquí. La ciudad de Nueva Ámsterdam es ahora una zona comprometida. Pronto, la ciudad Muggle será reanimada. Cuando pase... —Aquí, Harry se detuvo y sacó una profunda y reacia respiración. —Cuando pase, va a ser inseguro para ustedes estar aquí. Para el futuro inmediato, deben evacuar lo más rápido y con tanta calma como puedan. Tomen sólo lo que necesiten e intenten volver por la mañana.

En lo alto, la mágica ciudad comenzó a retumbar con nerviosismo. Las carreteras y caminos de vuelo, se habían detenido en alarma durante el destello masivo del Hechizo de Petrificación de Merlín, cayendo en frenético movimiento.

Harry guardó su varita y tomó la mano de James.

—He enviado un mensaje a tu madre, —dijo. —Ella, tu hermano y hermana aparecerán aquí pronto para reunirse con nosotros, y tu tía, tío y prima Molly seguirán en breve. —Miró a un lado, invitando a Ralph y a Zane en la conversación



también. —Díganme exactamente lo que ocurrió, todos ustedes, para que pueda estar preparado para darle a Percy y a Audrey esta terrible noticia.

James hizo un aliento profundo y estremecedor, pero Zane respondió primero.

—Ella murió tratando de salvar a Izzy, —dijo con gravedad. —Hay mucho más en la historia, pero eso es lo más importante. Esa es la única parte que realmente importa.

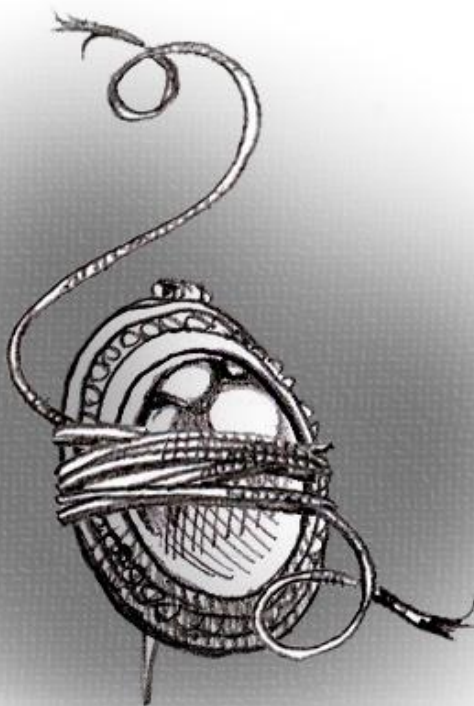
Juntos, cuando el grupo se dirigió hacia el cercano muelle, cruzando a través de la multitud de estatuas Muggles, los tres chicos comenzaron a contar su historia.

La Dama del Lago se había ido, se fugó a la clandestinidad, al igual que Petra e Izzy.

Morgana, la desgraciada Petra de otra dimensión, yacía muerta con la fea daga aún sobresaliendo de su espalda.

El confeti todavía tamizaba las extrañas y oscurecidas calles paralizadas.

Y Merlinus Ambrosius ya no existía.



Capítulo 25

Los que quedaron atrás

Denniston Dolohov decidió permanecer en América, al menos por ahora.

Un enviado de la Montaña de Cristal había conocido a Harry Potter y el resto en los muelles esa misma noche (la Noche de la Revelación, como pronto había sido llamada). Benjamin Franklyn fue uno de los representantes del gobierno de los magos de América, al igual que los profesores Jackson y, para sorpresa de James, Persephone Remora, quien se veía decididamente menos compuesta que de costumbre. Juntos, extendieron sus condolencias oficiales a Percy, Audrey y Molly por su pérdida. Percy aceptó esto algo inexpresivo, como si estuviera en shock. Audrey se negó a mirar a sus visitantes o cualquier otra persona. Sus ojos estaban rojos e hinchados mientras abrazaba a Molly, quien estaba chupando los dos

primeros dedos de su mano derecha (algo que no había hecho desde que tenía cinco años de edad).

A continuación, el enviado reconoció la inocencia de Harry y Titus por la muerte del senador Charles Filmore, pero advirtió que esto sería bastante más difícil de demostrar a la Oficina de Integración Mágica. Franklyn dijo que entregaría toda su ayuda diplomática posible en su favor, pero no prometió nada.

Por último, el enviado volvió su atención a Denniston Dolohov, quien había aparecido directamente en el puerto con Percy Weasley. James se sorprendió de lo que decía. Ellos solicitaron oficialmente que Dolohov permaneciera con ellos en el futuro inmediato para ayudar con la seguridad y las demandas de embajadores de los próximos días y semanas. Ser un experto en seguridad Muggle/Mágica, así como un Squib que había sido criado entre Muggles, Dolohov era justo el tipo de persona que podría ayudar en la difícil tarea (la de proteger a la ciudad de Nueva Ámsterdam y explicar su existencia a los muggles neoyorquinos que dependen de ella). Un poco de mala gana (aunque no, sospechaba James), Dolohov estuvo de acuerdo.

A James le hubiera gustado haber tenido más tiempo para despedirse de sus amigos, pero era una situación de emergencia y se entendía.

—Adiós Zane —dijo, llegando a estrechar la mano del chico donde se encontraban en el muelle oscuro —El barco llegará en cualquier momento, así que...

Zane pasó un brazo alrededor de los hombros de James y le atrajo en un abrazo feroz. Cuando soltó a su amigo, el rostro de Zane estaba pálido y tenso — Esto lo cambia todo. ¿No es así?

James se encogió de hombros y asintió — Eso es lo que Merlín dijo cuando la Bóveda fue irrumpida por primera vez.

—¿Crees que el anciano realmente se ha ido para siempre?

James lo creía y asintió con la cabeza.

—Nos vemos, James —suspiró Ralph —Me gustaría no tener que quedarme atrás.

—Vas a volver muy pronto —le aseguró James —Sólo ten cuidado. Las cosas serán muy complicadas por aquí en los días venideros.

Ralph asintió con aire taciturno —Sé que probablemente no va a ser mucho mejor en casa, pero aun así...aquí es donde todo comenzó. Me encantaría sólo dejar este gran problema detrás mío por un momento.

—Lo siento —dijo James en serio —Lo sé. Trata de llegar luego a casa.

Una sirena hizo eco a través de las oscuras aguas del puerto. James se giró y vio la silueta de un barco que de a poco se acercaba, tejiendo su camino a través de los barcos mucho más grandes que estaban amarrados cerca. Pronto, la nave mágica (no el *Gwyndemere* esta vez) llegaría al muelle. Él y su familia se subirían por la pasarela a su cubierta, dejando al resto de sus compañeros de viaje atrás. Su corazón se apretó cuando se dio vuelta hacia sus amigos una vez más.

—Se cuidan —dijo —Podemos seguir en contacto a través del Espejo. Ustedes tienen el mío y yo puedo usar el de Papá. No lo olviden.

—No lo haremos —le aseguró Ralph —Saluda a Rose y al resto por nosotros.

James giró sus ojos, temiendo la tarea de explicar todo esto a Rose, pero asintió de todos modos.

El barco se arrastraba lentamente a su posición junto al muelle. Unas cuerdas golpearon el muelle y fueron aseguradas a las boyas cercanas. La pasarela apareció.

Al cabo de sólo unos minutos los Potter y Weasley ya estaban a bordo. Aparte de unos cuantos bolsos recogidos por la mamá de James, habían dejado la mayor parte de sus cosas atrás, abandonadas, al menos por ahora.

Dentro de poco, el barco estaba en marcha, deslizándose suavemente a través de las olas negras debajo de un cielo nublado nocturno. Las lechuzas de James y Albus, Nobby y Flynn, había volado a su encuentro en el muelle y ahora daban

vuelta por sobre el barco como cometas silenciosas, posándose ocasionalmente en los mástiles de la nave. James se apoyó en la barandilla de popa y observó. El horizonte de Nueva York estaba extrañamente oscuro, iluminado sólo por las relativamente atenuadas luces de Nueva Ámsterdam.

—¿Por qué crees que lo hizo? —preguntó James en voz baja. Junto a él, también apoyado en la barandilla, Albus se encogió de hombros.

—Para salvar a Papá y Titus. ¿Verdad?

James sacudió la cabeza vagamente —No sé —Él pensó por un largo momento, y luego dijo —Ella podría haberlo hecho de otra forma ¿No te parece? Ella podría haber...no sé...luchado con Morgana ahí mismo, en la calle y roto el hechizo contra el helicóptero. O tal vez ella podría haber pensado simplemente que todos aquellos asesinos del FULEM murieran. Ella puede hacer ese tipo de cosas, ya sabes. Ni siquiera necesita una varita.

Albus asintió —Sí —estuvo de acuerdo con dudas —Pero supongo que ella ya ha tenido suficiente con la muerte ¿No te parece?

James suspiró profundamente. Pensó en el viaje que Judith los había obligado a hacer a través de las Cortinas de Nexus—todos los asesinatos y el caos que les había hecho atestiguar, todos los seres queridos asesinados por el bien de la lucha contra el mal. Incluso los que habían sido parte del plan de Judith, empujando a Petra para hacer su decisión final.

—Ella no sólo estaba tratando de salvar a Papá —dijo James finalmente. —Ella estaba tratando de cambiar todo. Probablemente fue un gran error...y probablemente terminará en más muertes...pero tal vez ella estaba cansada de las cosas tal como son. Tal vez esto era sólo su último acto de rechazo.

Albus frunció el ceño —¿Rechazo de qué?

James negó con la cabeza —Todo —dijo con gravedad —Sólo...todo.

Albus lo consideró. Después de un minuto, se agitó y hundió la mano en su bolsillo de atrás.

—Toma —dijo, sosteniendo algo hacia James.

—Mi varita —dijo James, tomando el palo de madera de la mano de su hermano —¿Lo encontraste tendido en el campo de Clutch?

Albus se encogió de hombros y se apoyó en la barandilla de nuevo —Pensé que la querías. Fui a buscarla después que saltaron a la otra dimensión.

James negó con la cabeza lentamente —Nunca voy a entenderte, hermanito, —dijo con admiración.

—Ni siquiera lo intentes, —respondió Albus.

James asintió y se reunió con su hermano, apoyado en la barandilla y mirando las olas negras aceitosas.

Bajo las cubiertas, James sabía, su madre estaba acostando a Lily, probablemente cantando una canción de noche para ella, como si todo estuviera normal. En otro lugar, posiblemente en la cabina del capitán, su padre y Titus Hardcastle estaban discutiendo lo que estaba por venir. Tío Percy y Tía Audrey habían bajado a su litera inmediatamente, condenados a dormir en el mismo barco que llevaba a su hija muerta. Molly ya habría estado dormida para entonces, en los brazos de su madre. James supuso que la tía Audrey probablemente no la había soltado durante toda la noche, durmiendo sentada en posición vertical en la cama, apoyada contra la cabecera, teniendo todo el consuelo que pudiera de la respiración de su hija sobreviviente.

Lucy estaba muerta. Esto golpeó a James como algo completamente imposible y ridículo. A regañadientes, reprodujo el recuerdo de sus últimos momentos, recordó la horrible impotencia de ver a Judith levantando la mano con el asesinato en sus ojos. Lucy había estado tratando de salvar a Izzy, y había actuado casi sin pensar, corriendo hacia adelante a los dientes de su propia perdición.

Con un estremecimiento y un sollozo seco, James se dio cuenta de dos cosas: de que Lucy realmente se había ido, y que él la había amado. No había sido la

misma clase de amor que él sentía por Petra, pero no sólo había sido el amor de un primo tampoco.

¿Podría haber hecho algo para salvarla? ¿Tendría que haber actuado antes? ¿O haberla frenado de alguna manera? El calor se precipitó a sus mejillas mientras pensaba en esto, y sintió los primeros dolores profundos de pesar.

Lo siento, Lucy, dijo en sus pensamientos, en lo más profundo de su corazón, casi como si se tratara de una oración. *Yo debería haber hecho algo. Yo debería haber evitado que te lastimara. Perdóname...*

En respuesta, se acordó de Lucy en el día del baile de San Valentín, cuando casi la había besado por primera vez. *Yo te perdoné, esa misma noche,* ella había admitido tímidamente, *no puedo seguir enojada contigo...*

Pero era sólo un recuerdo. La voz de Lucy quedó inmóvil para siempre. Las lágrimas pinchaban los ojos de James, pero él las rechazó. Sabía que si las dejaba, no se detendrían por mucho tiempo, y estaba muy cansado para pasar por eso ahora. Se frotó los ojos con el pulgar y el índice, empujando las lágrimas. Junto a él, a propósito, no viendo, Albus suspiró con tristeza.

Debajo de ellos, el barco cortó una estela suave a través del puerto, en dirección hacia el océano y dejando a las ciudades gemelas semi oscuras atrás.

James se sintió terriblemente solo. En algún lugar, quedándose cada vez más atrás, estaban Petra e Izzy. ¿Y qué hay de Judith, la Dama del Lago? ¿Se habría retirado de vuelta hacia el Mundo entre los Mundos? James pensó que no. Este era su mundo ahora—su caos. Ella no se lo perdería, no importaba como. James tenía una fuerte sensación de hundimiento que ninguno de ellos había visto lo último de ella.

Con el tiempo, la oscuridad presionando fue demasiado para James y Albus. Sin decir una palabra, caminaron a lo largo de la cubierta, y encontraron la puerta que llevaba a abajo. Siguieron el pasillo hasta que descubrieron la litera que pertenecía a sus padres. Harry estaba allí ahora, junto a Ginny, que estaba de hecho cantando a Lily mientras se quedaba dormida.

Al menos estaban todos juntos. Eso significaba mucho, si es que no todo.

Esa noche, los cinco estuvieron juntos en una litera simple, apilados como gatos en dos camas grandes.

A la mañana siguiente, James desempacó la ropa que tenía. Había sido reunida apresuradamente por su propia madre desde su dormitorio antes de que ella desapareciera a su encuentro en el muelle, y había olvidado su par de jeans favorito. Suspiró, recordándose a sí mismo que debía pedir a Ralph o Zane que se los enviaran, y estaba a punto de lanzar su bolsa de lona debajo de la litera cuando notó algo cayendo libremente en el fondo de la bolsa. Se levantó de nuevo y miró dentro. En la oscuridad había un pequeño pergamino abultado, cerrado con tanta fuerza que no mostraba la más mínima costura. James lo reconoció de inmediato y su corazón martilleaba fuertemente.

Tocó el paquete brevemente, pero no pasó nada—no había visiones abrumadoras o explosiones telepáticas. Con cuidado, recuperó el paquete y lo dejó sobre la mesita de su habitación. Sintiendo una extraña mezcla de esperanza y temor, golpeó el paquete con su varita, susurrando el hechizo que lo abriría.

El pergamino se desplegó, floreciendo, como antes, como una flor de origami, pero las páginas ya no se cubrían con la letra de Petra. Ahora, sólo había una línea, escrita en el centro de la página superior. James se inclinó sobre el pergamino, con el ceño fruncido mientras leía.

Recuerda el hilo de plata. No lo soltaste. Para bien o para mal, nunca me voy a olvidar de eso.

No lo había firmado, pero nuevamente, no lo necesitaba. James cerró el paquete de nuevo y simplemente se quedó mirándolo. Finalmente, después de casi un minuto, lo recogió. Puso su varita en el bolsillo trasero derecho y el paquete de pergamino en el izquierdo.

Ahí, lo llevó a partir de ese momento, hasta la última vez que él la vio.

FIN

¡Entonces! Se acabó.

¿Qué opinas? Espero que hayas disfrutado leyendo esta historia tanto como yo disfruté haciéndola, ladrillo por ladrillo, y piedra por piedra.

El libro tres “James Potter y la Bóveda de los Destinos”, era a la vez el más difícil y el más divertido de los tres libros de James Potter que he completado hasta el momento. Podrías adivinar por qué ¿no? Escribir los libros anteriores (como he dicho en más de una ocasión) fue como ponerse un traje hecho famoso por otra persona. Hogwarts es un lugar divertido para escribir, sobre todo porque estaba bien establecido por la Sra. Rowling. Todos conocemos nuestro camino por ahí. Escribir historias basadas en eso es fácil, porque la mayor parte del trabajo inventivo ya está hecho.

Con el libro tres, sin embargo, fuimos a Alma Aleron. Ahí, nada estaba inventado de antemano. Tuve la entretención indescriptible (y si, el ocasional trabajo duro) de crear ese mundo desde cero. Espero que haya tenido al menos un candelabro del clásico castillo que todos conocemos y amamos. ¿Qué piensas? ¿Podríamos volver aquí de nuevo? ¿Podría haber más historias?

Más importante, ¿Podríamos bucear dentro de la Caja de Pandora que Petra Morganstern abrió al final de esta historia? Intenté responder un montón de preguntas rápidamente en el cierre de esta historia, y aun creo que finalizó, más o menos, en un suspenso gigante. Después de todo, como James reflexiona al final, Judith está aún por ahí, como sus “hermanas Parcas”, Petra e Izzy. El mundo mágico ha sido empujado rudamente en la cara de una desprevenida población Muggle. Esto (como Merlín lo había dicho) cambia todas las cosas.

Es necesario decir, que hay mucha historia que contar. Espero hacerlo, realmente. Pero ya veremos. Más sobre esto en un minuto.

Por ahora, como siempre, muchas gracias por acompañarme, ¡Queridos Lectores! Sin ustedes, y sin la constante compañía en el Foro Grotto Keep, estas historias hubieran terminado hace mucho. Su coraje y soporte, crítica y

comentarios, han sido maravillosamente inspiradoras. Los aprecio a todos, incluso si (tristemente) no tengo tiempo para responder a cada uno de ustedes.

Gracias especiales a mis lectores beta secretos (ustedes saben quiénes son). Esta es la gente que me entrega retroalimentación inmediata para guiar la historia de manera significativa. Ellos son los que encuentran todos los errores, de continuidad, problemas con las fechas y la línea de tiempo, y ayudan a seleccionar todos esos inevitables pasajes que simplemente no funcionan, por un montón de razones. Por ellos, esta historia es un poco mejor de lo que podría haber sido.

Gracias a mi incansable editora, Julianna So, quien trabaja como siempre solo por amor a la historia. Permítanme extender mi aprecio a mi equipo editorial en el Foro Grotto Keep, quienes encontraron los errores restantes que volví a poner en la historia debido a mis ediciones apresuradas.

Como en mis libros previos, quiero tomar un momento para dar a conocer algunos orígenes de los que tomé descaradamente elementos en la realización de esta historia. Muchos lectores se habrán dado cuenta de las innumerables referencias de cine y de la cultura pop que aparecieron en este libro. Desde “Volver al Futuro” y “La aventura del Poseidón” a “Poltergeist” y “Pesadilla en Elm Street”, estas historias, que fueron grabadas en Estados Unidos, simplemente están repletas de divertidas referencias (al menos para mí) de icónicas películas estadounidenses.

Más importante, como “La Maldición del Guardián” hacía referencia al segundo libro de la Sra. Rowling “La Cámara de los Secretos”, este libro está relacionado a su tercero, “El Prisionero de Azkaban”. En este libro, como en el de ella, nuestros héroes trabajan para liberar a una amiga incorrectamente aprisionada, y logran solo ver a esa amiga volverse fugitiva, desaparecida en la clandestinidad. Uno solo puede esperar que el destino de Petra sea mejor que el del pobre Sirius Black, pero no puedo prometer nada.

Finalmente, de vuelta a la pregunta que les estuve haciendo —y de hecho muchos de ustedes ya comenzaron a preguntar: ¿HABRÁ un cuarto libro (y un quinto, sexto y séptimo)?



No pueden verme haciendo esto, pero antes que responda esa pregunta, suspiro profundamente.

La respuesta honesta es, por supuesto que habrá un cuarto libro. Ya está en mi cabeza, como también los detalles principales del resto de la serie. Sé cómo terminará. Y lo hará muy bien. Estoy muy emocionado con la historia que se está formando aquí (la Megaplot, como la he llamado), y sin embargo...

No sé cuándo la escribiré.

Las mismas cosas son ciertas ahora como cuando terminé "La Maldición del Guardián". No me pagan por escribir, y nunca me pagarán por hacer las historias de James Potter. Tengo un "día de trabajo", y afortunadamente, me gusta. Me encantaría hacer de mi vida la escritura, completando una novela totalmente original en la búsqueda de ese objetivo ("The Riverhouse", la que pueden encontrar parcialmente en www.riverhousebook.com).

Irrumpir en la industria editorial es muy difícil, por supuesto, y todavía estoy trabajando en ello. Si alguno de ustedes quiere ayudar, digamos, si usted tiene un pariente que sea agente literario, sabrá que hacer ¿No? ¡Je! Pero por ahora, la realidad es que escribir historias de James Potter es, por necesidad, sólo una diversión (y sí, tremendamente gratificante).

Si realmente quieres que me rompa en un cuarto libro de James Potter, envíame una nota a merlinus@elderscrossing.com. Como he dicho, he leído todas las notas que recibo, y mientras más mensajes de aliento reciba, más pronto me sentiré inspirado a embarcarme en el próximo libro.

Francamente, necesito un poco de descanso. Pero sólo un poco. Me aburro fácilmente.

Hay una persona que podría hacerme escribir mañana, si quieren saberlo. Es la persona a quien estas historias son dedicadas, de cuya imaginación todo esto surgió originalmente. Si la Sra. Rowling me envía una nota mañana y dice "¡Oye! entonces ¿Cuál es la gran idea de revelar todo el mundo mágico a los muggles? ¿Qué sucede después, tú Yankee ladrón!?", podrían apostar a que escribiré mañana por la tarde.



Entonces, si usted realmente desea el libro escrito inmediatamente, entonces pídasle que me deje caer una línea.

¡Y buena suerte! (Dijo con una torcida mueca conocida).

G. Norman Lippert.
23 de Enero de 2010.
St. Louis, MO, USA